crónica

ramón muntaner

La vida de Ramon Muntaner la podemos conocer, principalmente, gracias a su propia crónica. Con tan sólo nueve años tiene la oportunidad de ver de cerca a los reyes Jaime I y Alfonso X, que se albergan en casa de su padre, Joan Muntaner; este hecho le marca de manera decisiva a lo largo de su vida. En el año 1285, a los veinte años, su casa es destruida y quemada, como toda su ciudad natal, por parte de las tropas francesas. Ya no vuelve a Peralada y acompaña a Roger de Lauria durante la conquista de Menorca (1286-1287). Entre el 1287 y el 1300 vive en Mallorca, el año 1301 va a Sicilia para defender la ciudad de Messina y en 1302 se embarca hacia Oriente con la expedición de la compañía dirigida por Roger de Flor. En el año 1311 se casa en Valencia con una dama con la que tiene dos hijos y una hija. En 1315 se encarga del traslado del infante Jaime, futuro Jaime III de Mallorca, quien le nombrará caballero unos años más tarde.

Entre los años 1325 y 1328, Ramon Muntaner escribe la *Crónica* en su alquería de la Huerta de Valencia. Esta obra cumbre de la literatura medieval en catalán comprende la época que va desde 1208 y hasta 1328, es decir, los reinados de Jaime I, Pedro el Grande, Alfonso el Franco, Jaime II y Alfonso el Benigno. Destaca por su alto nivel narrativo, con las contínuas interacciones con el público al que se dirige el relato y el característico *«Què us diré?»* («¿Qué os diré?») como recurso utilizado constantemente, y por su exaltación de la patria y la monarquía.

epublibre

Ramón Muntaner

CRÓNICA

ePub r1.1
Titivilus 11.03.15

Título original: *Chronica o descripcio dels fets e hazanyes del inclyt Rey Don Jaume Primer Rey D'Arago, de Mallorques e de Valencia, Compte de Barcelone e de Muntpressler e des molts de sos descendents*

Ramón Muntaner, 1332

Traducción: Joan Francesc Vidal Jové

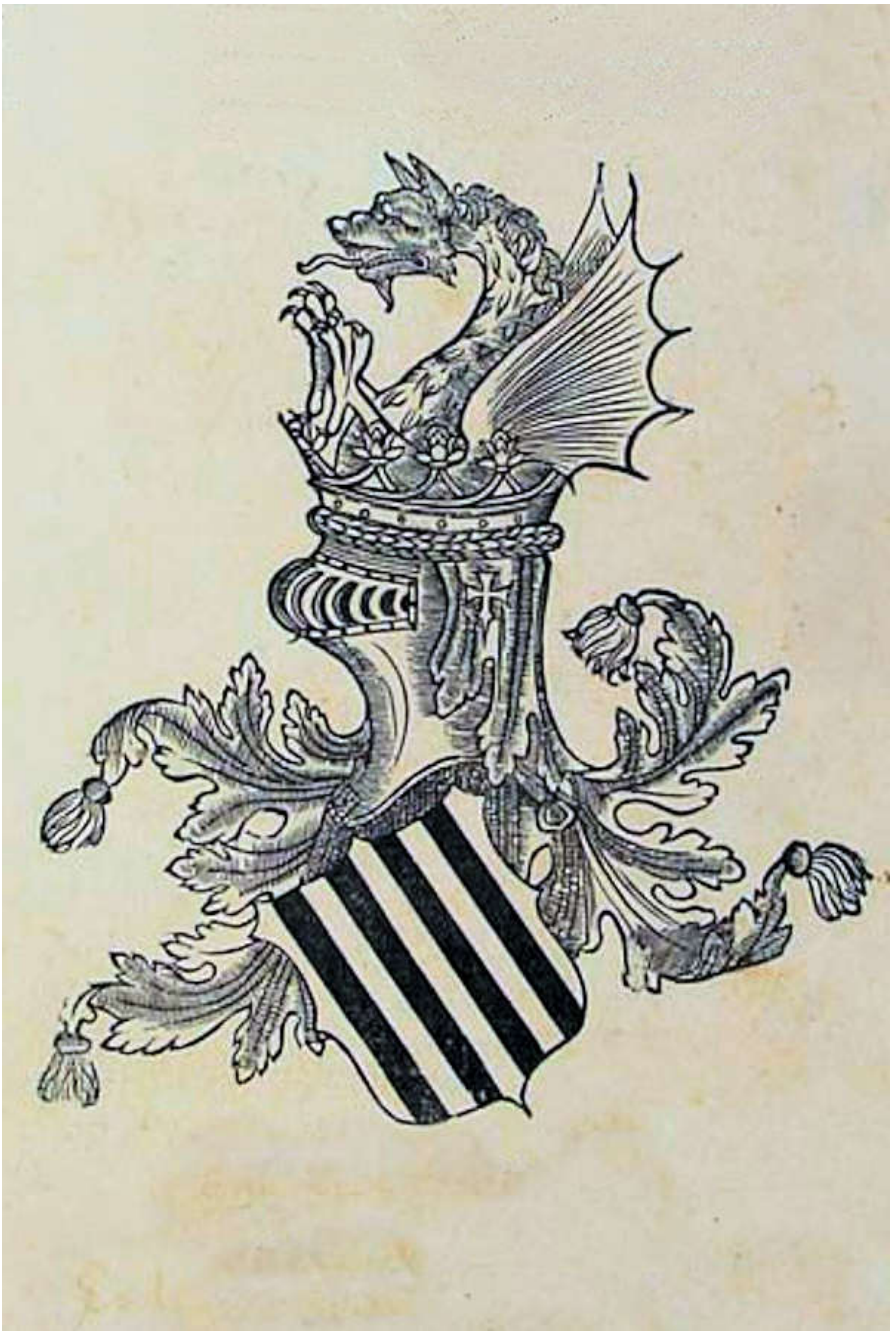
Imagen de cubierta: Tienda de Jaime I, fragmento de una de las *Pinturas murales de la conquista de Mallorca* del Palacio Aguilar (1285/1290)

Diseño de cubierta: minicaja

Editor digital: Titivilus

(r1.1) Corrección de erratas: sjuan76

ePub base r1.2



CRÓNICA

Por Ramón Muntaner

La experiencia me tenía bien probado que mi traducción de la *Crónica* de Ramón Muntaner, se vería, sin duda, dotada de un prólogo que estuviera a la altura de la obra y que, rebasando el sincero y entusiasta esfuerzo de mi labor, excusara al propio tiempo todo cuanto yo pudiera decir para presentarla a los lectores.

No obstante, al abrir nuevamente las puertas de la lengua castellana al historiador catalán, me parecía indispensable, al saludarle, hacer su presentación a sus oyentes, ya que, en cierto modo, por la forma como está redactado su libro, pese a su extensión, se trata de una charla amena dada por un docto conferenciante.

Entonces me encontré que cuanto yo pudiera decir brevemente estaba ya dicho, con la mayor concisión y plenitud, por otra persona más docta y documentada, y preferí limitarme a la traducción parcial de sus palabras.

La Crónica *de Ramón Muntaner, por encima de todo, constituye una especie de breviario nacional. Se encuentra en ella la fusión del sentimiento providencial con el sentimiento patriótico, la convicción de que Dios está con Cataluña y con sus príncipes, el providencialismo al servicio de una causa, que ha sido siempre la más alta manifestación de la confianza en ella y del impulso para hacerla triunfar. Encontraremos también en la* Crónica *de Muntaner el elogio del pueblo catalán y de sus virtudes: familiares*

(«aquí viven milis e pus ordonadament en llur alberg ab Uurs mullers e ab llurs filis que poble que al món sia»), *económicas* («ver és que en Catalunya no ha aquells grans riqueses de moneda de certs homes senyalats, com ha en altres terres, mas la comunitat del poble és lo pus ben-anant que poble del món»), *militares* («ab alegre e ab goig van a la batalla, així com totes altres gents hi van per força e ab gran temor»); *encontramos además el elogio de las virtudes de los príncipes catalanes* («no us diré que sien senyors de llurs vassals, que enans són llurs companyons»). *Encontramos, sobre todo, el amor y la exaltación del idioma* —lo bell catalanesc—, *lazo de unión y base del sentimiento colectivo. Si entre otros grandes escritores catalanes, coetáneos de Muntaner, Ramón Llull sueña con un imperio que se confunde con la cristiandad, regido por el papa, y que progresa con armas espirituales, por encima de los musulmanes, los tártaros y los judíos, y en sus proyectos pacifistas es un auténtico precusor de la Sociedad de Naciones; si Arnáu de Vilanova, en sus delirios de reforma evangélica universal, ve también en el papa quien está destinado a realizarla y, desengañado, vuelve la cabeza hacia los príncipes de la casa de Barcelona, los reyes de Aragón y de Sicilia, Ramón Muntaner se ciñe siempre a los hechos, parte de ellos y a ellos se dirige, y no hace falta que imagine el imperio: le basta con vivirlo: Cataluña, los catalanes, su idioma; éstas son las realidades de que parte, Cataluña, es decir, las tierras de lengua catalana; y cuando Muntaner decide volver a Valencia para casarse, no habla de volver a Valencia, sino a Cataluña. Catalanes, es decir, todos los que hablan catalán; pues todavía no han aparecido las denominaciones de valencianos y mallorquines. Y Muntaner va siguiendo a los catalanes en su expansión y en la expansión de su idioma, hasta Murcia, al Sur; hasta Menorca, hacia Levante. Y en Sicilia, Muntaner vive la fraternidad catalano-siciliana y la pondera después en su* Crónica, *sin olvidarse de señalar, todavía, las resonancias del idioma. Y en la expedición a Oriente, en este exacerba-*

miento que la lucha, el peligro y la gloria ponen en los sentimientos fundamentales de los hombres, su catalanidad, el orgullo de ser catalán, parecen intensificarse. La solidaridad de todos los catalanes esparcidos por los países del imperio mediterráneo, desde Cataluña al ducado de Atenas, empezando por los reyes de Aragón, de Mallorca y de Sicilia, él la sintió como nadie. Sintió también como nadie la unidad del idioma, y no solamente encontraba, a causa de su homogeneidad, que no había ningún otro que fuese hablado por tantas gentes, sino que aparecen, a sus ojos, como quienes mejor hablaban el catalán, hombres como Roger de Lauria y Conrado Lanza, sicilianos, que habiendo venido de muy niños a Cataluña «apreseren del catalanesc de cascun lloc de Catalunya i del regne de Valencia tot ço que bon e bell era, així cascun d'ells fo lo pus perfet catalá que anc fos e ab pus bell catalanesc».

También encontramos en la Crónica *de Muntaner, como en otros textos, el patriotismo negativo, es decir, el vituperio de los enemigos: los franceses* («les pus cruels gents que al món sien»), *las repúblicas italianas (traidores de los cuales hay que desconfiar siempre y cuyas maldades han sido tan grandes que* «qui metre volia per escrit les llurs malvestats, no hi bastaría escriure tot quant paper es fa en la vila de Xátiva»), *los griegos o bizantinos* («les pus orgulloses gents del món» *y con* «menys caritat de llur proïsme»). *Estos juicios tienen su contrapartida en los juicios hostiles de todos estos pueblos respecto a los catalanes.*

Después de esta transcripción, que entendemos expone de mano maestra el contenido espiritual de la *Crónica*, sólo creemos conveniente aclarar un concepto que podría dar lugar a confusión. Por la época en que el libro fue escrito (Muntaner lo empieza el año 1325) es lógico que la palabra España figure pocas veces en su texto. En aquella época —salvando algunos atisbos premonitorios— España no era mucho más que un concepto geográfico integrante de muy diversas personalidades.

Esto no era óbice para que las diferentes casas reinantes de Aragón, León y Castilla estuviesen ligadas por íntimas relaciones de parentesco. Haría falta tener una visión muy mezquina de la historia para no comprender que toda ponderación, todo elogio, toda crítica que se refiera a alguno de estos reinos y particularidades incuba el mismo juicio para lo que después se ha dado en llamar español.

J. F. V. J.

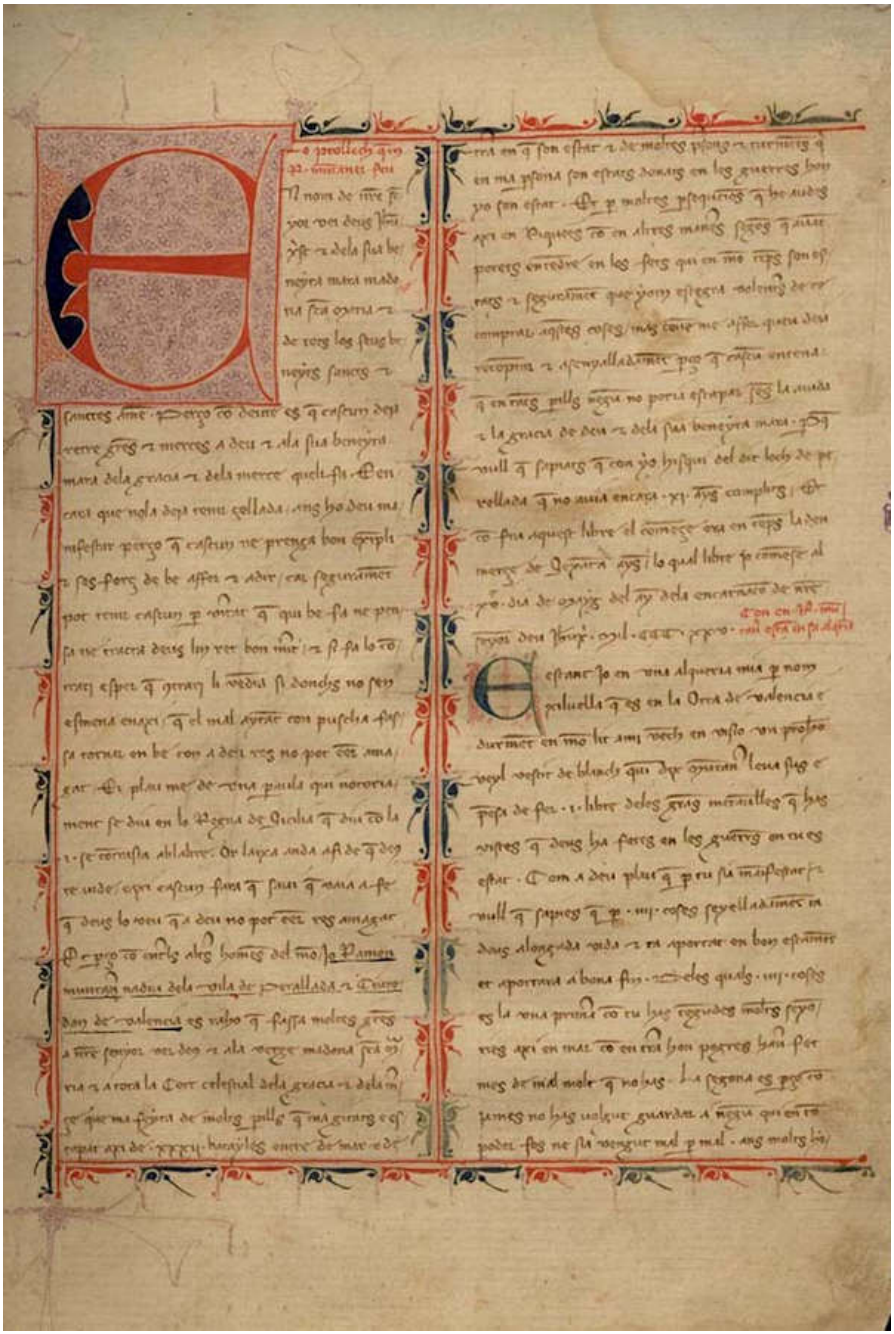
Advertencia del traductor

El texto de la presente versión castellana de la *Crónica* de Ramón Muntaner se basa en el manuscrito número 1.803 (antes P. 13), que lleva la fecha de 1392, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que fue transcrito por E. B., revisado por Miquel Coll i Alentorn y publicado por la Editorial Barcino. Barcelona, 1927-1952.

Hemos utilizado también el texto catalán establecido por Antonio de Bofarull (Barcelona, Imprenta Jepús, 1860), basado en la primera edición, impresa en Valencia (en casa de la viuda de Joan Mey Flandro, 1558), y en la segunda, de Barcelona (en casa de Jaume Cortey, 1562), y que tiene además en cuenta la versión catalana publicada por el doctor K. Fr. W. Lanz en Stuttgart, gedruckt auf Kosten des literasischen Vereins, 1844.

La traducción al castellano que acompaña el texto catalán de Antonio de Bofarull nos ha sido de gran utilidad, especialmente para decidir sobre algunos términos militares o marinos. Aun cuando Bofarull dice haber sacrificado «la belleza del lenguaje, a fin de ser literal en cuanto no se opusiera al buen gusto», hemos entendido que debíamos ajustarnos más al estilo de Muntaner, conservando, en lo posible, su arcaísmo, siempre que no se opusiera a la fácil comprensión del texto.

J. F. V. J.



Prólogo

Motivos por los que Muntaner escribe este libro

En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, Dios verdadero, y de su bendita madre, mi señora Santa María, y de todos sus benditos santos y santas, amén.

Por cuanto es cosa debida que cada uno rinda gracias a Dios y a su bendita Madre, por la gracia y merced que le conceden, y que además no debe mantener oculta sino que la debe manifestar para que a cada uno sirva de buen ejemplo y se esfuerce en bien obrar y decir, pues es cosa segura que todos deben tener como cierto que a quien bien obra y piensa y habla, Dios se lo tiene como un mérito, y si hace lo contrario debe esperar que lo contrario le ocurra si no pone enmienda y hace que el mal, en tanto como pueda, se convierta en bien, puesto que a Dios nada puede ocultársele. Por ello me agrada cierto refrán muy conocido en el reino de Sicilia, que se cita cuando uno y otro se contradicen: *Or laixa anda a fide, que Deus te vide* [1]. Y con ello sabe cada uno que debe ir de buena fe, puesto que Dios le ve, ya que a Dios nada puede ocultársele.

Por eso, es razonable que, entre los demás hombres del mundo, yo, Ramón Muntaner, nacido en la villa de Peralada y ciudadano de Valencia, dé muchas gracias a Nuestro Señor, Dios verdadero, y a la Virgen, mi señora Santa María, y a toda

la corte celestial, por la gracia y merced que me han hecho, haciéndome escapar de muchos peligros a los que me he lanzado, así como de treinta y dos batallas entre de mar y de tierra en las que me he encontrado, y de muchas cárceles y tormentos que ha tenido que sufrir mi persona en las guerras en que he estado, y por muchas persecuciones que he sufrido, tanto en mis riquezas como en otras cosas, según podréis oír más adelante viendo los sucesos que en mis tiempos han tenido lugar.

Es indudable que, por mi voluntad, me abstuviera de contar estas cosas; pero necesito contarlas para que cada uno comprenda que de tantos peligros nadie podría escapar sin la ayuda de la gracia de Dios y de su bendita Madre. Porque quiero que sepáis que cuando salí de dicho lugar de Peralada no había cumplido todavía los once años y cuando comencé a escribir este libro, por la merced de Dios, había cumplido ya los sesenta. Y dicho libro lo empecé el día 15 de mayo del año de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de mil trescientos veinticinco.

1. El Sueño de Muntaner

Hallándome un día en una alquería mía que tiene por nombre Xilvella y que se encuentra en la huerta de Valencia, y durmiendo en mi cama, se me apareció en una visión un prohombre viejo vestido de blanco, que me dijo:

—Muntaner, levántate y piensa en hacer un libro sobre las grandes maravillas que has visto que ha hecho Dios en las guerras en que tú has estado, pues place a Dios que por ti sean puestas de manifiesto. Y quiero que sepas que especialmente por cuatro cosas Dios ha prolongado tu vida, te ha mantenido en buena situación y te conducirá a buen fin. De cuyas cuatro cosas es la primera que, siendo así que tú has tenido muchas señorías, tanto en el mar como en la tierra, desde las cuales hubieses podido hacer mucho daño, no es mucho el que has hecho. La segunda es porque no has querido nunca guardar en tu poder a nadie para devolverle mal por mal, antes al contrario; muchos hombres de gran condición han caído a tus manos, y habiéndote causado mucho daño, dábanse ya por muertos, y tú entonces dabas gracias a Nuestro Señor de la merced que te hacía, y cuando se creían más perdidos, los devolvías a Nuestro Señor Dios verdadero, librándoles de tu prisión y los mandabas a sus tierras, salvos y seguros, vestidos y aparejados según correspondía a su condición.

La tercera razón es que Dios quiere que tú cuentes estas aventuras y maravillas porque no hay otro con vida que pueda

hacerlo con tanta verdad. La otra es para que, sea cual fuere el rey de Aragón, se esfuerce en obrar bien y en bien decir, comprendiendo las gracias que Dios ha concedido en los asuntos que tú contarás, a él y a sus gentes, y que piense que de bien a mejor tienen que ir en todos los tiempos mientras ellos quieran con verdad y rectitud ocupar su tiempo, para que vean y comprendan que Nuestro Señor ayuda siempre a la rectitud. Que quien va y pelea con la verdad, Dios le exalta y le da la victoria y que, con poca gente, hace vencer y destruir a mucha que va con soberbia y malicia y confían más en su poder que en el poder de Dios. Y así, por estas razones, levántate y empieza tu libro y tu historia, de la mejor manera que Dios te inspire.

Y yo, cuando hube oído todo esto, me levanté y miré de encontrar a dicho prohombre, y no lo hallé en ninguna parte, de modo que hice la señal de la cruz en mi frente y dejé pasar algunos días, durante los cuales nada de esto quise comenzar. Pero otro día, y en aquel mismo lugar, vi en visión de nuevo aquel prohombre, que vino a decirme:

—¡Oh, loco! ¿Qué haces? ¿Por qué menosprecias mi mandato? Levántate y haz lo que te he ordenado, y sabe que si lo haces tú y tus hijos y todos tus parientes y amigos lo tendrán como un mérito ante Dios, por el afán y trabajo que ha de costarte, y aun será como un merecimiento que alcanzarás cerca de todos los señores que han salido y que forman la alta casa de Aragón.

Y se puso a santiguarme y bendecirme a mí, a mi esposa y a mis hijos, y se fue.

Y yo de inmediato empecé este libro, por lo que ruego a todos que lo oigan que lo tengan por cierto, pues es verdad cuanto oyeren, y que no tengan la menor duda. Y siempre que oigan hablar de batallas y hechos de armas estén seguros que to-

das las victorias están solamente en el poder y la voluntad de Dios y no en el poder de las gentes.

Y sepa cada uno que yo no encuentro ni puedo pensar que si la compañía de los catalanes ha durado tanto en Romanía[*] sea por otra cosa sino porque los catalanes han tenido siempre dos cosas, y las tienen todavía, eso es: la primera, que por mucha victoria que alcanzaren no la atribuían nunca a su bondad, sino únicamente al poder de Dios, y la segunda es que siempre quisieron que la justicia reinara entre ellos. Y estas dos cosas estaban siempre en su querer, desde el más pequeño al mayor.

De este modo, por amor a Dios, vosotros, señores que oiréis este libro, confiaos en estas dos cosas especialmente. Y así, cuanto se os presente delante ejecutadlo, que Dios será quien mejor dirija vuestros actos. Pues quien medita en el poder de Dios y en el poder nuestro fácilmente ha de comprender que no hay en todo más que Dios y su poder. Por lo que señaladamente se hace este libro en honor a Dios y a su bendita Madre y de la casa de Aragón.

2. De los reyes y príncipes de que se habla en el presente libro

Por esto empezaré por la gracia que Dios otorgó al muy alto señor Don Jaime, rey de Aragón por la gracia de Dios, que fue hijo del muy alto señor el rey Don Pedro de Aragón y de la muy alta señora Doña María de Montpellier, que fue muy santa señora ante Dios y ante el mundo y era del más alto linaje del orbe, puesto que salió, por sí y por su linaje, de la casa del emperador de Roma[2].

Por esto empiezo con el tema de dicho señor Don Jaime, al que yo vi, y precisamente lo vi cuando yo era mancebo. Dicho

señor rey fue a la citada villa de Peralada, donde yo nací, y se albergó en casa de mi padre, Don Juan Muntaner, que era uno de los mejores albergues de aquel lugar y estaba situado al extremo de la plaza.

Cuento estas cosas para que todo el mundo sepa que yo vi a dicho señor rey y que puedo decir de él cuanto vi y presencié, que, en lo demás, no quiero meterme sino únicamente en aquello que ocurrió en mis tiempos.

Y después de él me ocuparé de los hechos del muy alto señor Don Pedro, por la gracia de Dios rey de Aragón, hijo mayor suyo; y del muy alto señor Don Jaime, rey de Mallorca, igualmente hijo de dicho señor rey; y luego del muy alto señor rey Don Alfonso de Aragón, hijo del muy alto señor rey Don Pedro; y después del muy alto señor rey Don Jaime, hijo de dicho señor rey Don Pedro; y del muy alto señor rey Federico, hijo de dicho señor rey Don Pedro; y del muy alto señor Don Pedro, hermano suyo; y luego del muy alto señor infante Don Alfonso, primogénito del antedicho señor rey Don Jaime; y del señor infante Don Pedro, hijo de dicho señor rey Don Jaime; y del señor infante Don Ramón Berenguer, hijo de dicho rey Don Jaime; y del señor infante Don Jaime, primogénito de dicho señor rey de Mallorca; y del señor infante Don Fernando, hijo de dicho señor rey de Mallorca; y del infante Don Felipe, hijo de dicho señor rey de Mallorca; y todavía del señor infante Don Jaime, hijo del señor infante Don Fernando de Mallorca.

Y cuando hayamos hablado de todos estos y de los honores que Dios les concedió, a ellos y a sus súbditos, cada uno podrá bien saber cómo sobre ellos y sus pueblos Dios ha derramado su cumplida gracia, y que, si así le place, así será de ahora en adelante sobre todos aquellos que desciendan de ellos y de sus vasallos. Pero séales grato en todo momento el poder de Dios y que no confíen demasiado en su valer ni en su bondad, sino que dejen todas las cosas en las manos de Dios.

3. Nacimiento de Jaime I

Muy claramente se puede comprender que la gracia de Dios está y debe estar con todos aquellos que son descendientes del señor rey Don Jaime antedicho, hijo del citado señor rey Don Pedro e hijo de la muy alta señora María de Montpellier, ya que su nacimiento fue un milagro evidentemente de Dios y por obra suya. Y a fin de que lo sepan todos cuantos de ahora en adelante oirán leer este libro, yo lo quiero contar.

Es verdad que dicho señor rey Don Pedro tomó por esposa y por reina a la dicha señora mía María de Montpellier por la gran nobleza de su linaje y por su propia nobleza y porque se acrecentaba, puesto que tenía, en franco alodio, la villa de Montpellier y su baronía.

Poco tiempo antes, dicho señor rey Don Pedro, que era joven cuando la desposó, por la fogosidad que sentía por otras gentiles señoras, ocurrió que no volvió a dicha Doña María, sino que cuando algunas veces venía a Montpellier no se acercaba a ella, de lo cual se sentían muy dolidos y descontentos todos sus súbditos, y especialmente los nombres de Montpellier.

Ocurrió una vez que dicho señor rey Don Pedro vino a Montpellier y se enamoró de una gentil señora de la ciudad, y por ella hacía armas a caballo, torneaba y lanceaba a tablado, y tanto se esmeraba que lo daba a comprender a todo el mundo.

Los cónsules y prohombres de Montpellier, que supieron esto, hicieron venir a un caballero, que era privado de dicho señor rey en tales menesteres, y le dijeron que si quería hacer lo que ellos le dirían le harían rico y le acomodarían para siempre. Él les dijo que le expusieran lo que deseaban, que no había na-

da en el mundo que él no hiciera en su honor, salvando siempre su lealtad.

De estas palabras pidieron unos y otro que se guardara secreto, y le dijeron:

—¿Adiviináis lo que queremos deciros? Este es el motivo: sabéis que nuestra señora la reina cuenta entre las mujeres de este mundo buenas, santas y honestas, y sabéis que el señor rey no vuelve a ella, de lo que deriva gran mengua y daño para todo el reino. Dicha mi señora reina lo soporta como una mujer buena y no hace ninguna demostración de que lo sienta; pero el daño cae sobre nosotros, pues si dicho señor rey moría sin dejar heredero, causaría gran daño y deshonor en toda su tierra, y especialmente causaría gran daño a mi señora la reina y a Montpellier, que iría a parar a otras manos. Y nosotros por ningún motivo quisiéramos que Montpellier saliera jamás del reino de Aragón. Así, pues, si queréis, vos podéis prestarnos vuestra ayuda.

Contestó el caballero:

—Dígoos, señores, que no quedará por mí, en cuanto yo pueda prestar mi ayuda que sea en honra y provecho de mi señor el rey y de la reina mi señora María, y de todos sus pueblos, que por mí no ha de quedar.

—Ahora, pues, puesto que tan bien hablasteis, os diremos que nos consta que vos sois el privado del señor rey en este amor que siente para cierta mujer y que vos procuráis que la alcance. Por esto nosotros os rogamos que vos le digáis que habéis conseguido que posea dicha señora y que vendrá a él con el mayor secreto en su propia cámara, pero que quiere que no haya ninguna luz a fin de que no pueda ser vista de nadie. Esto habrá de causarle gran satisfacción y cuando él se haya acostado y todo el mundo se haya retirado de la corte, vos vendréis a encontrarnos aquí, en el lugar del consulado de Montpellier, y

nosotros, los doce cónsules, estaremos junto con otros doce caballeros y ciudadanos de entre los mejores de Montpellier y de su baronía; y estará también mi señora María de Montpellier, la reina, con nosotros, junto con doce señoras honorables entre las más honestas de Montpellier, y junto con doce doncellas irá con nosotros junto a dicho señor rey. Y también vendrán con nosotros los dos mejores notarios de Montpellier, y el oficial del obispo y dos canónigos y cuatro religiosos de reconocida bondad. Y cada hombre y cada señora y doncella llevará un cirio en la mano, que encenderá cuando dicha Doña María entre en la cámara del señor rey. Y junto a la puerta de dicha cámara todos permaneceremos juntos hasta que esté cercana el alba, que vos abriréis la cámara. Y cuando esté abierta, nosotros, cada uno con su cirio en la mano, entraremos en la cámara del señor rey. Y entonces él se maravillará y nosotros le diremos todo lo ocurrido, y hemos de mostrarle que tiene junto a sí a dicha mi señora María, reina, y que tenemos fe en Dios y en Nuestra Señora Santa María que en aquella noche hubieron de engendrar tal fruto del cual Dios y el mundo todo ha de sentirse satisfecho y su reino provisto.

4. La contestación del caballero y los preparativos que se dispusieron

Cuando el caballero hubo oído y comprendido que su razonamiento era santo y justo, dijo que estaba dispuesto y que cumpliría cuanto ellos habían dicho, y que no se privaría de hacerlo ni aun por el temor de perder el afecto del rey ni siquiera su persona; que tenía confianza en Nuestro Señor, verdadero Dios, y que tal como lo habían pensado y dispuesto así

sería llevado a buen fin, y que de esto podían estar todos seguros.

—Sin embargo, señores —dijo el caballero—, puesto que vosotros tan bien lo habéis pensado, os ruego, por favor, que añadáis algo más.

Y ellos dijeron:

—Estamos dispuestos a hacer lo que vos aconsejéis.

—Entonces, señores, para mayor honra de Dios y de mi señora Santa María de Vallvert, hoy es sábado y hemos empezado a tratar de estos asuntos, y os suplico y aconsejo que el lunes, en homenaje a Dios y a mi señora Santa María, empiecen todos cuantos presbíteros y ordenados haya en Montpellier a cantar misas de mi señora Santa María, y háganlo durante siete días por los siete gozos que ella obtuvo de su estimado Hijo para que le plazca que a nosotros todos nos dé Dios gozo y alegría por lo tratado y que dé fruto para que el reino de Aragón y el condado de Barcelona, de Urgel y Montpellier, y todas las demás tierras queden bien provistas de buen señor. De modo que ordenaría que el domingo siguiente por la noche ejecutemos todos los hechos según hemos tratado, que al mismo tiempo se hagan cantar misas a Nuestra Señora Santa María de Vallvert.

En esto todos estuvieron de acuerdo, y ordenaron además que el domingo en que esto se haría toda la gente de Montpellier fuesen a las iglesias y que velasen todos rezando oraciones mientras la reina estaría con el rey, y que todos hubiesen ayunado el sábado a pan y agua.

Así quedó ordenado y dispuesto, y todos juntos, tantos como habían estado en el consejo, se fueron a mi señora Doña María de Montpellier, reina de Aragón, y le dijeron todo cuanto habían ordenado. Dicha señora díjoles que ellos eran sus vasallos y que era cierto que por todo el mundo se decía que el

más sabio consejo del mundo era aquel de Montpellier, y así, puesto que todo el mundo daba de ello testimonio, a ella le parecía que debía darse por satisfecha con su consejo y que tomaba su visita como si ocupara el puesto de la salutación que el ángel Gabriel hizo a mi señora Santa María, y que así como aquella salutación se cumplió para la salvación del humano linaje, así llegase a cumplirse lo tratado a satisfacción de Dios y de mi señora Santa María y de toda la corte celestial, a honor y provecho del alma y el cuerpo del señor rey y suya y de todos sus vasallos, y que así se cumpla, amén.

Y con esto partiéronse todos con gran alegría, y ya podéis figuraros que aquella semana estuvieron todos en oración y en ayuno, y particularmente la señora reina.

5. Ejecución del plan

Ahora, alguien podría preguntar:

—¿Cómo fue posible que de todo esto el rey no se enterara, puesto que públicamente, aquella semana, la pasaron todos en oraciones y ayunos y especialmente la señora reina?

Respondo y digo:

—Que estaba ordenado que por todas las tierras de dicho señor rey todos los días se hiciera oración, especialmente para que Dios pusiera paz y buen amor entre dicho señor rey y la señora reina, a fin de que Dios les diese a ellos tal fruto que fuese a satisfacción de Dios y en bien de todo el reino, y especialmente cuando el señor rey se encontraba en Montpellier, se celebraba una procesión muy lucida. Y cuando se lo decían al rey, él contestaba:

—Hacen bien; será lo que Dios quiera.

Y así, por esta buena palabra que el rey decía y por muchas otras buenas que decían el rey y la reina y sus pueblos, quiso Nuestro Señor Dios verdadero que se cumpliesen las profecías cuando así fue su gusto y como más adelante veréis. Ya que de las ordenanzas que se daban no se explicaba el motivo, y por esto el rey no se enteraba de nada y nadie sabía lo que tenía que ocurrir, salvo aquellos que habían estado en el consejo.

Y así, dichas oraciones y misas y ejercicios piadosos se fueron haciendo durante los siete días de aquella semana. Entre tanto el caballero se ocupó del negocio y lo llevó a buen fin, tal y como habéis visto que se había convenido.

De modo que el domingo por la noche, cuando en el palacio todo el mundo estaba acostado, dichos veinticuatro hombres buenos, y abades y priores, y el oficial del obispo, y los religiosos, y las doce señoras, las doce doncellas, con los cirios encendidos en la mano, entraron en el palacio junto con los dos notarios y llegaron hasta la puerta de la cámara del rey. Y allí entró mi señora la reina. Y ellos permanecieron fuera, de rodillas y en oración, todos juntos. Y el rey y la reina estuvieron solazándose, puesto que el rey se figuraba que la mujer que tenía cerca era aquella señora de la que estaba enamorado.

E igualmente estuvieron aquella misma noche abiertas todas las iglesias de Montpellier, y todo el pueblo estaba en ellas rogando a Dios, como antes hemos dicho que estaba ordenado.

Cuando llegó el alba, todos los prohombres y prelados, y los religiosos, y las mujeres, cada uno con su cirio encendido en la mano, entraron en la cámara donde el rey se encontraba en su lecho junto con la reina. Sorprendióse y saltó de inmediato encima del lecho y echó mano a la espada. Y todos se arrodillaron y dijeron llorando:

—Señor, sírvase vuestra merced ver quién yace a vuestro lado.

Y se incorporó la reina, y el rey la reconoció. Y entonces le explicaron cuanto habían tratado. Y el rey dijo que, puesto que así era, quisiera Dios que se cumpliera su intención.

Aquel mismo día, el rey montó a caballo y salió de Montpellier.

6. Nacimiento y reinado de Jaime I

Los prohombres de Montpellier retuvieron a seis caballeros de entre los que el rey más amaba, y con todos ellos, como tenían convenido, ordenaron que no se separasen de palacio ni de la reina, ni ellos ni las señoras que allí habían estado, ni las doncellas, hasta que se hubiesen cumplido nueve meses. Igualmente los dos notarios, ante el rey, levantaron actas públicas de lo acontecido, y aquella misma noche lo escribieron y lo fecharon.

De este modo, todos juntos, con gran solaz y alegría, estuvieron con la reina, y la alegría fue mucho mayor cuando supieron y vieron que Dios había querido que su convenio llegase a buen fin, pues la reina engordó, y a los nueve meses, como manda la naturaleza, dio a luz un niño bello y gracioso, que en buena hora nació, para satisfacción de los cristianos, y en especial de sus pueblos, ya que nunca nació señor a quien Dios concediera mayores gracias ni más señaladas.

Con gran alegría y gran satisfacción bautizáronlo en la iglesia de mi señora Santa María de les Taules de Montpellier, y pusiéronle por nombre Don Jaime, por la gracia de Dios, el cual reinó mucho tiempo con grandes victorias, dando gran crecimiento a la santa fe católica y mayormente a todos sus vasallos y sometidos. Dicho infante Don Jaime creció y avanzó más en un día que lo hiciera otro en cuatro.

No hacía mucho tiempo que el buen rey su padre murió[3] y él fue coronado rey de Aragón y conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier. Y tuvo por esposa a la hija del rey Don Fernando de Castilla, de la que tuvo un hijo, que fue llamado Don Alfonso, que hubiese sido señor de gran valor y pujanza si viviera, pero murió antes que el rey su padre, por lo que no hace falta hablar de él. La reina madre de dicho infante Don Alfonso hacía ya mucho tiempo que había muerto, que poco tiempo estuvo con dicho señor rey.

Luego dicho señor rey tomó por esposa a la hija del rey de Hungría[4], y de ésta tuvo tres hijos y tres hijas. El mayor tuvo de nombre infante Don Pedro, el otro infante Don Jaime y el otro infante Don Sancho, que fue arzobispo de Toledo. De las hijas, una fue reina de Castilla, otra reina de Francia[5] y la otra esposa del infante Don Manuel, hermano del rey de Castilla.

De cada una de estas dos reinas, en vida de dicho señor rey Don Jaime, salieron grandes generaciones de hijos y de hijas. Y con el infante Don Pedro y el infante Don Jaime ocurrió otro tanto, a los cuales dicho señor rey Don Jaime conoció en su vida.

Pero volveré de ahora en adelante a mi propósito, o sea, a los hechos de dicho señor rey Don Jaime.

Digo, pues, y así fue de verdad, que él fue rey de ventura y rey de virtud y de gracia, pues señaladamente habéis comprendido que obra de Dios fue su nacimiento, que constituye uno de los mayores milagros y más visibles que Dios ha hecho desde que tomara carne humana de mi señora Santa María. Porque cada uno de los reyes que ha habido en Aragón y en Mallorca y en Sicilia y que habrá de ahora en adelante descendientes suyos, podemos decir que son en el mismo grado reyes de gracia y de virtud y de verdadera naturaleza real, y así como es Dios quien los ha creado, así los exalta y los exaltará siempre

frente a todos sus enemigos. Por esto el santo padre, abandonando a todos los demás reyes del mundo, haría un gran servicio a toda la cristiandad si con el rey de Aragón se aliase y uniera y afirmase ya que éste, con la provisión suficiente que le diera del tesoro de la santa Iglesia, le ganaría la tierra de Ultramar y aniquilaría a todos los infieles, ya que la obra que Dios realizó al hacer que naciera dicho señor rey Don Jaime de Aragón no la realizó inútilmente, sino que lo hizo para su servicio, como ha quedado demostrado desde aquel tiempo hasta ahora, y como se seguirá demostrando de ahora en adelante.

Inútil sería el esfuerzo de quien quisiera contradecir esta obra de Dios, pues es cosa cierta que cuanto más importantes sean los que a los descendientes de aquel señor se opongan, mayor quebranto han de recibir, pues contra la obra que Dios ha creado y hecho nada puede prevalecer.

Así, pues, señores de Aragón y de Mallorca y de Sicilia, que procedéis y sois descendientes de este señor Don Jaime que Dios por su acción y virtud mandó nacer, estad tranquilos y con buen ánimo y aunad vuestra voluntad, y así seréis soberanos de todos los príncipes del mundo; y que las malas lenguas no os hagan separar por nada en el mundo, que el separaros sería contrario a lo que Dios ha establecido, y teneos por satisfechos de lo que Dios os ha dado y os dará. Y tened siempre presente lo que antes habéis escuchado, pues bien podéis comprender que sois todos hechura de Dios y Dios es verdad, misericordia y justicia. De modo que la verdad, la misericordia y la justicia estén con vosotros.

7. Conquista de Mallorca

Después de lo expuesto, para que cada uno tenga noticia de las grandes gracias que Dios hizo durante toda su vida a dicho señor rey Don Jaime de Aragón, quiero contároslas sumariamente, pues no pienso decirlas todas por su orden, absteniéndome de ello, puesto que ya son muchos los libros que se han escrito sobre su vida, y de sus conquistas y de su bondad y caballerías e intentos y proezas. Pero en resumen os las contaré, para que sirvan a la mayor inteligencia de aquello de que os quiero hablar.

Como ya os dije, nunca nació rey a quien Dios concediera tantas gracias durante su vida como las que otorgó a este señor rey Don Jaime, y de estas gracias que Dios le concedió voy a contaros parte.

Primeramente, realizó un gran milagro con su nacimiento, como antes os he contado. Después que se vio que era el príncipe más grande del mundo y el más sabio, y el más generoso, el más recto y el que fue más amado de todas las gentes, tanto de sus sometidos como de los extranjeros y particulares, que nunca hubo rey que tanto lo fuese, hasta el punto que mientras el mundo dure se le nombrará como «el buen rey Don Jaime de Aragón». Os diré luego que amó y temió a Dios sobre todas las cosas, y quien quiere a Dios también ama la justicia y la verdad y la misericordia, de todo lo cual él estaba ampliamente dotado. Luego, que fue mejor en armas que ningún otro, y todas estas gracias yo las pude ver y saber como todos aquellos que le vieron y de él oyeron u oirán hablar.

Luego concedióle Dios la merced de tener buenos hijos y buenas hijas y buenos nietos y nietas, que conoció en su vida, tal como antes os he contado. Todavía, además, hízole Dios la gracia de que, antes de que hubiese cumplido los veinte años, conquistara el reino de Mallorca, y lo tomó de los sarracenos con mucho trabajo, que hubieron de sufrir él y sus gentes, tanto por las batallas como por la escasez de víveres, como por las

enfermedades, como por otras causas, como podréis ver en el libro que se hizo de la toma de Mallorca. Y todavía quiero que sepáis que dicha toma se realizó con mayor valor y bizarría que ninguna otra, pues la ciudad de Mallorca es una de las ciudades más fuertes del mundo y de las mejor amuralladas.

Ocurrió que como el sobredicho señor rey Don Jaime hubo mantenido por largo tiempo, pese al frío y al calor y a la escasez de alimentos, el sitio, mandó al buen conde de Ampurias que abriese un foso, por el cual la ciudad pudo ser invadida, pues un gran trozo del muro se hundió el día del bienaventurado mi señor San Silvestre y de Santa Coloma, cosa que ocurrió el año mil doscientos veintiocho.

Por el sitio antedicho donde se hizo el foso, la hueste de dicho señor rey entró en la ciudad, y quiero que sepáis que dicho señor rey, por el esfuerzo de sus gentes, fue de los primeros que, con la espada en la mano, llegó a la calle que ahora se llama de San Miguel, donde más fuerte era la lucha.

El señor rey reconoció al rey sarraceno y, a fuerza de armas, se acercó a él y le cogió por la barba. Y así lo hizo porque había jurado que jamás abandonaría aquel lugar hasta que a dicho rey sarraceno cogiese por la barba, y así quiso cumplir su juramento.

8. Sumisión de Menorca e Ibiza

Este juramento lo hizo el señor rey porque el rey sarraceno le había arrojado, mediante trabucos y a donde estaba su hueste, varios cautivos cristianos, por lo que a Nuestro Señor plugo que los vengase.

Después que hubo tomado la ciudad se le rindió todo el reino. Tuvo que dejar la isla de Menorca, que está a treinta mi-

llas de la isla de Mallorca, en manos de su almojarife, que se convirtió en su hombre y su vasallo y convino con él que le entregaría todos los años determinado tributo. Y lo mismo ocurrió con la isla de Ibiza, que está a sesenta millas de la isla de Mallorca. Cada una de ellas es isla buena y honrada y cada una tiene cien millas de perímetro y cada una estaba muy bien poblada de buena gente de moros.

Esto hizo dicho señor rey porque no podía detenerse, pues los sarracenos del reino de Valencia hacían correrías en gran parte de sus tierras, de modo que las fronteras sufrían gran daño, por lo que fue necesario que acudiese a ella. Y especialmente por esto dejó así dichas islas, que, en aquella ocasión, no echó a los sarracenos y también las dejó porque, como tenía que poblar con su gente la ciudad de Mallorca y toda la isla, una población habría valido menos que la otra, por lo que le pareció mejor, y así lo hizo, dejar dichas dos islas pobladas de sarracenos, ya que siempre estaría en su mano conquistarlas luego.

Cuando hubo tomado dicha ciudad y toda la isla de Mallorca, hizo muy grandes donativos a todas sus gentes y muchas gracias. Pobló dicha ciudad e isla con mayores franquicias y libertades que tenga otra ciudad en el mundo, por lo que es hoy una de las buenas ciudades que en el mundo hay y noble y con las mejores riquezas, poblada toda por catalanes y todos de lugares honrados y buenos, de los que hoy han salido herederos, que son la gente más provechosa y mejor criada que pueda haber en cualquier ciudad que haya en el mundo.

9. Conquista de Valencia

Cuando todo esto estuvo hecho, volvióse a Cataluña y después a Aragón, y en cada una de estas provincias celebró cortes y dio a sus barones y súbditos muy ricos dones y franquicias y libertades, igual a lo que había hecho en Mallorca.

Y no creáis que estuviera mucho merodeando por la tierra, sino que enseguida se fue a Tortosa, que estaba en la frontera, y empezó la guerra con el rey sarraceno de Valencia y con todos los demás sarracenos del mundo, tanto por mar como por tierra, y soportando lluvias, vientos, truenos, hambres, fríos, calores, iba conquistando villas, castillos, burgos y lugares de las montañas y los valles, cogiéndolas a dichos sarracenos. Y duró tanto este empeño que, desde que salió de Mallorca hasta que puso sitio a la ciudad de Valencia y la hubo tomado, transcurrieron ni más ni menos que diez años.

Después que hubo tomado dicha ciudad de Valencia, lo que ocurrió al atardecer de San Miguel del año mil doscientos treinta y ocho, y poblada que la hubo con su propia gente, fue conquistando y apoderándose de cuanto había en el reino de Valencia, dirigiéndose hacia el reino de Murcia. De modo que tomó Algecira, que es de las más fuertes villas del mundo y buena villa y honrada, y luego tomó el castillo de Játiva y la villa. El castillo de Játiva es el más regio castillo que hombre haya, eso es, que ningún rey haya, y la villa, buena y grande y de gran valía y fuerte y bien amurallada. Tomó después el castillo de Cossentaina, y la villa de Alcoy, y Albaida, Penáglia y muchos otros lugares que sería largo escribir. Y asimismo, con muchos barones sarracenos que había en dicho reino, firmó treguas para poder poblar los lugares que había tomado, pero con todos aquellos con quienes firmaba treguas se estipulaba el pago de una cantidad anual.

Y tomó, además, todavía el castillo de Cullera, que está a la orilla del mar, y la villa y el castillo de Corbera y el valle de Alfandac, con tres castillos que había. Después tomó Bairén, que

es castillo fuerte y bueno; luego Palma, Vilallonga, Rebollet, Galinera y el valle de la Guar, el valle de Aixelló, el valle de Jávea, Alcalá, Segaría, Denia, Locaibe, Pop, Tárbena, Garix, Bérdia, Cap, Altea, Polop, Godalest, Confrides y el castillo Orxeta, Finestrat, Relleu y muchos otros castillos y villas que están por aquel lado. Todavía tomó Serra, Alocau, Torres, Castellnou, la ciudad de Segorbe y el castillo y la villa de Jérica, Castalia, Tibi, Ibi, Saixona y otros muchos lugares que están por aquel lado. Y tomó Quart, Manises, Paterna, Ribarroja, Vilamarxant, Cheste, Benaguacil, Liria, Chiva, Buñol, Macastre, Madrona, Xulell, Vall de Aiera, que son siete castillos en un valle, y Navarrés y Llombai, Enguena y todas las Terres Albes, que son más de diez castillos; y muchos otros lugares, los cuales yo no quiero escribir por esto que os he dicho antes, que en el libro que se ha hecho de la conquista lo encontraréis. Pero antes de que hubiese conquistado la ciudad de Valencia ya había conquistado muy buenos lugares, villas y castillos, así como os he dicho antes. Primeramente conquistó, al salir de Tortosa hacia la marina, Amposta, que en aquel tiempo era lugar real, y el castillo de Ulldecona, Peñíscola, Oropesa, Castellón y Burriana, Almazora, Xilxes, Almenara, Vall de Segon, Murviedro y el Puig. Asimismo conquistó, hacia la tierra firme, Vall de Roures, Morella, Sant Mateu, Cervera, Valltraiguera, La Jana, La Salsadella, Les Coves, Cabanes y Bell-lloc, Vilafamés, y el castillo de Muntornés, Burriol, Nules, y el castillo de Uxó, y La Vall, Altura y todo el río de Mijares, que son treinta castillos fuertes a maravilla; y el castillo y la villa de Onda, que tiene tantas torres como días tiene el año (y lo mismo tiene Denia, de la que antes os he hablado); y muchos otros castillos que en el libro de la conquista encontraréis.

Y cuando todo esto hubo conquistado y ordenado, quiso ir a visitar el reino de Aragón y Cataluña, y el condado de Rosellón y el de Cerdaña y de Conflent, que su primo hermano el conde

Don Nuño Sánchez le dejó y que con él había pasado a Mallorca. Y asimismo fue a visitar Montpellier, que tenía muchos deseos de ver. Y en cada uno de los lugares donde iba hacían grandes procesiones y alababan mucho a Nuestro Señor verdadero Dios, que les había salvado, y hacían bailes y juegos y diversiones de distintas maneras, y todo el mundo se esmeraba en lo que pudiera hacer honor y placer. Y él asimismo a todos concedía dones y tantas gracias que todavía se sienten dichosos los descendientes de aquellos que los recibieron.

10. Alzamiento de los sarracenos

En tanto el rey se entretenía con estas diversiones, los sarracenos del reino de Valencia, que estaban en paz y tregua, cuando supieron que el rey se encontraba lejos, se levantaron y, antes de que el rey pudiese acudir, se habían apoderado de muchos castillos y lugares. Tal como lo tenían pensado y con el consejo y la ayuda del rey de Murcia y el rey de Granada, levantáronse en las fronteras con los castillos que pudieron alcanzar, de los que obtuvieron muchos antes de que los cristianos se diesen cuenta. Recorrieron todo el país, cautivaron a muchos cristianos y causaron mucho daño.

De inmediato el procurador del reino y los ricoshombres de la ciudad, las villas y los lugares mandaron sus mensajes al señor rey dándole a conocer toda la verdad del hecho, de todo lo cual quedó muy disgustado. Enseguida ordenó que el señor infante Don Pedro, su hijo mayor, se dispusiera a ir al reino de Valencia y que llevase buena compañía de caballeros de Cataluña y Aragón. Y le dio el mismo poder en todas las cosas como si se tratase de su propia persona.

Dicho señor infante Don Pedro, siendo como quien era, hombre de elevado espíritu y mejor que ninguno que hubiese nacido o haya de nacer, con gran satisfacción y alegría, recibió dicho poder. Y se despidió del rey su padre, quien le bendijo y le santiguó y le otorgó su gracia. De inmediato decidió ir al reino de Valencia con los ricoshombres, caballeros y peones de Cataluña y Aragón, y cuando estuvo en la ciudad de Valencia pensó en ordenar sus ricoshombres y caballeros, ciudadanos y almogávares[6] y sirvientes de mesnada y hombres de mar, y los repartió todos por aquellos lugares donde veía que hacían mayor falta.

Fuese él hacia Játiva y se encontró con los moros, que eran muchos, en el canal de Alcoy, y los derrotó y sembró entre ellos muerte y confusión.

Luego se fue a otro sitio e hizo otro tanto, de modo que cuando se pensaba que estaba en un lugar estaba en otro, y donde no podía alcanzar a caballo, iba a pie con los almogávares. Llevó de este modo con tal dureza la guerra que los moros no sabían qué hacer, pues donde se figuraban estar más seguros, en aquel lugar los hacía prisioneros y los mataba y cautivaba cuantos quería; de modo que les puso en el corazón la muerte y el miedo de tal modo que no sabían qué hacerse.

Decidieron acoplarse en un fuerte castillo que está a una legua de Játiva, que se llama Montesa, creyendo que desde este lugar podrían dañar a todo el territorio. Pero dicho señor infante supo su propósito por medio de los espías que tenía entre ellos, y dejó que se reunieran en gran número, y una mañana, antes de que fuese de día, estuvo él rodeando el castillo y su mole con mucha gente de a pie, y mandó por todo el país que sus ricoshombres y caballeros se uniesen a él, y así se hizo como él lo ordenó. De este modo vino la hueste de la ciudad de Valencia y de todas las villas del reino. Y sitió dicho puesto de Montesa y túvolo de tal modo sitiado que se le rindieron.

En cuanto el citado puesto de Montesa se hubo rendido, todos los lugares que se habían levantado se rindieron, de modo que no cabe duda que puede decirse que dicho señor infante Don Pedro conquistó de nuevo gran parte del reino de Valencia. Y así todos los días llegaban al rey su padre noticias de los grandes esfuerzos, caballerías, almogaverías y asaltos que dicho señor infante hacía sobre los moros, de todo lo cual sentía gran satisfacción y agrado.

11. Destinos familiares

En cuanto el rey Jaime pudo se vino al reino de Valencia, especialmente porque recibió un mensaje, según el cual el rey Don Alfonso de Castilla, que era su yerno, quería verse con él y que se iba a Valencia junto con la reina, su hija y los infantes. Para honrar y como prueba de amor hacia dicho rey Don Jaime, que él tenía como padre, pensó ir a Valencia.

Y encontró al infante Don Pedro que había destrozado a todos los moros que se habían rebelado y se sintió muy alegre y satisfecho de él y sus acciones. Finalmente, trató y ordenó las cosas para darle esposa, puesto que de muchas partes le proponían muchos y honrosos matrimonios de hijas de emperadores y reyes. Por fin decidió darle la hija del rey Manfredo, que era rey de Sicilia y del Principado y de la Tierra de Labor, y de Calabria, y de la Tierra de Tarento, y de la Tierra de Trento, y de Pulla y de los Abruzos y de toda aquella comarca hasta la ciudad de Escales, que está en la Marca de Ancona; y en su mar tenía la Playa Romana hasta San Fabián, que está en el mar de dicha ciudad de Escales y de Fermo; y era hijo del emperador Federico, que era el más alto señor del mundo y de la mejor sangre. Y dicho señor rey Manfredo vivía más honorablemente

que ningún otro rey que en aquellos tiempos hubiese en el mundo y con los mejores hechos y dispendios.

Por esto aquel matrimonio plugo al señor rey de Aragón y al señor infante Don Pedro, su hijo, más que ningún otro que en el mundo se pudiera. De modo que nombró mensajeros buenos y honorables, que fueron a cerrar el hecho con los mensajeros del rey Manfredo, que, con tal motivo, habían venido, y cuando estuvieron en Nápoles cerraron su trato con el rey Manfredo, y con diez galeras bien armadas condujeron a la doncella, que era de edad de catorce años, y era la criatura más bella y la más inteligente y la más honesta que hubiese nacido después de la Señora Santa María.

Y con gran satisfacción y gran alegría, muy bien acompañada de ricoshombres y doncellas, la condujeron a Cataluña.

Y dicho señor infante tomóla por esposa legítimamente, así como manda la santa Iglesia. Y en las bodas estuvo el buen rey su padre y todos sus hermanos y todos los barones de Aragón y de Cataluña. Y podría contaros los grandes acontecimientos que en aquellas bodas se celebraron, pero quien quiera saberlos que recurra al libro[7] que se hizo del infante Don Pedro después que fue rey, y allí encontraréis los nobles actos y dones que en aquellas bodas se hicieron y otros largos relatos que yo dejo de escribir porque ya están escritos.

Y de esta doncella, que tenía por nombre reina Costança, tuvo dicho señor infante Don Pedro muchos hijos, de los cuales sobrevivieron a dicha señora reina y al rey su padre cuatro varones y dos doncellas, esto es, a saber: el infante Don Alfonso, el infante Don Jaime, el infante Don Federico y el infante Don Pedro. Y de cada uno de estos señores nacieron los más sabios príncipes del mundo y los mejores en armas; y de todos sus hechos, cuando haya lugar y tiempo, hablaremos, como encontraréis más adelante. Y de las doncellas de las que antes he

hablado, fue una reina de Portugal, y lo es todavía, y la otra fue esposa del rey Roberto de Jerusalén.

Y una vez celebrado este matrimonio, dio el rey esposa a su otro hijo de nombre el infante Don Jaime, y diole por esposa la hija del conde de Foix, que es el barón más honrado y el más rico que haya en el Languedoc; cual hija del conde de Foix tenía por nombre mi Doña Esclaramunda, y fue de las más sabias señoras y de mejor vida y más honesta que hubiese habido. Y en dichas bodas acontecieron grandes hechos realizados por los barones de Aragón y de Cataluña y de Francia y de Gascuña y de todo el Languedoc.

Y de esta señora tuvo dicho señor infante Don Jaime muchos hijos y muchas hijas, de los cuales sobrevivieron al padre y a la madre cuatro hijos y dos hijas, al igual que del señor infante Don Pedro. El primer hijo habido tuvo por nombre el infante Don Jaime, el otro el infante Don Sancho, el otro el infante Don Fernando y el otro el infante Don Felipe. Y de todos estos señores os contaré su vida y sus hechos cuando haya tiempo y lugar. Y de las doncellas, una fue la mujer de Don Juan, hijo del infante Don Manuel de Castilla, y la otra, esposa del antedicho Roberto, rey que la tomó después que fue muerta Doña Violante, hija que fue del señor rey Don Pedro. Y de todos estos infantes os contaré su vida y costumbres cuando haya tiempo y lugar.

Después que hubo casado estos sus dos hijos, hizo arzobispo al tercer hijo, que tenía por nombre el de infante Don Sancho, que fue muy piadoso y bueno, que en tiempos de su vida se le tenía por uno de los mejores prelados del mundo y de los más sabios y honestos y que mucho ayudó a acrecentar la santa fe católica en España y causó gran daño y mengua a los sarracenos. Tanto que al final murió en batalla contra los sarracenos, de modo que puede ser contado entre la lista de los mártires por la santa fe católica y glorificar su muerte.

Y cuando dicho señor rey Don Jaime de Aragón vio cumplidas todas estas cosas, se sintió alegre y satisfecho, y arregló sus reinos.

12. Relaciones con Alfonso X de Castilla

Volveré ahora a lo dicho de Don Alfonso de Castilla, que vino a Valencia con la reina su esposa y con los infantes. Dicho señor Don Jaime de Aragón salió a recibirle con sus hijos, hasta los mojones del reino, y ordenó en tal forma el país que todos cuantos venían con el rey de Castilla no encontraron nada que se les vendiera por dinero alguno, antes todos venían a tomar ración de todo cuanto pedían de boca, en la corte del señor rey de Aragón. Y dióseles con tal abundancia de cuanto pedían y habían menester que sus troteros vendían por las plazas carneros enteros y cabritos y cuartos de ternera y de vaca, y pan y vino, capones y gallinas, conejos, perdices y toda clase de volatería; de modo que la gente del lugar donde se encontraban vivían casi por nada; tan a buen precio vendían todas las cosas. Y así duró este cargo más de dos meses que el rey de Castilla estuvo en Valencia y en su reino, que ningún dinero gastaron ni él ni nadie que con él estuviere. Y durante este tiempo podéis imaginar cómo vivieron los reyes y las reinas y los infantes, condes y vizcondes, barones, prelados y caballeros (que muchos había de todos los reinos) y ciudadanos y hombres de mar, en la mayor alegría y diversión.

Hallándose reunidos, el rey de Castilla habló un día al rey de Aragón y le dijo:

—Padre, bien sabéis que cuando me disteis a vuestra hija por esposa me prometisteis que me ayudaríais a conquistar el reino de Murcia. Es verdad que, en dicho reino, lleváis buena

parte de la conquista, puesto que vuestro es Alicante, Elche, Valle de Elda, de Novelda, Aspe, Petrer, Crevillente, Favanella, Callosa, Orihuela, Guardamar, hasta el campo de Muntagut por tierra y por mar hasta Cartagena. Y la ciudad de Murcia y aún Muntagut, Molina, Seca, Cartagena, Alhama, Lorca, Mula, Caravaca, Senes, Bulles, Nogalt, Llibreny, Belena, Almansa y muchos otros castillos que son de dicho reino, pertenecen a nuestra conquista. De modo que, puesto que Dios os ha hecho tanta gracia que habéis conquistado el reino de Valencia, os ruego, en la forma que un hijo puede rogar a un padre, que me ayudéis a conquistar dicho reino y que, cuando esté conquistado, vos tengáis los lugares que son de vuestra conquista y nosotros los nuestros, pues es muy cierto que dicho reino nos causa mucho daño en todas nuestras tierras.

De inmediato el rey de Aragón respondió que estaba muy satisfecho de aquello que le había dicho y que realmente eran ciertas las cosas que le había dicho; de modo que ya podía ir pensando en volver a su tierra y que prestase todo su apoyo a las demás fronteras, que él tomaba sobre sí la conquista de Murcia y de su reino y que ante él juraba que no cesaría jamás hasta que le hubiese conquistado la ciudad de Murcia y gran parte del reino.

Inmediatamente dicho señor rey de Castilla levantóse y fue a besar en la boca a dicho señor rey Don Jaime, y dijóle:

—Padre y señor, os doy cumplidas gracias de esto que me habéis dicho; y puesto que así es, yo me volveré a Castilla y procuraré arreglar todas las fronteras que se hallan hacia la tierra del rey de Granada, y especialmente Córdoba, Ubeda y Jaén y Baeza y la frontera de Sevilla; y cuando me sienta seguro de que ningún daño me puede alcanzar del reino de Murcia, me defenderé bien del rey de Granada y del rey de Marrocs, y de todos sus valedores, pues el mayor peligro que mi tierra sufre

es por el reino de Murcia y, de ahora en adelante, con la ayuda de Dios y de mi señora Santa María, vos me defenderéis de él.

Y después de estos convenios, dicho señor rey de Castilla volvióse a su tierra; y dicho señor rey de Aragón le acompañó hasta que estuvo fuera de sus reinos y le atendió en todo momento de cuanto él y todas sus gentes hubiesen menester, tal como antes ya se dijo.

13. Se inicia la conquista de Murcia

De aquí en adelante dejaremos al señor rey de Castilla, que se volvió a sus tierras y a sus reinos, y volveremos a hablar del señor rey de Aragón, que se dispuso a entrar en el reino de Murcia.

Al fin el señor rey de Aragón celebró su consejo con sus hijos y sus barones, y todos se pusieron de acuerdo en que, en atención a la promesa hecha al rey de Castilla, que él les contó en todos sus detalles, correspondía entrar enseguida. Cada uno ofrecióse a seguirle a su propio coste y cargo, prometiendo que no le faltarían en tanto tuviesen vida y valor y mientras no hubiese llevado a cabo dicha conquista. De todo ello dicho señor rey estuvo muy alegre y satisfecho, y les dio muchas gracias.

De modo que, de inmediato, ordenó que dicho señor infante Don Pedro hiciera una correría por el reino de Murcia hasta la ciudad. Dicho señor infante Don Pedro, en orden de batalla, con muchos ricoshombres de Cataluña y Aragón y del reino de Valencia, ciudadanos, hombres de mar y almogávares, corrió todo el reino, por mar y por tierra, talando y destruyendo todo el país. Y, en cuanto lo había talado, se instalaba en todo lugar. Primeramente taló y destruyó toda la huerta de Alicante y Nomport y Agost; luego taló Elche y el Valle de Elda y de No-

velda, Villena y Aspe, Petrer, Crevillente, Cretal, Favanella, Callosa, Guardamar, Orihuela y fue hasta que llegó al castillo de Muntagut, que está en la huerta de Murcia, y taló y destruyó aquel puesto.

Allí salió el rey sarraceno de Murcia, con todo su poder de a caballo y a pie, y dicho señor infante se detuvo dos días en orden de batalla ante el rey de Murcia, que no se atrevió a combatir con él. Y os digo que seguramente, si no fuese por las acequias que había entre las dos huestes, el señor infante hubiese embestido contra ellos; pero las acequias y los canales y las aguas eran tan abundantes entre ellos que no lo pudieron hacer. Pero sí que ocurrieron muchos hechos de armas, hasta el punto de que en uno de los torneos que hubo, dicho señor infante, con sus propias manos, llegó a matar a más de diez caballeros, hasta el punto de que, donde él atacaba, cuando lo habían reconocido, no creáis que se atrevieran a plantarle cara de ninguna manera.

¿Qué os diré? Un mes entero, con sus huestes, quemando y destruyendo, estuvo en dicho reino, y todos los que estaban con él se hicieron ricos y acomodados con el gran botín que trajeron, tanto de cautivos y cautivas como de cosas y ganado que trajeron. Tanto que dicho señor infante mandó al señor rey su padre unas mil cabezas de ganado mayor y más de veinte mil cabezas de ganado menor y más de mil cautivos sarracenos y mil cautivas sarracenas. Cuyos cautivos y cautivas dicho señor rey presentó y dio, ya sea al papa, ya sea a los cardenales, en gran cantidad, y al emperador Federico y al rey de Francia y a los condes y barones amigos suyos; las cautivas las dio a la señora reina de Francia, hija suya, y a las condesas y baronesas de todas partes, de tal modo que no se quedó ni uno, sino que todos los repartió y donó, de modo que el padre santo y los cardenales y los demás señores del mundo cristiano quedaron muy contentos y satisfechos e hicieron procesiones en honor de

Nuestro Señor verdadero Dios, que había otorgado a dicho señor infante aquella victoria.

14. Consejo del rey Don Jaime con su hijo el infante Don Pedro y Cortes en Valencia

Después de lo dicho, el señor infante y todas las gentes que con él estaban en armas viniéronse a la ciudad de Valencia, donde encontró al señor rey su padre, que les dio una gran fiesta con grandes agasajos, y cuando hubo terminado la celebración de su regreso, dicho señor rey entró en una cámara con dicho señor infante, y le preguntó sobre cuanto había hecho y le había ocurrido desde que él se marchara. Pero el señor infante se guardó mucho de contarle ningún hecho de armas en el que hubiese intervenido personalmente, pues castigaba a cualquiera que contase algo de ello. De modo que dicho señor rey sintió gran placer y alegría por lo que dicho señor infante le contó que le había sucedido, y especialmente tuvo gran satisfacción cuando vio el buen sentido y el buen juicio que dicho señor infante tenía.

En esta conversación el señor rey preguntó al señor infante qué le aconsejaba que hiciera con la conquista y si le parecía que había llegado el momento de empezarla.

Y el señor infante contestóle:

—Padre y señor, mi consejo no vale lo bastante para dároslo a vos y a vuestra sabiduría, pero yo os daré mi parecer y luego vos haréis lo que mejor os parezca y Dios, con su bondad, os lo tendrá en cuenta. Mi consejo, padre y señor, sería éste: que vos, en buena hora, penséis en visitar Aragón y Cataluña y Montpellier, y todas las demás tierras vuestras, y que me dejéis a mí aquí, en la frontera, y yo les haré una guerra de escaramu-

zas, de modo que no podrán sembrar nada, y si no siembran no cosecharán, y dentro de un año vos, señor, con gran parte de vuestro poder, habréis vuelto a Valencia y en buena hora, en el mes de abril, cuando ellos tienen que empezar a recolectar sus bienes, puesto que en abril empieza la siega de la cebada en aquellas tierras, que son tempraneras. Entonces, vos, señor, entraréis y no penséis en deteneros hasta que estéis sobre la ciudad de Murcia, a la que pondréis sitio, y mientras vos estéis en el sitio yo correré todo el país y guardaré los pasos, de modo que no le pueda llegar socorro del rey de Granada, y así destruiréis la ciudad y todo el reino.

—Hijo —dijo el señor rey—, tengo por bueno vuestro consejo, y de este modo quiero que se haga, como vos lo habéis dispuesto.

Y así convocó cortes por todo el reino de Valencia y ordenó que todos los ricoshombres, prelados, caballeros y hombres de villas estuviesen en la ciudad de Valencia un día determinado; y así se cumplió, como él había mandado.

Aquel día, cuando todos estuvieron reunidos en el claustro de mi Señora María de la Seo de Valencia, dicho señor rey hizo su buen discurso y dio muy buenas razones que hacían al caso y recomendó como superior y jefe a dicho señor infante y ordenóles que guardasen y obedecieran a su persona como si fuera la suya propia. Y así, con plenitud de poderes, dejóle de vicario y procurador mayor en todo el reino de Valencia.

Todos en común recibieron con gran alegría y satisfacción a dicho señor infante con todo el poder que dicho señor su padre le otorgó. Y dicho señor infante, también muy satisfecho, recibió dicho poder, especialmente porque sabía que quedaba en un puesto en el que le constaba que todos los días habría de ejecutar grandes hechos de armas. Pero él disimulaba tanto como podía a fin de que su señor padre no descubriera el gran

deseo que sentía, pues es seguro que si su señor padre adivinara la décima parte de los peligros en que él se encontraría por tales reinos, no le dejaría, por el miedo que tendría de perderle. Pero tan secretos guardaba los peligros a que se arriesgaba en los hechos de armas, que dicho señor rey los ignoraba, y mejor creía que dicho señor infante conduciría la guerra muy mesuradamente y con mucho tiento. Y seguramente es verdad como lo pensaba, pero, aparte de eso, todos los días dicho señor infante no abandonaba ni puente ni palanca, sino que donde veía que había de ocurrir un apretado hecho de armas, allí se encontraba siempre, con lo cual los hechos llegaban a mejor fin, pues es indudable que allí donde cada uno ve a su señor natural ya no piensa más que en guardar su persona y su honor, y no os figuréis que en tales ocasiones nadie piense en su mujer, hijo o hija, sino únicamente en ayudar a sacarle de aquel lugar con honor y victoria y salvación de su persona.

Y más que nadie en el mundo llevan esto en su corazón los catalanes y aragoneses y todos los que están sometidos a dicho señor rey de Aragón, pues todos son adictos a su señor, llenos del más delicado amor natural.

15. El rey Don Jaime en Montpellier y las caballerías del infante Don Pedro

Disolvióse la corte con gran concordia y alegría y dicho señor rey entró en Aragón, y luego en Cataluña y en el Rosellón, y se fue a Montpellier. Siempre deseaba ir a Montpellier, como es cosa natural en toda persona, pues al igual que las aves y todas las criaturas aman su patria y el lugar donde han nacido, por lo que, como dicho señor rey Don Jaime nació en Montpellier, iba muchas veces a aquel lugar, y todos los señores

descendientes suyos deben igualmente amarlo, por los milagros que Dios permitió allí con motivo de su nacimiento.

Y también quiero que sepáis igualmente que no ha habido vasallos, ni los hay todavía, que puedan amar más al señor rey de Aragón y a los descendientes de dicho señor rey Don Jaime de lo que lo hacen los hombres buenos naturales de Montpellier. Pero de aquel tiempo hacia acá han venido a poblar, por el buen señorío que encontraban, hombres de Cohors, y de Fijac, y de Sant Xantoni, y de otros muchos lugares, y de Auvernia, que no son naturales directos de Montpellier, que han permitido que la casa de Francia se haya entrometido; pero estad seguros que esto no gusta ni gustará nunca a ninguno de aquellos que son en línea directa naturales de Montpellier. Por lo que todas las tierras que pertenecen a dicho señor deben querer con el corazón y el entendimiento y honrar a todos los hombres de Montpellier, que no deben dejar de hacerlo por treinta o cuarenta casas de los antedichos que vinieron a poblar, por lo que requiero y ruego a los señores, ricoshombres, caballeros, ciudadanos, consejeros, mercaderes, patrones de naves y marineros, almogávares y peones que pertenezcan a la señoría del rey de Aragón y de Mallorca y de Sicilia, que amen y honren a todos aquellos que sean de Montpellier y caigan en su poder; y si lo hacen, por la gracia de Dios y de mi señora Santa María de Vallvert y de las Taules de Montpellier y del señor rey Don Jaime de Aragón, que allí nació, os será tenido como mérito en este mundo y en el otro, y os haréis honor y cortesía a vosotros mismos y conservaréis el recto amor que entre vosotros y ellos debe existir y existirá siempre, si Dios así lo quiere[8].

Salido dicho señor rey del reino de Valencia, dicho señor infante rigió el reino con gran rectitud, y no había sarraceno ni nadie que se alzara contra la razón que, de inmediato, no fuera castigado.

Igualmente condujo la guerra enérgica y duramente contra el rey de Murcia, de modo que los sarracenos no sabían a qué atenerse, pues cuando ellos se figuraban que el señor infante estaba diez jornadas lejos, cuando se levantaban le veían correr por sus tierras y tomar y destruir cuanto veía, hasta tal punto que les había metido el miedo en el cuerpo. Así siguió la vida todo aquel año, durante el cual el señor rey iba recorriendo sus reinos, y él velaba por las noches y sufría fríos y calores, hambres e incomodidades para estar siempre encima de los sarracenos, que en su corazón no admitía que pudiese existir un día de descanso, pues donde había mayor fiesta nuestra y que los sarracenos se figuraban que él estaría en la fiesta, aquel día caía sobre ellos y les confundía, cautivándolos y destruyendo sus bienes. Estad seguros que jamás nació hijo de rey con corazón tan firme, ni más fogoso, ni más valiente, ni de más bella figura, ni más sabio, ni más mañoso con sus miembros, pues de él se puede decir lo que se dice del que está lleno de todas las gracias, que no es ángel ni demonio, sino que es un hombre cabal. Por lo que es cierto que a dicho señor infante se le puede aplicar este proverbio: que verdaderamente es un hombre en el que concurren todas las gracias.

Y de este modo, durante aquel tiempo, el rey recibía buenas noticias de dicho señor infante Don Pedro, y dicho señor infante recibía buenas noticias del señor rey su padre, que con gran placer y alegría iba visitando sus tierras y lugares.

16. Sitio y conquista de Murcia

En el momento convenido, dicho señor rey vino al reino de Valencia con gran parte de su poder, y decidió entrar así aparejado y dispuesto por mar y por tierra, para que no se pueda de-

cir que jamás ningún rey mejor aparejado y dispuesto se dirigió contra otro rey. Con gran alegría entró en el citado reino de Murcia por mar y por tierra, y quiso disponer del mar para que sus huestes estuviesen bien abastecidas de víveres. Y así se ordenó, y de inmediato tomó el castillo de la villa de Alicante y Elche, y todos los otros puestos que antes os he contado, y que están entre el reino de Valencia y el reino de Murcia, que es ciudad muy noble y honrada y muy fuerte, y casi la mejor amurallada que haya en el mundo. Y en cuanto estuvo frente a dicha ciudad, ordenó su asedio, en tal forma que nadie podía entrar en ella por parte alguna. Y no os daré largos informes, únicamente que el sitio duró tanto que los sarracenos tuvieron que hacer las paces y le entregaron la mitad de la ciudad y la otra mitad la retuvieron para sus necesidades, pero bajo su señorío. De modo que pasaba por el centro de la ciudad una calle larga y ancha que empieza en el lugar donde se celebra el mercado que está delante de los Predicadores y se extiende hasta la iglesia mayor de Nuestra Señora Santa María, y en aquella calle se encuentran la Peletería, los Cambios y la Pañería y otros muchos oficios.

En cuanto esta ciudad estuvo dividida, dicho señor rey la pobló con sus gentes, y a los pocos días los sarracenos vieron que entre ellos y los cristianos no podía haber buena armonía en la ciudad y pidieron y suplicaron a dicho señor rey que quisiera tomar su parte de la ciudad y que la poblase con quienes tuviera a bien, y que les diese un arrabal en el que ellos pudiesen amurallarse y sentirse seguros. Y dicho señor tuvo mucho gusto en ello y accedió a sus súplicas y les dio un arrabal fuera de la ciudad, que ellos amurallaron y que tiene por nombre la Reixaca, y allí se trasladaron. De este modo dicha ciudad de Murcia fue tomada por dicho señor rey Don Jaime de Aragón, en el mes de mayo del año mil doscientos sesenta y seis.

17. Donaciones de Jaime I a sus yernos y reparto de la procuraduría de sus reinos

Cuando hubo tomado dicha ciudad, poblóla toda de catalanes, al igual que Orihuela, Elche, Alicante, Guardamar, Cartagena y otros lugares, de tal manera que podéis estar seguros que aquellos que en dicha ciudad de Murcia y en los antedichos lugares se encuentran son verdaderos catalanes y hablan el más bello catalán del mundo, y todos son buenos en las armas y en todo cuanto hacen. Y bien puede decirse que es uno de los reinos más agradables del mundo, y ni yo ni nadie puede conocer otras dos provincias que sean mejores ni más agraciadas de lo que son el reino de Valencia y el reino de Murcia.

Cuando dicho señor rey hubo poblado dicha ciudad de Murcia y los demás lugares, lo entregó todo, tanto su parte como la otra, al señor rey de Castilla, su yerno, a fin de que todos conjuntamente se pudiesen ayudar y que unos socorrieran a los otros. Expresamente entregó a su yerno el infante Don Manuel, Elche, el Valle de Elda y de Novelda, Aspe, Petrer. Y el señor rey de Castilla Don Alfonso hizo igualmente adelantado de toda su parte a dicho infante Don Manuel. Y de esta manera todas las tierras se ayudaron y se defendieron de los moros, unos con otros.

Pero en los convenios que se establecieron, dicho señor rey Don Jaime de Aragón entregó su parte del reino de Murcia a su yerno el rey Don Alfonso de Castilla y a su yerno el infante Don Manuel, a condición de que en cualquier momento que él quisiera recobrarlo se lo devolvieran. Y así se lo prometieron, y de ello se establecieron buenas escrituras. Es por esta razón que la casa de Aragón ha recobrado dichos lugares, y fueron

recobrados como más adelante os diré, cuando llegue su tiempo y lugar.

Cuando dicho señor rey de Aragón tuvo los referidos lugares ordenados, poblados, guarnecidos y entregados a los antedichos señores sus yernos, se volvió al reino de Valencia, y en la ciudad de Valencia convocó sus cortes, en las que se reunieron gentes de la mayor importancia. Acudieron los infantes sus hijos, que con gran placer estuvieron con el señor rey su padre y con todos los barones, ricoshombres, caballeros y ciudadanos. Y fue muy grande la fiesta que para toda la gente se celebró en la ciudad, y no era de extrañar, pues tantas gracias les había concedido Dios a todos que mucho debían alegrarse en Dios y con el señor rey y los señores infantes.

En aquellas cortes ordenó el señor rey que fuese procurador y vicario general el señor infante Don Pedro del reino de Aragón, y del reino de Valencia, y de toda Cataluña, hasta el collado de Panissars; e igualmente hizo vicario y procurador al señor infante Don Jaime del reino de Mallorca, de Menorca y de Ibiza, y del condado de Rosellón, y de Conflent, y de Cerdaña, y de Montpellier, para que cada uno viviera así como señores, con las reinas sus esposas, y los infantes e infantas suyos, de modo que las tierras fuesen mejor regidas y gobernadas, y que él durante su vida lo pudiese ver, juzgando así su certero juicio y su buen comportamiento y el buen gobierno de cada uno. Pues podéis estar seguros de que jamás puede conocerse a un hombre, sea cual sea su condición, hasta que se le da poder, y en cuanto a una persona le ha sido dado poder, cualquiera que sea, hombre o mujer, en seguida podréis conocer cuál es su juicio. Para esto, dicho señor quiso ordenar y cumplir todo lo antedicho, y para tener al mismo tiempo mayor descanso para ir visitando y recorriendo todos sus reinos y las otras tierras.

Y con esta ordenanza, de la que toda la gente quedó muy satisfecha, partieron todos de la corte y cada cual se fue a sus

asuntos. Y dicho señor rey fue visitando todas sus tierras con gran placer y alegría, y donde sabía que estaban las reinas nueras suyas y sus nietos, iba a visitarles y a obsequiarles, haciendo gran fiesta con ellas y con ellos.

18. Roger de Lauria y Conrado Lanza

El señor infante Don Pedro tenía en su casa a dos hijos de caballeros que habían venido con la señora reina Doña Constanza, su esposa, y el uno se llamaba Don Roger de Lauria, que pertenecía a un honrado linaje de señores de pendón propio, y su madre tenía por nombre mi señora Bella, que crió a dicha reina mi señora Constanza, y con ella vino a Cataluña, y era señora muy sabia y buena que no se separó nunca, mientras vivió, del lado de la señora reina. Del mismo modo, su hijo, que se llamaba Roger de Lauria, tampoco se separó de ella y se crió en la corte, pues era muy mozo cuando vino a Cataluña. Su baronía estaba en Calabria y la formaban veinticuatro castillos de pertenencia, y la cabeza de dicha baronía se llamaba Lauria. Dicho Don Roger de Lauria había crecido ya en aquel tiempo y era alto y bien formado y se hacía querer mucho del señor infante y de mi señora la reina y de todos.

Asimismo vino con mi señora la reina otro honrado mancebo que era hijo de conde y pariente de mi señora la reina, y tenía por nombre Don Conrado Lanza, y una hermana suya joven y soltera que se había criado con mi señora dicha reina. Este Don Conrado Lanza era uno de los más hermosos hombres del mundo, el mejor hablado y el más sabio, tanto que en aquel tiempo se decía que el catalán más bello del mundo era el suyo y el de Don Roger de Lauria. Y nada tenía de extraño, pues ellos vinieron de muy jóvenes a Cataluña y se criaron

siempre con el señor infante, de modo que aprendieron el catalán, y de cada lugar de Cataluña y del reino de Valencia recogieron todo lo bueno y bello que hay en él, y así cada uno de ellos fue el más perfecto catalán que pueda haber y hablado catalán de la manera más hermosa.

Y dicho señor infante, Don Pedro hizo caballero a cada uno de ellos, y dio por esposa la doncella hermana de Don Conrado Lanza a dicho Don Roger de Lauria, la cual salió muy buena señora y sabia y honesta y de buenas costumbres. De dicha señora sobrevivió a él y a ella un hijo que se llamó Don Rogeró, que hubiese sido hombre de pro si hubiese vivido más largo tiempo, pero murió joven, de veintidós años. Pero ya hablaremos de él más adelante, cuando convendrá hacerlo, que en el tiempo que vivió hizo tales hechos que razones habrá para que hablemos de él cuando llegue su hora. Asimismo tuvo de ella tres hijas, que todas fueron buenas señoras; la mayor fue esposa del noble Don Jaime de Jérica, sobrino del señor rey Don Pedro, que fue de los mejores barones y de los más honrados de España por parte de padre y de madre; fue muy buena persona. La otra fue esposa del noble Don Ot de Moncada, y la otra, esposa del conde de Sancto Cebrino, que está en el Principado. Y aquella señora, hermana de Don Conrado Lanza, que tuvo dichos hijos, murió, lo que fue una gran lástima tanto por su bondad como por sus hijos, que eran todos muy pequeños.

Después dicho noble Don Roger de Lauria tomó por esposa la hija de Don Berenguer de Entenza, que es una de las casas más distinguidas entre todas las de ricoshombres que pueda haber en Aragón y Cataluña. Y esta señora tuvo, que le vivieran, dos hijos y una hija.

Y así he de dejar ahora de hablaros de dicho noble Don Roger de Lauria, del que hablaremos más adelante, que él fue tal que sus hechos darán motivo a que yo deba hablar de él, pues

bien puede decirse que desde que Dios vino a la tierra por medio de Nuestra Señora Santa María, nunca hubo hombre, ni que fuese hijo de rey, a quien Dios concediera tantas gracias y que tanto honrase a su señor en todos los hechos que le fuesen encomendados.

19. Acciones de Don Conrado Lanza

Volveré a hablar un poco del cuñado de Don Roger, Don Conrado Lanza, para relatar un hecho que le ocurrió por gracia de Dios y del señor rey Don Pedro.

Verdad es que antes debería hablar de dicho señor rey de Aragón Don Pedro, pero prefiero relatar antes este caso, que después de todo lo mismo tiene ahora que después, y lo hago ahora porque estamos ocupándonos de estos dos ricoshombres y es mejor hablar ahora de este hecho que realizó Don Conrado Lanza que luego. Que de todos los hechos, con tal que se cuente la verdad, en cualquier lugar del libro se puede hablar, y si lo dejara para más adelante, puede que entonces me estorbara, particularmente tratándose de una historia de poca extensión. Por esto pido a todos que me perdonen si en este lugar u otro cualquiera encuentran que se dicen cosas que se relatan antes del tiempo en que deberían relatarse; pero si me lo preguntan, yo les podría dar razones que harían que me excusaran. Pero donde sea que se intercalen los relatos que os haga, podéis estar seguros de que son verdad, tal como van escritos, y no pongan en ello la menor duda. De modo que voy a contaros la merced que Dios hizo a este ricohombre Don Conrado Lanza.

El señor rey de Aragón tiene siempre derecho al tributo del rey de Granada, y del rey de Tírensé, y del rey de Túnez, y co-

mo hacía mucho tiempo que no habían remitido nada a dicho señor rey de Aragón, hizo armar en Valencia cuatro galeras e hizo capitán de ellas a dicho noble Don Conrado Lanza. Y éste se fue al puerto de Túnez y a Bugía y por toda la costa, guerreando y asolando todos los puertos. De modo que llegó, en el mar del rey de Túnez y de Tirensé, a una isla que lleva por nombre Alfabiba, y fue a aquel puerto para repostarse de agua. Y en cuanto llegó a aquel lugar para llevarse el agua, diez galeras de sarracenos que pertenecían al rey de Marruecos y que habían sido armadas en Ceuta, vinieron a aquel mismo lugar para llevar agua. Estas diez galeras de sarracenos estaban mejor armadas y con la mejor gente sarracena que nunca fueran armadas, y habían hecho ya gran daño a unos leños que habían tomado a los cristianos y llevaban muchos cautivos en las galeras, cosa que constituía un gran pecado.

Cuando las galeras de Don Conrado Lanza vieron venir a las diez galeras, salieron de la posta, y los sarracenos, que les vieron y que ya tenían noticia de ellas, gritaron en su lengua sarracena:

—Aur! Aur!

Y muy valientemente se lanzaron contra las galeras de Don Conrado Lanza. Y las galeras de Don Conrado Lanza hicieron la rueda y se reunieron las cuatro juntas y tuvieron su consejo. Y dicho Conrado les dijo:

—Señores, vosotros sabéis que la gracia de Dios está con el señor rey de Aragón y con todos sus vasallos, y sabéis cuántas victorias ha alcanzado sobre los sarracenos. Bien podéis imaginar que el señor rey de Aragón está presente con nosotros en estas galeras, puesto que aquí está su estandarte, que representa su persona. Así que él sea con nosotros y la gracia de Dios y la suya nos ayudarán y nos darán la victoria. Sería una gran vergüenza para dicho señor rey y para la ciudad de Valencia, de

donde somos todos, que ante esos canes volviésemos la cara, cosa que nunca hizo hombre alguno que pertenezca al rey de Aragón. Por lo que os ruego y a cada uno recuerdo el poder de Dios y de Nuestra Señora Santa María y de la santa fe católica, y el honor del señor rey y de dicha ciudad de Valencia y de todo el reino; y vigorosamente todos, así como están amarradas entre sí las cuatro galeras, ataquemos y hagamos tanto en este día que para siempre se hable de nosotros. Y es seguro que les venceremos y que para siempre quedaremos bien acomodados. Pero todos veis que estamos por entero en ventaja y que podemos marcharnos a nuestro placer, pues aunque quieran no nos pueden forzar a dar la batalla. De modo que diga cada uno lo que mejor le parezca; pero en cuanto a mí, ya os digo mi parecer. Y todavía vuelvo a decíroslo y os lo ruego en nombre de dicho señor rey y de la ciudad de Valencia: que ataquemos, que todos son nuestros.

Y todos empezaron a gritar:

—¡Ataquemos, ataquemos, que todos son nuestros!

Con esto, armáronse todos muy bien, y los sarracenos hicieron otro tanto. Y cuando estuvieron armados, cada uno de cada parte, Don Conrado Lanza, de una bogada bien dirigida, lanzóse sobre ellos con tal fuerza que hubo sarracenos que dijeron a su capitán que las galeras venían contra él y que se rindiera. Gran parte de los sarracenos eran de esta opinión, pero en las galeras de los sarracenos había muy buenos caballeros y no creían que los cristianos fuesen tan locos que quisieran combatir con ellos.

Pero el almirante de los sarracenos era hombre de mar muy inteligente y había estado en muchos hechos de armas y había comprobado cómo eran los catalanes, de modo que empezó a menear la cabeza y dijo:

—¡Barones, lo que pensáis es una locura! No conocéis a la gente del rey de Aragón como yo les conozco. Estad seguros que ellos se preparan bien y sabiamente para combatir con nosotros y vienen tan dispuestos a morir que ¡ay del hijo de madre que les espera! De modo que, así como ellos vienen convencidos de alcanzar la victoria o morir, meteos lo mismo en vuestro ánimo, pues en el día de hoy, si mucho no os esforzáis, seréis todos muertos o cautivos. Y Dios permitiera que yo me encontrara cien millas lejos; pero, puesto que las cosas son así, me encomiendo a Dios y a Mahumet.

Con esto hizo sonar las trompas y las nácaras, y con gran estrépito y con grandes gritos empezaron a atacar vigorosamente. Y las cuatro galeras, con menos gritos y discursos y sin bullicio alguno, arremetieron por el centro de las diez galeras.

Entonces la batalla fue muy cruel y ruda, y duró desde la mañana hasta la hora de vísperas, que ninguno encontró espacio para comer ni beber. Pero Nuestro Señor, Dios verdadero, y su bendita Madre, de quienes proceden todas las gracias y la buena fortuna del rey de Aragón, dio a los nuestros la victoria de tal manera que la totalidad de las diez galeras fueron todas desbaratadas y los hombres muertos o prisioneros. ¡Bendito sea el Señor que lo hizo!

Cuando hubieron ganado la batalla y todas las galeras desbaratadas y presas, desataron a los cristianos cautivos que en ellas encontraron, y a cada uno le dieron tan buena parte de lo que encontraron y que Dios les había hecho ganar, como a cada uno de ellos.

Y así, con gran alegría y gran victoria, se volvieron a Valencia con las diez galeras que habían cobrado y con muchos cautivos sarracenos que se habían escondido en la parte baja, de los que abrieron mercado.

20. Elogio de los reyes de Aragón

El señor rey les hizo merced de que todo cuanto habían ganado fuese suyo, que no quiso guardar la quinta parte ni nada. Y quiso que las esposas de los cristianos que murieron en la batalla, y sus hijos, tuviesen buena parte en la ganancia tanto como aquellos que escaparon, de lo que estuvieron todos muy alegres y satisfechos: que tanto les pareció todo bien que todos duplicaron su ánimo de bien hacer, como lo demostraremos más adelante por los grandes hechos y batallas que más adelante oiréis.

Estad, pues, seguros que los buenos señores ayudan a sus vasallos a ser buenos, y por encima de todos los señores lo hacen aquellos que pertenecen a la casa de Aragón, que no parece que sean señores y vasallos, sino compañeros. Cuando se piensa en los otros reyes del mundo, que tan difíciles y ariscos son para sus vasallos, y se piensa en las gracias que les conceden los señores de la casa de Aragón, es para besar la tierra que pisan.

Si alguien me preguntara:

—Muntaner, ¿qué gracias conocéis vos que hagan los señores de la casa de Aragón a sus sometidos más que los otros?

Os diría:

—La primera gracia es que consideran a sus ricos-hombres, prelados, caballeros y ciudadanos y hombres de los pueblos y masías con mayor verdad y rectitud que ningún otro señor del mundo.

Por otra parte, siempre les dan y les conceden muchas gracias.

Por otra parte, cada uno se puede hacer más ricohombre de lo que es, pues no ha de temer que, contra razón y justicia, na-

da le sea pedido ni quitado: cosa que no ocurre con los otros señores del mundo. Por esto las gentes de Cataluña y Aragón viven con elevado espíritu, ya que se ven establecidos a su modo y ningún hombre puede ser bueno en las armas si no es de espíritu elevado.

Todavía tienen con ellos la siguiente ventaja: que cada uno puede hablar con ellos tanto como se le meta en el corazón que quiere hablarle, que todas las horas que convenga será escuchado graciosamente y más graciosamente contestado.

Por otra parte, si un ricohombre, caballero, ciudadano u hombre de pueblo que sea honrado quiere casar a su hija o les requiere en asuntos de honor, irán y les honrarán en la iglesia o donde les plazca. Y lo mismo hacen si alguno muere o quieren celebrar su aniversario, que irán igualmente como si fuesen sus iguales: y esto no lo esperéis de otros señores del mundo.

Por otra parte, en las grandes fiestas, dan convites a toda la gente buena, y comen en presencia de todos y allí donde todos los que estén invitados comerán: cosa que no hacen los otros señores del mundo.

Además, si el ricohombre, caballero, prelado, ciudadano, hombre de pueblo, payés o cualquier otro natural les manda fruta o vino u otras cosas, sin duda lo comerán; y aceptarán, además, en sus castillos, villas, lugares o alquerías sus invitaciones y comerán de todo lo que se les haya preparado y dormirán en las cámaras que les hayan dispuesto.

Y, por otra parte, cabalgan cada día por las ciudades, villas y lugares, y se muestran a sus pueblos. Y si un buen hombre o una mujer pobre les llama: «¡Por favor, señor!», tirarán de las riendas y les escucharán, y de inmediato atenderán a sus necesidades.

¿Qué os diré? Que son tan buenos e indulgentes con sus subordinados que sería muy largo escribirlo. Por esto sus someti-

dos están tan inflamados en su amor que no temen la muerte si se trata de exaltar su amor y honor y señoría, de guardar un puente o una palanca, de pasar frío o calor, o cualquier peligro. Por esto Dios acrece y mejora a ellos y a sus pueblos, y les da victoria y honor y así será de ahora en adelante, si Dios quiere, sobre todos sus enemigos.

Ahora dejaré de hablar de esta materia, y hablaré del señor rey y de sus hijos.

21. El Concilio de Lyon y mensaje del rey de Castilla

Cuando dicho señor rey Don Jaime hubo estado por largo tiempo permaneciendo en sus tierras, igual que el infante Don Pedro y el infante Don Jaime, llegaron mensajes para el señor rey de Aragón diciendo que el Santo Padre celebraría Concilio General en Lleó del Roine, y que rogaba y requería a todos los reyes de la cristiandad que fuesen ellos o sus procuradores: por lo que el señor rey se preparó para ir.

En esto, mientras se preparaba para ir lo más honorablemente posible, llegaron mensajeros del señor rey Don Alfonso de Castilla, su yerno, que también quería ir a dicho Concilio y quería pasar por sus tierras con la reina y con gran parte de sus infantes, y quería pasar especialmente por dos motivos: el primero, que él y la reina y sus hijos tenían muchos deseos de verle a él y a los infantes; el segundo, porque él iba a dicho Concilio por tan graves negocios que sobre ellos quería tener su consejo, como de un padre, y del señor infante Don Pedro y del señor infante Don Jaime, como de hermanos. Y dicho señor rey y dichos señores infantes tuvieron gran satisfacción de esto, y enseguida, con los mensajeros del rey de Castilla, mandaron otros de gran estima, y mandáronle decir que estaban muy satisfechos de su venida y que pensara en aceptar para su servicio toda su tierra como si fuera propia y que por aquellos mensajeros les hiciera saber por qué parte querría entrar en sus tierras y el día en que vendría.

22. Sobre el viaje de Alfonso X de Castilla

Volviéronse los mensajeros no sin que antes el señor rey y los señores infantes hicieran muy honorables donativos a los mensajeros que habían traído aquella noticia, de modo que se fueron muy alegres y satisfechos a Castilla junto con los mensajeros que el rey de Aragón y los señores infantes les mandaban. Y así dichos mensajeros fueron recibidos por el rey de Castilla y por la reina y por el infante Don Fernando y por el infante Don Sancho y por todos los demás, y más todavía cuando oyeron su mensaje y escucharon los elogios que sus mensajeros les hacían. Igualmente a dichos mensajeros dieron ellos muchos ricos dones y mandaron dar gracias al señor rey de Aragón y a los infantes por sus ofrecimientos; y les mandaron decir que querían entrar por el reino de Valencia y les dijeron el tiempo en que lo efectuarían.

Dicho señor rey Don Jaime de Aragón y los infantes tuvieron gran satisfacción y pensaron ordenar por allí donde empezarían a entrar en su tierra hasta Montpellier, los víveres y todo cuanto habrían de menester. De tal manera dispusieron las cosas que nunca ningún señor fue tan abastecido con toda su compañía como aquél lo fuera. Y desde el día en que hubiese entrado en su tierra hasta que llegase a Montpellier no tendría que gastar el rey de Castilla nada de lo suyo, ni nadie que con él estuviese. Y así se cumplió tan abundantemente como antes habéis oído que se hiciera la primera vez, cuando estuvo en el reino de Valencia: de modo que el rey de Castilla y aquellos que con él estaban, y la reina y los infantes, se maravillaron de que pudiera abastecérseles de tal modo y que la tierra de Cataluña pudiese soportarlo, pues ellos no podían imaginarse de

ningún modo que la tierra del señor rey de Aragón fuese tan fértil ni de tanta abundancia como habéis de ver más adelante.

23. Fiestas para el rey de Castilla

Ahora dejaré este tema, que bien sabré volver a él, y os hablaré del señor rey de Aragón.

Cuando el señor rey Don Jaime de Aragón y los infantes hubieron ordenado todas estas cosas, discurrió aquél la manera como más dignamente podría ir al Concilio, sobre todo cuando le mandaron decir los cardenales y otros que eran del consejo del papa que, en parte, aquel concilio se había ordenado por el santo padre, por el gran deseo que tenía de ver al señor rey Don Jaime de Aragón y por la satisfacción de verle con sus dos reyes por yernos, como eran el rey de Francia y el rey de Castilla, y sus dos hijas reinas y sus nietos y nietas, pues el papa quería deleitarse viendo aquella obra que Dios había hecho con el nacimiento de dicho señor rey Don Jaime de Aragón y quería ver la buena intención que allí le conduciría; y al mismo tiempo, como le tenía por el más sabio señor del mundo y el mejor en armas, quería su consejo para que ordenase el ataque de toda la cristiandad sobre los infieles.

Cuando quedó ordenada su ida, pensó en salir al encuentro, él y los señores infantes, del rey de Castilla, y viniéronse al reino de Valencia, y quisieron conocer cómo se habían dispuesto los aprovisionamientos; y así todo les fue mostrado y todo fue bien ordenado y cumplido, que no hubo necesidad de mejorar cosa alguna. Y entonces dicho señor rey y los señores infantes se acercaron al lugar por donde el rey de Castilla tenía que entrar.

Y cuando el rey de Castilla y sus infantes supieron que dicho señor rey y los infantes estaban preparados para recibirles con grandes honores, se apresuraron a venir y vinieron. Y cuando estuvieron a las puertas de la tierra del señor rey de Aragón, dicho señor rey y los infantes estaban allí y les recibieron con gran alegría y con grandes fiestas, procesiones y juegos que, en cada lugar, les daban las gentes del señor rey de Aragón.

Y una vez hubieron entrado en la tierra de dicho señor rey de Aragón, tardaron once días en llegar a la ciudad de Valencia, y cuando estuvieron en la ciudad, nadie sería capaz de describir los juegos, los regocijos, tablas redondas, entoldados, justas de rallón por caballeros salvajes[9], barones andantes con armas, torneos, galeras y leños armados que los hombres de mar montaban sobre carretas y desfilaban por la Rambla, y batallas de naranjas y empavesados; que tantos fueron los juegos por los que habían de cruzar cuando fueron a la iglesia de San Vicente, donde descendieron para hacer reverencia cuando entraron, que fue noche oscura, antes de que llegara al real donde el rey mandó que se hospedaran el rey y la reina de Castilla. Y los infantes se aposentaron en honorables posadas. ¿Qué os diré? Quince días completos duró la fiesta en Valencia, en la que no hubo menestral ni nadie que no participara y todos los días renovaban los juegos y las danzas, y los convites y las raciones que dicho señor rey de Aragón hacía distribuir entre la gente del rey de Castilla sería maravilla de oír.

¿Qué os diré? Si quisiera contároslo todo, sería algo que alargaría la materia y retardaría mi propósito. Os diré, finalmente, que partieron de Valencia y fueron todos a Nuestra Señora Santa María del Puig de Valencia y de Santa María del Puig a Murviedro, y de Murviedro a Burriana y de Burriana a Castellón y de Castellón a Cabanes y de Cabanes a Les Coves, y de Les Coves a Sant Mateu y de Sant Mateu a Ulldecona y de Ulldecona a la ciudad de Tortosa, donde se detuvieron seis

días; y luego, de Tortosa al collado de Balaguer, y pasaron por Sant Jordi, que, por entonces, todavía no estaba poblada la fuente del Paralló; y del collado de Balaguer a Cambrils, y de Cambrils a la ciudad de Tarragona, donde sería inacabable decir los honores que se les hicieron; que el arzobispo de Tarragona, con nueve obispos de su provincia, que son todos de la señoría del rey de Aragón, y con muchos abades y priores y con gran cantidad de religiosos y de clérigos en procesión hecha, les recibieron cantando y alabando a Dios. Ocho días estuvieron en la ciudad de Tarragona; después de Tarragona fuéronse al Arbós y luego a Vilafranca del Penedés, que es una noble y hermosa villa, donde se les hizo tanto agasajo como en la ciudad. Y estuvieron en Vilafranca tres días; de Vilafranca fueron a Sant Climent; de Sant Climent a Barcelona y de Barcelona no me hace falta escribir, pues ya podéis pensar cómo fueron recibidos, cosa que sería muy larga de contar; pero como Barcelona es la ciudad más noble y la mejor que el señor rey de Aragón tenga, así superó la fiesta y los juegos a los de todas las demás ciudades.

Aquí se detuvieron diez días, y después de Barcelona fueron a Granollers, y de Granollers a Hostalric, y de Hostalric a la ciudad de Gerona. De si aquí les fue dada una fiesta no me hace falta hablar, pues únicamente lo que hicieron los ciudadanos, sin contar a los caballeros, que son muchos en aquella comarca, fue tanto que a todo el mundo hubo de maravillar; y aquí permanecieron cuatro días. Después, saliendo de Gerona, fueron a albergarse a Básquera y a Pontons; y luego el rey y la reina juntos vinieron a albergarse a Peralada, y esto lo sé yo porque era mozo, y dicho señor rey de Castilla y la reina se acostaron aquella noche en una habitación de la casa de mi padre, la misma que ya os he contado antes dicho señor rey Don Jaime de Aragón había ocupado. Por cierto que precisamente porque aquella noche el rey de Castilla y la reina estuvieran

juntos, se abrió un pórtico en el albergue de Don Bernat Rossinyol, para que el rey pudiese pasar a la habitación de la reina. Y esto por haberlo visto y no por haberlo oído puedo deciros que es cierto. En Peralada estuvieron dos días, porque Don Dalmáu de Rocaberti, señor de Peralada, había rogado al señor rey de Aragón que permitiera que un día les pudiese convidar en Peralada, y el señor rey, a su ruego y porque le quería mucho, le dijo que permitiría que por un día él atendiese sus necesidades en Peralada, y que al día siguiente, como gracia especial, también se lo otorgaba. Por todo lo cual Don Dalmáu le dio muchas gracias, y debía hacerlo, pues esto fue un gusto que antes no quiso otorgar a ningún prelado ni ricohombre de Cataluña, fuera de él, por cuyo motivo Don Dalmáu se lo agradeció mucho.

Después que hubieron estado dos días en Peralada con gran satisfacción y alegría, fuéronse a La Junquera; de La Junquera al Való; del Való al Masdéu, que es un lugar muy bonito que pertenecía al Temple; del Masdéu entraron en Perpiñán. Y no me preguntéis la fiesta que allí se hizo, que duró ocho días.

Pasaron luego a Salses; de Salses a Vilafranca; de Vilafranca a Narbona, donde Don Eimeric de Narbona les dio mucho agasajo y honor, ya que él y el señor infante Don Jaime de Aragón tenían por esposas a dos hermanas, hijas del conde de Foix. Y de Narbona, donde estuvieron dos días, fueron a Besers, y de Besers a Sant Tiberi, y de Sant Tiberi a Lopiá, y de Lopiá a Montpellier; pero el agasajo y los juegos que hicieron en Montpellier excedieron a todas las demás fiestas. Y aquí estuvieron quince días, y desde aquí transmitieron sus mensajes al papa; y aquí recibieron su respuesta. Y cuando hubieron recibido su respuesta y hubieron decidido el camino para entrar por las tierras del rey de Francia, partieron de Montpellier.

De ahora en adelante no pertenece a la materia de este libro que yo deba hablar de ellos, pues ya basta con que hable de la

materia sobre la cual se hace este libro; esto es, a saber: del honor y de la gloria que Dios ha hecho y hace a la casa de Aragón. Y por esto, porque yo entiendo que ésta ha sido materia que redunda en gran honor de la casa de Aragón y de sus gentes, os he hecho mención de ella.

Y no penséis que fuese poco lo que costó al señor rey de Aragón y a sus hijos este hecho, antes os prometo que subió a tanto, que toda Castilla no lo hubiese podido pagar en cuatro años. Porque vosotros que leeréis este libro no sabéis cuál es la potencia del señor rey de Aragón, y pensad cuál sería, que mucho fuera que el rey de Francia pudiese igualarla; y aun cuando le bastara su tesoro, no le bastaría el ánimo para emprenderlo y le tendrían por loco.

Pero el señor rey Don Jaime de Aragón estuvo por este hecho cada vez más contento, pues consideraba que era como si lo que gastaba redundase en don y servicio del papa y otras gentes, y como Dios ayuda siempre al que tiene buen ánimo, por esto le da lo bastante y le honra en todos los actos de su vida.

Y ahora dejemos que se vaya el rey de Castilla, que se ha ido al concilio, y hablemos del señor rey de Aragón.

24. Jaime I y Alfonso X en el concilio

Transcurridos quince días de la salida del rey de Castilla de Montpellier, el rey de Aragón salió para el concilio. Su entrada en la ciudad de Lleó del Roine fue algo notable, pues no hubo conde, rey ni barón, ni cardenales, arzobispos, obispos, abades o priores que no le saliesen al paso para recibirle. Y el rey de Castilla y sus hijos salieron un día antes que todos los demás.

Cuando estuvo delante del papa, el papa salió fuera de la cámara, y al entrar en ella, le besó en la boca por tres veces y le dijo:

—Hijo y confaloniero y defensor de la santa Iglesia Romana, ¡seáis bien venido!

Y el rey quiso besarle la mano, y no lo permitió. Y en seguida le convidó a él y a sus gentes para el día siguiente, cosa que no había hecho con ningún rey de los que habían venido. De modo que dicho señor rey recibió mayor honra y más dones y gracias en aquel concilio del santo padre y de los reyes que estaban que ningún otro rey que en dicho concilio se encontrara.

De modo que dicho concilio comenzó cuando dicho señor rey de Aragón hubo llegado. Pero de todo lo que en él se trató y se hizo no quiero hablar, pues no pertenece a la materia de este libro, aparte de que dicho señor rey consiguió y logró se dispusiera cuanto pidió su boca, de tal manera que alegre y satisfecho quedó y se volvió a su tierra con gran contento y agrado.

En cuanto al rey de Castilla, puedo deciros que había ido porque deseaba ser emperador de España, de lo que nada pudo obtener, y se tuvo que volver a sus reinos. Y cuando volvió a Castilla, igualmente el señor rey de Aragón cuidó de su refacción mientras estuvo por sus tierras, y mucho mejor y con mayor abundancia que lo hiciera a la ida. Pero no volvió por aquellos lugares por donde había entrado, sino que se fue por Lérida y por Aragón, de modo que sería muy largo de escribir los honores que se le hicieron. Y de este modo volvió a Castilla con la reina y sus infantes, y allí tuvieron gran satisfacción y gozo sus sometidos, cuando lo tuvieron de nuevo entre ellos.

De ahora en adelante dejaré de hablaros del rey de Castilla, que está en su tierra con la reina y sus infantes, y volveré al señor rey Don Jaime de Aragón.

25. Las Cortes juran como sucesores de Jaime I a los infantes sus hijos

Cuando el señor rey Don Jaime de Aragón hubo acompañado a dicho señor rey de Castilla hasta que estuvo fuera de su reino, y cuando dicho señor rey de Castilla y la reina y sus infantes hubieron dado las gracias a dicho señor rey Don Jaime de Aragón, y él les hubo dado su bendición como padre que era, se fue a visitar todos sus reinos y sus tierras a guisa de despedida, porque quería dedicar el resto de su vida a honrar a Dios y a exaltar la santa fe católica, tal como lo había hecho en los tiempos de su juventud, y con el mejor ánimo se dirigió al reino de Valencia, para lanzarse sobre el rey de Granada y echarlo fuera de aquella tierra, en forma tal que el nombre de Dios y de Nuestra Señora Santa María fuese glorificado y bendecido.

Y cuando hubo visitado todas sus tierras y hubo visto y comprobado la buena administración que sus hijos habían mantenido y mantenían, estuvo muy alegre y satisfecho y alabó y bendijo a Dios, que tan buenos hijos le había dado. Y reunió sus cortes de Aragón en Zaragoza, y allí se reunieron barones, mesnaderos, prelados, caballeros, ciudadanos y hombres del pueblo. Y cuando toda la corte estuvo reunida él les sermoneó y les dijo muy buenas palabras y razonamientos y mandó que jurasen al señor infante Don Pedro como rey de Aragón y como señor, y a la señora reina Constanza, su esposa (de la que ya os he hablado), por reina. Y así tal cual lo mandó lo juraron todos con gran alegría y con gran satisfacción. Y de si en dicha corte hubo contento y fiestas, no os lo he de decir, que cada uno de vosotros ya lo puede imaginar.

Y cuando dicho señor rey Don Pedro fue jurado, y mi señora la reina, se vinieron todos a Valencia, e igual mente aquí el señor rey convocó las cortes, que se reunieron y juraron que fuese rey de Valencia, y lo mismo la reina. Luego fuéronse a Barcelona, e igualmente reunió el señor rey cortes en Barcelona, e hizo jurar al señor rey Don Pedro como conde de Barcelona y señor de toda Cataluña, y asimismo a la reina como condesa.

Hecho todo esto, heredó e hizo rey de Mallorca, de Menorca y de Ibiza al señor infante Don Jaime, hijo suyo, y conde de Rossellón, de Conflent y de Cerdaña y señor de Montpellier, y a la señora Esclaramunda, su esposa, asimismo como reina y por condesa de dichos lugares y señora de Montpellier.

Y cuando todo esto se hubo cumplido, con la gracia de Dios, volvióse él a Valencia, con el propósito que antes os he contado, pues quería emplear el resto de su vida en acrecentar y multiplicar la santa fe católica y humillar y aplastar la fe de Mahumet.

26. Enfermedad de Jaime I y sublevación en Valencia

En cuanto estuvo en la ciudad de Valencia, se dedicaba a sus entretenimientos y diversiones, iba de caza y practicaba otros deportes, y mientras iba cazando visitaba todos los castillos y villas del reino. Y cuando estuvo en Játiva, fue la voluntad de Dios que le acometiera una enfermedad de fiebre. Y estuvo muy enfermo, que no podía levantarse, y todos los médicos tenían muy mala impresión, especialmente porque ya había cumplido los ochenta años, y ya es sabido que cuando una persona es vieja no puede tener la recuperación que tiene un joven; pe-

ro, no obstante, en todo momento continuó siendo hombre de sano juicio y de muy buena memoria.

Y estando como estaba enfermo, los sarracenos del reino lo supieron, y como estaban en guerra con él[10], entraron más de mil hombres a caballo y gran multitud de a pie y penetraron hasta Alcoy.

En aquella acometida se encontraron con Don García Ortiz, que era el lugar teniente del procurador de dicho reino, y combatieron con él y con la buena compañía que dicho García Ortiz llevaba, que era de hasta doscientos hombres a caballo y quinientos peones. Quiso Dios que en aquel encuentro muriese dicho García Ortiz y gran número de sus compañeros. De modo que, estando el señor rey Don Jaime en la cama, llegó a saberlo y gritó:

—Traedme pronto mi caballo, y aparejad mis armas, que quiero ir contra los traidores sarracenos, que se figuran que ya estoy muerto. ¡Que no lo crean, que antes he de destruirles a todos!

Y la voluntad le impulsaba tanto contra ellos, que, en su desvarío, quiso levantarse del lecho, pero no pudo.

27. Victoria del infante Don Pedro

Entonces levantó las manos hacia Dios y dijo:

—¡Ah, Señor! ¿Por qué os complacéis en que yo, en este momento, me encuentre sin fuerzas? De prisa, puesto que no puedo levantarme, que salga pronto mi estandarte y haced que me lleven en andas hasta que estemos junto a ellos, que estoy seguro que cuando yo esté ante esos villanos y ellos vean las

andas donde yo yazga, de inmediato han de darse por vencidos, y así los cobraremos todos, muertos o presos[11].

Y tal como él lo mandó se hizo; pero antes de que él estuviese junto a ellos, el señor rey Don Pedro, su hijo, se adelantó y arremetió contra ellos. La batalla fue muy dura y cruel, y no es de extrañar, pues por cada cristiano que había, había cuatro sarracenos. Pero dicho señor rey Don Pedro cabalgó tan firmemente entre ellos que los puso en derrota; pero perdió dos caballos, y por dos veces tuvieron que descabalgar caballeros suyos para cederle sus caballos, y él montaba en ellos y ellos permanecían a pie. De modo que los sarracenos, aquel día, fueron todos muertos o prisioneros. Y mientras los cristianos levantaban el campo, el estandarte del señor rey Don Jaime apareció en las andas en que lo traían.

Y el señor rey Don Pedro, su hijo, se mostró muy satisfecho de aquello; pero tuvo miedo de que el señor rey, su padre, no sufriera algún daño al realizar su afán. Y cabalgó y vino hacia él, y se apeó e hizo poner las andasen el suelo y detuvo el estandarte, y besóle los pies y las manos, y llorando dijo a su padre:

—¡Ah, padre y señor! ¿Qué es esto que habéis hecho? ¿Cómo no pensasteis que yo ocuparía vuestro lugar y que vos no haríais falta?

—Hijo, no me digas esto —dijo él—. Pero ¿qué ha sido de los malvados sarracenos?

—Padre y señor, Dios y vuestra bondad y firme sombra y ventura los ha vencido, y todos son muertos y prisioneros.

—Hijo, ¿es cierto lo que me decís?

—Sí, padre y señor.

Entonces él levantó las manos hacia el cielo y dio las gracias al Señor Dios verdadero, y besando tres veces a su hijo en la boca, le dio su bendición muchas veces.

28. Muerte, entierro y funerales del rey Don Jaime I

Y cuando dicho señor rey Don Jaime hubo visto esto y dadas muchas gracias a Nuestro Señor, volvióse a Játiva, y el rey Don Pedro, su hijo, se fue con él. Y cuando estuvieron en Játiva, por un lado estaban muy satisfechos por la victoria que Dios les había dado, pero por otro estaban descontentos al ver al señor rey Don Jaime tan desvalido.

Pero fue acordado por el señor rey Don Pedro, su hijo, y por los barones y prelados, caballeros, ciudadanos y prohombres de la villa de Játiva que, aprovechando la reanimación y alegría que el señor rey Don Jaime sentía por la batalla que el señor rey Don Pedro, su hijo, había ganado, le llevasen a la ciudad de Valencia. Y así fue acordado y así se cumplió.

Cuando estuvo en la ciudad de Valencia, toda la ciudad salió a recibirle, y lo llevaron al Real, y allí confesó muchas veces y comulgó, y luego le dieron la extremaunción, y tomó muy devotamente todos los sacramentos de la santa Iglesia delante de todos. Y cuando lo hubo hecho, sintió en su interior la gran alegría de ver el buen fin que Dios le había otorgado, e hizo llamar a los reyes sus hijos y a sus nietos, y a todos dio su bendición y les adoctrinó y encomendó con su buen juicio y su buena memoria, encomendándolo todo a Dios, y encomendándose a sí mismo, con las manos cruzadas puestas sobre el pecho, dijo la oración que Nuestro Señor verdadero Dios Jesucristo dijo en la cruz. Y cuando terminó de decirla, el alma partió de su cuerpo y se fue al Paraíso a los seis días de la salida de julio del año mil doscientos setenta y seis, con gran sosiego.

Y legó que su cuerpo fuese llevado a la Orden de Poblet, que es de monjes blancos y se halla en el centro de Cataluña.

Los duelos y los llantos y los lamentos y gritos empezaron por toda la ciudad, que no quedó ricohombre, mesnadero ni caballero, mujeres y doncellas, que todos iban tras el estandarte y de su escudo, y diez caballos a los que habían cortado la cola. Y así iban todos llorando y lamentándose, y este luto duró en la ciudad tres días.

Y luego, cuantos eran honorables acompañaron el cuerpo, y en cada castillo, villa o lugar donde llegaban, así como antes solían recibirle con grandes bailes y grandes alegrías, ahora le recibían con grandes llantos y gritos y exclamaciones. De manera que, con tanto dolor como oís, el cuerpo fue llevado a la Orden de Poblet.

Cuando estuvo allí, ya habían llegado arzobispos, obispos y abades, priores y abadesas, religiosos, condes, barones, mesnaderos, caballeros, ciudadanos, hombres de las villas y hombres de toda condición venidos de todas sus tierras, de modo que, a seis leguas de distancia, por las villas y los lugares no podían caber. Y allí fueron los reyes sus hijos, y las reinas y los nietos y las nietas que nacido habían. ¿Qué os diré? Tanta era la acumulación de la gente que había una infinidad, de modo que resultó que jamás se había encontrado tanta gente reunida para sepultar a ningún señor.

Y aquí, estando todos juntos, con grandes procesiones y con muchas oraciones y grandes llantos y lamentos y gritos, él fue enterrado. ¡Dios en su misericordia haya su alma! Y así yo creo que él está entre los santos en el Paraíso, amén. Y esto es lo que cada uno debe creer.

Y bien podemos decir, en conclusión, de este señor: que en buena hora nació, bien perseveró y su fin fue el mejor. Y me complace lo que los habitantes de Mallorca ordenaron: que todos los años, el día de San Silvestre y de Santa Coloma, en que fue tomada Mallorca por dicho señor rey, se haga una proce-

sión general por la ciudad con el estandarte de dicho señor rey. En aquel día rezan todos por su alma, y todas las misas que se cantan en aquel día en la ciudad y en toda la isla se cantan por el alma de dicho señor rey y para que Dios salve y guarde a sus descendientes y les dé victoria y honor sobre todos sus enemigos.

Por esto suplicaría a mi señor el rey de Aragón que por gracia y merced suya ordenara, con los prohombres de la ciudad de Valencia, que el día de San Miguel todos los años se hiciera procesión general en Valencia para el alma de dicho señor rey y para que Dios acrezca y mejore en todo tiempo a sus descendientes y les dé victoria y honor sobre todos sus enemigos, y esto porque la ciudad fue tomada la víspera de San Miguel por dicho señor rey Don Jaime; y que todos los presbíteros de la ciudad de Valencia, y religiosos, cantasen misas aquel día por el alma de dicho señor rey y por la razón antedicha. Y todavía, que ordenasen dicho señor rey y dichos prohombres de la ciudad que al día siguiente se hiciera limosna general, y esto para siempre. Y así cada uno procurará obrar bien y se esforzará lo mejor que pueda, y de este modo serán gratos a Dios y honrados en este mundo. Con mayor motivo cuanto, en Valencia, no se hace limosna ninguna, y en todas las otras ciudades del mundo se hace, y Dios acrecienta sus bienes y los multiplica.

Y de ahora en adelante dejaré de hablar de dicho señor rey Don Jaime y hablaré de dicho señor rey Don Pedro de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona, hijo mayor suyo, y de los otros descendientes de él, y de cada uno en su lugar y en su tiempo.

29. Reinado de Pedro III y coronación de Jaime II

Cuando dicho señor rey Don Jaime hubo pasado a mejor vida, dicho señor infante Don Pedro, hijo suyo, y dicho señor infante Don Jaime, igualmente hijo suyo, se coronó cada uno rey; eso es, a saber: que el infante Don Pedro fue a Zaragoza y allí reunió las cortes, y pusiéronle la corona del reino de Aragón con gran solemnidad y con gran alegría y grandes fiestas. Y si quisiera contar los dones y gracias que le otorgaron, largo sería de contar.

Y cuando la coronación estuvo hecha en Aragón, vínose a la ciudad de Valencia, y asimismo fueron muy grandes las cortes que se celebraron, y vinieron gentes de Castilla y de todas partes, que recibieron de él grandes dones y grandes gracias, y fue recibido y coronado rey del reino de Valencia.

Fuese después a la ciudad de Barcelona, donde asimismo celebró grandes cortes y donde estuvo mucha gente. Y recibió con gran gloria y gran alegría la guirnalda con que fue coronado conde de Barcelona y señor de toda Cataluña.

Nadie se figure que Cataluña es una pequeña provincia, antes quiero que sepa todo el mundo que en Cataluña hay, en general, un pueblo más rico que ningún otro pueblo que yo sepa haya en ninguna otra provincia, aun cuando la mayor parte de gentes del mundo se figuran que son pobres.

Es verdad que en Cataluña no existen aquellas riquezas en moneda que ciertos hombres señalados tienen en otras tierras, pero la comunidad de pueblo es el más bien regido del mundo y viven mejor y más acomodadamente en sus casas con sus esposas y sus hijos que ningún otro pueblo que en el mundo exista.

Por otra parte, os diré una cosa de la que os maravillaréis, pero si bien lo buscáis, así lo encontraréis: que de ningún lenguaje hay tantas gentes que lo hable como de catalanes, pues si queréis buscar castellanos ya veréis que la verdadera Castilla es

poca y poco extensa y hay muchas provincias que cada una habla su lenguaje, que son tan diferentes como los catalanes de los aragoneses. Y aun cuando catalanes y aragoneses pertenezcan a un mismo señor, la lengua no es una, sino muy distinta. Y lo mismo encontraréis en Francia y en Inglaterra y en Alemania y por toda Italia y por toda Romanía: que los griegos que son del emperador de Constantinopla son igualmente muchas provincias, así como la de Morea y del reino del Arta, y de la Blaquia, y del reino de Salónica, y del reino de Macedonia, y del reino de Anatolia, y de otras muchas provincias, en las cuales hay tanta separación en los lenguajes como entre los catalanes y aragoneses. Y lo mismo ocurre en las otras provincias del mundo; y así se dice que no hay ningún tártaro que haga nada con sus manos, sino que guerrean constantemente y van con sus mujeres y sus hijos por el mundo guerreando constantemente; y se dice que los tártaros son mucha gente y no lo son, sino que parecen ser muchos porque someten muchas otras naciones del mundo. Y así podéis pensar que, si los catalanes hiciéramos lo mismo, seríamos muchos más que ellos, y os diré que seríamos el doble.

Y aquí os llevo dichas cosas de los catalanes, que son la verdadera verdad y serán muchos los que se maravillarán y lo tendrán por fábula, pero pueden decir lo que quieran que así es la verdad.

Después que el rey Don Pedro hubo recibido las coronas y que, por la gracia de Dios, fue coronado, fue visitando sus tierras.

Con seguridad de él puede decirse que nunca hubo señor que con tan pocas muertes como él dio por justicia fuese tan temido y respetado por sus gentes. De tal manera mantuvo la paz en sus reinos que, con el saco de los florines y de las doblas, podían ir los mercaderes y cualquier otro hombre, por toda la tierra, a salvo y seguros.

Igualmente el señor infante Don Jaime fue a Mallorca, y coronóse rey de Mallorca con gran alegría y gran fiesta, que celebraron sus gentes. Y luego vino al Rosellón y Perpinyá, y tomó la guirnalda de tres condados, eso es, a saber: de Rosellón, de Cerdaña y de Conflent. Y entonces celebró cortes generales, en las que estuvieron gran número de barones de Cataluña y de Aragón y de Gascuña y del Languedoc. En aquella corte se dieron muy ricos dones. Y luego fuese a Montpellier, y asimismo tomó y entró en posesión de la señoría de Montpellier y de la baronía.

Y cuando todo esto quedó hecho, cada uno de ellos reinó en su reino con gran energía y lealtad y con gran rectitud, a gusto de Dios y de sus pueblos y con verdadera justicia.

30. Túnez

Ahora volveré a hablar del señor rey Don Pedro.

El señor rey Don Pedro siguió visitando sus reinos y todas sus tierras. Ocurrió que fue a Barcelona y pensó que era necesario que cobrase el tributo de la casa de Túnez y que, puesto que había muerto Mostansar (que fue el mejor sarraceno del mundo después de Miramamolín de Marruecos, y después de Saladino, soldán de Babilonia), no procedía que, sin más ni más, dejase de cobrar dicho tributo. Y llamó a consejo gran número de sus consejeros y particularmente al noble Don Conrado Lanza, y delante de todos ellos le dijo:

—Don Conrado, ya sabéis cómo el otro año fuisteis vos a pedir el tributo de Túnez, después de la muerte de Mostansar, que era un gran amigo de nuestro padre; y sabéis que no nos han remitido nuestro tributo, sino que mejor parece que nos lo retengan como indebido. Por esto es menester que nosotros

hagamos que les duela y les demostremos nuestro poder; por ello nos hemos propuesto deponer ese rey que hay ahora y que pongamos a Mirabussac, su hermano, como rey y señor... Y haremos que se cumpla lo que es de justicia, y siempre dará mucha honra a la casa de Aragón que se pueda decir que nosotros hemos puesto al rey de Tunis, y por eso es menester que así se haga.

—Señor —dijo Don Conrado—, decid entonces por qué habéis tomado tal decisión y por qué queréis que se cumpla, a fin de que todos conozcan cumplidamente los motivos. Y cuando lo hayáis dicho, cada uno habremos de deciros lo que juzguemos mejor para vuestra honra.

Y el señor rey Don Pedro dijo:

—Decís bien. Quiero que sepáis que Mostansar, como os he dicho antes, fue un gran amigo de nuestro padre y le remitía todos los años su tributo y muchas joyas. Ahora es verdad que él ha muerto y no ha quedado ningún hijo, sino que han quedado sus dos hermanos: uno, que es el mayor y se llama Mirabussac, y el menor, Miraboaps. Dicho Mirabussac, el mayor, había sido mandado, con grandes huestes de cristianos y sarracenos, hacia Levante para lograr que pechasen aquellas tierras, y en Túnez había quedado Miraboaps. Cuando Mostansar murió, después de haber legado el reino a Mirabussac, Boaps, que estaba en Túnez, sin esperar a su hermano, se levantó como rey de Túnez de manera falsa y malvada. Y cuando Mirabussac supo la muerte de su hermano el rey, fuese hacia Túnez; pero cuando Boaps supo que venía su hermano, mandó decirle que si apreciaba su vida que no se acercase, pues debía saber que, si lo hacía, le cortaría la cabeza. De modo que Mirabussac volvióse a Capis, y allí estuvo y está todavía sin saber qué hacer. De modo que obraremos de acuerdo a lo que es de derecho y que se cumpla la voluntad de Mostansar. Para ello armaremos diez galeras, y queremos que vos, Don Conrado, seáis su capitán y

mayor. Iréis directamente a Capis y entregaréis vuestras cartas a Mirabussac, y a Ben Margan, y a Benacia, y a Don Barquet, que son estos tres los principales barones que se encuentran en Frequia y que tienen el mayor poder, y son hombres que están obligados a nosotros por sí mismos y por sus padres, a quien nuestro señor padre el rey hizo que Mostansar, rey de Túnez, que ha muerto, les hiciera grandes donativos, por lo que ellos harán cuanto nosotros les mandemos, y vos se lo diréis de nuestra parte. Y dispondréis con ellos que con todo su poder vayan por tierra con Mirabussac delante de Túnez y vos iréis primero con las galeras a dicho puerto de Túnez y destrozaréis dicho puerto y os apoderaréis de todas las naves y leños que allí estén, tanto de cristianos como de sarracenos, y asimismo tomaréis cuantas vinieran. De este modo privaréis de víveres a la ciudad, de modo que ningún repuesto puedan tener por mar. Al mismo tiempo, secretamente, llevaréis cartas, que mandaréis a la mayor parte de los Moats. Y cuando los de la ciudad vean la gran carestía que sufrirán de víveres, se rebelarán contra Boaps, y especialmente les mandaréis decir que jamás las diez galeras nuestras y más partirán de dicho puerto mientras no hayan recibido por rey y por señor a Mirabussac, que debe ser su rey y señor. Y así como lo he dispuesto se cumplirá con la voluntad de Dios.

Después de lo dicho, Don Conrado Lanza y los demás del consejo dijeron que estaba muy bien dicho y dispuesto y que alababan al señor rey por decidir que así se hiciera.

31. Don Conrado Lanza en Túnez

De inmediato dicho señor rey Don Pedro hizo armar en Barcelona cinco galeras y otras cinco en la ciudad de Valencia.

Y puede decirse que fueron tan bien armadas que podían dar buena cuenta de otras veinte galeras de cualquier otro país. Cuando dichas galeras estuvieron armadas, dicho Don Conrado se quiso embarcar, y fue a despedirse del rey, que se encontraba en la ciudad de Lérida. Y dicho señor rey le entregó las cartas que debía llevar y ordenó los capítulos de todo cuanto debía hacer.

Entre otras cosas que había en los capítulos, estaban éstas: que en cuanto se hubiese entrevistado con Mirabussac, y con Ben Margan, y con Benacia, y con Don Barquet, y con los Moats, que estaban en Capis, y hubiese dispuesto su entrada en Túnez, hiciera jurar a dicho Mirabussac y confirmar por los otros con juramento y homenaje por el que prometieran que en cuanto como sería rey de Túnez le pagaría todo el tributo que durante aquel tiempo se le debiera; y que de ahora en adelante y para siempre la casa de Túnez estaba obligada a entregar el tributo a quienquiera que fuese el rey de Aragón y conde de Barcelona; y que esto lo firmasen los Moats todos. Por otra parte, que siempre el alcaide mayor que hubiese en Túnez para los cristianos fuese ricohombre o caballero natural de dicho señor rey de Aragón y el que dicho rey de Aragón dispusiera, y que lo podría destituir o cambiar en cualquier momento, según su voluntad. Y que en cualquier sitio donde guerreasen con el rey o por sí mismos debían llevar el estandarte con el escudo del señor rey de Aragón y que todos debían respetar aquel estandarte igual que el del rey de Túnez. Y todavía, que el recaudador de la gabela del vino, que es cargo importante, fuese catalán y que el señor rey de Aragón pudiese nombrarlo, por cuanto la mitad de los derechos de dicha gabela debía y debe ser del señor rey de Aragón. Y que, por otra parte, el señor rey de Aragón debería nombrar un cónsul, en poder del cual se establecería la jurisdicción de todos los mercaderes catalanes,

patronos de las naves y marineros que viniesen a Túnez y en todo el reino, y que asimismo tuviese otro en Bugía.

Todas estas cosas y muchas otras franquicias que todas están en escrituras prometió y otorgó entonces dicho Mirabussac a dicho señor rey de Aragón y a sus gentes. Y así lo confirmó y firmó cuando hubo entrado en Túnez como rey y señor.

Y de este modo, dicho Conrado, con las cartas y capítulos, dejó al rey y fue a embarcarse en Valencia con las cinco galeras, y marchó luego a Barcelona, donde encontró las otras cinco galeras.

Y así embarcóse, con la gracia de Dios, en aquella hora y en aquel lugar, y cumplió todo aquello que dicho señor rey Don Pedro le había mandado, y todavía hizo más. ¿Qué más os diré? Que él puso a dicho Mirabussac como rey y señor de Túnez, de aquel modo y forma que el señor rey Don Pedro había dictado. E hizo mucho más, pues con él entró en Túnez llevando el estandarte del señor rey, y no quiso entrarlo por el portal, sino que lo puso encima de la torre del portal. Y luego, cuando hubo hecho esto, confirmó todos los capítulos tal como más arriba se ha dicho, y con todos los tributos enteros y con muchas joyas, muy ricas y preciadas, aparte del tributo, que el rey de Túnez mandaba al señor rey de Aragón, se marchó batiendo por toda la Berbería hasta Ceuta, cogiendo muchas naves y leños y taridas a los sarracenos; de modo que jamás hubo hombre que pudiese cumplir mejor su cometido.

Y con aquellas ganancias se volvió a Cataluña y encontró al señor rey en la ciudad de Valencia, donde dicho señor rey le recibió con buena cara y buena voluntad. Y del haber que traía y de las joyas, el señor le dio una buena parte a él y a todos los que estuvieron en las galeras y, con lo que habían ganado en el viaje y con esto que les dio el señor rey se hicieron ricos o bien acomodados.

Y así veis qué buen comienzo quiso dar Nuestro Señor al señor rey después que fue coronado.

Ahora dejaré de hablar de él, que ya sabré volver a hacerlo cuando sea tiempo y lugar, y hablaré del emperador Federico y de sus hijos, pues así conviene a nuestra materia.

32. La Iglesia y el Imperio

Verdad es que el emperador Federico fue, por su sangre, el hombre más sabio del mundo y el mejor de todos. Fue elevado a emperador de Alemania con el acuerdo y beneplácito del santo padre apostólico, y fue elegido donde elegírsele debía y por aquellos a quienes correspondía elegirle, y luego confirmado en Milán y en Roma por el padre santo apostólico y por todos aquellos a quienes correspondía que lo confirmaran. Y entró plena y legítimamente en posesión de todo cuanto pertenecía al imperio.

Sin embargo, como Dios no quiere que hombre alguno tenga plena satisfacción ni placer cumplido, por obra del diablo surgió la discordia entre él y el papa. De qué parte surgió el entuerto no me pertenece a mí decirlo, por lo que no os he de decir nada. Pero el trastorno y la guerra crecieron y se multiplicaron entre la santa Iglesia y el emperador, y eso duró mucho tiempo.

Mucho más adelante se hicieron las paces entre la santa Iglesia y él, con el convenio de que él pasara a Ultramar para conquistar la Tierra Santa y que sería el jefe mayor de todos los cristianos que allí estaban o que allí irían, quedando así todo el imperio bajo su poderío y mandato.

Concluida esta paz, el emperador pasó a Ultramar con gran poderío y obró con acierto, ganando muchas ciudades y lugares

que quitó a los sarracenos. Después de mucho tiempo que estaba allí tuvo que volverse hacia acá; por culpa de quién ni por qué razón no seré yo quien lo diga, y ya la podéis buscar. Pero en cuanto estuvo de vuelta de aquellos mares, volvió la guerra entre él y la santa Iglesia, es decir, con los que regían la santa Iglesia. Y asimismo os digo que tampoco sabréis la culpa de esta guerra por mí, pues como no vino por causa mía no es el caso de que sea yo quien deba hablar. ¿Qué os diré? Que la guerra duró tanto como él vivió.

Y cuando murió dejó tres hijos, los más inteligentes y mejores que fuesen nacidos de señor alguno, aparte del señor rey Don Jaime de Aragón, del que antes os he hablado. De los tres hijos, a Conradino le hizo heredero de lo que tenía de su patrimonio en Alemania; al otro le hizo rey y heredero de Sicilia y del Principado, y de Tierra de Labor, y de Calabria, y de Pulla y de los Abruzos (tal como os he contado antes), que llevaba por nombre el rey Manfredo, y el otro fue rey de Cerdeña y Córcega, y tenía por nombre Eus.

Y así cada uno de estos tres señores tuvieron sus tierras con gran lealtad y rectitud, pero los clérigos trataron de desposeerlos de todo cuanto tenían, valiéndose de la sentencia que el padre santo había dado contra su padre el emperador. E instaron a cuantos reyes de cristianos había en el mundo a que se apresuraran a la conquista; y no encontraron a ninguno que quisiera emprenderla, y particularmente ocurrió así con el santo rey Luis de Francia, que en aquellos tiempos tenía convenios y mantenía gran amistad con el emperador Federico, y lo mismo ocurría con el rey Don Eduardo de Inglaterra, y asimismo con el rey de Castilla, y asimismo con el rey Don Pedro de Aragón, que tenía a la hija de dicho rey Manfredo por esposa. Y por ello pasaron mucho tiempo en estos tratos, pues no encontraban quien quisiera tomarlo.

La verdad es que por aquella ocasión el rey Luis de Francia tenía un hermano, cuyo nombre era Carlos, que era conde de Anjou; y los dos hermanos tenían por esposas a dos hermanas, que eran hijas del conde de Provenza, que era primo hermano del rey Don Pedro de Aragón, padre del buen rey Don Jaime. Y en vida de dicho conde de Provenza, el rey Luis de Francia tomó a su hija mayor por esposa. Y cuando el conde de Provenza hubo muerto, quedó la otra hija, y el rey de Francia trató que la hubiere el conde de Anjou, su hermano, por esposa, con todo el condado de Provenza; y así fue conde de Anjou y conde de Provenza.

Cuando se hubo celebrado este matrimonio, la reina de Francia tuvo grandes deseos de ver a la condesa su hermana, y la condesa asimismo tuvo grandes deseos de ver a la reina. Así que, finalmente, la reina mandó rogar al conde y a la condesa que cuando el conde viniese a Francia, al condado de Anjou, que trajera a la condesa para que pudiera verla. Y el conde y la condesa se lo otorgaron.

Y no transcurrió mucho tiempo que el conde llevó la condesa a París, donde estaban el rey y la reina. Y el rey y la reina, para su satisfacción, hicieron celebrar grandes cortes e hicieron venir condes y barones con sus respectivas esposas. Y cuando la corte estuvo llena de condes y de barones, de condesas y de baronesas, el sitial se hizo solamente para ella, y a sus pies se puso el asiento para la condesa su hermana y para las demás condesas, de lo cual la condesa de Provenza se sintió tan dolida de que su hermana la reina no la sentara más cerca que por poco rompe a llorar. Y en cuanto hubo estado en esta situación un momento, dijo que le dolía el corazón y que quería irse a la posada, de modo que ni la reina ni nadie la pudo detener. El conde, que supo que la condesa se había ido sin esperar la comida, se sintió muy disgustado, porque la quería más que ningún señor ni hombre alguno pueda amar a su esposa. Fuese

hacia ella, y la encontró llorando en su lecho. Y él, inflamado de indignación, porque pensó que alguno o alguna pudiese haberle dicho alguna cosa que la disgustara, la besó y la dijo:

—Amiga, decidme qué es lo que tenéis, que si ninguna persona os ha dicho algo que os desagrade, estad segura de que inmediatamente he de vengaros, sea quien sea.

Y la condesa, que sabía que él la amaba más que nada en el mundo, díjole:

—Señor, puesto que me lo pedís, he de decíroslo, pues yo para vos nada puedo mantener en secreto. ¿Qué mujer hay en el mundo tan dolida como yo, que hoy he recibido el mayor deshonor que nunca haya sufrido una gentil mujer en ningún tiempo? Vos sabéis y estáis seguro de que vos sois hermano, de padre y de madre, del rey de Francia, y asimismo yo soy hermana, de padre y de madre, de la reina, y hoy, que toda la corte estaba llena, la reina se sentó en su sitial, y yo, con las otras condesas, me senté a sus pies, de lo que me siento muy dolida y por deshonrada; de manera que, incontinenti, os ruego que mañana nos volvamos a nuestra tierra, que por nada del mundo quiero permanecer aquí.

A esto le respondió el conde:

—¡Ah, condesa! No toméis esto a mal, que ésta es la costumbre, que con la reina no puede ni debe sentarse ninguna mujer que no sea reina. De modo que para consolaros, os juro por el sacramento de la santa Iglesia y por el buen amor que os tengo que si yo estoy vivo antes de que pase un año vos llevaréis corona en la cabeza y seréis reina y podréis sentaros en el sitial de la reina vuestra hermana. Y de esto os hago juramento y os beso en la boca.

Con esto la condesa quedó conformada, pero sin que el dolor se le quitara de las entrañas, y al cabo de cuatro días precipitó las cosas y se despidió del rey y de la reina y se volvió a

Provenza con el conde, con lo cual quedaron muy descontentos el rey y la reina, puesto que tan pronto se iban.

En cuanto el conde hubo vuelto a Provenza con la condesa, hizo armar cinco galeras y fuese a Roma a ver al papa. Y cuando estuvo en Roma, el papa y los cardenales maravilláronse de que hubiese venido de aquel modo, pues nada habían sabido, y, no obstante, le recibieron con mucho honor y le dieron una gran fiesta. Al día siguiente mandó decir al papa que reuniera su colegio, que quería explicarles el motivo de su venida. Y el papa así lo hizo.

Y cuando el papa y los cardenales estuvieron reunidos, mandaron decirle que viniera; y él compareció, y cuando estuvo entre ellos, todos se levantaron y le hicieron un puesto bueno y distinguido, como correspondía a un hijo de rey como él era. Y cuando todos estuvieron sentados, inició así su razonamiento:

33. Carlos, rey de Sicilia

—Padre santo, he oído que habéis instado a todos los reyes e hijos de reyes de la cristiandad a que emprendieran la conquista del rey Manfredo, y todos os han dicho que no. Yo, en honor vuestro y de la santa romana Iglesia y de la santa fe católica, emprendo dicha conquista en la forma que vos prefiráis concederla a los reyes: por esto he venido sin pedir consejo a mi hermano el rey de Francia ni a ningún otro, y ningún hombre sabe que haya venido. De modo que yo, con tal de que sea abastecido por el tesoro de la Iglesia, estoy dispuesto a emprender y ordenar de inmediato dicha conquista, ya que de otro modo, padre santo, si no me abastecéis de moneda, de nada serviría mi poder, pues mi riqueza no es tanta que a esto pudiese subvenir, y mayormente que, como vos sabéis, el rey

Manfredo es uno de los grandes señores del mundo y que más honorablemente vive y dispone de muy buena caballería, por lo que será necesario que empecemos empleando grandes fuerzas.

El papa, entonces, fue a besarle en la boca y le dijo:

—¡Hijo de la santa Iglesia, sé bienvenido! Yo, en nombre de Dios y por el poder que de Dios me ha sido dado, por San Pedro y San Pablo, te doy muchas gracias por el ofrecimiento que me has hecho, y yo, en cambio, te pongo la corona del reino de Sicilia y de todo cuanto posee el rey Manfredo y te hago rey y señor hasta tres generaciones y prometo abastecerte de tanta moneda como necesites del tesoro de San Pedro hasta que hayas llevado a cabo dicha conquista.

Y así le fue otorgado aquel día, que fue día maldito para los cristianos, que, por aquella señalada donación, se perdió toda la tierra de Ultramar y todo el reino de Anatolia, que los turcos quitaron al emperador de Constantinopla, y se ocasionó, se ocasiona y se ocasionará gran mortandad de cristianos, por lo que puede decirse que aquel día fue día de llanto y dolor.

Así que salió el conde del consistorio con la corona en la cabeza y otra corona que llevaba en la mano, que el papa le dio para que se la pusiera a la condesa cuando estuviese en Marsella y la coronara reina. Y le cedió un cardenal, que fue legado del papa, para que de parte del papa, y junto con el rey Carlos, se la pusiera en la cabeza y la coronase reina de Sicilia. Y así se cumplió.

Cuando todo esto estuvo hecho, se despidió del papa, y el papa publicó esta donación y esta coronación y entregó un gran tesoro al rey Carlos y ordenó al cardenal que no se apartara de él. Y el rey Carlos volvióse a Marsella, donde encontró a la condesa, que tuvo una gran alegría y gran satisfacción, sobre todo cuando fue coronada reina.

Realizado todo esto, el rey Carlos y la reina su esposa entraron en Francia y vinieron a París, y las reinas se sentaron juntas en un mismo sitial, de lo que cada una se sintió muy satisfecha. Pero si ellas estuvieron muy complacidas, el rey de Francia tuvo gran disgusto por lo que el rey Carlos había hecho; de modo que si pudiera deshacerlo lo haría con mucho gusto; pero no tanto como para faltarle a su hermano, sino que le prestó socorro y ayuda cuanto pudo. Asimismo le prestaron ayuda todos los barones de Francia, ya sea en dinero o en personas, de tal modo que él se preparó con gran poder y vino contra el rey Manfredo y entró en su tierra.

34. Batalla de Benavento

Cuando el rey Manfredo supo que el rey Carlos se le venía encima, siendo como era aquel señor valiente entre los reyes que en el mundo hubiere, preparóse y fue con todas sus fuerzas a la entrada de su reino, y cada uno de ellos llegó a la batalla muy valerosamente. Seguramente el rey Manfredo hubiese ganado la batalla si no fuera que el conde de Quesarte y el conde de la Serra y otros de sus barones, que debían atacar la vanguardia, se pasaron al rey Carlos y se volvieron contra su señor el rey Manfredo, de lo cual las gentes del rey Manfredo fueron muy descorazonados. No obstante, el rey Manfredo no perdió en nada el buen tino, sino que atacó valientemente allí donde vio el estandarte del rey Carlos; y la batalla en aquel lugar donde se encontraban los dos reyes fue muy cruel y furiosa, y duró desde la mañana hasta la noche. Y quiso Nuestro Señor que el rey Manfredo muriese en ella, y cuando llegó la noche su gente vio que no encontraban al rey Manfredo, y así, derrotados, se marchó cada uno huyendo hacia sus territorios.

De este modo el rey Carlos alcanzó el reino, y en cuanto a esto, no quiero decir cómo y de qué manera, pues no pertenece a la materia de la cual he de hablar, y por esto os digo solamente que él fue señor de Sicilia y de toda la tierra después de esta batalla. Y esto ocurrió el año 1266, el día 27 de febrero.

35. Batalla de Tagliacozzo

No tardó mucho tiempo en llegar de Alemania el rey Conradino con mucha gente contra el rey Carlos para vengar al rey Manfredo y al rey Eus, que habían muerto en la batalla. Llegado el día, luchóse contra el rey Carlos, y quiso Dios que la derrota fuese para el rey Conradino y sus gentes. Y el rey Carlos fue el vencedor y levantó el campo y cogió vivo al rey Conradino y, por mal que esté hecho, cortóle la cabeza en Napóles, cosa que todos los príncipes del mundo y las demás gentes mucho le reprocharon; pero así se hizo.

De este modo el rey Carlos no tuvo enemigo en su tierra ni hubo hombre alguno que se dispusiera a preparar ninguna venganza, hasta que el rey Don Pedro de Aragón, para honrar a su mujer y a sus hijos, se hizo el ánimo de vengar aquellas muertes.

Y de esto dejaré ahora de hablar, bien que ya volveré a hacerlo en su tiempo y lugar, y volveré a hablar del señor rey Don Pedro de Aragón.

36. La marina de Aragón

Dicho señor rey Don Pedro fue arreglando sus reinos y tuvo gran satisfacción de que el noble Don Conrado Lanza hubiese cumplido como él le mandó y hubiese puesto rey en Túnez, tal como habéis oído. Y luego arregló todos sus arsenales, tanto de Valencia como de Tortosa y de Barcelona, para que las galeras estuviesen a cubierto, e hizo arsenales en todos los lugares donde le parecía que tenía que tener galeras.

Y bueno sería que el señor rey de Aragón pusiera su empeño en esto que yo le diré: que ordenase cuatro arsenales para sus marinas, que fuesen las atarazanas conocidas; dos de uso ordinario y otras dos para casos de necesidad. Las dos de necesidad estarían una en Barcelona y la otra en Valencia, porque son las dos ciudades en las que hay mayor fuerza de hombres de mar que en ninguna ciudad haya. Las otras dos, en buen orden, que estuvieran una en Tortosa, que es ciudad noble y buena, que está en la frontera de Cataluña y Aragón; y podrían armarse veinticinco galeras que, en cuanto estuvieran fuera del río, nadie se daría cuenta. E igualmente en Cullera, donde acudirían todos aquellos del reino de Murcia y de Aragón y de Castilla en gran número, sin que nadie lo supiera, y que, armadas y aparejadas, podrían de este modo entrar en el mar. Que, de verdad, no sé de ningún príncipe ni rey que pudiera tener dos tan hermosos arsenales ni tan secretos como serían el de Tortosa y el de Cullera.

Por lo cual, señor rey de Aragón, preguntad a vuestros hombres de mar qué les parece esto que yo digo, que estoy seguro que aquellos que de ello tendrán noticia os han de decir que así es de verdad. Al arsenal de Tortosa irán siempre de Cataluña y de Aragón y al arsenal de Cullera todos aquellos del reino de Valencia y de Murcia y de las fronteras y de los lugares que tenéis hacia Castilla. Y en cada una de estas ciudades, con cinco mil libras haréis un hermoso arsenal, y en cada uno de estos arsenales podréis tener veinticinco galeras, y luego, en

Barcelona, otras veinticinco, y en el arsenal de Valencia otras veinticinco; y así podréis tener cien galeras aparejadas, cuando os convenga, contra vuestros enemigos. Además, las veinticinco de Tortosa y las otras veinticinco de Cullera las podréis armar en forma que los enemigos que podáis tener no sepan nada, con tal de que estén fuera de los ríos.

Por lo que, señor, haced lo que haría un buen administrador, que en vuestra tierra hay ricohombre o caballero que con poca riqueza hace más que otro con mucha. Y esto ¿por qué ocurre? Por el buen cuidado y buena administración que tiene. Por lo que, señor rey de Aragón, atended a tener mucho cuidado y buena administración, y así podréis realizar todos los proyectos que acudan a vuestra mente, puesto que os acordáis de Dios y de su poder y, con la ayuda del vuestro, podréis realizar lo que sea de vuestra voluntad.

En cuanto al arsenal de la ciudad de Barcelona y aquel de Valencia..., si en orden los ponéis, pensad que, con la ayuda de Dios, someteréis a cristianos y a sarracenos que contra vuestra real señoría y contra los vuestros quieran luchar; y si lo hacen, de inmediato les podréis castigar, que vuestro poder es mucho mayor de lo que las otras regiones del mundo se figuran, y podéis verlo por las conquistas que por el señor rey vuestro padre se hicieron sin la ayuda de dineros y de cruzada, que la Iglesia no quiso darle. Que más de veinte mil misas se cantan hoy, en este día, y todos los días, en cuanto el santo rey Don Jaime conquistó sin ayuda ni cruzada, que no tuvo de la Iglesia, puesto que el reino de Mallorca, y el reino de Valencia, y el reino de Murcia conquistó sin cruzada ni ayuda de la Iglesia. Gracias a lo cual la Iglesia recibe hoy tanto que mucho sería decir que de otros cinco reinos no recibe tanto en diezmos y primicias como obtiene de estos tres reinos. Por lo que la santa Iglesia de Roma y aquellos que la rigen deberían pensar en el acrecentamiento que han alcanzado gracias a la casa de Aragón, y que lo

reconocieran cerca de sus descendientes. Pero esto es lo que consuela: que si el padre santo y los cardenales no lo reconocen, el Rey de reyes, Nuestro Señor Dios verdadero, lo recuerda y les ayuda en todas sus necesidades y les hace progresar de lo bueno a lo mejor, y así lo hará, si Dios quiere, en lo porvenir.

37. El rey Don Pedro decide la venganza y visita al rey de Francia

Cuando el señor rey Don Pedro tuvo noticia de las batallas y las victorias que obtuvo el rey Carlos en la conquista que hizo, estuvo muy disgustado por el amor que sentía por mi señora la reina, su esposa, y por sus hijos, a los que amaba mucho. Por lo que sintió en su corazón que jamás estaría alegre mientras no hubiese tomado venganza. De modo que ordenó en su corazón[12] lo que todo sabio señor debe ordenar en los grandes hechos que emprende: pensar en su comienzo, en su continuación y en su final. De otro modo hombre alguno puede alcanzar nada si no piensa en estas tres cosas. En cuanto a la primera, os diré que era en la que con mayor urgencia debía pensar: que antes de que nada empezara, debía saber quién le debía ayudar y de quién debía guardarse. La otra, que tuviera dinero bastante que le alcanzara. La tercera, que realizara sus actos tan en secreto que nadie tuviese la menor sospecha de lo que llevaba en su mente, sino él únicamente, puesto que pensaba que su propósito era tal que ningún hombre le permitiría que lo intentara, puesto que ningún hombre debería metérselo en la cabeza.

Y por esto, a fin de que nadie se lo transformara, no quiso descubrirlo a nadie, pues cada uno puede pensar quién sería el

que consentiría al rey Don Pedro que comenzase una guerra contra la Iglesia, que cuenta con el poder de todos los cristianos, y luego contra la casa de Francia, que es la más antigua casa de reyes que exista en la cristiandad; y con cada una de estas dos cosas se le había metido en el corazón comenzar la guerra. Y si a alguno se lo preguntara, no habría nadie en el mundo que se lo alabara. Pero él, confiando en Dios y en la rectitud del derecho que quería mantener, pensó que con su mente y buen criterio, con la ayuda de Dios, trataría de llevar a cabo la venganza que pudiese tomar por el padre y los tíos de mi señora la reina, su esposa, y del abuelo y tíos abuelos de sus hijos. Cada uno puede pensar con cuánta pena vivía mi señora la reina, su esposa, cuando supo que su padre y sus tíos habían muerto.

Y es que el señor rey Don Pedro amaba más a mi señora la reina que a nadie en el mundo, por lo que todo el mundo puede comprender cuánto sufría cuando estaba con ella, y cada uno puede repetir lo que decía Muntanyagol: «Muy cerca tiene la guerra, si está dentro de su casa; y más cerca todavía si la tiene en su almohada».

Por esto el señor rey compartía sus sentimientos y un lamento de su esposa le partía el corazón, de modo que, pensándolo todo, decidió que lo mejor era que tomase venganza, y aun una vez tomada esta decisión, entendió que no debía descubrírsela a nadie, y por esto puso mayor atención en las tres cosas que antes os he dicho; o sea, a saber: que nadie pudiese venir contra su reino; la otra, la moneda con que podía contar; y la otra, que no hubiese hombre alguno que supiera lo que intentaba hacer.

Y en lo primero que pensó fue en la casa de Francia. Es verdad que mientras era infante y vivía su padre había ido un invierno a Francia para ver al rey de Francia y a la reina, su hermana, a la que mucho amaba. Y pensó que igualmente si iba

en invierno nada perdería de su tiempo ni haría falta en la frontera de los sarracenos, puesto que los sarracenos en invierno no pueden guerrear, a causa de que van muy mal equipados y mal vestidos y le temen más al frío que nadie en el mundo. Y por esto entró en Francia.

Y cuando ya estuvo en Francia, le recibieron con gran honor y tuvieron gran satisfacción y alegría el rey de Francia y la reina. Allí estuvo un par de meses, con grandes diversiones; y allí torneaba y lanceaba a caballo e iba con armas con los caballeros e hijos de los caballeros que habían ido con él y con muchos barones y condes de Francia, que lo probaban para complacerle y honrarle.

¿Qué os diré? Tanto afecto nació entre dicho señor rey Don Pedro y el rey de Francia que de una misma hostia consagrada comulgaban los dos, y se rendían homenaje y se juraban que jamás uno iría contra otro por ninguna persona del mundo, sino que se ayudarían y marcharían juntos contra todos. El afecto fue tan cordial entre los dos como puede serlo entre dos hermanos, de suerte que el rey de Francia, y yo lo vi por mí mismo, cuando cabalgaba, llevaba en sus sillas y en sus cuarteles el escudo del rey de Aragón, por el afecto que le tenía, y en otro cuartel su escudo de las flores, y lo mismo hacía el señor rey de Aragón.

Luego dicho señor rey de Aragón volvióse muy complacido del rey de Francia y de la reina, su hermana.

Y esto os lo he contado como un avance, porque luego convendrá que hablemos de esta unión, cuando habrá lugar, según nuestro propósito.

38. La entrevista de Tolosa

Ahora dejaré de hablar de esta cuestión y volveré a los negocios que ocupaban al señor rey Don Pedro. Recordando el convenio y la firmeza de los acuerdos entre él y el rey de Francia, creía que la casa de Francia era algo con lo que podía contar seguro y que ningún daño tenía que temer de aquella parte para nada suyo gracias a aquella firmeza y juramento, y especialmente por el gran afecto que había entre ellos, y además porque había ya hijos, que eran mayores, y eran sus sobrinos. Y como veis, se tuvo por seguro de la casa de Francia. Mientras él se hacía a esta idea, el señor rey de Mallorca se entrevistó con el señor rey su hermano y se dolió de muchos entuertos y otras novedades que el rey de Francia le hacía en Montpellier y en la baronía, de modo que sobre tales entuertos e injurias remitieron conjuntamente sus mensajes a Francia para su rey.

Y el rey de Francia, como quien tiene grandes deseos de ver al rey de Aragón, mandóle decir que él iría a Tolosa y que ellos se preparasen, que allí se verían; pero que si ellos querían que viniese a Perpiñán o a Barcelona, vendría, para hacerles honor. Y los dos hermanos reyes quedaron muy satisfechos de este mensaje y mandáronle decir que les placía que la entrevista se tuviese en Tolosa, y cada uno se preparó para ir a esta entrevista.

El rey Carlos, que supo que se iba a celebrar esta entrevista, mandó a su hijo, que era entonces príncipe de Tarento y luego fue rey, a la muerte del rey Carlos, al rey de Francia y rogóle que fuese junto con él a dicha entrevista; y esto lo hizo porque no había nadie en el mundo a quien tanto temiera como al señor rey Don Pedro de Aragón. Y mandó rogar al rey de Francia, que era su sobrino, que procurase arreglar aquella entrevista en forma tal que no tuviese nada que temer de dicho señor rey Don Pedro de Aragón. Y esto lo hacía especialmente el rey Carlos porque pensaba dirigirse a Romanía contra el emperador Paleólogo, que tenía el imperio de Constantinopla contra

razón, pues el imperio correspondía a los hijos del emperador Baldavi, que eran sobrinos del rey Carlos, y por esto se temía que mientras estaría fuera de su reino, el señor rey de Aragón le quitase el reino de Sicilia.

¿Qué os diré? A dicha entrevista vinieron los tres y dicho príncipe, y si alguna vez hubo gran alegría y satisfacción entre reyes y señores, así ocurrió entre estos tres reyes. Pero por nada el príncipe podía lograr que dicho señor rey Don Pedro le pusiera buena cara, antes al contrario, se mostraba siempre enojado y bravío, hasta el punto que un día el rey de Francia y el rey de Mallorca instaron, hallándose en su habitación el señor rey de Aragón, y le dijeron cómo podía ser que él no le hablase al príncipe, que bien sabía que era su pariente carnal, puesto que era hijo de su prima, hija del conde de Provenza, y por otra parte, también era su pariente carnal por su esposa, hija del rey de Hungría, de modo que mucho le tenía debido. Pero, pese a todo, nada pudieron lograr. Aun cuando el príncipe invitó al rey de Francia, y al rey Don Pedro, y al rey de Mallorca, el rey Don Pedro no lo quiso aceptar, de manera que el conde hubo de ceder, a pesar de que el rey de Mallorca le hacía mucho honor, y el príncipe a él, hasta el punto que, al marcharse de la entrevista el rey de Mallorca, se fue con él, y yo les vi, a los dos, entrar en Montpellier, donde se les dio una gran fiesta. Y allí lo tuvo el rey de Mallorca durante ocho días.

Ahora dejaré estar al príncipe y volveré a las entrevistas. Cuando la fiesta, que bien duró quince días, hubo terminado, decidieron tratar de los negocios, y finalmente el rey de Francia prometió al rey de Aragón y al rey de Mallorca, y les juró que en ninguna ocasión, ni por cambio ni por nada, él se avendría a hacer cambios con el obispo de Magalona, ni se entrometería en nada en los asuntos de Montpellier, e igualmente el rey de Francia confirmó la buena amistad que existía entre el señor rey Don Pedro y él, la cual había firmado, como antes se ha di-

cho, cuando el señor rey estuvo en Francia. Y con todo esto y con otras buenas confirmaciones que hubo entre ellos, se separaron, y el rey de Francia volvióse, por Cohors y por Fijac, a Francia, y el señor rey Don Pedro volvióse a Cataluña, y el señor rey de Mallorca, junto con el príncipe, tal como hemos dicho, se fueron a Montpellier.

39. Engaño del rey de Francia

Con las seguridades que el rey de Mallorca obtuvo del rey de Francia, durmió tranquilo por lo que respecta a Montpellier. Pero con estas seguridades se vio engañado, puesto que el rey de Francia hizo cambio con el obispo de Magalona, adquiriendo todo lo que el obispo tenía en Montpellier, y cuando el cambio estuvo hecho, el rey de Francia entró en posesión de la parte que dicho obispo tenía en Montpellier. Pero los prohombres de Montpellier de ningún modo querían aceptarlo, antes estaban dispuestos a dejarse descuartizar antes de que su señor el rey de Mallorca sufriera tan gran usurpación.

El rey de Francia convocó sus huestes sobre Montpellier, de manera que se reunieron tantas gentes de a caballo y de a pie que eran una infinidad. Los prohombres de Montpellier se dispusieron muy bien a defenderse. Pero cuando el señor rey de Mallorca supo esto pensó que era mejor dejar que el rey de Francia se posesionara, pues no cabía en su ánimo que, cuando él estuviese con el rey de Francia, no se lo devolviese, por los convenios que existían entre ellos y por el gran deudo y amor que entre ellos había. De modo que transfirió mandamiento a los prohombres de Montpellier para que no se opusieran a la posesión bajo pena de traición, pues no quería enemistades con el rey de Francia, y que tuvieran buen ánimo, que él entraría en

Francia, y que supieran que existía tal intimidad y seguridades con el rey de Francia, que él lo arreglaría.

Y así, los prohombres de Montpellier, aun cuando les doliera, hubieron de obedecer el mandamiento de su señor el rey de Mallorca con doble motivo por la esperanza que él les daba. Y he aquí cómo el rey de Francia engañó al rey de Mallorca. Es verdad que el rey de Mallorca entró en Francia y se vio con el rey de Francia aquella y muchas veces, pero siempre le daba excusas de que en aquella ocasión no podía hacerlo, pero que estuviera seguro de que lo haría. Con tan hermosas palabras lo burló mientras estuvo en vida, y de este modo han procedido todos los reyes de Francia hasta el día de hoy. Y no bastó con que tuvieran la parte del obispo, sino que después lo han tomado todo, hasta el punto que éste es el mayor despojo que en el mundo se haya cometido.

Pero podéis estar seguros de que esta usurpación ha de ser causa de una gran guerra y de mucho daño, pues el rey de Aragón y el rey de Mallorca no lo podrán consentir, de modo que podéis creer que habrá de costarle muy caro a la casa de Francia, ya que Dios, por su gracia, lo juzgará según el derecho y la razón que de él procedía y procede.

Ahora dejaré estar eso, pues he de dejarlo a la justicia de Dios y de la verdad, pues por derecho han de acaecer todas las venganzas, y hablaré del rey Don Pedro, que se cree muy seguro del rey de Francia y al final se verá engañado como el rey de Mallorca, de modo que el engaño no hizo más que aumentar. Pero del engaño que él sufrió cobró venganza antes que del todo se consumara, como más adelante veréis.

40. Convenio con Castilla

Cuando el rey Don Pedro partió de Tolosa se creía muy seguro de la casa de Francia, y pensando que igualmente se aseguraría de la casa de Castilla, se vino a Aragón.

La verdad es que el rey Don Alfonso de Castilla, de su esposa la reina, hermana del rey Don Pedro, tuvo dos hijos: el mayor, como antes hemos dicho, que tenía por nombre el de infante Don Fernando, y el otro, infante Don Sancho. Al mayor le dio por esposa a la hija del rey Luis de Francia, hermana del rey Felipe, que tenía por esposa una hija del señor rey de Aragón. Y por esto, como el rey Don Alfonso de Castilla y el rey Felipe de Francia eran cuñados, pues estaban casados con las hijas del rey Don Jaime de Aragón, ordenaron que se hiciera aquel matrimonio del hijo mayor del rey de Castilla con la hermana del rey Felipe, que se llamaba mi señora Blanca, y diéronsela con la inteligencia de que, después de la muerte del rey Don Alfonso, él fuese rey de Castilla, puesto que era el hijo mayor que tenía. Y dicho infante Don Fernando tuvo de dicha señora Doña Blanca dos hijos, que se llamaron, uno, Don Alfonso, y otro, Don Fernando. Y cuando hubo tenido estos dos hijos dicho infante Don Fernando, plugo a Dios que tuviera una enfermedad y pasara a mejor vida, lo que causó gran pena, pues era muy buena persona y justiciera. Cuando el señor rey de Aragón supo la muerte de su sobrino, estuvo muy disgustado, puesto que le quería tanto como a sus propios hijos, y era de mucha razón que así fuera, pues no había nadie en el mundo a quien el infante Don Fernando quisiera tanto como a su tío el rey de Aragón.

Al poco tiempo, el señor rey de Aragón entró en Castilla con escaso acompañamiento y efectuó en tres días y tres noches ocho jornadas y llegó donde estaban los hijos del infante Don Fernando y cogiólos y los llevó al reino de Valencia y los puso en el castillo de Játiva, donde les hizo educar como correspondía a hijos de rey. Y esto lo hizo por dos razones prin-

cipales: la primera, por el gran amor que sentía por su padre, que no quería que nadie les pudiese hacer daño en sus personas; la otra, porque si el infante Don Sancho, sobrino suyo, no se portaba bien con él, tendría aquellos infantes, de los que podría elegir rey para Castilla. De este modo tendría la casa de Castilla sujeta a su voluntad. Cuando el rey de Castilla lo supo, se sintió muy satisfecho; pero podéis creer que no lo estuvo el infante Don Sancho.

No pasó mucho tiempo cuando el rey de Castilla hizo jurar a gran número de rícoshombres de sus reinos al infante Don Sancho para que fuese rey después de su muerte. Y cuando esto estuvo hecho, el infante Don Sancho viose con su tío el rey de Aragón, que también le amaba mucho, y díjole:

—Padre y señor, ya sabéis que el rey mi padre me ha hecho jurar por gran número de sus ricoshombres, y es verdad que hay algunos que se oponen a ello y no me quieren jurar por cuanto habían jurado al infante Don Fernando, mi hermano, que sería rey después de la muerte de nuestro padre. Ahora, padre y señor, a vos debe pareceros mejor que yo sea rey y no que sea rey ninguno de mis sobrinos. Me doy cuenta de que todo esto está en vuestra mano, por lo que os ruego y suplico que vos seáis mi valedor; y si no me quisiereis ayudar, que plazca a vuestra merced no oponerse, pues con tal de que no seáis vos mi enemigo, de Dios para abajo no hay hombre alguno que pueda impedirlo.

Cuando el señor rey de Aragón hubo oído lo que su sobrino le dijo (y al que él amaba tanto como si fuese hijo suyo) respondióle:

—Sobrino, bien he comprendido lo que habéis dicho, y os respondo que, si vos queréis ser para mí el que debéis ser y que yo me sé, podéis estar seguro de que yo no seré vuestro contra-

rio, con tal de que hagáis lo que yo quiera, y que de esto me prestéis juramento y me rindáis homenaje.

Y él dijóle:

—Padre y señor, pedid lo que queráis que yo haga, que todo cuanto mandéis ahora y siempre estoy dispuesto a hacerlo y no otra cosa, y de esto os hago juramento y homenaje en mi calidad de hijo de rey.

—Entonces —dijo el señor rey—, os diré lo que haréis. La primera cosa, que me prometáis que siempre vendréis en mi ayuda, con todas vuestras fuerzas, contra todos los hombres del mundo, y que por ninguna razón ni por ninguna persona, contra mí ni contra mis reinos vendréis vos ni haréis venir a ningún otro. Y la otra razón, que me prometáis que, cuando vuestros sobrinos sean mayores, tenga yo noticia de que les dejaréis parte del reino, de manera que queden bien establecidos.

—Padre y señor —dijo él—, vos me decís cosas que son razonables, que yo os prometo que haré, pues todas son buenas y redundan en honor mío, de manera que estoy dispuesto a hacerlo, seguro, en la forma que vos mandéis.

Después de esto, estas cosas fueron firmadas, como más arriba se ha dicho, con juramento y homenaje, y además con escrituras públicas. Y hecho este convenio entre ellos, el infante Don Sancho volvióse alegre y satisfecho a Castilla, y díjolo todo a su padre, de lo que tuvo gran alegría y satisfacción y confirmó al señor rey de Aragón todo cuanto su hijo le había prometido.

Y ahora dejaré de hablar de ellos y hablaré del señor rey Don Pedro, y estuvo muy alegre y satisfecho de lo que había arreglado, pues, de este modo, se creía seguro con respecto a Castilla.

41. Convenio con el rey de Granada

En cuanto llegó al reino de Valencia encontró mensajeros del rey de Granada (que habían venido con grandes joyas y grandes regalos) y le pidieron treguas de parte del rey de Granada. Dicho señor rey Don Pedro, pensando que sus proyectos tenían buen comienzo, se las otorgó por cinco años. Y seguramente es esto que él nunca habría hecho si no fuera por lo que llevaba en su mente realizar: la venganza del rey Manfredo y del rey Conradino y del rey Eus. Por esto decidió consentir con dicha tregua, y así se anunció por todas sus tierras.

Y cuando hubo hecho esto, vio que ya se había cumplido el primer plano de su propósito, eso es, que veía seguro que no podía caer daño por ninguna parte a su tierra, con lo cual podía empezar el viaje cuyo propósito tenía.

Y pensó que debía cumplir el segundo plan; eso es, a saber: en reunir moneda. Y por todas sus tierras solicitó a sus vasallos que le ayudasen con moneda, pues proyectaba un viaje que redundaría en mejoramiento suyo y de sus vasallos. Y sus gentes sabían que era de tan alto ánimo y tan bueno que pensaban que no iba a moverse inútilmente. Y cada uno le otorgó cuanto él pedía; de manera que imponía sisas y otras ayudas en todos sus reinos y tierras, que subían a tanto que daban una infinidad. Y de todo se daban por satisfechos sus sometidos.

Ahora dejaré este socorro que se recogía por todas sus regiones y volveré a hablar del rey Carlos.

42. Poder del rey Carlos

Ocurrió que cuando el príncipe de Tarento salió de la entrevista fue jornada tras jornada a reunirse con su padre el rey Carlos, quien le pidió noticias sobre su visita. Él le dijo todo cuanto había ocurrido, y cómo el rey de Francia y el rey de Mallorca le habían hecho mucho honor, mas no así el rey de Aragón, que no había querido saber nada con él, y mejor estuvo bravío y rencoroso, de lo que el rey Carlos quedó muy disgustado y pensó que ya sabía cuál era la espina que llevaba en el corazón. Pero él confiaba tanto en su buena caballería y en el gran poder que tenía, que decidió, en su mente, no sospechar de él, y es natural que así pensara, pues tenía con él cuatro cosas que no había ningún rey del mundo que las tuviera. Primeramente, que él era tenido por el más sabio príncipe y el mejor en armas que en el mundo hubiere después de la muerte del buen rey Don Jaime de Aragón; y la otra, que era el más poderoso rey del mundo, pues por entonces era dueño y señor de todo cuanto había tenido el rey Manfredo; además, era conde de Provenza y de Anjou; además, era senador de Roma y vicario general de toda la parte güelfa de Toscana, de Lombardía y de la Morea; además, era vicario general de toda la tierra de Ultramar y jefe mayor y señor de todos los cristianos que estaban en aquellos mares, tanto de las Ordenes del Temple y del Hospital y de los Alemanes, y de todas las ciudades, castillos y villas, y de otras naciones de cristianos que allí estuviesen o fuesen. Luego tenía en su apoyo al santo padre apostólico y toda la santa Iglesia, que le tenía como su confaloniero y regente. Por otra parte, contaba con la casa de Francia, ya que cuando su hermano Luis murió y dejó por rey al rey Felipe, le recomendó encarecidamente a su hermano el rey Carlos; de manera que contaba con su sobrino el rey de Francia igual que si fuese el rey Luis, su hermano, que viviese.

De modo que, considerando este su poder, poco podía temer del rey Don Pedro de Aragón; y así su corazón se confió más

en este poder que en el poder de Dios. Y así, cualquiera que confíe más en su poder que en el poder de Dios, ya puede contar con que Dios demostrará su poder sobre él y hará comprender a todo el mundo que nada puede superar el poder suyo. Pero de este razonamiento, o sea del poder de Dios, he hablado tanto antes que no hay necesidad de que hable más de él. Y Carlos fió sólo en su esperanza y en la fuerza de su poder.

43. Las Vísperas Sicilianas

Engreído en su suprema voluntad, el rey Carlos mandó por toda la isla de Sicilia a sus oficiales, que sólo causaban perjuicios con soberbia insolencia, pareciendo que en el mundo no había más Dios que el rey Carlos, menospreciando a Dios y a los hombres y actuando de tal modo que era inexplicable que los sicilianos no les degollasen en lugar de aguantarles.

Entre otras maldades, ocurrió un día, que era festivo, en una iglesia que hay en Palermo cerca del puente del Almirante, y por ser la fiesta de Pascua salió todo el pueblo a ganar las indulgencias, y especialmente las mujeres, que en Palermo todas van. Aquel día salieron algunas gentiles señoras entre las demás, que eran muy hermosas, y los sargentos franceses salieron a su encuentro cuando iban acompañadas de sus jóvenes parientes. Y para poderles meter mano a las mujeres donde quisieran, rodearon a los hombres jóvenes para ver si llevaban armas, y al ver que no llevaban, dijeron que las habrían entregado a las mujeres y empezaron a registrarlas y, con esta excusa, les metían la mano y las pellizcaban, e igualmente les metían la mano en los pechos[13]. De modo que los jóvenes que iban con las señoras, al ver esto y viendo que les aporreaban, a ellos y a ellas, con vergajos a los que se escabullían, clamaron a Dios:

—Padre y Señor, ¿quién podrá soportar tanta soberbia?

Y hasta tal punto llegaron ante Dios semejantes clamores que quiso que de aquellas soberbias y muchas otras allí mismo se tomara venganza. De modo que inflamó el corazón de aquellos que en aquel lugar veían la osadía, y gritaron:

—¡Mueran! ¡Mueran!

Y en cuanto fue dado este grito, a pedradas mataron a todos los sargentos, y cuando les hubieron muerto, entraron en la ciudad de Palermo gritando todos, hombres y mujeres:

—*Muiren li francesqui!*[14].

Y de inmediato todo el mundo tomó las armas y todos cuantos franceses se encontraban en Palermo, todos, murieron. Y enseguida nombraron capitán y jefe de todos a micer Aleneip, que era uno de los más honorables ricoshombres de Sicilia.

Después de esto se organizó la hueste e iban a donde había franceses, y por toda Sicilia fue corrida la voz, y en donde la voz llegaba allí todos los mataban. ¿Qué os diré? Que toda Sicilia se rebeló contra el rey Carlos de pronto, y mataron a todos cuantos franceses pudieron encontrar, de modo que ninguno que se encontrara en Sicilia pudo escapar. Y esto ocurrió por sentencia de Dios, que Nuestro Señor, Dios verdadero, sufre al pecador; pero cuando ve que no se quiere enmendar de sus maldades, de inmediato hace caer sobre ellos la espada de la justicia; y así la mandó sobre aquellos malvados ensoberbecidos que así devoraban al pueblo de Sicilia, que era gente obediente y buena para todo cuanto debían hacer con respecto a Dios o con respecto a su señor, como lo son actualmente, en nuestros días, que no creo existan en el mundo gente más leal ni mejor de como han sido, son y serán a los señores que después han tenido y tienen todavía, como habéis de ver por lo que más adelante se dirá.

Y cuando todo esto hubo ocurrido y el rey Carlos supo el descalabro que había sufrido, movido por un gran coraje, reunió sus huestes y, por mar y por tierra, vino a asediar la ciudad de Mesina, y vino con tal poder que distribuía diecisiete mil prebendas de a caballo, pues diecisiete mil hombres de a caballo tenía, y el número de los de a pie era infinito, cayendo con cien galeras sobre una ciudad que, entonces, no estaba amurallada. Parecía que incontinenti pudiera y debiera perderse; pero aquel poder era nada contra el poder de Dios, que amparaba y defendía el mejor derecho de los sicilianos.

Y así he de dejar estar al rey Carlos, que mantenía sitiada Mesina, y he de volver a hablaros de la casa de Tunis y de lo que en ella ocurrió.

La verdad es que cuando el rey Mirabussac fue erigido rey de Túnez por mano del señor rey Don Pedro de Aragón (como antes habéis oído), su hermano Boaps se fue a Bugía y a Costantina, y se levantó contra Mirabussac y se coronó rey de Bugía. Y cada uno de estos dos hermanos se mantuvo en su reino. Más adelante murió Boaps, rey de Bugía y de Costantina, y dejó como rey de Bugía a Mirabosseri, hijo suyo, y señor de Costantina a Bucaró.

44. Los asuntos de Túnez

Cuando esto estuvo hecho, dicho Mirabosseri quiso desheredar y apresar, si podía, a dicho Bucaró, y dicho Bucaró supo esto y vio que no se podía defender si no lo hacía por medio del señor rey Don Pedro de Aragón; y ordenó a sus mensajeros que fueran a dicho señor rey Don Pedro de Aragón y que le hicieran saber que él tenía la intención de volverse cristiano en manos del señor rey de Aragón, y que el señor rey de Aragón

viniese a Alcoll, que es el puerto de dicha región de Costantina, y que cuando estuviese en Alcoll pensase en ir a Costantina, que él le rendiría la ciudad, que es una de las más fuertes del mundo, y se haría cristiano y le rendiría cuantos territorios tenía, y se convertiría en hombre suyo, su ahijado y su vasallo y que le requería de parte de Jesucristo, que quisiera redimirlo, y que, de otra parte, si así no lo hacía, que Dios se lo demandara en su alma y su cuerpo.

Cuando el señor rey Don Pedro de Aragón oyó este mensaje que le llegaba de parte de Bucaró, señor de Costantina, elevó las manos al cielo y dijo:

—Loor y gracias al Señor, Dios verdadero, por tanto favor como me concedéis. Permitid que si esto ha de ser en honra vuestra y bien de mis reinos, que pueda ser llevado a buen fin.

Los mensajeros eran dos caballeros sarracenos, muy sabios, que propusieron que fuesen vendidos como cautivos a redimir. Y llevaron a cabo aquel mensaje tan secretamente que nadie en el mundo tuvo noticia de nada, fuera del rey. Y el señor rey, con dos prohombres mercaderes muy sabios, les hizo cargar una nave de mercancías, y fuéronse al puerto de Alcoll con dichas mercancías, y los dos sarracenos fuéronse con ellos y con diez cautivos que compraron, que eran de aquella región. Y ordenó el señor rey a los dos mercaderes que cuando estuviesen en Alcoll con la partida de mercancía remontasen hasta Costantina y se viesen con Bucaró y se informaran de si era verdad lo que habían dicho los mensajeros.

Por esto descubrió dicho señor rey el asunto a dichos mercaderes, que eran prohombres y naturales suyos, y mandóles con pena de la vida y de todo cuanto tenían que no descubriesen esto a ninguna persona. Y así como él hubo mandado, se hizo y se cumplió. Y cuando estuvieron en Costantina hablaron con dicho Bucaró y encontraron que todo era verdad, tal como los

mensajeros había dicho, y pusieron de acuerdo a Bucaró con todo lo hecho, de tal manera que el señor rey lo tuvo como algo hecho en firme, y Bucaró otro tanto.

De inmediato el señor rey mandó construir naves, leños y taridas para llevar caballos; y así por toda la costa empezaron a hacerse embarcaciones con gran aparejo de todo lo que sería necesario al pasaje, de modo que toda la gente de su reino se maravillaba de los grandes preparativos que se hacían: primeramente los herreros de Coblliure, que hacían áncoras, y los maestros de ribera —todos cuantos había en el Rosellón— que habían venido a Coblliure y que hacían naves, leños, taridas y galeras; en Rosas, otro tanto; en Torrella y en Palamós, en Sant Feliu, en Tossa, en Sant Pol del Maresma. En Barcelona no hace falta que os lo diga, pues era infinita la obra que se hacía. Luego en Tarragona, otro tanto; en Tortosa, en Peñíscola y en Valencia y por toda la costa de las marinas. Y en las ciudades que están en el interior se hacían ballestas, cuadrillos, gafas, lanzas, dardos, corazas, capacetes de hierro, grebas, quijotes, escudos, pavesas y manganos. En las marítimas, trabucos, y piedras para los ingenios en las canteras de Montjuic y en otros lugares. De modo que eran tan importantes las obras que se hacían que su fama llegó a todas partes.

45. Ofrecimientos de los reyes de Mallorca y Castilla

El señor rey de Mallorca vino a ver al señor rey de Aragón y rogóle le dijera qué era lo que pensaba hacer y que, si gustaba, él le acompañaría a cualquier parte que fuese con todo su poder. Y él respondióle:

—Hermano, no quiero que vayáis a este viaje, sino que os quedéis y tengáis cuidado de nuestras tierras; y asimismo os ruego que no os pese si yo no os digo lo que pienso hacer, que, por cierto, hermano, no hay persona en el mundo que si yo debiera abrirle mi corazón se lo abriera mejor que a vos; pero es mi deseo que, aparte Dios, ningún hombre en el mundo conozca la intención de este viaje. De modo que os ruego todavía que no os duela, y asimismo no quiero ayuda ni socorro de ningún hombre en el mundo, salvo el de mis vasallos y sometidos.

Y, con esto, el rey de Mallorca, aun cuando le doliese, dejó de insistir.

Parecidamente el rey de Castilla y su sobrino el infante Don Sancho hicieron lo mismo, que únicamente por este motivo vino el infante Don Sancho a Aragón y se vio con él y se le ofreció de parte del rey su padre y de sí mismo, que en persona le seguiría con todo el poder que tuviere y que tendría treinta o cuarenta galeras en Sevilla y en otras costas suyas, bien armadas y aparejadas. ¿Qué os diré? Igual respuesta que a su hermano el rey de Mallorca le dio, salvando que le dijo que le encomendaría toda su tierra, ya que le tomaba en cuenta como un hijo. Y dicho señor infante respondió que dicho encargo lo tomaba con el mejor deseo y que mandase a todos aquellos que él dejaba como procuradores en sus reinos, que si de algo tenían necesidad le requiriesen de inmediato, que él lo dejaría todo, y que incluso de su persona dispondrían con todo su poder. Y de esto estuvo muy satisfecho el señor rey de Aragón y le abrazó y le besó más de diez veces. Y así se despidieron el uno del otro, y dicho señor infante volvióse a Castilla y contó al rey su padre lo que entre ellos habían hablado.

—¡Ay, Dios! —dijo el rey Don Alfonso de Castilla— ¿Qué señor hay en el mundo cuyos ánimos se puedan comparar con los de este señor?

No tardó mucho tiempo en morir el rey Don Alfonso de Castilla, y quedó como rey de Castilla el infante Don Sancho.

46. Preparativos del rey Pedro

Y volveremos al señor rey de Aragón. Cuando dicho señor infante Don Sancho hubo dejado a dicho señor rey de Aragón y se hubo vuelto a Castilla, dicho señor rey se fue a sus costas para reconocer todos los trabajos. Y decidió ordenar que se fabricara bizcocho en Zaragoza, Tortosa, Barcelona y Valencia, e hizo venir a Tortosa de avena, trigo y harina, hasta una cantidad tal que en Tortosa no podía caber, e hicieron barracas y casas de madera, donde lo metían. Asimismo mandó sus cartas a todos los ricoshombres de su tierra que quería que fuesen con él para que se dispusieran a seguirle en el viaje con tantos caballeros y tantos ballesteros y con tantos peones; y a cada uno le hacía dar, en sus tierras o donde ellos querían, su ayuda en moneda, tanta como fuese menester. Y mandó que nadie se ocupara de víveres, de cebada ni de vino, que él haría embarcar suficientemente para todos de todo cuanto hubiesen menester para todo el viaje, y esto lo hizo para que sólo se tuviesen que preocupar de los arreos de sus personas y que todos fuesen muy bien arreados. Y de este modo se cumplió. Jamás, hasta aquel día, se había visto una expedición como aquella, tan bien arreada en las personas y los caballos y en la que hubiese tantos ballesteros, peones y hombres de mar. Asimismo ordenó que hubiese veinte mil almogávares, todos de la frontera, y seis mil ballesteros de las montañas. Ordenó también que fuesen con él mil caballeros, todos de honrada alcurnia, y muchos ballesteros de Tortosa y de Aragón y de Cataluña y sirvientes de mesnada.

¿Qué os diré? Tan grandes eran los preparativos, que todos los reyes y señores del mundo, tanto cristianos como sarracenos, que tuviesen algo en sus costas marineras estaban vigilantes y tenían mucho miedo y gran temor por sus tierras, por el hecho de que no había ningún nacido viviente que supiera lo que quería hacer.

47. Mensajes al papa y a los reyes de Francia e Inglaterra. Temor de los sarracenos

Lo cierto es que el papa le mandó decir que le rogaba le dijera qué era lo que pensaba hacer, y que si se lo mandaba a decir a tal punto podría ir, que él le remitiría socorros en dinero y en indulgencias. Pero el señor rey Don Pedro de Aragón mandóle decir que le agradecía mucho su ofrecimiento, pero que le rogaba que no le molestara que en aquella ocasión no se lo mandase a decir, pero que en breve se lo haría saber y entonces habría lugar para la ayuda y las indulgencias que le ofrecía; pero que ahora, en aquel momento, tuviese la bondad de excusarle.

De este modo los mensajeros se fueron con dicha contestación para el papa. Y el papa, cuando lo oyó, dijo:

—A fe mía que tengo por cierto que este hombre es otro Alejandro que ha venido al mundo.

Después le llegaron igualmente mensajes del rey de Francia su cuñado, que le traían parecido mensaje al del papa, y se fueron con la misma respuesta. Y después vinieron los del rey de Inglaterra y de otros príncipes del mundo, y todos se volvieron con la misma respuesta, tanto los mensajeros del papa como los de los reyes o de las repúblicas.

De los sarracenos no me hace falta hablar, pues a cada rey sarraceno le decía el corazón que iba a venir contra él, de modo que era la mayor maravilla del mundo ver la cantidad de hogueras y atalayas que se descubrían por toda la costa de Berbería. Y al rey de Granada le decían sus hombres:

—Señor, ¿cómo es eso que no guarnecéis Vera y Almería? Es seguro que el rey de Aragón caerá sobre vos.

Y respondía el rey de Granada:

—¿Qué os pasa, gente alocada? ¿No sabéis que el rey de Aragón tiene treguas con nosotros por cinco años? ¿Os figuráis que él romperá lo que nos tiene prometido? No os preocupéis y creed como cosa cierta que él es de tan alto espíritu que ni por todo el mundo dejaría de cumplir en nada lo que haya prometido. ¡Oh, así a Dios pluguiera que yo, con gran parte de mi poder, pudiese ir con él, tanto si quería que fuese contra cristianos como contra sarracenos! De verdad que le seguiría voluntariamente a mi costo y cargo. De modo que abandonad esta sospecha, que no quiero que ningún hombre de mi tierra aumente por ello su vigilancia. La casa de Aragón es casa de Dios, llena de verdad y de fe.

¿Qué os diré? Todo el mundo estaba con el ala levantada a la espera de lo que este señor haría.

Mas si es verdad que todo el mundo tenía miedo, Bucaró tenía una gran alegría.

Y ahora dejaré esta relación y volveré al señor rey de Aragón y a sus preparativos.

48. Los últimos preparativos

Dicho señor no cesaba de ir a visitar todas las obras, y de este modo lograba que se apresurasen, ya que cuando él las visitaba se avanzaba más en ocho días de lo que hubiesen avanzado en un mes.

Cuando vio que las obras estaban ya casi terminadas, reunió cortes en Barcelona, y en aquellas cortes ordenó todas sus tierras y ordenó todo su pasaje e hizo almirante a un hijo natural que tenía, que se llamaba Jaime Pedro, que fue muy agraciado y muy bueno en todos sus actos; de modo que dicho Jaime Pedro empuñó el bastón de almirante. Hizo vicealmirante a un caballero de Cataluña, de muy honrado linaje, llamado Cortada, que era buen sujeto, fuerte en las armas y conocedor de todos los negocios propios de un caballero. Y cuando hubo hecho todo esto, fijó el día en que todos cuantos tenían que ir en aquel viaje debían estar en Port-Fangós, o sea el primero de mayo, dispuestos y preparados para embarcar. Y ordenó que Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol cuidasen del despacho de todo lo tocante a Cataluña en once galeras, naves, taridas y leños. Luego, igualmente, puso en cada lugar buenos hombres de mar que apresuraran cuanto en cada sitio se debía preparar para el pasaje. En Valencia dicho señor Don Jaime Pedro, que había quedado en aquel reino, ordenó el rápido despacho del ejército, tanto de caballeros como de almogávares, como de ballesteros de montaña. ¿Qué os diré? Que en todos los citados lugares, tanto de la marina como de tierra adentro, dieron pronto despacho a lo que estaban haciendo, y de tal modo se realizó todo que el mismo día que él había fijado estuvieron todos, tanto la gente de mar como de tierra, ya sea en Tortosa o a Port-Fangós. ¿Qué otras noticias importantes podría daros? Que de tal manera vinieron todos con buena voluntad que aquel que tenía que traer cien caballeros o cien peones traían el doble, que, aun cuando no quisieran, les seguían y no querían sueldo alguno; y vinieron además toda la gente princi-

pal de Aragón y de Cataluña y del reino de Valencia, y los síndicos de todas las ciudades.

Entonces vino el rey Don Pedro y acampó en Port-Fangós, donde estaban todas las naves aparejadas con cuanto habían menester, de modo que ya sólo faltaba que embarcasen el señor rey y los condes, barones y caballeros, ciudadanos, ballesteros, almogávares y sirvientes de mesnada.

49. Despedida del rey

Cuando el señor rey húbolo reconocido todo y vio que estaba a punto, tanto las naves y taridas como las galeras armadas, leños y barcas, estuvo muy alegre y satisfecho, mandó reunir a todas las gentes, en general por medio de toques de trompeta, para que todo el mundo fuese a escuchar lo que el señor rey les quería decir, pues quería despedirse y, después del parlamento, quería embarcar.

En cuanto oyeron este pregón, todo el mundo vino a escuchar el discurso, ricoshombres, caballeros, ciudadanos y toda la demás gente. Y cuando estuvieron todos reunidos, el señor rey subió a un catafalco de madera, que mandó hacer alto, de tal manera que todos le pudiesen ver y oír.

Y cuando hubo subido, podéis estar seguros que fue bien escuchado, que el señor rey decidió predicar y dijo muy buenas palabras para aquellos que debían ir con él y para aquellos que debían quedarse, y cuando hubo terminado, levantóse en nombre de todos el noble Don Arnáu Roger, conde de Pallars, que iba con él en el viaje, y le dijo:

—Señor, todas nuestras gentes, tanto nosotros que vamos con vos como aquellas que se quedan, sienten gran satisfacción por las palabras que les habéis dicho y todos juntos os ruegan

muy humildemente que les digáis y les descubráis a dónde tenéis el propósito de ir.

Pensaba, además, que por descubrir su propósito nada malo podría ocurrirles, puesto que ya era tan próxima la hora de embarcar, y que para todos sería un consuelo saberlo, tanto para aquellos que irían como para los que se quedarían, y que, además, muchos mercaderes prepararían víveres y toda clase de refrescos, que traerían para las huestes, y todavía, además, que de sus ciudades y sus villas le mandarían todos los días ayuda y socorros de todas clases.

Y el señor respondió, y dijo:

—Quiero que sepáis, señor conde, igual que los demás señores que aquí están, que si supiéramos que nuestra mano izquierda sabe lo que tiene el propósito de hacer nuestra mano derecha, nosotros mismos nos la cortaríamos; de modo que no me habléis más de este asunto y pensad sólo en embarcar a aquellos que con nos deben venir.

Y cuando el conde y los demás oyeron tan firmes palabras como las que dijo el señor rey, ya no quisieron hablar más y contestaron:

—Señor, puesto que así es, empezad a mandar, que nosotros haremos lo que vos mandéis. Y quiera Nuestro Señor Dios verdadero y Nuestra Señora Santa María, y toda la corte celestial, que se cumpla vuestro propósito en honor suyo y acrecentamiento y honor vuestro y de vuestros sometidos, y que nos concedan la gracia de que podamos serviros de tal manera que Dios y vos quedéis satisfechos.

Después de esto se levantó el conde de Ampurias y el vizconde de Rocaberti y otros ricoshombres que no tenían que formar parte del viaje, y dijeron:

—Plázcaos, señor, permitir que con vos nos embarquemos y que de ningún modo nos dejéis, que hemos venido aquí bien

decididos a embarcar, igual que aquellos que ya tenían el albalán para emprender el viaje.

Y el señor rey respondió al conde de Ampurias y al vizconde de Rocaberti y a los otros, y les dijo:

—Mucho os agradecemos vuestro ofrecimiento y vuestra buena voluntad; pero a ello hemos de responderos que tanto nos serviréis vosotros que os quedáis como aquellos que vienen, que quiero que sepáis que tanto tendréis que hacer vosotros que os quedáis como nosotros que vamos.

Y cuando hubo dicho esto, les bendijo y los santiguó a todos y los encomendó a Dios. Y jamás se habían visto tantos llantos y gritos como aquí se produjeron para despedirse, tanto que el mismo rey, que era el señor de más firme corazón que hubiese en el mundo, no escapó de llorar.

Y levantóse y fue a despedirse de mi señora la reina y de los infantes, y después de acariciarles les dio su bendición. Y le habían preparado un leño armado, y embarcó en él con tal ventura y gracia como jamás haya coronado jamás embarque de señor alguno. Y en cuanto él estuvo embarcado, todo el mundo pensó en embarcar, de modo que a los dos días ya lo habían hecho todos. Y con la gracia de Nuestro Señor Dios verdadero, y de Nuestra Señora Santa María y de todos sus benditos santos y santas, levantaron velas hacia Port-Fangós, para proseguir su viaje, en el mes de mayo del año de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo mil doscientos ochenta y dos.

Y cuando hubieron levantado velas, tenéis que saber que había en el mar más de ciento cincuenta velas Y cuando estuvieron a veinte millas mar adentro, en un leño armado, el almirante Don Jaime Pedro fue a cada nave, leño, tarida, galera o barca, y a cada patrón le dio un albalá sellado con el sello del señor rey y cerrado con el mismo sello. Y mandó a cada patrón que pusieran rumbo vía Mahón, que está en la isla de Menor-

ca, y que en dicho puerto entrasen todos, que allí repostarían, y que cuando ya estuvieran fuera del puerto de Mahón que cada uno abriese su albalá, y no antes, bajo pena de la vida, y que cuando lo hubiesen abierto siguieran el rumbo que les ordenaba el rey en dicho albalá. Y así se cumplió, como el almirante mandaba.

50. La escuadra en Menorca

Entraron todos en el puerto de Mahón y tuvieron un tiempo muy bueno y tomaron revituallamiento de refresco. De inmediato el almojarife de Menorca vino junto al señor rey, y le dijo:

—Señor, ¿qué es lo que queréis que haga? Si habéis venido para tomar la isla, yo estoy dispuesto a hacer lo que ordenéis.

El señor rey le contestó:

—Almojarife, nada debéis temer, pues no hemos venido para causaros enojos ni pesar alguno ni a vos a ni a la isla. Podéis estar seguros de esto.

El almojarife se levantó, besóle el pie y diole muchas gracias. Y mandó traer tal refresco para el señor rey y para toda la armada que sería muy largo de contar; tal abundancia hizo traer de todos los refrescos, que les duraron para más de ocho días.

He de contaros una gran maldad que cometió. Debéis saber que aquella noche mandó una barca armada de sarracenos a Bugía y por toda la costa, haciendo saber que el señor rey, con toda su armada, estaba en el puerto de Mahón y que creía iba a ir hacia Berbería, de modo que se guardasen.

Cuando supieron esto, entre ellos Boqueró, señor de Costantina, tuvo la mayor alegría que ningún hombre pueda tener;

pero en lugar de ser discreto, a causa de su gran alegría, abrió su corazón a algunos amigos particulares y a parientes de los que se fiaba en todo, y esto lo hacía para apresurarse para cumplir al señor rey de Aragón lo que le tenía prometido.

Y uno de aquellos a quien había descubierto su anhelo lo dio a conocer a todos los de la ciudad y a los caballeros sarracenos que con ellos estaban. ¿Qué os diré? Que al conocer el rumor se alzaron y lo aprendieron, y de inmediato le cortaron la cabeza a él y a otros doce que con él estaban de acuerdo. Y mandaron un mensaje al rey de Bugía para que viniese a apoderarse de la ciudad y de todo el territorio, y así se hizo.

Ahora dejaré de hablar de ellos y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

51. La armada en Alcoll

Cuando el señor rey hubo refrescado a su gente, partió de Mahón, y cuando estuvieron diez millas mar adentro, cada uno abrió el albalá, y todos encontraron en él el mismo mandato de que pusieran rumbo hacia el puerto de Alcoll, y así lo hicieron. Tuvieron una gran bonanza, de manera que en siete días surcaron del puerto de Mahón al puerto de Alcoll.

Cuando estuvieron en el puerto de Alcoll tomaron tierra, pero los de Alcoll se dieron a la fuga, de modo que a pocos pudieron alcanzar. Desembarcaron los caballos, y cuando todos estuvieron en tierra, el rey pidió a los sarracenos que habían apresado en Alcoll noticias de Boqueró, y contáronle lo que había ocurrido, de lo que el señor rey quedó muy disgustado. Pero, puesto que aquí había venido, decidió que el viaje se cumpliera a satisfacción de Dios y de la santa fe católica. Enseguida mandó levantar un muro de palos, con el que rodeó la

ciudad y a todas sus huestes, y estos palos se los hacía traer de las naves, y todos tenían punteras de hierro y había anillos de hierro en cada palo.

De modo que, con estos palos y con cuerdas que pasaban por las anillas, rodearon toda la hueste y la ciudad; e hizo salir de las naves los tapiadores que traía, y con tapias pusieron barreras en los caminos por donde debía salir la hueste fuera de aquel muro.

Mientras se ocupaba en hacer fuerte a su hueste, se reunieron a su alrededor treinta mil hombres sarracenos a caballo y tal número de gente de a pie, que todo el campo y las montañas quedaron cubiertos. ¿Qué os diré? Que los alicos y morabitas iban predicando y gritando por toda la Berbería otorgando perdón a todos los de su maldita religión. De modo que, antes de que hubiese transcurrido un mes, habían llegado cien mil hombres de a caballo y un sinnúmero de hombres de a pie. Y el buen conde de Pallars, que vio tan gran aglomeración, había hecho una bastida con tapias y maderos en un cerro cercano a la villa de Alcoll, y desde aquel lugar dicho conde de Pallars y muchos otros atacaban contra ellos. Y allí estaba el cerro con la bastida, y lo llamaron el cerro de Pica-baralla, y en aquel cerro todos los días se acometían tan grandes hechos de armas que no se puede contar. Y quien quiso ver coraje y calidad de señor, en aquel cerro la pudierais ver, que cuando el torneo andaba revuelto y el señor rey comprendía que los cristianos llevaban la peor parte, embestía en medio de la contienda y atacaba entre ellos. Pero no os figuréis que ni Roldán, ni Oliveros, ni Tristán, ni Lanzarote, ni Galaz, ni Perceval, ni Palamedes, ni Boortes, ni Escors de Mares, ni el Morant de Gaunes, ni ningún otro pudieran hacer todos los días lo que hacía el rey Don Pedro; y junto a él todos los ricoshombres, caballeros, almogávares y hombres de mar que allí se encontraban. Porque ya puede pensar cada uno cuán necesario era para el señor rey y

para sus gentes que así se hiciera, ya que se encontraban en una llanura, sin fosos ni murallas, fuera de aquella palizada que ya os he dicho; y de la parte contraria había reyes e hijos de reyes y barones y nobles sarracenos, que eran la flor de todos los sarracenos del mundo, que no estaban allí para otra cosa sino para confundir a los cristianos. Por lo que, si se dormían en las pajas, ya podéis pensar de qué mal sueño les harían despertar, de modo que era necesario que no se descuidaran. Y es cierto que cuanto mayores eran los hechos y más peligrosos, más satisfechos estaban el rey y todas sus gentes, ya que jamás se vio ninguna hueste que estuviera mejor abastecida de todos los bienes como aquélla, y de día en día crecía la abundancia.

En cuanto supieron en Cataluña que el señor rey estaba en Alcoll, todo el mundo, como para ganar indulgencias, sólo pensaban en cargar naves y leños de gente, de víveres y armas y de toda clase de auxilios. Y todos acudían a aquello, de modo que ocurría que, a diario, veinte o treinta bajeles cargados de dichas cosas entraban en Alcoll, de modo que de todas las cosas había mejor mercado allí que en Cataluña.

Cuando el señor rey hubo visto y reconocido aquel país y se dio cuenta del poder de los sarracenos, pensó que muy fácilmente podría conquistar toda la Berbería si el papa quería ayudarle en moneda e indulgencias, puesto que jamás los cristianos habían estado en tan buenas circunstancias y que ningún rey cristiano había podido forzar el paso, ni el rey de Francia, ni el de Inglaterra, ni el rey Carlos, que, si no a base de cruzada y con el tesoro de la Iglesia, para pasar a Túnez, y ninguno de ellos había dominado tanto terrenos como él tenía en Berbería. Que de Giger hasta la ciudad de Bona no había sarraceno que pudiese parar, pues por toda aquella costa iban los cristianos a proveerse de leña para sus huestes y tenían por allí el ganado, sin que ningún sarraceno se atreviese a acercarse. Por el contrario, había cristianos que penetraban en cabalgadas que dura-

ban tres o cuatro jornadas y traían presas de personas y de ganado, de modo que los sarracenos no se atrevían a separarse de sus ejércitos, pues en cuanto lo hacían caían cautivos, de manera que todos apresaban tantos que en Alcoll todos los días había mercado de ellos.

De modo que cuanto más duraba el asedio del señor rey toda la hueste se sentía más segura.

Algunas veces el señor rey arremetía con quinientos caballeros armados y dejaba otros tantos en las barreras. Cuando el señor rey atacaba, dispersaba a los sarracenos, y hacía tanta mortandad que daría espanto decirlo, y cautivaba tantos que por un sueldo se podía comprar un sarraceno. De modo que todos los cristianos se sentían ricos y alegres, y más que todos ellos el señor rey.

Y ahora os dejaré de hablar de los hechos de armas que se hacían todos los días y os hablaré de lo que el señor rey imaginó.

52. Mensaje de Pedro III al papa

Cuando dicho señor rey vio que aquellos negocios podían ser de mucha honra y provecho para toda la cristiandad, mandó al papa al noble Don Guillermo de Castellnou, caballero principal de Cataluña y pariente suyo. Con dos galeras lo mandó a Roma a ver al papa, ordenándole lo siguiente: que cuando embarcara se dirigiera a la sede de Roma sin detenerse en ningún sitio hasta que estuviera junto al papa; y que cuando estuviera con el papa, le saludara de su parte, a él y a todos los cardenales; y que cuando le hubiese saludado, le rogase de su parte que mandara reunir su consistorio, pues a él quería dirigir algunas palabras, a él y a los cardenales de parte del mencionado señor

rey; y que cuando esto se hubiera hecho, saludara de nuevo al citado papa y a todo su colegio y que, de su parte, se expresara así:

—Santo padre, mi señor el señor rey de Aragón os hace saber que se encuentra en Berbería, en un lugar que tiene por nombre Alcoll, y encuentra que desde este lugar se podría cobrar toda la Berbería si vos, santo padre, le queréis dar ayuda de dinero e indulgencias. Y que la mayor parte de esto puede quedar cumplido antes de que transcurra mucho tiempo. ¿Qué os diré? Que antes de que transcurran tres meses cree que habrá conquistado la ciudad de Bona, de la que fue obispo San Agustín, y luego la ciudad de Giger. Y cuando estas ciudades (que se encuentran en la costa de Alcoll, una al lado de levante y la otra de poniente) haya conquistado, considerad que dentro de poco tiempo tendrá todas las ciudades de la costa, y la Berbería es de tal condición que quien posea la costa dominará toda la Berbería. Son gente que en cuanto vean el gran desastre que se les avecina se harán cristianos en su mayor parte. Por todo lo cual, dicho señor rey os requiere en nombre de Dios que le otorguéis tan sólo estos dos socorros, y en breve, si Dios quiere, la santa Iglesia verá aumentar sus rentas en más de lo que le habréis adelantado, pues ya visteis cuanto hizo crecer el rey su padre la renta de la santa Iglesia, sin que hubiese obtenido ninguna ayuda. Por lo que, santo padre, esto os pide y requiere, y que os plazca no retrasarlo.

Y en el caso de que él, os contestara:

—¿Por qué no dijo esto a los mensajeros que le mandamos a Cataluña?

Vos le contestaréis:

—Porque no era el momento oportuno para descubrir a vos ni a nadie lo que estaba en su propósito, por cuanto había prometido y jurado a los mensajeros de Bucaró que a nadie en el

mundo lo descubriría, por lo que, santo padre, no debéis doleros.

Y si por acaso él no quisiera otorgaros socorro alguno, vos protestaréis de nuestra parte, y en vuestra protesta le diréis que si no nos envía el socorro que nos le pedimos, por su culpa tendremos que volvernos a nuestra tierra, pues bien sabe él y todo el mundo que nuestro poder no es tanto en moneda para que por largo tiempo pudiésemos esto mantener, y que Dios habrá de demandárselo. Y que sepa bien que nos tenemos el propósito, que si nos concede el socorro que le pedimos, queremos dedicar toda nuestra vida a aumentar la santa fe católica, especialmente en esta parte adonde ahora hemos venido. Pero os ordenamos que este mensaje lo llevéis a cabo lo más apresuradamente posible.

—Señor —contestó el noble Don Guillermo de Castellnou —, bien comprendí lo que me habéis ordenado, de manera que quedaréis satisfecho, y apresuraos a concederme vuestra bendición y gracia, que yo os encomiendo a Nuestro Señor para que os defienda y os guarde y os dé la victoria sobre nuestros enemigos. Pero, señor, si bien os parece, hay otros ricoshombres mejor hablados a quien podríais remitiros, y yo agradecería mucho más a vos y a Dios que, en el caso en que os halláis, yo no tuviera que separarme de vuestro lado, pues todos los días veo que os metéis en lugares de mucho peligro, y me duele el corazón pensar que yo no estaré cerca de vos.

Y el rey empezó a reír y dijo:

—Seguro estoy, Don Guillermo, que vos tendríais mayor gusto en quedaros que en iros; y en cuanto al arrojo que nos atribuís en los hechos de armas, sabemos que podemos contaros entre los mejores que están bajo nuestra señoría. De manera que no nos añoréis, que a vuestro regreso encontraréis todavía tanto que hacer que bien podréis satisfacer vuestro deseo.

Confiamos tanto en vos, que pensamos que en este mensaje y en otras ocasiones todavía más importantes sabréis dar buen cumplimiento como ningún otro barón que nos hayamos. De modo que pensad en marcharos y que Jesucristo os guíe y os devuelva a nos sano y salvo.

Después de esto, dicho noble inclinóse hasta el suelo y quiso besarle los pies, pero el señor rey no lo consintió y lo levantó y diole la mano. Y cuando le hubo besado la mano, el señor rey besóle en la boca. Y en seguida fueron aparejadas y armadas dos galeras, y él embarcó en ellas y decidió marcharse. ¡Que Dios le conduzca a buen salvamento!

Ahora le dejaré a él y volveré a hablar del señor rey y de los grandes hechos de armas que todos los días se hacían en Alcoll.

53. Hechos de armas en Alcoll

Ocurrió un día que los sarracenos decidieron formar en orden de batalla y dirigirse a la bastida del conde de Pallars completamente decididos a tomarla aun cuando les costara perder la vida. Pero cuando esto pensaron, un sarraceno que había vivido en el reino de Valencia vino de noche a ver al rey y le dijo:

—Señor rey, han pensado esto.

Y el rey le dijo:

—¿Cuál será el día en que esto quieren hacer?

—Señor —dijo él—, hoy es jueves, y el domingo por la mañana, que será festivo para vosotros, ellos se figuran que estaréis en misa, igual que muchos de vuestros barones, y por esto piensan dar entonces esta embestida.

—Ahora —dijo el rey— vete en buena hora, que mucho te agradecemos lo que nos has dicho, y nos te prometemos darte

patrimonio allí donde naciste y entre tus amigos; y nos complace que estés entre esta gente y que nos hagas saber todo cuanto ellos se propongan. El sábado por la noche ven a vernos y nos dirás todo lo que hayan acordado.

—Señor —dijo él—, estad seguro de que estaré con vos.

Y el señor rey le hizo dar veinte doblas de oro, y se fue.

Y ordenó el señor rey a los escuchas que cada noche estaban en celada que en cualquier momento que se les acercara y les dijera «Alfandac» le diesen salvoconducto para ir y volver (puesto que él había nacido en el valle de Alfandac).

El señor rey reunió su consejo y les explicó lo que el sarraceno le había dicho, y ordenó a cada uno de sus vasallos y súbditos que estuviesen dispuestos, que el señor rey quería acometer a las huestes sarracenas. Y si alguna vez hubo gozo y alegría en una hueste, así fue en ella, que el día les parecía un año.

54. Mensaje de Sicilia

Mientras estaban con estos preparativos, vieron venir de levante dos barcas armadas, bien despalmadas, con gallardetes negros, que entraron directamente en el puerto y tomaron tierra. Si me preguntáis quién y qué clase de gente eran, os lo diré: eran sicilianos de Palermo, y venían cuatro caballeros y cuatro ciudadanos de dicho lugar como mensajeros de toda la comunidad de Sicilia, y eran personas muy sabias.

En cuanto hubieron tomado tierra, vinieron ante el señor rey y echáronse a sus pies, llorando y besando la tierra tres veces antes de llegar hasta él; andando de rodillas, arrastrándose, llegaron hasta sus pies y se los cogieron, gritando los cuatro a la vez:

—¡Señor, *mercedi!* ¡Señor, *mercedi!*

Y le besaron los pies, sin que nadie pudiese apartarlos; que al igual que la Magdalena con sus lágrimas lavó los pies de Jesucristo, así con sus lágrimas lavaron ellos los pies al señor rey. Los gritos, los lamentos y el llanto daban mucha pena; e iban todos vestidos de negro. ¿Qué os diré? Que el señor rey se echó para atrás y dijo:

—¿Qué pedís, y quién sois, y de dónde?

—Señor —dijeron ellos—, somos de la tierra huérfana de Sicilia, desamparada de Dios y de señor y de toda cosa buena terrena, cautivos, miserables, que todos estamos dispuestos a recibir muerte vil, hombres, mujeres y niños, si vos, señor, no nos socorréis. Por lo que, señor, venimos a vuestra santa y real majestad de parte de aquel pueblo huérfano clamándoos gracia por la santa pasión que Dios sufrió en la vera cruz para el linaje humano, para que tengáis compasión de ellos y para que les socorráis y les libréis del dolor en que se encuentran. Y debéis hacerlo, señor, por tres motivos: uno, porque vos sois el rey más santo y el más justiciero que en el mundo exista; la otra razón es porque la isla de Sicilia y todo el reino debe pertenecer a mi señora la reina vuestra esposa, y después de ella a los infantes vuestros hijos, puesto que ellos pertenecen a la santa línea del santo emperador Federico y del santo señor rey Manfredo, que legítimamente eran nuestros señores; y así, en consecuencia, debe ser mi señora la reina Constanza, esposa vuestra y señora nuestra, y luego, reyes y señores vuestros hijos y suyos La tercera razón es que todo rey santo está obligado a ayudar a los huérfanos, mozos y viudas; y como la isla de Sicilia está viuda desde que perdió tan buen señor como el santo rey Manfredo, podéis considerarla como tal; y los pueblos son tan huérfanos, que no tienen padre ni madre ni nadie que les ayude si Dios y vos no los socorréis; y las criaturas inocentes que están en la isla esperan la muerte, pues no puede confiarse en

los jóvenes, que son de poca edad y no saben poner remedio a sus necesidades. Así, pues, santo señor, tened piedad y servios tomar aquel reino, que es tuyo y de tus hijos, y líbralos de la mano del Faraón, que tal como Dios libró al reino de Israel de las manos y el poder de Faraón, así, señor, puedes tú libertar aquel reino de la mano de la gente más cruel que exista, cuando tienen poder, como son los franceses.

El señor rey, movido a compasión, les hizo levantar y les dijo:

—Barones, sed bien venidos. Es verdad que el reino de Sicilia debe ser de la reina nuestra esposa y, después, de nuestros hijos, y nos disgustan mucho vuestros apuros. Hemos oído vuestro mensaje, y sobre cuanto nos habéis dicho hablaremos en consejo, y todo cuanto de bueno podamos hacer por vosotros nos lo haremos.

Y ellos contestaron:

—Señor, Dios os dé vida e infunda en vuestro ánimo la compasión de nuestra miseria. He aquí las cartas de cada una de las ciudades de Sicilia y cartas de los ricoshombres y de caballeros, de villas y castillos, que todos están dispuestos a obedeceros como señor y rey a vos y a cuantos luego vendrán después de vos.

Y el señor rey tomó las cartas, que eran más de cien, y mandó que se les diera buen hospedaje y ración de todo cuanto hubiesen menester.

55. Derrota de los sarracenos

Ahora les dejaré estar y volveré a los sarracenos, que se disponían a ir el domingo, en orden de batalla, contra la bastida del conde de Pallars.

El sábado por la noche el sarraceno volvió a dicho señor rey y dijo:

—Señor, estad preparado al alba con todas vuestras gentes, pues la batalla está dispuesta.

Dijo el rey:

—Nos, estamos contento de ello.

De inmediato el rey mandó que al alba estuviesen los caballos armados, y todo el mundo, tanto los sirvientes de mesnada como los almogávares y los hombres de mar, que lo estuvieran también, y se reuniesen todos tras las empalizadas. Y que cuando sonaran las trompas y las nácaras y el estandarte del señor rey se desplegaría, al grito de «¡San Jorge y Aragón!», todo el mundo atacara.

De modo que el señor rey mandó que todos se fuesen a dormir, pero todos sentían tanta alegría que apenas si hubo uno solo que pudiera dormir aquella noche. Cuando llegó el alba, todo el mundo estuvo preparado, y los de a caballo y de a pie, allí donde el señor rey se encontraba, fuera de las barreras.

Llevaba la vanguardia el conde de Pallars, y el noble Don Pedro Ferrandis, señor de Ixer, y otros ricoshombres. De modo que, en cuanto fue de día, los sarracenos, con sus batallas muy bien ordenadas, fueron hacia la bastida del cerro de Pica-baralla, y cuando vieron a los cristianos así preparados, maravilláronse y se dieron todos por muertos, tanto que muy a gusto les hubieran dado la espalda si se atrevieran. ¿Qué os diré? Que cuando el rey vio que ellos rehusaban y se iban parando, apresuróse a mandar a la vanguardia que atacara, e hizo desplegar el estandarte y las trompas y las nácaras sonaron, y la vanguardia atacó. Los sarracenos aguantaron de firme, tanto que los cristianos no los podían derrotar de tantos como eran. El señor rey cabalgó con el estandarte y arremetió entre los moros, y los moros se desbarataron de tal modo que no quedó ninguno en

la vanguardia de los sarracenos, fuese porque escaparon, que lo hicieron un sinnúmero, sea porque murieron. En cuanto al señor rey, quiso cruzar una montaña que tenían delante, pero el conde de Pallars y otros ricoshombres gritaron:

—¡Ah, señor! No lo hagáis, por Dios, pues si seguís adelante dad por perdido todo lo que de Alcoll ha quedado y lo que hay en las tiendas, que allí sólo han quedado personas enfermas, niños o mujeres, y si esto perdíamos nos quedaríamos sin víveres. ¡Y además, señor, acordaos de vos mismo, que más apreciamos vuestra persona que todo lo demás de este mundo!

Pero el señor rey estaba tan enardecido contra los sarracenos que en nada de esto pensaba. Pero cuando comprendió lo que le decían acordóse y pensó que así era de verdad, de manera que se detuvo al pie de la montaña e hizo tocar la trompeta y todo el mundo se reunió con el señor rey y gallardamente y con gran alegría se volvieron a Alcoll. Y levantaron el campo, y aquel día ganaron tanto todas sus gentes que tuvieron bastante para pasarlo bien durante todo el viaje. Los sarracenos quedaron tan asustados y descorazonados que se echaron atrás más de una legua de donde solían estar, no porque les faltase gente, pues les llegaba todos los días tanta como pudiesen desear, sino porque no eran lo bastante valientes para atreverse a pensar que podían volver allí donde antes estaban. Antes el señor rey hizo quemar todos los cuerpos de los sarracenos para que aquel paraje no fuese más malsano.

Ahora dejaré estar al rey y a su hueste y hablaré del noble Don Guillermo de Castellnou. Pero antes quiero deciros el asombro de los sicilianos cuando hubieron visto lo que el rey de Aragón y su gente habían hecho y hacían todos los días. De modo que se decían entre ellos:

—Si Dios permite que este señor vaya a Sicilia, echad cuenta de que todos los franceses ya están todos muertos y vencidos

y que nosotros todos estamos fuera de peligro, que ésta es la mayor maravilla que gente alguna haya hecho; con qué alegría y satisfacción van a la batalla, al revés de todas las gentes, que van a la fuerza y con temor.

Verdad es que era una maravilla sin igual, y que ellos se daban cuenta.

56. Don Guillermo de Castellnou en Roma

Cuando el noble Don Guillermo de Castellnou salió de Alcoll, yendo a orza y pujamen y a remo, pronto llegó a Roma con las dos galeras. Fue adonde estaba el papa, y en cuanto estuvo frente a él y su consistorio, hizo todo cuanto el señor rey le había mandado y le dijo todo cuanto el señor rey le había ordenado decir.

Cuando el papa lo hubo oído, respondió tal como el rey ya había imaginado y dijo:

—¿Por qué el rey de Aragón no nos mandó decir su propósito, como hace ahora, cuando estaba en Cataluña?

Dicho señor noble contestó como el señor rey le había dicho. ¿Qué os diré? Que el papa le contestó que puesto que entonces el señor rey se escondía de él, no iba a darle ningún socorro, ni de cruzada ni de nada, y dicho señor noble protestó en la forma que el señor rey le tenía mandado. Y de inmediato se despidió del papa, molesto y enojado, y díjole más de lo que el rey le había ordenado:

—Padre santo, yo me marcho con la cruel respuesta que me habéis dado. Quiera Nuestro Señor Dios verdadero que si a causa de vuestra respuesta algo malo le ocurre a la cristiandad, pese todo sobre vuestra alma y sobre la de aquellos que han permitido y aconsejado tal respuesta.

Y con esas palabras pensó en embarcar y vínose a Alcoll.

Cuando el rey le vio tuvo una gran satisfacción, en particular porque le quería mucho y le apreciaba por sus hechos de armas y demás. Reunió su consejo y quiso saber qué respuesta se traía, y él se lo contó todo.

Cuando el señor rey oyó la gran crueldad del papa, levantó las manos al cielo y dijo:

—Señor verdadero Dios, vos que sois principio y dueño de todas las cosas, os ruego que me juzguéis de acuerdo con mi pensamiento, que bien sabéis que mi voluntad era la de vivir y morir a vuestro servicio, pero también sabéis que esto no podía durar; por consiguiente, derramad vuestras gracias sobre mí y sobre mis gentes y servios socorrerme con vuestro consejo y ayuda.

Entonces dijo y rogó a todos los que formaban parte de su consejo que pensaran en lo que debían aconsejarle, y que asimismo él lo pensaría. Y con esto se separaron y se fue cada uno a su posada.

57. Nuevo mensaje de Sicilia

No pasaron cuatro días que llegaron otras dos barcas de Sicilia con mensajes parecidos a los que ya habían mandado, pero todavía más lastimosos. En una de las barcas venían dos caballeros y dos ciudadanos que eran de Mesina, que, como habéis oído, estaba sitiada por el rey Carlos, y todos estaban en circunstancias de morir o caer prisioneros. La otra barca había salido de Palermo con otros dos caballeros y dos ciudadanos, como ya habéis oído, con poderes de toda Sicilia. Vinieron todos vestidos de negro, con las velas negras y los estandartes negros, y por cada gemido que los otros dieron, éstos daban cua-

tro, de modo que dieron tanta lástima a todo el mundo que todos rompieron a gritar a un tiempo:

—¡Señor, a Sicilia! ¡Señor, a Sicilia! ¡Por amor de Dios, no dejéis perecer ese pueblo desgraciado que ha de ser de vuestros hijos!

Cuando los ricoshombres supieron la opinión de cuantos iban en la hueste, fueron juntos a ver a su señor y le dijeron:

—Señor, ¿qué pensáis hacer? Por amor y respeto al mismo Dios, tened piedad de ese pueblo desgraciado que de este modo os pide gracia. Que no puede haber señor tan cruel en el mundo, sea cristiano o sarraceno, que no haya de sentir compasión. Entonces, ¡cuánta más debéis sentirla vos por muchas razones que estos hombres os han dado y que son todas verdad! Cuanto más cuando ya habéis visto la cruel respuesta que os ha dado el papa. De modo que debéis creer que todo viene directamente de Dios, y que si a Dios placiera que vuestro propósito de permanecer en este lugar se cumpliera, también le hubiera placido que el papa os otorgara ayuda. Pero no quiso que os fuese otorgada para que vayáis a socorrer a ese pueblo desgraciado. Y además, señor, con esto podéis conocer lo que a Dios place, que bien sabéis que la voz del pueblo es la voz de Dios, y ya veis cómo gritan todas las gentes de vuestras huestes: «¡A Sicilia! ¡A Sicilia!». Entonces, ¿a qué esperáis, señor? Nosotros todos os prometemos, en nombre propio y de toda la hueste, que os seguiremos, y recibiremos y daremos la muerte a honra de Nuestro Señor Dios, y en honor vuestro, y socorreremos al pueblo de Sicilia. Estamos todos dispuestos y aun sin sueldo os seguiríamos.

58. Partida de Alcoll

Cuando el señor rey oyó esta maravilla y vio la buena voluntad de su gente, levantó los ojos al cielo y dijo:

—Señor, a vuestro servicio y en vuestro honor emprendo yo este viaje, y a vuestras manos encomiéndome yo y todas mis gentes.

Y añadió:

—Puesto que place a Dios y a vosotros, decidimos ir; con la gracia de Dios y a su guarda y de Nuestra Señora Santa María y de toda la corte celestial: ¡Vamos a Sicilia!

Y al instante, toda la gente gritó:

—Aur! Aur!

Y todos se arrodillaron y entonaron en alta voz la *Salve Regina*. Y aquella noche despacharon las dos barcas de Sicilia, que se fueron a Palermo con la buena noticia; y al día siguiente, el rey mandó embarcar todas las cosas, y los caballos, y todo cuanto tenían, y el último en embarcar fue el señor rey.

Y cuando estuvieron embarcados, que lo hicieron todos en tres días, las otras dos barcas de los sicilianos se fueron, comunicando que les habían visto tomando velas. ¡Y Dios nos dé tanta alegría como la que hubo en Sicilia cuando esto supieron!

Ahora dejemos al señor rey, que se va con buen viaje a Sicilia, y hablemos de los sarracenos.

59. Los sarracenos celebran la marcha de los cristianos

Cuando los sarracenos vieron las velas en el mar, temieron que fuese otra armada que venía en ayuda del rey de Aragón y estuvieron cuatro días que no se atrevían a acercarse a Alcoll por temor a un engaño. Por fin fueron acercándose poco a po-

co, y cuando vieron que los cristianos se habían ido, celebraron grandes fiestas con gran alegría y volviéronse cada uno a su tierra con tales quejidos y llantos por los amigos y parientes que habían perdido, que para siempre se hablará en la Berbería y temerán a la casa de Aragón más que a ninguna otra casa de rey que haya en el mundo.

Y ahora les dejaré estar y volveré al rey de Aragón.

60. El rey Pedro en Sicilia

El señor rey tuvo un tiempo tan bueno, de a pedir de boca, de modo que en pocos días llegó a Trápani, a tres días de la salida de agosto del año antedicho mil doscientos ochenta y tres. Y así podéis saber el tiempo que permaneció en Alcoll, donde fue a la salida de mayo y tomó tierra en Trápani a los tres días de la salida de agosto, de modo que no creo exista en mundo de cristianos rey alguno que con sólo su poder tanto tiempo hubiese estado.

En cuanto hubo tomado tierra en Trápani se hicieron tan grandes luminarias en toda Sicilia (pues los hombres de Trápani mandaron correos a todas partes de Sicilia) que era una maravilla, así como la satisfacción que se notaba por doquier. Motivo tenían, puesto que Dios les había mandado al santo rey de Aragón para que les librara de las manos de sus enemigos y para que fuese para ellos guía y gobernador; tal como mandó a Moisés al pueblo de Israel y le entregó la vara, así el señor rey de Aragón libertará igualmente al pueblo de Sicilia. Pues todos podemos comprender que esto fue obra del mismo Dios.

Cuando el rey y sus gentes estuvieron en tierra, en Trápani, no me hace falta decir la satisfacción y alegría que todos sen-

tían, hasta el punto que las mujeres y las doncellas, bailando, venían delante del rey de Aragón y gritaban:

—¡Santo señor, Dios te dé vida y te dé la victoria para que puedas librarnos de las manos de esos malvados franceses!

Y con tales cánticos y con estas alegrías andaban todos, que nadie se acordaba ni de su trabajo ni de su jornal.

¿Qué os diré? En cuanto lo supieron en Palermo, mandaron al señor rey la mayor parte de los ricoshombres con un gran tesoro y mucha moneda para que lo diera a sus gentes. Pero el señor rey no quiso aceptar nada, antes dijo que mientras no lo necesitara nada quería, pues él traía moneda y tesoro suficiente; pero que podían estar seguros de que él venía para recibirlos como vasallos y para defenderlos contra todas las personas del mundo.

De este modo se fue a Palermo, y toda la gente salió a recibirle a cuatro leguas de distancia, y quienes hayan visto grandes fiestas y grandes alegrías podrán deciros que aquélla fue la mayor que nunca se hiciera. Con grandes procesiones, satisfacción y alegría de hombres, mujeres y niños recibieron a dicho señor rey y le condujeron al palacio imperial, y luego dieron buenos aposentamientos a todos los que con él venían. Y al mismo tiempo que el señor rey entró por tierra, llegó la armada por el mar.

En cuanto todos se sintieron seguros, los prohombres de Palermo mandaron mensajeros a todas las ciudades, villas y castillos para que mandasen síndicos de todas partes que trajeran las llaves y el poder de cada lugar, y que las llaves del lugar, a título de señoría, las entregasen al señor rey y le prestaran juramento y homenaje, y le coronasen rey y señor. Y asi se hizo.

61. Mensaje al rey Carlos

Entre tanto, el señor rey escogió a cuatro ricoshombres y los mandó como mensajeros al rey Carlos, que estaba sobre Mesina, como antes habéis oído. Y mandóles decir que le mandaba y decía que saliese de su reino, que bien sabía que aquel reino no era suyo, sino que era y debía ser de la reina su esposa y de sus hijos, de manera que pensase en dejar libre aquella tierra cuanto antes, y que si no quería hacerlo le desafiaba, y que se guardase de él, pues podía estar seguro de que le echaría. ¿Qué os diré? De este modo fueron los mensajeros al rey Carlos y le dijeron lo que más arriba les fue ordenado de parte del señor rey Don Pedro de Aragón.

Cuando el rey Carlos oyó esto se dijo:

—Ahora llegó el momento que siempre he temido. Tiene razón el refrán que dice: «El hombre muere del mal que teme». Desde hoy, y mientras viva, no podré vivir en paz, pues tendré que habérmelas con el mejor caballero del mundo y el de más valor. Sea lo que fuere, así habrá de ser.

Y después de haber estado un largo rato pensando, contestó a los mensajeros que ya podían ir pensando en marcharse, pues él no estaba dispuesto a desamparar a su reino para darlo al rey de Aragón ni a ningún otro del mundo, y que entendiera que había emprendido una cosa de la que él haría que se arrepintiera. De modo que los mensajeros pensaron en volver a Palermo, donde estaba el señor rey. Y cuando el señor rey hubo oído la respuesta del rey Carlos, decidió prepararse en seguida y por mar y por tierra dirigirse contra Mesina.

Los sicilianos que le vieron prepararse le dijeron:

—Señor, ¿qué pensáis hacer?

—Quiero ir contra el rey Carlos.

Dijeron los sicilianos:

—Señor, no permita Dios que vayáis vos sin nosotros.

Y de inmediato hicieron llamar a las huestes de todo Sicilia para que, dentro de quince días, estuviesen todos, desde los quince a los sesenta años, con las armas y pan para un mes, en Palermo Así fue mandado, de parte del señor rey de Aragón, por todas partes.

62. Preparativos para la lucha

Entre tanto el señor rey mandó dos mil almogávares a Mesina, para que entrasen de noche. Estos fueron, cada uno con su zurrón a cuestas, y no creáis que llevasen consigo ninguna acémila. Pues cada uno llevaba pan en su zurrón, que así están acostumbrados a alimentarse, y cuando hacen sus correrías cada uno lleva un pan para cada día y nada más, y así, con su pan, agua y algunas yerbas aguantan tanto tiempo como sea necesario.

Tuvieron buenos guías, que eran del país y conocían las montañas y los senderos. ¿Qué os diré?

Que las seis jornadas que hay de Palermo a Mesina las hicieron en tres, y entraron en la ciudad de noche, por un lugar llamado la Cemperiña, donde las mujeres de Mesina estaban haciendo un muro, que todavía existe. Y entraron tan secretamente que no fueron oídos de ningún hombre de la hueste.

Y ahora dejaré de hablar de ellos, que ya están dentro de Mesina, y hablaré del señor rey.

63. Coronación del rey Pedro en Palermo

Cuando las huestes estuvieron en Palermo, como el rey había mandado, todos rogaron al rey que les hiciera la merced de querer recibir la corona del reino. El otorgóselo, y con gran solemnidad y alegría el señor rey de Aragón fue coronado rey de Sicilia, en Palermo, por la gracia de Nuestro Señor, Dios verdadero. Y en cuanto fue coronado rey de Sicilia, con todas las huestes y por mar y por tierra, salió de Palermo para dirigirse a Mesina.

Y ahora os dejaré de hablar del señor rey, que va a Mesina, y volveré a hablaros de los almogávares que habían entrado en Mesina.

64. Entrada de los almogávares en Mesina

Cuando los almogávares hubieron entrado en Mesina (que entraron de noche), no queráis saber la alegría y el bienestar que se difundió por toda la ciudad. Pero al día siguiente, muy de mañana, al romper el alba, ellos se prepararon para atacar la hueste, y cuando les vieron tan mal trajeados, con las antiparas en las piernas, las abarcas en los pies y los capacetes de red en la cabeza, dijeron:

—¡Ay, Dios! Nuestro gozo en un pozo. ¿Qué gente es ésta que va desnuda y sin ropas, que no visten más que unas bragas y no llevan daga ni escudo? Poco podremos confiar en ellos. Estamos listos si todos los del rey de Aragón son de la misma calaña.

Y los almogávares, que les oyeron murmurar, dijeron:

—Hoy es el día en el que os mostraremos quiénes somos.

E hicieron abrir un portal y se lanzaron contra la hueste de tal forma que antes de que les reconocieran hicieron tal estropicio que era una maravilla; tanto que el rey Carlos y los suyos se creyeron que el propio rey de Aragón estaba entre ellos, pues antes de que les reconocieran ya habían matado a más de dos mil personas. Y luego, con todo el magnífico botín que consiguieron, entraron en la ciudad, sanos y salvos.

Y cuando la gente de Mesina vieron tan grandes maravillas como las que estas gentes hicieron aquel día, les estimaron cada uno, por más de dos caballeros, y les hicieron mucho honor y les colmaron de satisfacciones, tanto los hombres como las mujeres. Y se sintieron de tal modo reconfortados que aquella noche hicieron tales luminarias y tales fiestas que toda la hueste quedó pasmada, sintiendo al propio tiempo gran temor y gran dolor.

65. Carlos de Anjou pasa a Calabria

Aquella noche vino un mensajero que informó al rey Carlos de que el rey de Aragón venía con todo su poder de Sicilia y con todo el que se había traído por mar y por tierra y que no estaba más lejos que de unas cuarenta millas. El rey Carlos, cuando hubo oído eso, como era señor muy sabio y buen conocedor de los hechos de armas, pensó que si el rey de Aragón venía, y que era seguro que no podía venir sin que estuviesen enterados algunos de su hueste, pensó que, así como habían traicionado al rey Manfredo, también podrían traicionarle a él. Y por esto tenía miedo que la tierra de Calabria se rebelara, por lo que, por la noche, decidió embarcar y pasar a Reggio. Y al

alba, al embarcar, vieron que los de Mesina se habían marchado, pero que todavía había muchos que se habían quedado.

Los almogávares fueron a por ellos, y todos cuantos habían quedado en tierra, de a pie y a caballo, murieron. Y luego cargaron con las tiendas, y ganaron tanto que Mesina fue rica ya para siempre, y los almogávares, no hace falta decirlo, manejaban los florines como si fueran calderilla.

Y, además, fueron al arsenal que había en San Salvador, donde había en astillero más de ciento cincuenta entre galeras y taridas, que el rey Carlos mandaba hacer para pasar a Romanía, como antes hemos dicho, y pegaron fuego a todas, y el incendio fue tan grande que parecía que todo el mundo se quemara, de todo lo cual el rey Carlos sintió mucha pena, pues lo estaba viendo todo desde la Gatuna, donde se encontraba.

¿Qué os diré? Que fueron mensajeros al señor rey de Aragón y de Sicilia y le encontraron con todas sus huestes a treinta millas de Mesina, y le contaron cómo había sucedido todo, de lo que el señor rey se sintió muy descontento, porque de todas todas él quería combatir con el rey Carlos, y con este anhelo venían él y sus gentes; pero pensó que todo era obra de Dios y que Dios sabía lo que era mejor.

De manera que se vino a Mesina, y si fiestas le habían dado en Palermo, mucho mayores fueron las de Mesina, pues la fiesta duró más de quince días. Pero aunque estuvieron en fiestas, el señor rey seguía pensando en los asuntos. Y al día siguiente de que el señor rey estuviera en Mesina, veintidós galeras de las suyas entraron bien armadas.

Ahora os hablaré del rey Carlos, y dejaré al señor rey de Aragón.

66. Retirada del rey Carlos

Cuando el rey Carlos hubo levantado el sitio de Mesina, cosa que hizo a las primeras horas de la noche, se hizo llevar a la Gatuna, porque es la tierra de Calabria más cercana de Mesina, pues entre una y otra no hay más de seis millas, y lo hizo así para que las galeras y las barcas pudiesen hacer muchos viajes a lo largo de la noche; pero no fueron tantos como para que mucha gente de a caballo y de a pie no quedasen todavía a la madrugada, a los que los dos mil almogávares que había en Mesina no les diesen muerte. Sabed, además, que no se llevaron ninguna tienda, ni vino, ni víveres, ni nada de la hueste, de manera que mientras los almogávares acababan con la gente del rey Carlos que había quedado, los de Mesina se apresuraban en recoger todo el botín de las tiendas; pero los almogávares se dieron tal prisa en matarlos que les quedó tiempo todavía para apoderarse de buena parte del botín. Además, habían ganado mucho con lo que llevaban los que habían matado, que eran muchos, pues ya sabéis y podéis imaginar que hombre que huye y pretende embarcar no abandona el oro y la plata, sino que todo lo quiere llevar consigo. De modo que, los que les mataban, lo tuvieron todo y de este modo ganaron una cantidad infinita.

Y a podéis imaginar cuál sería el poder del rey Carlos cuando atacaba Mesina, puesto que tenía ciento veinte galeras y un sinnúmero de leños armados y barcas armadas y barcas de pesca, que pasaban, a cada viaje, seis caballos cada una, en toda la noche no pudieron acabar de pasar toda la gente, aun cuando estábamos en el mes de septiembre, que la noche es tan larga como el día, y el pasaje es tan corto, como ya os he dicho, que es de seis millas. Y para que lo comprendan algunos que no saben lo que son millas, quiero que sepan que dista tan poco San Reiner de Mesina al valle de la Gatuna que de un lado a otro puede distinguirse un hombre a caballo y adivinar si va hacia levante o hacia poniente; con lo que ya veis lo cerca que está y

cuánta gente había cuando tantas naves no pudieron pasarlos en un noche.

Hay mucha gente en el mundo que vitupera al rey Carlos porque no quiso esperar en orden de batalla al señor rey de Aragón; pero los entendidos dicen que no hay señor en el mundo que hiciera nada más inteligente que lo que hizo el rey Carlos, por las razones que ya os he dicho, pues temía la traición de los que con él estaban. Por otra parte, conocía los ánimos del rey Don Pedro, que era el mejor caballero del mundo y que traía con él los mejores caballeros de su tierra que ni el rey Artús los tuvo mejores en la Tabla Redonda[15], y de gente de a pie, más de treinta mil que cada uno valía por un caballero. De modo que, pensando estas cosas, obró con gran talento ateniéndose a lo más seguro, pues él sabía que su poder era tan grande que en poco tiempo, lo podría conquistar todo de nuevo. ¿Qué os diría? Que por cierto escogió lo mejor, pues de haberse quedado ya estaría muerto y vencido; pues Dios era la salvaguardia del rey de Aragón y de sus gentes y era él quién le había hecho venir a aquellos lugares.

67. Batalla de Nicótera

Cuando el rey Carlos estuvo en la Gatuna y todas sus gentes que pudieron pasar por la noche estuvieron en tierra, ordenó al conde de Alençon, sobrino suyo, hermano del rey Felipe de Francia, que permaneciera en la Gatuna con gran parte de la caballería, y él se fue a la ciudad de Reggio, que está a seis millas, cerca de la Gatuna y a doce millas de Mesina. Y cuando estuvo en la ciudad de Reggio, dio orden a cada una de sus galeras que se volviesen a su tierra, de modo que todos, con gran alegría, regresaron a su país. De las ciento veinte galeras que

había, treinta eran de Pulla, e hicieron rumbo hacia Brindisi, y las otras noventa se fueron juntas hacia Nápoles.

El señor rey de Aragón veía todo esto desde Mesina y llamó a su hijo, el almirante Don Jaime Pedro, y le dijo:

—Almirante, quiero que en vuestro lugar, en estas veintidós galeras, pongáis al noble Don Pedro de Queralt y a vuestro vicealmirante Cortada, y que vayan contra esa armada y la ataquen. Son gente que huye, y tienen los ánimos completamente perdidos, y son de muchas naciones y no están bajo una misma voluntad; por lo que podéis estar seguros de que les vencerán y que no se apoyarán unos a otros.

Respondió Don Jaime Pedro:

—Padre y señor, permitid que no ponga a ninguno en mi lugar en este negocio sino que sea yo en persona quien vaya. Que todo cuanto decís, señor, es verdad, y todos serán muertos o presos; de modo que permitid que tal honor sea para mí.

El señor rey respondió:

—Almirante, no queremos que vos vayáis porque tendréis que tomar el mando del resto de nuestra escuadra.

De modo que Don Jaime Pedro, con gran descontento, se quedó y ordenó las galeras tal como dicho señor le había mandado, y, de inmediato, embarcaron todos con gran alegría, gritando:

—¡Aür! ¡Aür!

Y las gentes de Sicilia y de Mesina que estaban allí se maravillaron al ver que mandaba veintidós galeras contra noventa galeras y más de cincuenta leños y barcas y además barcas de pesca que van por la costa y vinieron todos juntos al señor rey y le dijeron:

—Señor, ¿qué es esto que pretendéis hacer? Queréis mandar veintidós galeras contra más de ciento cuarenta velas, que son las que se van.

Y el señor rey empezó a reírse, y dijo:

—Barones, en este día veréis cómo actuará el poder de Dios en este hecho. Dejadme hacer, que no quiero que nadie contradiga mi voluntad. Nos fiamos tanto en el poder de Dios y en su legítimo derecho, que afirmamos que si fuesen el doble de los que son, a todos les habéis de ver, en este día, muertos y derrotados.

Respondieron todos:

—Señor, hágase vuestra voluntad, y que Dios os ayude.

En el acto el señor rey cabalgó por la costa e hizo tocar la trompeta, y todo el mundo embarcó con gran alegría. Y cuando estuvieron embarcados, el señor rey y el almirante con él, subieron a las galeras, y el señor rey predicó y les dijo lo que tenían que hacer, y el noble Don Pedro de Queralt y Cortada dijeron:

—Señor, dejad que nos marchemos, que hoy hemos de hacer cosa tal que honrará a la casa de Aragón, y vos y el almirante y todos los que están en Sicilia tendréis gran satisfacción y alegría.

Y toda la chusma de las galeras gritó:

—¡Santiguadnos y bendecidnos y mandad que partamos, que todos son nuestros!

Y el señor rey levantó los ojos al cielo y dijo:

—Padre Señor, bendito seáis vos, que me habéis dado señoría sobre gente de tan alto espíritu.

Complaceos en defenderlos y guardadles de todo mal y dadles la victoria.

Y santiguóles y les bendijo y encomendóles a Dios, y en cuanto a él y su hijo el almirante salieron de las galeras por la escala que tenían en tierra, hacia la Fuente del Oro, de Mesina.

En cuanto el señor rey estuvo en tierra, las galeras empezaron a batir remos, y en el momento en que empezaron a batir los remos la armada del rey Carlos no había rebasado la Coa de la Volp. Y las veintidós galeras decidieron hacerse a la vela con viento a la cuadra; y a remos y a vela pensaron ir hacia la armada del rey Carlos. La armada del rey Carlos les vio venir y pusieron rumbo a Nicótera, y cuando estuvieron en el golfo de Nicótera, se reunieron y dijeron:

—He aquí las veintidós galeras del rey de Aragón que estaban en Mesina. ¿Qué haremos?

Respondieron los napolitanos que tenían mucho miedo de que los provenzales les abandonaran, y los genoveses y los paisanos que se preparasen para la batalla. Y si me preguntáis cuántas galeras había de cada lugar, os lo diré: primeramente había veinte galeras de provenzales, bien armadas, y quince galeras de genoveses y diez de písanos y cuarenta y cinco de Nápoles, y los leños y las barcas de ribera del Principado y de Calabria.

¿Qué os diré? Que en cuanto la armada del rey Carlos estuvo ante Nicótera, pensaron todos en desaborlar y se pusieron en orden de batalla. Y las veintidós galeras se encontraron a dos tiros de ballesta cerca de ellos e igualmente desarbolaron y dispusieron la cubierta en zafarrancho de combate y enarbolaron el estandarte en la galera del almirante. Y armáronse todos, abarloando unas galeras con otras, y en cuanto las veintidós galeras estuvieron abarloadas entre sí, bogaron dispuestos a la batalla contra la armada del rey Carlos. Y las de la armada del rey Carlos nunca podían imaginar que tuviesen ánimo para combatirles, de modo que creyeron que solamente lo simulaban. Pero cuando vieron que iba de veras, las diez galeras de los písanos salieron por la izquierda y arbolaron y, en redondo, con viento fresco se hicieron a la mar y decidieron huir.

Cuando los písanos hubieron hecho esto, igualmente obraron los genoveses, y asimismo los provenzales, pues todos ellos llevaban galeras ligeras y bien armadas.

Cuando las cuarenta y cinco galeras, y los leños armados y las barcas del Principado vieron esto, diéronse por muertos y se arrimaron a la playa de Nicótera, y las veintidós galeras arremetieron contra ellas. ¿Qué os diré? Que mataron tanta gente que no pudo contarse y cogieron más de seis mil personas vivas, y apresaron todas las cuarenta y cinco galeras, leños armados y barcas. Y no bastó con esto, pues fueron a atacar Nicótera y la tomaron, y allí mataron a más de doscientos hombres de a caballo, que eran franceses que habían venido de la hueste del rey Carlos, ya que de Mesina a Nicótera no había más de treinta millas.

Y, cuando esto hubo terminado, anocheció, y decidieron descansar durante la noche.

68. Regreso victorioso

Pasada media noche, con el orear del golfo, alzaron velas, y eran tantas que no dejaban ver el mar. Pues no creáis que tenían sólo las cuarenta y cinco galeras, y los leños y las barcas que estaban con ellos, sino que en Nicótera encontraron leños y taridas de banda y barcas que estaban cargadas de víveres que llevaban a las huestes de Carlos, más de ciento treinta en total. Y todas las llevaron a Mesina y metieron en ellas todo el botín y los pertrechos de guerra de Nicótera.

¿Qué os diré? Que, con la brisa, avanzaron tanto por la noche que al alba estaban en Boca de Far, delante de la torrecilla del faro de Mesina, y cuando se hizo de día habían pasado ya la

torrecilla. La gente de Mesina estaba esperando, y al ver tantas velas gritaron todos:

—¡Ay, Dios Padre y Señor! ¿Qué es esto? ¡He aquí la armada del rey Carlos que vuelve sobre nosotros después de haber apresado las galeras del señor rey!

Tanto gritaron que el señor rey, que ya se había levantado (que siempre se levantaba con el alba, en verano e invierno), oyó los chillidos, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué griterío hay en la ciudad?

—Señor, dicen que la escuadra del rey Carlos vuelve con mucho más poder que cuando se marchó y que vuestras galeras han sido apresadas.

El señor rey pidió un caballo y cabalgó tan presto que no creo que diez hubiesen tenido tiempo de montar a caballo. En cuanto salió del palacio se fue hacia la costa, donde encontró gran luto de hombres, mujeres y niños. Y él, para consolarles, les decía:

—No tengáis miedo, buena gente, que se trata de nuestras galeras, que traen toda la armada.

Y así, mientras cabalgaba por la costa, se lo iba diciendo, y ellos contestaban:

—*Santo* señor, quiera Dios que así sea.

¿Qué os diré? Que toda la gente andaba tras él, tanto los hombres y las mujeres y los niños que había en Mesina, donde se hallaban todas las huestes de Sicilia. Y cuando el señor rey llegó a la Fuente del Oro y vio la maravilla de tantas velas como venían con el viento y la niebla, reflexionó y se dijo para sí mismo:

—Que aquel Señor que aquí me trajo, me haga la gracia de no desampararme ni a mí ni a ese desgraciado pueblo.

Y mientras estaba así reflexionando, un leño armado, empavesado con las armas del señor rey, que traía a Cortada, se acercó donde vio que el rey estaba, o sea a la Fuente del Oro, con el estandarte al viento y con toda la caballería que estaba con él montada a la jineta, y de inmediato tomó tierra. Y el señor rey, que vio venir ese leño con sus banderas, tuvo una satisfacción que no se puede decir, y se acercó al mar, y Cortada, ya en tierra, le dijo:

—Señor, he aquí vuestras galeras, que os traen presas a todas estas otras y que han tomado Nicótera y la han incendiado y destruido y matado a más de doscientos caballeros franceses.

Cuando el señor rey oyó eso, bajó del caballo e hincó las rodillas en el suelo, y lo mismo hicieron cuantos allí estaban, y empezaron a cantar la «Salve Regina» y agradecieron y loaron a Dios por esta victoria y no se la atribuyeron a sí mismos, sino únicamente a Dios. ¿Qué os diré? El señor rey contestó a Cortada que fuesen bienvenidos, pero que se volviese al punto y mandase a todos que viniesen ante la Aduana y alabasen a Dios y le saludasen. Y así se hizo, como él lo mandaba.

Y las veintidós galeras entraron primero, y cada una arrastraba tras de sí, entre galeras, leños y barcas, más de quince. Y así, todas empavesadas y con el estandarte en lo alto, y las banderas de los enemigos arrastrando, entraron en Mesina. Y de si fue de ver gozo y alegría, por mar y por tierra, ya lo oirán contar. ¿Qué os diré? Que parecía que mar y tierra se disputaran y los gritos eran sólo de alabanza y gloria a Dios y a Nuestra Señora Santa María, y a toda la corte celestial. Y cuando estuvieron en la Aduana, que es el palacio del señor rey, los loores gritados por todas las gentes de mar y tierra atronaban tanto que a fe mía que las voces se podrían oír en Calabria. ¿Qué os diré?

Con aquella fiesta y aquella alegría tomaron tierra, y todos los sicilianos gritaban:

—¡Padre y Señor, verdadero Dios, bendito seáis, puesto que tales gentes nos habéis mandado para librarnos de la muerte! Y bien parece, Señor, que esta gente es verdaderamente vuestra; que esto no son hombres, sino leones, que cada uno es tal entre los otros hombres del mundo como son los leones entre las otras bestias. Por lo que, Señor, bendito y alabado seáis, ya que tal señor nos habéis dado con tan buena gente.

¿Qué os diré? Que la fiesta fue tan grande que jamás ningún hombre la vio mayor ni con mayor alegría.

Ahora dejaré estar a éstos y hablaré del rey Carlos y del conde de Alenço y de sus gentes.

69. Burla y llanto del rey Carlos

Cuando el rey Carlos supo que veintidós galeras del rey de Aragón iban persiguiendo a su armada, se maravilló mucho, y, santiguándose, dijo:

—¡Ay, Dios! Cuán alocada es esta gente que así va a morir a sabiendas. Cierta es la frase que dijo el sabio: que todo el conocimiento de España está en la cerviz de los caballos; que las gentes no tienen ninguno y los caballos de España son más sesudos y mejores que cualquier otro caballo que en el mundo haya.

Y al día siguiente, cuando él vio entrar tantas velas por la Boca de Far, él y el conde de Alençon (que estaba en la Gatuna y lo vio primero y lo mandó decir al rey Carlos en Reggio) creyeron que la armada volvía con las veintidós galeras que habían apresado y que iban a presentarlas al rey Carlos.

Esto fue lo que creyeron el rey Carlos y el conde de Alençon, y toda su hueste; pero cuando vieron que entraban en Mesina, y por la noche vieron las luminarias que allí se hi-

cieron, quedaron maravillados, y al saber la verdad de los hechos, dijeron:

—¡Ay, Dios! ¿Qué es esto? ¿Esta es la gente que nos cayó encima? ¡Esto no son hombres, que mejor son diablos infernales! ¡Dios, con su gracia, nos permita escapar de sus manos!

Y dejémoslos estar, con su gran dolor y temor, y volvamos a las fiestas de Mesina.

70. Los almogávares en la Gatuna y muerte del conde de Alençon

¿Qué os diré? Que los hombres de mar que habían estado en las galeras ganaron tanto que para siempre podrían tenerse por ricos ellos y sus descendientes, si lo hubiesen sabido guardar.

Cuando los almogávares y sirvientes de mesnada vieron la gran ganancia que los hombres de mar habían logrado, tuvieron mucha envidia. Y los almogávares y jefes de los servidores de mesnada comparecieron delante del rey, y le dijeron:

—Señor, vos estáis viendo que los hombres de mar mucho han ganado en nombre, prez y dinero, mientras la gente piensa que nosotros, como vamos mal trajeados, no servimos para nada De modo que es menester nos deis ocasión para que podamos ganar.

Y el señor rey les dijo:

—Toda ocasión que podamos daros para ganar lo haremos con gusto.

—Entonces, señor —dijeron ellos—, ahora es el momento en que podéis hacernos a todos ricoshombres y os daremos la mayor honra y el mejor provecho que nunca vasallo hiciera a su señor.

Y el señor rey les dijo:

—Veamos de qué se trata.

—Señor —dijeron ellos—, es cierto que el conde de Alençon, hermano del rey de Francia y sobrino del rey Carlos, se halla en la Gatuna con grandes fuerzas de caballería: y, si os place, mandad de inmediato tocar la trompeta y que las galeras se preparen, y enseguida, señor, habrán de estar dispuestas, con gran alegría de los hombres de mar que están vacantes. Y, enseguida, en cuanto estén embarcados, nosotros subiremos a las galeras y cuando habremos descansado, al llegar la media noche, las galeras nos dejarán en la playa de la Gatuna, a poniente, de tal manera que las galeras puedan hacer dos viajes antes del alba. Y cuando nosotros estemos allí, por la mañana al amanecer, si Dios lo quiere, atacaremos la hueste y haremos tales cosas que Dios y vos, señor, y todos aquellos que bien os quieren, sentirán gran satisfacción y alegría, y nosotros seremos para siempre ricoshombres y bien acomodados. Pero, señor, os pedimos, por favor, que la cabalgada sea real, que quinta ni nada debamos dar; cosa, señor, que bien ha de pareceros, pues tenemos fe en Dios que mañana ha de ser el día en que ejecutemos la venganza del rey Manfredo y de sus hermanos, que, para siempre, habréis de sentiros vos y los vuestros complacidos. Que bien veis, señor, que si nosotros matamos al conde de Alençon y tantos hombres buenos de Francia y de otros países que con él se encuentran, buena parte de la venganza quedará cumplida.

El señor rey contestóles alegremente, y les dijo:

—Satisfecho estoy de todo cuanto habéis pensado, y deseo que se haga. Sed buenos y valientes y portaos de tal manera que nos os lo hayamos de agradecer siempre. Seguro que si sois precavidos cuando las galeras os hayan dejado en tierra

hasta que el otro embarque sea hecho, y luego, al amanecer atacáis contra ellos, cuanto habéis pensado se podrá hacer.

—Señor —dijeron ellos—, santiguadnos y bendecidnos y dejadnos partir; y haced tocar la trompeta, y decid al almirante todo lo que hay que hacer y que ponga dos leños armados de vigilancia para que ellos no puedan tener noticia de lo que va a ocurrir.

Y el rey les dijo:

—Sed ahora santiguados y bendecidos por la mano de Dios y la nuestra. Y marchad a la buena ventura, con la guardia de Dios y de su bendita Madre que os defienda de todo mal y os dé la victoria.

Y con esto le besaron los pies y se marcharon.

El señor rey mandó venir al almirante y ordenóle que reuniera las galeras y contóle todo lo acaecido, y el almirante, de inmediato, cumplió lo que el rey le había mandado. ¿Cómo lo haría para contároslo? Todo cuanto estaba ordenado ante el señor rey se cumplió: las galeras hicieron dos viajes cargadas de almogávares y sirvientes de mesnada a hora de maitines y todavía volvieron para un tercer viaje: que había tanta gente en San Reiner de Mesina para trasladarse a la Gatuna que subían como si fueran a tomar parte en un baile en el que tendrían que bailar, pero en el que poco tendrían para alegrarse. Y cuando no podían entrar en las galeras se metían tantos en las barcas que por poco se ahogan, pues más de tres barcazas se perdieron, que subían tantos que las hacían zozobrar.

Y cuando hubieron hecho dos viajes, las galeras y muchas barcas, y empezó a amanecer, ellos, con mucho tiento, se acercaron a la villa de la Gatuna y ordenaron jefes de compañía previamente determinados, que, con sus compañías, no tenían otra misión que ir al albergue mayor de la Gatuna, donde se aposentaba el conde de Alençon, y los otros que atacasen la vi-

lla y los otros que fueran hacia las tiendas y barracas que había alrededor, pues todos no podían albergarse en la villa. Y así cual fue ordenado, así se hizo.

¿Qué os diré? Que en cuanto fue de día cada uno fue directamente a su objetivo; y sonaron las trompas de los almogávares y de los jefes de los sirvientes de mesnada, y todos atacaron a la vez. Y no me preguntéis cómo y de qué manera, que jamás hubo gente que atacara más vigorosamente que ellos. Y los de la hueste del conde Alençon levantáronse sin saber lo que había ocurrido; y los almogávares y sirvientes cayeron sobre ellos que no hubo ni no que pudiera escapar.

Aquellos a quienes se había ordenado que fueran a la posada del conde de Alençon, fueron y atacaron fuertemente. Cierto que tuvieron que atacar con gran esfuerzo, pues encontraron trescientos caballeros de a pie, completamente armados, que daban guardia al conde. Pero ¿de qué les valió? En cuanto fueron destrozados encontraron al conde que se armaba; y hasta diez caballeros había a la puerta de la cámara, que a nadie permitían entrar. ¿Qué he de deciros? Los almogávares subieron encima de la cámara y empezaron a destecharla; y los caballeros gritaron:

—¡No hagáis tal cosa! ¡No la hagáis! ¡Que aquí está el conde de Alençon! Cogedlo con vida, que él os dará más de quince mil marcos de plata. Y aquéllos gritaron:

—¡Jamás pesarían lo bastante! Que es necesario que muera, en venganza de las muertes que por el rey Carlos han sido cometidas.

¿Qué os diré? Los diez caballeros murieron en la puerta de la cámara, como buenos y valientes, y el conde de Alençon fue despedazado.

Cuando era más fuerte la brega, llegaron las galeras con otro viaje y muchas barcas. Y vierais a la gente descender a tierra y

hacer gran mortandad de franceses, pues aquella hueste era, en su mayor parte, de franceses, puesto que estaban con el hermano del rey de Francia. ¿Qué os diré?

Que antes de la hora tercia todos estaban muertos o hechos prisioneros.

El grito de alarma llegó hasta Reggio, y el rey Carlos al saberlo, pensó que el rey de Aragón debía haber cruzado también e hizo armar a toda su gente, y se mantuvo en la ciudad de Reggio, preparado para defenderse él y la ciudad, pues no sabía la verdad cuál era, y estaban que ninguno se atrevía a salir de la ciudad; y entretanto, los almogávares y los sirvientes de mesnada embarcaron en las galeras y en las barcas, que vinieron tantas de Mesina que en un solo viaje les llevaron a todos, con tanto tesoro de oro y plata como en bajeles, y cintas y espadas y florines y moneda de oro y de plata, y trajes y caballos y mulos y palafrenes y arneses de caballero, y tiendas y telas de vestir, y lechos, que sería cosa infinita de contar. ¿Qué os diré? Que nunca hubo cabalgada alguna en la que se llegase a ganar tanto objeto y tanta cosa. ¿Qué más os diré hablando de este hecho? Que el que menos de los que fueron ganó sin medida y sin fin. Y bien se veía en Mesina, donde se gastaban más florines ahora que antes en *pitjols* [16]; por lo que en aquella ocasión subió tanto la riqueza de Mesina que nunca jamás fueron pobres.

Ahora dejaré de hablar de este hecho, del que el señor rey tuvo gran alegría. Y debo hacerlo por muchas razones: que los sicilianos estimaban a cada hombre de aquellas gentes más que seis caballeros de otras gentes.

Ahora dejaré de hablar del señor rey de Aragón y de sus gentes y volveré a hablar del rey Carlos.

71. Carlos de Anjou desafía al rey Pedro

Cuando el rey Carlos supo que el conde de Alenço estaba muerto, junto con los caudillos que con él estaban y caballeros y demás gente, tuvo una pena muy grande, tan grande que ningún hombre podría describirla, y mayormente cuando supo que lo había hecho la gente de a pie. Y pensó en lo que él, por sí mismo, podría hacer. Y mandó a toda su gente que estuviese preparada, que, por cierto, si el rey de Aragón cruzaba allí donde él estaba, él vengaría aquella muerte. Y así mostrábase muy esforzado ante sus gentes; pero sus ánimos eran muy distintos. De él podía decirse que era el príncipe más conocedor en armas que en el mundo exista, y tenía que serlo por muchas razones: la primera, porque era de la más alta sangre del mundo; por otra parte, porque había vivido siempre entre hechos de armas, puesto que él había estado con su hermano el rey Luis de Francia en el pasaje de Damieta y en el de Túnez y después en las batallas en que él había vencido y en muchas guerras en Toscana y en Lombardía y en otras partes. Y nadie que esto oiga se figure que el señor sólo haya de menester ser bueno en armas, sino que también ha menester que sea hombre de juicio, bondad y sabiduría, y sacar de las guerras su ventaja; que ya sabéis que el Evangelio dice que el hombre no vive de pan solamente. Por lo que ningún señor puede considerarse completo sólo porque se diga que es bueno en armas, sino que muchas otras cosas tiene que tener.

Pero del rey Carlos se podía decir que era bueno en armas, y no solamente en armas, sino que lo era por completo. Y lo dará a conocer a todo el mundo la decisión que tomó en este paso tan estrecho en que se vio; que cosa hará o tratará que le dé mayor valor y bondad y ser reputado como si él hubiese vencido otra batalla igual a aquella del rey Manfredo y del rey Conradino. Y si me preguntáis por qué, fácil me será responderos. Que cuando él dio aquellas batallas estaba en época de gran prosperidad, y ahora estaba en un gran aprieto por muchas ra-

zones: la primera, que había perdido el mar, y la otra, que había perdido al conde de Alençó, con la mayor parte de los barones y caballeros en los que él pudiese confiar; por otra parte, desconfiaba de todo el Principado y temía que Calabria, Pulla y los Abruzos se rebelasen por lo mal que ejercían su señorío los oficiales que él había puesto. Por esto, si se piensa bien en todo esto y en muchos otros peligros que le acechaban y que tenía en su contra al príncipe más valiente del mundo y señor de las mejores gentes y más mortíferas que pueda haber y las más leales a su señor (que antes se dejarían descuartizar que permitir que su señor sufriera el menor desacato), resulta evidente que en aquel momento era necesario que usara de todo su buen juicio, ánimo y bondad.

¿Qué os diré? Que aquella noche, mientras los otros dormían, él estaba en vela pensando; y pensó el más sabio pensamiento que nunca otro rey ni señor pensara para el restablecimiento propio y de su tierra.

72. Desafío del rey Carlos

Y discurrió lo siguiente:

—El rey de Aragón es el hombre de más esforzado ánimo que haya nacido desde los tiempos de Alejandro, y si le acusas por haber invadido tus tierras, se justificará. Finalmente, si sigues mandándole mensajeros que lo desafíen, habrá de defenderse dando la batalla, ya sea personalmente, o diez contra diez, o cien contra cien. Entonces lo pondrás en manos del rey de Inglaterra[17] y convendremos en que cada uno debe estar presente en fecha fija y próxima. Y cuando el combate esté acordado y la gente lo sepa, así como ahora están a punto de rebelarse, dejarán de hacerlo y dirán: «¿Por qué rebelarnos? El rey de

Aragón tiene que aceptar la batalla, y si es vencido, nosotros seremos todos destrozados con el poder que tiene el rey Carlos». De este modo cada uno estará a la expectativa y nadie dará un paso mientras la batalla no se haya realizado. Y aunque no se realice, habremos superado este momento, puesto que, ahora, no se moverá ninguno.

Y así, tomada esta resolución (que fue la más sabia que nunca señor tomara en tan grave y difícil caso), escogió sus mensajeros más honorables y los mandó al señor rey de Aragón, que estaba en Mesina. Y mandóles que ante toda la corte, reunida en pleno, tanto de sus gentes como de sicilianos y demás, que le hablasen y le dijeran que no le querían hablar como no fuere en presencia de todos, y que, cuando estuviese la corte reunida, le desafiaran. De esta forma, dichos mensajeros vinieron a Mesina y cumplieron lo que su señor les había mandado, y cuando que la corte estaba en su pleno, dijeron:

—Rey de Aragón, el rey Carlos nos manda a vos y os manda decir, por nosotros, que habéis faltado a la fe, puesto que habéis entrado en su tierra sin desafiarle.

Y el señor rey de Aragón, impulsado por la ira, respondió y dijo:

—Decid a vuestro señor que hoy mismo mandaremos mensajeros que estarán con él que por nos le responderán y habrán seguro que de él proceden las palabras que nos habéis dicho. Y si así es, ellos le contestarán cara a cara, personalmente, tal como habéis hecho vosotros en nuestra presencia este reto. De modo que ya podéis marcharos.

Y los mensajeros, sin ni siquiera despedirse del señor rey, volvieron al rey Carlos y le comunicaron la respuesta que el rey de Aragón les había dado.

No pasaron seis horas del día sin que el señor, eso es, el rey de Aragón, mandara dos mensajeros en un leño armado, que

fueron a presencia del rey Carlos. Y de este modo, sin saludarle, le dijeron:

—Rey Carlos, nuestro señor el rey de Aragón os manda decir si es verdad que vos mandasteis hoy dos mensajeros para que le dijeran las palabras que le han dicho.

Y contestó el rey Carlos:

—Quiero que estéis seguros, el rey de Aragón y vosotros y todo el mundo, que nos les mandamos que las dijeran de manera que volvemos a repetirlas ante vosotros y por nuestra propia boca.

Entonces se levantaron los caballeros y habló uno de ellos y dijo:

—Rey, nos os respondemos de parte de nuestro señor rey de Aragón que vos mentís por la gola, y que nada que él haya hecho puede empañar su fe. Dice además que vuestra fe está en entredicho desde que vinisteis contra el rey Manfredo y además matasteis al rey Conradino. Y si queréis negarlo, él os lo hará confesar cuerpo a cuerpo, ya que él nada dice contra vuestra caballería, y sabe muy bien que sois buen caballero y que os dará ventaja en las armas por los años que tenéis más que él. Y que si esto no queréis aceptar, combatirá con vos diez por diez, o cincuenta por cincuenta, o cien por cien. Y esto estamos nosotros dispuestos y preparados para firmarlo.

Oído esto, el rey Carlos estuvo muy satisfecho en su ánimo y comprendió que había conseguido su propósito.

Y dijo:

—Barones, estos dos mensajeros que ya estuvieron hoy irán con vosotros y verán si el rey mantiene lo que vosotros habéis dicho. Y si lo hace, que piense en soltar prenda ante todos a nuestros mensajeros, y que jure sobre los santos Evangelios, como rey, que él no ha de volverse atrás de lo que ha dicho. Y si esto hace, vosotros, con nuestros mensajeros, volved a nos e

igualmente os daremos nuestra prenda y haremos el mismo juramento.

Y luego tomaré mi decisión en un día y decidiré tomar una de las decisiones que él me propone; y fuere cual fuere la que tome, estaré preparado para mantenerla en pie. Después acordaremos él y yo en poder de quién haremos la batalla, y al día siguiente, cuando lo hayamos acordado y en poder de quién la haremos, tomaremos el más breve tiempo que podamos para estar dispuestos para la batalla.

—Todo esto nos place —dijeron los mensajeros.

En seguida pasaron a Mesina y comparecieron ante el señor rey. Y los mensajeros del rey Carlos dijeron lo que su señor les había mandado, y cuando hubieron terminado sus razones, el señor rey contestó y dijo:

—Decid al rey Carlos que todo cuanto han dicho nuestros mensajeros lo decimos nosotros, y para que mejor lo crea él y vosotros, yo lo repetiré.

Y así lo hizo, sin más ni menos, tal como sus mensajeros lo habían dicho. Y entonces respondieron los mensajeros del rey Carlos:

—Entonces, rey, puesto que así lo decís, dadnos vuestra prenda en presencia de todos.

Entonces el rey tomó un par de guantes que tenía un caballero y los arrojó en presencia de todos.

Los mensajeros del rey Carlos recogieron la prenda y acto seguido dijeron:

—Ahora jurad sobre los santos Evangelios de Dios, como rey, que de todo esto no os volveréis atrás, y si lo hiciereis, que seáis tenido por falso, como vencido y perjuro.

El señor rey hizo traer los Evangelios y lo juró tal y como era requerido, y todavía dijo el señor rey:

—Si algo más entendéis que se pueda hacer para mayor firmeza, estoy dispuesto a hacerlo.

Dijeron los mensajeros:

—Bien nos parece, y esperemos que se cumpla.

Seguidamente, con los mensajeros del señor rey, se volvieron a Reggio con el rey Carlos y contáronle todo lo que se había hecho y todo lo que el rey de Aragón había dicho.

El rey Carlos hizo todo cuanto el rey de Aragón había dicho y hecho, tanto en lo que respecta a la prenda como al juramento, y los mensajeros del rey de Aragón lleváronse la prenda. Y cuando esto quedó acordado en forma que no se podía volver atrás, el rey Carlos se dio por satisfecho; y tenía razón de estarlo, pues de inmediato cambió el ánimo de aquellos que se querían rebelar, de modo que vio logrado su propósito. Por esto se dice, y así es la verdad, que no se había dado el caso de que el señor rey de Aragón fuese de hecho engañado en ninguna guerra, fuera de ésta. Y esto le ocurrió por dos razones: la primera, porque tenía que habérselas con un rey de mucha edad y muy sabedor de todas las cosas, por lo que quiero que estéis convencidos que la larga práctica sirve mucho en todos los asuntos de este mundo, y el rey Carlos había largamente practicado en guerras y era viejo y maduro en todos sus actos. Y el rey de Aragón también era muy apto y capaz en toda ocasión y muy sabio; pero también es verdad que era joven y le hervía la sangre, que no la tenía tan acerada como el rey Carlos y no pensó en la presente ocasión. Creed, pues, que todo príncipe sensato o toda persona de cualquier condición que sea, debe asentar sus acuerdos en el tiempo pasado, en el presente y en el porvenir, y si lo hace, siempre que Dios lo quiera y esté de su parte, no tendrá que arrepentirse de su decisión. Y el señor rey de Aragón, en esta ocasión, no atendió más que a dos tiempos: el pasado y el porvenir, y no tomó en cuenta el presente, que si lo

hubiese tenido en su ánimo, bien se guardara de aceptar y dar esta batalla. Que bien podía ver que el tiempo presente era tal que el rey Carlos iba a perder todas sus tierras, pues se había llegado a un punto en que esto seguramente iba a ocurrir; que el rey de Aragón se hubiera hecho con el poder sin esfuerzo y sin que nada le costara, pues todo el país estaba a punto de rebelarse.

Por lo que, señores que leeréis este libro, meteos en la cabeza que en vuestros consejos siempre debe haber ricoshombres, caballeros y ciudadanos y toda clase de gentes, entre otros a los viejos, que hayan visto y oído y largamente practicado en lo que tengan por costumbre, y así, seguramente, sabrán escoger de dos bienes el mejor, y de dos males el menor. Y no diré más sobre este asunto, que todos los señores de este mundo son de tan alto linaje que, si no fuera por los malos consejos, jamás harían nada que desagradara a Dios, y aun si consienten que se hagan, no es creyendo que está mal, sino porque se les dice y se les da a entender sobre algunas cosas que son buenas y son todo lo contrario. Por lo que ellos, en cuanto a Dios, quedan excusados; pero los miserables que así les engañan y les hacen creer una cosa por otra, son los verdaderos culpables y recibirán su castigo en el otro mundo.

73. Cómo se decidió la batalla y de la tregua que pidió el rey Carlos

Cuando todo esto estuvo convenido en forma que ninguno de los reyes se podía desdecir de la batalla, el rey Carlos mandó decir al rey Aragón que había pensado que, teniendo en cuenta que cada uno de ellos era del más alto linaje, no era adecuado que se combatieran solos, ni diez por diez, ni cincuenta por

cincuenta, sino que se combatieran en mayor número, eso es, que fuesen cien por cien, y así podría decirse, cuando ambos hubiesen entrado con cien compañeros cada uno, que en aquel campo estaban los doscientos mejores caballeros del mundo. Y así quedó firmado por cada parte.

Luego el rey Carlos mandóle decir que había pensado que el rey Eduardo de Inglaterra era para cada uno ellos el rey más neutral que en el mundo hubiere, así como el más recto y buen cristiano; que la ciudad de Burdeos estaba cercana a las tierras de cada uno de ellos y que estaba en su poder, de modo que podrían combatirse en la ciudad de Burdeos a un día fijo, y que bajo pena de traición, cada uno fuera a la ciudad de Burdeos, y que aquel día exactamente, entrasen en el campo. Esto a él le parecía más conveniente que ningún otro príncipe ni lugar en que se pudiese pensar; pero que si el rey de Aragón veía algo mejor y más seguro para las dos partes y que en más breve tiempo se pudiera hacer, que lo dijera; y que si esto le parecía bien, que se dispusiera a firmarlo en virtud del juramento que había hecho en poder de sus mensajeros; y que si le agradaba, él haría otro tanto en poder de los suyos.

Con esto, los mensajeros llegaron hasta el señor rey de Aragón y dijéronle todo lo que el rey Carlos les había mandado que dijesen; y cuando el señor rey de Aragón hubo oído todo lo que antes habéis entendido, túvolo por bueno, y le pareció que el rey Carlos había elegido bien tanto en cuanto al número de combatientes como a la ciudad de Burdeos. Y no quiso modificar nada, sino que confirmó todo esto, como antes se ha dicho, salvo, no obstante, una reserva que añadió al juramento (y exigió que el rey Carlos lo hiciera igualmente), bajo la pena entre ellos convenida, de que ninguno llevase consigo más caballeros ni más fuerzas que los cien que en el campo debían entrar.

Al rey Carlos le pareció bien, y así lo juró y lo firmó cada uno de ellos. De este modo quedaron estipuladas las batallas de ambos reyes, con la cantidad, el número y en poder de quién, y el lugar donde debían hacerse, y el tiempo en que hacerse debían.

Ahora dejaré estar esto y hablaré de la fama que en todo el país adquirieron estas batallas, y luego por todo el mundo. Todo el mundo esperaba el fin que tendría la justa, y todo el mundo lo pensaba por sí, y nadie quería significarse contra ninguno de los dos reyes. De modo que cuando el rey Carlos mandó decir al rey de Aragón que si él lo aceptaba a él le gustaría que hubiese treguas entre ellos hasta que las batallas se hicieran, el señor rey de Aragón le mandó decir que, mientras viviera, no quería estar en paz ni tregua con él, sino que le hacía saber que le haría y le procuraría todo el daño que pudiese, y que estaba seguro que lo mismo le haría él a él. Le hacía saber que pronto pensaba verle en Calabria, de manera que, si quería, no le haría falta ir a Burdeos para combatirle.

Cuando el rey Carlos tuvo noticia de esta respuesta, pensó que no le convenía detenerse en Reggio, por tres razones: la primera, porque, puesto que había perdido el mar, no tendría víveres; la otra, porque sabía que el rey de Aragón, según había oído, quería pasar a Reggio; la otra, porque convenía a sus negocios que se preparara para estar el día convenido en Burdeos. Por eso salió de Reggio y, por tierra, se fue a Nápoles, y dejó a su hijo el príncipe en su lugar. Y de Nápoles se fue a Roma, a ver al papa.

Y ahora le dejaré a él, que está con el papa, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

74. Liberación de los prisioneros italianos

Cuando el señor rey de Aragón hubo confirmado las batallas, hizo venir al almirante, y le mandó que a todos cuantos prisioneros cristianos había les diese, entre cincuenta, una barca de aquellas grandes de cruz que las galeras habían traído de Nicótera. Igualmente mandó al mayordomo que a cada preso le hiciera dar una gonela, y camisa, y bragas, y un gorro catalán, y cinturón y cuchillo catalán, y un florín de oro para sus gastos, y que cuando estuviesen fuera de la cárcel se volviera cada uno a su tierra.

Inmediatamente que esto fue mandado, el almirante en persona cabalgó y escogió las mejores barcas y, a mayor gloria de Dios, metió en cada una pan, agua y queso, y cebollas, y ajos para quince días y cincuenta personas. Cuando todo esto quedó ordenado, la gente salió fuera del puerto por la Puerta de San Juan, y seguramente alcanzaban a ser unas doce mil personas. Y el señor rey montó a caballo y se dirigió hacia ellos e hízoles vestir a todos como antes se ha dicho, y les dijo:

—Barones, la verdad es que vosotros no tenéis ninguna culpa en el daño que el rey Carlos ha causado, ni sois culpables de haber venido con él, de modo que, en nombre de Dios, os absolvemos, y pensad, cada uno, en volver a vuestras casas. Sólo os ruego y os aconsejo que, si no os vieseis forzados, otra vez no volváis contra nos.

Y todos empezaron a gritar:

—¡*Santo* señor! ¡Dios os dé vida y a nosotros la gracia de que os veamos emperador!

Y se pusieron todos rodilla en tierra y cantaron la «Salve Regina». Cuando lo hubieron hecho, el almirante les hizo embarcar a todos, tal como el señor rey había ordenado; y de este modo se fueron cada cual a su lugar.

Y Dios les facilitó gran alegría cuando llegaron, igual que a los amigos cuando les vieron. La fama de este suceso recorrió

todo el mundo, de modo que, en todas partes, amigos y enemigos, rogaron a Dios por el señor rey de Aragón.

75. Conquistas en Calabria

Mandó hacer un pregón ordenando que todo el mundo se preparase para embarcar con pan para un mes; que se dijera a todos que el próximo lunes quería pasar a Calabria para combatir con el rey Carlos (y el pregón se hizo el jueves), y que si Dios hacía que él saliese a la batalla, no haría falta que fuese a Burdeos, lo que mucho le agradaría. Cuando las gentes oyeron el pregón, todos, con gran alegría, se prepararon para pasar el estrecho.

Cuando el rey Carlos se enteró de la novedad, comprendió que no se trataba de una broma, y por esto (y porque había perdido el dominio del mar, como antes os he dicho, y por tanto no podía abastecerse suficientemente de víveres) decidió marcharse, como ya dije, y no quiso esperar al rey de Aragón, que de todas todas se había hecho a la idea de encontrarle. ¿Qué os diré? El lunes por la mañana el rey de Aragón pasó a Calabria y desembarcó en Gatuna, donde esperaba encontrar al rey Carlos, y cuando le dijeron que se había ido estuvo muy descontento y dijo:

—Puesto que ya estamos aquí, que no sea en vano.

No habían pasado dos días que ya les había combatido muy fuertemente, tanto que se rindieron a su merced y le entregaron todos los franceses que allí estaban. Y el señor rey los expidió como había hecho con los otros.

Cuando hubo tomado la ciudad de Reggio, tomó Alana y la Mota, y el castillo de Santo Noixent, y el castillo de Santa

Ágata, y el castillo de Pie de Dátil, y el Amandolea y Giraix. ¿Qué os diré?

Que tanto como cabalgaban tanto rendían. Los hombres de a caballo alforrados y los almogávares hacían correrías que penetraban tres y cuatro jornadas y tenían encuentros con la caballería que el rey Carlos había dejado por aquellas villas. Pero ¿qué voy a contaros? Que si los del señor rey de Aragón eran cien hombres a caballo y quinientos de a pie y se encontraban con quinientos hombres a caballo y tres o cuatro mil hombres de a pie, a todos les mataban o hacían prisioneros; que de tal modo les habían puesto en derrota, que en cuanto oían gritar «¡Aragón!» se daban por muertos y declaraban vencidos. Y si quisiera contar todos los hechos de armas que los hombres del rey de Aragón hacían todos los días en Calabria, no habría quien alcanzara a escribirlos, y si alguna vez habéis visto a un señor satisfecho, así estaba el rey de Aragón. Quince días estuvo en Calabria, y en aquellos quince días conquistó toda la costa de Túrpia hasta Giraix, y regocijábase tanto que cuando pensaba en entrar en batalla casi perdía el juicio.

Pasados los quince días que estuvo en Calabria, recorrió todo el país con el estandarte en alto, y dejó allí su vicario general, y estableció a sus gentes en los lugares y castillos que había tomado, y dejó, además, a todos los hombres de armas, tanto almogávares como sirvientes de mesnada, y además dejó quinientos hombres a caballo, y volvióse a Mesina con el resto de su caballería.

Cuando estuvo en Mesina, organizó toda Sicilia, poniendo un estratego[18] en Mesina y capitanes y justicieros y maestros justicieros en los otros lugares. Y fue capitán del valle de Matzara micer Aleneip. Y a cada uno de los latinos ricoshombres y caballeros de Sicilia les dio y repartió oficios junto con los catalanes y aragoneses, de modo que en cada oficio ponía un catalán y un aragonés y un latino, y lo hacía para que se acostum-

braran los unos a los otros y para que creciera entre ellos el afecto y la amistad.

Cuando hubo ordenado de esta manera toda la isla y Calabria, decidió poner orden en las cosas marítimas. De modo que llamó a Don Jaime Pedro, su hijo, y le dijo:

—Don Jaime Pedro, como vos sabéis, nos, debemos combatir en día fijo con el rey Carlos y el tiempo de que disponemos es corto. Confiamos mucho en vos y en vuestra caballería, y queremos que vos vayáis con nos y que seáis de los que deben entrar en el campo con nos; por esto queremos que renunciéis al almirantazgo, pues no nos parece que ni a vos ni a nos honrara que siguieseis siendo almirante. Nuestro almirante tendrá aquí trabajo con diversas gentes, de modo que no ha lugar, por ser vos quien sois, hijo nuestro que mucho amamos, que debáis seguir aquí con ellos.

El noble Don Jaime Pedro respondió:

—Padre y señor, os doy gracias puesto que me hacéis tanto honor que queréis que yo sea uno de aquellos que con vos entrará en el campo, y os ruego además, señor, que si queréis darme un condado, sea mejor en vuestra tierra. Por lo que, señor, el almirantazgo, y mi persona, y cuanto tengo, tomadlo a vuestro gusto, que nunca jamás estuve tan satisfecho como de esta gracia que me acordáis.

Y entonces cogió la vara del almirantazgo y la puso en manos del señor rey.

76. Roger de Lauria, almirante

Entonces el señor rey llamó al noble Don Roger de Lauria, al que había educado, e hízole arrodillar ante sí y le dijo:

—Don Roger: Doña Bella, vuestra madre, ha servido bien a la reina nuestra esposa, y vos os habéis formado con nos, y también nos habéis bien servido, de modo que, con la gracia de Dios, os damos la vara del almirantazgo, de modo que, de ahora en adelante, seréis nuestro almirante y de Cataluña, del reino de Valencia y de Sicilia, y de todas las tierras que tenemos y que Dios nos dará a conquistar.

El noble Don Roger se echó al suelo y besó los pies del señor rey y luego las manos, y tomó la vara del almirantazgo con tal buena fortuna que Dios quiera que todos los oficiales a quienes el señor rey encomiende sus cargos los administren tan bien como dicho noble lo hizo, pues bien puede decirse que jamás vasallo alguno honró mejor su oficio de como él lo hizo, y esto empezó en el momento en que tomó la vara del almirantazgo.

Se dieron alegres juegos y fiestas en Mesina, y fue una fiesta tan grande, que maravillaría si se contara. Cuando todo esto hubo pasado, el señor rey mandó reunir consejo general en la iglesia de Santa María la Nueva; y predicó con gran acierto y tan ordenadamente, y aconsejó y sermoneó a todas las gentes tanto catalanas como aragonesas y latinas, y les rogó que todos se amasen y honrasen unos a otros, y que ninguna disputa hubiese entre ellos, y que se quisieran como hermanos. Y cuando todo esto y muchas otras cosas les hubo dicho, añadió:

—Todos sabéis que nos tenemos poco tiempo para ir a la batalla que hemos emprendido, a la batalla del rey Carlos, a la cual por ningún negocio del mundo dejaríamos, aquel día, de estar en el campo. Por lo que os decimos que tengáis buen ánimo y bien esforzado, pues os dejamos tan buena gente que ella sola basta para batirse con el rey Carlos, de modo que, con la ayuda de Dios, podéis estar seguros. Os prometemos que en cuanto lleguemos a Cataluña os mandaremos a la reina y a dos hijos nuestros, de modo que entended bien que tenemos este

reino y a vosotros como tenemos Cataluña y Aragón. Tanto como el mundo dure podéis estar seguros que nos y los nuestros no os dejaremos, pues nos hacemos cargo de que sois como vasallos naturales. Os prometemos, además, que si salimos con vida de la batalla, volveremos de inmediato, siempre que no surjan otros negocios que no podemos prever, y aun cuando otros negocios nos llamaran, siempre tendríamos fijo el rostro hacia vosotros.

Con esto santiguó y bendijo a toda la gente y se despidió de todos.

Y hubieseis visto qué manera de llorar y dolerse. Gritaban:

—¡*Santo* señor, Dios te dé vida y victoria y a nosotros Dios nos conceda la gracia de que siempre tengamos buenas noticias de vos.

Y así, cuando el señor rey bajó de la tribuna desde donde había perorado, hubieseis visto qué prisas para besarle los pies y las manos, pues fue forzoso que todos le besaran pies y manos. Y así, a pie, le acompañaron hasta el real, que ni cabalgar pudo ni quiso hacerlo, por que las mujeres y las doncellas salían por las calles a besar el suelo delante de él cuando no alcanzaban a besarle los pies y las manos. ¿Qué os diré? De mañana era cuando empezó su discurso y noche oscura fue antes de que llegase a palacio, que ni él ni ningún hombre que allí estuviera se le ocurrió comer ni beber, pues no podían saciarse de su vista.

Cuando estuvo en palacio, las trompas y las nácaras sonaron, y todo el mundo que quiso comer, comió, pues en todo el tiempo que el señor rey estuvo en Sicilia a ninguna persona se cerró la puerta ni la mesa, si es que quería comer. Y el señor rey y todos se sentaron a comer, y todos fueron ordenadamente servidos.

Al llegar el día siguiente, el señor rey llamó al almirante y le dijo:

—Almirante, armad en seguida veinticinco galeras y armadlas de este modo: que en cada una haya un cómitre catalán y otro latino, y tres pilotos catalanes y tres latinos, e igualmente se haga con los proeles; y que los remeros sean todos latinos, y los ballesteros todos catalanes. Y así, de ahora en adelante, todas cuantas armadas tendréis sean así ordenadas, y no lo cambiéis por ningún motivo.

Colocad, pues, el estandarte en la tabla y pensad en pagar estas veinticinco galeras y dos leños para cuatro meses, que nos queremos subir en dichas galeras y viajar a Cataluña.

Esto dijo delante de todos, y el almirante hizo lo que se le había mandado.

Por la noche hizo venir al almirante y le dijo:

—Almirante, mantened secreto lo que nos os diremos; tan encarecidamente os lo mandamos como caro os es nuestro afecto. Vos, entre estas galeras, armaréis cuatro totalmente de buena gente catalana, que no haya ningún latino ni ningún hombre de otra lengua. Y simularéis que las mandáis a Túnez, pero que vayan a Trápani, pues nos estaremos en Trápani dentro de veinticuatro días.

Y detallóle las jornadas que tenía que hacer.

—De este modo, allí las encontraremos, y en aquellas cuatro embarcaremos, y con la ayuda de Dios y de mi señora Santa María, nos iremos. Y que esto quede en secreto y que ningún hombre lo sepa. Y vos os quedaréis con las otras galeras para guardar la isla y a nuestra gente que está en Calabria.

Y dicho almirante dijo:

—¡Ay, señor! ¡Por la gracia de Dios! ¿Qué será lo que vos, con tan pocas galeras, pensáis hacer?

Dijo el rey:

—No hablemos más, que así se hará.

—Pero, señor, por el amor de Dios, que vaya yo con estas cuatro galeras.

Dijo el rey:

—No lo haréis. Y no repliquéis en lo que nos queremos.

—Señor —dijo el almirante—, que se haga como vos mandáis.

¿Qué he de deciros? Que así se hizo, como el señor lo había mandado.

Cuando todo esto estuvo ordenado, el señor rey se despidió de Mesina y fue visitando todas las tierras de Sicilia. Y llegó a Palermo, donde se celebró la mayor fiesta que nunca se diere a ningún señor, y tal como había hecho en Mesina, reunió el consejo general y les predicó con los mismos razonamientos e igualmente veríais los mismos llantos y lamentos, y le siguieron desde la iglesia mayor, donde se celebró el parlamento, hasta palacio, e igualmente las mujeres y doncellas salían por las plazas besando el suelo delante de él y gritando bendiciones y alabanzas.

Cuando todo esto hubo acabado, el señor rey salió de Palermo y se fue a Trápani. Y si me preguntáis qué gente le seguía, sería muy largo de contar, pues desde que salió de Mesina, de cada lugar iba tanta gente con él que eran una infinidad. Y en cada lugar le convidaban y les obsequiaban a él y a todos los que con él iban, fuere cual fuere su condición. ¿Qué os diré? Cuando estuvo en Trápani hizo igualmente otro parlamento y hubo más gente que en ningún otro parlamento, y les dijo lo mismo que había dicho a los otros en los otros lugares.

Este mismo día, mientras el señor rey estaba en la tribuna pronunciando su discurso, las cuatro galeras y un leño armado que el almirante había añadido, llegaron a Trápani, y de dichas galeras fueron capitanes Don Ramón Marquet y Don Beren-

guer Maiol, en quienes el señor rey mucho confiaba. Y enseguida, en cuanto las galeras hubieron llegado, los prohombres de Trápani les dieron un gran refresco. Y aquel día, con grandes llantos que hubo en Trápani, el señor rey embarcó a la buena ventura, y mandó subir únicamente a aquellos que él había ordenado y nadie más. Y así el señor rey, con la gracia de Dios, embarcó y se hizo a la mar. Dios, por su bondad y gracia, le conduzca a buen puerto.

Ahora dejaré de hablar del señor rey, que bien sabré volver a ello: que él se va a la buena ventura y la isla de Sicilia queda bien ordenada, por mar y por tierra, y todo cuanto tenía en Calabria, bien ordenado y establecido. Y ahora hablaré del rey Carlos.

77. El rey Carlos pide ayuda al papa

Cuando el rey Carlos estuvo con el papa, rogóle que reuniera su consistorio, pues deseaba hablar con él y con todos los cardenales. Tal como lo requirió fue cumplido. Hacía esto el rey Carlos puesto que de él había recibido el encargo de la conquista de Sicilia, e igualmente en presencia de todos, y todos le prometieron asistencia y ayuda. Cuando el papa y su colegio estuvieron reunidos, el rey Carlos dijo así:

—Padre santo, vos y todo vuestro consistorio sabéis que yo emprendí la conquista de las tierras del rey Manfredo para honra de la santa Iglesia, tal y como entonces lo requerí; y vos, en aquella ocasión, y todo vuestro colegio, prometisteis ayudarme contra toda persona que quisiera impedirlo y que, además, me abasteceríais de moneda y de cuanto hubiese menester. Vos, padre santo, y todos estos señores que aquí están, sabéis que yo he cumplido cuanto os prometí, y no he evitado el peli-

gro a mi persona ni a mis parientes y amigos ni a los vasallos que tengo. Es verdad que el rey de Aragón, y por gran culpa vuestra, ha venido contra nos en Sicilia y gran parte de Calabria, y todos los días nos irá quitando más si Dios y vuestro consejo no nos ayudan. Es indudable que vos y estos señores debéis prestarme ayuda por cuatro razones: la primera, porque así lo convinisteis conmigo; la segunda, porque el rey de Aragón ha hecho lo que ha hecho por gran culpa vuestra, pues por la cruel respuesta que disteis al noble Don Guillermo de Castellnou tuvo que actuar buscando medios para resolver sus negocios, ya que le faltó la ayuda que vos le negasteis, cosa que no hubiese hecho si vos le hubieseis ayudado en aquello que os pedía, como era de justa razón y tan buena que no sólo vos, sino todos los reyes de la cristiandad debieron de haberle ayudado, puesto que jamás hubo rey en el mundo que tal cosa intentara y lo mantuvo tanto como no lo hubieran podido mantener los cinco mejores reyes de la cristiandad. Y así, con gran culpa vuestra, se movió y vino a Sicilia, donde los sicilianos, con gran humildad, le requirieron por señor, y vos sabéis que él llevaba razón por la reina su esposa y sus hijos, a los que no podía defraudar. Pero si vos le hubieseis otorgado la ayuda que él solicitaba de vos, estamos seguros que él no hubiese abandonado lo que tan bien había comenzado. De manera, santo padre, que vos fuisteis la ocasión de nuestro mal, el cual es tan excesivo para nos que, aun cuando sólo hubiésemos perdido al conde de Alençon, nuestro sobrino, ya fuera pérdida tan grande que con nada se podría enmendar; pero además de su muerte hemos perdido muy buenos parientes y vasallos nuestros y de nuestro sobrino el rey de Francia, que nunca podrán ser vengados. Y la tercera razón es que podéis estar seguro que si de inmediato no procedéis excomulgándole a él y a cuantos están en su ayuda, hará tanto que llegará hasta Roma, si al mismo tiempo no absolvéis de pena y de culpa a todos cuantos contra él es-

tén y nos ayuden y condeneisle a él y a todos aquellos que estén bajo su valimiento haciéndoles perder cuanto tienen. Cuando esta sentencia hayáis dado, seguro que el rey de Castilla y el rey de Mallorca y el rey de Inglaterra y los otros señores del mundo que tienen el propósito de mantener al rey de Aragón se abstendrán de hacerlo y en nada se significarán, antes, al contrario, habrá algunos que querrán ganar las indulgencias; pero si no la quieren ganar ni quieren valernos, por lo menos no han de intentar nada.

La cuarta razón es que del tesoro de San Pedro ayudéis en esta guerra a nosotros, y aun que al rey de Francia, que es gonfalonero de la santa Iglesia, le obliguéis, con la cruzada que daréis contra el rey de Aragón, a marchar contra sus tierras. Y así, si estas cuatro cosas hacéis, nosotros abatiremos al rey de Aragón, le quitaremos todas sus tierras, de modo que no podrá prestar ayuda a Sicilia.

78. Contestación del papa

El papa contestó en seguida:

—Ahijado de la santa Iglesia: todo cuanto habéis dicho hemos bien comprendido, y contestamos a las cuatro cuestiones que nos habéis planteado, porque estamos obligados a ayudaros. A la primera os respondemos que es verdad que hicimos un convenio con vos, y, por tanto, debemos prestaros toda la ayuda que podamos contra toda persona que venga contra vos, y así lo haremos de muy buena gana. La otra que nos decís, que fue por culpa nuestra que el rey de Aragón fue contra Sicilia, os la concedemos, pues reconocemos que en aquella ocasión obramos más por impulso que por razón, por lo que reconocemos la culpa y nos sentimos obligados a ayudaros en todas

las cosas. La tercera, sobre la cruzada y la excomunión, os prometemos que antes de que partáis de nuestro lado se hará y proveerá. A la cuarta, sobre el tesoro que nos pedís y que requiramos al rey de Francia, como gonfalonero de la Iglesia, lo haremos con gusto y estamos dispuestos a abasteceros a vos y al rey de Francia de moneda. De modo que cobrad buen ánimo y confortaos, que en todo cuanto pedís dará la santa Iglesia cumplimiento.

Después de esto hablaron los cardenales y se mostraron conformes en todo lo que había dicho el santo padre. De manera que el rey Carlos quedó muy pagado y satisfecho y les dio muchas gracias por la buena respuesta y rogóles que enseguida fuesen despachadas todas las cosas, pues tenía que ir a ver a su sobrino el rey de Francia para pedirle socorro y ayuda y para que fuese con él a Burdeos.

Y así el papa se apresuró de tal manera que dentro de pocos días dio la sentencia y la cruzada contra el rey de Aragón y su tierra y todos aquellos que le ayudasen y socorrieran, y absolvió de pena y culpa a todos aquellos que contra él vinieran.

Y esta sentencia la dio el papa Martín, que era francés[19].

Y dícese que nunca salió de la corte de Roma ninguna sentencia que no fuese justa; y así debemos creerlo todos, pues dicen los clérigos que son los administradores de la santa Iglesia, que «sententia pastoris, iusta vel iniusta tenenda est»; y así deben creerlo todos los fieles cristianos, y así lo creo yo. Por esto esta ayuda fue muy grande y la mayor que la santa Iglesia puede hacer a ningún señor y la que más temida debe ser por todo fiel cristiano.

79. Actitud del rey de Francia

El rey Carlos se despidió del padre santo y de los cardenales y vínose a Francia. Cuando el rey de Francia y él se vieron, fue grande el sentimiento que se manifestaron por la muerte del conde de Alençon. Este luto duró, para ellos y toda la gente, dos días, y al tercero el rey Carlos tuvo una conversación con el rey de Francia, su sobrino, y con todos los doce pares de Francia, y cuando estuvieron en consejo, el rey Carlos se levantó y se lamentó del gran deshonor y el gran daño que el rey de Aragón le había causado, y requirió al rey de Francia y a los doce pares para que le prestasen ayuda y socorro. La ayuda que les pedía era ésta: les rogó que no le desamparasen en tan gran necesidad como era aquélla, puesto que ellos sabían que era hijo del rey de Francia y que era una misma carne y sangre con ellos y que jamás la casa de Francia había desamparado a nadie que de ella procediera. De modo que el señor rey, su sobrino, y todos le estaban obligados para la ayuda que solicitaba, que era ésta: que en las necesidades tan grandes de la batalla que tenía comprometida, pues se acercaba el día en que tenía que estar en Burdeos, le apoyaran. Y así, por estas dos razones, les suplicaba que pudiese contar con ellos.

Dicho esto se calló y levantóse el rey de Francia, y dijo:

—Tío, hemos comprendido muy bien cuanto os ha ocurrido y hemos comprendido de qué nos requerís; os contestaremos que, por muchas razones, estamos obligados a ayudaros, pues en vuestro deshonor tenemos mayor parte que ninguna otra persona que exista en el mundo y asimismo en el daño que habéis sufrido, especialmente en nuestro hermano el conde de Alençon, que con muerte tan vil hemos perdido. Pero aun cuando tuviésemos diez veces más razones de las que tenemos, no sabemos qué hacer, puesto que estamos obligados, por juramento con el rey de Aragón, cuñado nuestro, de valerle y ayudarle contra todas las personas del mundo, y él asimismo a no-

sotros, y, además, que por ningún motivo podemos estar en contra suya. Así que, en tal trance, no sabemos qué decir.

Entonces levantóse un cardenal, que era legado del papa con pleno poder, y dijo:

—Señor rey: No tengáis preocupación por esto, que yo estoy aquí con plenos poderes del papa.

Vos creéis que el santo padre tiene tal poder que aquello que ata en la tierra atado está en el cielo, y lo que sea absuelto en la tierra absuelto queda en el cielo. Por lo que yo, en nombre de Dios y del padre santo apostólico, os absuelvo de todo juramento y de toda promesa que vos hubieseis hecho por cualquier motivo a vuestro cuñado el rey de Aragón. Y de esto he de libraros, cuando salgamos de aquí, formal escritura con sello pendiente; de modo que de ahora en adelante teneos por absuelto de cuanto vos a él estuvieseis obligado. Y aun os requiero, en nombre del padre santo, que vos estéis preparado para marchar contra él, y os doy a vos, y a aquellos que os sigan y os ayuden, absolución de pena y culpa, y doy a todos aquellos que contra vos estén la excomunión. Y esto mañana lo predicaré en general en la ciudad de París y luego todos los días se predicará por todas las tierras de cristianos del mundo. Y todavía más os digo, señor rey, que el tesoro de San Pedro os ayudará y os bastará en todo cuanto os sea menester. De modo que pensad en prestar vuestra ayuda a vuestro tío el rey Carlos, que aquí está, que sin ninguna reserva podéis hacerlo de aquí en adelante[20].

80. Contestación del rey de Francia

Entonces el rey de Francia contestó, y dijo:

—Cardenal: Hemos comprendido lo que nos habéis dicho de parte del santo padre y entendemos que ésta es la verdad como nos habéis expuesto y ésta es nuestra creencia, y así debe ser la de todo fiel cristiano; de modo que nos damos por absueltos de todo cuanto estábamos obligados con nuestro cuñado el rey de Aragón. Y puesto que es así, responderemos cumplidamente a nuestro tío sobre la ayuda que nos pide y en cuanto al apoyo relativo a la batalla que tienen entablada el rey de Aragón y él. Primeramente, nos, tío, os respondemos, sin embarazo, que personalmente y con gentes y dinero os ayudaremos mientras vivamos contra el rey de Aragón y todos sus valedores. Esto os prometemos y juramos en manos del cardenal que aquí representa al santo padre apostólico: y esto os lo proclamamos en honor de la santa Iglesia y en honor nuestro, por cuanto a vos nos sentimos obligados y en venganza de nuestro hermano el conde de Alençon. Además, os aconsejamos lo siguiente: que por nada del mundo dejéis de estar presente el día de la batalla en Burdeos. Nosotros en persona iremos con vos, e iremos tan bien acompañados como no creemos lo pueda estar el rey de Aragón, que no creemos sea tan osado que aquel día se atreva a comparecer, y si lo hace, que no pierda su persona: que ni el rey de Inglaterra ni ningún otro le podrá ayudar.

Así hubo hablado el rey de Francia, y se calló. Y el rey Carlos respondió:

—Sobrino y señor: Gracias os damos de parte de la santa Iglesia y nuestra por el buen ofrecimiento que nos habéis hecho y por el buen consejo que nos dais respecto al viaje y la batalla. Pero tememos que el rey de Aragón pudiera alegar algo contra nuestra buena fe, y por esto iremos bien acompañados, tal como está estipulado entre nos y él, en cartas partidas por a.b.c[21].

Dijo el rey de Francia:

—Nada puede objetaros contra vuestra lealtad, pues ya hemos estudiado todos los convenios que hay entre vos y él. Y en el punto en que vos dudáis, dice que vos no llevaréis más que aquellos cien que con vos entren en el campo, y él otro tanto, y vos no llevaréis más que aquellos cien que con vos entren en el campo, pero nosotros mandaremos los que queramos, que esto no entra en el convenio, ya que de esta circunstancia él no ha sabido guardarse. De este modo vos no os excederéis de aquello que tenéis convenido.

Y respondió el rey Carlos:

—Seguro que ésta es la realidad de lo que dice el convenio; de modo que hagamos lo que vos habéis aconsejado.

Levantóse entonces el legado y dio muchas gracias al rey de Francia de parte del santo padre apostólico y de todo el colegio del papa, y santiguóle y le dio la bendición. Cuando esto estuvo hecho, levantáronse gran número de los doce pares de Francia que allí se encontraban y confirmaron todo lo que el rey de Francia había dicho y ordenado y se ofrecieron cada uno en persona y haberes y de cuanto poseían, para ayudar al rey Carlos y seguir al rey de Francia a su costo y pagando todos los gastos para ganar la indulgencia.

Cuando todos hubieron hablado, dijo el rey Carlos:

—Rey y señor, nos queda poco tiempo para llegar a Burdeos. Dejaremos aquí al legado, que no se separará de vos, y nosotros iremos a Provenza y nos llevaremos sesenta caballeros de Francia, que nos hemos propuesto entren con nosotros en el campo si la batalla se realiza, y añadiremos cuarenta de Provenza. Y con estos cien caballeros estaremos en Burdeos ocho días antes de la fecha. Y vos ordenaréis vuestra marcha a vuestro gusto, que, en cuanto a ella, nosotros no podemos ni debemos decir nada.

El rey de Francia contestó que daba lo hecho como bueno y que podía irse a concluir sus negocios, que él ya sabía lo que tenía que hacer. Después de esto, se besaron y despidieron el uno del otro.

Y así voy a dejar al rey de Francia y al legado, que todos los días iban predicando la cruzada por todas partes, y hablaré del rey Carlos.

81. Preparativos de la batalla de Malta

Cuando el rey Carlos se hubo despedido del rey de Francia, fuese por sus jornadas a Marsella con los sesenta caballeros de Francia, tal y como los había escogido. Cuando estuvo en Marsella hizo comparecer a Don Guillermo Cornut, que era uno de los honrados hombres de Marsella y de los más viejos, y le dijo que de inmediato abriera tabla y armase con gente buena, todos marselleses y de la costa de Provenza, veinticinco galeras y que no embarcara más que a provenzales, con armamento de cómitres, timoneles y proeles por doble partida y que cada uno de ellos fuese como un león. Que de todo le hacía a él capitán y señor mayor y que seguidamente tomara rumbo hacia Sicilia y visitara el castillo de Malta, donde refrescaría a su gente: y que cuando los hubiese refrescado, buscase a Don Roger de Lauria, que no tenía más allá de dieciocho galeras, pues el rey de Aragón había armado veintidós, de las cuales cogió cuatro para ir a Cataluña, de modo que sólo quedaban dieciocho:

—Y si las podéis alcanzar, todo el mar es nuestro, pues toda cuanta gente buena de mar tiene el rey de Aragón está en estas dieciocho galeras. De modo que no permitáis que por nada del mundo se os escapen, y no volváis a nuestra presencia hasta que a todos los hayáis matado o hecho prisioneros.

Tras estas palabras levantóse Don Guillermo Cornut y fue a besar el pie del rey Carlos, y dijo:

—Señor, gracias he de daros por el honor que me hacéis y os prometo que jamás volveré a Marsella ni ante vos en tanto no os traiga a Don Roger de Lauria y todos los de su armada, presos o muertos.

—Ahora —dijo el rey Carlos— pensad en portaros de manera que antes de ocho días ya estéis fuera, y esto os mandamos bajo pena de perder nuestro aprecio.

—Señor —dijo Don Guillermo Cornut—, así se hará, como vos mandáis.

De este modo, dicho Don Guillermo Cornut se dispuso a armar las galeras e hizo todo cuanto el rey Carlos le había mandado. Por esto he de seguir hablándoos de él hasta que haya realizado su buen viaje (¡y ojalá siempre lo hagan igual los moros!) y he de dejar de hablaros del rey Carlos, sobre el cual ya sabré volver cuando el tiempo y lugar lo requieran.

La verdad es que dicho Guillermo Cornut armó dichas veinticinco galeras, que fueron seguramente las mejor armadas que nunca salieran de Provenza. Puso en ellas más de sesenta hombres buenos, de su propio linaje, y, además, muchos hombres honrados de Marsella, que, en honor de Don Guillermo Cornut, fueron como sobresalientes. Salieron de Marsella y emprendieron rumbo a Nápoles veintidós galeras, y las otras tres las mandó que pasaran por Boca de Far para inquirir noticias. Escogió las tres mejores galeras de remos para que fuesen y dioles cita en el castillo de Malta, donde los encontraría, y que si por acaso llegaban antes que le esperasen.

82. Acoso de Roger de Lauria

Ahora dejaré de hablar de ellas y hablaré de Don Roger de Lauria, que, una vez armadas las veinticinco galeras que el señor rey de Aragón le ordenó, mandó las cuatro y un leño armado a Trápani, al señor rey de Aragón, tal como antes habéis leído, de modo que quedaron, bien armadas y pertrechadas, veintiuna y dos leños. En cuanto estuvieron armadas y manda-

das las cuatro y un leño al señor rey de Aragón, con las veintiuna y dos leños batió la costa de Calabria hasta las Castelles, que está cerca del golfo de Tarento. Y en muchos lugares hicieron desembarcos y tomaron villas y caseríos, y dicho lugar de las Castelles, que estableció, y consiguieron muchas ganancias. Y, de querer, hubiesen podido causar mucho daño, pero los calabreses venían y decían al almirante:

—¡San almirante, no nos hagas daño! Estad seguros que todos tenemos la idea de que, si el santo rey de Aragón sale con vida de la batalla que ha emprendido contra el rey Carlos, todos a la vez nos rebelaremos contra el rey Carlos. De modo que servios no hacernos todo aquel daño que podríais.

Y el almirante, viendo esto (y comprendiendo que decían la verdad), pasaba haciéndoles el menor daño que podía. Que, en verdad, aquellas gentes de aquel país, por entonces, eran tan brutos para los hechos de armas que cien almogávares apresaban mil, si mil encontraban, pues ni siquiera sabían lo que se hacían; y los hombres que iban con el almirante, almogávares, hombres de mar y sirvientes de mesnada, eran tales que, por la noche, hacían incursiones de ochenta o cien millas dentro tierra y traían al mar todo cuanto querían, de modo que era algo infinito lo que ganaban. Pero si todo os lo quisiera contar, sería tan larga escritura que todo el mundo se aburriría oyéndola. Por lo que me limito a haceros un resumen, pues, a la verdad, sólo con esta salida que hizo el almirante con sus veintiuna galeras y dos leños se podrían contar más de treinta correrías que hicieron, y se encontraron, en cada una, con caballería y mucha infantería, y a todos les derrotaron, de modo que, de todo, se podría escribir un gran libro.

¿Qué os diré? Cuando el almirante hubo batido toda la Calabria y hubo realizado muy buenos hechos, se volvió, con sus ganancias, a Mesina. Y cuando estuvo en el cabo del Arma, que está a la entrada de Boca de Far, por levante, a la hora del

alba, se encontró con las tres galeras de provenzales que Don Guillermo Cornut, almirante de Marsella, había mandado para obtener noticias. Y los dos leños armados que iban delante del almirante Don Roger de Lauria vieron las tres galeras de recalo, que estaban descansando por la noche y esperando noticias, y en cuanto los dos leños las hubieron visto, bogando silenciosamente, volvieron al almirante y se lo dijeron. De inmediato el almirante puso sus galeras en escala y rodeó las tres galeras, en forma que no pudiesen tirar por ningún lado, y, de inmediato, él en persona, con tres galeras, acercóse a ellas. En cuanto le oyeron se cogieron a los remos, que más fiaban en los remos que en Dios y en las armas. Y el almirante las atacó. ¿Qué os diré? Cuando ellos dieron la vuelta se encontraron con otras galeras y, de inmediato, se entregaron y fueron presas. Y así encontraron la noticia segura que andaban buscando, cerca de Don Roger. En cuanto el almirante las hubo tomado, se hizo de día, y él quiso saber lo que estaba ocurriendo, y lo supo, pues nada le fue ocultado.

Seguidamente se fue, con gran alegría, a Mesina con las tres galeras, la popa por delante y arrastrando sus banderas, y en el mismo día puso en tierra todo lo que las tres galeras llevaban y todos los hombres enfermos o heridos que había, y refrescó a su gente. Al día siguiente partió con sus veintiuna galeras y dos leños rumbo a Malta. ¿Qué os diré? Que aquel día llegó hasta Siracusa, y siguió hasta el cabo de Capupásser aquel día, y al llegar la noche descansó en parte, y cuando el día estuvo cercano, costeando, llegó hasta el cabo Rasalcaran. Hizo esta ruta por si las galeras de los provenzales hubiesen salido de Malta, en todo momento tenerlas a la vista; puesto que sabía que las tres galeras que había apresado debían esperar allí más gente, por lo que no quería que las galeras le pudiesen escapar ni dispersarse. Cuando estuvieron a la Fuente del Xicle, trajeron muchos refrescos del castillo, y cuando todos hubieron bien re-

frescado, mandó que cada uno revisara sus armas, y los ballesteros las cuerdas de la ballesta, y las naves y todo aquello que era necesario. De modo que aquella noche tuvieron gran aprovisionamiento de carne y de pan y de vino y de fruta, pues de las tierras de Sicilia, la Xicle es de las más prósperas. Y cada uno pudo tomar agua, que es de las más buenas y sanas del mundo, y, además, cada uno quedó en orden, en vistas a la batalla.

Después de haber cenado y habiéndose llevado el agua, el almirante exhortóles, y les dijo muy buenas palabras, que venían al caso, y especialmente les dijo:

—Barones: Antes de que amanezca estaremos en el puerto de Malta, donde encontraremos veintidós galeras de los provenzales y dos leños armados, que son la flor de toda Provenza y el orgullo de los marselleses. Por esto es necesario que cada uno de nosotros tenga coraje sobre coraje y ánimo sobre ánimo, y que nos portemos de tal manera que, para siempre, se agache el orgullo de los marselleses, que en todos los tiempos han menospreciado a los catalanes más que a ninguna otra gente. Por ello, del resultado de esta batalla recaerá mucho honor y gran provecho al señor rey de Aragón y a toda Cataluña y a toda Sicilia, pues cuando a éstos hayamos vencido toda la mar será nuestra. De manera que os pido que cada uno se porte bien.

Y enseguida respondieron todos:

—Almirante, pensamos atacar, que ya todos son nuestros. Y éste es el día que, desde todos los tiempos, hemos deseado, que contra ellos podamos combatir.

Y todos empezaron agritar a coro:

—¡Aür! ¡Aür!

Y enseguida embarcaron y llevaron por delante una barca de ocho remos que habían cogido en Xicle para descubrir, con

ella, secretamente el puerto.

83. Roger de Lauria en el puerto de Malta

Cuando estuvieron embarcados, hiciéronse a la mar al soplo del viento de tierra, y antes de la hora de maitines estaban frente al puerto. Enseguida ancoraron silenciosamente y mandaron dos leños por delante para reconocer el puerto, y, a un tiro de ballesta por delante de los dos leños armados, iba la barca. Los provenzales tenían los dos leños armados de guardia en cada una de las puntas que hay a la entrada del puerto, y la barca entró de tal manera por el centro del puerto, bogando sin hacer ruido, que llegó hasta delante del castillo y encontró a todas las galeras con las velas enjuncadas, y contólas todas y vio que eran veintidós galeras y los dos leños que vio, que estaban cada uno en su punta, igualmente enjuncados. Y salió del puerto y encontró los dos leños que estaban de guardia en medio de la entrada del puerto, y enseguida fueron al almirante y le contaron lo que habían visto. Inmediatamente el almirante hizo armar a la gente y puso las galeras en orden de batalla. Y cuando estuvieron todos dispuestos para la lucha, empezaba a amanecer, y todos gritaron:

—¡Almirante! ¡Ataquemos, que todos son nuestros!

Entonces el almirante hizo una cosa que mejor parece de loco que de hombre sensato: dijo que Dios le librara de atacarles mientras dormían, sino que quería que en todas las galeras tocasen las trompetas y las nácaras para que despertaran y que les daría tiempo para que aparejasen, pues no quería que nadie le pudiese decir que no los habría vencido si no les hubiese atrapado durmiendo. Y todos empezaron a gritar:

—¡Bien dice el almirante!

Y esto lo hizo el almirante, principalmente, porque era la primera batalla que daba desde que le habían hecho almirante, y de este modo quería señalar su buen ánimo y la proeza de la gente que con él estaba. Hizo, pues, tocar las trompetas y las nácaras y empezaron a entrar al puerto puestas en línea, todas abarloadas unas con otras. Y los provenzales despertaron como en un mal sueño, y, enseguida el almirante, levantando los remos a un tiempo, les dejó que se armasen y prepararan.

Descendieron del castillo un centenar de hombres de paraje, entre provenzales y franceses, que entraron en las galeras de los provenzales, con lo que se hicieron mucho más fuertes, como fue de ver en la batalla.

Cuando Don Guillermo Cornut, almirante de Marsella, vio el orgullo de Don Roger de Lauria, que podía haberlos apresado a todos sin dar la batalla, dijo tan alto que todos le oyeron:

—¡Ay, Dios! ¿Qué gente es ésta? No son hombres, sino diablos, que sólo piden guerra. A mansalva podían habernos cogido y no lo han querido. De manera, señores, que daos cuenta de con quién tenemos que habérnoslas. Será de ver lo que hacéis. Aquí se juega el orgullo de Cataluña y de Provenza, el honor y el deshonor de todos. De modo que procure cada uno de bien obrar, que ya hemos topado con los que veníamos buscando. En su busca salimos de Marsella y paréceme que no ha habido necesidad de buscarles, que ellos mismos han venido a nosotros. Y ahora, salga lo que salga, que no se puede esperar.

Entonces él hizo sonar sus trompas y sus nácaras y mandó romper los juncos de las velas[22], y bien aparejados, en orden de batalla, vinieron hacia las galeras de Don Roger de Lauria, y las de Roger hacia ellas. En medio del puerto se acometieron tan furiosamente que todas las proas se rompieron, y la batalla fue muy cruel y furiosa. ¿Qué os diré? Daban tal juego las lanzas y los dardos que los catalanes arrojaban, que no había nin-

gún modo de defenderse. Hubo golpe de dardo que atravesó un hombre con sus corazas y con todo, y golpe de lanza que después de traspasar al hombre que alcanzaba pasaba la cubierta de la galera. De los ballesteros no hace falta hablar, pues eran de tabla y estaban tan amaestrados que no hacían ningún disparo que no estropeara o matara al hombre que herían. Podéis creer que, en las batallas, los ballesteros de tabla son los que marcan la jugada. Por esto puede decirse que está loco el almirante de Cataluña que embarca en las galeras subalternos que ocasionalmente les sustituyen, sin que sean más de veinte por centenar para cuando los ballesteros de tabla salen a la caza y no hay nada que se les pueda poner por delante.

¿Qué os diré? Que la batalla empezó al salir el sol y duró hasta la hora de vísperas, que en ninguna época ni nadie pudo ver jamás tan cruel batalla. Y, a pesar de que los marselleses llevaban la ventaja de una galera y de los cien hombres de paraje que habían embarcado del castillo de Malta, al final no pudieron resistir los provenzales; que cuando llegó la hora de vísperas habían muerto tres mil quinientos hombres entre los provenzales, de modo que de nada sirvieron los que quedaban en la cubierta. Cuando los catalanes vieron que aquellos pocos se defendían tan fuertemente, gritaron a la vez: «¡Aragón! ¡Aragón! ¡Via sus! ¡Via sus!», y todos empezaron a tomar impulso y a subirse a las galeras de los provenzales, y a todos cuantos encontraron sobre cubierta mataron.

¿Qué os diré? Que entre heridos y otros que se escondieron bajo cubierta, entre todos, no quedaron con vida más de setecientos hombres, y de ellos muchos murieron por las heridas mortales que tenían. El almirante Don Guillermo Cornut y todos sus parientes y amigos que con él estaban, y los hombres de paraje y de más pundonor, fueron despedazados. De este modo tomaron todas las veintidós galeras, y de los leños armados, el uno se quedó y el otro salió entre ellos, y huyendo se

hizo a la mar, que fue más rápido de remos que los del almirante. Y de este modo se fue a Nápoles y a Marsella para informar de las malas noticias.

Cuando el rey Carlos lo supo, quedó muy dolido y descontento, y se dio ya por perdido y no sabía qué hacer. Cuando el almirante Don Roger de Lauria hubo apresado las galeras y el leño, se dirigió a la punta del puerto del lado de poniente, desembarcó a su gente, y cada uno reconoció a su compañero y encontraron que habían perdido más de trescientos hombres y que había doscientos heridos, de los cuales curaron la mayor parte. Y dijo que aquel que hubiese ganado algo fuese suyo, salvo y seguro, que él les daba todo el derecho que el señor rey y él pudiesen tener, que bastante tenían él y el señor rey con las galeras y los prisioneros. Y todos le dieron las gracias, y aquella noche pensaron sólo en cuidarse ellos mismos, y al día siguiente otro tanto. Y luego mandaron la barca a Siracusa para hacerles saber la victoria que Dios les había concedido.

El almirante ordenó por escrito a los oficiales del rey que allí estaban, que inmediatamente remitieran muchos correos a Mesina y a toda la costa de la isla de Sicilia para que contasen tan buena noticia; y así se cumplió. Igualmente el almirante aparejó un leño armado que había cogido a los provenzales y mandólo a Cataluña al señor rey a la señora reina, y pasó por Mallorca y vino a Barcelona, y de Barcelona mandaron un correo al señor rey y a mi señora la reina y a los infantes, y por toda la tierra. Y cada uno se puede figurar el gozo que hubo en cada uno de los lugares del señor rey de Aragón, y el gozo del señor rey y de mi señora la reina y de los infantes. Al mismo tiempo, el leño de los marselleses llegó a Marsella y contóles lo que había sucedido; y el duelo empezó en Marsella y en Provenza, y fue tal que todavía dura y durará estos cien años.

Ahora dejaré estar esto y volveré al almirante.

84. Conquista de Malta y Goi

Cuando el almirante hubo refrescado a su gente durante dos días, con el estandarte en alto, se acercó a la ciudad de Malta con el propósito de combatirla. Pero los prohombres de la ciudad le dijeron que, por el amor de Dios, no les hiciera daño, pues la ciudad se pondría bajo la guardia y protección del rey de Aragón y suya y que se le rendían dispuestos a decir y hacer cuanto él dispusiera. Entonces el almirante entró en la ciudad con toda su gente y les tomó el homenaje a ellos y a toda la isla, y les dejó doscientos hombres, catalanes todos, que les defendieran de la gente del castillo, pero con menos hubiese bastado, pues la mayor parte habían desaparecido en la batalla, especialmente los que eran mejores. Cuando esto estuvo hecho, pendón en alto, vino a sitiar el castillo y a combatirlo, pero vio que nada podía hacer sin contar con trabucos; levantó el sitio, dejándolo para más tarde, convencido de que no le tomaría mucho tiempo rendirlo. Los prohombres de Malta dieron mil onzas en joyas al almirante, y de este modo el almirante quedó satisfecho de ellos y ellos de él, y ofrecieron tal revituallamiento a las galeras que les bastó hasta que entraron en Mesina.

Después de esto se fueron a la isla del Goi y combatió la ciudad, y en el acto se apoderó de los arrabales. Cuando tuvo los arrabales, atacó la ciudad, que se rindió al señor rey de Aragón en manos del almirante. Y entró en ella y recibió el juramento y homenaje de sus gentes, y dejóles, como guardia del castillo que hay en la ciudad, cien catalanes. Cuando hubo ordenado la ciudad y la isla del Goi, los prohombres le dieron quinientas onzas de oro en joyas y dieron a las galeras gran refresco; de este modo el almirante fuese satisfecho de ellos, e igualmente ellos se quedaron alegres y satisfechos.

Así las cosas, el almirante puso rumbo a Sicilia y desembarcó en Siracusa, donde se celebró una gran fiesta y hubo gran refresco. Luego salió de Siracusa y se vino a Agosta, y después a Catania, a Jaix y a Taurnina, y en cada lugar se le dieron grandes fiestas y se le entregó tanto material de refresco que ya no sabían dónde meterlo, y en cada lugar entraban con las galeras que habían apresado con la popa por delante y las banderas arrastrando. De este modo entraron en Mesina, y no cabe preguntar los festejos y luminarias que hubo y cuánto fue el gozo que hubo, que todavía dura y durará para siempre.

Entonces se tuvieron los sicilianos por libres y seguros, pues hasta que esto se hubo hecho no se sentían tranquilos, pero entonces conocieron cuánto valía el almirante y los catalanes y les apreciaron y temieron; y entonces empezaron a mezclarse en Mesina y en toda Sicilia, contrayéndose matrimonios entre sí, y fueron (y son y serán para siempre) igual que hermanos. Que mala suerte hayan, pedimos a Dios, quienes pretendan romper esta fraternidad, que es muy buena compañía. Que nunca jamás dos grupos de gentes se avinieron mejor que ellos, y así fue desde aquellos tiempos y seguirá siendo, si Dios quiere, de ahora en adelante.

Ahora dejaré de hablaros, en adelante, del almirante y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

85. Vuelve a Alcoll el rey Don Pedro

Cuando el señor rey de Aragón hubo salido de Trápani con las cuatro galeras y un leño armado, mandó a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol que fuesen rumbo a la Goleta, pues él quería bordear la Berbería y quería ir a la villa de Alcoll para ver si estaba poblada y lo que decían y hacían; y así,

como él lo mandó, se hizo. Cuando estuvieron en la Goleta, el señor rey, con buen acompañamiento, fue a la caza del igüedo, que allí se encuentra en estado salvaje, y él era uno de los mejores cazadores del mundo de toda clase de bestias feroces, y siempre iba gustoso a caza de montería. Cazaron tantos igüedos que hubo para todas las galeras (que es muy buena carne y la más grasa), y abatieron tantos, que durante cinco años se notó su falta.

Cuando hubieron descansado un día en Goleta, costearon la Berbería y llegaron ante la villa de Alcoll. Entonces toda la gente de Alcoll y además un millar de hombres que habían quedado para la guardia, salieron a la costa con sus armas, y las galeras se pusieron en guardia con los estandartes enarbolados. El señor rey en persona subió al leño y dijo:

—Acerquémonos a tierra y colocad delante los escudos, que quiero hablar con ellos.

—¡Ah, señor! ¿Qué queréis hacer? —dijeron Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol—. Mandadnos a uno de nosotros, o a un caballero, que igualmente os traerá las noticias que queréis oír.

Dijo el rey:

—Si no lo oyéramos nosotros mismos, no nos agradaría tanto.

Entonces el rey batió los remos, y cuando estuvieron a tiro de ballesta, mandó a un gaviero que sabía hablar muy bien sarraceno para decirles que diesen seguridades al leño, que quería hablar con ellos, que no le traicionasen, pues de lo contrario el leño haría lo mismo con ellos.

—Y si te preguntan de quién son las galeras, les dirás que del rey de Aragón, que van en mensaje a Cataluña, y si más te preguntan, diles que «este caballero que viene en el leño os

contestará, de parte de los mensajeros, cuanto queráis preguntar».

Así, el gaviero fue a tierra y díjoles lo que el rey le había mandado. Al punto los moros les aseguraron y eligieron un moro que había hablar llano, el cual, nadando con el gaviero, trajo el seguro. Cuando estuvieron asegurados, el leño se acercó a tierra y cuatro caballeros sarracenos, a caballo, entraron en el mar hasta la popa del leño y subieron a él. En seguida el rey les hizo sentar ante él y les hizo servir de comer y les pidió noticias. Y díjoles:

—Cuando el rey de Aragón se hubo marchado, ¿qué dijeron y qué hicieron los moros?

Y ellos dijeron:

—Cuando el rey de Aragón levantó velas, durante dos días nadie se atrevió a acercarse a la villa, pues pensaban que las velas eran de otra armada que venía en ayuda del rey de Aragón.

—Ahora decidme —dijo el señor rey—: ¿El día de la batalla echasteis de menos a mucha gente?

—Podéis estar seguros de que por lo menos encontramos a faltar cuarenta mil hombres de armas.

Dijo el rey:

—¿Cómo puede ser esto? Nosotros, que estábamos con el señor rey, no creíamos que hubiésemos matado más de diez mil.

—Seguro —dijeron ellos— que fueron más de cuarenta mil, y os diremos que había tanta prisa para huir, que unos ahogaban a los otros, y si por desgracia el rey hubiese cruzado aquella montaña, todos hubiesen sido derrotados y muertos, que ni uno sólo hubiese podido escapar.

Y dijo el rey:

—Y ¿cómo hubiese podido pasar la montaña? Vosotros habríais lanzado vuestra caballería a atacar la villa y las tiendas si él hubiese pasado la montaña.

—Seguramente —dijeron ellos—, nada de esto hubiese ocurrido, porque éramos gente allegadiza y no existía concordia entre nosotros, de modo que era asunto perdido. Como os decimos, si por ventura y desgracia nuestra el rey hubiese cruzado la montaña, hubiésemos muerto todos y toda la tierra habría sido conquistada: de ahí hacia adelante no hubiese encontrado resistencia y hubiese tomado Bona, y Costantina, y Giger, y Bugía, y gran parte de las otras villas de la costa.

—¡Ay, Dios Padre y Señor! ¡Servios no perdonar este pecado a quien fue culpable de este mal, antes tomad pronto venganza y que cuanto antes sea vista!

Y añadió el señor rey:

Y ellos contestaron:

—Ahora decidme: ¿estas gentes guardan rencor al rey de Aragón?

—¿Rencor? ¡No lo quiera Dios! Mejor le quieren bien, más que a ningún otro señor que haya en el mundo, sea cristiano o moro. Estamos seguros que, por su bondad, si hasta ahora hubiese estado, más de cincuenta mil personas, entre hombres y mujeres y niños, se hubiesen bautizado y se habrían hecho suyos. Antes nos atrevemos a deciros, por nuestra fe y la del rey Mirabosetrí, que cualquier mercader, o marinero, o cualquier otra persona que pertenezca al rey de Aragón, estará sano y salvo en Alcoll y por toda la tierra del rey Bossetrí. Y esto os lo juramos por la fe que Dios ha metido en nuestro cuerpo; y podéis creernos, que todos cuantos estamos aquí somos jefes y señores de esta gente y de este lugar, y de Giger y de Bugía, y somos parientes carnales del rey Bossetrí.

El señor rey les dijo:

—Pues siendo gente notable como sois, ¿cómo os fiáis de nosotros?

Ellos dijeron que jamás sospecharían que la gente del rey de Aragón pudiesen hacerles falsedad ni traición, que esto no se encuentra ni se encontrará de ahora en adelante.

—Y estad seguros —añadieron— que de ninguna otra gente nos fiaríamos sino de vosotros; que Dios ha dado una virtud al rey de Aragón y a sus gentes: que mantienen la fe y la verdad con los amigos y los enemigos. Y ahora, puesto que os hemos dicho lo que nos habéis preguntado, rogámoos nos digáis dónde se encuentra el rey de Aragón, y qué hizo y qué hace desde que partió de aquí.

Y el señor rey contóles todo cuanto le había ocurrido desde que salió de Alcoll. Y ellos se maravillaron y dijeron que verdaderamente era el mejor caballero y con el mejor corazón, y que si mucho vivía, sometería a todo el mundo.

Quedaron muy satisfechos de cuanto habían oído y se despidieron del señor rey, y le rogaron que las galeras se detuvieran hasta que les hubiesen mandado revituallamiento, pues para honrar al señor donde estuviera, darían refresco a estas galeras y a cuantas pasaran que fuesen suyas. El señor rey dioles muchas gracias y luego les hizo llevar hasta tierra. Y a poco le mandaron en barcas diez bueyes y diez carneros y todo el pan que encontraron cocido, y miel y mantequilla, y mucho pescado. De vino no tenían nada, de modo que fue el señor rey quien les dio a ellos dos cubas de cada clase, una de blanco y otra de tinto, que apreciaron más que si les hubiese dado otros tantos caballos.

86. Preparativos para el desafío[23] de Burdeos

Estuvo aquel día el rey en Alcoll y descansó a su gente, y por la noche hízose a la mar con viento propicio y buen tiempo. Puso rumbo a Cabrera, y cuando estuvo en Cabrera, proveyó de agua; luego pasó por Ibiza, y se fue al grao de Cullera, y aquí desembarcó, y la alegría y el gozo fueron para Cullera. De Cullera fueron correos a mi señora la reina y a todos los infantes, que estaban en Zaragoza, y por todas las tierras a medida que recibían noticias hacían procesiones y luminarias y loaban a Dios, que se lo había devuelto sano y alegre.

En cuanto estuvo en Cullera, fuese a Algecira, donde estuvo dos días, y luego se vino a la ciudad de Valencia. Y no me preguntéis la fiesta que allí se hizo, que de todas las fiestas que os he contado que en Valencia se hubiesen hecho por alguna razón, no hubo ninguna semejante a ésta.

¿Qué os diré? Aunque estuviese en fiestas, el señor rey pensaba en sus asuntos, especialmente en el hecho de la batalla, que no olvidaba un momento, ni de noche ni de día. Inmediatamente mandó que se expidieran cartas a todos aquellos a quienes había decidido que estuviesen con él en la batalla, cuya lista tenía por escrito, pues en el mar los había pensado y escrito. Estas notas las dio a sus escribanos para que hicieran cartas a cada uno, de su parte, para que en un día fijo estuviesen preparados en Jaca, tal como deberían entrar en el campo. Y así, como él ordenó, así se hizo; y los correos partieron en todas direcciones. Y eligió, por cien que necesitaba, ciento cincuenta, porque, cuando estuviesen en Jaca, si los había que estaban enfermos, en todo caso pudiese escoger los cien y con los cien partir para Burdeos. Y de este modo cada uno se preparó como

si tuviese que entrar en el campo, que ninguno sospechaba que se hubiesen hecho cartas de más, sino únicamente las cien, ya que ningún hombre lo sabía, como no fuere el rey y sus dos escribanos, en secreto, que hicieron con sus manos las cartas, a los cuales mandó el rey, bajo pena de la vida, que quedase en secreto y que nadie supiera que se habían hecho más de cien. Y esto hizo el señor rey con muy buen juicio, pues si se hubiese sabido que preparaba de más, cada uno estaría en duda de si era él aquel que el señor rey querría que entrase en el campo, y por ello no se prepararían tan bien ni con tanto ánimo como teniendo por seguro que él era uno de los cien.

87. Asechanza contra el rey Don Pedro

Cuando el señor rey hubo mandado las cartas a todas partes, honorables mensajeros fueron enviados a Burdeos; eso es, a saber: al noble Don Gilberto de Cruïlles para que preguntara al rey de Inglaterra si le daba seguridades en el campo de Burdeos, de modo que no tuviera que temer a gente alguna. Así que dicho noble Don Gilberto partió de donde estaba el señor rey y se fue a Burdeos.

Con pocas palabras que el rey le confió tuvo suficiente, pues quien manda a mensajero inteligente pocas palabras necesita decir, y el noble Don Gilberto de Cruïlles era uno de los caballeros más sabios de Cataluña.

Verdad es que cuando el desafío fue convenido entre el señor rey de Aragón y el rey Carlos, se estableció entre ellos que mensajes de los dos conjuntamente se mandarían al rey Eduardo de Inglaterra, que era uno de los primeros prohombres del mundo, en los que se le rogaba que presidiera la batalla y asegurara el campo en la ciudad de Burdeos. Y el rey de Inglate-

rra, cediendo a las súplicas de cada uno, se avino a guardar y asegurar el campo en Burdeos, y así lo mandó decir formalmente a cada uno por medio de los mismos mensajeros, añadiendo que él en persona estaría en Burdeos; y por esto, sin duda, el rey de Aragón mandó allí al noble Don Gilberto de Cruïlles.

Cuando el noble Don Gilberto de Cruïlles llegó a Burdeos pensó encontrar al rey de Inglaterra, y no lo encontró, por lo que se presentó ante el senescal, que era hombre de gran nobleza, gran verdad y rectitud, y diole el mensaje igual que debía darlo al rey de Inglaterra. Y el senescal le dijo:

—Don Gilberto, señor: mi señor el rey de Inglaterra es verdad que aseguró estas batallas y que prometió que él estaría en persona; pero también es verdad que ha sabido como cosa cierta que el rey de Francia viene a Burdeos y trae consigo doce mil caballos armados. Cuando hemos sabido esto, el rey de Inglaterra vio que no podría mantener seguro el campo y me ha mandado a mí para que mande decir al rey de Aragón que, por tanto como estima su honor y su vida, no venga a Burdeos; que él sabe seguro que el rey de Francia viene a Burdeos para dar muerte al rey de Aragón y todos aquellos que con él estén. Con tal motivo, en el día de hoy, quería mandar un mensajero al rey de Aragón exponiéndole estas razones; pero puesto que estáis aquí, a vos os lo digo para que os vayáis y se lo digáis. Y si no, tengo por bueno que os quedéis y se lo mandéis decir, y así veréis como lo que os digo será verdad, y todos los días podréis dar testimonio de lo que aquí veréis.

El noble Don Gilberto, como sabio que era, de muy diferentes formas sondeó al senescal para saber qué intención llevaba, pero siempre lo encontró con la mejor disposición hacia el señor rey de Aragón, y cuanto más lo examinaba más seguro le parecía. Así que, cuando se hubo asegurado de la lealtad del senescal y del buen afecto que le dispensaba, mandó decir al

señor rey por muchos correos, que fueron cada uno por separado, todo lo que el senescal le había dicho. Y los correos fueron cuatro, y los cuatro entraron juntos en Jaca al cabo de los dos días, donde encontraron al señor rey de Aragón, que en pocos días había llegado, pues de cada dos jornadas hizo una, sin detenerse en ninguna fiesta ni agasajo que en todo lugar le hicieran.

Cuando el señor rey oyó lo que el noble Don Gilberto le comunicaba de parte del rey de Inglaterra y del senescal, quedó muy disgustado. No obstante, los caballeros llegaron todos el día que se les había señalado; que de los ciento cincuenta no faltó ni uno, y cada uno vino aparejado y armado así como convenía a quienes como ellos eran. En tanto que los hechos se desarrollaban, el rey fue a Zaragoza a visitar la ciudad y a ver a mi señora la reina y a los infantes. Y si hubo fiesta, no hace falta decirlo, pues jamás tal gozo y tanta alegría no hubo en la tierra. Estuvo cuatro días con ellos, y seguidamente se despidió de mi señora la reina y de los infantes, y los santiguó y bendijo y les dio su bendición y gracia; y partió de allí y se vino a Jaca.

Cuando hubo llegado a Jaca, aquel mismo día llegaron otros cuatro correos que vinieron de parte de Don Gilberto y que le hacían saber que el rey de Francia y el rey Carlos, los dos juntos, entraron un día en Burdeos con tanta caballería como ya se ha dicho y atendáronse cerca de la ciudad, donde el campo estaba dispuesto en el que los dos reyes debían combatirse, a menos de cuatro tiros de ballesta; y que todos los días venían el rey de Francia y el rey Carlos, con mucha gente, al campo para ver cómo estaba ordenado. Y dad por cierto que el campo estaba bien ordenado, como nunca mejor campo se hiciera, y el jefe de campo tenía una capilla, donde debía estar el rey de Inglaterra, y luego, alrededor, allí donde debían estar los caballeros guardadores del campo.

Y cuando el rey hubo oído esto, quedó mucho más disgustado que antes, y mandó sus correos a Don Gilberto para que le hiciera saber en qué disposición estaba el senescal con respecto a él. Y él respondióle la verdad y le hizo saber que con toda seguridad no existía hombre en el mundo que más pudiese amar a su señor de lo que el senescal le amaba a él, y que de esto estuviese seguro. Y cuando el señor rey supo esto, consideróse a salvo.

Y ahora dejaré de hablaros de él y volveré a hablaros del rey Carlos y del rey de Francia.

88. Actividades del rey Carlos y cómo fue a Burdeos el día pactado

Cuando el rey Carlos hubo hecho armar las veinticinco galeras a Don Guillermo Cornut y hubieron salido de Marsella y hubo escogido los cuarenta caballeros de Provenza que debían estar con él en el campo, lo hizo con el mismo talento que el rey de Aragón, que mandó avisar a ciento cincuenta; pero él mandó más de trescientas cartas, que mandó hacer por diferentes sitios, diciéndoles que debían entrar con él en el campo a aquellos que mucho quería y mucho fiaba en ellos. Entre éstos los había que eran romanos y de cada región de Toscana y de Lombardía, y los hubo de napolitanos, y de calabreses, y de pulieses, y de los Abruzos, y de la Marca, y del Languedoc, y de Gascuña. Así que cada uno de ellos se figuraba que era de verdad, y que era a él a quien apreciaba tanto que quería tenerlo en el campo. Él ya tenía el frío propósito de que la mayor parte que metería serían franceses o provenzales; pero mandó hacer esto para que en todo tiempo aquellos tuviesen la seguridad de que el rey Carlos les apreciaba mucho y de este modo se

sentían recompensados. Y cada uno era persona de mucho arraigo en su lugar.

Tal como pensaba ocurrió, que la mayor parte y el mayor poder con que hoy cuenta el rey Roberto en Roma, en Toscana, en Lombardía y en los otros lugares es por esta razón, pues cada uno dice:

—Mi padre debió ser uno de aquellos cien que con el rey Carlos tenía que entrar en el campo contra el rey de Aragón.

Y apreciábanse mucho, y así debería ser si fuese como ellos se figuran. Para que veáis como, sin que nada le costara, cuántos amigos se supo ganar para él y los suyos. Con ello podéis colegir que el señor rey Don Pedro de Aragón y el rey Carlos, cada uno sabía lo suyo; pero el rey Carlos le aventajaba por su larga experiencia y por la mucha más edad que tenía.

Cuando el rey Carlos hubo hecho esto, ordenó a sus parientes barones y amigos que consideraba como suyos, particularmente al conde de Artes (*Artois*), que era hijo de su sobrino, para que fuese a Nápoles y para que el papa le abasteciera de moneda, y que pensara en defender Calabria, y que hiciera armar galeras en Nápoles, y que con aquellas veinticuatro de Provenza procurara recorrer Sicilia haciendo todo el daño que pudiera, en tanto que el rey de Aragón no podía socorrerles. Así se hizo, como él mandó. Y cuando todo esto hubo ordenado, él de una parte y el rey de Francia de otra pensaron en ir a Burdeos, de modo que en el día que habían convenido entre el rey de Francia y él entraron, en Burdeos, así como antes hemos dicho y habéis comprendido.

Y les dejaré estar ahora y volveré al rey de Aragón.

89. Estratagema y arrojo del rey Pedro

Cuando el señor rey de Aragón supo el mucho afecto que el senescal le tenía, pensó que por nada él faltaría en el día convenido de estar dentro del campo. Pero esto lo mantuvo secreto, tanto, que con nadie quiso hablar de ello. Luego hizo venir un honrado mercader llamado Domingo de la Figuera, que era natural de Zaragoza, y era hombre bueno y leal, y sabio y discreto, y era mercader que desde hacía mucho tiempo trataba en Gascuña con caballos al igual que en Navarra, y los traía de Castilla y los llevaba por aquellas regiones del Bordelés y el Tolzá. Y era hombre de grandes posibilidades, que a veces traía de una vez veinte o treinta caballos de Castilla y los conducía por los antedichos lugares; de modo que podéis creer conocía cuantos caminos había en cada una de aquellas provincias, tanto caminos reales como caminos apartados, tanto en las llanuras como en las montañas; que no había sendero en la tierra, fuere cual fuere, en aquellas regiones, ni en Aragón ni en Cataluña, que él no conociera mucho mejor que los que eran de la tierra. Y esto él lo sabía por la larga práctica y porque a veces había tenido que andar fuera de camino por los caballos que traía para algunos ricoshombres, que, a veces, por las guerras que hacían entre ellos, de no hacerlo de este modo podrían haberle dado que sentir.

Cuando Don Domingo de la Figuera estuvo con el señor rey, éste le hizo entrar en una habitación y le dijo:

—Don Domingo, ya sabéis que sois nuestro súbdito natural y que en todo tiempo a vos y a los vuestros hemos honrado y favorecido. Por ello queremos tratar con vos de un asunto que, cuando esté terminado, con la voluntad de Dios, os favoreceremos de tal modo que vos y los vuestros habréis de quedar satisfechos.

Don Domingo, al oír eso, levantóse y fue a arrodillarse ante el señor rey, le besó el pie y le dijo:

—Señor, vos no tenéis más que mandar, que yo estoy dispuesto a cumplir vuestro mandato.

Con esto, el señor rey tomó un libro, que era el de los Evangelios, y díjole que jurase que de esto que le hablaría no diría una palabra a nadie en el mundo. Y él jurólo en seguida y le hizo homenaje de boca y de manos[24]. Y cuando lo hubo hecho, le dijo el rey:

—¿Sabéis, Don Domingo, lo que haréis? Tomaréis veintisiete caballos vuestros, aquellos que yo os diré, y mandaréis nueve a tres lugares del camino que nos haremos a Burdeos, y otros nueve a tres lugares del camino que podremos hacer por Castilla. Así que nuestra voluntad es que determinado día, que debe ser el día en que está convenido que debemos estar en el campo de batalla en Burdeos, nos vayamos de la siguiente manera en persona: que vos iréis cabalgando en un hermoso caballo como señor y, nos, iremos así como escudero vuestro, en otro caballo con una azcona montera en la mano; y estará también Don Bernat de Peratallada, que cabalgará en otro caballo con silla de alforjas, y él ha de llevaros la alforja, que será ligera, que no habrá más que vuestra gramalla y dinero para gastos, y llevará otra azcona montera. Y cabalgaremos todo el día, que en ningún lugar nos detendremos. Por la noche, a la hora del primer sueño, llegaremos a la posada, donde comeremos y descansaremos; y al toque de maitines montaremos en otros caballos que encontraremos ensillados y dejaremos aquéllos; y lo mismo haremos en todas partes. Y yo seré vuestro escudero y os sujetaré el estribo cuando montéis, y os cortaré la carne en la mesa, y Don Bernat de Peratallada cuidará del pienso de los caballos. Y así es menester que de tres jornadas hagamos una al entrar y mucho más al salir, y no hace falta que volvamos por el mismo sitio por donde habremos ido. Y así conviene que se haga, de modo que pensad en el camino que será más seguro para ir, y tomad los nueve caballos y los mandáis cada uno con

un escudero del que os podáis fiar, de los que para vos trabajan, y con sendas mantas solamente. Cada uno de éstos los mandáis al puesto donde nosotros los debamos encontrar. Y que los escuderos no sepan unos de los otros que deban ir a otro lugar. Y así se haga con todos, de manera que cada uno piense que sólo mandáis aquellos tres, y decidles que los mandáis para venderlos, y que os esperen en tal lugar, y que por nada partan, y que se cuiden bien de ellos y de los caballos, y que los tres estén en la misma posada. Y cuando nosotros iremos posaremos en otra posada, para que ellos no me vean a mí, que podrían conocerme. De modo que pensad en ordenar todo esto que os he dicho, que no quiero que nadie sepa nada. Y yo os haré entregar los caballos de tres en tres, de modo que aquellos de quienes son los caballos no sabrán para qué los queremos, salvo que les diremos que os los queremos entregar, porque queréis probarlos en el campo para saber cuál será el mejor para nos.

Don Domingo de la Figuera respondió:

—Señor, tal como vos lo mandáis se cumplirá. Y dejad que de ahora en adelante yo cuide de todo, puesto que como yo ya conozco vuestra voluntad, tengo confianza en Dios de que lo he de llevar a cabo en forma que Dios y vos quedaréis satisfechos. Con la ayuda de Dios, tened buen ánimo, que yo os llevaré a Burdeos por tales lugares que nada debéis de temer, y lo mismo digo a la vuelta. Sólo falta ahora que designéis al hombre que ha de entregarme los caballos.

Y dijo el rey:

—Lleváis razón, cuidad de daros prisa.

Seguidamente llamó a su caballerizo y le dijo que, por lo mucho que estimaba su afecto, bajo pena de la vida, nadie debía saber nada de lo que le diría, como no fuese él y Don Domingo de la Figuera. Y el caballerizo dijo:

—Señor, mandad, que yo lo haré.

—Id en seguida y, de tres en tres, entregad veintisiete caballos a Don Domigo de la Figuera, y escoged los mejores que nos tengamos.

Y el caballerizo dijo:

—Señor, dejadnos hacer a mí y a Don Domingo; por cierto que tengo en mi poder unos setenta, entre aquellos que os ha mandado el rey Mallorca y el rey de Castilla y otros. De modo que podremos escoger los veintisiete mejores, aun cuando todos son tan buenos que poco habrá que escoger.

Dijo el señor rey:

—Id en buena hora.

Y ellos se fueron e hicieron seguidamente todo lo que el rey había mandado a cada uno.

Y el señor rey inmediatamente ordenó aquel mismo día que diez caballeros partiesen de uno en uno, acompañados por otros tres, a Burdeos; eso es, uno cada día, y cada uno llevaba un mensaje para Don Gilberto de Cruïlles y para el senescal de Burdeos. Y el mensaje era éste: que el señor rey de Aragón mandaba preguntar al senescal si le aseguraba; pues si le aseguraba, él estaba dispuesto a estar en el campo en su día. Esto lo mandaba hacer por dos motivos: el primero, porque por el camino fuese ya costumbre ver pasar mensajeros del rey de Aragón todos los días, y vieran si, yendo y volviendo, encontraban algo que les pudiera incomodar o, por el contrario, algo que les divirtiera, y así todos los días podía tener noticias; lo segundo era porque él sabía que el senescal tenía orden de hacer todo cuanto le mandara el rey de Francia, si bien tenía otra expresa del rey de Inglaterra de que por ningún motivo consintiera que la persona del rey de Aragón sufriese daño alguno, antes que, con todo su poder, le diese camino expedito y asegurara su salvamento, por cuanto el rey de Inglaterra ya sabía que el senes-

cal era en cuerpo y alma partidario del rey de Aragón y todo su linaje; desde todos los tiempos lo había sido, y por esto le hizo senescal de todo el Bordelés en cuanto supo que se habría de hacer la batalla. Y así, el senescal, en cuanto recibía mensaje del rey de Aragón, inmediatamente iba a contárselo al rey de Francia, y el rey de Francia mandábale que le escribiera que pensara en venir, que el camino estaba dispuesto, y el senescal mandábale decir todo lo contrario: que si tenía amor a la vida, que no viniese, y que Dios y todo el mundo le daría por excusado, y que, por cuanto el rey de Inglaterra veía que no le podía asegurar, no había querido venir, de modo que por nada en el mundo lo intentara. Sucedía con esto que el rey de Francia todos los días usaba de tales mensajes, pues no pasaba día que no recibiera alguno, y así pensaba que el senescal le escribía al otro tal como él le ordenaba, y seguía en la confianza de que el rey de Aragón vendría.

A medida que todo esto se iba ordenando y aconteciendo, se acercaba el día de la batalla. El señor rey llamó a Don Bernat de Peratallada, que era hijo del noble Don Gilberto de Cruïlles, y entrólo en una habitación con Don Domingo de la Figuera juntos, y descubrióle el hecho y mandóle mantenerlo secreto. Y así lo hizo, como lo había hecho Don Domingo de la Figuera. Y mandóles que aquella noche estuvieran dispuestos para partir, de medianoche en adelante. Y mandóle al caballerizo que tuviese dispuestos y ensillados con las sillas de Don Domingo de la Figuera los tres caballos, y que a uno le pusiera la silla con la alforja. Y tal como lo mandó que dó dispuesto: que ninguna persona supo nada, fuera de ellos tres y el caballerizo. Que bien sabía el señor rey que nadie le permitiría que se metiera en tan gran aventura; pero él tenía tan alto el ánimo y tanta lealtad que por nada en el mundo permitiera que en el día convenido él no se encontrara en el campo. Y por eso fue

que no quiso que nadie lo supiera; tanto que ni su hijo mayor, Don Alfonso, tuvo la menor noticia.

¿Cómo os daría más prolijas noticias? Cuando medianoche hubo dado, ellos se levantaron, y el caballerizo les tenía preparados los tres mejores caballos que había. El señor rey subió en uno, y puso delante la gramalla de Don Domingo de la Figuera, e iba con una azcona montera en la mano, armado por debajo con unos buenos espaldares y un buen camisón, y luego por encima una especie de blusa verde de lino que lo cubría todo; vistióse además una gramalla muy estropeada y vieja y una especie de capuz de lino a la cabeza que le cubría el capacete. Don Bernat de Peratallada iba arreado semejantemente, y la alforja, o sea una especie de maleta que no pesaba mucho, y con la azcona montera en la mano. Y Don Domingo de la Figuera cabalgó como señor, bien arreado, tal como acostumbraba a hacerlo, con sus buenas calzas, su sombrero para el sol y guantes y bien aparejado. Y Don Bernat de Peratallada llevaba un gran zurrón para los víveres, en el que había seis hogazas, para que comieran durante el día y bebiesen agua donde la encontraran.

Y así, con la gracia de Dios, partieron de Jaca, y caminaron de tal forma que tres jornadas hacían entre la noche y el día y lo que le quitaban a la noche siguiente. Siempre llegaban a la posada a la hora del primer sueño, ya que de día jamás descabalgaban en poblado ni para comer ni beber, sino que se comían el pan cabalgando y caminando. Y cuando llegaban al final de la jornada, encontraban los tres caballos. Y en cuanto Don Domingo de la Figuera con su hueste iba al hostal donde estaban los caballos, tenían gran alegría y le preguntaban cómo era que llegase tan de noche.

Y él les contestaba:

—Para que los caballos no sufrieran con el calor.

Y mientras él estaba con su compañía, el rey y Don Bernat de Peratallada preparaban la comida; y cuando pensaba que ya podía estar dispuesto, se volvía a la posada donde estaban el rey y Don Bernat de Peratallada, y mandaba quedarse a aquéllos, diciéndoles que por la mañana les vería. Y cuando llegaba a su posada encontraba la mesa puesta y le daban el aguamanos, y Don Bernat de Peratallada daba el pienso a los caballos. Y así, cuando Don Domingo comía la sopa y le habían cortado la carne, venía Don Bernat de Peratallada con el rey y se sentaban en otra mesa y comían juntos. Y no penséis que mantenían gran conversación, pues cada cual tenía ya preparado lo suyo, y en cuanto habían comido, se acostaban, y dormían hasta la hora de maitines. Levantábanse, y Don Domingo de la Figuera conducía aquellos tres caballos a sus escuderos, en su posada, y hacíales quitar las sillas y poníanselas a los otros tres, que estaban descansados, y de los otros les decía que los cuidasen bien, y se disponían a cabalgar. Y esto que hicieron en la primera jornada, lo fueron repitiendo todos los días.

90. El rey de Aragón en el campo de Burdeos

Avanzaron tanto, que llegaron a media legua de Burdeos a la hora del toque de oración, y pararon en una torre de un caballero, antiguo prohombre, muy amigo de Don Domingo de la Figuera, donde fueron muy bien recibidos y bien aposentados, y cuando hubieron cenado, se fueron a acostar. Por la mañana, al despuntar el alba, se levantaron y subieron a caballo y se dirigieron hacia el campo, pues aquel día era el día señalado para la batalla. Sin demora se mandó al huésped que fuese a buscar a Don Gilberto de Cruïlles, que se hospedaba en un albergue

fuera de la ciudad, y que se encontraba más cerca del campo que ninguno de la ciudad misma, y que le dijera que Don Domingo de la Figuera y un caballero del rey de Aragón estaban allí, y que habían pasado la noche en su casa, y que al punto fuese a verles, él solo, sin que nadie le acompañase. El huésped fue de inmediato a ver a Don Gilberto, que ya se había levantado, y diole el mensaje, y Don Gilberto, que sabía que aquél era el día en que los reyes tenían que entrar en el campo, se sentía receloso y ya se figuraba que ocurriría lo que estaba viendo, por el gran ánimo y la gran lealtad que le constaba era propia del rey de Aragón. Y de inmediato, solo con el huésped, cabalgó sin pedir compañía de nadie.

Cuando estuvo con ellos y vio al señor rey y a su hijo, palideció de la emoción, pero, por lo muy discreto que era, no permitió que se le notara, a causa del huésped. El rey le tomó aparte, y quedaron con el huésped Don Bernat de Peratallada y Don Domingo de la Figuera. Y Don Gilberto dijo, cuando se hubieron separado:

—Señor, ¿qué es lo que habéis hecho? ¿Cómo os habéis metido en tan gran aventura?

—Don Gilberto —dijo él—, quiero que sepáis que, aun cuando me hubiese de costar la vida, de ningún modo yo dejara de venir. De manera que dejémonos de mucho hablar; vos me habéis mandado decir que puedo fiarme del senescal, de modo que id a encontrarle y decidle que aquí está un caballero del rey de Aragón que quiere hablarle, y que se traiga con él a un notario y seis caballeros que sean de su confianza, y no más; y que esto lo haga en seguida.

Don Gilberto de inmediato fue al senescal y se lo dijo, y el senescal fue a ver al rey de Francia y le dijo:

—Señor, ha venido un caballero del rey de Aragón y me ha mandado decir que quiere hablar conmigo. Y con vuestra li-

cencia pienso ir a verle, sí así os place.

Y el rey de Francia respondióle que todos los días comparecían los mismos mandatarios, y añadió:

—Id en buena hora; y cuando hayáis hablado con él, hacednos saber todo cuanto os haya dicho.

—Señor —dijo él—, así lo haré.

De inmediato, el senescal, con el mejor y el más antiguo notario de Burdeos y de la corte del rey de Inglaterra, fue con los seis caballeros más honorables que había, en su compañía; y cuando estuvieron en el campo, encontraron al rey, a Don Bernat de Peratallada, y a Don Domingo de la Figuera en el campo. Y entró dentro del campo el senescal y aquellos que con él vinieron, y el huésped, que estaba con el rey, y Don Gilberto, que vino con el senescal.

Y cuando el senescal entró por el campo, el señor rey salióle al encuentro con sus compañeros y saludóle de parte del rey Aragón, y él, muy cortésmente, devolvióle el saludo, y el rey le dijo:

—Señor senescal, yo he comparecido aquí, ante vos, por el señor rey de Aragón, puesto que hoy es el día en que él y el rey Carlos habían prometido y jurado que estarían en el campo, tal día como hoy; de modo que os preguntamos si podréis mantener seguro al rey de Aragón si hoy comparece en este campo.

Y el senescal dijo:

—Señor, os contestaré brevemente de parte del rey de Inglaterra y mía que yo no podría mantenerle seguro; antes al contrario, en nombre de Dios y de mi señor el rey de Inglaterra, le damos por excusado y le tendremos por bueno y por leal y quito, puesto que de ninguna manera le podríamos asegurar; antes sabemos como cosa cierta que si él viniese, en nada podríamos protegerle, ni a él ni a los que con él viniesen, para que no muriesen, que aquí están el rey de Francia y el rey Carlos con doce

mil caballeros armados. Y ya podéis comprender que ni el rey de Inglaterra ni yo en su nombre, de modo alguno le podríamos asegurar.

—Entonces —dijo el rey de Aragón—, servios mandar que se levante acta, y ordenadlo así al escribano.

—Me place —dijo el senescal. Y lo ordenó al notario.

Seguidamente el notario escribió cuanto el senescal había dicho, y cuando llegó la hora de preguntar al rey cuál era su nombre, díjole éste al senescal:

—Senescal, ¿me aseguráis a mí y a cuantos aquí están conmigo?

—Señor —dijo él—, sí; por mi fe y por la fe de mi señor el rey de Inglaterra.

Entonces, el señor rey echóse hacia atrás la capucha y le dijo:

—Senescal, ¿me conocéis?

Entonces él le miró y vio que era el rey de Aragón, y echó pie a tierra, y quería besarle el pie, y el rey no lo permitió, antes le hizo cabalgar de nuevo, y luego le tendió la mano, que él le besó. Y dijo:

—Pero ¿qué habéis hecho, señor?

—Yo —dijo él— he venido aquí para dejar a salvo mi fe, y quiero que todo esto que habéis dicho y todo lo que yo diré el notario aquí lo escriba por extenso: cómo yo en persona he comparecido y he reseguido el campo.

Entonces arremetió con el caballo y dio la vuelta a todo el campo, a su alrededor y por el centro, en presencia del senescal y de cuantos allí estaban. Y mientras el notario escribió cuanto hacía al caso como excusa del rey de Aragón. Y de verdad dicho señor rey no cesaba de cabalgar por el campo hasta que todo lo

hubo sopeado, con la azcona montera en la mano. De modo que todos decían:

—¡Oh Dios! ¡Qué caballero hay aquí! Jamás ha nacido caballero que, cuerpo a cuerpo, con él se pueda comparar.

Y cuando hubo rodeado el campo muchas veces, mientras el notario escribía, se fue a la capilla, apeóse y tuvo el caballo por las riendas y rezó a Dios, y dijo aquellas oraciones que correspondía decir, y loó y bendijo a Dios, que en aquel día le había acompañado para que cumpliera su juramento. Y una vez terminada su oración, volvió adonde estaba el senescal y la demás compañía; y el notario acabó de escribir todo cuanto había que escribir, y leyólo en presencia de todos, y levantó sus testimonios. Y cuando lo hubo hecho y el rey hubo dicho por tres veces al senescal que él permanecería allí para dar la batalla si él le podía asegurar y él respondió que no, y todo esto fue puesto por escrito, y en qué forma él, valerosamente, montado en su caballo y con la azcona en la mano, había dado la vuelta al campo y lo había cruzado por el centro y a través y cómo fue a orar a la capilla. En cuanto todo esto fue puesto en forma pública, el rey requirió al senescal para que mandase al notario que hiciera de todo lo escrito dos escrituras públicas partidas por A. B. C. [21]

—Con una os quedaréis vos, y la otra la daréis a Don Gilberto de Cruïlles.

—Señor —dijo el senescal—, de este modo mando al notario que se haga. Y así se cumplió.

Hecho esto, el rey apretó la mano del senescal y púsose en camino, y fueron allí donde habían descansado. Y cuando estuvieron delante de la torre, dijo el rey al senescal:

—Senescal —dijo—, este caballero nos ha honrado y complacido mucho en su albergue, por lo que os ruego que, por

amor y honor nuestro, le hagáis, el rey de Inglaterra y vos, tal donativo que él y su linaje se vean siempre favorecidos.

—Señor —dijo el senescal—, así se hará.

El caballero se apresuró a besar la mano del rey, después de lo cual el rey dijo al senescal:

—Aguardad, que nos apearemos aquí para despedirnos de la señora que anoche nos acogió tan gentilmente.

—Señor —dijo el senescal—, haced cuanto os plazca, que así corresponde a vuestra hidalguía.

De tal manera, el rey descendió y se despidió de la señora; y cuando la señora supo que era el rey de Aragón, echóse a sus pies y dio gracias a Dios y a él por el honor que les había hecho. Y así se despidió y cabalgó con el senescal, que le acompañó hablando más de una legua, y le dio las gracias por la buena voluntad que en él había encontrado, y el senescal se le ofreció de nuevo, y se despidieron.

El senescal dijo a Don Domingo de la Figuera:

—Don Domingo —dijóle—, vos conocéis el camino: os aconsejo que de ningún modo volváis por donde habéis venido, ni tampoco por Navarra, que yo sé que el rey de Francia ha mandado cartas a todas partes para que, a partir de este día, sea apresada toda persona que sea del rey de Aragón, tanto si va como si viene.

Y Don Domingo de la Figuera dijo:

—Bien decís, señor; de todo saldremos si Dios quiere.

Entonces se despidieron unos de otros, y el señor rey, con la gracia de Dios, fuese y tomó el camino de Castilla.

Ahora dejaré de hablar de él y volveré a hablar del senescal, del rey de Francia y del rey Carlos.

91. Miedo y recelo del rey de Francia y del rey Carlos

Cuando el senescal se hubo separado del señor rey de Aragón y de los demás que con él estaban, acompañó a Gilberto de Cruïlles hasta su posada; y luego, el senescal, con la otra comitiva, se fueron a encontrar al rey de Francia y al rey Carlos, y les contaron todo cuanto había ocurrido, y cómo el rey de Aragón cabalgó por el campo, mientras el notario escribía, dando vueltas a su alrededor, por el centro y por todas partes, y cómo se apeó para orar, y, en fin, todo cuanto hizo y dijo. Cuando los reyes oyeron esto, se santiguaron más de cien veces, y de inmediato dijo el rey de Francia:

—Es necesario que esta noche todo el mundo esté al acecho y que los caballos estén bien armados. Tengo por cosa cierta que esta noche ha de atacarnos, pues vosotros no le conocéis todo lo bien que yo le conozco, pues se trata del mejor caballero y de más alto ánimo que haya en el mundo, y ya podéis daros cuenta de quién es cuando una tan grande gesta ha intentado. De manera, senescal, que ordenen la vigilancia de vuestra gente y nosotros mandaremos ordenar la de nuestra hueste.

Y el senescal respondió:

—Señor, todo esto se hará cual vos mandáis.

Y el rey Carlos dijo al rey de Francia:

—Vamos al campo y veremos las pisadas de su caballo, si es que puede ser cierto lo que el senescal dijo.

Y el rey de Francia dijo:

—Estoy de acuerdo; y os digo que ésta ha sido la más alta caballería que jamás haya hecho caballero alguno, y que todo el mundo le ha de temer.

Dijo el senescal:

—Señores, no dudéis de lo que os digo, que aquí está el escribano que hizo la carta y estos seis caballeros que fueron testigos y a los que ya conocía desde hace largo tiempo. Y he aquí el caballero que fue su huésped ayer por la noche, al que le rindió mayor honor y cortesía que nunca se viera de señor alguno: fue a despedirse de su señora esposa, y desmontó y subió a las habitaciones, tal como si estuviera en el lugar más seguro del mundo. Y todo esto estos señores lo han visto.

—En verdad —dijo el rey de Francia— que en ello hubo mucho valor, mucho ánimo y una gran cortesía; pero pensemos en cabalgar.

Y cabalgaron y vinieron al campo, y vieron las pisa das del caballo y todo cuanto el senescal les había dicho.

¿Qué os diré? Que la voz corrió por toda la hueste y por todo el país, y hubieseis visto a todo el mundo armado, hombres y caballos, que aquella noche nadie durmió en la hueste. Al día siguiente levantaron las tiendas y se fueron los dos reyes juntos; y se vinieron hasta Tolosa, donde encontraron al cardenal Cholet, que era legado del papa; a monseñor Don Felipe, hijo mayor del rey de Francia, y a monseñor Carlos, su hermano. Y dieron una gran fiesta a su padre, y al rey Carlos, y otro tanto al cardenal. Y cuando el rey de Francia y el rey Carlos hubieron contado al cardenal lo que había hecho el rey de Aragón, éste se maravilló y se persignó más de cien veces y dijo:

—¡Ay, Dios! ¡Cuan grande fue el pecado que cometió el santo padre, y nosotros todos, cuando a este señor dejamos de ayudarle! Este es otro Alejandro que ha vuelto a nacer en este mundo.

Y ahora dejaré de hablar del rey de Francia, y del rey Carlos, y del cardenal, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

92. Regreso del rey Pedro a Aragón

Cuando el señor rey de Aragón se hubo despedido del senescal y de los demás, emprendió el camino que Don Domingo de la Figuera le mostrara; y fuéronse por los límites del reino de Navarra, eso es, siempre por tierras del rey de Castilla; y les condujo por el camino por donde sabía que habían de encontrar los caballos. Tal como lo habían hecho a la entrada, asimismo hicieron a la salida. De modo que vinieron a la villa de Soria, y de Soria a Seron, y de Seron a Xauaquello, que es el último de los lugares de Castilla, a las puertas de Aragón. De Xauaquello vinieron a Verdejo, que es el primer lugar que encontraron de Aragón, y en cuanto estuvieron en Verdejo empezaron a preocuparse de sí mismos, y las gentes de Verdejo, que conocieron al señor rey, le dieron una gran fiesta, con mucha alegría, y allí pasaron dos días, y todos los de la comarca lo supieron, y todo el mundo, de a caballo y de a pie, que fuera de aquella región, le atendía y acompañaba, de modo que bien acompañado llegó a Calatayud, y si en algún lugar se dio una fiesta, fue allí que la dieron.

El señor rey mandó a sus correos por todas partes, y especialmente a Jaca, al señor infante, y a todas las gentes principales de Cataluña y de Aragón, y a los ciento cincuenta caballeros de la batalla, para que estuviesen en Zaragoza «el décimo día después que habréis recibido las cartas, que él estará en Zaragoza, donde celebrará cortes». Así lo mandó decir por todo Aragón, y si antes visteis juegos y fiestas, mayores fueron las que se dieron en Jaca por el señor infante y por todos los que con él estaban. E hicieron una gran procesión, en la que estuvieron todos los prelados de Cataluña y Aragón, loaron y bendijeron a Dios por la gran merced que había concedido a su se-

ñor, que de tan gran peligro le había hecho escapar y volver con gran honor, que para siempre sería lo hecho honor y prez para la casa de Aragón. Cuando esta fiesta se hubo celebrado, cada uno pensó en ir adonde le viniera en gana, con tal de que en el día convenido estuviera en Zaragoza. El señor infante Don Alfonso y la mayor parte de los ricoshombres, caballeros y prelados fueron hacia Calatayud con el señor rey. Y no me pidáis tampoco detalles de la fiesta que mi señora la reina y los infantes dieron, y todos los de Zaragoza, cuando tuvieron noticia de todo. Pero los que estaban en Jaca, en Zaragoza y en todo el territorio, estaban con gran temor porque no sabían dónde estaba su señor, ni pudieron averiguarlo de por sí, de modo que nada tenía de extraño que estuvieran inquietos.

Ahora dejaré de hablar del señor rey y volveré a hablar del almirante.

93. Sitio del castillo de Malta y toma de Lípari

Cuando el almirante hubo ganado la batalla de Malta y hubieron terminado las fiestas de Mesina, como antes habéis oído, se dispuso a armar treinta galeras, al tener noticia de que, en Nápoles, se estaban armando cuantas había, y así, él quería estar aparejado, de modo que mandó armar las treinta galeras. En cuanto las tuvo armadas, recibió noticias de que las de Nápoles tardarían todavía un mes en estar dispuestas, y que en unas catorce de ellas iban a embarcar condes y otros señores de estandarte con mucha caballería, y que los caballos irían en barcas de cruz y en las mismas galeras.

De modo que acertó al pensar que no hacía falta que pasara aquel mes esperando, sin hacer nada, y llamó a su cuñado Don

Manfredo Lanza, y le dijo que pensara en subir en las galeras con cien caballeros y mil almogávares y cien hombres de mar, y que todos fuesen con sus tiendas y llevasen cuatro trabucos, que irían al castillo de Malta y lo tendrían sitiado hasta que lo conquistaran.

Y tal cual lo ordenó así se hizo, y subieron a las galeras y se fueron al castillo de Malta, y le pusieron sitio, y los trabucos empezaron a disparar. Y cuando el almirante les hubo puesto en tierra, ordenó que los de la ciudad de Malta y de la isla trajeran cuanto tenían para vender, al sitio, y lo mismo ordenó a los del Goi. Y todos lo cumplieron de muy buena voluntad, pues tenían gran temor de ser saqueados por los del castillo. De modo que el almirante, cuando los hubo ordenado y hubo dejado de jefe a Don Manfredo Lanza, que era caballero muy bueno y de gran valía, decidió marcharse, dejándoles dos leños armados y dos barcas armadas para que pudiesen avisarle de inmediato si algo les hacía falta, y puso rumbo a Trápani, y visitó y reforzó toda la costa y, tierra adentro, llegó hasta Lípari. Y en Lípari mandó desembarcar a su gente y les ordenó combatir la villa, y al final, los de Lípari, que se dieron cuenta de su gran poder, con el que el almirante les podía destrozar, se rindieron al rey de Aragón y al almirante por él. El almirante entró con toda su gente y tomó juramento y homenaje de todos, y refrescó a toda su gente. Y mandó dos leños armados para adquirir noticias, y cada uno se fue por un lado. Por otra parte, mandó también dos barcas armadas con hombres armados de Líper, que fue a inquirir noticias de la armada de Nápoles.

Y ahora dejaré de hablaros de él y volveré a hablar del rey de Aragón.

94. El rey Pedro en Zaragoza y Barcelona

Cuando el señor infante Don Alfonso, los ricoshombres, caballeros y prelados estuvieron con el señor rey en Calatayud, recibieron, unos de otros, grandes satisfacciones, y Don Domingo de la Figuera y Don Bernat de Peratallada les contaron todo cuanto les había ocurrido, que les pareció una gran cosa, y alabaron a Dios, que les había permitido escapar de todo ello. Entonces, el señor rey, junto con todos, se vino a Zaragoza, y fue muy grande la fiesta que mi señora la reina y los infantes dieron a toda la gente. De modo que la fiesta fue muy grande y duró cuatro días, en los que nadie se ocupó de nada.

Cuando la fiesta hubo terminado, el rey mandó que, al segundo día, todo el mundo fuese al parlamento. Aquel día vino el noble Don Gilberto de Cruïlles de Burdeos y trajo todas las cartas que se hicieron en el campo selladas por el senescal, de lo cual el rey y todo el mundo tuvo gran satisfacción. Y contó lo que el rey de Francia y el rey Carlos habían hecho cuando supieron lo que había ocurrido, y cómo pasaron la noche en vigilancia y se fueron al día siguiente, de todo lo cual se rieron bastante el rey y todos los demás.

En el día que el señor rey había designado, todo el mundo estuvo en el parlamento, y cuando todos estuvieron reunidos, el señor rey les exhortó y les dijo muy buenas palabras, y les contó todo cuanto le había ocurrido desde que salió de Port Fangos, y les explicó cómo él había estado en la batalla y cómo los otros faltaron, y cómo daba muchas gracias a cuantos debían entrar con él en el campo, puesto que con tanto agrado habían comparecido. Díjoles luego que él pensaba mandar a la reina y al infante Don Jaime y al infante Don Federico con ella a Sicilia por dos motivos: el primero, porque toda la gente de Sicilia se sentiría muy satisfecha y se creería más segura, y por otra, porque creía que a la reina le causaría gran satisfacción, de modo que les rogaba que sobre esto le aconsejaran. Por otra parte, les dijo que tenía noticia de que el papa había dado sen-

tencia contra él y declarado la cruzada, y que el rey de Francia había prometido ayuda al rey Carlos, cosa de la que se maravillaba mucho:

—Por los convenios tan firmes que existen entre nos y él, por lo que pensamos que nada ha de poder hacer, por lo que igualmente os pedimos consejo sobre estos asuntos.

Una vez dicho esto, el señor rey se sentó.

Levantóse el arzobispo de Tarragona y contestó a todo lo que el señor rey había dicho, y elevó grandes loores y gracias a Dios, que de tantos peligros le había hecho escapar. Y asimismo contestó al hecho de que mi señora la reina con los dos infantes fuesen a Sicilia, cosa que le parecía bien, y dio muy buenas razones por las cuales así debía hacerse. Por otra parte, en cuanto al papa y al rey de Francia, le pareció acertado que se mandasen mensajeros sabios y honrados cerca del papa y de todos los cardenales, y otros mensajeros al rey de Francia.

—Y a cada uno ordenaréis que digan, de vuestra parte, lo que decidiréis en vuestro consejo.

Cuando el arzobispo hubo hablado, se levantaron los ricos-hombres de Aragón y de Cataluña, y otros prelados y caballeros, y ciudadanos y síndicos de las villas y lugares, y todos dieron por bueno lo que el arzobispo había dicho, y lo ratificaron. Con esto la corte se disolvió con gran alegría y la mayor concordia; y el señor rey hizo grandes donativos a todos los ciento cincuenta caballeros que habían venido a Jaca para entrar en la batalla; y les satisfizo todos cuantos gastos habían hecho, tanto en caballos como en arneses, como en dispendios para ir y volver a sus respectivos lugares. De este modo cada uno se volvió a su lugar, satisfecho y alegre del señor rey, y así debía ser, pues nunca hubo señor que tanto se preocupara de sus vasallos como él lo hizo y a cada uno según su valía. Asimismo, Don Domingo de la Figuera hizo devolver los veintisiete caballos al ca-

ballerizo del señor rey, y aquéllos y doscientos más dio el señor rey a otros ricoshombres y caballeros que habían venido de Cataluña y de Aragón y del reino de Valencia para honrarle y que no habían obtenido albalá para entrar en el campo. De manera que ¿qué os diré? Que en ningún caso ningún hombre que hubiese venido a Jaca se tuvo por mejor pagado de como lo hizo el rey, que a todos hizo ricos presentes, y los mejores fueron para los ciento cincuenta caballeros. Y así todos partieron satisfechos y alegres y cada uno se volvió a su tierra alegre y satisfecho.

El señor rey se quedó con mi señora la reina y con los infantes en Zaragoza, y pasados ocho días ordenó que la reina, junto con los infantes, excepto el infante Don Alfonso, «que se iría con nos», se fuesen a Barcelona, que allí embarcarían. De todo lo cual, mi señora la reina se sentía, por un lado, muy alegre, y, por otro, muy disgustada, pues tenía que separarse del señor rey. Pero el señor rey le prometió que lo más pronto que pudiera iría también, y esto la consoló. Y así fue que el señor rey y el señor infante Don Alfonso se fueron a Barcelona, pasando por Lérida. Y en cada lugar era grande el festejo que le hacían, pero la fiesta grande fue la que se hizo en Barcelona, que fue la mayor que nunca se hiciera, que, a todas horas, durante ocho días, no se hacían más que juegos y bailes.

En cuanto el señor rey estuvo en Barcelona mandó mensajes a todos los barones de Cataluña y a los caballeros, ciudades y villas para que, después de quince días de la fecha de las cartas, estuviesen en Barcelona. Y así se cumplió, tal como él ordenó. Y cuando el señor rey de Mallorca supo que el señor rey estaba en Barcelona, vino a verle, y fue muy grande el agasajo que ambos hermanos se hicieron. Y el día en que la corte fue convocada, el señor rey mandó reunir cortes generales en el palacio real de Barcelona[25]; y dijo todo aquello, sin más y sin menos, que había dicho en la corte de Zaragoza, e igualmente le fue con-

testado lo mismo que en la corte de Zaragoza, y, de este modo, quedó confirmado. Igualmente el señor rey dio muchos dones y gracias a los ricoshombres, caballeros y ciudadanos y hombres de las villas, de modo que todos partieron alegres y satisfechos.

El señor rey, con su consejo, ordenó a los mensajeros, muy honrados y sabios, que mandó al papa, e igualmente decidió a quién mandara al rey de Francia. Cuando fueron elegidos, les hizo dar dinero en abundancia para los gastos y les hizo abastecer honorablemente de todas las cosas y les entregó bien especificados los capítulos y cuanto debían llevarse, y se despidieron de su señor y se fueron en buena hora.

95. La reina y los infantes embarcan para Sicilia

Cuando el señor rey hubo despachado a los mensajeros, pidió a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol que viesen de armar la nave de Don Pedro del Vilar, que tenía por nombre la «Bonaventura», y otra nave de las mayores que había en Barcelona después de aquélla y que las encorasen y metieran en cada una doscientos hombres de combate, los mejores que hubiese en Barcelona, y que pusieran arietes[26] y áncoras con cabrestante, y castillos levadizos y que encorasen y armasen las gavias y todo cuanto en una nave armada fuese menester; y que armase cuatro galeras y dos leños y dos barcas armadas y que todos juntos fuesen en conserva, pues él quería enviar a la reina y al infante Don Jaime y al infante Don Federico con ella a Sicilia y que quería mandar a cien caballeros con ellos, «aparte aquellos que pertenecen a sus casas», y, además, aparte los marineros, a quinientos ballesteros bien pertrechados y a quinientos servidores, para que las naves y las galeras estuvieran bien

aparejadas y sirvieran de refresco para la isla de Sicilia. Tal y como lo mandó, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol lo cumplieron, y seguramente mejor aumentaron que disminuyeron nada, más aún cuando a ellos había sido dado el cargo de capitanes. Cuando todo estuvo armado y aparejado, como el rey había mandado, mi señora reina y los infantes llegaron y se les hizo una gran fiesta, y el señor rey mandó que, con la gracia de Dios, embarcaran, y seguidamente lo hizo todo el mundo.

Cuando todos estuvieron embarcados, mi señora la reina se despidió en la cámara del señor rey, y todo el mundo puede imaginar cuál fue la despedida que se hicieron, pues jamás hubo tanto amor entre marido y mujer como el que siempre existió entre ellos. Cuando la señora reina se hubo despedido del señor rey, los dos infantes entraron juntos en la cámara y se echaron a sus pies. El señor rey levantóles, les santiguó y les bendijo muchas veces y les dio su gracia y bendición y les besó en la boca y les dijo muy certeras palabras, especialmente al señor infante Don Jaime, que era el mayor y que entonces tenía, y tiene todavía, seis años más que el infante Don Federico, y era ya de muy buen juicio y muy sabio y entendido en las cosas buenas, que de él puede decirse lo que dice el refrán en Cataluña «que la espina, como tiene que pinchar, ya nace aguda», que en su juventud ya era sabio, porque sabio tenía que ser, y si entonces lo parecía, luego lo ha demostrado y lo demuestra todos los días; que nunca ha nacido príncipe más sabio, ni mejor educado, ni más cortés, ni mejor en armas, ni en todo como él ha sido, y es todavía, y será para muchos años, si Dios quiere, que Dios le dará larga vida. De modo que el señor infante Don Jaime comprendió bien y puso en obra las buenas palabras que el señor rey su padre le dijo, e igualmente el infante Don Federico, que con el juicio que tenía retuvo lo que el señor rey les dijo. Y puede decirse, igualmente, lo que del infante Don Jaime he dicho: que cada uno de ellos son tan buenos delante de

Dios y del mundo y delante de los pueblos y sus vasallos que el mundo no puede nombrar ni encontrar otros que sean mejores.

Cuando el señor rey les hubo dado su gracia y bendecido, les besó de nuevo en la boca y ellos le besaron los pies y las manos y salieron de la cámara. El señor rey permaneció sólo en la cámara por lo menos cuatro horas del día, que no quiso que nadie entrara. Y lo mismo hizo la reina en otra habitación, con el señor infante Don Alfonso y con el señor infante Don Pedro; y les santiguó y bendijo muchas veces y les dio su gracia y sus bendiciones y les besó en la boca más de cien veces, y ellos se inclinaron y besáronle los pies y las manos e hicieron gran aprecio de las buenas palabras y de las advertencias que les dio.

Cuando todo esto estuvo hecho, el señor rey de Mallorca y los condes y barones y prelados, caballeros y ciudadanos, salieron todos del palacio. Y la señora reina les dijo que entrasen en el suyo, que ella quería pedirle gracia a mi señora Santa Eulalia y a San Olegario. Y así entraron en el suyo, y ante Santa Eulalia y San Olegario, el arzobispo de Tarragona y ocho obispos que había rezaron una oración muy buena sobre la cabeza de la reina y de los infantes.

Después de todo esto, cumplidas las oraciones de mi señora reina, con las caballerizas dispuestas, se fueron hacia el mar. Y el señor rey de Mallorca llevó del diestro a mi señora la reina a caballo, y a pie le llevaban del diestro el conde de Ampurias, y el vizconde de Rocaberti, y Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, y otros ricoshombres de Cataluña y Aragón hasta el número de cincuenta (que iban a pie a su alrededor), y los consejeros de Barcelona, y muchos otros ciudadanos y luego todo el pueblo de Barcelona, tanto hombres como mujeres y doncellas y niños, que todos lloraban y rogaban a Dios por mi señora la reina y por los infantes, para que les guardase de todo contratiempo y les llevase sanos y salvos a Sicilia. ¿Qué os diré? Que

muy duro había que tener el corazón para no llorar en aquella ocasión.

De este modo, cuando llegaron a la orilla del mar, el señor rey de Mallorca descabalgó y ayudó a apearse a mi señora la reina y la hizo entrar en una barca empavesada y, con ella, los dos infantes que iban con los dos que se quedaban, y aquí veréis la compasión que daba, que no los podían separar hasta que el señor rey de Mallorca entró en la barca y, llorando, los separó y puso en la barca al señor infante Don Jaime y al señor infante Don Federico con mi señora la reina, y en cuanto los tuvo allí subió a la barca con el conde de Ampurias y Don Dalmacio de Rocaberti y Don Ramón Folc, vizconde de Cardona. Y ordenaron bogar, y en cuanto comenzaron a bogar, mi señora la reina se volvió, y santiguó y bendijo a sus hijos, y luego a toda la gente y finalmente a todo el país. Y los marineros bogaron y se fueron hacia la nave mayor, que tenía por nombre la «Bonaventura».

Cuando mi señora la reina y los infantes se hubieron alejado de tierra, hicieron embarcar a las damas y doncellas en otras barcas que estaban preparadas y a los ricoshombres y caballeros para honrar y acompañar; y con la gracia de Dios, fueron llegando todos a la nave. Y mi señora la reina y los infantes subieron a la nave y el señor rey de Mallorca y el conde de Ampurias y el vizconde de Rocaberti, con ellos; y luego subieron las damas y las doncellas que iban con mi señora la reina, y la demás gente, Don Ramón Marquet la repartió entre la otra nave y las galeras.

Cuando todos estuvieron embarcados, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol se acercaron al señor rey de Mallorca y le besaron la mano, diciéndole:

—Señor: Santiguadnos y bendecidnos a todos, y bajad en tierra y permitid que nos vayamos, con la gracia de Dios.

Con esto el señor rey de Mallorca se despidió de mi señora la reina, llorando, y luego de los infantes; y les santiguó y bendijo y les dio su bendición con mucho cariño, llorando, y el conde y el vizconde y Don Ramón Folc hicieron otro tanto. Cuando se hubieron despedido, salieron de la nave, que estaba desamarrada, y los infantes en la parte central de la antena, y el piloto pasó a saludar, y cuando hubo saludado mandó izar velas y de inmediato la nave se puso a la vela. Y hubierais oído los gritos que llegaban de la playa, donde todo el mundo gritaba:

—¡Buena ventura! ¡Buena! —que parecía que todo el mundo resonara.

Cuando hubiéronse hecho a la vela, el señor rey de Mallorca se volvió a tierra, y los barones y ricoshombres y caballeros cabalgaron y se fueron al palacio, donde encontraron que el rey estaba todavía en la cámara con los dos infantes que estaban con él, a saber, el infante Don Alfonso y el infante Don Pedro. Y cuando el señor rey supo que el señor rey de Mallorca había llegado, y los condes y los barones, salió de la cámara, y sonaron las trompetas y fueron a comer. Y cada uno se esforzó en distraer y alegrar al señor rey y a los infantes, y cuando hubieron comido, levantaron la mesa y entraron en otra sala, donde acudieron juglares de diferentes clases, que les alegraron. ¿Qué os diré? Así pasaron todo aquel día.

Y a ellos tengo que dejar estar, para hablar de mi señora la reina, de los infantes y de su armada.

96. El buen viaje que hizo la reina

Cuando las naves y las galeras y los leños armados se hubieron hecho a la vela, aquel señor que guió a los tres Reyes y les mandó la estrella que les guiaba, igualmente mandó Dios a es-

tas tres personas la estrella de su gracia, eso es, a mi señora la reina y al señor infante Don Jaime y al señor infante Don Federico. Y éstas son las tres personas que podéis comparar a los tres Reyes que fueron a adorar a Jesucristo, de los cuales uno tenía por nombre Baltasar, el otro Melchor y el otro Gaspar.

En cuanto a Baltasar, que fue el hombre más devoto que haya nacido y el más agradable a Dios y a los hombres; lo mismo podemos decir de mi señora la reina, que desde mi señora Santa María no ha nacido señora más devota, ni más santa, ni más agradable que mi señora la reina. Al señor infante Don Jaime podéis compararlo a Melchor, que fue el más justo de los hombres y el de mayor cortesía y verdad que haya nacido, aparte Jesuscristo, y por esto el señor infante Don Jaime se le puede comparar, puesto que tiene todas estas bondades y otras más. Y al infante Don Federico se le puede comparar a Gaspar, que era joven y niño y el hombre más hermoso del mundo y sabio y recto. De manera que, tal como Dios quiso guiar a aquellos tres Reyes, así guiará a estas tres personas y a todos aquellos que con ellos van y que a ellos están y estarán sometidos. Y por esto, desde un principio, en lugar de estrella les dio Dios buen viento, como a pedir de boca, y no les desamparó hasta que sanos, salvos y alegres estuvieron en el puerto de Palermo.

Y cuando los de Palermo supieron que mi señora la reina estaba aquí, y los dos infantes, no hace falta decir si fue grande su alegría, puesto que, cuando todos los de la isla se tenían por desamparados, ahora se tuvieron por seguros. Y enseguida mandaron correos por toda Sicilia; y todos los que estaban en Palermo, hombres y mujeres y niños, salieron a San Jorge, donde tomaron tierra.

97. Fiestas en Palermo

Cuando mi señora la reina y los infantes salieron a tierra, mi señora la reina persignóse y levantó los ojos al cielo y, llorando, besó la tierra y luego fuéronse a la iglesia de San Jorge, y allí oraron ella y los infantes. Entre tanto, vino todo Palermo y se acoplaron más de quinientas cabalgaduras. A mi señora la reina le trajeron un palafrén blanco, manso y hermoso, y pusiéronle la silla de mi señora la reina; y enseguida sacaron, de dos galeras abiertas que había, dos hermosos palafrenes para los infantes, con muy rico arnés. Y luego trajeron tres muías y dos palafrenes que había muy hermosos para mi señora la reina, y luego otros treinta y más, entre mulos y palafrenes que tenían, para las damas y doncellas que venían con mi señora la reina, cada uno con su bonito arnés. Y después trajeron, ya sea de las galeras o de la otra nave en la que no iba la reina, hasta cincuenta caballos de España, hermosos y buenos, que eran de los caballeros que venían con mi señora la reina y con los infantes.

Cuando todo esto estuvo en tierra, los barones y los caballeros y los hombres buenos de Palermo, y las damas, doncellas y niños, se acercaron a mi señora la reina y a los infantes para besarles los pies y las manos; y aquellos que no se podían acercar, besaban la tierra, y todos gritaban:

—¡Felicidades a mi señora la reina y a los señores infantes!

Y la alegría era tan grande y el ruido de trompetas y de nácaras y de címbalos y de todos los demás instrumentos, que parecía que se mezclaban el cielo y la tierra.

De este modo mi señora la reina cabalgó y el señor infante Don Jaime la llevaba del diestro a caballo; y micer Aleneip, y micer Juan de Calatagiró, y micer Pedro de Calatagiró, y micer Mateo de Térmens, y muchos otros ricoshombres a pie la lle-

vaban. Luego iba toda la gente de Palermo, cantando y bailando y alabando y glorificando a Dios que los había traído. Después cabalgó el infante Don Federico, que iba del otro lado de mi señora la reina. Y después todas las damas y doncellas que con ellos vinieron y los caballeros y todos aquellos que eran de sus casas. De modo que no cabalgó ninguna persona fuera de mi señora la reina y los infantes y aquellos que con ella habían venido; que todos los demás iban a pie.

Y así, con tal alegría, se fueron al palacio real, y antes de que fueran al palacio real, mi señora la reina quiso que fuesen a la iglesia mayor del arzobispado y que hicieran reverencia y rindieran honores a mi Señora Santa María; y así se hizo. Y cuando estuvieron a la puerta de la iglesia, mi señora la reina ordenó que sólo descabalgase ella y los dos infantes y dos damas. Y entraron dentro ante el altar de mi Señora Santa María, a la que hicieron su oración; y volvieron a cabalgar, y con aquella alegría se fueron a palacio. Cuando hubieron descabalgado ante el palacio, mi señora la reina entró en la capilla de palacio, que es de las más ricas del mundo, e igualmente, ella y los infantes, hicieron su oración; y luego subieron a las cámaras y se arreglaron y compusieron.

Tocaron después las trompas y se fueron a comer, y todo quien quería comer podía hacerlo, y mandaron a las naves y a las galeras tal cantidad de revituallamiento que les bastó para ocho días. ¿Qué os diré? Que la fiesta duró por lo menos ocho días, en los que nadie hizo otra cosa que danzar y alegrarse. Y lo mismo hicieron en toda Sicilia.

98. Noticias para el rey Don Pedro

En cuando hubieron tomado tierra la reina y los infantes y fueron recibidos con estas fiestas y trasladados a palacio, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol mandaron los dos leños a Cataluña, cada uno de por sí, con cartas, en las que daban a conocer el día en que habían tomado tierra en Palermo y cómo habían sido recibidos, qué tiempo habían tenido y cómo todos estaban sanos y alegres. Los dos leños partieron de Palermo y fueron a Cataluña sanos y salvos, y tomaron tierra en Barcelona, donde encontraron al señor rey, que había prometido que jamás saldría de aquella ciudad mientras no recibiera sus noticias. De modo que los dos leños vinieron a Barcelona y dieron las cartas al señor rey, y cuando el señor rey las hubo leído, y los del leño hubieron contado cómo habían llegado sanos y salvos y los agasajos que les hicieron, el señor rey mandó hacer una procesión de gracias a nuestro señor Dios por aquella gracia que le había concedido.

Y así he de dejar de hablaros del señor rey y volveré a hablaros de mi señora la reina y los infantes.

99. Cortes en Palermo y Mesina

Ocho días había durado la fiesta en Palermo, y cuando mi señora la reina y los infantes se hubieron repuesto de las fatigas del mar, mi señora la reina celebró consejo con micer Juan de Prócida (que era uno de los hombres más sabios del mundo y había venido con ella) y con otros ricoshombres y caballeros que con ella habían venido y con Don Conrado Lanza, que también había venido con ella y con el infante Don Jaime; y ella con él, reuniéronse en consejo y preguntóles qué le aconsejaban que hiciera. Y micer Juan y los demás le aconsejaron

que mandara cartas a todas las ciudades y villas de la isla para que mandasen síndicos y procuradores a Palermo:

—Que dentro de los diez días después de recibida la carta vuestra estén en Palermo para que estén en la corte que pensáis reunir; y asimismo los ricoshombres y caballeros de Sicilia. De este modo, cuando los tendréis reunidos, les diréis lo que convenga decirles.

Y mi señora la reina y el señor infante Don Jaime tuvieron por bueno este consejo, y así se cumplió.

Cuando llegó el día que les fue señalado, todos estuvieron en Palermo, y aquel día se reunieron todos en general en la Sala Verde de Palermo, y allí se dispuso el sitial de mi señora la reina y los infantes, y luego de los ricoshombres y los caballeros, y después todos los demás se sentaron en el suelo, donde se habían extendido tapices. La noche anterior mi señora la reina y el señor infante habían llamado a micer Juan de Próchida, y dijéronle lo que debía decir, y que hablase él por mi señora la reina y por los señores infantes; y que presentase las cartas que el señor rey de Aragón mandaba a toda la comunidad de Sicilia en general e igualmente en particular a cada lugar y a los ricoshombres.

Cuando todos estuvieron reunidos, levantóse mi señora la reina y díjoles:

—Barones, micer Juan de Prócida os hablará en lugar nuestro, de manera que oíd lo que os va a decir y tenedlo como dicho por nos personalmente.

Y volvió a sentarse. Y micer Juan levantóse y, como era uno de los más sabios hombres del mundo, dijo:

—Barones: Mi señor el rey de Aragón os saluda largamente y os remite esta carta a toda la comunidad de Sicilia en general.

Hizo leer la carta, y cuando la hubieron leído comprendieron lo que les mandaba decir.

—Y yo, después, en lugar de mi señora la reina y de los infantes, he de deciros lo que ella querrá que os diga.

Y, enseguida, dio la carta a micer Mateo de Términs, quien se la puso en la cabeza y después, con gran reverencia, besó el sello y la abrió en presencia de todos; y cuando estuvo abierta, la leyó de tal manera que todo el mundo la pudiera oír.

La sustancia de la carta era la siguiente: que él les daba su gracia y les hacía saber que les mandaba la reina Constanza, su esposa y señora natural de ellos: y que se la mandaba y les decía que la tuviesen como señora y reina, que la obedeciesen en todas las cosas y que la amasen. Y que, además, les mandaba al infante Don Jaime, hijo suyo, y al infante Don Federico, igualmente hijo suyo; y que les recomendaba y mandaba que, después de la reina y de él, guardasen y tuviesen al infante Don Jaime, hijo suyo, por cabeza principal y señor en lugar suyo y de la reina su madre. Y por esto, como la reina no podría estar todos los días y todas las horas en consejo, en su lugar tramitasen y ordenasen y librasen consejo y todas las cosas con el infante Don Jaime; y que sin contar con él no hicieran cosa alguna, a menos que fuese la reina, o él por ella, quien les diera poder para hacerlo, y que creyeran que ellos encontrarían tanta gracia en dicho señor infante que tendrían que sentirse por muy satisfechos.

Cuando hubieron leído la carta, levantóse micer Aleneip y dijo en nombre de todos:

—Señora reina, sed bienvenida: y bendita sea la hora en que vos llegasteis entre nosotros junto con los infantes; y bendito sea nuestro señor rey de Aragón, que para nuestra guarda y defensa a vos os ha mandado. Por lo que todos rogamos a Nuestro Señor y verdadero Dios, Jesucristo, y a su bendita Madre y a todos los benditos santos, que él dé vida al señor rey, y a vos señora, y a todos vuestros hijos; y que a nosotros acorte los

días y os los alargue en buena vida a vosotros, y que Dios nos ayude a nosotros y a todos vuestros pueblos. Así os recibimos, señora, por todos nosotros y por aquellos que aquí no se encuentran, de parte del señor rey, por señora nuestra y por reina para hacer y decir todo cuanto vos mandareis. Y así recibimos a los infantes como aquellos que habrán de ser señores nuestros, y después de vos y del señor rey, mayormente recibimos al infante Don Jaime por jefe mayor y señor en lugar del señor rey y vuestro. Y para mayor firmeza, yo lo juro por Dios y los santos Evangelios, por mí y por toda la comunidad de Sicilia, que mantendré y cumpliré todo lo que he dicho.

Y así lo juraron todos cuantos estaban presentes en aquella corte, por ellos y por los lugares cuyo sindicato ostentan. Y en cuanto lo hubo jurado, levantóse y fue a besar la mano a mi señora la reina y a los infantes, y cada uno de los síndicos y los ricoshombres, caballeros y ciudadanos honrados hicieron otro tanto.

Y cuando esto se hubo hecho, levantóse por mi señora la reina dicho micer Juan de Prócida, y díjoles:

—Barones: Mi señora la reina da muchas gracias a Dios y a vosotros por la mucha buena voluntad que le habéis demostrado, y os promete que siempre, tanto en general como en particular, os amará y os honrará y os ayudará con el señor rey y con sus hijos en todo aquello que pueda y que sea bueno y honesto; y os ruega y os ordena que, de ahora en adelante, miréis al señor infante Don Jaime así como señor vuestro, en lugar del señor rey su padre y de ella, por cuanto como no es adecuado que ella vaya por las tierras, será él quien habrá de visitar todos los lugares así como señor, y tendrá que ir en las guerras y en los negocios, tanto en los hechos de armas como en otros peligros. Que estos nuestros infantes son de una casa tal que desde todos los tiempos de nada se precian tanto como de ser buenos en las armas, y así lo han sido sus antecesores y así lo

mantendrán ellos y todos los que de ellos descenderán. Por lo que es necesario que toméis guardia y cuidado de ellos, y especialmente del infante Don Jaime, que desde ahora intervendrá en los negocios y en las guerras, puesto que el infante Don Federico es tan pequeño y de tan pocos días que no queremos que se separe de nos hasta que sea mayor.

Levantóse el citado micer Aleneip, y contestó por todos a mi señora la reina y a los infantes que todo así se cumpliría, Dios mediante, tal y como mi señora la reina mandaba.

—En forma que Dios y nuestro señor el rey, y vos, mi señora, y los infantes, y todos vuestros amigos y sometidos, se sentirán satisfechos.

Después de esto, mi señora la reina santiguóles y bendijo a todos, y les dio su gracia y su bendición.

Y levantáronse todos y cada uno volvióse a su tierra con gran alegría y gran satisfacción. Y micer Juan dio a cada uno las cartas que en particular iban dirigidas a cada lugar y a cada ricohombre.

100. Viaje a Mesina y toma del castillo de Malta.

Mi señora la reina y los infantes, con su séquito, se fueron por tierra, a cortas jornadas, a Mesina, y en cada lugar, a su paso, les hacían festejos verdaderamente sorprendentes. De modo que vinieron a Mesina y, con ellos, vinieron los quinientos ballesteros y los quinientos almogávares, por tierra, con todas sus armas, y todos los caballeros, con sus armamentos y los caballos al diestro, y era tan bonito verles que todo el mundo hacía grandes esfuerzos para conseguirlo y a todos proporcionaban una gran alegría. Si en Palermo se les hizo fiesta grande, mu-

cho más lo fue la de Mesina, sin comparación alguna, puesto que duró más de quince días, durante los cuales no hubo nadie que hiciera nada. Dentro de aquellos días llegó la noticia de que el noble Don Manfredo Llança había tomado el castillo de Malta, que se le rindió a su merced, con lo que seguramente mejoró la fiesta, y mi señora la reina y los infantes tuvieron gran satisfacción, y así debió ser, pues el castillo es real y bueno y le sienta a la isla de Sicilia como la piedra al anillo.

Cuando hubo pasado la fiesta, mi señora la reina convocó cortes en Mesina, de la gente de la ciudad y de la llanura de Millás y de la costa hasta Taurnina. Y cuando todos estuvieron reunidos con mi señora la reina y los infantes, micer Juan de Prócida les dijo muy buenas palabras y les dio gran consuelo y alegría, de modo que todos partieron satisfechos de mi señora la reina y de los infantes.

Ahora dejaré de hablar de ellos y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

101. El rey Pedro en Barcelona

Cuando mi señora la reina y los infantes se hubieron hecho a la vela desde Barcelona, el señor rey de Mallorca estuvo ocho días con el señor rey de Aragón y los ricoshombres y barones. Pasados los ocho días, el señor rey de Mallorca se despidió del señor rey de Aragón y volvióse a Perpiñán, y con él se fue el conde de Ampurias y Don Dalmacio de Rocaberti, puesto que son vecinos, y después que ellos se hubieron ido, se fueron también todos los ricoshombres de Cataluña y Aragón.

Y el señor rey quedóse en Barcelona, pues había decidido no apartarse de allí hasta que recibiera noticias de mi señora la reina y de los infantes. Y así se cumplió, como antes ya habéis oído, cuando recibió noticias por los dos leños armados; cosa que enseguida comunicó al señor rey de Mallorca y a todos los ricoshombres de su reino y a las ciudades y villas, a fin de que hicieran procesiones y alabasen a Dios.

102. Entrevista del rey Pedro con el rey de Castilla

Cuando el señor rey hubo recibido buenas noticias, fue visitando sus reinos y se fue a ver a su sobrino el rey de Castilla, que le mandó rogar, cuando supo que estaba en Aragón, que se viera con él. Y así fue, que se vieron juntos en Farissa y allí se dio una gran fiesta y particularmente el rey de Castilla tuvo gran gozo y alegría de ver a su tío. Y una vez pasada la fiesta, el señor rey de Aragón le introdujo en una cámara, y le dijo:

—Sobrino: Supongo, que vos habréis oído cómo la Iglesia, sin ninguna razón, ha dado sentencia contra nos. Esto ha ocurrido porque el papa es francés, de modo que, como es de la misma nación que el rey Carlos, le concederá toda clase de favores y ayudas, y podéis daros cuenta, además, puesto que, sin citarnos, nos ha condenado. Igualmente el rey de Francia, cuñado nuestro, que tenía con nosotros firmes convenios, ha concedido su apoyo y ayuda al rey Carlos, su tío; y bien claro nos demostró su ánimo viniendo contra nos a Burdeos para acompañar al rey Carlos con doce mil caballos armados. De manera que veo como cosa segura que se nos viene por la espalda la guerra con la Iglesia y con Francia, y por esto quiero saber de vos cuál es vuestro parecer en este asunto.

El rey de Castilla respondió:

—Tío y señor: todo esto que me acabáis de contar me consta por cierto que así es. Entre otras cosas es por esto que requerí vuestra visita; he oído decir que les habéis mandado mensajes, y estoy convencido de que los mensajeros os traerán noticias de guerra; y yo, tío y señor, os prometo, por los convenios que existen entre vos y yo, y que además, desde ahora, os confirmo con juramento y homenaje de boca y de manos[24] que yo no os fallaré ni de persona ni de nuestra tierra, y que me tendréis en vuestra ayuda con todo mi poder, contra todas las personas del mundo. De manera que cuando vuestros mensajeros hayan vuelto hacednos saber qué es lo que os han traído; y si os traen la guerra, preparémonos, pues me parece que entre vos y nos, y el rey de Mallorca y el rey de Portugal, nos podremos defender de ellos, e incluso creo que si lo emprendemos con coraje, les podremos quitar Navarra enseguida, y más, más adelante. De modo que, tío y señor, confortaos y estad alegre y satisfecho.

Sin duda él decía verdad, pues si estos cuatro reyes de España que él nombró y que son de una misma carne y una misma

sangre, se mantuvieran juntos, poco temieran ni valoraran todo el demás poder de este mundo.

Cuando el señor rey de Aragón oyó hablar así a su sobrino el rey de Castilla, levantóse y besóle más de diez veces, y le dijo:

—Sobrino: Esta esperanza tenía yo puesta en vos; y estoy muy satisfecho y os doy las gracias por el ofrecimiento que me habéis hecho y tengo la seguridad de que me lo cumpliréis.

Después de estas palabras se separaron el uno del otro, y se despidieron muy cariñosamente, tal cual un padre puede separarse de su hijo. Y el rey de Castilla volvióse a su reino; y el rey de Aragón siguió visitando su reino, donde nada nuevo pensaba hacer en tanto no volviesen los mensajeros que había mandado al papa y al rey de Francia.

Y de este modo he de dejar de hablaros del rey de Aragón y he de volver a hablaros del rey de Francia y del rey Carlos y del cardenal.

103. El papa nombra nuevo rey de Aragón

Una vez pasada la fiesta que hicieron en Tolosa al rey de Francia y al rey Carlos, tuvieron éstos consejo con el cardenal y con monseñor Don Felipe y con monseñor Don Carlos, hijos del rey Francia, para decidir qué harían. Y decidieron que el rey Carlos y el cardenal fuesen a ver al papa, y que se llevasen al hijo menor del rey de Francia, que se llamaba Carlos, a quien el papa haría donación del reino de Aragón, y le pondría la corona en la cabeza. Y así se hizo, pero de todo lo cual mucho se sintió molesto monseñor Don Felipe, su hermano, que quería mucho más a su tío el rey de Aragón que a hombre alguno de este mundo, aparte de su padre; pero, en cambio, jamás su hermano Carlos mostró afecto ninguno por la casa de Aragón. De

manera que el rey de Francia volvióse a París y el rey Carlos y el cardenal con monseñor Don Carlos, al que se llevaron, se encaminaron hacia Roma para ver al papa, y cuando estuvieron allí, el papa le hizo donación del reino de Aragón y le puso la corona en la cabeza con grandes fiestas y grandes cortes que se congregaron. Y podemos repetir el refrán tan conocido en Cataluña, que uno dice: «Quisiera que tal cosa fuese nuestra», y el otro responde: «Bien se ve que poco os cuesta». Y así se podría decir del papa, que bien se ve que poco le costaba el reino de Aragón cuando tan barato lo vendía. Y en mala hora se hizo aquella donación para muchos cristianos.

Cuando esto estuvo hecho, Don Carlos fuese a Francia con su padre, y el cardenal le acompañó, y a su llegada, el rey dio una gran fiesta. Pero no así monseñor Don Felipe, que le dijo:

—¿Qué hay, hermano? Dicen que os habéis hecho nombrar rey de Aragón.

Y él dijo que así era de verdad, y que él era rey de Aragón, y su hermano le contestó:

—En realidad, mi lindo hermano, lo que vos sois es rey del capelo[27], que lo que es del reino jamás tendréis ni pizca, pues pertenece a nuestro tío el rey de Aragón, que es más merecedor que vos de tenerlo y sabrá defenderlo en forma que pronto habréis de ver que sólo habéis heredado viento.

Con estas palabras se inició una gran disputa entre los dos hermanos, y hubiesen llegado a más si no fuera por el padre, el rey de Francia, que les separó.

Cuando terminó la fiesta, el cardenal dijo al rey de Francia, de parte del papa, que se preparase para atacar en persona al rey de Aragón y que pusiera en posesión de todas aquellas tierras a su hijo, que había sido coronado rey de ellas. Y el rey de Francia dijo:

—Cardenal, pensad en hacernos llegar moneda y haced predicar la cruzada por todas partes y dejad que nosotros cuidemos de los demás asuntos. Nosotros buscaremos gentes de mar y de tierra y mandaremos hacer ciento cincuenta galeras y proveeremos de todo cuanto para el viaje sea menester, y os prometemos como rey que desde el próximo abril en un año habremos entrado en tierras del rey de Aragón con todo nuestro poder.

Después de esto, el cardenal y Carlos, el del capelo, tuviéronse por satisfechos y contentos por lo que el rey de Francia les había dicho, y por lo mismo el rey Carlos, que se había quedado con el papa, buscó por todas partes donde pudiese encontrar caballería y gente con las cuales se pudiese trasladar a Nápoles, y se dispuso a atacar a Sicilia.

Y aquí he de dejarles estar, mientras hacen por todas partes todos sus esfuerzos, y he de volver a hablaros de los mensajeros que el señor rey de Aragón mandó al papa y al rey de Francia.

104. Los mensajeros del rey Pedro al papa

Cuando los mensajeros del rey de Aragón hubieron salido de Barcelona, jornada tras jornada, llegaron donde estaba el papa, y es seguro que ya habéis visto mensajeros del rey de Aragón mejor recibidos en la corte del papa, pero esto les importó poco. De modo que vinieron ante el papa y le hablaron así:

—Santo Padre, el señor rey de Aragón os saluda afectuosamente a vos y a todo vuestro colegio y se encomienda a vuestra gracia.

El papa y los cardenales se callaron y no dijeron nada; y los mensajeros, al ver que sus saludos no obtenían respuesta, dijeron:

—Santo Padre, el señor rey de Aragón os manda decir por medio de nosotros que mucho le sorprende que vuestra santidad haya dictado sentencia contra él y que tan duramente procedáis contra él y su tierra sin que citación le hayáis hecho, cosa que resultó muy extraordinaria, puesto que él está dispuesto, en poder vuestro y de los cardenales, a admitir todo derecho que el rey Carlos o cualquier otro pueda demandar contra él; y esto está pronto y dispuesto a confirmar ante cinco o seis reyes cristianos, que se obligarán en poder de vuestra corte o santidad, y que cumplirá en todo lo que sea de derecho todo lo que le sea demandado por el rey Carlos o por otro. Por esto suplica y requiere de vuestra santidad y de los cardenales que su derecho sea oído y que revoquéis la sentencia que habéis dado, que, salvando vuestro honor, no ha lugar. Y si por acaso no quisiera admitir la razón que profiriese, entonces, como padre santo, habría lugar a que procedieseis contra él (aunque estamos seguros que no habría de salirse de la razón) y la santa Iglesia ya sabe lo que debe hacer.

Y dicho esto se callaron, y el papa respondió:

—Hemos comprendido bien lo que nos habéis dicho, y os contestamos que no cambiaremos ni volveremos atrás lo que hayamos hecho, que en todo cuanto hemos dispuesto contra él hemos procedido con derecho y razón.

Y calló; y levantóse uno de los mensajeros, que era caballero, y dijo:

—Santo Padre, mucho me maravilla la cruel respuesta que nos dais, y bien dais a conocer que sois de la nación del rey Carlos, pues aquí los suyos son escuchados y amados, siendo así que el señor rey de Aragón es quien más ha mejorado la santa Iglesia desde hace cien años a esta parte que entre todos los reyes del mundo, y esto sin socorro ni ayuda de la Iglesia; y todavía hubiese conquistado más si no hubieseis otorgado la in-

dulgencia que disteis contra él y contra quienes vinieran en su ayuda en Berbería; y por la cruzada respuesta que vos le disteis tuvo que abandonar, con grave daño para toda la cristiandad. Por lo que, Santo Padre, por amor de Dios, mejorad vuestra respuesta.

—Y el papa respondió:

—La respuesta es ésta: que otra cosa no haremos.

Después de esto se levantaron todos juntos los mensajeros y dijeron:

—Padre Santo, he aquí las cartas que nos dan poderes para confirmar de parte del rey de Aragón todo cuanto os hemos dicho; plázcaos, pues aceptar su firma.

—No aceptamos nada —dijo el papa.

Después de esto, los cuatro mensajeros, que traían un notario, dijeron:

—Padre Santo, puesto que así nos respondéis, nosotros, en nombre del señor rey de Aragón, apelamos de vuestra sentencia ante nuestro Señor verdadero Dios, y ante el bienaventurado San Pedro. Y de esto requerimos a este notario que levante testimonio.

El notario levantóse, y cogiendo la apelación la puso en forma de escritura pública.

—Y todavía, Santo Padre, protestamos en nombre del señor rey de Aragón, puesto que en vosotros no encontramos merced, que todo el daño que haga él o sus gentes en su propia defensa, caiga sobre vuestra alma y sobre la de cuantos tal consejo os han dado, y que sobre el alma del señor rey de Aragón y de los suyos no recaiga pena ni daño, pues Dios sabe que por su culpa ni de sus gentes nada se hará. Y de esto, escribano, hacednos otra carta. Así se hizo, y el papa respondió:

—Nos hemos procedido con justicia contra vuestro rey, y quien así no lo crea estad seguro que queda en entredicho y

excomulgado, que todo el mundo sabe y debe saber que de la corte del papa jamás salió sentencia que no fuese justa. Y así es verdad que ésta es justa, por lo que, de ahora en adelante, nada cambiaríamos. De manera que ved de marcharos.

Después de esto, los mensajeros se separaron del papa descontentos, volviéndose a Cataluña a ver a su rey, y le contaron cuanto se les había dicho y cuanto ellos habían hecho, y el señor rey levantó los ojos al cielo y dijo:

—¡Padre y Señor! ¡En vuestras manos encomiendo mi persona y mi tierra y en vuestro poder confío!

¿Qué os diré? Que si los mensajeros del papa vinieron con tan mala respuesta, con otra tan mala vinieron los del rey de Francia, que igualmente protestaron. Cuando estuvieron ante el señor rey de Aragón y le hubieron explicado el mensaje, éste dijo:

—Ahora, hágase lo que se pueda, que con tal de que Dios esté con nosotros, no tememos su poder.

Y así no quiero hablar más de estos mensajes, que sería demasiado trabajo si todo lo quisiera contar; pero ya basta con que los explique resumidamente y os diga la sustancia. De modo que he de dejar de hablaros de los mensajeros y del rey de Aragón y volveré al almirante.

105. La llamada «batalla de los condes»

Cuando el almirante hubo tomado Lípari y hubo expedido los dos leños armados y las dos barcas armadas en busca de noticias, a los pocos días volvieron cada uno de por sí y trajeron la noticia de que habían salido de Nápoles treinta y seis galeras con muchos condes y barones, que traían con ellos tal número de barcas que por lo menos transportaban trescientos caballos,

y que por tierra igualmente venía mucha caballería en dirección a la Amantea, con el propósito de tomar tierra en Cefalú, a causa de que el castillo de este lugar, que es uno de los más fuertes de Sicilia, estaba todavía en poder del rey Carlos, pero no la ciudad, que se encuentra al pie de la montaña, de modo que venían con el propósito de prestar socorro al castillo y tomar la ciudad, de modo que, una vez desembarcados, volviesen a la Amantea e hicieran tantos viajes como fuesen necesarios hasta que todos hubiesen pasado. Seguro que así se hubiesen hecho las cosas si Dios no aportaba su ayuda, y la verdad es que muy poco faltó para que no causasen gran daño a Sicilia.

En cuanto el almirante oyó esta noticia hizo tocar la trompa y mandó que se reuniera toda la gente en la popa de las galeras y contóles cuanto había oído, y luego arengóles y les dijo muy acertadas palabras, y finalmente acabó diciéndoles:

—¡Señores! Ya habéis oído cómo mi señora la reina de Aragón, y con ella el señor infante Don Jaime y el señor infante Don Federico, han venido a Sicilia, de lo cual todos debemos sentir gran satisfacción y alegría. De modo que es necesario que nosotros nos portemos de tal manera que, con la ayuda de Dios, cobremos estas galeras y estas gentes que vienen con tanto orgullo, pues cada uno puede imaginar que allí donde están ocho condes y seis otros señores con pendón propio, cuánto orgullo y coraje ha de haber. Por lo que ahora es necesario que cada uno duplique su ánimo, pues gran honor hemos de alcanzar combatiendo con tan brava gente.

Y todos gritaron:

—¡Vamos, almirante, que cada día que pasa esperando nos parece un año!

En cuanto la trompeta sonó, todos embarcaron y se fueron en buena hora. Hicieron rumbo a Estrángol, y de Estrángol, calaron en Calabria. Luego fueron costeando la Calabria y vi-

nieron directamente a la Amantea, y de la Amantea a Xomofret, y luego a Sancto Noixent y al Citrar, y después fueron a Castragut y a Maratía. Cuando estuvieron en la playa de la ciudad de Nicastro vieron sobre el cabo de la Pel.lunuda a la armada de los condes, y cuando los hubieron visto, todos gritaron:

—¡Aür! ¡Aür! —y preparándose muy bien para la batalla, arremetieron contra sus enemigos.

Cuando los condes vieron venir la armada del almirante con las banderas desplegadas, sintieron gran satisfacción. Pero si ellos estaban satisfechos, no lo estaba la chusma de las galeras, pero tuvieron que conducirse como forzados, que no se atreven a contradecir los pequeños contra lo que los condes y los demás barones querían. De este modo preparados para la batalla, se acosaron. Y si a unos veíais atacar con gran vigor, lo mismo hacían los otros, y cuando se hubieron mezclado, allí hubieseis visto cómo se repartían los golpes y cómo actuaban los ballesteros catalanes de tabla, que podéis creer que no erraban golpe. ¿Qué os diré? Cosa grave es querer combatir contra el poder de Dios, y Dios estaba con el almirante y los catalanes y los latinos que con él estaban. De poco sirvió el rango ni la riqueza, pues los catalanes acrecieron en tal forma su vigor que las galeras de los condes fueron vencidas. Aquellos que pudieron escapar del centro del combate se separaron del cuerpo de la armada, y fueron once galeras muy bien arregladas que no tenían por qué gritar laus[28], pero que prefirieron huir; y el almirante que las vio marchar hizo que se separaran seis galeras de las suyas para que las alcanzaran; y siguiéronlas hasta el castillo de Pixota, donde las abordaron; y no pudieron coger ninguna por la mucha caballería que allí había. Pero lo mismo dio, pues la caballería que allí estaba y que tenían a sus señores en las galeras empezaron a gritar:

—¡Traidores! ¿Cómo habéis desamparado a tan honrados caudillos como había en las galeras?

Y les acuchillaron a todos.

El almirante y sus galeras, queriendo tomar mayor impulso, gritaron:

—¡Aragón! ¡Aragón! ¡Adelante, adelante!

Y todo el mundo se encaramó en las galeras enemigas, y cuantos se encontraban sobre cubierta murieron, excepto los condes y barones que pudieron escapar con vida y se rindieron al almirante.

De este modo el almirante cogió a los condes, barones y demás gentes, muertos o presos, de veinticinco galeras, y las galeras mismas, y cuanto de valor había en ellas. Después fue a por las barcas que llevaban los caballos, y cogiólas todas, que no escaparon ni diez, y todos cuantos escaparon cuando la batalla era más dura fueron a dicho castillo de Pixota. De este modo el almirante logró, con gran satisfacción y alegría, las veinticinco galeras que habían quedado y todas las barcas y leños, y además a todo los condes y barones, salvo al conde de Montfort, a un hermano suyo y a dos primos hermanos, que antes se dejaron despedazar que rendirse, y en esto obraron bien, puesto que bien sabían que tampoco podrían evitar perder la cabeza si hubiesen quedado con vida. Pero todos los demás, condes y barones, se rindieron al almirante.

Cuando todo esto estuvo hecho, el almirante puso rumbo a Mesina, y mandó enseguida un leño armado a Cataluña, al señor rey de Aragón, y otro a Sicilia, a mi señora la reina y a los infantes. Y si hubo gran alegría en cada una de estas regiones, no me lo preguntéis, que cada uno ya se lo puede imaginar; e igualmente podéis pensar que las gentes de la armada del señor rey de Aragón ganaron tanto que contar lo que consiguieron, del menor al mayor, sería muy largo de decir; pues el almirante

dejó a cada uno cuanto hubiese conseguido. Y, con esta franquicia que les daba, el almirante les hacía duplicar el ánimo, y esto lo había aprendido de lo que hizo el señor rey con las diez galeras que Don Conrado Lanza desbarató de los sarracenos, como antes habéis oído. Porque todo almirante y jefe superior de la gente de armas se debe esforzar para que tengan alegría y se hagan ricoshombres aquellos que con ellos van; que si les quita la ganancia que obtienen, les quita el coraje y luego les cuesta volver a encontrarlos. Y por esto, muchos se han perdido y se perderán si no son largos y generosos con aquellos con quienes han de ganar honor y victoria.

De este modo, satisfechos, como podéis comprender, se vinieron a Mesina, y si hubieseis visto la fiesta, fue la mayor que se hiciera en la tierra. El señor infante Don Jaime y el infante Don Federico salieron a caballo, con mucha gente cabal, a la Fuente del Oro, y toda Mesina salió. Cuando el almirante vio a los infantes, subió a una barca y descendió a tierra, y se acercó al infante Don Jaime y le besó la mano, y el señor infante besóle en la boca; y después, lo mismo hizo con el infante Don Federico. Y el almirante dijo al señor infante Don Jaime:

—Señor, ¿qué mandáis que haga?

Dijo el señor infante:

—Pensad en subir a las galeras y celebrad vuestra fiesta; y después id a saludar a palacio y desembarcad para hacer reverencia a mi señora la reina. Luego celebraremos consejo con vos y con el consejo nuestro, y decidiremos lo que se deba hacer.

De este modo el almirante se subió a las galeras, y fueron celebrando la fiesta, arrastrando las galeras y las barcas y los leños que habían apresado, con la popa por delante y las banderas arrastrando, y cuando estuvo delante de la Duquena, ento-

nó el laus[1], y toda Mesina le respondía; que parecía que el cielo bajara a la tierra.

Cuando todo esto estuvo hecho, el almirante descendió en la Duquena, y entró en el palacio y fue a hacer reverencia a mi señora la reina; y besó el suelo delante de ella por tres veces antes de acercarse, y luego le besó la mano. Y mi señora la reina, con cara alegre y hermosa, le recibió. Del mismo modo, una vez hecha la reverencia a mi señora la reina, fue a besar la mano a la señora Bella su madre; y la madre le besó a él, llorando de alegría, más de diez veces, y tan apretadamente lo tenía abrazado, que no se lo podían quitar, hasta que mi señora la reina se levantó y les separó. Y cuando los hubo separado, el almirante, con permiso de mi señora la reina y de su madre Doña Bella, fuese a su posada, donde se le dio una gran fiesta.

El almirante mandó poner a los condes y barones en el castillo de Matagrifó, y les hizo aherrojar con buenos grilletes y ordenó buenos guardianes, y a los caballeros les consignó en lugares adecuados, asimismo bien aherrojados y bien guardados, y a la demás gente les hizo meter todos en prisiones comunes, igualmente con buenas guardias. Todos los caballos, que eran más de trescientos, los mandó al infante Don Jaime para que hiciera con ellos lo que le pluguiese, y el señor infante, en lugar de hacerles meter en sus establos, regaló treinta al almirante y los demás los dio todos a condes y barones, a caballeros y honrados ciudadanos, y no retuvo ninguno para sí, aparte cuatro palafrenes muy hermosos que había y que dio al infante Don Federico Cuando todo esto estuvo hecho, el señor infante Don Jaime reunió su consejo en palacio, y asistió al consejo el almirante y aquellos a quienes correspondía formar parte del consejo. Cuando todos estuvieron reunidos, mi señora la reina mandó decir al señor infante Don Jaime que él, con su consejo, vinieran ante ella; y ellos fueron enseguida, y cuando estuvieron ante ella, ella dijo:

—Hijo, os ruego que para honrarnos a nos, y por el amor de Dios, antes que nada determinéis sobre los presos, libertéis a todos aquellos que haya de la tierra del Principado, de Calabria, de Pulla y de los Abruzos y que los mandéis cada uno a su tierra, tal como hizo el rey, vuestro padre, con aquellos que fueron hechos prisioneros en la Gatuna y cuando la derrota de las galeras de Nicótera.

Pues, hijo, vuestro padre y nos y vos podemos estar seguros que ninguno de ellos, por su voluntad, vino contra nos, sino que lo hicieron así como forzados; que bien saben ellos que son nuestros subditos naturales y si a cada uno de ellos se le abriese el vientre, dentro se encontraría escrito el nombre de nuestro abuelo, el emperador Federico, y de nuestro padre, el rey Manfredo, y el nuestro y el de todos vosotros; de modo que sería pecado que esta gente pereciera en nuestro poder.

Sobre esto el señor infante dijo a mi señora la reina:

—Hágase como vos mandáis.

De inmediato, ante mi señora la reina, mandó el señor infante al almirante que así lo cumpliera; y el almirante contestó que así sería hecho, tal y como ellos lo mandaban, y así se cumplió. De modo que no me hace falta hablar más, pues se observó exactamente la misma ordenación que el señor rey había dado en los otros casos; y así corrió el buen nombre y la gran fama de la santidad de mi señora la reina por todo el país, y después por todo el mundo. Y cuando esto fue otorgado, el señor infante y su consejo fueron a celebrarlo donde tenían por costumbre celebrarlos todos; y fue decidido que ni de conde, ni de veguer, ni de caballero, ni de barón se hiciera ninguna innovación sin conocimiento del señor rey de Aragón; y que luego fuese armada una galera con mensajeros a Cataluña, que llevase el nombre de todos y que luego el señor rey ordenase lo

que le pluguiera. Y tal como fue ordenado se cumplió y se armó la galera, que partió de Mesina.

Y así hemos de dejar de hablaros de la galera y volveremos a hablar de otro hecho que no hay que olvidar.

106. Expedición de micer Arnaldo d'Avella

La verdad es que mientras se estaba organizando esta armada de los condes en Nápoles, un ricohombre de Francia, que se llamaba micer Arnaldo d'Avella, que era barón de gran poder, pensó que él, de por sí, podría acometer algún hecho señalado que redundase en honor suyo y de los suyos y que pudiera agradar al rey Carlos, puesto que había salido de Francia con el propósito de serle útil.

Acercóse, pues, al príncipe y le dijo:

—Príncipe, sé que tenéis en Brindisi veinte galeras abiertas por la popa[29]. Servios mandarlas armar, puesto que todas están reparadas, y haced correr la voz que queréis mandarme con ellas a la Morea, con caballería, en cuanto todo el mundo embarque, de grado o a la fuerza. Yo, con trescientos hombres a caballo, todos vasallos míos o de mis parientes, subiré con los caballos en las galeras, y he de hacer rumbo a Sicilia, hacia Agosta, que es un buen puerto y tiene un hermoso y fuerte castillo, que yo poseí ya en tiempos de vuestro padre y que actualmente el rey de Aragón no se preocupa de guardar y cuya ciudad no está bien amurallada, y con la chusma de las galeras entraremos dentro fácilmente. Atacaremos, por un lado, el conde de Brenda y el conde de Montfort, y los otros condes que han ido a Cefalú atacarán por el otro. De manera que, con toda seguridad, quemaremos y arrasaremos toda la isla y daremos ánimos a los castillos que todavía resisten a nuestro favor.

En tanto que Don Roger de Lauria se encuentra fuera de Sicilia, nosotros podríamos hacer, a mansalva, lo que he pensado.

¿Qué os diré? El príncipe tenía a micer Arnaldo d'Avella por tan buen caballero y tan inteligente que creyó en lo que le propuso, y se lo otorgó. Y tal cual lo pensó lo hizo; y mientras el almirante estaba en Lípari, ellos se prepararon y salieron de Brindisi y vinieron a la ciudad de Agosta y la combatieron, la tomaron y la destrozaron. Cuando hubieron desembarcado, se informaron de la situación de la isla, y les dijeron algunos hombres que habían apresado en Agosta, eso es, al capitán de las galeras, y que era de Brindisi y que fue quien preguntó, ya que los franceses venían con tanto orgullo que no se preocupaban de preguntar nada, sino que solamente se ocupaban en quemar y devastar la isla; pero dicho capitán, que llevaba escrito en su pecho el pánico que le causaba Don Roger de Lauria, preguntó, y le dijeron:

—Señor, tened por cosa cierta que hoy hace tres días el almirante estuvo en Mesina.

Y contáronle todo lo ocurrido, y de inmediato el capitán de las galeras fue a encontrar a micer Arnaldo d'Avella, y le dijo:

—Micer Arnaldo, si queréis, esta noche iré con las galeras a Calabria y traeré las gentes que encontraré en la playa y que el príncipe nos habrá mandado. De este modo estaréis mejor acompañado, puesto que yo, aquí, con las galeras, no os prestaría ningún servicio.

Los franceses son una gente tal que en las cosas de la mar se creen todo lo que les dicen, puesto que ellos nada entienden de ella; de modo que le dijo que fuera en buena hora y volviese deprisa, y, en cuanto a irse, podéis creer que, si lo dijo al sordo, no lo dijo a perezoso, de modo que tuvo la ventaja de que micer Arnaldo le concediera licencia, pues de no habérsela concedido igualmente se hubiera marchado por la noche, pues

harto sabía y se figuraba que en mala hora habían venido. De manera que desembarcó los víveres y todo cuanto traía para los caballeros y, por la noche, se hizo a la mar. Pero no penséis que se preocupara de ir a la playa de Estil, sino que viró en redondo y puso rumbo a las Colones, y no paró hasta que estuvo en Brindisi, y cuando estuvo en Brindisi dejó las galeras delante de las atarazanas, y cada uno se fue por su lado donde quiso, de manera que si todavía queda alguno en vida es que sigue huyendo.

Ahora dejaré estar al que puso las galeras en buen lugar y a salvo y volveré a hablar del infante y del almirante.

107. Prisión y derrota de micer Arnaldo d'Avella

Cuando el señor infante Don Jaime y el almirante supieron que micer Arnaldo d'Avella había saqueado y quemado Agosta, el primero enarboló su bandera, y con setecientos hombres a caballo y cuatro mil almogávares y mucha gente de a pie, fuéronse directamente a Agosta. El almirante hizo subir de inmediato a todo el mundo en las galeras, y no les hizo falta rogar mucho ni forzar, que como si fueran a ganar indulgencias, embarcaban con gran satisfacción y alegría. Cuando hubieron embarcado, fuéronse al puerto de Agosta, y cuando estuvieron en el puerto no creáis que esperasen al señor infante, sino que todos subieron a la villa, y por las calles hubieseis visto los hechos de armas más hermosos del mundo. ¿Qué os diré? Había tirada de dardo que salía de mano de almogávar y que traspasaba caballero y caballo con todos los arreos que llevaba. Seguramente que el almirante los hubiese muerto y desbaratado a todos aquel día, pero era ya de noche cuando esto ocurrió y hu-

bieron de dejar el torneo. Cuando llegó el alba, el señor infante, con su hueste, estaba delante del castillo. Aquellos que lo vieron, dándose ya por muertos y perdidos, se precipitaron dentro del castillo, con tanta prisa, que sólo pudieron meter víveres y avena por tres días, y se vieron perdidos.

Con esto, el señor infante ordenó el combate, y si alguna vez se ha visto combatir con gran fuerza y vigor, así fue aquélla; pero el castillo es seguramente de los más fuertes que yo conozca en tierra llana y, además, está a gran altura hacia el mar, por los dos lados del puerto, hacia el mar griego; de modo que no es posible conquistarlo a escudo y lanza. Al día siguiente, el infante hizo arbolar dos trabucos, que trajeron de las galeras. Cuando micer Arnaldo d'Avella se vio en tan gran aprieto, se tuvo por loco, pues ya había perdido más de cien caballeros y muchos hombres de a pie y carecía de víveres. Mandó dos caballeros al señor infante, clamando gracia para que le dejasen marchar y le pusieran en Calabria y prometiéndole que jamás volvería en su contra. El señor infante, movido por su bondad y misericordia, y por el amor de Dios y por gentileza, respondióles que les dejaría ir, con la condición de que le prometiera hacerle todo el daño que pudiera en toda ocasión y que estuviera seguro que ni caballo, ni arnés, ni nada de cuanto tuvieran les dejaría sacar, fuera de sus vestidos.

Cuando micer Arnaldo oyó lo que los mensajeros le dijeron que había contestado el infante, preguntó si había alguien que le aconsejaba tal cosa; y todos contestaron que no. Entonces exclamó, sin completo juicio:

—¡Oh, Dios! —dijo micer Arnaldo—. ¡Qué gran pecado comete quien a una casa tal y de tales caballeros hace o procura daño! Os digo que ha contestado de la manera más noble que pueda hacerlo un príncipe. Por lo que os digo que se haga como él quiere, y así lo confirmo.

Así lo firmó, con gran sentimiento del almirante y de todos cuantos allí estaban, que tuvieron como cosa mejor que hubiesen muerto; pero el señor infante entendió que, para la honra de Dios, aquello era lo mejor. De modo que el señor infante mandó al almirante que los pusiera en tierra en algún lugar que estuviera a favor del rey Carlos; y de este modo embarcaron. Cuando estuvieron embarcados, el señor infante mandó diez caballos a micer Arnaldo para que cabalgasen él y ocho ricoshombres de su linaje que con él estaban, y a cada uno le mandó el arreo y las armas y sus pertenencias, mandando al almirante que, cuando los pusiera en tierra, se lo entregara de parte del señor infante.

Terminado el embarque, el señor infante llamó al almirante, y le dijo:

—Almirante, tomaréis doce galeras bien armadas, de las que hacemos capitán a Don Berenguer de Vilaragut, y cuando hayáis puesto esta gente en tierra, vos os volveréis a Mesina y que Don Berenguer de Vilaragut que siga vía de Bindisi, y si puede alcanzar las veinte galeras que a estas gentes llevaron a Agosta, combatirá con ellos, que, con la voluntad de Dios, les dará buena cuenta.

—Señor —dijo el almirante—, esto se hará como mandáis, y me place que lo encomendéis a Don Berenguer de Vilaragut, que es muy sabio caballero y bueno en todos sus hechos.

Con esto, llamaron a Don Berenguer de Vilaragut, y el señor infante díjole lo que había pensado, y que se aprestara a subir en las galeras y a bien obrar. Y Don Berenguer de Vilaragut fue a besarle la mano y le dio muchas gracias; y seguidamente embarcó, con buena compañía de caballos y de hombres de a pie que tenía. Y se despidieron del infante y de aquellos que con él estaban, y fuéronse a la playa de Estil, y delante del castillo de Estil el almirante dejó a micer Arnaldo y a su com-

pañía, y luego le dio, de parte del señor infante, los dichos diez caballos para él y para los otros barones que allí estaban y eran parientes suyos, y el arnés de cuerpo y de caballo que les pertenecía. Y cuando micer Arnaldo y los demás vieron esta cortesía, dijeron:

—¡Oh, Dios! ¿Qué esperan el papa y los cardenales que no hacen al rey de Aragón y a sus hijos señores de todo el mundo?

Muchas gracias dieron al almirante, y le rogaron les encomendara a la gracia del señor infante y que tuviera por cierto que, por su bondad, mientras vivieran jamás marcharían contra él desde ninguna parte.

Y así he de dejar de ocuparme de micer Arnaldo d'Avella y sus compañeros, que se volvieron a Nápoles, donde encontraron al príncipe, dolido y disgustado de lo que le había ocurrido con los condes, y dóblósele el dolor cuando micer Arnaldo le hubo contado cómo había sido hecho preso y lo que el infante había hecho.

—¡Ay, Dios! —dijo el príncipe—. Micer Arnaldo, más le valiera a nuestro padre el rey Carlos que este asunto se arreglara. Que si seguimos guerra contra guerra, todo lo veo perdido.

Ahora diré que el almirante se volvió a Mesina y que Don Berenguer de Vilaragut se separó de él con doce galeras y dos leños armados y dos barcas armadas, y dejaré de hablar de ellos y volveré a ocuparme del infante Don Jaime.

108. Ordenación de los castillos de Agosta, Sofera y Cefalú

Cuando el almirante y Don Berenguer de Vilaragut, con sus gentes, se separaron del señor infante, éste estableció bien el castillo y lo aprovisionó y reparó, e hizo levantar una muralla

en la villa, que la unió por los dos lados al castillo, pues la ciudad era muy extensa y no era lo bastante fuerte al defenderse, que por esto se perdió. Cuando este muro estuvo ordenado hacer, mandó que su hueste proclamara y transmitiera por toda Sicilia que todo el mundo que quedara con vida y fuese de Agosta pensara en volver; pero, por sus pecados, pocos había que estuviesen restablecidos. Lo mismo mandó proclamar por toda la hueste y luego por toda Sicilia, que cualquier catalán que quisiera establecerse en Agosta que pensase en venir, que le serían dadas posesiones francas y quitas. Y muchos vinieron, que todavía están, ellos o sus descendientes.

Cuando esto estuvo hecho, fue a visitar Siracusa, y Not y todo el valle de Not, y luego fue a Sotera, cuyo castillo era todavía del rey Carlos, y ordenó tal acoso que en pocos días se rindió.

Luego visitó gran parte de la isla y llegó a Cefalú, y ordenó el sitio del castillo, que también estaba a favor del rey Carlos, e igualmente poco tardó en rendirse. De este modo echó de Sicilia a todos sus enemigos, y después volvióse a Mesina, donde se celebró una gran fiesta en su honor y de la reina y del infante Don Federico y de todos.

Y ahora dejaré de hablar del infante y volveré a hablar de Don Berenguer de Vilaragut.

109. Victorias de Don Berenguer de Vilaragut

Cuando Don Berenguer de Vilaragut dejó al almirante, se dirigió hacia el cabo de las Colones; y al llegar el alba, fue a Cetró, donde encontró tres naves y muchas taridas del rey Carlos cargadas de víveres, que mandaba a Sicilia, donde se figura-

ba que tenía su caballería. En el acto embistiólas y tomólas todas, y les dio nueva tripulación y las mandó a Mesina. Después puso rumbo a Tarento, donde igualmente encontró una gran nave, que tomó y mandó a Mesina; luego se dirigió al cabo de las Leuques, y tomó Gallípoli y lo saqueó. Y en cada lugar recibía noticia de las galeras que ya podían haber llegado a Brindisi, por lo menos desde hacía ocho días, pues no se habían detenido en ninguna parte. Por esto iba recorriendo la costa, para que su viaje no fuese inútil, y por esto entraba en todos los lugares pensando encontralas allí. Después de Gallípoli se vino a Tarento, que es ciudad buena y graciosa; y en el puerto de Tarento también encontró una nave, que apresó y mando a Mesina. Y luego fue al puerto de Brindisi, y entró hasta más allá de la cadena, pero más adelante no pudo pasar. Y mandó decir al capitán de las galeras que si quería salir a dar la batalla le esperaría tres días Y así lo hizo: que durante tres días le esperó dentro del puerto, sin que nadie quisiera salir.

Y cuando vio que nadie quería salir, una noche se marchó de Brindisi y fue a saquear Vilanova, y después Pollina, y después todo el burgo de Manópol. Y cuando todo esto estuvo saqueado y en cada lugar había tomado muchas naves, que mandaba a Mesina, fue a recorrer la isla de Corfú, donde igualmente se apoderó de naves, leños y tandas.

Cuando todo esto estuvo hecho y obtenido ganancias sin fin, se volvió a Mesina, alegre y satisfecho, igual que todos los que con él estaban, y tenían motivo para estarlo, pues las ganancias que él y los que estaban con él habían hecho eran sin cuento. Cuando estuvo en Mesina fue bien recibido por mi señora la reina, y por los señores infantes, y por el almirante y por todos, y se le dio una gran fiesta. Cuando esto hubo pasado, el señor infante mandó al almirante que mandase reparar todas las galeras, pues quería que se armasen cuarenta de ellas, pues había

oído decir que en Nápoles armaban cincuenta. Y tal como él mandó, se hizo.

Ahora dejaré de hablar de mi señora la reina y de los infantes y del almirante, que hace reparar las cuarenta galeras y tiene puesta tabla, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

110. Aragón contra Francia

Cuando el señor rey de Aragón hubo oído la gran victoria de la batalla contra los condes (que así se la llamó y se llamará siempre por el gran número de condes que en ella hubo), y asimismo los hechos de Agosta y los que Vilaragut hizo, tuvo gran alegría y satisfacción, y alabó y bendijo a Dios por la gracia que le había dado. A continuación decidió poner orden en sus asuntos, y, como ya habéis oído lo que los mensajeros que mandara al papa y al rey de Francia le dijeron, comprendió que no se trataba de ningún juego, sino que ambos poderes se preparaban para lanzarse contra sus tierras, aparte de la cruzada que otorgaba el papa para que los demás se uniesen a ellos. Por esto mandó reunir cortes en Zaragoza de todos los aragoneses, y cuando estuvieron reunidos, el señor rey les dijo muy buenas palabras, y refirióles la gracia que Dios le había concedido en la batalla de los condes.

Hacía ya días que la galera había arribado a Barcelona con las noticias que traía, y ordenó que se volviera mandando decir al señor infante cuanto ordenaba hacer con los condes, y los barones y los caballeros que tenía presos. De esto no hace falta que haga mención, pues el rey era tan sabio que siempre escogía lo mejor de lo que debía hacerse: y esto mandó que se hiciera y no otra cosa, y le pareció muy bien lo que mi señora la reina había dispuesto para la gente menuda.

Cuando se lo hubo contado todo, les explicó también lo de Agosta y lo que Don Berenguer de Vilaragut había hecho. Después, cuando hubo contado todo esto y añadido muy certeras palabras que venían al caso, les dijo lo que los mensajeros habían hecho con el papa e igualmente lo que le habían dicho los que mandara al rey de Francia y en qué forma el papa había dictado sentencia contra él y sus valedores, y cómo había hecho donación a su sobrino Carlos, hijo del rey de Francia, de su tierra, y asimismo de cómo el rey de Francia se preparaba, por mar y por tierra, y que había jurado que, de aquel abril en un año, estaría, con todo su poder, en Cataluña. De modo que requería a los ricoshombres, prelados, caballeros, ciudades, villas y castillos para que todos le diesen su consejo y le prestasen su ayuda.

Cuando les hubo dicho todo esto, levantáronse aquellos a quienes correspondía contestar, y dijeron que habían comprendido bien todo cuanto les había dicho y que alababan y bendecían a Dios por el honor y la victoria que Dios les había concedido, e igualmente que se sentían muy pesarosos por lo que el santo padre había decretado en su contra, e igualmente el rey de Francia; pero que ellos tenían confianza en Dios y creían que les ayudaría, puesto que él y sus gentes mantenían el derecho, y así Dios, que es la pura verdad, rectitud y justicia, sería su valedor, y confundiría a aquellos que con tanta soberbia y orgullo venían contra él. Y que ellos se ofrecían a ayudarle y a valerle todo lo que sus personas pudiesen aguantar, y que estaban dispuestos a morir y a dar muerte a todos aquellos que contra él viniesen, y que le rogaban y le suplicaban que se pusiera alegre y satisfecho, de manera que todas sus gentes pudiesen alegrarse y sentirse satisfechas; y que pensara en ordenar sus tierras y que se dirigieran a las fronteras con el rey de Francia; y que mandara construir galeras y preparar todas las cosas

que sirvieran para la defensa de su reino y que pensara también en las otras fronteras:

—Que, en cuanto a las fronteras de Aragón con Navarra, nosotros las guardaremos y defenderemos en tal forma que, si Dios quiere, vos, señor, nos lo tendréis que agradecer, y los enemigos comprenderán que tienen que habérselas con tal clase de gentes que sobrada mala fortuna les han de procurar.

Cuando el señor rey oyó el buen ofrecimiento que los barones de Aragón, los caballeros, las ciudades, villas y lugares le hacían, se alegró mucho y estuvo muy satisfecho de ellos.

111. Incursión de los franceses por el norte de Aragón

Antes de que el señor rey saliera de Zaragoza, ni los ricos-hombres ni los demás, les llegó mensaje seguro de que Don Estatxe, que era gobernador de Navarra por el rey de Francia, había entrado en Aragón con cuatro mil caballos armados y que había tomado la torre de Ull, que tenía Don Eixemenis d'Arteda, caballero de Aragón, que era muy buen caballero, y lo demostró al defender la torre de Ull, pues hizo tanto que ningún caballero pudo hacer más en ningún hecho de armas, de modo que, gracias a su heroísmo, salvó la vida, que bien le dolió, ya que Don Estatxe ordenó que por nada del mundo muriera, pues sería una gran desgracia si un tal caballero llegase a morir, y por esto, a la fuerza, le apresaron vivo. Cuando lo tuvieron preso, Don Estatxe le mandó a Tolosa, al castillo Narbonés, y mandó entregarlo a Don Toset de Satxes, que lo defendía. Pero luego Don Eixemenis d'Arteda hizo tales proezas que huyó de aquel lugar, y volvió a Aragón y causó mucho daño cuando hubo salido de la prisión de los franceses.

Y dejaré de hablar de él, que tendría demasiado trabajo si hubiese de contar todas las proezas, coraje y excelencias que los caballeros de Aragón y Cataluña han realizado en estas guerras y en otras y no me bastara el tiempo para escribirlas. Como se dice en Cataluña, «la obra alaba al maestro», porque, en general, por los hechos que en común han ejecutado los catalanes y aragoneses se conoce quiénes son, pues si no fuesen valientes y buenos no habrían hecho los hechos que hecho han y hacen todos los días, con la ayuda y la gracia de Dios. De manera que no hace falta que hable de ninguno en singular, sino que basta con que me ocupe de los hechos que los caudillos han mandado hacer.

Cuando el señor rey y los que con él estaban supieron todo esto, apellido hecho[30], salió la bandera del señor rey y la de todos los caudillos fuera de Zaragoza, y los consejos de las ciudades y villas de Aragón decidieron venir y seguir su bandera, de manera que desde que Aragón fue poblado jamás se vio tan buena gente aragonesa reunida y preparada, de manera que en verdad puedo deciros que no sólo desbarataron los ejércitos de Don Estatxe, sino que los del rey de Francia hubiesen desbaratado si hubiesen estado allí.

Y el señor rey, con gran alegría y satisfacción, decidió ir donde estaba la hueste de Don Estatxe, y se apresuró tanto que un día, a la hora de completas, llegó junto a la hueste de Don Estatxe, a la entrada de Navarra, donde Don Estatxe había vuelto cuando tuvo noticias de la presencia del rey a una legua. De modo que ambas huestes tuvieron noticia una de otra y, por la noche, el rey arengó a su gente y les conminó a portarse bien y les dijo muy buenas palabras y que, por la mañana, con la ayuda de Dios y de mi señora Santa María, quería combatir con sus enemigos, que jamás habían tenido tan alocado atrevimiento como era el de entrar en su reino. Y cuando el señor rey hubo hablado, todo el mundo contestó que así fuese en

buena hora. Pero los hechos ocurrieron en tal forma que Don Estatxe, con toda su gente, se volvió sano y salvo a Navarra, de lo cual el señor rey quedó muy descontento, tanto como nunca lo estuviera desde que había nacido, y no he de decir más, pues es muy natural que lo estuviera.

112. Promesa de ayuda de los catalanes

Cuando el rey supo que Don Estatxe se había vuelto a Navarra, se marchó y se vino, jornada tras jornada, a Barcelona. Ordenó igualmente cortes para un día determinado, en el que todos los de Cataluña debían estar en Barcelona. Cuando estuvieron mandadas las cartas a los ricoshombres, prelados, ciudadanos y hombres de las villas, el señor rey llamó a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol, que habían vuelto de Sicilia con las galeras que habían acompañado a mi señora la reina y los infantes, y mandóles que de inmediato mandasen hacer diez galeras nuevas para que no estuviesen con falta de ellas. Y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol dijeron al señor rey:

—Señor, ¿pero qué estáis diciendo? Sabéis que vuestros enemigos construyen más de ciento veinte galeras y vos mandáis que hagamos diez.

Respondió el señor rey:

—¿Y no sabéis vosotros que nos tenemos en Sicilia más de ochenta, las cuales, cuando nos hagan falta, vendrán armadas?

Dijeron ellos:

—Señor, nos parecería mejor que, por lo menos, mandaseis hacer aquí cincuenta galeras, pues no sabemos si las que están en Sicilia llegarán a tiempo cuando las necesitemos, y si éstas ya estaban hechas, no importara si los hechos que allí ocurran

les forzaban a tardar Es tan grande el poder de la Iglesia y del rey de Francia y del rey Carlos y el de sus valedores que creemos que aquí y allí nos darán mucho que hacer, y si nosotros tenemos cincuenta galeras entre Valencia, Tortosa, Tarragona y Barcelona, bien podríamos armarlas, y más si más tuviésemos. De manera, señor, que con tal que vos queráis que dispongamos de cincuenta galeras en Cataluña, fe tenemos en Dios y en vuestra buena estrella, y buena cuenta daremos de todas las de vuestros enemigos.

El señor rey respondióles:

—Prohombres, vosotros decís bien; pero mejor será que nuestros enemigos no sepan qué tenemos, que si supieran que tenemos cincuenta galeras, vendrían todos juntos y sería muy duro y de gran peligro que todas nos combatieran, pues en aquellas galeras habrá muy buena gente entre provenzales, gascones, genoveses y písanos y otros muchos. Cuando sepan que sólo hay diez galeras, se sentirán muy seguros y no apreciarán nuestro poder, y, por esto, se irán repartiendo, y vosotros, con estas diez galeras, iréis hiriendo acá y allá a mansalva, y así, mientras van menospreciando nuestro poder, nuestras galeras vendrán de Sicilia e irán a atacar donde esté la mayor parte de la armada. De este modo, con la ayuda de Dios, acabaremos mejor con nuestros enemigos con poco poder que si con gran poder nos mostráramos. En las guerras las cosas son así, y no hay más que encomendarse a Dios, y luego, con su ayuda, coger el mejor partido sin demostrar que se cuenta con mayor abundancia.

Después de oír esto, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol dijeron:

—Perdonadnos, señor, que os quisiéramos aconsejar, pues bien cierto es que ni nosotros ni cien como nosotros llegamos a la altura de vuestras pisadas. Confesamos, señor, que es de

muy buen criterio lo que nos habéis dicho, de manera, señor, que como vos mandáis, mandaremos hacer las diez galeras.

—Ahora —dijo el señor rey— id en buena hora y mantened secreto lo que os hemos dicho.

—Señor —dijeron ellos—, de esto podéis estar seguro.

Y con esto le besaron la mano y se fueron a hacer lo que el rey les había mandado.

Convocada la corte, fueron todos a Barcelona el día que el señor rey había fijado, y cuando acudieron al palacio real, el señor rey les dijo lo mismo que había dicho en la corte de Zaragoza a los aragoneses y muchas más palabras pertinentes que venían al caso.

Después de hablar el señor rey, levantóse el arzobispo de Tarragona y dijo:

—Señor, yo os digo por mí y por todos los prelados de mi arzobispado y otros eclesiásticos que nosotros no os podemos aconsejar con respecto a la guerra, y mayormente contra la sentencia que el santo padre ha dado contra vos. Por lo que os rogamos que no queráis obtener nuestro consejo, pero sí que os sirváis dejarnos nuestras rentas justo para que podamos vivir estrechamente.

Cuando el señor rey hubo oído lo que el arzobispo le dijo, comprendió su gran bondad y la de los demás prelados y clérigos, y el gran afecto que le demostraban. Pues lo que el arzobispo dijo, lo dijo a buen entender, pues equivalía a decir que el señor rey se apoderase de todo cuanto a la Iglesia pertenecía y que lo utilizase para la guerra, pero lo dijo en forma que no pudiese ser reprendido por el papa ni por los demás. Y en verdad así lo comprendieron todos los prelados y clérigos que había en la tierra del señor rey, que sólo tuviesen lo necesario para vivir mientras durase la guerra, y que de todo lo demás se sirviera el señor rey.

En tal sentido contestó el señor rey al arzobispo, y díjole que había comprendido bien lo que él había dicho y que les tenía por excusados a él y a todos los demás prelados y clérigos y que comprendía que ellos llevaban razón, de manera que podían retirarse en buena hora, que él se quedaría con los caudillos, caballeros, ciudadanos y hombres de las villas para tratar de la guerra.

De este modo el arzobispo y los demás prelados y clérigos salieron del consejo y cada uno se fue a su tierra; y el señor rey se quedó en la corte con los antedichos ricoshombres y otros.

Cuando el arzobispo y los demás prelados y clérigos estuvieron fuera del consejo, levantáronse los ricoshombres, caballeros, ciudadanos y hombres de las villas para tratar de la guerra en la forma que procedía hacerlo. Y si en Zaragoza se dio buenas respuesta al señor rey, mucho más cumplidamente le fue contestado en esta corte por los ricoshombres, caballeros y ciudadanos y otros. Y si bien lo expresaron con palabras, mucho mejor lo cumplieron por obra, como más adelante oiréis. De cuya contestación dicho señor rey quedó muy satisfecho, e hizo grandes donativos a todos y les dio las gracias. Y así se disolvió la corte, con gran concordia entre el señor rey y sus vasallos y súbditos, y con la palabra que les dio el señor rey, cada uno volvió a sus tierras.

Despedida la corte, el señor rey se fue a la ciudad de Gerona, y mandó decir a su hermano el señor rey de Mallorca que quería verle y le rogaba viniese a dicha ciudad, o, si así lo prefería, él se trasladaría a Perpiñán. El señor rey de Mallorca dijo que prefería venir, y a los pocos días vino, en efecto, a Gerona, y el señor rey de Aragón salió a su encuentro hasta el puente, y si se agasajaron el uno al otro no hace falta que lo diga, pues cada uno se lo puede suponer, pues ambos hermanos tenían muchos deseos de verse; y de este modo entraron en Gerona, donde les fue ofrecida una gran fiesta. Aquel día comieron el señor rey de

Mallorca en compañía del señor rey de Aragón, y luego al día siguiente; y al tercer día y al cuarto día, el señor rey de Mallorca invitó al señor rey de Aragón con toda su compañía; y luego al quinto día el señor rey de Aragón quiso que el señor rey de Mallorca comiera con él. Cuando hubieron oído misa, los dos hermanos, sin nadie más, entraron en una cámara; y había pasado ya la hora nona sin que hubiesen salido ni comido. Lo que se dijeron y convinieron entre ellos, esto es algo que nadie pudo saber; pero se rumoreó que el señor rey de Aragón dio licencia al señor rey de Mallorca para que apoyara y ayudara al rey de Francia contra él, porque ambos hermanos eran sabios y comprendían que Montpellier y los condados de Rosellón y de Confleent y de Cerdaña se perderían si hacía otra cosa; y la casa de Francia tenía y tiene tal costumbre: que nada de lo que se apoderara en guerra lo devolvería, sino que antes perdería toda su tierra. De modo que comprendiendo que Montpellier, Rosellón, Confleent y Cerdaña no se podrían defender, mejor era conservarlos desde entonces. Y así se separaron, sin que ninguna persona supiera nada de lo que se habían dicho, salvo lo que pensaron aquellos que eran inteligentes, y sin que los mismos franceses dejasen de abrigar por mucho tiempo aquella sospecha. Y cuando se hubieron despedido el uno del otro, el señor rey de Aragón se volvió a Barcelona, y el rey de Mallorca a Perpiñán.

Ahora dejaré de hablaros de los reyes y volveré a hablar del señor infante Don Jaime y del almirante.

113. Batallas y triunfos de Don Roger de Lauria

Cuando el almirante hubo hecho reparar las cuarenta naves, como le ordenara el señor infante, y dispuso de todas las chusmas y de toda la demás compañía de cabos (según estaba ordenado, o sea que tantos hombres de cabeza hubiese que fuesen latinos como catalanes, y los ballesteros de tabla todos catalanes, y todas las galeras, aparte seis de ligeras que tenía con sobresalientes[31]), mandó embarcar el pan en las galeras y todo lo necesario; y cuando las galeras hubieron cumplimentado todo esto, con la gracia de Dios, mandó el señor infante al almirante que mandase embarcar a la gente. En cuanto el trompeta recorrió la ciudad, la gente embarcó con buen ánimo y buena voluntad.

Cuando estuvieron embarcados, el almirante se dirigió a despedirse de mi señora la reina y de los infantes, y mi señora la reina persignóle y bendíjole. El señor infante llamó aparte al almirante y le dijo:

—Nos parece acertado que toméis rumbo a Nápoles y que procuréis, si es posible, apoderaros de Iscle, pues si tenemos la isla de Iscle, fácilmente destruiremos Nápoles.

A lo que respondió el almirante:

—Señor, santiguadnos y bendecidnos y dejad que nos vayamos, que tened por cierto que, con la ayuda de Dios, haremos tanto que por todos los tiempos se hablará de ello.

Después de esto, el almirante besóle la mano y se despidió de él, y del infante Don Federico, y de todos los demás, y con la gracia de Dios, embarcó.

Cuando acabaron de embarcar eran en total cuarenta galeras, cuatro leños armados y cuatro barcas, y dijeron la buena palabra y partieron en buena hora. Costearon la Calabria, y ya, de entrada, se apoderaron de Escalea, y encontraron en el puerto de Santo Nicoló de Escalea cuatro naves y muchas taridas que cargaban astillas de remos y de árboles y de antenas de galeras

para llevarlas a Nápoles; y el almirante las tomó todas y las mandó a Mesina. Después tomaron la Amantea, y Xomofret, y Sancto Noixent, y el Citrar, y la ciudad de Nicastro, que asoló y quemó toda; y después tomaron Castellabat. Y cada uno de estos lugares lo presidió.

Podéis creer que cuando supieron los calabreses que la batalla de Burdeos no se había celebrado, al poco de combatir se rendían, pues cada uno llevaba en su alma y en su corazón al rey de Aragón y odiaban hasta la muerte a los franceses, como lo demostraron cuando el señor infante pasó a Calabria, que no esperaban otra cosa sino que el señor infante pasara.

Cuando el almirante hubo tomado todo esto, llegó la noticia a Nápoles, y el príncipe se mostró muy disgustado. El almirante, tomando informes constantemente, puso rumbo a Nápoles, y cuando estuvo frente a Nápoles se puso en orden de batalla, escalonando las galeras y, armados y pertrechados, acercóse a los muelles a dos tiros de ballesta. Y más podrían haberse acercado, pues no encontraban quien se les opusiera; pero él lo hizo con mucho juicio, para no impedirles que pudiesen subir a las galeras, pues lo que él deseaba de todas todas era que ellos armasen todas las galeras que había para que combatiesen con él.

Cuando los de Nápoles vieron acercarse las galeras al muelle, eran de ver los gritos de *¡Vía jora!* y el repicar de campanas en Nápoles, que parecía que se hundieran cielo y tierra. El príncipe, con toda su caballería, se vino al muelle e hizo tocar la trompeta, pregonando bajo pena de la vida que todo el mundo subiese a las galeras; pero era en vano que gritara, pues ninguno quería subir. Cuando el príncipe vio esto, enfurecido, fue el primero en subir personalmente a las galeras, y cuando los condes, barones, caballeros, ciudadanos y las demás gentes vieron al príncipe subido en las galeras, movidos por la vergüenza, todos decidieron subir en dichas galeras, cada uno con sus ar-

mas y bien arreado. ¿Qué os diré? Treinta y ocho galeras armaron, y muchos leños, y muchas barcas.

Cuando las tuvieron armadas, decidieron bogar hacia el almirante. El almirante hizo como que huía y procuró atraerlas hacia fuera, de tal modo que las tuviera en forma que ni una pudiese escapar; y cuando vio que las tenía en buena mar, decidió dar la vuelta hacia ellas. Aquellos que le vieron volver, perdieron de pronto el vigor con que iban a su alcance y largaron remos. El almirante hizo otro tanto y mandó abarloar una galera con la otra y se puso en orden de batalla. Y cuando cada uno hubo hecho esto, se atacaron unas galeras a otras, y si en alguna ocasión hubo una fuerte batalla en el mar, ésta fue ésa, pues no se le puede comparar ni la batalla de Malta ni la de los condes. ¿Qué os diré? Que la batalla duró desde hora tercia hasta la hora de vísperas. Pero contra la voluntad de Dios y contra su poder nada puede durar, y el poder y la voluntad de Dios estaban y están con el señor rey de Aragón y los suyos, por lo que el poder del rey Carlos y del príncipe era nulo contra aquél.

Por esto nuestro señor Dios verdadero dio vigor al almirante y a sus gentes, que todos a la vez gritaban: ¡Aragón! ¡Aragón! —y— ¡Sicilia, adelante, adelante!

Y con aquel coraje barrieron más de treinta galeras; y cuando las hubieron barrido, no pudieron tomar la galera del príncipe porque las otras formaron a su alrededor; tan honrada gente de paraje había en ellas que antes preferían morir que ver al príncipe prisionero. Mas ¿de qué les valió? Al final no pudieron aguantar y murieron las mayor parte de todos los condes y barones y hombres de paraje que había, de modo que la galera del príncipe quedó sola, pero nadie podía tomarla. Al ver esto, el almirante puso fuerza contra fuerza y poder contra poder y gritó:

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

Entonces todo el mundo decidió saltar a la galera del príncipe y barrieron toda la proa, y el almirante saltó, con la espada en la mano, y cuando llegaron al centro de la galera, allí hubieseis visto hechos de armas y dar y recibir golpes, que aquello fue una gran maravilla, de modo que todos los que estaban sobre cubierta de la galera del príncipe murieron.

El almirante vino ante el príncipe, que se defendía mejor que no lo hiciera el rey, ni su hijo, ni ningún otro caballero; que tan bien se defendía, que no había ningún hombre que se atreviera a acercarse a sus estocadas. Y seguramente que él mejor quería morir que vivir, tan enfurecido estaba. Es verdad que se acercaron caballeros del almirante que, con lanzas en las manos, intentaron herirlo, pero el almirante gritó:

—¡Barones, no lo hagáis! Que éste es el príncipe y mejor lo queremos vivo que muerto.

De modo que el príncipe, viendo esto y que de poco le valía su defensa, se rindió al almirante. Y de este modo, todos fueron muertos o prisioneros.

En cuanto la batalla estuvo ganada, el almirante dijo al príncipe:

—Si queréis vivir, dos cosas debéis hacer enseguida; y si no queréis hacerlo, tened en cuenta que ahora será vengada la muerte de Conradino.

Y el príncipe respondió y dijo al almirante:

—¿Qué es lo que queréis que haga? Que si hacerlo puedo, lo haré de mi propia voluntad.

—Lo que yo quiero —dijo el almirante— es que me hagáis traer ahora a la hija del rey Manfredo, hermana de mi señora la reina de Aragón, que vos tenéis prisionera aquí, en el castillo del Huevo, junto con aquellas damas y doncellas que vivas estén; y que me hagáis rendir el castillo y la villa de Iscle.

El príncipe contestó que lo haría gustoso, y al instante mandó a uno de sus caballeros a tierra en un leño armado, y trajo a mi señora la infanta, hermana de mi señora la reina, con cuatro doncellas y dos damas viudas. Y el almirante recibiólas con gran gozo y se arrodilló y, llorando, besó la mano de mi señora la infanta.

Cuando esto estuvo hecho, bogó hacia Iscle con todas sus galeras; y cuando estuvieron en Iscle se encontraron con que había un gran duelo, porque la mayor parte de la gente de Iscle habían sido muertos o hechos prisioneros en la batalla. Y el príncipe mandó que el castillo y la villa se rindieran al almirante; y de inmediato, sin hacerse rogar, lo hicieron, porque así pudieron recobrar a sus amigos que estaban presos en las galeras. Y el almirante recibió el castillo y la villa, y dejó allí cuatro galeras bien armadas y dos leños, y más de doscientos hombres de otras armas, e hizo salir de las galeras todos los prisioneros que eran de Iscle, y dejóles ir sin rescate, y les hizo vestir con la ropa de los otros, con lo que la gente de Iscle quedó muy consolada.

Hecho esto, ordenó a aquel que había dejado como capitán de las galeras que no dejase entrar ni salir a nadie de Nápoles sin su permiso, y los que entrasen le debían entregar determinada cantidad por nave o leño, e igualmente por la mercancía que llevasen, y los que saliesen pagasen por cada cuba de vino un florín de oro, y dos florines por cuba de aceite, e igualmente todas las demás mercancías, pues cada cosa debía pagar su tributo.

Y así se cumplió y más aún, que de tal modo lo apretaron que el capitán de Iscle tenía su comisionado dentro de Nápoles, que recibía el tributo de todas las cosas dichas, y con su albalá tenían que salir todas, ya que de lo contrario eran aprehendidas y perdían la nave, el leño y la mercancía. De modo que éste fue el mayor honor que ningún rey tomara sobre

otro, y que el señor rey de Aragón tuvo sobre el rey Carlos; y el rey Carlos tuvo que aguantarlo por la gente de Nápoles, que se hubiese arruinado si no hubiesen podido vender sus bienes y darles salida.

Solucionado esto, el almirante hizo rumbo a la isla de Prócida y a la isla de Capri; y de cada una de aquellas islas se apoderó. Y tal como los de Iscle le habían rendido homenaje por el señor rey de Aragón, así aquellos de Prócida y de Capri le hicieron homenaje; y él entrególes los prisioneros que tenía de cada uno de estos lugares. Hecho lo cual, el almirante mandó un leño armado a Cataluña, al señor rey de Aragón, y otro a Sicilia, para que supieran aquella buena noticia, y que Dios nos dé tanta alegría como en cada uno de estos lugares tuvieron. Y así, mientras el señor rey de Aragón y todo Cataluña y Aragón y todo el reino de Valencia tuvieron satisfacción, y mi señora la reina y los infantes y toda Sicilia, por igual fue el pesar que el rey Carlos sintió cuando lo supo en Roma, donde estaba con el papa, y todos aquellos que estaban de su parte, pero la parte gibelina tuvo gran alegría y placer.

Cuando los leños armados hubieron dejado al almirante, el mismo Señor que les había dado la victoria les dio tan buen tiempo que en pocos días estuvieron en Mesina. Y cuando estuvieron dentro de la Torreta, empezó en Mesina el mayor gozo y contento que jamás hubiese habido, y los infantes y toda la caballería salieron a la Fuente del Oro, y con ellos todo el pueblo de Mesina. El almirante, con sus galeras, arrastraba a las otras con la popa por delante y arrastrando las banderas; y cuando estuvo delante de la Fuente del Oro y vio que allí estaban los infantes, tomó tierra en una barca. Los infantes, que le vieron salir a tierra, se acercaron al almirante, y el almirante vino hacia ellos y besóles la mano, y cada uno de ellos se agachó para besarle en la boca. Cuando esto estuvo hecho, el al-

mirante preguntó al señor infante Don Jaime qué mandaba que se hiciera con el príncipe, y el señor infante respondió:

—Pensad en subir en las galeras y celebrad vuestra fiesta. Nosotros estaremos en palacio antes que vos para recibir a la infanta nuestra tía; y celebraremos nuestro consejo con vos y con los demás consejeros nuestros para decidir qué haremos del príncipe y de los demás prisioneros.

De modo que el almirante subióse a las galeras y con gran gozo y alegría entraron por el puerto de Mesina; y llegaron frente a palacio y entonaron seguidamente el laus[28], y todo Mesina le contestaba.

De manera que toda la gloria era para los que querían bien a la casa de Aragón, y gran dolor para los otros.

Cuando el laus terminó, el almirante mandó poner escala en tierra junto a la Duquena del puerto, y de allí salió mi señora la reina y los infantes. Los infantes subieron a las galeras y recibieron a su tía con gran satisfacción y alegría, y con ella descendieron por la escala. Eran cuatro las escalas que el almirante había mandado colocar, uniéndolas por ambos lados con travesaños de madera, de manera que mi señora la infanta y los infantes salieron juntos por la escala. Y cuando estuvieron al pie de la escala, mi señora la reina y su hermana fueron a abrazarse, y estuvieron así abrazadas y besándose y llorando que nadie las podía separar, y que daba mucha compasión a quien lo veía. Y no era de extrañar, pues desde que no se habían visto habían perdido al buen rey Manfredo, su padre, y a la reina su madre, y el rey Carlos, que mató al rey Conradino y al rey Eus, sus tíos, y muchos otros honorables parientes. Por fin los infantes y el almirante las separaron, y así las dos, cogidas de la mano, subieron al palacio, donde fue muy grande la fiesta que se les daba. Y los manjares fueron muy ricamente preparados, y todos fueron servidos; pero antes de que comieran, el señor infante

mandó al almirante que metiera al príncipe en el castillo de Matagrifó; y a los condes y barones que los confiara a caballeros que los guardasen cada uno en sus casas; y a los otros prisioneros que los pusieran en cárceles comunes. Tal como el señor infante lo mandó se cumplió dentro de dos días.

Después, una vez terminada la fiesta, el señor infante llamó a todos los ricoshombres de Sicilia, caballeros, ciudadanos y hombres de las villas y lugares para que de cada uno viniesen síndicos con plenos poderes, y dioles como término hasta a dos meses de la fecha de las cartas que se hicieron para que estuviesen en Mesina. Dioles tan largo plazo para que dentro de aquel término hubiese ido y vuelto un mensaje para el señor rey en Cataluña, y que éste pudiese disponer lo que quisiera que se hiciese con el príncipe y las demás personas de autoridad, puesto que a los pequeños mi señora la reina los mandó poner en libertad y que fuesen llevados a sus tierras, como hizo con los anteriores.

Seguidamente, dicho señor infante y el almirante mandaron preparar una galera y mandaron a dos caballeros al señor rey de Aragón para hacerle saber que habían puesto al príncipe en Matagrifó bajo buena guardia y qué mandaba que se hiciera con él, así como de los condes y barones, y mandáronle por escrito los nombres de cada uno. De modo que salió la galera y encontró al señor rey en Barcelona, que ya había recibido noticias por el leño armado que el almirante le mandó cuando venció en la batalla, y por esto había venido a Barcelona, donde pensaba que otros mensajes de Sicilia habría de recibir en breve. En cuanto llegaron a Barcelona enviaron saludos, y fue tanta la gente que acudió a la playa para contestar a su saludo que parecía que había venido todo el mundo.

114. Pena de muerte para el príncipe y liberalidad del infante

En cuanto los mensajeros salieron a tierra, fuéronse a palacio para ver al señor rey, y le besaron el pie y la mano y le entregaron las cartas que le traían y le dijeron su mensaje. El señor rey les recibió con mucha alegría y mandó dar un gran refresco a la galera, y aquel mismo día les despachó, de modo que al día siguiente salieron de allí y en pocas fechas volvieron a Mesina, donde encontraron a mi señora la reina y a los infantes y al almirante y entregáronles las cartas que el señor rey les enviaba. Lo que en ellas decía no lo puedo decir yo, pero los hechos que siguieron con respecto al príncipe y los demás estuvieron de acuerdo con lo que el rey dispusiera, pues se procedió con tanta inteligencia que todo el mundo pudo darse cuenta de que todo tenía que haber salido de la gran sabiduría del señor rey.

Llegó luego el día en que se reunió la corte, como estaba previsto. El señor infante convocó a consejo general y todo el mundo vino al palacio de Mesina, tanto los que ya estaban en la ciudad por lo general, como todos los demás hombres y ricoshombres, y caballeros y síndicos de todas las tierras de Sicilia, y todas las personas doctas. Cuando estuvieron todos reunidos, el señor infante, que era de los más sabios entre los príncipes de este mundo y el mejor hablado (y lo es todavía, y lo será mientras viva), levantóse y dijo:

—Barones: Nos os hemos hecho reunir aquí porque, como sabéis, nos tenemos aquí, en Matagrifó, encarcelado, al príncipe, hijo mayor del rey Carlos. Todos sabéis también que el rey Carlos, su padre, despojó de su herencia al bueno del rey Manfredo, abuelo nuestro y señor natural vuestro, y cómo después murió él en la batalla con su hermano Eus. Luego sabéis tam-

bién cómo el rey Conradino, nuestro tío, vino de Alemania para vengar aquella muerte y aquel despojo, y cómo, porque así a Dios plugo, él y sus gentes fueron desbaratados por dicho rey Carlos. Sabéis que dicho rey Conradino cayó en sus manos vivo, y sabéis que cometió la mayor crueldad que ningún rey ni hijo de rey hiciera con persona tan gentil como era el rey Conradino (que por cierto pertenecía a la más alta sangre de este mundo), al que mandó cortar la cabeza en Nápoles. Por la gran crueldad que cometió todos podéis ver qué penitencias le va dando Dios, y qué venganza se toma; y precisamente porque sois vosotros quienes habéis sufrido mayor daño y mayor deshonor que ninguna otra persona en el mundo haya, tanto por la muerte de vuestro señor natural y de sus hermanos, como cada uno habéis perdido parientes y amigos, así place a Dios que de todo esto seáis vosotros quienes tomen cumplida venganza, y os ha puesto en vuestro poder la cosa más querida que el rey Carlos pueda tener en el mundo; pensad, pues, en juzgarlo y dictad aquella sentencia que más justa os pareciere Después de esto se sentó, y levantóse micer Alaime, a quien se había ordenado que contestase por todos en común, sobre lo que el señor infante propusiera, y dijo:

—Señor: Hemos comprendido bien lo que vos nos habéis dicho y sabemos que todo es verdad, tal y como vos lo habéis expuesto; agradecemos a Dios y a nuestro señor rey, puesto que le ha placido que tan sabio señor como vos nos fuese mandado como regente, y como a vos place que por nosotros sea tomada venganza de la muerte y del daño que el rey Carlos nos ha hecho; por lo que, señor, teniendo ante los ojos a Dios, sentencia doy yo, por mí: que sobre el príncipe recaiga la misma muerte que su padre dio al rey Conradino. Y así, tal y como yo digo esto, levántese cada uno de los barones, de los caballeros y de los síndicos de las tierras: que si les parece bien, que lo confirmen por sentencia y se ponga por escrito, y que cuanto diga

cada uno de los síndicos, lo digan de por sí y en nombre de toda la comunidad que representan. Y si hay alguno que algo quiera añadir, que se levante, que yo esto que digo lo digo por mí y por todos los míos.

Y cuando hubo hablado, se sentó, y antes de que ninguno se levantara, todo el pueblo de Mesina se levantó, y gritaron todos:

—¡Bien dicho! ¡Bien dicho! Todos decimos que pierda la cabeza y confirmamos lo que micer Alaime ha dicho.

Entonces levantóse el almirante, que ya conocía los propósitos que se tenían, y dijo:

—Barones, tal como micer Alaime ha dicho, levántese cada uno de por sí, ricoshombres, caballeros y síndicos y que dicte cada uno su sentencia y luego, lo que resulte en general, escríbase.

Seguidamente llamó a dos notarios de la corte de Mesina, los más fidedignos que había, y dos jueces, y que los jueces dictasen y ellos escribieran lo que dijera cada uno para memoria perdurable.

Y así se hizo y cumplió.

Cuando todo terminó, el almirante ordenó que se leyera en presencia de todos; y cuando se hubo leído y todos oyeron aquella sentencia dada por ellos y por aquellos a quienes ellos representaban, el almirante preguntó si todos, en comunidad, confirmaban aquella sentencia. Y todos respondieron:

—Esto queremos y así lo confirmamos, por nosotros y por toda la comunidad de la isla de Sicilia.

Después de esto se levantaron y se fueron a comer, y decidieron que al día siguiente se hiciera justicia. Pero el señor infante, después que la sentencia fue dada y confirmada, quiso usar de misericordia y no quiso devolver mal por mal, antes recordó las palabras del Evangelio que dicen:

«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta». Por esto no quiso la muerte del príncipe, sino que, con él, naciera la paz y concordia, puesto que le constaba que no merecía castigo por las cosas que hiciera su padre el rey Carlos, pues había oído decir, y así era de verdad, que le disgustó mucho la muerte del rey Conradino e igualmente porque era cierto que era pariente próximo del señor rey su padre, y si lo era de su padre, también lo era de sí mismo.

115. El príncipe es mandado a Cataluña

Al día siguiente, el señor infante Don Jaime llamó al almirante, y le dijo:

—Almirante: Aparejad la mejor nave de catalanes que ahí esté, y cuatro galeras y dos leños armados y mandemos al príncipe a Barcelona, al señor rey nuestro padre.

Y el almirante dijo:

—Señor, decís bien, y en el acto se hará.

Y así, en cuanto la nave estuvo armada, y las galeras y los leños, metieron al príncipe en aquélla, bajo buena guardia y bien ordenada, y partieron de Mesina. El tiempo fue bueno, y en pocos días estuvieron en Barcelona, donde encontraron al señor rey, quien en el acto mandó que lo metieran en el Castillo Nuevo de Barcelona y ordenó que se pusiera buena guardia.

Con esto, dejaremos estar al príncipe, que está en buen lugar y seguro, y volveré a hablar del señor infante y del almirante.

116. Conquista de Calabria

Después de embarcado el príncipe, el señor infante mandó al almirante que hiciera armar cuarenta galeras, pues pensaba pasar a Calabria y conducir la guerra en forma que para nada tuviese que contar con su padre. El almirante estuvo muy satisfecho cuando vio que el señor infante tenía tan acertado juicio y que era atrevido y esforzado, de manera que no hizo nada para refrenar sus proyectos, sino que, por el contrario, se los facilitó, y dijo:

—Decís bien, señor. Haced que vuestra caballería y vuestros peones se preparen, que las galeras podéis darlas por dispuestas.

De modo que el señor infante llamó a las huestes de todos los catalanes y aragoneses que estaban en Sicilia, aparte aquellos que regentaban los cargos y ocupaban los castillos. A los pocos días todo el mundo estaba preparado en Mesina, y el señor infante pasó a Calabria con mil caballos armados y cien alforrados a la jineta[32] y gran cantidad de almogavería y de sirvientes de mesnada; y el almirante estuvo dispuesto con las cuarenta galeras, de las cuales había veinte abiertas por la popa[29], en las cuales iban cuatrocientos hombres a caballo y muchos almogávares.

Así, con la gracia de Dios, el señor infante, por tierra, y el almirante, por mar, iban tomando ciudades, villas, castillos y lugares. ¿Qué os diré? Que si todo, por orden, os lo quisiera contar, como otras veces os he dicho antes, no me bastaría el papel. Tantas caballerías y tantos hechos de armas se hicieron en los lugares que conquistaban, que en ninguna historia del mundo encontraréis mayores maravillas a las que las gentes que estaban con el señor infante y con el almirante hacían, que, de un centenar, entre los ricoshombres y caballeros catalanes y aragoneses que había en aquella corte de cada uno de ellos y de sus proezas y caballerías, se podría hacer un mejor romance que el que se hizo de Jaufré[33], y además de estos cien, podríamos

citar un millar parecidos entre los peones. Del almirante no hace falta hablar, que maravillas fueron todos sus actos, pues se tuviera por muerto si en todo lugar donde ocurría un hecho de armas no aventajase a todos en caballería.

¿Qué os diré? Tanta fue la capacidad, el valor y la buena caballería del señor infante que, desde que salió de Sicilia hasta que volvió a Cataluña, se vio que había conquistado toda la Calabria y que sólo le faltó el castillo de Estil, que está en la cima de una gran montaña, junto al mar. Y, además de la Calabria, conquistó el Principado hasta Castellabat, que está cerca de Salerno, a treinta millas, e Iscle, como ya habéis oído, y Prócida y Capri, y todavía, por la parte de levante, la ciudad de Tarento y todo el Principado hasta el cabo de las Leuques, y la ciudad de Otrento y la de Lix, que está a veinticuatro millas cerca de Brindisi.

Y si hubiese quien os contara los hechos que en Otrento se hicieron por dicho Don Berenguer d'Entenza, cuñado del almirante, y por otros, sería una maravilla oírle, pues corrieron toda la Pulla, toda la isla de Corfú y todo el Arta y la Valona y toda Esclavonia. Y tal como tributaban en Nápoles todas las naves que entraban y salían, y las galeras de Iscle, al señor rey de Aragón, así tributaba a dicho señor rey toda nave o leño que entrase en el golfo de Venecia, a la ciudad de Otrento, a aquellos que estaban por cuenta del señor rey de Aragón o del señor infante, dejando los que entraban o salían de la ciudad de Venecia, porque dicha ciudad y común estaban en paz con el señor rey de Aragón.

Y que nadie se maraville de que así, en resumen, os hable de estas grandes conquistas, que si así lo hago es porque ya se han escrito libros que hablan particularmente de cada uno de estos asuntos y lugares que se conquistaban; y porque, además, sería cosa muy larga.

117. Expedición a Berbería y a las islas griegas

Cuando el señor infante hubo conquistado toda la Calabria y todos los demás lugares, cedió dichos lugares a los ricoshombres, a sus caballeros y a honrados ciudadanos y adalides de los almogávares y cabos de sirvientes de mesnada. Y dejó todas las fronteras bien delimitadas y luego se volvió a Sicilia, donde mi señora la reina y la infanta su tía y todas las gentes de Sicilia tuvieron gran gozo y alegría, ya que, desde entonces, no se hizo notar en nada la guerra en Sicilia, ya que los fronterizos que estaban en Calabria, en el Principado y en Pulla, eran los que hacían la guerra y la ganaban y venían a gastársela en Mesina.

Cuando el señor infante estuvo en Sicilia, el almirante, con licencia del señor infante, fuese a Berbería, a una isla que se llama Gerba, que pertenecía al rey de Túnez. Y asoló la isla, y se apoderó de más de diez mil, entre sarracenos y sarracenas, que transportó a Sicilia, y mandó a Mallorca y a Cataluña; y ganó tanto que el botín que obtuvieron las galeras sirvió para pagar lo que costó hacerlas y cuanto se gastó para armarlas.

Después hizo otro viaje, y fue a Romanía, corriendo la isla del Metelí y Estalimenes, y las Formentes, y Tin, y Andria y las Mitoles. Y luego recorrió la isla de Xiu, donde se fabrica la almáciga y la seda, y cargó todas las galeras con la almáciga y la seda; y después la ciudad de Malvasía; y volvió con las ganancias a Sicilia y fueron tantas que las cinco armadas se pagaron.

Asimismo recorrió la isla del Corfú, y quemó y arrasó todo el arrabal del castillo. Y recorrió toda la Cefalonia y el Ducado. Y las gentes que con él habían estado se hicieron todas ricas, hasta tal punto que, si jugaban, no admitían en su partida a

nadie que no tuviese monedas de oro, y si traía monedas de plata, ni con mil marcos le admitían.

No transcurrió mucho tiempo que recorrió de nuevo la isla de Gerba, y trajo más gente de la que antes había traído, de modo que los moros de Gerba se fueron al rey de Túnez y le dijeron:

—Señor, ya ves tú que no puedes defendernos del poder del rey de Aragón, sino que con la fe de que vos nos defenderíais hemos sido corridos dos veces por el almirante del rey de Aragón, con lo que hemos perdido padres y hermanos y esposas, e hijos e hijas. Por lo que, señor, te rogamos quieras absolvernos para que podamos pasarnos a su señorío; y así viviremos en paz y nos harás favor y bienestar. De lo contrario, señor, date cuenta de que la isla quedará deshabitada.

Así el rey de Túnez dio su acuerdo y absolvióles. Y ellos mandaron sus mensajeros al rey de Aragón, y se le rindieron, y por él, al almirante. Y el almirante mandó construir allí un hermoso y fuerte castillo, que se ha mantenido, se mantiene y se mantendrá a mayor honra de cristianos, como otro castillo no haya.

Digo esto porque Gerba es una isla que está en medio de Berbería, y tanto dista Gerba de Ceuta como Gerba de Alexandría. Y no creáis que sea del todo una isla, pues está tan cerca de tierra que cien mil hombres a caballo y otros tantos de a pie podrían pasar sin que el agua les llegara a las cinchas si aquel paso no les estuviese prohibido y defendido por cristianos; por lo que es necesario que quien sea capitán de Gerba tenga cuatro ojos y diez orejas y que tenga la cabeza segura y firme por muchas razones, sobre todo porque el socorro más próximo que tiene de cristianos es Mesina, que está a más de quinientas millas; y al propio tiempo, Gerba tiene por vecinos Selim, Ben Margan, Jacob Ben-Acia y Bon-Bárquet, y los Debebs y otros

barones alárabes, que cada uno dispone de mucho poder en caballería; y si al capitán que estuviese en Gerba se le llenaban los ojos de sueño, pronto encontraría quien lo despertara de un mal sueño.

Así que cuando el almirante hubo realizado estos hechos, decidió reparar todas cuantas galeras tenía, porque había oído contar que el rey de Francia mandaba construir muchas galeras. De modo que tengo que dejar de hablaros del almirante, y volveré a hablar del rey de Francia y del rey Carlos.

118. Muerte del rey Carlos de Sicilia

Cuando el rey Carlos tuvo noticia tanto de la prisión del príncipe como de la batalla de los condes, como de los hechos de Agosta, como de todos los otros daños que había sufrido y sufría cada día, pensó en recurrir al papa y luego al rey de Francia, y decidió urdir y preparar todo cuanto pudiese contra el rey de Aragón. Cuando lo hubo removido todo y dispuesto que el rey de Francia marchara contra el rey de Aragón, pensó en dirigirse a Nápoles, pues tenía gran temor de que se rebelara. Con él vino el conde de Artes (*Artois*) y otros condes y barones, que reunieron, por lo menos, dos mil caballeros, y jornada tras jornada, llegaron a Nápoles, y llegaron en un momento tal, que seguro que de los dos mil no volvieron a Francia ni doscientos, pues todos murieron en la guerra de Calabria o de Tarento.

Sólo en un día murieron en Otrento más de trescientos caballeros, y asimismo murieron muchos en Tarento, y en la llanura de Sant Martí, en un día, murieron a manos de los almogávares más de quinientos caballeros. ¿Qué os diré? Que no había lugar donde se tropezasen con los catalanes y aragoneses

que no muriesen o quedasen descabalados. Esto ocurría por la voluntad de Dios, que abatía su orgullo y exaltaba la humildad que el señor rey de Aragón tenía, igual que sus hijos y sus gentes.

Y se daba a comprender por los prisioneros que para honra de Dios dejaban ir libremente y en cambio no se puede decir que el rey Carlos soltase ninguno de los que caían en su poder o de los suyos, pues cuando cogían a alguno, les cortaban las muñecas y les sacaban los ojos. Esto hubo de sufrir, durante mucho tiempo, el almirante y los demás que estaban con el señor rey de Aragón, hasta que al fin, viendo que procedían así en demasía, el almirante decidió también cortar muñecas y sacar ojos, y cuando los otros vieron que así les correspondían se enmendaron, y el almirante hizo lo mismo, pero quedaron bien castigados, pues aquéllos no dejaron de hacerlo por amor a Dios ni por compasión. Y así ocurre a mucha gente que mejor se acaba con ella tratándoles mal que bien, siendo así que mejor fuera que cada cual se corrigiera de sus vicios por amor o temor a Dios que esperar que Dios descargue sobre ellos sus iras.

¿Qué os diré? Todos los días llegaban al rey Carlos noticias tales que se dice que nunca hubo señor en el mundo que, después de tan gran prosperidad como había tenido, se viera tan desgraciado cuando llegó su fin. Por lo que todo el mundo se debe esforzar en guardarse de la ira de Dios, pues contra la ira de Dios no hay nada que se resista. ¿Qué os diré? Caído en tal postración, quiso Dios que acabara sus días y pasara a mejor vida. Y de él puede decirse que el día en que murió, murió el mejor caballero del mundo, después del señor rey de Aragón y el señor rey de Mallorca, y solamente me reservo estos dos. De este modo, su tierra quedó con grandes trabajos a causa de su muerte y porque el príncipe, que debía heredar sus tierras, estaba preso en Barcelona. Pero el príncipe tenía muchos hijos, y

entre ellos había tres infantes mayores, a saber: monseñor Don Luis, que después fue obispo de Tolosa y fraile menor, y murió obispo y hoy es santo canonizado por el santo padre apostólico, que mandó hacer por él fiesta en todas las tierras de cristianos. Había además otro hijo, que se llamaba monseñor Don Roberto, que se titulaba duque de Calabria, y luego otro, que se llamaba, y se llama todavía, príncipe de Tarento. Estos dos hijos, con el conde de Artes y otros barones honrados de su misma sangre, rigieron la tierra hasta que su padre, el príncipe, salió de la cárcel, en paz, como más adelante oiréis.

Así he de dejar de hablaros del rey Carlos y de sus nietos, que regían la tierra, y he de volver a hablaros del rey de Francia.

119. Expedición francesa contra Cataluña

Cuando el rey de Francia hubo ordenado que se hicieran las galeras y se prepararan víveres por todo el Tolzá, el Carcassés, el Bederrés y el Narbonés, y además en el puerto de Marsella y en Aigüesmortes y en Narbona, mandó al cardenal, que era legado, y al senescal de Tolosa, a Montpellier, para lograr que el rey de Mallorca permitiera el paso libre por sus tierras. El rey de Mallorca fue a Montpellier y el cardenal predicóle y le hizo muchos ofrecimientos en nombre del santo padre, al igual que del rey de Francia. De poco le valieran sus sermones si no existiera el acuerdo que el señor rey de Aragón y el señor rey de Mallorca habían convenido, según opinión de las gentes, acuerdo al que se había llegado por dos motivos: el primero, porque no podía prohibirles la entrada por el Rosellón de ningún modo, y si intentaba impedirlo, Montpellier estaba perdido para siempre, y el Rosellón y Confleent y Cerdaña; el otro

motivo, que si aquéllos no entraban, y entraban por Navarra y por Gascuña, tenían mejor entrada que por el Rosellón, pues cuando estuviesen en el Rosellón no era cosa fácil pasar a Cataluña. Y así, por estas razones, el señor rey de Mallorca obedeció los ruegos del papa y del rey de Francia. Y de este modo, el cardenal y el senescal volviéronse al rey de Francia con gran satisfacción, pues ya tuvieron el hecho como ganado, y por esto, cuando lo contaron al rey de Francia, éste se puso muy contento, así como Carlos, el rey del capelo, y mandáronlo decir al papa, que también tuvo gran satisfacción. Enseguida, el rey de Francia mandó dar la paga de seis meses a los ricoshombres, caballeros y sirvientes y marineros y otras personas, pues dinero tenía en abundancia gracias al tesoro de San Pedro, que habían acordado para el pasaje a Ultramar, y que se transformó en contra del señor rey Don Pedro de Aragón, por lo que podréis comprender el fruto que iba a dar. Cuando la paga estuvo satisfecha por parte del rey de Francia y llegó la primavera, y el oriflama[34] salió de París, se calculó, cuando estuvieron en Tolosa, que venían con el rey de Francia dieciocho mil hombres a caballo y un sinnúmero de gentes a pie. Venían además por mar ciento cuarenta galeras grandes y más de ciento cincuenta naves con víveres, y leños, y taridas, y barcas innumerables.

¿Qué os diré? Que era tan grande el poder que el rey de Francia mandaba, que entre ellos poco se atendía al poder de Dios, pues todos decían:

—Tantas son las fuerzas que lleva el rey de Francia, que pronto conquistará todas las tierras de Don Pedro de Aragón.

De modo que el poder de Dios no era tomado en cuenta entre ellos y sólo se hablaba del poder del rey de Francia. En cambio, si hablabais con alguna persona de las que estaban con el rey de Aragón y le decíais:

—¿Qué harán el rey de Aragón y su tierra? —aquéllos dirían:

—Dios es todopoderoso y le ayudará en su derecho.

Y todos los del rey de Aragón imploraban el poder de Dios y los otros en nada lo reconocían.

Pero ya oiréis cómo nuestro señor verdadero Dios obró con su poder, que está por encima de todos los poderes, y tuvo compasión de los pacientes y castigó a los orgullosos y a los ignorantes.

Ahora dejaré de hablaros del rey de Francia y de sus ejércitos, que se encuentran en Tolosa y en toda su región, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

120. El rey Pedro, solo en la lucha

Cuando el señor rey de Aragón supo que el rey de Francia había salido de París y había sacado el oriflama, y que venía con tan gran poder por mar y por tierra, inmediatamente mandó sus mensajeros a su sobrino el rey de Castilla para hacerle saber con cuánta fuerza el rey de Francia se le venía encima, y requiriéndole, por el convenio que existía entre los dos, para que le mandase fuerzas de caballería, y que si lo hacía, podía estar seguro que él daría la batalla al rey de Francia.

Cuando el rey de Castilla hubo recibido este mensaje, respondió a los mensajeros que se volvieran, que él se prepararía de tal manera para correr en ayuda de su tío que el rey se daría por satisfecho.

Pero si la respuesta fue buena, los hechos quedaron en nada, pues no recibió ayuda ni de un solo caballero ni de un peón, de forma que el señor rey de Aragón se encontró engañado como

lo había sido por su cuñado el rey de Francia, y cuando llegó la ocasión, se vio abandonado de todos sus amigos terrenales, de manera que, como sabio y esforzado señor que era, y el mejor caballero del mundo y el más sabio, levantó los ojos al cielo y dijo:

—Señor verdadero Dios, a vos encomiendo mi alma y mi cuerpo, todas mis gentes y mis tierras; y plázcaos, Señor, que puesto que todos los que me debían ayudar me han abandonado, seáis vos quien me ayudéis y seáis mi valedor y el de mis gentes.

Bendíjoles, y lleno de esfuerzo, ardiendo en el amor de nuestro Señor, verdadero Dios, Jesucristo, mandó ensillar y que todos se previniesen y armasen. De modo que, aquel día, el rey llevó las armas por la ciudad de Barcelona y dio una gran fiesta, y hubo gran alegría para honrar a Dios. De este modo levantó el ánimo de sus gentes, que ya querían encontrarse con las armas junto a sus enemigos, que por lo que tardaban en llegar, los días les parecían años.

Cuando cada uno hubo recibido su mandato, valerosamente pensaron en cumplirlo. El día que les fue señalado, fueron todos al collado de Panissars y allí se atendaron, y estuvieron allí el señor rey y el infante Don Alfonso con gran número de caballería de Cataluña. Y cuando estuvieron juntos, el señor rey ordenó que el conde de Ampurias con sus gentes guardase el collado de Bañolas y el collado de la Massana, por lo que el conde de Ampurias formó su hueste desde Castelló al collado de Bañolas, y a los demás los situó en el collado de la Massana; y el conde con sus caballeros iba visitando a los unos y a los otros, pues no había más de media legua entre unos y otros. Cada uno de estos dos pasos eran tan difíciles que no había por qué temer que pudieran pasar ninguno de ellos.

Por otro lado mandó al vizconde de Rocaberti a guardar el Pertús, y el señor rey con todas las demás fuerzas se mantuvo en el collado de Panissars. A cada sitio eran mandados mercaderes y otras gentes, que les llevaban, para vendérselo, todo cuanto podían menester. De manera que todos los pasos estaban bien ordenados y provistos.

Y dejaré de hablaros del señor rey de Aragón y de sus gentes y volveré a hablar del rey de Francia y del rey de Mallorca.

121. Los franceses en el puerto de Panissars

Cuando el rey de Francia hubo reunido a todas sus gentes y supo que estaban bien provistas de todo lo necesario, y que del mismo modo estaba preparada y abastecida su armada, decidió entrar por el Rosellón, y cuando entró por el Rosellón, el rey de Mallorca le salió al encuentro a él y a sus sobrinos, hijos del rey de Francia, que venían con su padre; eso es: monseñor Don Felipe, hijo mayor del rey de Francia, que estaba muy dolido y disgustado de lo que estaba haciendo su padre, y el otro, monseñor Don Carlos, rey del capelo, que sentía la mayor satisfacción por lo mismo, pues entendía ser rey de Aragón.

De este modo llegaron juntos a Perpiñán, y toda la hueste del rey de Francia se atendó en Perpiñán y en el Való, de modo que todos los días había escaramuzas con los del rey de Aragón, que les perseguían hasta las tiendas y les mataban, les hacían muchos prisioneros y les causaban grave daño.

¿Qué os diré? Estaba el rey de Francia que no sabía qué hacerse, y un día decidió acercarse al collado de Panissars e intentar pasarlo; pero cuando estuvo en el Való, miró el puerto por donde tenía que pasar, y al ver toda la montaña llena de caballeros de la hueste del rey de Aragón, maldijo al que le había aconsejado que por allí debían de entrar. Con todo, un día intentó el paso, locura que jamás nadie había intentado, y, de una vez, cayeron sobre ellos más de cincuenta mil almogávares y sirvientes de mesnada, que atacaron su vanguardia de tal modo que les hubieseis visto darse la vuelta y caer montaña abajo caballos y caballeros, y recibieron tal castigo aquel día, que más

de mil hombres a caballo se perdieron, y un sinnúmero de hombres de a pie.

Cuando el rey de Francia, que estaba en la llanura, vio cómo llegaba su gente, desbaratada y de tal modo maltratada y que no podía ayudarles, dijo:

—¡Ay, Dios! ¿Esto qué es? ¡He sido traicionado!

Entonces, monseñor Don Felipe volvióse a su hermano Carlos y le dijo[35]:

—*Beu* hermano, *et regardés* la gente de vuestro reino cuan *honrablamaunt* os *recullen*.

Y Carlos no contestó nada, tan dolorido estaba. Pero el rey de Francia, su padre, que todo lo había entendido, respondió con gran enojo:

—*Or taixés-vos, sire* Felipe! Que *il faunt* tal *xosa dont il se reprentrant*.

—¡Ah, *sire, sire!* —dijo monseñor Don Felipe—, *je* compadezco más vuestra vergüenza y deshonor y vuestro daño que no lo hacen ni el papa ni los cardenales, que este beneficio os han procurado y a nuestro hermano han hecho rey del viento, pues ellos siguen con sus diversiones y solaces y poco les importa el peligro y el daño que os está preparado.

Y el rey de Francia se calló, pues comprendía que le estaban diciendo la verdad, pero era tarde para arrepentirse.

¿Qué os diré? Que toda la hueste hubo de volverse hacia Euna para estar junto a la corriente del Tec; y cuando el rey de Mallorca vio que el rey de Francia se marchaba hacia la ciudad de Euna, mandó mensajeros a dicha ciudad de Euna para que recibieran en procesión al rey de Francia. Y salió el obispo de Euna con todos los clérigos y legos, y mujeres y niños, con las cruces, a recibir al rey de Francia; pero en lugar de humillarse ante las cruces, arremetieron contra ellos y les destrozaron a todos, clérigos y legos, hombres, mujeres y niños, a causa de su

coraje por lo que les había sucedido. Y así veis, señores, con qué devoción y fe en las indulgencias iban ellos, que nuestro Señor verdadero Dios no ha de poder tolerar tal crueldad sin que ello tome venganza. Cuando esto se supo en toda Cataluña, se redoblaron los ánimos de todo el mundo, y pensaron que más les valía morir luchando contra ellos antes que uno solo se rindiera.

Cuando esto estuvo hecho, pasaron otros quince días sin saber qué hacer, y la armada permanecía toda en Coblliure. ¿Qué os diré? La intención del rey fue la de volverse; pero no quiso nuestro Señor verdadero Dios que escaparan a tan buen precio, sino que les abrió el paso para que pasaran y fuesen a morir en poder de sus enemigos.

122. Paso del puerto de la Massana

Ocurrió que cuatro monjes de Tolzá, que estaban en un monasterio que está cerca de Argilers, vieron al rey de Francia, y uno de ellos era abad de aquel lugar (y por esto era de aquella tierra, porque aquel monasterio es sufragáneo del monasterio de la Grassa, que está en el Narbonés, y por esto siempre tienen abad de aquella tierra, cosa que los señores de España harían muy bien en evitar, no consintiendo que en su tierra hubiese ningún prelado que no fuese súbdito suyo), y dijo al rey de Francia:

—Señor, yo y estos otros monjes somos hijos de vuestra tierra y naturales vuestros, por lo que, señor, nos dolería mucho que os volvieseis con tanto deshonor. Por lo que, señor, si os place, os mostraremos un sitio por donde podréis pasar; es verdad que el sitio es fuerte, pero lo menosprecian, y por esto no hay gentes que se os puedan oponer, pues, a lo más, habrá

unos cincuenta hombres. Vos, seňor, llevad mucha gente con azadas, layas, picos y hachas; y nada más entrar, uno de vuestros ricos hombres, con dos mil caballos armados y mucha gente de a pie, que lleven delante de ellos a los hombres de las azadas, picos y hachas abriendo camino; y delante suyo que vaya un millar de peones, para que, si fuesen oídos, con ellos se las hayan, a fin de que los que abren el camino no tengan que abandonar su obra. De ešte modo, seňor, es seguro que vos y toda vuestra gente podrá pasar; y en cuanto hayáis un millar de hombres en lo alto del paso, no tengáis miedo de que nadie les pueda echar antes de que vos hayáis subido con toda vuestra caba llería.

Y el rey de Francia díjole:

—Abad, ¿cómo es que sabéis todo esto?

—Seňor —dijo él—, nuestros hombres y monjes van todos los días a aquel lugar a proveer de lefia y de cal, y a veces, cuando hay hombres que quieren pasar al condado, pasan por allí. Este lugar, seňor, se llama el puerto de la Massana, y si preguntáis al conde de Foix, que conoce estas tierras, o a Don Ramón Roger, os dirán que es asi.

Dijo el rey de Francia:

—No preguntaremos a nadie, que harto fiamos en vos, de manera que esta misma noche haremos lo que haya que hacer.

Enseguida mandó llamar al conde de Armanyac, que traía buena compaía de a caballo y de a pie, y al senescal de Tolosa, y les hizo venir; y mandóles que, a medianoche, estuvieran preparados para seguir a aquellos monjes con mil caballos armados y dos mil peones del Languedoc; y que llevasen igualmente a todos los hombres que había en la hueste con azadas, layas, picos, guadañas y hachas, y que fuesen a hacer lo que los monjes les dirían. En cuanto llegó la medianoche, el conde de Armanyac y el senescal con toda aquella gente siguieron a los frailes y

empezaron a abrir camino en cuanto llegaron a la montaña. Y dos de los monjes, por un sendero que había, pasaron delante con los peones, y el abad y el otro monje, con hombres de aquel monasterio que conocían la montaña, iban con ellos y abrían camino.

¿Qué os diré? Al rayar el alba, los dos mil peones estaban en lo alto del collado, pues no fueron oídos por los que estaban de guardia hasta que se dieron con ellos, que, si habían guardado mal, bien despedazados quedaron, que de los cincuenta que había sólo quedaron cinco, que huyeron hacia la hueste de Castelló, que estaba en el collado de Bañolas. Cuando los de la hueste de Castelló lo oyeron, todos tomaron las armas, y fue una suerte que en aquel momento el conde de Ampurias había ido a Castelló para ordenar sus lugares y sus castillos, y con él había ido la mayor parte de la caballería y los mejores hombres de Castelló. Pero los que estaban de guardia en el de Bañolas se fueron hacia el collado de la Massana, y al mirar vieron gran aglomeración de gente que ya había subido, y que, de ahora en adelante, nada podría oponérseles. Y pensaron en volver al collado de Bañolas, y desde Tornevels, que estaba ocupado por algunos, levantaron sus tiendas y se volvieron cada cual a su puesto. Enseguida mandaron un mensaje al rey de Aragón, en el puerto de Panissars, haciéndole saber que los franceses habían pasado por el collado de la Massana; y el señor rey de Aragón no lo podía creer, y mandó un millar de almogávares hacia aquella parte, y viendo que el paso ya estaba ocupado por mucha gente, dijeron:

—Por nada nos iremos sin noticias. Aguantemos una noche, y a la madrugada ataquémosles, y hagámosles mucho daño, y llevémonos con vida tres o cuatro prisioneros para que digan al señor rey cómo han ocurrido las cosas.

A todos les pareció bien, y ni durante el día ni por la noche se descubrieron.

Ahora volveré a la hueste del rey de Francia, donde todo se realizó como el abad y los monjes habían dicho. En cuanto la caballería estuvo en lo alto, comunicaron al rey de Francia con mucha alegría que disponían del paso sin obstáculos, y que el camino había quedado arreglado en forma tal que las carretas podrían pasar, de manera que pensase en venir él y toda su hueste. De esto tuvo el rey de Francia gran satisfacción, y enseguida pensó en desplegar la oriflama, y toda la hueste pensó en montar a caballo. ¿Qué os diré? Ved cuánto puede el poder, que en cuatro días habían arreglado el camino que las carretas cargadas pudieron subir.

Al día siguiente, cuando llegó la madrugada, los mil almogávares arremetieron contra ellos, armándose el mayor revuelo del mundo en la hueste del rey de Francia; tanto, que creían que el rey de Aragón había venido. Y veríais despeñarse los caballos armados y las acémilas, de manera que todos creían que estaban perdidos, y desde luego lo estuvieran con sólo que fuesen tres mil los almogávares que habían venido. ¿Qué os diré? Los dos mil sirvientes del Languedoc aguantaron firme juntos, y tomaron un cerro, y en él, cuando fue día claro, se defendieron, sin querer ceder el paso. Cuando con el día vieron que los que habían hecho esto eran una pequeña compañía, se dieron hechos de armas como no hace falta decir; pero las lanzas y los dardos de los almogávares marcaban la pauta. En cuanto los almogávares vieron el gran poderío que allí había y el que iba subiendo (que ya estaban por encima de ellos, en el collado, más de mil caballos armados), replegáronse en una montaña, y los almogávares se llevaron más de diez prisioneros de alta condición, y habían matado o hecho despeñar, entre los de a caballo y a pie, más de tres mil; y cogieron el camino y se fueron al señor rey y contáronle todo lo hecho, y le llevaron los prisioneros, que le explicaron lo ocurrido. El señor rey mandó pregonar por toda la hueste para que todo el mundo recogiera

las tiendas y cada cual se volviera a su sitio; y así, de inmediato, todos cumplieron lo ordenado por el señor rey.

El señor rey, con el infante Don Alfonso, y el conde de Pallars, y el conde de Urgel, y el vizconde de Cardona, y el vizconde de Rocaberti, y otros ricoshombres de Cataluña, se fueron a Peralada.

Cuando estuvieron en Peralada, llegó un mensaje del monasterio de Sant Quirc, que estaba en el llano, pasada la montaña del puerto de la Massana, diciendo que el rey de Francia estaba en el monasterio de Sant Quirc con toda la caballería. ¿Qué os diré? Que el rey de Francia estuvo en aquel lugar del monasterio de Sant Quirc ocho días, que no quiso moverse antes de saber que su hueste de a caballo y a pie y de carretas y acémilas hubo pasado, y hasta saber que su armada había llegado al puerto de Rosas, que es el mayor y más grande de Cataluña, pues en él podrían caber todas cuantas embarcaciones había mandado construir; y esto lo hacía el dicho rey para que los víveres no le llegasen a faltar.

123. Sitio de Peralada

Cuando toda la gente hubo pasado y estuvieron todos reunidos en Sant Quirc, la hueste se movió en orden de batalla, como si todos hubiesen de combatir, y se dirigieron, ordenados y armados, directamente a Peralada, y atendáronse de Garriguells a la Garriga, y de la Garriga a Vallgornera, y de Vallgornera a Pujamilot; y así quedaron todos atendados en aquella hermosa llanura de los Aspres de Peralada. Seguro que nunca se pudo ver mejor que en aquella ocasión lo que era la hueste del rey de Francia como se veía desde Peralada, que no había ninguna tienda que no pudiese ser vista desde los muros de Peralada.

Cuando el señor rey de Aragón les vio así todos, levantó los ojos al cielo y dijo:

—¡Ay, Señor y verdadero Dios! ¿Qué es esto que veo delante de mí? No creía que tanta gente se pudiese reunir en un día.

Asimismo vio todas las naves en el golfo de Rosas, que eran de número infinito. Y entonces el señor rey dijo:

—¡Señor y verdadero Dios, plázcaos no desampararme antes que vuestra ayuda esté conmigo y con mis gentes!

Y tal como el señor rey se maravillaba, así hacían todos aquellos que lo veían, pues el mismo rey de Francia y aquellos que con él estaban se maravillaban, pues nunca se habían visto reunidos como lo estaban en aquella llanura, pues en aquel llano no hay un solo árbol, que todo son campos de labranza, ya que así es Peralada, pues de una parte, llegando hasta la mitad de la villa, están los campos de labranza, y de la otra están los ríos, que pasan cerca de la huerta, la cual es digna de ser vista. Y no era extraño que fuese tan grande la aglomeración de gentes, pues había más de veinte mil caballos a sueldo del rey de Francia y de la Iglesia, y más de doscientos mil hombres de a pie, además de una infinidad de gentes de a pie y a caballo que habían venido por las indulgencias que podían ganar, que eran de pena y culpa.

Cuando estuvieron todos asentados y atendados y la armada hubo tomado la villa de Rosas, metieron sus víveres por las casas. El señor rey de Aragón dijo al infante Don Alfonso que tomara quinientos caballeros y una compañía de a pie y que atacase a la hueste. El señor infante tuvo la mayor alegría de su vida, y llamó al conde de Pallars, y al conde de Urgel, y al vizconde de Cardona, y a Don Guillermo d'Anglesola, y al vizconde de Rocaberti, y díjoles que se preparasen, que él quería, al despuntar el alba, acometer a la hueste, y cada uno de ellos tuvo una gran satisfacción. El señor rey llamó al conde de Ampu-

rias, que había venido tan pronto como supo que los franceses habían pasado, y a los otros ricoshombres y les dijo:

—Barones, ahora mismo vamos a armarnos, y con nuestros caballos iremos a las barreras, para que podamos prestar ayuda a éstos, si es que la necesitan. Y los demás ricoshombres y barones, haced lo mismo.

—Señor —dijeron el conde y los demás—, bien decís.

De modo que, por la mañana, mientras amanecía, el señor infante, con la caballería que se le había ordenado, salió de Peralada y atacó a la hueste por un lado. En la hueste montaban la guardia mil caballos armados, que guardaban la hueste. Tan pronto como empezó el ataque, hubieseis visto derrocar tiendas, y a los hombres de a pie, más de dos mil, que con él habían salido, matar gente y romper cofres y pegar fuego a las barracas. ¿Qué os diré? Que el griterío fue grande, y al oír los gritos, vinieron los mil caballeros de la guardia, y entonces vierais hechos de armas tantos que en menos de una hora los del infante Don Alfonso mataron más de seiscientos de los mil, y ni uno sólo hubiese escapado si no fuera por el conde de Foix, el conde de Estarac, el conde de Comenge y el senescal de Miralpeix, y Don Jordán de la Illa, y Don Roger de Comenge, y toda la caballería del Languedoc, que llegaron muy bien armados en orden de batalla. Y no penséis que viniesen así como hacen los nuestros cuando salen por apellido[30], que uno no espera al otro, sino que ellos lo hicieron a buen paso, como caballeros experimentados, presentando batalla y dirigiéndose hacia la bandera del señor infante. El señor infante, enardecido con su buena caballería, quiso arremeter con el estandarte contra ellos, pero el conde de Pallars y los demás no se lo consintieron. ¿Qué os diré?

Difícilmente podían contenerle para que no atacara, hasta que el conde de Pallars lo tomó por el freno y le dijo:

—¡Ah, señor! ¿Qué intentáis? Por poco nos convertiríais en traidores.

Y con buena intención hízole volver, y replegóse toda su comitiva.

Entre tanto, el señor rey había salido de Peralada con el conde de Ampurias y otra caballería para recibir al señor infante. ¿Qué os diré? Ordenadamente se volvieron dentro de las barreras de Peralada, y el último que entró, con el estandarte y con la compañía, fue Don Dalmacio, vizconde de Rocaberti, que era señor de Peralada, y junto con él, Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, con su estandarte. Y ellos dos conjuntamente mandaban la retaguardia, de manera que, gracias a Dios, todos entraron, con gran alegría, sanos y salvos en Peralada, que no habían perdido más que tres caballeros y cinco hombres de a pie, y habían matado más de ochocientos caballeros y un sinnúmero de hombres de a pie. ¿Qué os diré? Que de tal modo se ejercitaban, que todos los días vierais hacer torneos junto a las barreras de caballeros y hombres de a pie, que todo el mundo tenía que maravillarse. Esto duró cinco días, durante los cuales ningún hombre pudo entrar ni salir de Peralada por la parte de la huerta, que si entraba algún francés u hombre de la hueste del rey de Francia, nunca salía ninguno que no acabase muerto o prisionero. Hay que pensar que la huerta de Peralada es la huerta más fuerte que pueda haber en el mundo, pues no hubo hombre que en ella entrara que no estuviese perdido si querían los hombres de Peralada, pues ellos son los únicos que conocen los pasos, que no pueden saber aquellos que no han nacido ni se han criado en la villa.

124. La gesta de la Mercadera

He de contaros una maravilla que ocurrió de verdad, para que estéis tan seguros de ella como si cada uno la hubiese visto. En Peralada había una mujer, que yo conocí y vive todavía, que era llamada la Mercadera, porque tenía un obrador de mercería, y era una mujer muy lista, alta y robusta. Un día, mientras estaba la hueste delante de Peralada, salió de la villa y se fue a su huerto a por berzas; y vestía una gonela de hombre y cogió una lanza y una espada, que se ciñó a la cintura, y un escudo al brazo; y de esta forma fuese al huerto. Cuando estuvo en el huerto, de pronto oyó sonar unas campanillas, y sorprendióse; enseguida dejó de arrancar berzas y fue hacia aquella parte para saber de qué se trataba; y miró, y vio que en la reguera que había entre su huerto y otro, un caballero francés, con su caballo armado con el petral lleno de campanillas, iba de un lado para otro sin saber por dónde salir. Ella que le vio, se colocó en un paso obligado y le arreó tal golpe de lanza por las faldas del muslo que le atravesó a él y a la silla y se apuntó en el mismo caballo. Hecho esto, el caballo se sintió herido, y levantóse de manos y por detrás, en forma tal que el caballero hubiese caído si no estuviera atado con una cadena en la silla. ¿Qué os diré? Ella echó mano a la espada y se vino a otro portillo y fue a herir al caballo por el cabezal, y el caballo quedó atronado. Ella cogió al caballo por las riendas y gritó:

—Caballero, sois muerto si no os rendís.

El caballero túvose por muerto; echó al suelo el bordón que llevaba y se le rindió. Ella recogió el bordón y sacóle la lanza del muslo, y de este modo le condujo hasta dentro de Peralada. De todo esto quedaron muy alegres y satisfechos el rey y el infante Don Alfonso, y le hicieron contar muchas veces cómo lo había apresado. ¿Qué os diré? El caballo y las armas fueron suyas, y el caballero fue rescatado por doscientos florines de oro, que fueron para ella. Y por este hecho podéis colegir si la ira de Dios estaba contra ellos.

125. Incendio y saqueo de Peralada

Pasados que fueron estos cinco días, todos los condes, ricoshombres y barones dijeron al señor rey que no estaba bien que él y el infante Don Alfonso estuviesen en Peralada, y que era mejor que se fuesen a poner orden en las tierras, y asimismo dijeron al conde de Ampurias y al vizconde de Rocaberti, que fuesen a reforzar sus castillos, puesto que con los castillos se podría causar gran daño a los enemigos, y que Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, que se había ofrecido para guardar y defender la ciudad de Gerona, fuese a ordenar y establecer dicha ciudad, pues bastaba con que en Peralada quedasen dos ricoshombres con sus compañías. ¿Qué os diré? Que se ordenó todo eso, y el señor rey quiso que el conde de Pallars y Don Guillermo d'Anglesola quedasen en Peralada, junto con Don Arnaldo de Cortsaví, Don Dalmacio de Castellnou; y Don Gilberto de Castellnou, que era muy joven entonces, no se separó del señor rey. Puede decirse que en Peralada quedaron cuatro ricoshombres que contaban entre los mejores caballeros del mundo; y se dispuso después que Don Arnaldo de Cortsaví y Don Dalmacio de Castellnou fuesen a fortalecer sus puestos, pues bastaba que en Peralada quedasen el conde de Pallars y Don Guillermo d'Anglesola.

De manera que, por la mañana, en cuanto clareó el día, el conde de Ampurias fuese a su condado para ordenar Castelló y otros lugares. Y el vizconde de Cardona marchóse a Gerona, metióse dentro y la limpió de mujeres y niños, y cogiendo a su lado muy honrados caballeros y muy honrados ciudadanos que mucho le querían, estableció muy bien la Torre de Gironella y toda la ciudad. Igualmente, el vizconde de Rocaberti fue a fortalecer sus castillos, y el vizconde de Castellnou y Don Dalma-

cio de Castellonu hicieron otro tanto, al igual que Don Arnaldo de Cortsaví.

Cuando todo esto estuvo ordenado y que, llorando, se hubieron despedido del señor rey, el señor rey estuvo dispuesto para salir al día siguiente y mandó reunir al consejo en Peralada. Exhortóles entonces y les dijo muy certeras palabras, y les reconfortó y animó, y les requirió para que obrasen bien, y se despidió diciéndoles que por la mañana se iría con el señor infante y con todos. Y, entonces los prohombres de Peralada le dijeron:

—Señor, no os dé cuidado este lugar, que el lugar es fuerte y bueno y bien provisto de víveres y de gente, y, con la ayuda de Dios, nosotros haremos tanto que mantendremos inmovilizado al rey de Francia, que no podrá seguir más adelante; y si lo intenta, nosotros le cortaremos los caminos y le mataremos las recuas de los víveres.

Y el señor rey agradeció mucho lo que le dijeron.

¿Qué os diré? Los almogávares que estaban con el señor rey eran unos cinco mil, y el señor rey había ordenado que se quedaran en Peralada; pero de ello, los almogávares, a quienes se había ordenado que se quedaran, se sintieron muy dolidos, porque tenían que permanecer dentro y se les iba el ánimo con la ganancia que los otros obtendrían sobre los franceses con las incursiones nocturnas, y pensaron en dar otra solución al asunto. Y ahora oiréis la gran maldad que cometieron; que cuando llegó la medianoche, cuando el señor rey y el señor infante estuvieron fuera de Peralada y ya podían haber llegado a Vilabertrán o a Figueras, pusieron fuego en más de un centenar de puestos distintos de la villa, gritando:

—¡Salir! ¡Salir!

¿Qué os diré? Las buenas gentes, hombres y mujeres, que dormían en sus camas, oyeron el grito de ¡a fuera!, y vieron la

villa abrasarse en el fuego, cada uno y cada una pensaron en salvar a su hijo o a su hija, y los hombres a su esposa y a sus hijos. Y los almogávares decidieron coger lo que pudiesen con el saqueo. ¿Qué os diré? Toda la villa ardió y se quemó, que, salvo las murallas, no quedaron diez albergues en pie. Y fue una gran desgracia, pues la villa de Peralada era de las más antiguas, ya que, desde que Carlomagno y Roldan la conquistaron, no fue de los sarracenos, sino que la verdad es que el monasterio de Sant Quirc lo hizo Carlomagno y lo dotó con Peralada y con otras tierras del Peraladés y del condado de Ampurias.

Mientras el fuego cundía por la villa, toda la gente salió y quedó solamente una buena mujer, que se llamaba Palomera, que se dirigió al altar de Santa María, por la que sentía gran devoción, y dijo que allí quería morir, y tal como lo dijo lo cumplió por amor a ella. Aquella noche, el rey de Francia y toda la hueste, al ver el gran fuego, se maravillaron, y toda la noche permanecieron montados en sus caballos y armados. Y cuando se hizo de día, vieron que toda la villa ardía y comprendieron que la habían abandonado y entraron dentro y apagaron el fuego como pudieron. Los que eran buenos, dolíanse de que un lugar tan bello y tan bueno se hubiese quemado; de modo que se formaron dos empeños, que los buenos apagaban el fuego y los malvados lo encendían. Y de este modo llegaron a la iglesia y encontraron a aquella buena mujer que tenía abrazada la imagen de Nuestra Señora Santa María y vinieron los malvados picardos, que era la peor gente de la hueste, y despedazaron a la buena mujer sobre el altar, y luego ataron las caballerías a los altares y cometieron toda clase de inmundicias, de lo cual fueron muy bien pagados por Dios, como se verá más adelante.

Cuando el señor rey de Aragón y el señor infante y los caudillos todos supieron que así había sido destruida y quemada la villa de Peralada, estuvieron muy disgustados; pero los tiempos eran tales que nada se podía hacer. Por esto, en todos los tiem-

pos, sea quien sea rey de Aragón, se siente obligado a conceder muchos bienes a la villa de Peralada en general, y en especial a todo el mundo que sea de ella, e igualmente al señor de Peralada, como nos consta, pues en servicio del rey de Aragón perdieron todo cuanto tenían. Que yo y otros que en aquella hora perdimos y perdemos gran parte de lo que teníamos no hemos vuelto a ella para habitarla, sino que hemos ido por el mundo buscando fortuna con mucho daño y mucho trabajo y muchos peligros que hemos pasado, y de los cuales la mayor parte han muerto en estas guerras que la casa de Aragón ha tenido.

126. Rendición de Castelló de Ampurias

Cuando el señor rey de Aragón hubo salido de Peralada y de Vilabertrán, tomó el camino de Castelló y fuese a Castelló y encontró al conde que no sabía qué hacerse cuando supo que Peralada había sido quemada y desamparada, y los hombres de Castelló igualmente, pues bien sabían todos que si Peralada había sido abandonada no podrían sostenerse contra el poder del rey de Francia; pero si Peralada no hubiese sido abandonada, creían que hubiesen podido aguantar y, entre ambos lugares, no hubiese sido poca la mala ventura que dieran a los franceses. De modo que cuando los prohombres de Castelló supieron que Peralada había sido quemada por los almogávares, se fueron a su señor el conde y le dijeron:

—Señor, decid al señor rey de Aragón, que viene, que si él y los caballeros quieren entrar en la villa, pueden hacerlo; pero no queremos que un solo almogávar ponga el pie en ella, pues harían con nosotros la misma jugada que han hecho con los de Peralada. Y os rogamos nos deis consejo sobre lo que queréis que nosotros hagamos; que si vos lo queréis, estamos prestos y

preparados para abandonar Castelló y seguiros con nuestras esposas e hijos, y nosotros mismos pegaremos fuego a la villa; pues preferimos quemarla nosotros y llevarnos lo que podamos que no que los almogávares nos destrocen, tal como han hecho con los buenos hombres de Peralada y las buenas mujeres, que, cuando salían con vasos de plata y tazas y vestiduras, en cuanto estaban fuera del portal se lo quitaban. De modo que no ha de complacer al señor rey ni a vos que lo mismo hagan con nosotros.

El conde respondió y dijo:

—Yo saldré al encuentro del señor rey y que salgan veinte entre vosotros, que hablen por toda la villa y veremos lo que el señor rey querrá y ordena, que todo cuanto él quiera quiero yo que sea hecho.

—Señor —dijeron los prohombres—, decís bien.

Enseguida cabalgó el conde y fueron con él veinte prohombres de los mejores de Castelló; y encontraron al señor rey que estaba cerca, y llevándolo aparte, el conde y los prohombres llamaron al infante Don Alfonso, que también estaba, y todos los prohombres que había. Y comenzaron los hombres buenos a decir al conde lo que ya le habían dicho; y cuando el conde les hubo escuchado y ellos hubieron terminado sus razonamientos, el conde dijo al señor rey:

—Señor: Bien habéis oído lo que estos prohombres han dicho, y yo, señor, les responderé delante vuestro lo que les respondí en vuestra ausencia: que les garantizo que lo que vos, señor, queréis decir y mandar, sobre ellos y sobre todo el condado, así quiero que se cumpla. Y si vos queréis que yo mismo prenda el fuego, incontinente quedará hecho, que por cierto mientras me quede vida en el cuerpo, de vuestro camino no me apartaré.

Y el señor rey respondió:

—Señor conde, bien hemos oído lo que estos prohombres de Castelló os han dicho, y os decimos a vos y a ellos que de la destrucción de Peralada estamos tan disgustados que diez veces lo que Peralada valía lo daríamos para que esto no hubiese ocurrido; pero los tiempos son tales que nada podemos hacer contra aquellos que lo han hecho. Comprendemos que nos y los nuestros, y para siempre, estamos obligados a restituir al señor de Peralada y a toda la comunidad y a cada uno en particular; que bien sabemos que ellos no han perdido lo suyo por nada en lo que ellos tengan culpa, sino por esta guerra que es exactamente nuestra y por nuestros asuntos y de nuestros hijos y no por nada que a ellos pertenezca. Por lo que ante Dios y el mundo nos tenemos por obligados a la restitución; y si Dios nos da vida y nos saca con honra de esta guerra, nos y los nuestros daremos buena enmienda a ellos y los suyos. Así, pues, si a esto nos tenemos por obligados, ¿cómo podríamos querer que Castelló se perdiera? Cada uno de vosotros puede pensar que por nada lo querríamos. Y concedemos que, si Peralada no hubiese sido desamparada, Castelló se podría mantener, que entre las dos villas había muy buena gente, y los de los lugares de afuera, bien se podrían mantener con los castillos que hay alrededor, y nuestra gente, que todos los días les obligarán a dar muchos asaltos. Pero, puesto que ha ocurrido este desastre de Peralada, no creemos que Castelló se pueda mantener contra el poder del rey de Francia. Por lo que os mandamos, señor conde, que vos deis licencia para que los hombres de Castelló se rindan al rey de Francia y yo, por mi parte, les absuelvo de todo aquello a que me estuviesen obligados y vos haced lo mismo con ellos.

Entonces el conde volvióse llorando a los prohombres de Castelló y mandóles y díjoles todo lo que el señor rey había mandado. Y si alguna vez se ha visto duelo y llanto, aquí fue; y

nada tenía de extraño, pues se trataba de una muy dura separación.

Así el señor rey, y el conde con él, y el señor infante y toda la compañía fuéronse a Gerona. Y los de Castelló mandaron reunir consejo general y explicaron lo que habían hecho; y antes de salir del consejo designaron al abad de Rosas y al de Sant Pere y mandáronlos a la hueste del rey de Francia y al cardenal, y rogaron al cardenal que sirviera de mediador entre ellos y el rey de Francia.

Él dijo que lo haría con gusto, pues tanto él como el rey de Francia ya empezaban a no exagerar más de la cuenta, pues pensaban que hacía más de tres meses que habían repartido la paga y todavía no habían tomado ningún lugar ni de grado ni a la fuerza, cosa que les sacaba de quicio, pues ellos se figuraban que en cuanto hubiesen pasado los puertos, toda la tierra se dispondría a rendírseles, pero se encontraban con todo lo contrario, que cuanto más les conocía la gente menos les apreciaban; cosa que no les había ocurrido en ningún reino fuera de Cataluña, Aragón y el reino de Valencia; que tan gran congregación de gentes se vinieran contra ellos y que, a pesar de la excomunión y las indulgencias, nadie se les hubiese rendido, y por esto se daban por engañados en su juicio, pues nunca pensaron tener que combatir con gente tan fuerte. De modo que el cardenal sirvió de mediador para los prohombres de Castelló y los abades que les representaban. Y el rey de Francia les recibió en la corona de Francia, bajo su protección y seguridad, no estando a él obligados más que en aquello a que estaban obligados a con el señor conde, y todavía lograron que todos los portales pudiesen tener cerrados, excepto dos, y que ningún hombre de la hueste pudiese entrar si no iba provisto de albalá. Y les hizo entregar diez pendones, que pusieron encima de las puertas y por las murallas en señal de seguridad.

Y todavía el rey de Francia les concedió la gracia de que si él volvía sin conquistar el reino de Aragón, cuando hubiese cruzado el collado de Panissars no le estuviesen en nada obligados de cuanto entre ellos hubiere.

Y de esta manera los abades volvieron a Castelló, trayendo estas seguridades.

127. Sitio de Gerona

Cuando esto estuvo hecho, el rey de Francia fue a atendarse a Gerona y le puso sitio, y las galeras vinieron a Sant Feliu. Pero las naves y las vituallas estaban todas en el puerto de Rosas, que, puesto que Castelló era suyo, no tenían nada que temer. Entonces, cuando el almirante del rey de Francia fue a Sant Feliu, se encontró con que toda la gente había huido a las montañas e hizo pregonar que todo el mundo que fuese de Sant Feliu y de toda la comarca, que quisiera limosna, que viniese y él se la haría. La gente más desmedrada y los pobres y chiquillos vinieron a Sant Feliu en cantidad, y cuando estuvieron aquí y el almirante vio que no venían más, hizo meter a esta gente en casas diciendo que les daría limosna; y cuando estuvieron en las casas les hizo prender fuego, y quemólos a todos. Esta fue la limosna que les hizo. Y de este holocausto podéis pensar si subió el humo al cielo, que no os relataré los hechos porque contarlo da lástima y dolor. Bendito sea Dios, que tanto sufrió, pero que al final tomó cumplida venganza.

Ahora dejaré de hablar del rey de Francia, que ha puesto sitio a Gerona, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

128. Defensas que dispuso el rey Pedro

Cuando el señor rey de Aragón tuvo ordenada y guarnecida la ciudad de Gerona, y hubo puesto dentro como jefe y principal a Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, y con él a muchos honrados caballeros y ciudadanos y vio que la hueste del rey de Francia se había atendado por los alrededores y habían ordenado el sitio, el señor rey partió de aquí y fuese a Besuldó y estableció muy bien la villa, y estableció los castillos que había alrededor de Gerona, de modo que daban muy malas madrugadas a la hueste aquellos que el señor rey de Aragón había puesto en los castillos y demás lugares que había establecido, y muy buenas recuas que iban de Rosas a Gerona quebrantaban y destruían. De modo que ¿qué os diré?, que tanto ganaban los hombres de armas con los franceses, y tanto destruían y anonadaban y tan buena caballería y almogavería hacían sobre ellos que, si tal como antes os he contado de Calabria quisiera contároslo, demasiado habría que hacer, si todo querría escribirlo; de manera que me contentaré haciéndoos un resumen. Que de verdad os digo que de tan cerca les vigilaban los de la hueste, que no podían ir los franceses ni a coger hierba ni leña sin que mil caballeros no aparecieran siguiéndoles. E igualmente los que desde dentro les hacían salidas les daban y causaban sobrada desgracia, que no había día que no les atacasen tres o cuatro veces mientras estaban comiendo, e igualmente no les dejaban una sola noche de reposo, de modo que les estropeaban el comer y el dormir. Y parecía, realmente, que la ira de Dios se les cayera encima con tanta enfermedad como se propagó entre ellos, que ésta fue la mayor pestilencia del mundo que nunca mandase Dios a ninguna clase de personas.

Cuando el señor rey de Aragón hubo establecido Besuldó y los otros lugares que estaban alrededor de Gerona y situado la almogavería y los sirvientes de mesnada por aquella frontera, que no os penséis que fuesen pocos, pues habría entre varias partidas más de cincuenta mil almogávares, contando los sirvientes de mesnada, y más de quinientos caballeros y otros quinientos hombres a caballo a la jineta. De tal manera dejó la frontera guarnecida que jamás se vio hueste tan apurada como estuvo la hueste del rey de Francia, ni hubo jamás gentes que alcanzaran tanta ganancia como sacaron de los franceses los que allí dejaba el señor rey de Aragón; y por lo que respecta a los de dentro, podría también contaros maravillas del daño que causaban a la hueste.

Todo esto dejó el señor rey ordenado, y puso como jefe de las gentes que dejó en la frontera al señor infante Don Alfonso, y con él al conde de Ampurias y al vizconde de Rocaberti y al vizconde de Castellnou, a Don Arnaldo de Cortsaví y a Don Guillermo Galcerán de Cartellá, señor de Ostoles y de Pontons, que podemos decir que fue uno de los buenos caballeros que hubo en España, y bien lo demostró en Calabria y en Sicilia muchas veces; que no hubo batalla en Calabria ni en Sicilia en la que él no estuviera y en la que siempre, con la ayuda de Dios, se vencía por su buen consejo y disposición. De este ricohombre, Don Guillermo Galcerán, se podría hacer otro gran libro con las proezas que él realizó, como se hizo de Lanzarote del Lago; y puede comprenderse lo mucho que Dios le quería, que llegó a ser alcaide de Berbería y allí realizó muchos hechos de armas y luego pasó con el señor rey de Aragón a Alcoll y a Sicilia e intervino, como ya os dije, en todos los negocios, tanto que, por su arrojo, le hizo el señor rey de Aragón conde de Catancer y le concedió Dios tanta protección que hasta los noventa años llevó las armas y luego vino a morir en dicho lugar

de Ostoles, en la misma habitación donde nació y rodeado de los suyos.

129. Planes de guerra naval

En cuanto el señor rey de Aragón vio que la frontera había quedado bien arreglada y que la marcha de la guerra estaba bien prevista y que la ciudad de Gerona quedaba fuerte y bien abastecida con gente buena, que mucho daría que hacer a sus enemigos, marchóse a Barcelona, y ya en Barcelona mandó llamar a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol, y les preguntó:

—Prohombres, ¿qué es lo que habéis hecho?

Ellos respondieron:

—Señor: Encontraréis armadas doce galeras y cuatro leños, es decir, las diez galeras nuevas que mandasteis hacer y dos viejas que había y hemos hecho reparar.

Y el señor rey les dijo:

—Habéis hecho bien. Ahora decidme: ¿Qué pensáis hacer con estas galeras?

—Señor, vamos a decíroslo —dijeron ellos—. La verdad es que hemos tenido y tenemos nuestros espías en Rosas y en Cadaqués, donde están los franceses; también tenemos en Sant Feliu. Hemos sabido, a ciencia cierta, que el número de galeras del rey de Francia es de ciento cuarenta, de las cuales el almirante del rey ha ordenado que se queden con él en Sant Feliu sesenta armadas, y con su vicealmirante van y vienen otras cincuenta de Sant Feliu a Rosas, que no hacen más que transportar víveres en abundancia junto con barcas y leños que van con ellas de Rosas a Sant Feliu y vuelven con ellas. Por otra parte,

tiene cinco en Narbona y en Aigüesmortes y en Marsella para proveerse de víveres y, por ningún motivo, dejan de ir y venir estas naves. El remanente de veinticinco permanecen en el puerto de Rosas bien armadas y aparejadas, para guardarlo, y es su capitán un buen caballero de Provenza, llamado Don Guillermo de Loderna. De este modo tiene el almirante ordenadas y dispuestas sus galeras. Nosotros hemos pensado que, si vos, señor, queréis, con estas doce galeras nuestras y cuatro leños armados hacernos a la mar, y cuando estemos en el mar del cabo de Creus, de día estaremos de vigilancia en el mar y de noche nos acercaremos a Cadaqués. En Cadaqués he dispuesto con Gras, que es el mejor hombre de Cadaqués y que tiene dos sobrinos que se han formado conmigo, que estén en la punta de Portlligat, y allí yo recogeré sus noticias, y he ordenado con Gras que tenga cuatro hombres que no hagan otra cosa que ir y venir de Rosas a Cadaqués y que, todos los días, le expliquen lo que allí se trama. Sabemos que las cincuenta galeras han salido de Sant Feliu para ir a Rosas hace cuatro días y que están en Rosas, donde, a lo más, en seis días han de quedar despachadas. En cuanto nosotros sepamos que han pasado las Medes de Torruella, entraremos en el golfo de Rosas, y al nacer el día atacaremos las veinticinco galeras que están a la punta del puerto, y con la ayuda de Dios y vuestra buena suerte, las cogeremos o allí quedaremos todos. Pues debéis saber, señor, que con este ánimo vamos: o que todos quedemos allí descuartizados o que las apresemos, pues la misericordia de Dios es tan grande y el buen derecho que nosotros, y vos, señor, mantenemos, que por nada puede desfallecer nuestra fe, antes confiamos en abatir el orgullo y la maldad de aquella mala gente. De manera que, señor, encomendadnos a Dios y dejadnos ir, para que mañana podamos partir.

El señor rey estuvo muy satisfecho del coraje tan excelente que estos dos prohombres tenían, y comprendió que todo era

obra de Dios, pues no parecía que fuesen hombres con ánimos suficientes para realizar tal proeza; por esto, con buena cara y sonriendo, les dijo:

—Prohombres, estamos muy satisfechos de vosotros y de vuestro buen conocimiento y coraje y nos agrada que se haga así, como vosotros lo habéis dispuesto. Tened siempre confianza en Dios, y Dios nos sacará con honra a nos y a vosotros de este hecho y de otros, puesto que el poder de Dios no está con los otros. Pero, prohombres, por mucho que nos duela tenemos que privaros de una galera y de dos leños, que queremos mandar a Sicilia, a la reina y al infante Don Jaime y al almirante, para darles a conocer nuestra situación y para ordenarle que, de inmediato, el almirante venga con cincuenta o sesenta galeras bien armadas. Y vosotros mandadle decir de nuestra parte, y según vuestro consejo, qué ruta debe tomar y cómo se debe comportar y que no se detenga por nada; y comunicadle el orden que el almirante del rey de Francia ha establecido, pues, con la ayuda de Dios, en cuanto partan las galeras, nosotros les caeremos encima, y, perdiendo el mar, lo mismo les ha de suceder con la tierra y con sus personas. Y ahora, prohombres, podéis y debéis ver cómo las cosas han ocurrido como nosotros os decíamos: que precisamente porque sabían los del rey de Francia que disponíamos de pocas galeras, se dividen en partes ellos mismos, cosa que no harían si nosotros tuviésemos cincuenta, y así, con la voluntad y la ayuda de Dios, nuestra idea podrá realizarse. La galera queremos que vaya por el centro de la mar, sin acercarse a la costa de Berbería ni a la de Cerdeña, y que uno de los leños vaya por la Berbería y el otro por la de Cerdeña. De este modo, por medio de uno u otro les llegará nuestro mandato, de manera que las mismas cartas deben llevar uno que otro. De aquí a mañana por la noche tenedlos preparados, y, en cuanto estén, que partan enseguida. Nosotros mandaremos a nuestro canciller que haga dichas cartas tal co-

mo vosotros dispondréis, y nos, además, os mandaremos las cartas que mandaremos a la reina, al infante Don Jaime y al almirante, y hemos de mandarles que obedezcan vuestras cartas como si fueran nuestras y que lo que vosotros aconsejéis que haga el almirante sea lo que se haga.

—Señor —dijeron ellos—, para esto no os duela la galera y los dos leños que nos quitáis, pues es buen consejo el que vos habéis tomado. Y nosotros, con la ayuda de Dios, haremos lo mismo que hubiésemos hecho contando con aquella galera y los dos leños.

Seguidamente el señor rey hizo venir al canciller y le dictó sus cartas y le mandó escribir todo lo que Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol le dirían de parte suya.

En resumen, las cartas fueron éstas (la del señor rey, y las de Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol): escribieron al almirante que viniese con cincuenta o sesenta galeras armadas inmediatamente y que no se retrasara por ningún motivo bajo pena de perder la gracia del señor rey.

De modo que las cartas quedaron hechas aquel mismo día en su totalidad y fueron cerradas y selladas. Por otra parte, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol escribieron al almirante, de parte del señor rey y por su consejo, que pusiera rumbo a Cabrera, y que una vez en Cabrera transmitiera un leño a Barcelona y que en él no contase noticia alguna y fuese su mensajero a casa de Don Ramón Marquet, y que allí encontraría a dicho Ramón Marquet y a Berenguer Maiol, que le dirían lo que tenía que hacer y por qué rumbo. Y si ellos no estuviesen en Barcelona, encontrarían tan buena información como si ellos estuvieran, pues ellos se la habrían dejado. Y así se hizo.

130. Victoria junto a Rosas

En cuanto la galera y los dos leños estuvieron dispuestos, se despidieron del señor rey y de sus amigos, y cada uno llevó sus cartas. Cada uno siguió la ruta que se le había marcado, y navegaron con la gracia de Dios. Así partieron sin que nadie supiera dónde iban, aparte del señor rey, de Don Berenguer Maiol, de Don Ramón Marquet y del canciller y escribano que había hecho las cartas; y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol embarcaron en las once galeras que les habían quedado y dos leños, y podéis creer que jamás se vieron embarcaciones mejor armadas con gente de mar, sin caballeros, que no había ninguno ni ningún hijo de caballero, como lo fueron aquellas once galeras por los mejores hombres de mar. Se despidieron del señor rey, que los santiguó y bendijo, y los confió a la gracia de Dios; y embarcáronse, y a fuerza de remos se hicieron a la mar, que parecía que hacían rumbo a Sicilia.

Cuando hubieron embarcado y estuvieron en el mar, en forma que desde Cataluña no se les pudiese ver, a impulsos de un buen lebeche, izaron velas e hicieron rumbo hacia el cabo de Creus.

¿Qué os diré? Que entre la noche y el día siguiente estuvieron en el mar del cabo de Creus, a unas veinte millas dentro del mar, frente al cabo. Cuando el sol se hubo puesto, con las velas se acercaron a tierra y pusieron rumbo a Cadaqués, y, como la brisa era del siroque, a la hora de oración estuvieron a dos millas cerca de Cadaqués. Enseguida Don Ramón Marquet, en uno de los leños armados, lo puso junto a la punta de Portlligat, donde estaban dos primos hermanos del tal Gras, y ellos habían acordado ya la señal que le harían a Gras por medio de dos sobrinos suyos, y todo esto podía hacerlo Gras porque era el señor de Cadaqués, que pertenecía al conde de Ampurias, y, por lo tanto, ahora pertenecía al rey de Francia, y lo que hacía lo hacía por mandato de su señor el conde de Ampurias. Y quien es señor y mayor de una villa o un castillo puede

hacer lo que quiere de día y de noche, de modo que sus sobrinos y estos dos parientes que habían venido con Don Ramón Marquet, indudablemente, podían realizar su cometido, pues nada tenían que temer. De modo que cuando aquellos dos primos de Gras llegaron a Cadaqués y hubieron dado la señal, los dos sobrinos salieron a su encuentro, y fueron juntos a encontrar a Don Ramón Marquet y don Berenguer Maiol. Y como Dios quería proteger los asuntos del rey de Aragón y destruir el orgullo de los franceses, no hizo falta más.

En cuanto Don Ramón Marquet vio a éstos que se comportaban como criados suyos, les dijo:

—Barones, sed bienvenidos. ¿Qué nos contáis de nuestros enemigos?

—Señor, estad seguros que jamás hubo hombre que viniera con más oportunidad de como habéis venido vosotros. Sabed que ayer por la mañana partieron las cincuenta galeras de Rosas con muchas barcas y leños y, con la brisa, pasaron las Medes de Torruella. Nosotros las vimos pasar y todo el día tuvieron que hacer un gran esfuerzo con el viento para hacerse a la mar; luego cambiaron y ayer navegaron todo el día, de modo que creemos deben haber pasado ya el cabo de Aiguafreda.

—Y ahora —dijo Don Ramón Marquet—, ¿qué nos contáis de Rosas?

—Señor —dijo uno de aquellos dos hermanos sobrinos de Gras—, ayer estuve en Rosas, y cuando las cincuenta galeras hubieron salido, no quedaron más de veinticinco galeras, que seguramente están bien armadas con caballeros y hombres de a pie y de mar, gente buena que están de guardia en el puerto; y es su capitán un noble de Provenza, que se llama Don Guillermo de Loderna.

—Ahora —dijo Don Ramón Marquet— explicadme cómo están por la noche.

—Con las velas enjuncadas[22], así permanecen hasta que sale el sol al día siguiente, y así están todos los días. Esta es la orden que tienen, y puedo asegúroslo, pues he estado más de diez noches en las galeras, donde tengo amigos, y siguen siempre la misma orden.

—Entonces, prohombres, ¿qué aconsejáis que hagamos?

—Os rogamos que si vais a ir allí y vais a combatir con ellos que permitáis que subamos con vosotros, pues estamos seguros que si os lo proponéis con ánimo, todos son vuestros, contando con la ayuda de Dios y la buena fortuna del rey de Aragón.

—Barones —dijo Don Ramón Marquet—, ya es bastante que estos dos primos hermanos vuestros estén con nosotros y no conviene que vosotros os separéis de vuestro tío el señor Gras; estad seguros que si Dios nos los entrega, vosotros llevaréis mejor parte que si estuvierais con nosotros.

De manera que iros en buena hora, que nosotros por la mañana estaremos con ellos con la ayuda de Dios, que estará con nosotros. Y saludad a vuestro tío.

—Señores —dijeron ellos—, mayor favor nos haríais si nos llevarais.

Y dijo Don Ramón Marquet:

—Por cierto que no lo haremos, pues en las batallas no nacen hombres y no queremos de ningún modo que el señor Gras vea de vosotros más que cosas agradables.

Con esto les encomendaron a Dios, y los dos sobrinos fueron a contar al señor Gras todo lo que habían dicho y hecho. Y el prohombre señor Gras les dijo:

—Ay, señor, ¡bendito y verdadero Dios, que sois todo verdad y justicia! Ayudadles, dadles la victoria y libradles de todo mal.

Y cuando hubo dicho esto, los dos sobrinos cogieron veinte criados y, costeando por tierra, se fueron a ver la batalla.

Las galeras empezaron a bogar, y al despuntar el día estaban delante de las veinticinco galeras.

Dos leños de Don Guillermo de Loderna, que estaban de guardia, las vieron, y habiendo contado las galeras, se fueron a él, y le dijeron:

—Señor: ¡Levantaos! Mandad armar a vuestra gente, que tenemos delante once galeras y dos leños que vienen. Seguro que son las once galeras y los dos leños de Don Ramón Marquet y de Don Berenguer Maiol, de las que recibimos noticia que habían salido de Barcelona.

De inmediato, Don Guillermo de Loderna mandó tocar las trompas y las nácaras e hizo armar a todo el mundo. Entretanto se levantaba el día, y unas galeras vieron a las otras, y Don Guillermo de Loderna hizo desenjuncar las velas y se enfrentó con las once galeras, que estaban fuera, a fin de que no pudiesen tomar tierra. Don Guillermo de Loderna vino contra las once galeras con quince de las suyas, y las amarró por delante, y había ordenado que las otras diez galeras atacasen por la popa, y así las tendrían en medio, de manera que no podrían escapar; cosa que, sin duda, estaba muy bien ordenada. Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol mandaron abarloar sus galeras con amarras largas, y del mismo modo obraron con los remos, a fin de que los enemigos no se pudiesen meter entre ellos. Así, cuando quisieran, podrían largar remos y con los ballesteros de tabla cascarles, y cuando vieran que les habían bien cascado, largasen remos y se acostasen enseguida, y así se hizo.

Por cierto, que quiero que cada uno sepa, y os lo dice quien ha visto muchas batallas, que los ballesteros de tabla deciden de las batallas cuando las galeras ponen los remos en amarras. Por lo que siempre, sea quien sea el almirante o capitán de las gale-

ras de los catalanes, se comportará sabiamente si no lleva sobresalientes[31] en las galeras, sino ballesteros que sean de tabla, pues los ballesteros de tabla van descansados, y con sus ballestas y saetas puntiagudas y demás proyectiles, bien arregladas y dispuestas y emplumadas, y mientras las galeras bogan, ellos están tensando su ballesta. Que los ballesteros catalanes son tales que sabrían hacer una ballesta nueva y cada uno sabe tensar su ballesta, hacer viras y dardos, y cuerdas, y encordar y atar y todo cuanto al ballestero corresponda, pues los catalanes no admiten que sea ballestero nadie que no sepa del principio al fin todo lo que a la ballesta se refiere. Por esto lleva todo su arreo en una caja, como si tuviese que instalar un taller de ballestería, y ninguna otra gente tiene esto, pues los catalanes lo aprenden desde que les amamantan y la demás gente del mundo no lo hace, por cuyo motivo los catalanes son los más soberbios ballesteros del mundo. Por lo que los almirantes y los capitanes de las armadas catalanas deben dar todas las oportunidades para que se conserve esta habilidad singular que las otras gentes no tienen y no permitir que disminuya. Por lo que no conviene que tales ballesteros boguen como terceros, pues si lo hacen, pronto pierden la gracia de la ballesta. Todavía, los ballesteros de tabla tienen otra calidad, pues cuando ven algún gaviero o remero de banco en su línea, que está fatigado y desea comer o beber, el ballestero bogará en su puesto hasta que aquél haga lo que tenga que hacer. De este modo los ballesteros van frescos y reposados y hacen que la chusma vaya fresca y reposada. No digo que en una armada no sea bueno que haya diez galeras por centenar con sobresalientes, para que puedan dar alcance a las galeras que se les pongan delante, de modo que bastan dos, para veinte, y no más.

Por esto, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol, que tenían experiencia de eso, actuaron como debían actuar en galeras catalanas, de modo que las galeras estaban proa contra

proa, y las otras diez que estaban en la popa no podían entrar entre ellas gracias a los remos, que estaban bien amarrados. En las proas y en las popas era de ver las lanzas y saetas, que salían de manos de los catalanes tan bien templadas que todo cuanto alcanzaban traspasaban, y entre tanto, los ballesteros maniobraban en forma que no erraban un solo disparo. Los de las galeras de Don Guillermo de Loderna estaban con la espada y el bordón en la mano, sin poder hacer otra cosa, y cuando había alguno que tomase la lanza o el dardo, sabían tan poco de su manejo que tan pronto la arrojaban por la contera como por el hierro.

Tanto duró la batalla, que Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol vieron que las cubiertas de sus enemigos quedaban, en gran parte, barridas por los ballesteros, que les habían fuertemente herido, y de los pundonorosos que quedaban, muchos mejor era que se hicieran medicar que no que combatieran. Cuando vieron esto, hicieron tocar la trompeta de su galera, que ésta era la señal convenida, que cuando sonara la trompeta de la galera de Don Ramón Marquet y de Don Berenguer Maiol, todo el mundo largara remos y embistiera a los enemigos de flanco. Así se hizo, y cuando las galeras se hubieron mezclado, vierais las estocadas de los bordones y de las espadas, y dar con las mazas, y los ballesteros de tabla dejaron estar sus ballestas y se lanzaron al abordaje de sus enemigos.

¿Qué podría deciros? La batalla fue muy cruel y fuerte desde que se hubieron acostado; pero por fin los catalanes, con la ayuda de Dios, que estaba con ellos, vencieron, de manera que se apoderaron de todas las galeras, siendo el resultado de la batalla que, de la parte de Don Guillermo de Loderna, murieron más de cuatro mil personas, y de la de los catalanes, cerca de cien y no más.

De modo que cuando hubieron vencido la batalla y cuando hubieron hecho prisionero a Don Guillermo de Loderna y al-

gunos caballeros más, pues eran pocos los que habían quedado con vida y todos estaban malheridos, sacaron las galeras fuera, y cuando estuvieron muy afuera, vinieron hacia una punta que está muy cerca de Cadaqués, y allí salió la gente a tierra y refrescaron con gran gozo y alegría, celebrando las grandes ganancias que habían hecho. Y los dos sobrinos del señor Gras, con los veinte sirvientes, vinieron hacia ellos, y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol, reservadamente, mandaron a Gras mil florines de oro, y otros mil los dieron a los sobrinos suyos, y esto así se hizo para que ninguno de los veinte que con ellos habían venido se enterase de nada, antes cuando a ellos se acercaron lo hicieron en forma que pareciera que de nada se conocían, a fin de que aquellos veinte no les pudieran acusar. Y sus primos hermanos, que estaban en las galeras, ganaron mucho, pero aparte de lo que ganaron, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol les dieron a cada uno doscientos florines de oro y otras cosas. De modo que los sobrinos del señor Gras se volvieron a Cadaqués alegres y satisfechos, y le dieron a su tío los mil florines de oro, y le contaron todo lo ocurrido. Y el prohombre tuvo gran satisfacción y alegría, pero no se atrevió a manifestarlo.

131. Fracasa el auxilio de las otras cincuenta galeras

Cuando la gente de las galeras hubo refrescado y reconocieron todos los prisioneros que habían hecho y cuanto habían cogido, tocó la trompeta y pensaron en embarcar.

La verdad es que, mientras se hacía la batalla de Rosas, fueron dos barcas armadas a las cincuenta galeras y contaron lo ocurrido; de modo que las dos barcas alcanzaron las cincuenta

galeras más allá del cabo de Aiguafreda, en una cala que tiene Tamariu por nombre, que es escala de Palafrugell, y allí les dieron estas noticias. Inmediatamente las cincuenta galeras volvieron hacia Rosas, y cuando hubieron pasado el cabo de Aiguafreda, vieron las galeras de Don Ramón Marquet en el mar, que arrastraban las veinticinco galeras y seguían su camino. Don Ramón Marquet era uno de los buenos marinos del mundo, y calculando todo lo que luego sucedió, o sea que los hombres de Rosas mandarían barcas a las galeras y las harían regresar, por la noche, a favor del viento, metióse cuanto pudo en el mar, de manera que si las galeras volvían sobre ellas, cuando quisieran atacarles, ellos se encontrarían a barlovento. Así ocurrió que cuando las cincuenta galeras les vieron, como antes os he dicho, tuvieron que avanzar a remo. Como estaban muy armadas, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol vieron que, si arrastraban todas las veinticinco galeras, no podrían escapar, por lo que echaron a pique catorce galeras con todo lo que había y retuvieron once, o sea una por cada galera. El viento les empujó hacia fuera e izaron velas las veintidós y se decantaron a lo alto tanto como pudieron, de manera que las cincuenta galeras que vieron eso y el viento que se puso fresco, pensaron que nunca se las podrían coger y que les avanzaban mucho a barlovento, por lo que, con mucha pena, se volvieron a Rosas, donde encontraron las naves y leños desamparados, que si hubiese habido otras once galeras de catalanes hubieran hundido y quemado la totalidad de las naves.

De modo que reforzaron el lugar dejando allí veinticinco galeras, y con las otras veinticinco se fueron a Sant Feliu, con aquellas barcas y leños que habían dejado en Tamariu.

132. Disgusto del rey de Francia y disputa con el cardenal

Cuando el rey de Francia y el cardenal lo supieron, tuviéronse por muertos, y dijo el cardenal:

—¡Ay, Dios! ¿Qué demonios son esta gente que tales hechos realizan?

Y dijo el rey de Francia:

—Cardenal, ésta es la gente más leal a su señor que en el mundo haya, y vos podríais hacer de ellos picadillo antes de conseguir que tolerasen que su señor, el rey de Aragón, perdiera sus tierras.

Y así, tanto por mar como por tierra, veréis muchos de estos latigazos, por lo que os digo que es una empresa loca la que vos y yo hemos acometido. Y vos sois en parte responsable de este hecho, pues vos lo tratasteis y urdisteis con nuestro tío el rey Carlos, que esta gente y sus hechos han hecho morir con gran dolor. Y Dios quiera tal paga, como a él, no nos corresponda.

Y el cardenal no supo qué contestar, pues bien sabía que el rey de Francia le decía la verdad, de modo que se callaron.

Cuando el almirante del rey de Francia supo esto, no hace falta que os diga con qué miedo estaba; pero ordenó que tal cual iban las cincuenta galeras de Sant Feliu a Rosas, fuese y viniese él con ochenta y cinco galeras, y que las veinticinco permaneciesen siempre en Rosas. Y así se hizo en adelante, de modo que el almirante Don Roger de Lauria tendría que batirse con mayor número a la vez de lo que el rey de Aragón y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol se figuraban.

Y así he de dejar estar al almirante del rey de Francia y volveré a hablar de Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol.

133. Llegada a Barcelona

Cuando Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol vieron que las cincuenta galeras habían abandonado su caza, desplegaron velas y largaron la costa camino de Barcelona. ¿Qué podría deciros? Entre aquel día y la noche y el día siguiente, a hora de tercia estuvieron a la vista de Barcelona, y cuando les vieron, los de la ciudad tuvieron mucho miedo de que las once galeras no se hubieran perdido y todos estaban muy desalentados. Pero el señor rey, a quien le apretaba el corazón más que a ninguno, vino a caballo a la marina con gran caballería y esperóles, y contó que había veintidós velas grandes y dos leños. Y todo el mundo pudo contarlas, y se animaron, pues el señor rey les dijo:

—Barones, cobrad buen ánimo, que éstas son nuestras once galeras que traen otras once galeras, y he aquí sus dos leños que traen.

Entre tanto, los dos leños tomaron tierra y fueron hacia el rey, que comprendieron que estaba a la orilla del mar, y diéronle la buena noticia, y el señor rey les hizo dar buenas albricias. Y cuando las galeras estuvieron cerca de tierra, desarbolaron y se desembarazaron y, a remos, entraron con las otras, con la popa por delante y arrastrando las banderas. La fiesta que se hizo en Barcelona fue grande, y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol acudieron al señor rey y le besaron el pie, pero el señor rey se inclinó y fue a abrazarles y les recibió con buena cara y hermoso semblante.

Y ellos le dijeron:

—Señor, ¿qué nos mandáis hacer?

—Lo que os digo —dijo el señor rey— es que dejéis a todo el mundo lo que haya cogido y que no se haga ningún registro en las galeras; y los prisioneros sean nuestros y todo lo demás sea vuestro, y repartidlo y dad lo que os parezca a los hombres sobresalientes que con vosotros han estado.

Después de esto, ellos le besaron el pie, y con gran satisfacción se volvieron a las galeras y dijeron toda la merced que el señor rey les había hecho. Y todos empezaron a gritar:

—¡Señor, Dios os dé vida!

Y así, todo el mundo salió a tierra libremente llevándose lo que habían recogido.

Cuando todo esto quedó hecho, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol fueron al señor rey y le dijeron:

—Señor, si bien os parece, haremos sacar a tierra las veintidós galeras y las haremos reparar, pues todas necesitan arreglo.

Dijo el señor rey:

—Decís bien, y en seguida poned nuestro estandarte en la tabla y empezad a pagar a todo el mundo por cuatro meses, de manera que cuando estén reparadas contéis con el armamento, pues si el almirante venía con él juntos deberéis ir.

—Señor —dijeron ellos—, esto estará hecho, y tened buen ánimo de ahora en adelante, pues aun cuando el almirante no viniera, nosotros, con la ayuda de Dios, los desharíamos con estas veintidós galeras.

Dijo el señor rey:

—Quiera nuestro Señor Dios que así sea.

De modo que decidieron arrastrar las galeras a tierra y repararlas, y abrieron tabal y pagaron por cuatro meses.

Ordenado todo lo dicho, el señor rey salió de Barcelona y se fue donde estaba el señor infante Don Alfonso con los caudillos y los caballeros y demás gente buena que había dejado en la frontera.

E iba de unos a otros con poca gente de a caballo y de a pie para ir reconociendo cuanto hacían.

134. Combate de la Virgen de Agosto

El día de mi señora Santa María de agosto, el señor rey se iba hacia Besuldó, y a la hora del alba topó con una celada de cuatrocientos caballeros franceses que se habían puesto de vigilancia porque esperaban una recua que venía de Rosas con víveres para la hueste. Por aquel lugar, hombres de a pie y a caballo les asediaban siempre, y por esto se habían puesto en aquel lugar de noche, para poderles castigar. Y el señor rey iba hablando de cuanto veía; que sus gentes en cada lugar de la frontera se encontraban ricos y prósperos por las muchas cabalgadas que daban todos los días contra los franceses, y les mataban mucha gente y obtenían grandes ganancias, de modo que todos estaban alegres y satisfechos. De modo que el señor rey iba descuidado, y Dios, que todo lo hace bien y quería guardar de muerte o prisión al señor rey, hizo que los almogávares que con él estaban y que serían unos doscientos, yendo por las quebradas de las montañas, levantaron dos o tres liebres, y al alcance de las liebres empezaron a dar gritos y a baladrar. El señor rey y los que con él estaban, que serían unos sesenta hombres a caballo, cogieron las armas enseguida, pensando que debían haber visto caballería, y los franceses que estaban emboscados figuráronse que habían sido descubiertos y pronto salieron de la celada. Y el rey que les vio dijo:

—Barones, hagámoslo bien; reunámonos con nuestros hombres de a pie, que aquí hay mucha caballería que aquí se ha puesto por nosotros. Esforzaos, pues, en obrar bien, que hoy haremos algo de lo que todo el mundo hablará, con la ayuda de nuestro Señor Dios, Jesucristo.

Todos respondieron:

—Señor, por gracia y merced permitid que subamos todos a aquella montaña, de manera, señor, que vuestra persona esté a salvo, que a nosotros sólo nos da miedo de la persona vuestra. Y cuando vos estéis allí arriba, veréis lo que haremos nosotros.

Dijo el señor rey:

—Dios no ha dispuesto que por ellos mudemos el camino.

En seguida la partida de almogávares, que estaba cerca del rey, se juntaron con él, pero no llegarían a un centenar en el momento de embestir, y por en medio partieron las lanzas. El señor rey embistió el primero, e hirió lo primero que encontró con la lanza por el centro del escudo, que no tuvo necesidad de buscar médico; y luego echó mano a la espada, y dio de acá y de allá, abriéndose paso, en forma que nadie se atrevía a esperarle de frente cuando le hubieron reconocido por la forma de herir. Los otros que con él estaban obraban bien también, que no hay ningún caballero que pudiese hacer mayores maravillas que las que ellos hacían. De los almogávares es bueno que os diga que iban entre ellos con las medias lanzas, de modo que no quedaba caballo que no destriparan. Esto lo hicieron cuando hubieron acabado con los dardos, y creed que no hubo ninguno de sus dardos que no matase caballero o caballo; y luego con las medias lanzas hacían maravillas.

El señor rey estaba ahora aquí ahora allí, ahora a la derecha ahora a la izquierda, que tanto hirió con la espada que la hizo pedazos, y en cuanto echó mano a la maza, hería con ella mejor que no lo hiciera ningún otro caballero en el mundo. Acercóse

al conde de Nivers, que era el capitán de aquella compañía, y diole de tal manera con la maza en el yelmo que lo echó por el suelo, y en seguida volvióse y dijo a un buen mozo que no se separaba de él y que tenía por nombre Guillermo Escrivá, de Játiva, que iba en un caballo alforrado a la jineta:

—Guillermo, apéate y mátalo.

Y aquél echó pie a tierra y matóle. Y cuando lo hubo muerto, por su desgracia, atrajo su vista la espada que llevaba, que era muy rica, y al desceñírsela, un caballero del conde, que estaba muerto, vio que aquél había muerto a su señor, vino y le dio de tal forma con el bordón por las espaldas que lo dejó muerto. Y el rey, al volverse, vio que aquel caballero había muerto a Guillermo Escrivá, diole de tal modo con la lanza sobre el capacete de hierro que los sesos se le salieron por las orejas, y cayó muerto en tierra. En aquel lugar, donde yacía muerto el conde, hubieseis visto dar y recibir golpes. El señor rey, que vio a su gente en semejante revoltijo, lanzóse sobre los enemigos, haciéndose abrir tal plaza que de inmediato, con aquella entrada, mató con su maza a más de quince caballeros, pues podéis creer que a quien alcanzaba de lleno no necesitaba más que un golpe.

Estando en aquella mezcolanza, un caballero francés, al ver que el rey les causaba tanto daño, vino con la espada en la mano y cortóle las riendas, y poco faltó que, por esto, el rey se perdiera, por lo que ningún caballero debería ir a un hecho de armas con menos de dos pares de riendas, unas de cadenas y otras de cuero, y que aquellas de cadenas estén cubiertas de cuero. ¿Qué os diré? Que el señor rey iba así como abandonado, y el caballo lo llevaba de acá para allá; pero cuatro almogávares que estaban cerca del señor rey se aproximaron y le anudaron las riendas. Y el señor rey, acordándose de aquel caballero que le había cortado las riendas, fue hacia el lugar donde se

encontraba, y pególe de tal forma que ya no tuvo que pensar más en cortar riendas, sino que quedó muerto junto a su señor.

Entonces, cuando el señor rey hubo vuelto donde estaba el revuelo de la batalla, vierais herir y pegar; que ricoshombres y caballeros había en compañía del señor rey como jamás se había visto en ningún hecho de armas, pues cada uno hizo aquel día maravillas de sí mismo. ¿Qué os diré? Que un caballero joven de Trápani, de nombre Don Palmer Abat, que el señor rey había recibido en Sicilia en su casa, que jamás se había encontrado en ningún hecho de armas, hizo tanto como hiciera Roldán si estuviera vivo. Y todo esto ocurría por el gran amor que tenían por el señor rey y porque veían lo que hacía con sus manos. Que lo que el señor rey hacía no era obra de caballero, sino obra de Dios exactamente, pues ni Galaz, ni Tristán, ni Lanzarote, ni Galván, ni Boortes, ni Palamedes, ni Perceval el Galés, ni el Caballero de la Cota Mal Cortada, ni Escors de Marés, ni el Morant de Gaunes, si todos juntos se reunieran allí con tan poca gente como tenía el rey de Aragón, no podrían hacer tanto en un día contra cuatrocientos caballeros tan buenos como eran aquéllos, que eran la flor y nata del rey de Francia, como hizo el señor rey de Aragón y aquellos que con él estaban en aquella hora.

¿Qué os diré? Que los franceses se quisieron replegar en un cerro, pero el señor rey cabalgó hacia aquel que llevaba el estandarte del conde y diole con el mazo en el yelmo, que muerto y frío le dejó en el suelo; y los almogávares en el acto sacaron el estandarte del asta hecho pedazos, y los franceses, que vieron el estandarte de su señor por el suelo, formaron un solo grupo, y el señor rey arremetió contra ellos con todos los suyos juntos. Los franceses habían tomado un cerro y estaban tan apretados unos con otros que ni el señor rey ni ninguno de los suyos pudo entrar entre ellos, y así duró la batalla hasta que fue

de noche y oscuro. De los franceses no quedaban más que ochenta caballeros, y el señor rey dijo:

—Barones, es de noche y pronto nos podríamos herir los unos a los otros atacándoles a ellos.

¡Reunámonos!

Y cuando estuvieron reunidos en otro cerro, miraron y vieron venir unos quinientos caballeros franceses con tres estandartes. Y si me preguntáis quiénes eran, yo os lo diré: que eran tres condes parientes del conde de Nivers, que tenían mucho temor por su primo, que había ido a la celada y no le vieron volver a la hora del mediodía, cuando ya debía de haber vuelto a la hueste, por lo que, con licencia del rey de Francia, ellos fueron a buscarle. Y de ese modo vieron a aquellos caballeros en un cerro y vieron al rey de Aragón en otro; y en cuanto fueron hacia los suyos, les salieron al encuentro, y oyendo el mal resultado de su aventura, fuéronse allí donde yacía muerto el conde con otros parientes suyos también muertos, y recogiéndoles con grandes llantos y grandes gritos, fuéronse, caminando toda la noche, hasta que estuvieron con la hueste; hubieseis visto lamentos y llantos y duelos, que parecía que el mundo se hundía. Tanto, que Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, que estaba dentro de Gerona, mandó a diez hombres fuera para buscar noticias, y cogieron a dos hombres de la hueste y los metieron dentro, y cuando Don Ramón Folc les vio preguntóles por qué hacían aquellos llantos y lamentos en la hueste, y ellos contáronle lo que había ocurrido, y entonces Don Ramón Folc hizo hacer grandes luminarias por toda la ciudad de Gerona.

Ahora les dejaré estar a ellos y volveré con el rey de Aragón.

El señor rey de Aragón dijo a los suyos:

—Barones, estémonos aquí toda la noche, y por la mañana levantaremos el campo y reconoceremos cuánta caballería han

perdido, que fuera gran deshonor que así dejáramos el campo.

—Señor —dijeron aquellos que con él estaban—, ¿qué decís? ¿No basta con lo que hoy habéis hecho? Puede que mañana tengáis más que hacer.

Repuso el rey que por cierto él levantaría el campo, pues no quería que nadie pudiese reprochárselo. De manera que, cuando fue de día, los otros almogávares que iban por la montaña se reunieron con el señor rey, y de su caballería, más de quinientos hombres a caballo. Y el señor rey, con el estandarte desplegado, fue por el campo con aquellos que habían estado con él en la batalla, que no permitió que ningún otro descendiera. Y aquellos levantaron el campo y ganaron tan bellos arneses y tantos florines y tornesas[36] que para siempre quedaron acomodados. El señor rey reconoció su gente y vio que habían perdido doce caballeros, y aquel Guillermo Escrivá que murió por la espada que le dio envidia. Por lo que cada uno debe guardarse mientras está en la batalla, que no le mueva el corazón más que a obtener la victoria, y que no le dé envidia ni oro ni plata ni ninguna cosa que vea, sino tan sólo que meta mano contra sus enemigos, que si vence ya tendrá sobradamente su parte al levantar el campo, y si pierde, poco provecho le dará nada que tenga, pues con la persona ha de quedar. De manera que, a cada uno, que el corazón le vaya a lo que os digo, y si lo hace así, Dios le sacará siempre con honor del campo. También encontraron que habían perdido hasta veinticinco hombres de a pie. De modo que ya podéis pensar qué hecho de armas fue éste de tan poca gente contra tan buen caballero, que allí quedaron hasta trescientos veinte caballeros franceses muertos, de los cuales, según opinión de los que en la batalla estuvieron, únicamente el rey, con sus propias manos, había matado sesenta.

Y así, levantado el campo del arnés y de la moneda (que de los caballos no hizo falta sacar uno del campo, pues no había

caballo que no tuviese siete u ocho lanzadas), fuese el señor rey a Besuldó, y por todas aquellas fronteras encontró el señor rey que estaban ricos y sobrados, como sucedía en las otras. ¿Qué os diré? Cuando el señor rey hubo reconocido cuanto fue menester, vínose a Hostalric, donde estaba el señor infante Don Alfonso.

Y ahora dejaré de hablar de ellos y volveré a hablar de mi señora la reina y del señor infante, y del almirante, y de la galera y los dos leños que el señor rey les mandó desde Barcelona.

135. Victoria de Don Roger de Lauria

Cuando hubieron salido de Barcelona la galera y los leños que el señor rey enviaba a Sicilia, cada uno siguió el rumbo que le había sido señalado y llegaron a Mesina, donde encontraron a mi señora la reina y a los señores infantes y al almirante, y diéronles las cartas que el señor rey, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol les mandaban. De inmediato, el señor infante ordenó al almirante que mandase armar todas cuantas galeras había, y seguidamente mandó tocar la trompeta anunciando que todo el mundo viniera a recibir la paga por cuatro meses, y todo el mundo, con gran satisfacción, cobró la paga.

¿Qué os diré? A los quince días el almirante tuvo armadas cuarenta y seis galeras que habían reparado, y no quiso esperar más las que se seguían reparando. Hizo embarcar a sus gentes y se despidió de mi señora la reina y de los infantes. Apresuróse tanto en partir para que no pudiese haber noticia de ello, pues durante estos quince días no pudo salir de Sicilia ninguna vela que pudiese venir a occidente. Cogió rumbo a Cabrera y tuvo buen tiempo, de modo que en poco tiempo llegó a Ca-

brera, y cuando estuvo en Cabrera mandó uno de los leños que el señor rey le había enviado a Barcelona, y allí encontró a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol, que enseguida le dieron por respuesta que pusiera rumbo al cabo de Aiguafreda, y que en aquellas aguas habían de encontrar ochenta y cinco galeras que el almirante del rey de Francia mandaba personalmente, y que hacían el transporte de víveres entre Sant Feliu y Rosas. Hacíanle saber esto después de haber apresado las veinticinco galeras que estaban en Rosas, y que se diese prisa, antes que de él tuviesen noticia, y que según sus espías, estaban seguros de que en aquellas aguas las tenían que encontrar, y que asimismo ellos, con todas las galeras que tenían reparadas en Barcelona, estarían muy pronto con él. De este modo el leño armado se fue con esta respuesta, y Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol comunicaron esta noticia al señor rey, que se encontraba en Hostalric.

Cuando el leño armado hubo salido de Barcelona, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol hicieron embarcar a todo el mundo, y armaron dieciséis galeras que habían reparado. El leño armado encontró al almirante en el mar, y cuando el almirante hubo leído la carta de Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol, dirigió su rumbo hacia el cabo de Aiguafreda, y de noche tomó tierra en las Formigues, y allí descansó parte de la noche.

Tenía ordenado a todas sus galeras que, cada una, tuvieran dispuestos tres fanales: uno a proa, otro en el centro y el otro a popa, a fin de que, si las galeras del rey de Francia venían por la noche, de inmediato fuesen encendidos los tres faroles, para que viesen sus galeras y para que el enemigo se figurara que cada fanal correspondía a una galera. Y gracias a esta previsión del almirante se ganó todo el hecho, pues tal como él imaginó así ocurrió.

Cuando el día estaba ya cercano, la armada del rey de Francia pasaba con su fanal delante, y en cuanto el almirante la vio venir hizo armar a la gente, y de inmediato mandó tres leños armados a la descubierta, y en seguida volvieron y armaron, y dijeron al almirante que se trataba de toda la armada del rey de Francia. El almirante siguió su camino y púsose entre la tierra y ellos, y cuando los tuvieron enfrente, encendieron a la vez los fanales y arremetieron contra ellos. Y aquí vierais volar lanzas y saetas, y actuar a los ballesteros de tabla. ¿Qué os diré? Antes de que se hiciera el día el almirante les había desbaratado y se apoderó de cincuenta y cuatro galeras, y otras quince que había de pisanos se escoraron en tierra, y dieciséis de genoveses se fueron mar adentro por temor de que les ocurriera lo mismo, y nada esperaron, sino que se hicieron a la mar y se volvieron a su tierra.

Cuando se hizo de día, el almirante reconoció las galeras, y vio que en tierra había quince que eran de pisanos y se habían hundido en la tierra, y los galeotes del almirante se trajeron todo el botín y prendiéronlas fuego. Y cuando hubo hecho esto, el almirante siguió vía a Rosas.

136. Toma de Rosas

¿Qué os diré? Este día en el que se dio la batalla, a la hora de vísperas, Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol estuvieron con el almirante, y el almirante entrególes todas las galeras que habían apresado, y díjoles que pasasen por Palamós y por Sant Feliu, y que cuantas naves encontrasen se las llevasen junto con las galeras a Barcelona, y que se diesen prisa, que él iría a Rosas para apoderarse de la nave que había y de las veinticinco galeras, y de todos los víveres que estaban en tierra,

y que no saldría de Rosas hasta que la hubiese tomado. Así que Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol hicieron lo que el almirante les había mandado, y de inmediato se fueron a Palamós y a Sant Feliu y apresaron todo cuanto había en materia de embarcaciones. Luego salieron a tierra en Sant Feliu y quemaron todos los víveres que había, y los que se habían quedado, fieles al rey de Francia, escaparon todos.

Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol mandaron separadamente diez hombres al señor rey de Aragón, que seguía en Hostalric, para comunicarle esta buena noticia, y luego se fueron a la ciudad de Barcelona y por todo el país para dar a conocer esta buena noticia, y cuando lo hubieron hecho, dijeron:

—Nosotros esperaremos al almirante aquí, puesto que él nos ha dicho que fuéramos a Barcelona, pero es mucho mejor que vayamos junto con él, para que sea él quien reciba el honor que le corresponde.

Y así lo hicieron en efecto, y a todos pareció bien su nobleza.

Cuando Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol se hubieron separado del almirante, éste siguió vía a Rosas. Los de Rosas se figuraron que se trataba de su armada, y las veinticinco galeras, regateando, salieron fuera con gran algarabía. El almirante mandó izar los estandartes del rey de Francia, a fin de atraerlos muy a fuera y que no pudiesen arrimarse a tierra, con lo que perdería parte de la gente. Cuando se hubieron acercado, el almirante apretó de remos e hizo abatir aquellos estandartes y puso los del señor rey de Aragón. Los que vieron eso quisieron darse la vuelta, pero el almirante les atacó. ¿Qué os diré? Que las apresó todas con toda su gente. Luego se fue al puerto de Rosas, donde encontró más de ciento cincuenta, entre naves y leños y tandas, y a todas las apresó.

Seguidamente salió a tierra, donde había más de quinientos caballeros franceses y muchas acémilas, que habían venido a por víveres, y les atacó y descompuso en forma que mataron más de doscientos caballeros franceses y muchas acémilas de las que había. Los demás, con toda la gente que pudo seguirles, huyeron hacia Gerona, donde encontraron al rey de Francia, que ya había recibido la mala noticia: y éstos le trajeron más.

El almirante combatió la villa de Rosas y tomóla y la estableció bien a causa de los víveres que allí había, y cuando lo hubo hecho se vino hacia Barcelona y encontró a Don Ramón Marquet y a Don Berenguer Maiol en Sant Feliu, que le habían aguardado, de lo cual se sintió muy satisfecho.

De esta suerte el almirante mandó todas las naves que había apresado, tanto galeras como otros leños, naves y taridas, a Barcelona, pues bien veía que el mar era suyo y que nada tenía que temer.

137. Retorno a Rosas

En cuanto el almirante con Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol estuvieron juntos, con todas las galeras armadas, pensaron en volverse a Rosas, pensando que el rey de Francia no podría prolongar el sitio y que sería conveniente que ellos, con todos los hombres de mar, se encontraran en el puerto de Panissars para tener su parte en el botín y en los prisioneros. Y como lo pensó lo hizo y se vino a Rosas, y de Rosas a los Graells de Castelló. Y no me preguntéis si tuvieron alegría las gentes de Castelló y de toda la tierra, que era muy grande el gozo en el Ámpurdán; y en el Rosellón era igualmente grande, aun cuando no se atrevían a demostrarlo a causa de que el rey de Francia tenía a los dos hijos del rey de Mallorca en

París, eso es: el infante Don Jaime, el mayor, y el infante Don Sancho, que venía después del infante Don Jaime. Por esto el señor rey de Mallorca y sus gentes no se atrevían a demostrar que les complacía el honor que Dios hacía al señor rey de Aragón.

Ahora dejaré de hablaros del almirante, que está dispuesto a ir al collado de Panissars, allí donde sepa que el rey de Francia vaya a salir con sus gentes, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

Pero podéis estar seguros que de todo cuanto le había ocurrido y de la situación del rey de Aragón y en qué extremos se encontraba el rey de Francia, mandó recado a Sicilia por medio de un leño armado.

138. Muerte del rey de Francia

Cuando el rey de Aragón tuvo conocimiento de esta noticia, inmediatamente, con todas sus gentes de a caballo y de a pie que estaban en las fronteras, se dirigió al collado de Panissars para que ni el rey de Francia ni ninguno de su hueste pudiese escapar. Cuando el rey de Francia supo todas estas cosas, levantó el sitio de Gerona, y sintiéndose atrapado y enfermo, se vino a la llanura de Peralada, y allí reunió a toda su gente, y no encontró en toda su hueste más allá de tres mil caballeros armados y casi nadie de su gente de a pie, pues todos estaban muertos, ya sea en hechos de armas, ya sea por enfermedades, de modo que se dio por perdido. Y no me preguntéis por el cardenal, que a buen seguro absolviera al rey de Aragón de pena y de culpa con tal que le diese seguridades para salir de su tierra.

¿Qué os diré? El rey de Francia estaba tan enfermo que con estas novedades su mal empeoró.

Mandó venir a sus hijos, y cuando les tuvo delante, dijo a monseñor Don Felipe:

—*Sire*, en estos asuntos siempre habéis sido más entendido que nos, que si os hubiésemos creído, nos no moriríamos aquí (y habremos muerto antes de que transcurra la noche), ni tan buena gente por nuestra culpa habría muerto ni moriría. Por todo lo cual os concedemos nuestra gracia y nuestra bendición y os rogamos que guardéis esta gente de Castelló que a nos se había rendido y las de otros lugares de estos alrededores, que no se les haga mal alguno; y les absolveréis de todo cuanto estén obligados y que cada cual vuelva a su señor. Os aconsejamos, además, que secretamente mandéis un mensaje a vuestro tío el rey de Aragón para que os conceda pasaporte para que, a salvo, podáis pasar vos y vuestro hermano y mi cuerpo; pues estoy seguro que, si él se lo propone, ni uno de nosotros podrá escapar y no habrá nadie que no sea muerto o hecho prisionero. Nos sabemos que el rey de Aragón os quiere bien, y él sabe que vos también le queréis, de modo que no os dirá que no, y de este modo proporcionaréis beneficio a vuestra alma y a la mía. Y todavía os pido, hijo mío, que me concedáis un don.

—Señor —dijo él—, lo que habéis dicho se hará, y en cuanto al don, mandad lo que os plazca, que yo estoy dispuesto a cumplirlo.

—Hijo —dijo él—, decís bien. Bendito seáis de Dios y de mí. ¿Sabéis, hijo, cuál es el don que os pedimos? Que no queráis mal a vuestro hermano Carlos, que aquí está, porque tomó el reino de vuestro tío y suyo; bien sabéis vos que él no tiene la culpa, sino que la culpa fue toda nuestra y de nuestro tío el rey Carlos. Antes os suplico que le améis y le honréis como un buen hermano debe amar al otro, que no sois más que dos hermanos de una madre que salió de la mejor casa de reyes del mundo y que son los mejores caballeros, por todo lo cual debéis amarle caramente. Y todavía os ruego que tratéis y hagáis

todo vuestro esfuerzo para que la casa da Aragón esté en paz con el rey de Francia siempre, y con el rey Carlos, y que el príncipe, nuestro primo, salga de la prisión, pues si vos ponéis vuestro empeño, la paz será un hecho.

Después de esto, abrazóle y besóle, e hizo otro tanto con Carlos e hizo que se besaran. Y cuando hubo hecho esto, levantó los ojos al cielo, y mandó que le trajeran el cuerpo de Jesucristo y lo recibió con gran devoción y luego mandó que le dieran la extremaunción.

Cuando hubo recibido todos los sacramentos que todo buen cristiano debe recibir, cruzó las manos sobre el pecho, y dijo:

—Señor, verdadero Dios, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y de este modo pasó dulcemente de esta vida y tuvo un buen fin. Y si me preguntáis dónde murió, os diré que en el albergue del Sordo de Vilanova, a menos de media legua de Peralada, el año 1285.

Cuando el rey de Francia hubo muerto, el rey Felipe ordenó que se mantuviese secreto, y él mandó sus mensajeros secretos a su tío el rey de Aragón, que estaba en el puerto de Panissars, y le hizo saber que su padre había muerto y que le rogaba que le permitiera pasar con sus gentes, pues mejor le valía que fuese él el rey de Francia que ningún otro. Y el señor rey de Aragón, en cuanto recibió este mensaje, se dice que enseguida lo hizo saber a su hermano el rey de Mallorca, que se encontraba en el Való, a una legua de distancia de donde él estaba, y le mandó decir que él, con su caballería y gentes del Rosellón, saliese a recibir a su sobrino el rey de Francia a la Clusa, para que los almogávares y gente de mar que estaban con Don Roger de Lauria no le pudiesen destrozar; que él, del lado del Pertús y el collado, como pudiera, evitaría que se acercaran a por donde pasaría la oriflama; y él haría saber a su sobrino el

rey de Francia que marchara siempre junto al oriflama, él y su hermano y el cuerpo de su padre; y que así y en esta forma lo hiciesen, que él evitaría que sus gentes les hicieran tanto daño como les podrían hacer. Y así como el señor rey de Aragón lo ordenó, así se cumplió; y así lo hizo saber a su sobrino el rey de Francia.

Cuando monseñor Don Felipe comprendió que el señor rey de Aragón le aseguraba a él y a su hermano y además a todas sus gentes que cerca de él pasarían, y que había ordenado que el señor rey de Mallorca estuviera con su caballería en la Clusa, meditó sobre lo que haría y llamó al cardenal y a su hermano, y les dijo:

—He recibido respuesta de nuestro tío el rey de Aragón, que me hace saber que me asegura a mí y a mi hermano y que aquellos que estén conmigo junto a la oriflama, pasarán; pero para los demás no nos puede dar garantía, pues sus gentes son tantas que no hay hombre que las pueda acaudillar.

De manera que veo que gran parte de la gente que ha quedado está perdida.

A lo que el cardenal contestó:

—Señor, puesto que él os concede esta gracia, pensad en pasar, que pesa más vuestra persona y la de vuestro hermano y el cuerpo de vuestro padre que no todos los demás. De modo que no tardemos, y pensemos en irnos, que los que aquí mueran ya subirán con los demás al paraíso.

139. Desastre de los franceses en Panissars

Monseñor Don Felipe llamó a sus barones y ordenó una avanzada (en la que figuraba el conde de Foix) de quinientos caballeros armados; y después iba él con el oriflama y con su

hermano y el cuerpo de su padre y con el cardenal; y con ellos iban alrededor de mil caballos armados. Después venían todas las acémilas y toda la gente menuda de a pie, y, en la retaguardia, venía toda la demás caballería que había quedado, que serían como unos tres mil quinientos caballeros. Y así salieron de Pujamilot y pensaron ir aquel día a La Junquera.

Aquel mismo día el almirante, con todos los hombres de mar, estuvo en el collado de Panissars. Y aquella noche, sólo Dios sabe la noche que pasaron los franceses, que ninguno pudo desarmarse ni dormir, antes sólo oiríais lamentos y gemidos, pues los almogávares y sirvientes de mesnada y hombres de mar atacaban por ios flancos de la hueste y mataban a la gente y destrozaban los cofres, que tal ruido hacían haciendo estallar los cofres que parecía que os encontrarais en un bosque donde hubiese un millar de hombres astillando leña. Del cardenal os diré que desde que salió de Peralada hasta que llegó a Perpiñán no hizo más que masticar oraciones de miedo que tenía a que le degollaran. Y así pasaron toda la noche.

Al día siguiente por la mañana, el señor rey de Aragón hizo pregonar que todo el mundo siguiera su estandarte y que nadie, bajo pena de la vida, atacase mientras no atacara su bandera y mientras no sonaran las trompas y nácaras. Y así todo el mundo se agrupó bajo la bandera del señor rey, y cuando el rey de Francia pasó y su vanguardia llegó al Pertús, el señor rey de Aragón les dejó pasar, y toda la gente del rey de Aragón gritaba: —¡Ataquemos, señor, ataquemos! Y el señor rey iba conteniéndolos para que no hicieran nada.

Vino después el oriflama con el rey de Francia, su sobrino, con su hermano y el cuerpo de su padre, y el cardenal, como ya habéis oído que se había dispuesto, y pensaron pasar por dicho puesto del Pertús. Y del mismo modo, entonces, las gentes del señor rey de Aragón vociferaron con grandes gritos:

—¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza! ¡Ataquemos! ¡Ataquemos!

Pero el señor rey se mantenía firme hasta que el rey de Francia hubo pasado y todos los que iban con él, cerca del oriflama. Pero cuando las acémilas y la gente menuda empezó a pasar, y las gentes del señor rey de Aragón vieron eso, no creáis que el señor rey ni nadie les pudiera contener, de modo que un grito se levantó por toda la hueste del rey de Aragón:

—¡Ataquemos! ¡Ataquemos!

Entonces todo el mundo empezó a correr contra ellos; y vierais romper cofres, y saquear tiendas y ropas y oro y plata amonedada, y vajillas y tanta riqueza que todo el mundo se hizo rico y bien acomodado. ¿Qué os diré? Que quien antes había pasado, bien le valió, porque de las acémilas y de la gente de a pie y de los caballeros de la retaguardia ni uno pudo salvarse, que todos fueron muertos y los equipajes saqueados. Cuando empezaron a acometer, los alaridos fueron tan grandes que desde cuatro leguas se les oía. Tanto que el cardenal, que lo oyó, dijo al rey de Francia:

—Señor, ¿esto qué es? ¡Somos todos muertos!

Dijo el rey de Francia:

—Podéis creer que nuestro tío no ha podido contener más a su gente, que bastante trabajo le ha costado dejarnos pasar a nosotros. Pues ya oísteis que, cuando pasó nuestra vanguardia, todos le gritaban: «¡Ataquemos, señor!». Y a él le visteis que les acaudillaba con una azcona montera en la mano; y luego, cuando pasamos nosotros, gritaban: «¡Vergüenza, señor! ¡Ataquemos, ataquemos!».

Y él entonces todavía se esforzaba más en contenerles; pero cuando nosotros hubimos pasado y sus gentes vieron las acémilas, cegados por el botín que aquello representaba, ya no les pudo contener.

Con que haced cuenta que de los que quedaron no escapará ni uno, de manera que pensemos en marcharnos pronto.

Cuando hubieron pasado el Pertús, en un collado que hay encima de una ribera, vieron al señor rey de Mallorca con muy buena caballería y muy buena gente de a pie, del Rosellón y de Confleent y de Cerdaña; y se mantuvo en aquel collado con el estandarte real desplegado. Y el cardenal, que les vio, acercóse al rey de Francia, y dijo:

—¡Ah, señor! ¿Qué podemos hacer? He aquí al rey de Aragón que viene.

Y el rey de Francia le dijo:

—No temáis, que aquél es nuestro tío el rey de Mallorca, que nos viene a acompañar, que nos sabemos que así estaba ordenado por el rey de Aragón y por el rey de Mallorca.

Entonces el cardenal tuvo una gran alegría, pero no se tenía por muy seguro. ¿Qué os diré? El rey de Francia se acercó al rey de Mallorca, y el rey de Mallorca a él, y se abrazaron y besaron, y luego besó y abrazó a monseñor Carlos y después al cardenal.

Y el cardenal le dijo:

—¡Ay, señor rey de Mallorca! ¿Qué será de nosotros? ¿Acaso vamos a morir?

El rey de Mallorca, cuando le vio así tan demudado que parecía que ya estuviese muerto, no pudo por menos que sonreír, y le dijo:

—Cardenal, no temáis. Con nuestra cabeza os garantizamos que estáis a salvo y seguro.

Entonces él se tuvo por asegurado, que en toda su vida no había pasado tanto miedo.

Y decidieron ponerse en marcha, a pesar de que fueran tan grandes los lamentos que se oían por las montañas y el griterío

de las gentes del rey de Aragón tan fuertes, que parecía que se hundiera el mundo. ¿Qué os diré? Con un buen trote, cuando les era posible, pensaron en marchar más adentro, pasada la Clusa, ya que no había nadie que se sintiese seguro mientras no estuvieran en el Való. Y aquella noche se quedaron en el Való el rey de Francia y toda la compañía; pero el cardenal decidió entrar en Perpiñán. Lo cierto es que no hacía falta que esperaran la retaguardia que habían dejado, pues a todos les habían mandado al paraíso las gentes del rey de Aragón.

Al día siguiente el rey de Francia, con el cuerpo de su padre y con su hermano y con el rey de Mallorca, que no se separó de ellos, fuéronse a Perpiñán. Y aquí el señor rey de Mallorca les atendió en todo y a todos durante ocho días; y cada día se hacían cantar misas para el rey de Francia, y todos los días salía la procesión con el cuerpo, y lo absolvían; y de noche y de día le hacía quemar el señor rey de Mallorca, pagándolo él, en tanto como estuvieron en su tierra, mil hachones grandes de cera. De modo que hizo tanto honor al cuerpo del rey de Francia y a sus hijos y a todos aquellos que con él estaban, y al cardenal, que para siempre la casa de Francia le tuvo que estar muy agradecida y otro tanto la casa de Roma.

¿Qué puedo deciros? Cuando hubieron estado ocho días en Perpiñán y cuando se sintieron repuestos, fuéronse. Y el señor rey de Mallorca acompañóles hasta que estuvieron fuera de sus tierras y les proveyó de todo, y luego les dejó y se volvió a Perpiñán. Y los franceses se fueron, pero tan desmedrados, que de entre ellos no escaparon diez de cada cien que no muriesen de enfermedad. Y el cardenal fuese tan atemorizado, que el miedo no le salía del cuerpo, y al cabo de pocos días murió, y fuese al paraíso con aquellos a quienes, con sus prédicas, él había mandado...

¿Qué os diré? Tan malparados se volvieron que, mientras el mundo exista, en Francia y en todos sus territorios habrán de

acordarse siempre cuando les nombren a Cataluña.

Y ahora he de dejar de hablar de ellos y he de volver a hablaros del señor rey de Aragón y de su gente.

140. Disposiciones reales

Cuando hubo pasado el oriflama, como ya habéis oído, y la gente del rey de Aragón hubo muerto y preso a aquellos que andaban rezagados, ganando todo un mundo de riquezas, el señor rey volvióse a Peralada y ordenó y reparó la villa e hizo volver a todos y les concedió muchos dones y gracias, y luego hizo lo mismo con Gerona. El almirante fuese a Rosas, y el señor rey de Aragón mandó al almirante que devolviera Rosas al conde de Ampurias y que le entregara cuantos víveres había, que ascendía a un gran valor, y luego mandó al almirante que se volviese a Barcelona. Él, igualmente, una vez hubo ordenado y reparado la ciudad de Gerona, se volvió a Barcelona y mandó que todo el mundo se volviera a su tierra; y de esta manera todos regresaron a sus casas, alegres, satisfechos y ricos. Y el señor rey se fue a Barcelona con el señor infante Don Alfonso y con todos los ricoshombres, menos aquellos que eran del Ampurdán, o de la montaña de los puertos.

Cuando ya estuvieron en Barcelona, quiso Dios que aquel mismo día llegase el almirante con todas las galeras y con Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol. La fiesta en Barcelona fue muy grande, pues jamás otra igual se hizo en ninguna ciudad, en forma que el domingo siguiente el mismo señor rey salió a tablado y lanzó tres lanzas y otro tanto hizo el infante Don Alfonso. Unos cabalgaban y otros hacían armas, de modo que la alegría era tal que Dios y todo el mundo se debía alegrar. Pero la alegría, cada mañana, empezaba pensando en

Dios, pues se hacía una procesión por la ciudad, alabándole y dándole gracias y bendiciendo a Dios por la gracia que les había otorgado; de modo que hasta la hora de comer empleaban todo su tiempo en alabar a Dios y, después de comer, se dedicaban a los otros juegos. ¿Qué os diré? La fiesta duró más de ocho días.

141. El rey Pedro se propone apoderarse de Mallorca

Pasada la fiesta, el señor rey llamó al infante Don Alfonso y al almirante, y les dijo:

—Infante, nos queremos que al punto os preparéis para pasar a Mallorca con quinientos caballeros, y el almirante irá con vos. Sitiad la ciudad y el negocio se desarrollará de la siguiente manera: a los pocos días del sitio, la ciudad os será entregada y toda la isla, y con Ibiza ocurrirá otro tanto. En esto no tardéis y que se haga de inmediato.

El señor infante respondió:

—Señor, lo que dispongáis será hecho y ya me tenéis preparado. Ordenad vos quién queréis que vaya conmigo.

Mas el almirante, que era muy sabio caballero, dijo al señor rey:

—Señor, por favor, servios perdonarme por lo que os pienso pedir.

Dijo el señor rey:

—Almirante, pedid lo que queráis y decid lo que deseéis decir.

—Señor, entonces servios decirnos qué os mueve a que nosotros vayamos a Mallorca.

Dijo el señor rey al almirante:

—Bien decís, y me place que vos y el infante lo sepáis. La verdad es que estamos seguros, por cartas que tenemos de nuestros amigos que están en Venecia, Pisa y Génova, que el papa está maniobrando para que el rey de Francia tenga la isla de Mallorca de nuestro hermano, de grado o a la fuerza. Y la

fuerza la tiene por los dos hijos suyos que tiene en París, que son sus dos hijos mayores, con lo que, si de grado no se la quiere entregar, le dirá que cortará la cabeza de sus hijos si no se la entrega y que, además, le quitará Montpellier, el Rosellón, Confleent y la Cerdaña, de modo que, en resumen, no creo que se atreva a decirle que no. Por esto es necesario que nos protejamos a nuestro hermano en esta ocasión y al propio tiempo a nos y a nuestra tierra, pues por Mallorca se podría perder toda Cataluña, si se unía con los Comunes, a los que causa gran envidia Mallorca, que muy a gusto intervendrían y, con dinero, ayudarían al papa y al rey de Francia. Claro que hemos informado de estas cosas a nuestro hermano el rey de Mallorca, y como también tiene noticia de algo parecido, ha mandado algunos prohombres a la ciudad que aparentaran verse forzados, pero que, incontinente, al cabo de unos días, rendirán la tierra al infante. De manera que vosotros lograréis rápidamente la ciudad, y el rey de Mallorca, nuestro hermano, estará fuera de peligro y nosotros quedaremos fuera de toda sospecha; que una vez estuviera en poder del rey de Francia y de los Comunes, nunca jamás el rey de Mallorca podría volver, y a él lo mismo le importa que nos la tengamos como él, pues cuando tengamos paz y él tenga sus hijos en su tierra, nos se la devolveremos[37].

El almirante dijo:

—Señor, habéis tomado una decisión muy sensata, tanto por lo que afecta a vos como a vuestro hermano. Y os diré que lo que a mí me daba miedo de esta guerra era que la isla de Mallorca estuviera contra nosotros.

—Entonces, almirante, pensad en iros con las galeras a Salou y disponed que los leños os lleven cuanto habréis menester. Y el infante, enseguida, que piense en salir para Tarragona y nos le mandaremos los ricoshombres y caballeros para que esté, con ellos, bien acompañado, y serán en número de qui-

nientos. Y queremos que vaya con vos Don Conrado Lanza, que sabe bien hablar y es muy sabio, y a él le ordenaréis que entre en la ciudad y hable con los prohombres, y también a Don Alberto de Mediona, que es hombre que ha oído y visto mucho. Haréis de manera que ni una col sea tocada ni cortada, que nuestras gentes no toquen nada, pues es cosa convenida que, a los pocos días de estar allí, os será entregada la ciudad y luego toda la isla; pero es mejor que las cosas se hagan de manera que parezca que se ven forzados, a fin de que los franceses no puedan tener en mala sospecha contra nuestro hermano, el rey de Mallorca; pues su peligro nos es tan caro como lo es nuestra propia persona y el de sus hijos igual que si fuesen nuestros; por lo que él y yo necesitamos que nuestros asuntos sean llevados con mucho juicio, tal es la calidad de las personas con quienes tenemos que habérnoslas. Que Dios nos ayude con su gracia y Dios quisiera que ellos fuesen de tan buena fe con nuestro hermano el rey de Mallorca, como él les va y les irá. Nos complace que en él no encontramos más que verdad y lealtad total, pues del mismo padre y madre nacimos él y yo, que no parece que entre nosotros otra cosa deba existir, tanto entre amigos como entre enemigos, que por muchos que se tengan no debe echarse a perder nuestra confianza. De manera que id pensando en la buena hora de marcharos.

En el acto el almirante se despidió del señor rey y fuese a embarcar, cogiendo rumbo a Salou con todas sus galeras, e igualmente Don Ramón Marquet y Don Berenguer Maiol, que fueron también con sus galeras. Y el señor infante, al cabo de cuatro días, se despidió igualmente del señor rey su padre, que le dio las gracias y le bendijo y le dio su bendición, y fuese a Tarragona. El señor rey mandóle los caballeros y dos mil almogávares, y en buena hora se prepararon para embarcar en Salou. Y fue grande el poder que llevaron, con un total de sesenta galeras armadas y naves y leños y taridas y los quinientos

caballeros y dos mil almogávares. Y esto se hizo así para que pareciera que a la fuerza conseguían la ciudad y la isla, pues si fueran con poca gente sería demasiado manifiesto que era por voluntad del señor rey de Mallorca que se había rendido, de lo que podría originarse gran peligro, como antes se ha dicho. Y ahora dejaré de hablaros del señor infante y del almirante, que se preparan para embarcar, y volveré a hablaros del señor rey de Aragón.

142. Carta al rey de Mallorca y propósito de venganza contra el rey Sancho de Castilla

Cuando el señor infante y el almirante hubieron dejado al señor rey de Aragón, el señor rey, de propia mano, escribió una carta al señor rey de Mallorca. Lo que le escribió, cada uno lo puede imaginar por las palabras que antes habéis oído. Cuando el señor rey de Mallorca hubo recibido las cartas del señor rey de Aragón, su hermano, mandó una barca armada a Mallorca con cartas, que escribió de su mano, y que mandó al noble Don Ponce Saguardia, que era su lugarteniente en Mallorca; y asimismo mandó otras en secreto a otros prohombres de Mallorca. Lo que les hizo saber no lo sé; pero cada uno de vosotros lo puede imaginar.

Cuando el señor rey de Aragón recibió la respuesta del señor rey de Mallorca, alegre y satisfecho salió de Barcelona para ir a Salou para ayudar a despachar al señor infante. Luego pensaba irse al reino de Valencia para sacar de Játiva a Don Alfonso y a Don Fernando, hijo del infante Don Fernando de Castilla, su sobrino, y hacer rey de Castilla a Don Alfonso, para que pudiera vengarse del rey Don Sancho de Castilla, que tanto le había

faltado retrayéndose de todo lo que le había prometido. Y así quería vengarse de manera que sirviese como ejemplo para todo el mundo.

143. Enfermedad del rey Don Pedro

Al partir de Barcelona, como se había levantado muy de mañana, se resfrió, y con el resfriado vínole calentura de fiebre. Sufrió tanto por el camino que hubo de quedarse en Sant Climent aquel día. Mandaron mensajeros a Barcelona, donde se encontraba, al maestro Arnaldo de Vilanova y a otros médicos, y aquella misma noche fueron a verle a Sant Climent. El maestro Arnaldo y los otros médicos le hicieron hacer aguas, por la mañana, y las examinaron, y todos convinieron en que el trastorno era debido al frío y que no tenía nada. Aquel día cabalgó y vínose a Vilafranca del Penadés; y cuando la fiebre le hubo pasado, hizo que viniera su escribano, con el que despachaba sus secretos, y aquel día hizo bien y ordenadamente su testamento; al día siguiente lo repasó y también al día siguiente, y cuando lo hubo repasado todo y hecho a su entera voluntad, lo hizo publicar, recibiendo como testigos prelados y ricoshombres y caballeros y honrados ciudadanos y hombres de las villas. Cuando esto quedó hecho, se confesó muchas veces con obispos, y con el abad de Santes Creus, con predicadores y frailes menores y purificó bien su conciencia. Luego recibió al Salvador muy devotamente y con gran contrición y devoción y en presencia de todos cuantos en la cámara cupieron; y con llantos y lágrimas que le saltaban de los ojos lo recibió, y también lloraban todos cuantos allí estaban. Cuando esto hubo hecho, pidió y quiso que le dieran la extremaunción, y así se hizo; de

modo que recibió todos los sacramentos de la santa Iglesia con gran devoción y contrición de sus pecados.

Cuando todo esto estuvo hecho, el mal a cada hora empeoraba, de modo que la noticia corrió por toda la tierra, y especialmente llegó al señor infante Don Alfonso, que ya había embarcado, y recibió el consejo de que allí fuera. Pero cuando estuvo con él, el señor rey le vio y le dijo:

—Infante, ¿quién os dio el consejo de que vinierais? ¿Sois médico que podáis ayudarme en esta enfermedad? Bien sabéis que no lo sois, de manera que no nos hacéis falta. Igualmente si nuestro señor verdadero Dios ha dispuesto que pasemos de esta vida a la otra en este momento, tampoco aquí hacéis falta, que nos hemos hecho ya, y publicado, nuestro testamento. Por lo que pensad en marcharos y embarcar en buena hora, que vuestro viaje es muy conveniente, delante de Dios y delante de nuestro reino y de nuestro hermano el rey de Mallorca; y la tardanza podría redundar en grave daño.

Después de esto, el señor infante, llorando, besóle los pies y las manos. Y el señor rey le abrazó y le besó en la boca, y le dio su bendición y le santiguó más de veinte veces. Y, enseguida, se puso en camino y fue a embarcar en Salou, con la gracia de Dios.

144. La expedición a Mallorca

En cuanto el señor infante hubo embarcado, el mejor viento púsose a soplar de tierra, y todos se hicieron a la vela. En pocos días estuvieron en la isla de Mallorca y pasaron a tierra por la Porrassa, y allí desembarcaron los caballos. El señor infante, con toda la caballería y la almogavería, fuéronse a atendar a las Torres Llevaneres; y el almirante fue allí con todas las galeras.

Cuando todo el mundo estuvo en tierra, el señor infante hizo pregonar que ningún hombre, bajo pena de la vida, cortase ni hiciera ningún daño en la huerta ni en las viñas ni a ninguna otra cosa. Cuando esto estuvo hecho, a los pocos días entraron en parlamento unos con otros, de modo que Don Conrado Lanza, por el señor infante, entró muchas veces en la ciudad para hablar con el lugarteniente y con los otros prohombres, y a veces iba de la ciudad al señor infante y luego volvía a la ciudad.

Ahora les dejaré estar que sigan con sus parlamentos y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

145. Las disposiciones testamentarias

Cuando el señor infante se hubo separado del señor rey, al día siguiente el señor rey quiso que el testamento se publicase de nuevo en presencia del arzobispo de Tarragona, que allí estaba junto con ocho obispos, todos naturales de la tierra del señor rey, y abades y priores y hombres eclesiásticos, y ricoshombres, caballeros, ciudadanos y hombres de las villas. Y cuando todos estuvieron reunidos delante del señor rey, el testamento fue leído en voz alta para que todo el mundo lo oyera Y dejó por albaceas al arzobispo y obispos, al abad de Santes Creus y a los ricoshombres —todos buenos y sabios, discretos y buenos cristianos—, que, según su entender, restituyeran todos sus tuertos. Y dispuso que su cuerpo fuese enterrado en el monasterio de Santes Creus, que es un muy honorable monasterio de monjes blancos, que está a seis leguas de dicho lugar de Vilafranca. Y dejó heredero universal al señor infante Don Alfonso del reino de Aragón y de Valencia y de Cataluña, y dejóle todos los derechos que a la corona de Aragón y al condado de Barce-

lona y al reino de Valencia pertenecían en todas las cuatro partes del mundo. Por otra parte, dejó a dicho señor infante Don Alfonso el cuidado de mi señora la reina su madre, para que fuese durante toda la vida señora y reina, y que nunca se separara de su voluntad, y que la amase y honrase así como correspondía a la mejor señora y a la más santa madre que en el mundo fuese. Por otra parte, le dejó al infante Don Pedro, que era su hermano menor, a quien debía dar consejo y ayuda según correspondía a un hijo de rey. Y dejóle a su hermana Doña Violante, con la obligación de darle un rey por marido, que fuese de alta alcurnia. Por otra parte, dejó el reino de Sicilia, con todos los derechos que le correspondían en las cuatro partes del mundo, al señor infante Don Jaime, que venía después del infante Don Alfonso. Y dejó vinculado que si el señor infante Don Alfonso moría sin hijos de legítimo connubio, que pasase el reino de Aragón y Cataluña y el reino de Valencia al señor infante Don Jaime, tal cual lo dejaba al señor infante Don Alfonso; y si por acaso el señor infante Don Jaime moría antes que el señor infante Don Alfonso, que el reino de Sicilia pasara al señor infante Don Federico, que dejaba en poder del señor infante Don Jaime, y que le diese aquella vida que correspondía a un hijo de rey. Asimismo dejaba a mi señora la reina por reina y que durante toda su vida fuese dueña y señora y reina, y que la amase y honrase tal cual lo había mandado al señor infante Don Alfonso. Y asimismo que a la infanta mi señora Violante, su hermana, estuviese obligado a darle rey por marido, que fuese de alta alcurnia. Además, en el testamento, había muchas otras cosas, que no hace falta que yo refiera pues no atañen a mi materia.

Cuando el testamento fue leído y publicado, el señor rey pidió a todos que, como leales vasallos, le dijeran si les parecía bien. Y cada uno se lo alabó, pues con verdad había sido hecho muy sabia y maduramente, con gran deliberación, como a él

correspondía, puesto que era el más sabio señor del mundo y el más avisado en todos los negocios. Y cuando esto estuvo hecho, el señor rey estuvo más tranquilo y todo el mundo se figuró que había mejorado.

Al día siguiente el mal empeoró y era la víspera del bienaventurado monseñor San Martín, y todo aquel día y aquella noche sufrió una gran angustia; y al día siguiente, bendito día del bendito monseñor San Martín, caballero de Dios muy generoso y digno, nuestro señor Dios quiso llamar a su reino a este señor rey Don Pedro de Aragón, el mejor caballero del mundo y el más sabio, y el más generoso de todas las gentes, y a quien Dios había concedido más honor que a ninguno que naciera rey, hasta el punto de que reunió más gracias en su persona que ningún hombre nacido, después de Jesucristo. Debe saberse, además, que dejó cuatro hijos, los más sabios y mejores en armas y en todos los hechos que en el mundo haya, y los más corteses y mejor educados; y dejó dos hijas, una que ya era reina de Portugal, y otra, doncella; además, durante su vida tomó venganza de todos aquellos que le habían hecho algún tuerto, tanto a él como a sus hijos, y fue soberano de todos sus enemigos, y mantuvo la santa fe católica ensalzada y multiplicada y muertos y vencidos a muchos malvados sarracenos. ¿Qué os diría? Que no encontraréis en ninguna leyenda que Dios haya concedido tantas gracias y mercedes a ningún rey. Y como sus hijos estaban en edad de reinar, la casa de Aragón no tuvo que esperar ni un día para llevar a ejecución lo que él había empezado, de modo que Dios, viendo que ya no hacía falta, puesto que tan buenos hijos tenía, quísolo aquel bendito día acompañar con el barón San Martín. Cuando la muerte se acercó, el señor rey comprendió que su fin estaba próximo y se despidió de todos y les recomendó a mi señora la reina y a sus hijos, y luego les santiguó y les bendijo.

146. Muerte del rey

Cuando esto estuvo hecho, se hizo dar una cruz que tenía delante y recibióla en sus manos llorando, con gran devoción, y dijo muchas oraciones. Cuando lo hubo hecho, levantó los ojos al cielo y se santiguó tres veces, después abrazó la cruz y cruzó los brazos sobre ellas, diciendo:

—Padre Señor verdadero Dios Jesuscristo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Plázcaos por la santa pasión que sufristeis por nosotros pecadores recibir mi alma en el paraíso, con el bienaventurado monseñor San Martín, de quien hoy todos los cristianos celebran la fiesta junto con los otros santos benditos.

Cuando hubo dicho esto, levantó los ojos al cielo, y el alma partió de su cuerpo dulcemente, como si fuese un niño inocente; y fuese con los ángeles al paraíso. ¡Dios, en su bondad y misericordia, quiera que así sea! Y por esto todos debemos ser del parecer que él está con el bienaventurado San Martín y con los otros santos en el paraíso, que ningún cristiano ha tenido tan hermoso fin como él tuvo en el año de mil doscientos ochenta y cinco.

Cuando el señor rey hubo dejado esta vida, fueron de ver los duelos, llantos, gritos, como jamás fueron vistos y oídos. Mientras unos lloraban, los albaceas que allí se encontraban ya habían hecho armar una galera en Barcelona, al ver que el rey estaba muy mal, y en cuanto hubo fallecido, eligieron un caballero sabio y bueno y diéronle dos copias auténticas del testamento de dicho señor rey, y mandáronle que fuese a embarcar enseguida a Barcelona en la galera que encontraría dispuesta y que fuese camino de Mallorca, y que allí donde encontrara al señor rey de Aragón Don Alfonso allí fuese; y cuando estaría

allí donde él estuviese, que ningún hombre descendiese a tierra sino él únicamente y que no dejasen entrar a nadie en la galera; y que cuando estaría allí hablase tan sólo con el señor rey y con el almirante y les explicara la muerte del señor rey y le diese una de las copias del testamento; y que luego, cuando esto hubiese hecho, embarcara y se fuera a Sicilia; y cuando estaría en Sicilia dijera a mi señora la reina y al señor rey Don Jaime, rey de Sicilia, y al señor infante Don Federico la muerte del señor rey, y diese al señor rey de Sicilia la copia del testamento. Y el caballero dijo que dispuesto estaba para hacer lo que se le mandaba; y fuese a Barcelona y encontró la galera dispuesta y embarcóse; y enseguida batieron remos y fuese.

Ahora dejaré de hablar de la galera y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

Como ya os he dicho, grande fue el duelo que se hizo por toda la tierra; los mensajeros fueron por todas partes, y al día siguiente hubo más de veinte mil personas de Barcelona, y de Tarragona más de cinco mil, y del campo del Penadés; de modo que se reunió tanta gente que no pudieron caber en Vilafranca ni a dos leguas alrededor. Al día siguiente, en gran procesión, llevaron el cuerpo al monasterio de Santes Creus; y allí celebróse un oficio muy solemne (puesto que él estaba absuelto porque había jurado sumisión a la santa Iglesia), y hubo además sermón y toda aquella solemnidad que correspondía hacer a tal señor; y vierais cómo desde que pasó de esta vida hasta que fue enterrado más de diez mil hachones ardieron. Y cuando el señor rey fue enterrado, cada uno se volvió a sus tierras y por todas partes encontraban grandes llantos y grandes lamentos.

¡Que Dios, por su misericordia, tenga su alma, amén! Que muerto ha aquel que, de haber vivido diez años más, hubiese sido en este mundo otro Alejandro.

Y ahora dejaré de hablaros de él y volveré a hablar del mensajero que se va a Mallorca y a Sicilia.

147. El infante Don Alfonso, rey de Aragón, y el infante Don Jaime, rey de Sicilia

Después que la galera hubo partido, a los pocos días estuvo en Mallorca, donde encontró al rey Don Alfonso en las Torres Llevaneres, e hizo todo cuanto le habían mandado los albaceas del señor rey, para lo cual salió a tierra con los mejores ropajes que tenía, e hizo bien, pues, como dice el adagio: «Manda a un sabio, y no le digas lo que tiene que hacer», pues todo caballero, ciudad o villa, cuando envía mensajes debe encomendarlos a los más sabios que pueda, pues buen mensajero honra a su señor, por lo general, y lleva a buen fin el objeto del mensaje. Y, en cuanto hubo hablado con el señor rey y con el almirante, embarcó de nuevo y tomó rumbo a Sicilia, donde encontró a mi señora la reina y al señor rey Don Jaime, rey de Sicilia, y al infante Don Federico en Mesina, y dióles la noticia y todo cuanto le había sido mandado. Y, cuando la muerte fue publicada y el testamento fue leído en Mesina, hubieseis visto los llantos y lamentos por todo Sicilia y por todo Calabria, que pasaron ocho días que nadie hizo nada[38].

148. Coronación del rey Jaime de Sicilia

Transcurrido el duelo, Don Jaime mandó por toda Sicilia y Calabria órdenes para que todo el mundo estuviera, en fecha

determinada, en Palermo, para asistir a la fiesta de su coronación como rey de Sicilia y de todo el reino. Cuando las cartas se hubieron cursado, el señor rey y mi señora la reina y el infante Don Federico fueron a Palermo, y cuando allí estuvieron, la fiesta fue muy grande, y el día convenido que el rey había señalado, con gran alegría y gran regocijo, con la gracia de Dios, el señor rey Don Jaime ciñó la corona del reino de Sicilia y de todo el reino en tan buena hora y con la gracia de Dios, que jamás hubo rey que fuese más agraciado ni más afortunado para sus gentes, y lo es todavía y lo será para muchos años si Dios quiere, pues desde su coronación, si la gente de Sicilia sembrasen piedras cosecharían el más hermoso trigo y la más hermosa cebada. En realidad, en Sicilia y Calabria había veinte casas de ricoshombres suyos, que cada uno tenía mayor rango del que un rey tendría y todos eran ricos y hacendados y su corte era rica y abundante en tesoros y toda clase de bienes. Por todo lo cual puede ser llamado el bienaventurado y santo rey Don Jaime.

Cuando la fiesta hubo pasado, el señor rey se volvió a Mesina, y seguidamente mandó armar veinte galeras y nombró capitán de las mismas a un caballero que quería mucho y que tenía por nombre Don Bernardo de Sarria, que en realidad podríamos decir que eran dos hermanos, uno que se llamaba Don Bernardo de Sarria y el otro Don Vidal de Sarria, de cada uno de los cuales (como os dije antes a propósito de Don Guillermo de Galcerán), con sus proezas, caballerías y hechos de armas, se podría hacer un libro mejor que pueda ser el *Llibre de Jaufré*, y especialmente de dicho Don Bernardo, que ha sido y sigue siendo el más valiente caballero que haya habido en España, y tuvo el señor que bien le correspondía, o sea este rey Don Jaime de Sicilia, que, con el tiempo, le hizo noble y le dio estandarte y todo cuanto corresponde a la nobleza, como más adelante oiréis cuando llegue su tiempo y lugar.

149. Expedición al golfo de Nápoles

Cuando las veinte galeras estuvieron armadas y se hubo nombrado capitán a dicho Don Bernardo de Sarriá, le mandó que se dispusiera a embarcar y pusiera vela a *Nápoles* y que se informara de lo que allí se tramaba y que luego doblase hacia Iscle y batiese la costa hasta la desembocadura de Roma; y que al volver pasara por Calabria, pues quería hacer saber a los enemigos del rey de Aragón que no estaba muerto, sino que si antes tenían que luchar con un rey, de ahora en adelante tendrían que luchar con dos, que eran un mismo cuerpo y una misma voluntad. Cuando hubo dicho esto, Don Bernardo de Sarria se despidió de él y de mi señora la reina y del infante Don Federico, y embarcóse en buena hora y con la ayuda de Dios. Y batió toda la Calabria y se fue hasta el cabo de la Pel.lunuda, y del cabo de la Pel.lunuda se hizo a la mar y siguió por la costa de Amalia. Aquella costa estaba poblada por la peor gente y por los peores corsarios que en el mundo haya, especialmente en un lugar que se llama Passeta, y de pronto pensó que si corría la costa de Amalia prestaría tres buenos servicios al señor rey de Sicilia y a sus gentes: uno, que vengaría los daños que habían causado en las guerras pasadas; otro, que una vez destruidos no podrían seguir haciendo daño; otro, que sería el mejor hecho de armas que desde hacía mucho tiempo se hubiese realizado por aquella parte. Y tal como se lo propuso lo cumplió, pues antes de que amaneciera tomó tierra y desembarcó a toda su gente, cerca de la ciudad de San Andrés de Amalia, y recorrió toda la montaña y quemó y saqueó Menor y Mayor y Passeta y todo cuanto había en la montaña; y así estuvo cuatro días con el estandarte en alto, quemándolo y saqueándolo todo. Sorprendió a los de Passeta en la cama y todos fueron descuar-

tizados y quemóles las galeras y leños que tenían en tierra, arrastrados hasta la villa, y no dejó ni una ni aquí ni en ningún lugar de la costa. Y cuando todo lo hubo quemado y saqueado, embarcó y se fue a Sorrento, e hizo lo mismo; y luego lo mismo hubiera hecho en Castellamar si no fuera por la mucha caballería que había venido de *Nápoles*. ¿Qué os diré? Que entró en el puerto de Nápoles y sacó las naves y leños del puerto y los quemó, y luego fuese a Iscle, donde estuvo tres días, y luego batió la costa hasta la embocadura de Roma y cogió naves y leños y galeras, que mandó a Sicilia.

El papa, que supo la gran alarma que había cundido por toda la costa, que incluso en la misma embocadura de Roma se había apoderado de cuatro leños, preguntó qué era aquel escándalo, y le dijeron:

—Padre santo, se trata de un caballero de Sicilia, a quien llaman Don Bernardo de Sarria, que ha venido con veinte galeras de Sicilia y ha quemado y saqueado toda la costa de Amalia y el puerto de Nápoles y toda la costa ha batido y, de aquí, de la boca de Roma, ha sacado tres galeras, leños y barcas, que no hay nada que se le ponga por delante.

Dijo el papa:

—¡Ay, Dios! Y esto ¿qué es? ¿Con qué diablos tiene que batallar quien batalla con la casa de Aragón? Todos los caballeros de Cataluña son diablos encarnados que nada se les puede poner por delante ni por tierra ni por mar. Quisiera Dios que estuviesen reconciliados con la Iglesia, que ésta es gente con la que conquistaríamos el mundo y echaríamos abajo a todos los infieles. Por ello ruego a Dios que pronto se haga la paz entre la santa Iglesia y ellos, y Dios perdone al papa Martín, que los privó de la gracia de la santa Iglesia; pero si nos podemos, pronto, si Dios quiere, les reconciliaremos, que son gente muy valiente y de gran bondad. Hace pocos días que han perdido a

su señor, que era el mejor caballero del mundo, y creo que tales serán sus hijos, a juzgar por cómo empiezan.

150. Conquista de Calabria

Cuando Don Bernardo de Sarria hubo hecho todo esto, con pingües ganancias, volvióse a Sicilia, donde encontró al señor rey, que se mostró muy satisfecho de cuanto él había hecho, e igualmente lo estuvieron todos los sicilianos por el mucho daño que los amalfitanos les causaban todos los días.

En cuanto estuvieron con las galeras en Mesina, el señor rey pasó a Calabria con mucha gente, y fue visitando todas sus tierras, y tanto como avanzaba cabalgando por la tierra que todavía no era suya, tanta se le iba rindiendo, de manera que es cosa segura que, si en aquella ocasión estuviera el almirante con su armada, seguro que llegara hasta la ciudad de Nápoles. ¿Qué más puedo deciros?

Limpiamente obtuvo toda la Calabria, aparte del castillo de Estil, como antes os he dicho, y Tarento y todo el Principado y el cabo de las Leuques y Otrento (que es arzobispado y buena ciudad) y de la parte de acá del Principado entró hasta a cerca de treinta millas de la ciudad de Salerno. De este modo el señor rey, cuando hubo conquistado todo lo que su ánimo le pedía, siguió divirtiéndose y cazando por Calabria, pues era la provincia del mundo más agraciada por sus condiciones de sanidad, y tenía las mejores aguas y las mejores frutas del mundo. Había en Calabria muy honrados ricoshombres y caballeros que la habían poblado procedentes de Cataluña y Aragón, y del propio país, de manera que el señor rey iba de convite en convite y de fiesta en fiesta. Y mientras el señor rey se iba así divirtiendo, Don Bernardo de Sarria se vino con las galeras a

Mesina y las desarmó y vio que era mucho lo que había ganado en esta salida.

Ahora dejaré de hablaros del rey de Sicilia y volveré a hablaros del rey Don Alfonso de Aragón.

151. Rendición de Mallorca

Cuando el señor rey Don Alfonso hubo recibido el mensaje de la muerte del rey Don Pedro su padre, dio tal prisa a sus asuntos que dos días después se rendía la ciudad de Mallorca y el noble Don Ponce Saguardia metíase en el Temple. Luego, a los dos días de haberse rendido la ciudad, publicóse la muerte del señor rey Don Pedro y se leyó el testamento, y hubieseis visto los llantos, duelos y alaridos mayores del mundo. ¿Para qué daros mayores detalles? El luto duró más de ocho días, que no hubo nadie que hiciera nada en la ciudad. Y cuando el duelo fue pasado, el noble Don Ponce Saguardia rindióse al señor rey, y éste le hizo trasladar, sano y salvo, con toda su compañía y con todos aquellos que con él se quisieron marchar, a Coblliure, y de Coblliure se fueron a Perpiñán, donde el señor rey de Mallorca les recibió muy bien, pues él le había servido siempre muy bien y era de los mejores caballeros del mundo. Cuando el rey Don Alfonso hubo mandado a Don Ponce Saguardia, dejó como procurador de la ciudad y de la isla a Don Alberto de Mediona, y dejóle buena compañía, y luego se despidió de la ciudad y de todos aquellos prohombres de afuera que a la ciudad habían venido, y fuese y se dirigió a Ibiza.

Hay que decir que mientras mantenía el sitio de la ciudad de Mallorca había mandado emisarios a Ibiza para que conocieran su decisión de que a él se rindieran; y los prohombres de Ibiza le prometieron que lo que hiciera la ciudad de Mallorca harían

ellos. Por lo que, cuando fue a la ciudad de Ibiza, los prohombres le recibieron con mucho honor enseguida, y entró en el castillo, y allí estuvo dos días y dejó allí a un caballero muy bueno y muy sabio, cuyo nombre era Lloret, como castellano. Y después se despidió y fuese a Barcelona[39], donde se le hicieron grandes fiestas. Y desde Barcelona llamó por todos sus reinos a todos los ricoshombres y caballeros y ciudades y villas, para que, en un día convenido, estuviesen en Zaragoza.

152. Incursiones de Roger de Lauria

Cuando el señor rey hubo mandado las cartas por todas partes a fin de que el día que les indicaba estuviesen en Zaragoza, donde quería dar una fiesta y tomar la corona, el almirante se le acercó, y le dijo:

—Señor: vos habéis indicado que dentro de cincuenta días todo el mundo esté en Zaragoza para vuestra fiesta de coronación; a mi me dolería mucho que la compañía de las galeras estuviera por ahí vagabundeando. Por esto, con la gracia de Dios y vuestra, yo partiré e iré saqueando la costa de aquí hasta Marsella, y lo haré de manera que, con la ayuda de Dios, pueda estar de regreso a tiempo para asistir en Zaragoza a vuestra coronación.

Dijo el rey:

—Bien decís, almirante.

De modo que el almirante se despidió del señor rey y embarcó él con todas sus galeras y puso rumbo al cabo de Leucata.

Cuando estuvo en aguas del cabo de Leucata, fuese hasta la playa de Serinyá, y allí, a la hora del alba, pasó y puso su gente en tierra, y él salió con un centenar de hombres a caballo, y en

el mismo día estuvieron en Serinyá y lo saquearon por completo. La alarma cundió por toda la región, y llegó hasta la ciudad de Besers, que está a unas dos millas de distancia. La hueste de Besers salió y vinieron a Serinyá, y, con las de otros lugares que se mezclaron, serían unas treinta mil personas. El almirante dijo a sus gentes:

—Barones, hoy es el día en el que para siempre la casa de Aragón ganará honra y prez en toda esta región. Daos cuenta que esta gente que viene es gente muerta que nunca ha visto a un hombre enfurecido; de modo que ataquemos de lleno contra ellos, que veréis que sólo alcanzaréis sus espaldas; y que la cabalgada sea real y que todo cuanto uno gane sea para él; pero bajo pena de traición mando que no haya saqueo de caballo ni de cosa alguna, una vez haya terminado la batalla.

Y todos estuvieron de acuerdo.

Mientras, la hueste se les acercó, que no se figuraban que les hiciera falta otra cosa que ir atando los prisioneros, y cuando estuvo cerca y pudieron entrar en juego los dardos y las ballestas hacer buena puntería, sonaron las trompas y las nácaras, y el almirante, con sus hombres a caballo, arremetió contra los caballos contrarios, que serían unos trescientos, entre franceses y hombres del país. Los almogávares, que serían unos dos mil, mandaron sus flechas, que no se perdió ni una que no causara un muerto o un herido de muerte; y los ballesteros dispararon todos a la vez. Fue tal el tumulto que promovieron al empezar el almirante y su compañía gritando «¡Aragón! ¡Aragón!», que de una vez los enemigos se dieron la vuelta y tanto los de a caballo como los de a pie como el propio almirante y todo el resto de la compañía cayeron a la vez sobre ellos. ¿Qué os diré? Que la corrida duró hasta media legua más allá de Besers, y más hubiera durado dentro de la ciudad si no fuera que se hacía de noche y el almirante quería embarcar en las galeras mientras fuese todavía de día, pues la playa es de las peores que

pueda haber desde levante hasta poniente. De modo que fue agrupando a la gente y les hizo volver, y una vez hubieron vuelto levantaron el campo, y no hace falta preguntar por las grandes ganancias que obtuvieron. Cuando llegó la noche, ya estaban en la playa, frente a las galeras, y quemaron y saquearon todo Serinyá, exceptuando la iglesia, que es muy bonita, de Nuestra Señora Santa María de Serinyá.

Los de Besers y otros lugares se reunieron en Besers y perdieron tanta gente que veían claramente que si al día siguiente volvía el almirante no podrían defender la ciudad a menos que contasen con gente extraña. Por esto, aquella noche, hicieron cundir la alarma por toda la región para que viniesen a defender la ciudad de Besers, pues habían perdido la mayor parte de su gente. Y podían decirlo en verdad, pues de cada diez no hubo dos que volviesen y habían muerto todos, mientras que el almirante, al reconocer a su compañía, encontró que sólo había perdido siete hombres de a pie. Por la mañana había venido tanta gente a Besers que era sorprendente; pero el almirante no se preocupó de ello, y a la medianoche mandó que su gente embarcara y fuese al grao de Agda, y en cuanto amaneció puso la gente en tierra, y por el canal de Viats subieron las galeras ligeras y los leños armados; y las otras galeras se fueron a la ciudad de Agda y la tomaron y la saquearon por completo. Pero no permitió que ninguna mujer ni niño muriese, sino únicamente los hombres de por encima de los quince años y de menos de sesenta, que murieron todos y los otros se salvaron. Y lo saqueó y quemó todo, a excepción del obispado, pues jamás consintió que se causara daños ni por valor de un botón a la Iglesia, ni que mujer alguna fuese deshonrada ni desnudada ni tocada su persona, de lo que Dios le reconoció el mérito y le concedió victorias y le concedió que tuviera un buen fin.

Los demás de su compañía se fueron a Viats, unos por tierra y otros por mar, y otros remontando el canal, e igualmente lo

saquearon todo y se apoderaron de cuanto había y muchos de los leños y barcas que había en el canal. Y cundió igualmente la alarma por aquella región, y los de Sant Tiberi, de Lupiá y de Gijá bajaron al mar, pero cuando estuvieron cerca de Agda tuvieron noticia de lo que les había ocurrido a los de Besers, y en cuanto lo oyeron, pensaron en darse la vuelta, pero no se apresuraron lo bastante para evitar que los hombres de a caballo del almirante y los almogávares alcanzaran y alancearan a más de cuatro mil. Y luego volvieron a Agda, incendiando y saqueando toda la comarca. Cuando hubieron hecho todo esto, el almirante mandó embarcar a su gente y se fue hacia Aigüesmortes. En su puerto encontraron naves, leños y galeras, y cuanto encontraron fue mandado a Barcelona, y luego se fue al cabo de Espigueta, y estando por aquellas aguas pasó más allá de aquella punta, con lo cual creyeron todos los del país que ya se había vuelto a Sicilia; pero por la noche, con ayuda del viento, se metió mar adentro, sin que los de tierra pudiesen verlo; y al día siguiente, al impulso favorable, puso rumbo al cabo de Leucata, y tomó tierra por la noche, y encontró entre leños y barcas cargadas más de veinte de buena presa y se apoderó de todos y los mandó a Barcelona. Al alba del día entró por el grao de Narbona y encontró leños y galeras, y todo lo arrastró por el mar. ¿Qué os diré? No tiene fin lo que llegó a ganar, tanto él como los que con él iban, y mucho más hubiesen hecho si no fuera por la prisa que tenía en volver a Cataluña para llegar a tiempo a la coronación del rey de Aragón. De modo que salió del grao de Narbona con cuantas naves había tomado y puso rumbo a Barcelona.

Y así vamos a dejar estar al almirante y volveremos a hablar del señor rey de Aragón.

153. Funerales en Santes Creus

Cuando el almirante se hubo despedido del señor rey en Barcelona, el señor rey salió de la ciudad, y el primer viaje que hizo fue a Santes Creus. Allí mandó venir al arzobispo de Tarragona y a todos los obispos del reino y a todos los demás prelados, de modo que se reunieron más de trescientos báculos y, en cuanto a las órdenes, diez frailes de cada casa de todas las que había en sus reinos. Y aquí celebró su duelo con todas sus gentes, e hizo cantar misas y en una gran procesión hizo absolver la tumba del buen rey Don Pedro, su padre, y eso todos los días, durante diez días.

Celebrado lo antedicho, en honra del alma del buen rey su padre, concedió muchos donativos y muchas gracias al monasterio, para que para siempre todos los días se cantasen y siguen cantándose, por el alma del buen rey su padre, cincuenta misas; hecho lo cual se despidió de todos y fuese a Lérida, donde se le hizo una gran fiesta. Entró luego en Aragón y vino a Zaragoza, donde se le dio una gran fiesta, como jamás se diera por sus gentes a su señor, y cuando el señor rey estuvo en Zaragoza, todo el mundo pensó en ir a Zaragoza[40].

Y he de dejar de hablar del señor rey y ocuparme de nuevo del almirante.

154. Coronación de Alfonso II

Una vez salido del grao de Narbona con todos los bajeles de los que se había apoderado, fuese a Barcelona, donde se le hizo una gran fiesta y donde permaneció ocho días. Luego fuese con

la armada a Tortosa, y cuando estuvo en la ciudad de Tortosa y las galeras estuvieron allí, dejó como jefe principal a su sobrino Don Juan de Lauria, que era caballero muy bueno y experto, que en aquellos tiempos no se podía suponer que un caballero de su juventud fuese tan sabio y, sin duda, el mejor en armas en buena parte del mundo. Mandóle que, con las galeras, pusiera rumbo a España[41] para atacar a los moros si no estaban en paz con el señor rey y que procurara ganancia a la gente de las galeras para que no se enojasen; que él iría luego de la coronación del señor rey.

155. Sigue la coronación y ataques a Berbería

De modo que Don Juan de Lauria, con la armada, hizo rumbo a Valencia y el almirante fuese a Zaragoza con gran caballería y con muchos hombres notables de mar que llevó consigo, y el rey le recibió con rostro afable y le hizo mucho honor y se mostró gozoso de cuanto había hecho. El almirante enseguida mandó montar un tablado muy alto, puesto que, después del rey Don Pedro y del señor rey de Mallorca, era él el caballero más diestro para tirar que se conociera en España, al igual que su cuñado Don Berenguer de Entenza. Yo vi tirar a cada uno de ellos, pero lo cierto es que el señor rey Don Pedro y el señor rey de Mallorca se llevaron la palma de cuantos vi tirar. Y siempre, cada uno de ellos tiraba tres palos y una naranja, y el último palo era tan gordo como el palo de una azagaya, y siempre los dos primeros sobrepasaban el tablado, por alto que fuese, y el último daba en el blanco. Después se puso y ordenó tabla redonda, y sus hombres de mar mandaron hacer dos leños armados de los planos, de los que van por el río, y hubie-

seis visto batalla de naranjas, que habían hecho venir del reino de Valencia más de cincuenta cargas. De manera que podéis estar seguros que el almirante ennobleció aquella fiesta tanto como le fue posible. ¿Qué podría deciros? Que la fiesta fue muy grande y que el señor rey Don Alfonso ciñó la corona con gran alegría y satisfacción. La fiesta, en Zaragoza, duró más de quince días, durante los cuales no hubo nadie que se ocupara de otra cosa que de cantar y alegrarse y hacer juegos y divertirse.

Cuando la fiesta hubo pasado, el almirante se despidió del señor rey, y fuese a Valencia, y fue reconociendo sus castillos y villas y lugares, muchos de los cuales eran buenos e importantes. Luego mandó un leño armando a Don Juan de Lauria, diciéndole que pensara en regresar; y el leño armado lo encontró en Berbería, donde había hecho una incursión entre Túnez y Argel, por donde se había internado, haciendo prisioneros a más de trescientos sarracenos y mató a muchos y quemó pueblos, y tomó leños y taridas a los sarracenos. De modo que cuando recibió el mensaje de su tío se vino, y a los pocos días estuvo en Valencia; y cuando hubo llegado a Valencia el almirante le acogió alegre y satisfecho y mandóle que hiciera preparar las galeras, que se quería ir a Sicilia; y tal como lo ordenó fue hecho. Cuando el almirante hubo terminado de hacer cuanto quería en Valencia, embarcó, con la ayuda de Dios, y cogió la ruta de Berbería, para que, costeando, pudiese apoderarse de todo cuanto encontrara que perteneciera a sarracenos.

Y ahora dejaré estar al almirante, que se va a Berbería, y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

156. Propósito de venganza de Alfonso de Aragón contra Sancho de Castilla

Una vez terminada la fiesta, el almirante se despidió del señor rey, y éste le entregó cartas para que las llevase a mi señora la reina, su madre, en Sicilia, y al señor rey Don Jaime de Sicilia y al señor infante Don Federico, hermanos suyos, e hizo venir al infante Don Pedro, su hermano, y a todo su consejo, y le dijo:

—Hermano: Nuestro padre el rey Don Pedro salió de Barcelona con el ánimo y el propósito de que si Dios le permitía llegar sano y salvo a Valencia, tenía el propósito de sacar de Játiva a los hijos del infante Don Fernando de Castilla y quería hacer rey de Castilla a Don Alfonso, el mayor, para vengarse de su sobrino el rey Sancho de Castilla, que tan gran falta le había hecho, pues en la mayor necesidad en que estaba no le cumplió nada de lo que le tenía prometido. Puesto que Dios no ha querido que él durante su vida se pudiese vengar, nosotros debemos vengarle, pues debemos tomar lo hecho como si fuésemos la misma persona que nuestro padre. Por lo que, de inmediato, quiero que vayan dos caballeros al rey Don Sancho de Castilla y le desafíen de nuestra parte por la razón antes dicha. Entre tanto, vos, infante, preparaos con quinientos caballeros de Cataluña y otros tantos de Aragón, y con doscientos hombres a caballo armados a la jineta, del reino de Valencia, en forma que, cuando hayan vuelto los mensajeros de Castilla, estéis preparado para entrar en Castilla; y quemaréis y saquearéis todos los lugares que no se os quieran rendir en nombre de Don Alfonso, hijo del infante Don Fernando; y os llevaréis veinte mil hombres de a pie que sean buenos almogávares. Cuando esto esté hecho, nos iremos al reino de Valencia y sacaremos aquellos infantes de Játiva y reuniremos nuestras huestes, y con ellas juntas entraremos en Castilla, y haremos tanto que no cejaremos hasta que ellos sean reyes de Castilla, con la ayuda de Nuestro Señor Dios Jesucristo, que ayudará a lo que es de derecho.

Cuando el señor rey hubo hablado, levantóse el infante Don Pedro, y dijo:

—Señor, bien he comprendido lo que habéis dicho; por lo que agradezco a Dios, que os ha dado tal ánimo y voluntad, que las venganzas que el señor rey nuestro padre guardaba en su corazón vos penséis llevarlas a cabo; y con ello demostráis el gran valor y la gran bondad que hay en vos. Por lo que yo, señor hermano, me ofrezco para hacer y decir, en este negocio y en todos los demás, lo que vos me mandéis hacer según vuestro querer, que en nada ni en ninguna ocasión encontraréis que os falte. De modo que id vos pensando en los demás asuntos que tengáis que ordenar, y mandad los desafíos, que yo me procuraré los ricoshombres y caballeros de Cataluña y de Aragón y del reino de Valencia, y entraré en Castilla con la compañía que vos, señor, ordenéis y más todavía. Y estad seguro que yo entraré con tal coraje y tal voluntad y con tales gentes que, si supiera que el rey Don Sancho viene contra nos, con quince mil hombres a caballo, nos encontrará dispuestos para la batalla.

Después de esto el señor rey Don Alfonso cogió la mano del señor infante Don Pedro, que estaba sentado a su lado, e inclinándose un poco fue a besarle, y le dijo:

—Infante, tal respuesta esperábamos de vos y tal era la confianza que en vos teníamos.

157. La opinión del consejo

Cuando el rey hubo dicho esto, levantáronse los del consejo, y el que primero se levantó dijo:

—Señor: alabado sea nuestro Señor verdadero Dios, que tantas gracias ha concedido a vuestros reinos, y que así los pro-

vee Dios de buenos señores, valientes y arrojados, y les concede todo bien, en forma que cada día vamos de bien a mejor, por lo que todos debemos sentirnos alegres y satisfechos. Verdad es que ésta es la primera empresa que acometéis después de vuestra coronación; y es la más alta empresa que nunca señor acometiera por cuatro razones: la primera, que vos emprendéis guerra con uno de los más poderosos señores del mundo, y el que os está más cerca como vecino; la segunda, que vos estáis ya en guerra y tenéis querella con la Iglesia romana, y con la casa de Francia, y con el poder del rey Carlos, con lo que se puede decir que con todo el mundo; la tercera, que haceos cuenta que cuando el rey de Granada os vea en tan grandes aprietos, podéis creer que romperá las treguas que tenía con el señor rey vuestro padre, y que igualmente todas las comunidades del mundo, puesto que la Iglesia está contra vos, os serán contrarias. De modo, señor, que daos cuenta que tenéis la guerra de todo el mundo sobre vuestras espaldas. Pero, puesto que os lo habéis metido en vuestro ánimo y en todo mantenéis la verdad y la rectitud, tened en cuenta que Dios, que es todo verdad y rectitud, estará con vos, y tal como sacó de todo a vuestro padre con gran honor, así, si Dios quiere, os sacará a vos y a nosotros todos. Y os digo en mi nombre y en el de todos mis amigos que me ofrezco mientras vida tuviere y que en nada he de faltaros con cuanto tengo, antes, señor, os pido que me señaléis el lugar más difícil que sepáis y que me aceptéis para ayudaros con cuanto yo y mis amigos tengamos, y todavía que toméis a mis hijos y a mis hijas y los entreguéis en prenda donde sea conveniente y como os plazca.

Cuando este ricohombre hubo hablado, se levantó otro y dijo algo en el mismo sentido. ¿Qué os diré? De uno en uno se levantaron todos, y cada uno se ofreció sobradamente, como lo había hecho el primero. Después de lo cual, el señor rey dioles muchas gracias, diciéndoles muy buenas palabras.

En seguida eligieron dos caballeros, uno catalán y otro aragonés, y con ellos mandó a Castilla el desafío; y enseguida el señor infante reunió quinientos caballeros que se inscribieron para seguirle.

Y no os digo quinientos, que si hubiese querido dos mil igualmente los lograra, pues no hacía falta que requiriese a ninguno, sino que todos venían a ofrecérsele y a rogarle que les aceptara para ir con él; pero él sólo quería tantos como el señor rey le había ordenado. Cuando esto estuvo hecho, fuese a Cataluña, e igualmente todos los ricoshombres y caballeros de Cataluña vinieron a ofrecérsele, de modo que en pocos días hubo completado los otros quinientos caballeros y muchos servidores de mesnada. Del reino de Valencia no tengo que deciros que iban donde él estaba, como si se tratara de ganar indulgencias, para ofrecérsele; y así logró toda la compañía que había menester, y en poco tiempo todos estuvieron mejor arreglados, como nunca lo fuera compañía alguna que siguiera a su señor. Y a todos les fijó la fecha exacta en que debían reunirse en Calatayud de Aragón.

Y ahora dejaré de hablar del señor infante y volveré a hablar del señor rey Don Alfonso.

158. Coronación en Valencia, proyectos contra Castilla y amenaza francesa contra el Ampurdán

Cuando el señor rey lo tuvo todo ordenado respecto a la entrada del señor infante Don Pedro y hubo mandado sus mensajeros al rey de Castilla para desafiarle, se vino él al reino de Valencia, y cuando entró en la ciudad se le hizo una gran fiesta, y el día prefijado vinieron todos los barones del reino, y los caba-

lleros y los hombres de las ciudades; y cuando estuvieron todos reunidos, prelados y otras muchas gentes, con gran solemnidad recibió la corona del reino de Valencia. Y cuando transcurrió la fiesta, él se fue a Játiva y sacó de su castillo a Don Alfonso y a Don Fernando, hijos del infante Don Fernando de Castilla, e hizo preparar a muchas gentes de a caballo para que él pudiese entrar por un lado en Castilla con el infante Don Alfonso, y por otro lado entrara el infante Don Pedro.

Estando en estos preparativos, quiso Dios que el infante Don Pedro se pusiera muy gravemente enfermo; y llegó al señor rey un correo expreso en el que los ricoshombres y caballeros que estaban ya en Calatayud le preguntaban qué quería que hiciesen. Al saber esto, el señor rey se disgustó mucho, y pensó que lo mejor era que él en persona se fuese a Calatayud, y que se llevase allí al infante Don Alfonso y a Don Fernando, y que desde allí hicieran una entrada todos juntos. De manera que les mandó decir que esperasen, e inmediatamente se fue a Calatayud con toda aquella gente que él mandó que le siguiese, y a los pocos días estaba ya allí con mucha gente, y encontró que el señor infante todavía no se había restablecido, sino que, por el contrario, se había agravado.

Entonces trató de realizar la entrada enseguida, y eran unos dos mil caballeros armados y unos quinientos hombres a caballo alforrados, y más de cien mil hombres de a pie. Ordenó que mandase la vanguardia Don Alfonso de Castilla, y que el estandarte fuese delante; y esto lo hizo porque todos los barones de Castilla y las ciudades y las villas habían jurado por el infante Don Fernando, su padre, después de la muerte de Don Alfonso, rey de Castilla, y por esto el rey Felipe dio a su hermana, mi señora Doña Blanca, como esposa al infante Don Fernando, que de otro modo no se la hubiese dado, si supiera que los hijos que nacieran no serían reyes de Castilla.

De este modo, ordenadamente, entraron en Castilla ocho jornadas adentro, y fueron directamente allí donde supieron que se encontraba el rey Don Sancho, su tío. No cabe duda que el rey Don Sancho también se había preparado, pues allí estaba con doce mil caballos armados, y todo el mundo en gentes de a pie. Cuando el señor rey de Aragón supo que aquél estaba con tanta caballería y que sólo una legua separaba una hueste de otra, mandóle un mensaje diciéndole que él estaba allí para vengar la felonía que él había hecho al buen rey su padre, y para hacer rey a su sobrino Don Alfonso, que era quien debía serlo, por lo cual, si era como corresponde ser a un hijo de rey, que pensara en salir a batallar con él.

Cuando el rey Don Sancho oyó esto se sintió muy dolido, pero pensó que todo esto que le mandaba decir el señor rey de Aragón era verdad y que ningún hombre querría entrar en el campo de batalla para mantener un tuerto. Por esto dijo a los mensajeros que se volviesen, que él no quería meterse en campo contra él y su sobrino, sino que antes los defendería contra todos los hombres. Por esto el señor rey de Aragón le esperó en aquel lugar cuatro días, que no quiso marcharse antes de saber que el rey Don Sancho se había marchado; y él se apoderó de villas y lugares, y quemó y saqueó aquellos lugares que no querían obedecer a Don Alfonso de Castilla, y luego volvióse; pero hubo un lugar importante, llamado Seron, que está cerca de Soria, y otros muchos lugares que se le rindieron, y él inmediatamente les hacía jurar por rey de Castilla a Don Alfonso; y de este modo dejó a Don Alfonso en aquel lugar que se había rendido, y le dejó más de un millar de hombres a caballo y muchos de a pie, que eran almogávares, y hombres de armas, y dejóles todo cuanto habían menester, y ordenó además que todas las fronteras de Aragón le prestasen ayuda si la necesitaba. Y seguramente que en aquella ocasión él habría quitado toda la tierra al rey Don Sancho, si no fuera que le llegó un

mensaje del Ampurdán, del conde de Ampurias y del vizconde de Rocaberti, comunicándole que muchas gentes del Languedoc se preparaban, de parte del rey de Francia, para entrar en el Ampurdán, y en el que le pedían por favor que fuese a ayudarles. De manera que, por esto, el señor rey tuvo que salir de Castilla, y dejó a dicho Don Alfonso de Castilla y Don Fernando en los lugares de Castilla que se le habían rendido, y a los que ya había ordenado y reforzado como habéis entendido.

¿Qué os diré? Que el señor rey de Aragón, desde que salió de Calatayud, estuvo más de tres meses cumplidos en Castilla, de modo que pensad qué rey hay en el mundo que, por su bondad, haya hecho tanto por otro como él hizo por estos dos infantes[42]. Cuando llegó a Calatayud encontró al infante Don Pedro que había mejorado, y llevóselo a Cataluña, y le dio en su tierra el mismo poder que él tenía, ya que le quería más que nada que en el mundo hubiere; y bien hacía en amarle, pues era muy sabio y bueno en todo cuanto hacía.

Ahora dejaré de hablaros del señor rey y del señor infante Don Pedro, que están en Cataluña, y volveré a hablaros del almirante.

159. Incursiones del almirante en Berbería, las islas griegas y el reino de Nápoles

La verdad es que, cuando los franceses fueron desbaratados y hubieron salido de Cataluña, el señor rey Don Pedro marchó a Barcelona y dio al almirante y a los suyos la isla de Gerba, y además le dio castillos y buenos y honrados lugares del reino de Valencia. De este modo el almirante se fue alegre y satisfecho por muchos motivos, y no podía existir hombre alguno que estuviera más alegre que él si no ocurriera la muerte del

señor rey Don Pedro, que mucho le dolió. Y como ya habéis oído, cuando se hubo despedido del señor rey Don Alfonso después que fue coronado en Zaragoza, se vino a Valencia para visitar sus lugares, y luego se embarcó y se fue a la Berbería. Así que, mientras se dirigía a la Berbería, asoló puestos y se apoderó de naves y leños, y cuanto tomaba lo mandaba a Valencia, a su administrador. Así fue costeando toda la Berbería hasta que llegó a Gerba, y en Gerba arregló la isla y la ordenó. Y corrió todo el Ris, que está en tierra firme, y se sometieron a él, y le pagaban lo mismo que le pagaban los de Gerba, siendo sus sometidos como los de la isla de Gerba. Cuando esto estuvo hecho y hubo bien refrescado a su gente, siguió la ruta de Tolometa, costeando, y fue tierra adentro, apoderándose de barcas y haciendo muchos esclavos y esclavas, y apoderándose de naves y leños cargados de especiería que venían de Alejandría a Trípoli, y todo cuanto tomaba, una vez hubo pasado más allá de Túnez, lo mandaba a Mesina.

¿Qué os diré? Vino a la ciudad de Tolometa y saqueó toda la ciudad, excepto el castillo, que es fuerte y bien amurallado y estaba defendido por los judíos; en aquel combate, un día y otro día tenía preparadas las escalas para combatir y trepar, y los de dentro le propusieron un pacto y le dieron una gran suma de oro y plata, tanto que comprendió que le valía mucho más que quemarlo y saquearlo, pues si una vez lo quemaba ya nunca más lo habitaría nadie, y ahora echaba cuenta de que cada año les cobraría el tributo.

Cuando esto estuvo terminado, partió de Tolometa camino de Creta, y tomó tierra en Candía, donde refrescó. Luego siguió batiendo la Romanía y saqueó muchos lugares, y pasó luego a la boca de Cetril y tomó tierra en el puerto de las Guatlles, y se vino después a Coron, y los venecianos le procuraron revituallamiento en Coron y en Moton, viniéndose seguidamente a la playa de Matagrifó, y aquí desembarcó. Las gentes

del país, tanto de a caballo como de a pie, salieron en gran número y presentaron batalla. Él hizo salir sus caballos de las galeras, que eran en total ciento cincuenta, y se armó y preparóse en orden de batalla. Dios quiso dar la victoria al almirante, de manera que los franceses y los hombres del país murieron todos o fueron hechos prisioneros, de suerte que la Morea, desde aquella fecha en adelante, quedó muy despoblada de gente buena.

Cuando hubo hecho esto, vínose a la ciudad de Clarenza, y rescató a la gente y obtuvo todo un mundo en tesoros. Partió después de aquí y fue a combatir la ciudad de Patrás, y luego devastó la Cefalonia y el Ducado, y toda la isla de Corfú, que ya en otra ocasión había saqueado.

Seguidamente cogió la ruta de Pulla y tomó tierra en Brindisi.

En Brindisi estuvo a punto de ser engañado, pues un día antes de que él llegara había entrado gran número de caballería francesa, de la que era capitán el Estendard, y que había para guardar Brindisi y su comarca, a causa de Don Berenguer de Entenza, que tenía Otrento y hacía correrías por aquella región. De modo que cuando salió a tierra con toda la gente, la caballería salió fuera, hasta Santa María del Casal, de Brindisi, y el almirante, que vio toda la caballería, que eran por lo menos setecientos hombres a caballo, franceses, se creyó burlado. Encomendóse a Dios, no obstante, e hizo replegar a su gente, y atacó tan esforzadamente que les obligó a retroceder hacia la ciudad, de manera que les persiguió hasta el puente de Brindisi. Aquí hubieseis visto hacer hechos de caballería de un lado y del otro, y los almogávares, que vieron este revoltijo y que los franceses aguantaban de firme, rompieron las lanzas y se metieron entre ellos y empezaron a destripar caballos y a matar caballeros. ¿Qué os diré? Tomárosles el puente, y hubiesen seguido entrando en aquella mezcla si no fuera que mataron el caba-

llo del almirante. Cuando se levantó el almirante, allí hubieseis visto golpes de dardos y de lanzas de los catalanes y de los franceses y golpear de bordones. ¿Qué os diré? A despecho suyo levantaron al almirante, y uno de sus caballeros puso pie a tierra y le cedió el caballo. Cuando el almirante hubo cabalgado de nuevo, entonces vierais el esfuerzo: tomáronles el puente, y hubiesen entrado con ellos si no fuera que les cerraron las puertas.

De modo que el almirante volvióse alegre y satisfecho a las galeras y levantaron el campo.

Encontraron que en un momento habían matado más de cuatrocientos caballeros y tanta gente de a pie que no podía contarse; y todo el mundo ganó sobradamente. Seguro que a los que quedaron, el rey Carlos hubo de mandarles refresco, pues de ellos ya no tenía por qué preocuparse Don Berenguer de Entenza ni los que con él estaban en la ciudad de Otrento.

Cuando esto estuvo hecho, el almirante marchó a la ciudad de Otrento, donde se le dio una gran fiesta, y allí resfrescó a su gente y pagó por cuatro meses a todos los caballeros y peones que estaban con Don Berenguer de Entenza, de parte del señor rey de Sicilia. Luego, partiendo de Otrento, vínose a la ciudad de Tarento, y asimismo les pagó; y luego a Cotró y a las Castelles, y a Giraix y a la Amandolea, y a Pie de Dátil, y al castillo de Santa Ágata y a Reggio. Después entráronse a Mesina, donde estaba el señor rey Don Jaime de Sicilia, y mi señora la reina su madre, y el infante Don Federico; y no me preguntéis si se le hizo fiesta, porque ninguna semejante se le hizo nunca en ningún lugar. Y mi señora la reina tuvo gran placer en verle y le acogió y honró mucho más que solía, y sobre todo Doña Bella, su madre, que tuvo gran alegría y gran satisfacción; y asimismo el señor rey de Sicilia, que le dispensó grandes honores y le dio castillos y lugares, y le dio tal poder que el almirante hacía y deshacía por mar y por tierra todo cuanto quería, pues-

to que el señor rey de Sicilia estaba muy satisfecho teniéndole en su compañía.

Y ahora dejaré de hablar de él y del rey de Sicilia y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

160. Nuevos intentos de ataque de los franceses

Cuando el señor rey de Aragón, estando en Barcelona, supo que grandes fuerzas de caballería del Languedoc se preparaban para entrar por el Rosellón y el Ampurdán, hizo llamar a las huestes de Cataluña y dioles paga de cuatro meses, ordenando que en fecha fija todo el mundo estuviera en Peralada, y todos los ricoshombres, caballeros, ciudadanos y hombres de las villas allí comparecieron, muy bien arreados, el día fijado. El señor rey, antes de salir de Barcelona, mandó al infante Don Pedro de Aragón como gobernador y principal, con el fin de que si alguien pretendía entrar en Aragón por Navarra, él les combatiera. Hecho esto, vínose a Peralada con todas las huestes y penetró en el Rosellón, y cuando estuvo en el Veló supo que no había entrado gente extranjera, y por las quebraduras de la montaña fuese a Coblliure, y desde Coblliure volvióse al Ampurdán. De modo que os diré que no es que los del Languedoc no tuviesen el propósito de entrar en Cataluña, pero cuando supieron que el señor rey estaba en el Rosellón, se volvió cada cual a su casa.

161. Torneos en Figueras

Al volver el señor rey de Peralada, dio instrucciones a todo el mundo y cada cual se volvió a su puesto; pero el señor rey, al ver que no podía combatir con sus enemigos, organizó un torneo en Figueras, y al torneo fueron cuatrocientos caballeros, a saber; doscientos caballeros de parte del señor rey y otros doscientos que estaban con Don Gilaberto de Castellnou y con el vizconde de Rocaberti, que eran jefes de la otra parte. Celebróse de este modo la más hermosa fiesta y el mejor hecho de armas que en ningún torneo se hiciera desde los tiempos del rey Artús.

Cuando esta fiesta terminó, el señor rey volvióse a Barcelona, y en Barcelona hubieseis visto, todos los días, tablas redondas, torneos, ejercicios de armas, justas y solaz y alegría, de modo que todo el país iba de gozo en gozo y de baile en baile.

162. Gestiones de paz

Mientras se entretenían con estos juegos, micer Bonifacio de Calamandrana vino a ver al señor rey con un mensaje del papa y otro del rey de Francia, en los que le requerían para que hiciera las paces y diciéndole que querían ver al rey Carlos, que estaba en su prisión, y proponiéndole la celebración del matrimonio entre él y la hija del rey Carlos.

Estaban en estos tratos cuando llegó a Barcelona micer Juan de Agrilli de parte del rey Eduardo de Inglaterra, que le proponía que se acercara más a él a base de otro matrimonio, eso es:

que el señor rey de Aragón tomase a su hija por esposa, y en cambio él mediaría entre él y la santa Iglesia de Roma y el rey de Francia y el rey Carlos para que hicieran las paces con él. ¿Qué os diré? Que cuando micer Bonifacio tuvo noticia del mensaje que micer Juan de Agrilli había traído y micer Juan conoció el suyo, se convinieron los dos y se aunaron; pero como micer Bonifacio se dio cuenta de que el señor rey prefería el acercamiento con el rey de Inglaterra mejor que con el rey Carlos, pensó que por aquel lado podían tener la paz y sacar al rey Carlos de la prisión mejor que por ningún otro, y así se dispuso, junto con micer Juan de Agrilli, a tratar del matrimonio con la hija del rey de Inglaterra. ¿Qué otras novedades podría contaros? Los tratos se llevaron de muy distintos modos, de manera que sería muy largo escribirlo. Finalmente, micer Bonifacio y micer Juan de Agrilli se pusieron de acuerdo en que micer Bonifacio se volviera a ver al papa y al rey de Francia y micer Juan al rey de Inglaterra, y que cada uno diese cuenta de lo que habían tratado de hacer y que a una fecha fija se encontrasen juntos en Tolosa para saber la respuesta de cada uno de aquéllos. Y de ese modo se despidieron del señor rey de Aragón y cada uno se fue, como habían acordado.

Ahora dejaré de hablar de los mensajeros, que se van cada uno por su camino, y volveré a hablar del señor rey de Sicilia.

163. La guerra en Calabria y en Nápoles

Cuando el almirante volvió a Mesina, como ya habéis oído, mandó reparar todas las galeras, y un día, el señor rey de Sicilia llamó al almirante y a todo su consejo y dijo:

—Barones: nos hemos pensado que sería bueno que armásemos ochenta galeras y que nos, con mil caballos armados y

treinta mil almogávares, marcháramos hacia Nápoles, y si podemos tomar la ciudad, que la tomemos, y que ejerzamos allí nuestro dominio en tanto que el rey Carlos está en prisión en Cataluña; y que si no podemos apoderarnos de Nápoles, que vayamos a sitiar Gaeta, y que si la ciudad de Gaeta podemos conquistar, sería aún mejor que si tuviéramos Nápoles.

El almirante y todos los demás alabaron mucho este proyecto del señor rey, de manera que inmediatamente ordenaron todos los preparativos. Y el almirante puso el estandarte en la tabla, y el señor rey mandó inscribir a todos aquellos que tenían que ir con él.

Cuando esto ya estuvo hecho, el señor rey convocó cortes en Mesina, y fijó la fecha en que todos los ricoshombres, caballeros y síndicos de todas las ciudades y villas de toda Sicilia y Calabria debían encontrarse en Mesina. Y cuando llegó el día, mi señora la reina vino también a Sicilia, y el señor rey, y el señor infante Don Federico; y se reunieron todos en la iglesia llamada Santa María la Nueva. Y el señor rey les exhortó y les dijo muy certeras palabras, y les contó que él pensaba ir al Principado, y que les dejaba a mi señora la reina como señora, y que les dejaba en su lugar al infante Don Federico para que pudiese, con el consejo que él le dejaba, regentar y gobernar todo el reino, y que les mandaba lo guardasen como si fuera su misma persona. Cuando hubo dicho esto y muchas otras buenas palabras que venían al caso, sentóse; y levantáronse los barones de la tierra y dijéronle que estaban dispuestos a hacer todo esto que él les mandaba, e igualmente respondieron los caballeros y ciudadanos y los hombres de las villas. Concluido esto, se separó el consejo.

A los pocos días, el señor rey pasó a Calabria con toda la gente; y luego el almirante mandó embarcar a los que iban en las galeras y en los demás leños, taridas y barcas, que llevaban los víveres y todo aquello de lo que tendrían necesidad. Cuando

esto estuvo hecho, el almirante con toda la armada partió de Mesina y pasó a Calabria, al palacio de San Martín, donde estaba el señor rey con la gente que había pasado de Sicilia, y con aquellos ricoshombres, caballeros y almogávares que había hecho venir de Calabria; de manera que todos estuvieron con él a la fecha señalada. De este modo el señor rey embarcó con toda aquella gente que tenía que ir con él, y siguió la ruta del Principado con la ayuda de Dios.

Y ahora dejaré de hablar de él y volveré a hablar de sus enemigos.

164. Propósitos del conde de Artes (*Artois*)

Cuando sus enemigos supieron todos los grandes preparativos que se hacían en Sicilia, lo mismo imaginaban que se hacían contra Nápoles como contra Salerno, por lo cual, el conde de Artes y muchos otros barones que había en el reino que estaban a favor del rey Don Carlos vinieron con todo su poder a Nápoles y a Salerno y formaron una gran caballería junto con el papa, que mandó gran ayuda de gente y de dinero. De este modo reforzaron aquellas dos ciudades de tal modo que de ninguna manera se pudieran tomar en tanto que ellos no hubiesen perdido sus vidas.

Y ahora volveré a hablaros del señor rey de Sicilia.

Una vez embarcado, el señor rey fue visitando todos sus puestos de la costa hasta llegar a Castellabat, que se encuentra cerca de Salerno, a unas treinta millas, como antes os he dicho.

165. Ataque de los catalanes

Cuando hubo visitado Castellabat tomó la ruta de Salerno, y aquí hubieseis oído el gran *Via fora!*, que parecía que se hundiera el mundo. Aquí el almirante dio con la popa en tierra, junto a los escollos que se hallan frente al centro de la ciudad; y allí los ballesteros, con las ballestas, causaron mucho daño. Y allí estuvieron todos aquel día y aquella noche, y al día siguiente partieron de Salerno y navegaron por toda la costa de Amalia, y el almirante desembarcó a los almogávares, que incendiaron y saquearon muchos lugares que habían sido puestos en pie después que Don Bernardo de Sarriá los había saqueado. Y partiendo de aquí, puso rumbo a Nápoles.

En Nápoles hubo gran repique de campanas y salió gran caballería, y fue una gran sorpresa la mucha gente que vino hacia el mar. A pesar de la mucha gente que había, de a caballo y de toda clase, no pudieron impedir que el almirante sacara todas cuantas naves, taridas y galeras como había en los muelles, de modo que estuvieron durante tres días frente a la ciudad, y luego siguieron la ruta de Iscle, donde el rey desembarcó y reconoció el castillo y la villa, y se apoderó de mucho después de haberlo reconocido. Luego salió de Iscle y se dirigió a Gaeta, y en Gaeta desembarcó los caballos y puso toda la gente en tierra, y sitió la ciudad por mar y por tierra, y armó cuatro trabucos, que todos los días disparaban dentro de la ciudad. Seguramente que la hubiese tomado, pero dos días antes de que él llegara habían entrado más de mil hombres a caballo del rey Carlos, de modo que aquellos aguantaron firme en la ciudad. ¿Qué os diré? El sitio se mantuvo muy fuerte, y constriñeron tanto la ciudad que los de adentro tuvieron muy mala fortuna. Además, los del señor rey de Sicilia recorrían todos los días aquella región, y entraron hasta cuatro jornadas por el interior, y hacían las correrías más reales del mundo, tanto en prisioneros como en saqueos de oro y plata que tomaban de los poblados y caseríos que asaltaban y quemaban. Tanto ganado traían, que en la

hueste sólo por la piel mataban un buey, y a los corderos nada más por el hígado; de modo que había tal riqueza de carnes que era cosa maravillosa que aquella tierra pudiese proporcionar tanto ganado como aquella hueste consumía.

Y así he de dejar de hablaros del señor rey de Sicilia, que mantiene su sitio a la ciudad de Gaeta, y he de volver a hablaros del señor rey Don Alfonso de Aragón.

166. Acuerdo de boda del rey Pedro con la hija del rey de Inglaterra

Cuando micer Bonifacio Calamandrana y micer Juan de Agrilli salieron de Barcelona, fuese cada uno de ellos a donde habían convenido. ¿Qué podría deciros para daros mayores detalles? Hubo tantas idas y venidas, que si al papa, que si al rey de Inglaterra, que si al rey de Aragón, que si al rey de Francia, que llevaron el asunto hasta la conclusión siguiente: que el señor rey de Aragón se viera con el rey de Inglaterra en un lugar llamado Aleró, y que está en Gascuña, y determinado día se celebró la entrevista. El rey de Inglaterra, con la reina su esposa y la infanta su hija, fueron a dicho lugar de Aleró; y lo mismo hizo el señor rey de Aragón, yendo con él el infante Don Pedro y muchos ricoshombres, y caballeros, y ciudadanos y hombres de las villas, todos muy ricamente compuestos y adornados con muy hermosos vestidos y ricos arneses; e igualmente estuvieron micer Bonifacio de Calamandrana y micer Juan de Agrilli. Fue muy grande la fiesta que el rey de Inglaterra ofreció al señor rey de Aragón, y al señor infante Don Pedro y a todas sus gentes. ¿Qué podría deciros? La fiesta, muy grande, duró más de diez días antes de que empezaran a hablar de ningún negocio. Cuando la fiesta hubo terminado, entraron en negociaciones, y

finalmente, el señor rey de Aragón aceptó por esposa a la infanta, hija del rey de Inglaterra, que era la más bella y más graciosa doncella del mundo.

Hechos los esponsales, se reanudó la fiesta, mucho mayor que la que anteriormente se había celebrado. El señor rey mandó disponer un tablado muy alto, y a todas horas se lanzaban los tres palos, de manera tan extraordinaria que los ingleses y las demás gentes se maravillaban mucho, y las señoras igualmente se maravillaban. Y después, justaban, y unos hacían armas y otros tabla redonda. Por otra parte vierais danzar a los caballeros y a las damas y a veces también a los dos reyes con sus esposas y con las condesas y otras altas señoras, y el infante y los ricoshombres, por todas partes danzaban. ¿Qué os diré? Más de un mes duró aquella fiesta, y un día comía el señor rey de Aragón con el rey de Inglaterra y otro día el rey de Inglaterra con el rey de Aragón[43].

167. El milagro de Santa María Magdalena y libertad del rey Carlos

Pasada la fiesta, el señor rey de Aragón se reunió en consejo con micer Bonifacio de Calamandrana y micer Juan de Agrilli para tratar la forma cómo el rey Carlos saldría de la prisión.

Sobre esto mucho hablaron, en favor y en contra, cada una de las partes, y al fin se llegó al siguiente acuerdo: que se dieron al señor rey de Aragón cien mil marcos de plata, que el rey de Inglaterra prestó al rey Carlos, y fue ordenado que el rey Carlos saliese de la cárcel y que, dentro de cierto tiempo, habría tratado de paz entre la Iglesia, el rey de Francia y el propio rey Carlos, con el señor rey de Aragón y con el señor rey de Sicilia, y que mientras aquello se hacía, el rey Carlos pondría a

sus tres hijos en la prisión en su lugar, además de veinte hijos de ricoshombres. Y de todo ello prestó garantía de cumplimiento el rey de Inglaterra.

En honor de su suegro el rey de Inglaterra, el señor rey de Aragón quiso hacer estas cosas e inmediatamente hizo salir al rey Carlos de la cárcel, y fueron muchos los que dijeron que, puesto que el rey Carlos había salido de la prisión, no metiera en ella a ninguno de sus hijos, pero los que tal decían no decían bien, pues dicho rey Carlos, que estaba en la prisión del rey de Aragón, fue y era en aquellos tiempos uno de los señores más bondadosos que hubo en el mundo, y le desagradó siempre la guerra con la casa de Aragón y era uno de los más rectos y devotos, como lo prueba el honor que le hizo Dios al aparecérsele una visión, que le dijo que buscase en San Martín de Provenza[44] el cuerpo de mi señora Santa María Magdalena, y en aquel lugar indicado por la visión, más de veinte astas de lanza sepultado bajo tierra, él encontró el cuerpo de la mi señora Santa María Magdalena, y todo el mundo puede comprender que si él no fuera bueno y justo como era, Nuestro Señor Dios no le hubiera hecho tal revelación.

En cuanto salió de la prisión, se fue a ver al rey de Mallorca, que le dispensó grandes honores en Perpiñán.

Ahora dejaré de hablar del rey Carlos y volveré a hablar del señor rey de Aragón, y del rey de Inglaterra, y de la infanta reina su esposa prometida.

168. Cumplimiento de los pactos

Cuando se separaron el señor rey de Aragón y el rey de Inglaterra, hubo grandes regalos de joyas de una parte y de la otra, y luego el rey de Inglaterra acompañó al señor rey de Ara-

gón hasta que estuvo en su tierra y luego se despidieron el uno del otro muy cariñosamente, como corresponde entre padres e hijos, y cada cual se volvió a su país.

Cuando el rey Carlos se separó del rey de Mallorca, viose después con el rey de Inglaterra y le dio muchas gracias por lo que había hecho por él. Antes de separarse de él, se pagaron los cien mil marcos de plata que él había dado al señor rey de Aragón por su cuenta, y el rey de Inglaterra le rogó que los rehenes que él había prometido por él fuesen enseguida enviados al rey de Aragón y el otro le prometió que no dejaría de hacerlo. De este modo se despidieron el uno del otro, y el rey de Inglaterra volvióse a su reino y pensó en gestionar la paz entre la santa Iglesia y el rey de Francia con el señor rey de Aragón.

Ahora dejaré de hablar de éstos y volveré a hablar del rey Carlos, que se fue a Provenza.

169. El sitio de Gaeta y tregua en Sicilia y Nápoles

Tenía en Marsella el rey Carlos a tres de sus hijos, a saber: monseñor Don Luis, que venía después del rey Martel, el mayor; monseñor Don Roberto, que venía después de monseñor Don Luis, y monseñor Don Ramón Berenguer, que era el cuarto hijo que él tenía. Estos tres hijos, junto con veinte hijos de nobles hombres de Provenza, los mandó a Barcelona, al señor rey de Aragón, para que, en su lugar, les tuviera en prisión; y el señor rey de Aragón recibióles y los mandó a Siurana, y allí fueron guardados como lo estuviera el rey Carlos, si allí estuviera.

Cuando hubo cumplido con esto, el rey Carlos se fue a Francia y viose con el rey de Francia y le pidió socorro de caballería, puesto que había sabido que el rey de Sicilia tenía puesto sitio a Gaeta.

Y el rey de Francia le dio todo el socorro y ayuda que él le pidió, tanto en gente como en moneda.

Entonces partió de Francia y fuese a Roma a ver al papa, e igualmente le pidió socorro, y el papa se lo dio, tanto como le pedía. Con todo este poder se vino a Gaeta junto con su hijo Carlos Martel, que era el hijo mayor que tenía, con mucho poder; de modo que fueron tantas gentes que eran una infinidad.

Si el almirante y los otros barones que estaban con el señor rey de Sicilia se lo hubiesen permitido, seguro que él les hubiese plantado batalla; pero por nada se lo consintieron, antes al contrario, amurallaron muy bien el lugar donde estaban; y el rey Carlos sitió al rey de Sicilia en este lugar, con lo que hecho semejante jamás se ha visto en ninguna leyenda: que el rey de Sicilia tenía sitiada la ciudad de Gaeta y disparaba con trabucos contra la ciudad y al mismo tiempo la ciudad disparaba con trabucos contra el sitio del rey de Sicilia, y luego vino el rey Carlos, que sitió el sitio del rey de Sicilia y disparaba con trabucos contra dicho sitio, y el sitio del rey de Sicilia disparaba, igualmente, contra el sitio del rey Carlos. De manera que, todos los días, hubieseis visto hechos de armas que el rey de Sicilia y sus gentes hacían sobre aquellos de la ciudad y contra las huestes del rey Carlos, que eran verdaderos milagros.

¿Qué os diré? Esto duró mucho tiempo, hasta que el rey Carlos vio que estos hechos redundaban en su perjuicio y que, al final, el rey de Sicilia conseguiría la ciudad, y que si conseguía la ciudad todo el Principado y la tierra de labor se perdería. Por esto requirió al rey de Sicilia para que hubiese treguas y mandó sus mensajeros al sitio, y le hizo saber, en su carta,

que le pedía treguas porque él se encontraba frente a él y le mantenía sitio contra su conciencia, pues él había prometido y jurado al rey de Aragón que cuando estaría fuera de la prisión procuraría, en todo cuanto pudiera, que «entre nos haya paz y buen amor»; y que tal como lo había prometido tenía la voluntad de cumplirlo si Dios le daba vida; y que mejor se trataría la paz estando en tregua que en guerra. El señor rey de Sicilia oyó esta carta que el rey Carlos le había mandado y sabía que era verdad cuanto le hacía saber, y además reconocía en el rey Carlos tanta bondad que estaba muy seguro que buscaría la paz y el buen amor; por todo lo cual consintió en la tregua. Y así se otorgó la tregua de la siguiente manera: que el rey Carlos empezara por marcharse y que cuando el rey Carlos se hubiese marchado con toda su gente, el señor rey de Sicilia embarcaría con toda su gente y con todo lo suyo que tenía en el sitio. Y así se cumplió, pues el rey Carlos se marchó a Nápoles con toda su hueste, y el rey de Sicilia se vino a Mesina, donde se le hizo gran fiesta, y el almirante desarmó las galeras. Después, dicho rey de Sicilia fue visitando toda Calabria y el almirante iba con él. Y pensaron en divertirse y cazar, y mantuvieron a toda la tierra en una gran paz y una gran justicia.

Ahora dejaré de hablaros de ellos y volveré a hablar del rey de Aragón.

170. Expedición a Menorca

Vuelto el señor rey de Aragón, de Aleró a su tierra, pensó que era una gran vergüenza para su casa que en la isla de Menorca hubiese sarracenos y que sería bueno que los echase y la conquistara y que evitara este trabajo a su tío el rey de Mallorca y que era mejor que, cuando le devolviera la isla de Mallor-

ca, le entregara la isla de Menorca poblada de cristianos, que no que la dejara en manos de los sarracenos. Con esto mandó sus mensajeros al almojarife de Menorca diciéndole que pensase en desocupar la isla, pues, de lo contrario, si no lo hacía, debía dar como cierto que se la quitaría y le mataría a él y a toda su gente. El almojarife de Menorca contestó con mucha frialdad, y el señor rey contestó que, con la ayuda de Dios, vengaría al señor rey su padre de la traición que le había hecho cuando hizo saber a Berbería que él iba para allí, lo que fue causa de que Búcaro perdiera la cabeza y de que se perdiera Costantina, tal como antes habéis oído. Seguidamente mandó un emisario a su hermano el rey de Sicilia para que le mandase al almirante con cuarenta galeras armadas, y le hizo saber que las quería para dicha expedición a Menorca. Asimismo mandó cartas al almirante diciéndole que procurara darse prisa para que viniese a Barcelona; y en efecto, vino el día de la fiesta de Todos los Santos.

Tal como el señor rey lo mandó decir a su hermano el rey de Sicilia y al almirante, así se cumplió.

De modo que el almirante armó dichas cuarenta galeras y vínose a Barcelona, donde llegó por la fiesta de Todos los Santos y encontró al señor rey que había preparado la caballería que pensaba llevar con él, y la almogavería, de manera que enseguida se reunieron setecientos caballos armados y más de treinta mil almogávares. Y con la ayuda de Dios, fueron a Salou y embarcaron y se dirigieron a Mallorca, donde llegaron quince días antes de Navidad. Hizo aquel año un invierno tan crudo que jamás se vio ninguno de tantas nieves, lluvias y heladas. ¿Qué os diré? Fue tan crudo el invierno que parecía que se encontraran en el mar de la Tana[45]; tanto que hubo galeotes que, por el frío, perdieron las extremidades de los dedos. Y he de contaros un hermoso milagro que ocurrió durante aquel mal tiem-

po, milagro que yo vi, así como las demás personas; y os lo quiero contar para que cada uno se guarde de la ira de Dios.

171. El almogávar que comió carne en día de vigilia

El caso fue que en una compañía había veinte almogávares, que eran de Segorbe y se hospedaban en los pórticos de San Nicolás de Portopí. A la víspera de Navidad, diez de ellos salieron en busca de ganado para comerlo al día siguiente; y trajeron cuatro carneros y los hicieron desollar, y una vez desollados, los colgaron en el pórtico. Uno de los compañeros, que también era de Segorbe, había jugado y había perdido; con la rabia que le daba, cogió un cuarto de carnero y púsolo en el asador. Es costumbre de los catalanes que la víspera de Navidad, por lo general, todo el mundo ayuna y nadie come hasta que llega la noche, de modo que los almogávares aquellos fueron a buscar coles, pescado y frutas para comer. Por la noche, cuando llegaron a dicha posada del pórtico de San Nicolás de Portopí, vieron cerca del fuego donde ellos debían comer el cuarto de carnero en el asador, cosa que les sorprendió y repugnó mucho, y dijeron:

—¿Quién es ese que ha puesto un cuarto de carnero al fuego?

Y aquél respondió que él lo había hecho.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Porque esta noche quiero comer carne para no honrar la fiesta de mañana.

Aquéllos le reprendieron mucho y pensaron que, aun cuando lo dijera, no lo haría; y prepararon su cena y pusieron la mesa.

El otro cogió una servilleta y sentóse al otro lado del fuego; se puso la servilleta y todos empezaron a reír y a bromear, pues se figuraban que lo hacía para burlarse de ellos. Cuando estuvieron sentados comenzaron a comer, y aquél cogió su cuarto de cordero y se lo puso delante y cortó la carne, y dijo:

—Yo quiero comer esta carne en deshonor de la fiesta que es hoy y que será mañana.

Al primer bocado que se metió en la boca tuvo la visión de un hombre tan grande que con la cabeza tocaba el alfarje del pórtico, y dióle con la mano en la cara, llena de ceniza, que, del revés, lo echó por el suelo. Cuando estuvo en tierra, gritó por tres veces:

—¡Santa María me valga!

Y quedóse como muerto, sin poder valerse de sus miembros y con la vista perdida. Los compañeros le levantaron y pusiéronle encima de una frazada, y se quedó como muerto hasta después de la medianoche.

Cuando cantó el gallo, recobró la palabra y pidió un sacerdote; y el clérigo de dicho lugar de San Nicolás vino, y él se confesó muy devotamente. Y el día de Navidad por la mañana, cediendo a sus ruegos y requerimientos, lo llevaron a la iglesia de mi señora Santa María de Mallorca; y él mandó que le pusieran delante del altar, y todo el mundo venía a verle. Y estaba tan débil que de ningún miembro podía ayudarse y la vista la había perdido por completo. Llorando pedía al pueblo que quisiera rogar a Dios por él; y delante de todos confesaba sus pecados y sus desvaríos con gran contrición y gran dolor, tanto que todos los hombres y todas las mujeres sentían gran compasión.

Ordenóse entonces que en aquella iglesia, que es la Seo, todos los días se rezara la «Salve regina» hasta que estuviera muerto o curado. ¿Qué más os podría decir? Esto duró hasta el día de la Epifanía, en cuyo día la Seo estaba repleta de gente, y

cuando el predicador concluyó su sermón, pidió al pueblo que todos rogasen a mi señora Santa María que pidiera a su bendito y querido Hijo que aquel bendito día mostrara sus milagros sobre aquel pecador, y que todos se arrodillasen, que los clérigos cantarían «Salve regina». Y todos lo hicieron con mucho agrado, y cuando empezaron a cantar «Salve regina», el hombre lanzó un gran grito, y todos cuantos miembros tenía se salieron de su puesto, que seis clérigos tuvieron que sujetarle, y al finalizar la «Salve regina» todos cuantos huesos tenía en su persona produjeron un gran crujido y, en presencia de todos, recobró la vista y todos los miembros volvieron cada uno a su lugar, diestros y sanos. Entonces, él y todo el pueblo dieron grandes gracias a Dios por aquel hermoso milagro que Dios y mi señora Santa María les habían querido mostrar aquel día. Y así el buen hombre se marchó sano y derecho.

Por lo que, cada uno de vosotros que este milagro oiréis, creed que así fue manifiesto y evidente y sacad en vuestro provecho que no se debe dudar del poder de Dios y que se debe bien obrar; y guardaos que ni de hecho ni de palabra hagáis nada que sea contra el nombre de Dios, ni de mi señora Santa María, ni de sus benditos santos y santas, ni contra las fiestas que están ordenadas por la santa Iglesia.

Ahora volveré a hablar del señor rey de Aragón.

172. Conquista de Menorca

Pasada la fiesta de Navidad, que el señor rey celebró en la ciudad de Mallorca, mandó embarcar a todo el mundo y puso rumbo a Menorca. Cuando estuvo a veinte millas de la isla de Menorca, sobrevino una gran tempestad, que dispersó a toda la armada, de modo que tomó tierra en el puerto de Mahón sólo

con veinte galeras, y cuando estuvo en el puerto de Mahón el almojarife de Menorca, que se había preparado para defenderse con grandes refuerzos que había recibido de Berbería, atacó con todo su poder la popa de las galeras, y serían unos ciento cincuenta hombres a caballo y más de cuarenta mil de a pie. Estaba el señor rey con las galeras escala en tierra, en la isla dels Conills, y la tempestad duró sus buenos ocho días sin que ninguno de sus hombres pudiera entrar; después, con tiempo más bonancible, ahora llegaba una galera al puerto de Mahón, ahora dos, ahora tres, de manera que todas iban arribando a medida que podían.

Cuando el señor rey vio que habían venido más de doscientos caballos armados, decidió desembarcar los caballos y poner a toda su gente en tierra. El almojarife, que vio que las fuerzas se le echaban encima, retiróse al castillo de Mahón y allí reunió todo su poder.

Cuando el señor rey vio que ya contaba con unos cuatrocientos caballos y con parte de sus almogávares, dijo al almirante y a los otros ricoshombres que pasaría al ataque y que no quería esperar más. El almirante y los demás pedíanle por favor que no fuese, sino que esperara a toda la armada y a todos sus caballeros; pero él dijo que estaban en pleno invierno y que sus gente sufrían mucho con el mal tiempo y que no quería aguantarlo. Fuese, pues, a donde estaba el almojarife con todo su poder y se presentaron, en orden de batalla, en una llanura magnífica que está junto al castillo de Mahón; y cuando las huestes estuvieron una cerca de otra, atacó con toda su gente, y el almojarife hizo otro tanto La batalla fue muy cruel, pues los hombres de la isla eran muy buenos hombres de armas, y contaban con buenos caballeros turcos, que el almojarife tenía a sueldo La batalla fue tan cruel y dura que todos tenían mucho que hacer; pero el señor rey, que era de los mejores caballeros del mundo, arremetía aquí y allá y no se le escapaba caballero al

que pudiese herir de pronto, tanto que rompió todas sus armas, excepto la maza, con la que hacía tanto que no había nadie que se atreviese a ponérsele delante. Así, con la gracia de Dios y con sus proezas y las de sus gentes, venció en la batalla, de modo que el almojarife huyó, y entró en el castillo con ocho de sus parientes: los otros murieron todos, y el señor rey mandó levantar el campo a sus gentes y después sitió el castillo, donde el almojarife se había metido.

Entretanto, la armada del señor rey había llegado, y cuando el almojarife vio el gran poder del señor rey, le mandó a sus mensajeros y rogóle y suplicóle que, por favor, a él y a veinte de sus familiares que estaban con él, con sus mujeres y niños, les dejase marchar a Berbería sólo con sus vestidos y con víveres hasta allí y que él le rendiría el castillo de Mahón y la villa de Ciutadella. El señor rey, para poder lograr toda la isla sin esfuerzo, se lo otorgó, de manera que el almojarife le rindió el castillo y la villa de Ciutadella y todos los otros lugares de la isla y le dio todo el tesoro que tenía. El señor rey entrególe una nave de genoveses que fletó, y que había ido al puerto de Mahón a causa de la tempestad, pues se dirigía a Ibiza para cargar sal, y dentro de aquella nave hizo meter al almojarife y hasta cien personas, entre hombres, mujeres y niños, y pagó la nave y les hizo embarcar muchos víveres. Partieron del puerto de tal suerte que les cogió la tempestad y se destrozó en las costas de Berbería, de modo que nadie pudo escapar. Así veis cuán fácilmente lo logra nuestro Señor cuando quiere destruir una nación; de modo que cada uno debe guardarse de sus iras, pues ya veis cómo la rueda de la fortuna giró contra el almojarife y su linaje, que ejercía la señoría en aquella isla desde hacía más de mil años.

Cuando el señor rey hubo expedido al almojarife, fuese a Ciutadella, e hizo coger a todas las mujeres y a todos los niños de la isla y a los hombres que habían quedado con vida, que

eran muy pocos, pues en la batalla todos habían muerto. Cuando las mujeres y los niños y los hombres estuvieron presos, sumaban en total unas cuarenta mil personas, y las hizo entregar todas para que fuese su dueño, con facultad de venderlos, a Don Ramón Calvet, hombre honrado de Lérida. Este nombró oficiales a sus órdenes y mandó la mayor parte a Mallorca, y otros los mandó a Sicilia, a Cataluña y a otros sitios; y de cada uno se hizo subasta pública, tanto de las personas como de todo cuanto llevaban consigo.

Cuando esto estuvo listo, el señor rey ordenó que en el puerto de Mahón se construyera una villa bien amurallada y escogió como procurador de la isla a Don Pedro de Libia, honrado ciudadano de Valencia, y diole poderes para que pudiese dar toda la isla a pobladores para que poblase toda la isla de gente buena. Y así lo hizo sin duda, pues toda la isla está poblada de buena gente catalana, como ningún otro lugar pueda estar mejor poblado.

Cuando el señor rey hubo nombrado todos los oficiales de la isla y hubo ordenado la población, de la que fue patrón y capitán dicho Pedro de Libia, que era gran prohombre y sabio, partió de Menorca y vínose a Mallorca, donde se le dio una gran fiesta a su llegada. Visitó toda la isla de Mallorca, con el almirante y con Don Guillermo de Anglesola y otros ricoshombres que con él estaban. Luego partió de Mallorca y mandó toda la armada a Cataluña con el almirante, y el señor rey, con cuatro galeras, volvióse a Ibiza para visitarla, donde se le dio igualmente una gran fiesta, y estuvo allí cuatro días. Luego volvióse a Cataluña, tomando tierra en Salou, y de Salou fuese a Barcelona, donde encontró al almirante, que ya había tomado tierra con toda la armada.

El almirante se despidió de él y fuese a Sicilia, y al regresar a Sicilia atrapóle una tempestad tan grande en el golfo de Lyon que todas las galeras se esparcieron, y unas fueron a parar a

Berbería, otras a Cerdeña y otras al Principado. Y el almirante estuvo en aquella ocasión en gran peligro, pero, con la ayuda de Dios, que ya en otros muchos sitios le había ayudado, pudo rehacerse, y corrió hacia Trápani, donde llegó sano y salvo y donde, a los pocos días, recobró todas las galeras.

Cuando todas estuvieron en Trápani, fuéronse a Mesina, donde encontró al señor rey y a toda la gente, que hicieron una gran fiesta. Desarmó entonces y pensó en seguir en la corte del rey de Sicilia, de modo que dicho señor rey no hacía nada sin que él lo supiera. Y vivieron con gran alegría y diversión, visitando y costeando toda la Calabria, y el Principado de Tarento y la tierra de Otrento y los lugares que tenían en el Principado.

Y así dejaré de hablaros del señor rey de Sicilia y volveré a hablaros del señor rey de Aragón.

173. Tratado de Tarascón

Cuando el señor rey de Aragón llegó a Barcelona, se celebró una gran fiesta, y luego siguió visitando todos sus reinos. Cuando estuvo en Aragón, viose con Don Alfonso de Castilla y con Don Fernando, su hermano, y dioles mucho de lo suyo, y encontró que estaban muy bien y que conducían la guerra con el rey Don Sancho, su tío, y ganaban todos los días tierras sobre él. Así fue visitando todas las fronteras y vinieron expresamente mensajeros del papa, y del rey de Francia y del rey de Inglaterra para tratar de la paz entre ellos. Esto lo apremiaba el rey de Inglaterra porque quería que al año siguiente se celebrase el matrimonio entre el rey de Aragón y su hija, y por esto hacía cuanto estaba de su mano, y en verdad no hacía menos el rey Carlos, puesto que así lo había prometido y jurado. Tanto se empeñaron el rey Carlos y el rey de Inglaterra que el papa

mandó un cardenal a Provenza, en Tarascón, con el rey Carlos, para que tratasen de la paz con el rey de Aragón, y en cuanto estuvieron en Tarascón mandaron sus mensajeros al rey de Aragón con mensajes para que tratasen de la paz con él.

Dicho señor rey, para ordenar el tratado, vínose a Barcelona, y cuando estuvo en Barcelona mandó a sus cortes que en el día fijado estuviesen todos en Barcelona. Tal como lo mandó se cumplió, y cuando la corte estuvo reunida en el palacio real, él les dijo que el rey Carlos y el cardenal estaban en Tarascón y que le requerían para que les mandase mensajeros para que, con ellos, tratasen de la paz, de modo que él no quería hacer nada sin contar con el consejo de sus barones y caballeros y ciudadanos y prohombres de las villas, de modo que ordenasen entre ellos aquellos ricoshombres y caballeros y ciudadanos y hombres de villas qué debían tratar los mensajeros, cuáles serían y con qué poder irían, y que lo que entre ellos tratarían el señor rey, y todos, lo darían por firme. Antes que de aquí partieran quedó ordenado que los mensajeros fuesen doce, eso es, a saber: dos ricoshombres y cuatro caballeros, y dos juristas, y dos ciudadanos y dos hombres de villas, y quedó determinado cuántos compañeros y escuderos debían llevar cada uno.

Una vez ordenado esto, así se cumplió y se hizo, y sobre esto dieron poder a cuarenta, entre ricoshombres, caballeros, ciudadanos y hombres de villas que debían ordenar y dirigir esto, y fue ordenado además que ningún hombre partiera de Barcelona mientras los mensajeros no hubiesen ido y vuelto de Tarascón, a fin de que supieran qué era lo que habían hecho: y así fue todo otorgado.

Cuando esto fue otorgado, aquellos cuarenta, por dos veces, todos los días se reunían en la casa de los Predicadores y trataban y ordenaban sus asuntos, y a medida que iban resolviendo las cosas las llevaban al señor rey, y él rectificaba lo que le parecía a fin de mejorarlo, puesto que era señor muy sabio y muy

bueno y tenía de pleno el espíritu de la verdadera caridad y justicia y de todo cualquier otro saber.

Cuando los mensajeros fueron elegidos y decidida la forma como debían ir para mayor honra del señor rey y de todos sus reinos, fuéronles dados los capítulos y el poder, y cuando estuvieron provistos de todo lo necesario se les dio un mayordomo, tal como correspondía a la alta valía de su representación, y partieron de Barcelona, entre caballos del diestro, los que ellos montaban y los de sus compañeros y escuderos y las acémilas, cien caballerías. Y todos los mensajeros fueron buenos y doctos. De este modo, siguiendo sus jornadas llegaron a Tarascón, y el señor rey se quedó en Barcelona con toda la corte; y si jamás visteis juegos y solaces, como de tablas redondas, de lancear a tablado y ejercicios de armas, torneos y danzas de caballeros y de ciudadanos y de hombres de villas y de cada oficio por la ciudad, que se esforzaban en hacerlo todo con placer y alegría, entonces las pudisteis ver, que nadie pensaba más que en alegrarse y divertirse y en hacer todo lo que a Dios y al señor rey pluguiera.

Cuando los mensajeros llegaron a Tarascón, fueron bien recibidos por el rey Carlos, y por el cardenal, y por los embajadores que había del rey de Francia y, especialmente, por los mensajeros que representaban al rey de Inglaterra.

Y quien quiera saber los nombres de los mensajeros y todo lo que el cardenal les dijo de parte del padre santo y, además, todo lo que ellos le respondieron y todo lo que se hizo desde el principio hasta el momento de partir, que acuda a la «Gesta» que de todo redactó Don Galcerán de Vilanova, y allí lo encontrará todo por su orden y además todo lo que, entre otros, respondió Don Maimón de Castellaulí, que era uno de los indicados mensajeros del señor rey de Aragón. Y si alguien me pregunta por qué nombramos más a Don Maimón de Castellaulí que a ninguno de los otros, yo le diré que lo hago porque res-

pondió más varonilmente y mejor como caballero que ningún otro, y si algo bueno se hizo fue gracias a las palabras que él dijo.

De este modo, no hace falta que hable más de ello, pues los parlamentos duraron mucho entre ellos, y, al final, se despidieron y se volvieron con lo que habían hecho, y encontraron al señor rey en Barcelona, y aquí, delante de toda la corte, expusieron su mensajería en forma que tanto el señor rey como todo su consejo quedaron complacidos, pues quedaba establecida la paz en forma tan honorable y buena como al señor rey y a todas sus gentes convenía, y además con gran honor por el señor rey de Sicilia, y de este modo el matrimonio de la infanta, hija del rey de Inglaterra, con dicho señor rey de Aragón habría de cumplirse a los pocos días.

Pero nuestro señor y verdadero Dios quiso mudar de otra manera todo lo que se había tratado, y cada uno puede comprender que nuestro señor y verdadero Dios es la verdadera rectitud y la auténtica verdad, por lo que nadie puede saber ni puede comprender sus secretos, y en aquello que uno, por la cortedad de su entendimiento, cree que han de resultar para mal, se convierten luego en un gran bien, por lo que nadie debe inquietar por nada de lo que Dios decida, por lo que es muy conveniente que, en esto, sepamos conformarnos y alabemos y demos gracias a Dios por todo lo que nos da.

Y así ocurrió que, cuando mayor era la fiesta en Barcelona y más grande la alegría y la diversión, plugo a Dios que al señor rey Don Alfonso le aquejara la enfermedad por un landre que le salió en el muslo, junto a la ingle. Pese a ello el señor rey no se abstuvo de lancear a tablado ni de hacer armas, puesto que él era el más osado en estos juegos, como ningún otro haya en el mundo Y menospreciando aquel landre, le dio la fiebre, y durante diez días estuvo luchando contra la calentura, que cualquier otro hombre ya se hubiese muerto.

174. Muerte de Alfonso II

Cuando sintióse tan fuertemente agravado en su enfermedad, hizo su testamento con mayor diligencia que nadie pudiese tener; y una o dos veces se lo hizo leer y examinar. Dejó su reino a su hermano el señor Don Jaime, rey de Sicilia; y legó su cuerpo a la orden de los Frailes Menores de Barcelona. Y así, con gran contrición por sus pecados, confesó muchas veces y recibió a nuestro salvador Jesuscristo y recibió la extremaunción. Y cuando hubo recibido todos los sacramentos de la santa Iglesia, se despidió de todos y se hizo dar la cruz y adoróla muy devotamente y, con llantos y lágrimas, cruzó los brazos con la cruz sobre su pecho, y elevando los ojos al cielo, dijo:

—En tus manos, Padre y Señor, encomiendo mi espíritu.

Y se santiguó y se bendijo a sí mismo y luego a todo su pueblo y a todos sus reinos, y con la cruz abrazada, diciendo muy santas oraciones, pasó de esta vida a la otra.

Si alguna vez se vio gran llanto, aquí fue, entre aquellos que habían perdido tan buen señor. Y tal como él lo había mandado, en gran procesión fue llevado a los Frailes Menores, y allí fue sepultado. ¡Dios, por su gracia, tenga su alma! Y sin ninguna clase de dudas podemos creer que está con Dios en el paraíso, como corresponde a quien se marchó virgen de este mundo, pues jamás se juntó con mujer alguna, ya que era su deseo llegar virgen a su esposa y que después tampoco de otra mujer se ocupara[46].

175. Emisarios al rey de Sicilia

Don Jaime; y así se hizo, pues en cuanto el conde de Ampurias y los demás elegidos hubieron embarcado, fueron a Sicilia para traer al señor rey Don Jaime de Sicilia para ser señor y rey de Aragón y conde de Barcelona y del reino de Valencia. Entretanto los barones y los ricoshombres, caballeros, ciudadanos y hombres de villas ordenaron que el infante Don Pedro rigiera y gobernase los reinos y toda la tierra con el consejo que le fue dado, hasta que dicho señor rey Don Jaime llegase a Cataluña. Y el señor infante Don Pedro rigió y gobernó sabiamente los reinos como ningún señor más sabiamente pueda hacerlo.

Y cuando el conde de Ampurias y los demás que con él estaban hubieron embarcado, navegaron en forma que, con un viento o con otro, a remos y a vela, en poco tiempo tomaron tierra en Trápani y supieron que mi señora la reina y el señor infante Don Jaime y el señor infante Don Federico estaban en Mesina, y al instante pusieron rumbo a Mesina. Cuando estuvieron en Mesina, fueron, sin levantar estandartes ni entonar el laus, y se dirigieron a la Duquena. Cuando estuvieron ante la señora reina y el señor rey y el señor infante, el conde, llorando, contóles la muerte del rey Don Alfonso, y si alguna vez hubo duelos y llantos, aquí fueron. ¿Qué os diré? Dos días duró el duelo, grande y áspero, y al cabo de los dos días, el conde rogó a mi señora la reina y al señor rey que mandasen reunir al consejo general, y enseguida el señor rey convocó dicho consejo. Todo el mundo fue convocado a Santa María la Nueva, y el conde de Ampurias, en presencia de todos, hizo publicar el testamento del señor rey Don Pedro, en el cual vinculaba que si el rey Don Alfonso moría sin hijos recayera el reino de Aragón en dicho señor rey Don Jaime, al igual que Cataluña y el reino de Valencia, como antes habéis oído. Luego hizo público el testamento del señor rey Don Alfonso, que asimismo dejaba todos los reinos a dicho señor rey Don Jaime, hermano suyo, rey de Sicilia.

Cuando los testamentos se hubieron leído, el conde y los otros mensajeros que habían venido requirieron a dicho señor rey Don Jaime para que se sirviera pensar en ir a Cataluña y recibir sus reinos, y el señor rey Don Jaime contestó que estaba dispuesto a ir, pero que primero ordenaría la isla de Sicilia y toda la Calabria y toda la demás tierra, decidiendo en qué forma debían quedar, y después ya pensaría en ir, y la respuesta complació a todos. De inmediato el rey ordenó al almirante que armase treinta galeras, y el almirante en seguida abrió la tabla y puso a punto las antedichas treinta galeras, dispuestas para armar. Entre tanto, el señor rey ordenó por toda la Calabria y las otras tierras que los ricoshombres, caballeros y síndicos de ciudades y villas viniesen pronto a Mesina. Cuando estuvieron en Mesina, exhortóles y díjoles muy buenas palabras, y encomendóles a mi señora la reina, para que la guardasen como reina y señora, y asimismo les mandó que guardasen como cabeza principal y como si fuera su propia persona al infante Don Federico, y que hicieran cuanto él mandase y quisiera, tal como lo harían por él. Cada uno así lo prometió, y él los santiguó y bendijo a todos y se despidió de ellos, y aquéllos, llorando, le besaron el pie y las manos, y luego besaron las manos al señor infante Don Federico.

Cuando esto estuvo hecho, todos se despidieron y volvieron a sus casas con gran sentimiento por la marcha de su rey, pero con gran alegría por el acrecentamiento que le había recaído, y asimismo por el buen jefe que les había dejado, o séase, por el infante Don Federico.

176. Coronación en Zaragoza

Hecho esto, el señor rey Don Jaime se despidió de toda la universidad de Mesina y les dio el mismo mandato que había dado en Calabria; y después fuese a Palermo, donde igualmente hizo venir a todos los barones de Sicilia, y a los caballeros y síndicos de las ciudades y villas, y cuando estuvieron reunidos díjoles muy buenas palabras, igual a las que había dicho a los otros, y les dio el mismo mandato; y cuando esto estuvo hecho, se despidió de todos y se volvió a Trápani.

Entre tanto, el almirante había venido con las galeras, y mi señora la reina y el infante Don Federico también estaban allí, junto con todos los barones de Sicilia. Y aquí el señor rey se despidió de mi señora la reina, que le dio su bendición; y luego se despidió del señor infante Don Federico; le besó más de diez veces, como a quien amaba mucho, y esto por varias razones, eso es, a saber: porque era su hermano de padre y de madre, y la otra, porque el señor rey su padre se lo había encomendado, y él siempre le había obedecido, tal como un buen hijo debe hacerlo con un padre, y porque era muy caro a su corazón, y por esto le dejaba como gobernador y señor de todo el reino. Y se despidió de todos y embarcó, con la gracia de Dios, junto con el conde de Ampurias y los otros embajadores que estaban con él, y con el almirante, que no se separó de su lado Hiciéronse a la mar, y Dios les dio tan buen tiempo que en pocos días estuvieron en Cataluña.

Tomaron tierra en Barcelona, con la gracia de Dios; que bien fue gracia de Dios la que caía sobre sus pueblos cuando les vino el rey Don Jaime como rey y señor, pues desde aquel día entró la paz y la buena concordia en todos los reinos y tierras, pues el señor rey, igual que fue agraciado y venturoso en el reino de Sicilia, ha sido y es venturoso y lleno de todas las gracias en el reino de Aragón, y en toda Cataluña, y en el reino de Valencia, y en cuantos lugares le pertenecen.

Cuando hubo tomado tierra en Barcelona, no me hace falta decir la fiesta que le fue hecha; pero antes de que empezara la fiesta, él mandó que se reuniera todo el mundo en los Frailes Menores, y pagó su deuda, tanto en llanto como en misas y beneficios que mandó decir y hacer, sobre el cuerpo del señor rey Don Alfonso, su hermano. Cuando esto se hubo cumplido, en lo que transcurrieron cuatro días, la fiesta fue tan grande que parecía que se hundiera el mundo. La fiesta duró más de quince días; y una vez terminada salió de Barcelona y, pasando por Lérida, se fue a Zaragoza; y en cada sitio se celebraban grandes fiestas. Pero cuando salió de Barcelona, el primer sitio donde se dirigió fue a Santes Creus, y aquí igualmente pagó su deuda al cuerpo del señor rey su padre; y luego siguió su camino, como ya os dije, a Zaragoza. Allí la fiesta fue, sin comparación, la mayor de todas; y allí recibió la corona, en buena hora.

Después de las fiestas de la coronación viose con Don Alfonso de Castilla, que vino a encontrarle en Aragón; y el señor rey diole de lo suyo, y aquél le rogó que por favor no le desamparara, pues el hecho de que el rey Don Alfonso hubiese muerto era para él un verdadero desastre, ya que, si hubiese vivido un par de años más, le habría hecho rey y señor de Castilla, de modo que, si no recibía su ayuda, daba su caso por perdido. El señor rey le animó y le dijo que estuviera seguro de que él no le desampararía, sino que antes le procuraría todo el socorro que le fuese posible.

Cuando esto estuvo hecho, Don Alfonso se marchó muy alegre y satisfecho del señor rey, y se volvió a Castilla, a Seron y a los demás lugares que eran suyos.

177. Paz con el rey Sancho de Castilla

El señor rey fue visitando todo Aragón, y luego se vino a la ciudad de Valencia y siguió visitando este reino. Mientras iba visitando sus tierras, vinieron mensajeros muy honorables del rey Don Sancho de Castilla, primo hermano suyo, y saludaron muy reverencialmente a dicho señor rey Don Jaime de parte del rey Don Sancho de Castilla, e hiciéronle saber que le satisfacía mucho su llegada, y que le rogaba, como a primo muy querido, que quisiera hacer las paces con él, que estaba dispuesto a ayudarle y a valerle contra todos los hombres del mundo, y que el rey Don Alfonso le había combatido y le había puesto en peligro de que le quitaran sus reinos, pues quería darlos a sus sobrinos, que no le eran tan próximos parientes, cosa que mucho le había sorprendido, pues no creía que tuviera con él ninguna clase de deuda. De modo que le rogaba que no tuviera en cuenta lo que el rey Don Alfonso, su hermano, había hecho, sino que pensara en la gran obligación que entre ellos existía.

El señor rey de Aragón contestó muy cortésmente a los mensajeros, como correspondía al señor que ha sido y es, el más cortés y mejor educado en todo, como nunca ningún señor haya habido. Y les dijo que fuesen bien venidos, y luego añadió que el rey Don Sancho no debía sorprenderse de nada de lo que el rey Don Alfonso le hubiese hecho, pues el rey Don Alfonso, como buen hijo, quería vengar la gran falta que él había cometido contra el señor rey su padre.

—Y dígoos que en el mismo ánimo estábamos, pero que puesto que él pedía la paz, a nos place que la haya.

Los mensajeros respondieron:

—Sea, señor, con una condición: que se ofrece a haceros enmienda, de acuerdo con vuestro criterio, de todo cuanto hubiese podido faltar a vuestro padre, y que la enmienda sea aquella que vos acordéis, así como si queréis que os dé ciudades

o castillos, o villas, o lugares, y que os rinda todos aquellos honores que vos entendáis que os son debidos.

El señor rey contestó que, puesto que tan claramente lo exponía, él se deba por satisfecho, y que él no quería ni castillos ni villas ni otros lugares, pues, gracias a Dios, él tenía tales reinos y tan buenos que no sentía ansias de obtener más lugares, sino que le bastaba que él se arrepintiera de lo que había hecho; pero que lo que él quería que hiciera es que diese parte de la tierra de Castilla a aquellos dos infantes sobrinos suyos, o sea a Don Alfonso y Don Fernando, pues él por nada les dejaría desamparados. Y los mensajeros dijeron que, contando con estas bases, ellos partirían.

Volviéronse, pues, al rey de Castilla y le contaron lo que el señor rey les había dicho, y le aseguraron de la gran bondad y buen juicio que en él había. El rey de Castilla se mostró muy satisfecho y les ordenó que volvieran y le comunicaran que él estaba dispuesto a hacer lo que él dispusiera. ¿Qué os podría decir? Que tantas veces fueron y vinieron los mensajeros que la paz fue otorgada por cada una de las partes, pues Don Alfonso y Don Fernando de Castilla querían estar en paz con su tío el rey Don Sancho, y se daban por satisfechos con lo que el señor rey de Aragón hubiese pactado con el rey de Castilla que se les diera, y que renunciaban al reino.

Acordóse, pues, la entrevista entre el señor rey de Aragón y el rey de Castilla, y que se encontraron en Calatayud, que pertenece al rey de Aragón, y en Soria, que pertenece al rey de Castilla, y cada uno se esforzó en presentarse para la entrevista lo más honrosamente posible.

Cuando el rey estuvo en Calatayud, con gran séquito de ricoshombres, prelados, caballeros y ciudadanos, supo que el rey de Castilla estaba en Soria y que se había traído a la reina y al infante Don Juan, su hermano, y muchos otros ricoshombres.

El señor rey de Aragón, cuando supo que la reina estaba en Soria, por cortesía y para hacer honor a la reina, quiso ir a Soria antes de que viniesen a Calatayud, y fue a Soria. El rey de Castilla, cuando supo que él venía, salióle al paso a más de cuatro leguas, y allí fue acogido el señor rey de Aragón con muy gran honor, al igual que todas sus gentes, que mientras estuvieron en Soria no hubo más que fiesta y alegría.

Cuando la fiesta terminó, el señor rey de Aragón quiso volverse, y rogó al rey de Castilla y a la reina que vinieran a Calatayud, donde el señor rey atendió a todo lo necesario para el rey de Castilla y la reina y todos los que con ellos estaban desde el momento en que entraron en Aragón hasta que salieron para Castilla. Con toda seguridad puede decirse que cuantas cosas quisieron y cuantas se puedan nombrar, de todo hacía dar ración a todo el mundo el señor rey de Aragón tan abundantemente que no hubo nadie que se las pudiese comer, de modo que se podía ver, por las plazas, dar dos raciones de pan por un dinero, y un lechón, un cabrito, o un cordero, o gallinas, o avena, o pescado fresco, que en otro momento os costara dos sueldos, lo podíais obtener por seis dineros. De todo esto encontrabais las plazas llenas, de aquellos que lo vendían, de modo que todos los castellanos y gallegos y otras muchas gentes que había se maravillaban.

Un día comía el rey de Aragón en la posada del rey de Castilla con el rey y la reina, y al día siguiente comían ellos con él en su posada. La fiesta que se hacía todos los días era tan grande que verlo era cosa de maravilla. Estuvieron todos juntos en Calatayud durante trece días, y durante estos días se hicieron las paces y fueron firmadas entre ellos. También se hizo la paz entre el rey de Castilla y sus sobrinos, y se les dieron tantas tierras en Castilla que ellos se dieron por satisfechos y lo agradecieron (y podían agradecerlo) al señor rey de Aragón, ya que si no fuera por él, de otro modo nada hubiesen obtenido.

Así, transcurridos estos trece días en Calatayud con gran concordia y paz y amor, se marcharon; y el señor rey de Aragón acompañó al rey de Castilla y a mi señora la reina hasta que estuvieron fuera de Aragón. Y por todas partes el señor rey subvino a sus necesidades, como antes os he dicho, hasta que estuvieron fuera de sus reinos, en forma que ni un solo día pudo notarse que las raciones disminuyeran, sino que crecían y aumentaban todos los días. Cuando estuvieron en los límites de los reinos, se despidieron unos de los otros con gran concordia, amor y con la gracia que Dios les otorgaba. El señor rey de Castilla y mi señora la reina su esposa fuéronse satisfechos y alegres por la paz que habían hecho con el señor rey de Aragón, y también por la paz con sus sobrinos, de quienes habían tenido mucho miedo que les quitasen los reinos, como lo hubiesen hecho si el señor rey de Aragón lo hubiese querido; pero el señor rey de Aragón prefirió pactar entre ellos paz y amor por la gran obligación que existía entre ellos y con él mismo.

Y ahora dejaré de hablaros del rey de Castilla y volveré a hablaros del señor rey de Aragón y de Sicilia.

178. Pacificación de los reinos

Cuando el señor rey de Aragón se hubo separado del rey de Castilla, fue recorriendo y visitando todos sus reinos y tierras satisfecha y alegremente, de modo que, en poco tiempo, puso todas sus tierras en paz y concordia, pues desde que fue coronado rey de Aragón y Cataluña y del reino de Valencia ha tenido y tiene su tierra tanta paz y concordia que de día y de noche uno puede ir cargado de moneda, que no encontrará nadie que le cause daño ni molestia. Puso igualmente paz y concordia entre todos sus barones, que siempre solían batallar, y evitó que

hubiese banderías en la ciudad de Barcelona, ni en otras ciudades y villas. En Tortosa habían existido grandes bandosidades entre los Garidells, los Carbons y los Puig, y para poder castigarles, se avino con Don Guillermo de Moncada, que poseía la tercera parte, y con el Temple, que tenía otro tanto, y cuando ya la ciudad fue suya, terminó con dichas banderías, a unos de grado y a otros a la fuerza, de manera que ahora es una de las ciudades más tranquilas que existen en Cataluña. Y lo mismo se hizo en muchos otros lugares.

Ahora dejaré de hablaros del señor rey, que de este modo va ordenando sus reinos, y quiero daros cuenta de la tabla redonda y del gran honor que hizo Dios al almirante en Calatayud cuando estaban los reyes, que fue uno de los mayores honores de tabla redonda que jamás Dios hiciera a ningún ricohombre ni caballero.

179. Roger de Lauria en Calatayud

La verdad es que, cuando los reyes estuvieron en Calatayud, como antes habéis oído, los castellanos preguntaban:

—¿Quién es ese almirante del rey de Aragón, a quien Dios ha hecho tanto honor?

Se lo enseñaron, e iban tras él cien o doscientos caballeros y otras gentes, igual que a otros les siguen dos o tres, y no llegaban a saciarse de contemplarle. El almirante, en honor del rey de Castilla y de la reina, hizo anunciar que mantendría tabla redonda en Calatayud, y la mandó construir con su tela de justar y con un castillo de madera en uno de sus extremos, del que él saldría cuando apareciera un caballero. El primer día que hubo tabla, quería él solo mantener la tabla contra cualquiera que quisiese justar; y allí fueron el señor rey de Aragón, y el

rey de Castilla, y el infante Don Juan, hermano del rey de Castilla, y Don Juan, hijo del infante Don Manuel, y Don Diego de Biscalla, y otros barones de todas las tierras y reinos del rey de Castilla, y ricoshombres de Aragón y de Cataluña y del reino de Valencia, y también de Gascuña, tierra del rey de Inglaterra, y toda la demás gente que había venido a ver las juntas, y especialmente para ver qué haría aquel almirante del cual todo el mundo hablaba tanto. De modo que toda aquella llanura de Calatayud donde se hacía la tabla redonda, estaba tan llena de gente que apenas si cabían, hasta el punto que, si no fuera invierno, no hubiesen podido aguantar. Y en aquel momento llovió un poco.

Estando así los reyes y la gente, apareció un caballero de aventura muy bien arreado y de buen continente dispuesto a justar. Apenas lo vieron los del castillo, tocaron la trompeta y enseguida salió el almirante, igualmente bien arreado y tan gentilmente que parecía un muy aventajado cabañero. Si alguien me pregunta quién era el caballero de aventura, digo que era Don Berenguer Arnaldo de Alguera, de la ciudad de Murcia, que era muy valiente y osado y uno de los más apuestos cabalgadores de España y pertenecía al séquito del rey de Castilla, y era alto y soberbio y de buen talle. Lo mismo puedo deciros del almirante, que contaba entre los mejores cabalgadores del mundo y era uno de los más cumplidos caballeros del mundo.

¿Qué os diré? Los fieles, o guardadores del campo, trajeron dos astas muy gruesas a dicho Berenguer Arnaldo de Alguera, que cogió aquella que le plugo, y la otra la dieron al almirante; luego los fieles les pusieron a los dos en medio de la tela y dieron la señal a cada uno para que se moviesen. Y empezaron a moverse el uno contra el otro: y quien vio venir aquellos dos caballeros podrá decir que no eran caballeros, sino el rayo y la tempestad, pues jamás pudo haberlos que mejor se atacaran con todo lo suyo, ni más braviamente. Don Berenguer Arnaldo

de Alguera hirió al almirante en el cuarto delantero del escudo, de manera que el asta saltó hecha pedazos; y el almirante hirióle en el yelmo, con tan gran golpe delantero en la cara del yelmo, que éste le voló de la cabeza más de dos astas de lanza lejos y la lanza se rompió en más de cien piezas. Al herir en el yelmo, apretó tan fuerte contra la cara de dicho Don Berenguer Arnaldo que le magulló toda la nariz, de tal suerte que nunca jamás la tuvo derecha y, además, le corría tanta sangre por la cara y por las cejas que todo el mundo pensó que estaba muerto. Pero hizo tan buena caballería que, a pesar de haber recibido tan gran golpe, ni siquiera se desmayó. Tanto fue así que ambos reyes, que le conocían y le apreciaban mucho, tuvieron miedo que estuviese muerto viéndole tan cubierto de sangre, con la nariz rota y aplastada, y preguntáronle cómo se sentía, y él les dijo que bien y que no sentía ningún mal. Recogieron el yelmo del suelo y los reyes ordenaron que se levantara la tabla y que no querían que se justara más, por el temor de que degenerara en disputa. De modo que el almirante, con sus tropas y sus nácaras, volvióse a la posada armado, y toda la gente, tanto castellanos como los demás, iban tras él diciendo que bien digno era de que Dios le concediera tanta honra como en muchos lugares le había dado, pues era uno de los buenos caballeros del mundo. Y así quedóse con aquel honor y aquella fama que corrió por toda Castilla.

Aquí he de dejar estar al almirante y hablaré de los asuntos del señor rey de Aragón y de Sicilia.

180. El almirante en Sicilia

Cuando el señor rey de Aragón hubo arreglado sus asuntos con el rey de Castilla y ordenada toda su tierra, mandó al almi-

rante que se volviese a Sicilia y que estuviera cerca del infante Don Federico, y que en todo momento tuviese reparadas y a punto cincuenta galeras y que sólo faltara mandar subir a la gente si era necesario. Y que con el infante Don Federico fuese visitando todo Calabria y las demás tierras del reino y que gobernasen el país con la verdad y la justicia.

Tal como el señor rey lo mandaba, así se cumplió: el almirante salió para el reino de Valencia, visitando todas sus tierras, o sea sus villas y castillos, y luego vínose a Barcelona por mar, con todas aquellas galeras que quiso tomar en Valencia; y en Barcelona embarcó, después de despedirse aquí del señor rey, y fuese a Sicilia. Pasó por Mallorca y por Menorca y luego costeó la Berbería y se apoderó de naves y leños de los sarracenos y devastó villas y lugares; y con gran ganancia y alegría se volvió a Sicilia; y encontró en Palermo a mi señora la reina y al infante Don Federico, que le recibieron con gran gozo y alegría y él les dio las cartas que tenía del señor rey. Cuando vieron las cartas y supieron la paz que había hecho con el rey de Castilla, estuvieron muy satisfechos, y el almirante, con el infante Don Federico, fueron visitando las tierras por todo Sicilia y luego pasaron a Calabria e hicieron otro tanto.

Cuando estuvieron en Calabria, llególes un mensaje diciéndoles que Carlos Martel, el hijo mayor del rey Carlos, había pasado de esta vida a la otra, lo que causó gran duelo entre aquellos que le querían bien, puesto que era un buen señor. Quedó de Carlos Martel un hijo, que fue y sigue siendo rey de Hungría, y una hija, llamada Clemencia, que fue después reina de Francia; y el infante Don Federico hizo saber la muerte de Carlos Martel al señor rey de Aragón.

Ahora dejaré de hablar de ellos y volveré a hablar del rey Carlos.

181. Paz con Nápoles

Cuando el rey Carlos tuvo conocimiento de la muerte de su hijo, quedó muy apenado, y es natural que así fuera, puesto que era hombre muy bueno y valiente. Como era buen cristiano, entendió seguramente que ésta era una prueba que Dios le enviaba porque permitía que existiera la guerra entre él y la casa de Aragón, de modo que pensó en tratar por todos los medios en hacer la paz con el rey de Aragón y de Sicilia. Se dirigió al papa y díjole que le rogaba que en la forma que fuese tratase y ordenase que hubiese paz entre la santa Iglesia y la casa de Francia con el rey de Aragón, añadiendo que él, por su parte, pondría todos los medios para lograrla. Contestóle el papa diciéndole que le parecía bien y de buen juicio, pensando en el poder de Dios, y que era Dios quien había dado el poder al señor rey de Aragón, que hacía lo que quería en todo el mundo porque tenía a toda España bajo su mando, e igualmente contaría con el rey de Inglaterra, si quería, y además con todo el Languedoc, por lo que era necesario en todos los casos que el tratado de paz se hiciera.

Seguidamente el papa mandó llamar a micer Bonifacio de Calamandrana y ordenóle que se ocupara del asunto, y éste le contestó que lo haría con agrado. El papa dispuso, junto con el rey Carlos, que micer Bonifacio, junto con un cardenal, fuesen a ver al rey de Francia y que le rogase y aconsejara que hiciera la paz con la casa de Aragón, junto con el rey Carlos y que él, por parte de la santa Iglesia, haría cuanto ellos ordenaran. De modo que el rey Carlos, el cardenal y micer Bonifacio dejaron al papa y fueron al rey de Francia, que lo encontraron en París,

junto con su hermano monseñor Carlos, que se hacía llamar rey de Aragón.

Cuando hubieron hablado con el rey de Francia y con monseñor Carlos, su hermano, el rey de Francia contestó que mucho le complacía la paz, y que no ahorraría nada para lograrla. Pero monseñor Carlos contestó todo lo contrario, pues dijo que él no dejaría el reino de Aragón por nada, de manera que hubo gran controversia entre él y el rey Carlos. Por fin convinieron lo siguiente, que pareció bien al rey de Francia: el rey Carlos le dio todo el condado de Anjou, que él poseía en Francia, que es muy buen y honorable condado (como cada uno puede pensar cuando su padre, el rey Carlos, que era hijo del rey de Francia, nacido en la casa de Francia, lo tuvo por herencia); y monseñor Carlos dio al rey Carlos todos los derechos que tenía en el reino de Aragón, que le había sido dado por el papa Martín, para que el rey pudiese proceder según su voluntad. Así se cumplió y así se hizo, puesto que esto era lo que más dificultaba la paz Y que nadie diga que al rey Carlos poco le costó la paz que hizo con el señor rey de Aragón, como hemos oído, puesto que le costó el referido condado, que era cosa de gran precio.

Hecho esto, con pleno poder del rey de Francia y de monseñor Carlos, el rey Carlos, el cardenal y micer Bonifacio vinieron a Provenza, y desde Provenza enviaron a micer Bonifacio a Cataluña para que llevara al señor rey de Aragón este mensaje. ¿Qué podría deciros? Tanto fueron y vinieron unos y otros que se acabó en buena inteligencia y la paz fue otorgada por cada una de las partes. Y la fórmula de la paz fue ésta, en suma, que si todo lo quisiera contar habría que hacer un libro mayor que éste. La paz fue así pactada: el papa revocó la sentencia que el papa Martín había dado contra el rey de Aragón, y absolvió al rey de Aragón y a todos aquellos que habían sido y eran sus valedores de toda matanza de hombres y de todo cuanto hubiesen

tomado, en la forma que fuese, a sus enemigos, en la forma mejor que se pudiese entender; por otra parte, monseñor Carlos de Francia y el rey Carlos, de por sí, renunciaban a aquella donación que a él había sido hecha del reino de Aragón; por otra parte, que hubiese paz y concordia con el rey de Francia y sus valedores y el señor rey de Aragón y con la santa romana Iglesia, y con el rey Carlos, y además que el rey Carlos daba a su hija Blanca, que era la hija mayor que el rey Carlos tenía, como esposa al señor rey de Aragón, y el señor rey de Aragón renunciaba a todo el reino de Sicilia de esta manera: que si el papa le daba Cerdeña y Córcega en compensación, pero sin que se entendiera que entregaba el reino de Sicilia al rey Carlos ni a la Iglesia, sino que simplemente lo desamparaba y que, si quería, la Iglesia podía apoderarse de él, que a otra cosa no se obligaba el rey de Aragón; por otra parte, volvía al rey Carlos sus hijos, que tenía en prisión, junto con otros rehenes.

De esta forma comparecieron los mensajeros ante el señor rey de Aragón ofreciéndole esta paz, diciéndole que harían lo que más arriba queda dicho y que lo propusiera a su consejo, que más no podían hacer con esto el rey hizo reunir las cortes en Barcelona, y estando reunido el parlamento, murió el rey Sancho de Castilla, que dejó tres hijos: el primero, al que dejó el reino de Castilla, y que se llamaba Don Fernando; otro, Don Pedro; otro, llamado Don Felipe, y una hija[47]. Cuando el señor rey supo la muerte del rey de Castilla, lo sintió mucho y mandó hacerle funerales, como le correspondía[48].

182. Bodas del rey con Doña Blanca

Una vez congregada la corte, el señor rey celebró su consejo con sus barones, prelados y caballeros, ciudadanos y hombres

de villas, y, al final, la paz fue otorgada en la forma que antes habéis visto. Los mensajeros volvieron al rey Carlos y al cardenal, que se encontraban en Montpellier, y allí firmarían todas las paces, y, enseguida, todos juntos, con la infanta mi señora Blanca, que trajeron muy honrosamente acompañada, vinieron a Perpiñán; y cuando estuvieron en Perpiñán, el señor rey de Aragón y el infante Don Pedro con él y los señores principales de Cataluña y Aragón, pasaron a Gerona; y el señor rey mandó al noble Don Bernardo de Sarria, tesorero y consejero suyo, a Perpiñán con todos los poderes, para confirmar la paz y el matrimonio a que venía la doncella. Cuando dicho noble llegó a Perpiñán, fue bien acogido por el rey Carlos, y por el señor rey de Mallorca y por todos; y cuando hubo visto la doncella, túvose por muy complacido y enseguida firmó por el señor rey, tanto las paces como el matrimonio.

Cuando esto estuvo hecho, el señor rey de Aragón mandó a Siurana, y de allí trajeron a los hijos del rey Carlos y a todos los otros rehenes; y cuando estuvieron en Gerona, el señor rey, con ellos y con toda su caballería y con todas cuantas damas y doncellas honradas había en Cataluña, vínose a Figueras.

De la otra parte, el rey Carlos y el cardenal y la doncella y toda la demás gente con él, que con él venía, viniéronse a Peralada; y posó él y su comitiva, entre Peralada y Cabanes, en el monasterio de Sant Feliu. El señor rey mandó al rey Carlos sus hijos y todos los rehenes, y el señor infante Don Pedro acompañóles hasta que estuvieron con su padre. Y nunca se vio tanta alegría como la que hubo entre el rey y sus hijos, y todos y cada uno de los barones de Provenza y de Francia hicieron otro tanto con sus hijos que estaban en rehenes y recobraban; pero por encima de todos fue el gozo de mi señora Blanca cuando vio a sus hermanos, y el de éstos al verla a ella.

¿Qué os diré? Tanta gente había de una parte y de otra que Peralada y Cabanes, y Sant Feliu, y Figueras, y Vilabertrán, y el

Far, y Vilatenim, y Vila Sequer, y Castelló d'Empuries, y Vilanova, y toda aquella comarca estaba llena de gente. Y el señor rey hacía dar ración cumplida a todo el mundo de todas las cosas, tanto a los extranjeros como a los particulares.

Cundió entre ellos el solaz y la alegría, y el señor rey de Aragón fue a ver al rey Carlos y a la infanta su esposa; y le puso el señor rey la corona en la cabeza; y desde aquel momento en adelante fue llamada reina de Aragón. ¿Qué os diré? Grandes fueron las joyas que se dieron los de una parte a la otra, y fue ordenado que, con la gracia de Dios, oyeran misa en el monasterio de Vilabertrán y que celebrasen sus bodas; y el señor rey le mandó construir una casa de madera, la más bella que nunca fuera de madera construida, y el monasterio es un lugar muy honorable y bueno y muy hermoso.

Tal como fue ordenado fue cumplido; y en el monasterio de Vilabertrán estuvieron todos y hubo gran fiesta y gran alegría, por varios motivos. La primera razón, por el matrimonio que se celebró en buena hora, que bien puede decirse que jamás más hermosa pareja de marido y mujer había sido vista; pues del señor rey os puedo decir que es el más gracioso señor y el más cortés y el más educado y el más docto y mejor en armas que haya sido, y de los buenos cristianos del mundo; y de mi señora la reina Blanca se puede decir lo mismo, que fue la más hermosa dama y la más graciosa ante Dios y ante su pueblo, como jamás lo fuese reina alguna, y la mejor cristiana, pues era manantial de gracias y de toda bondad. Porque Dios les concedió sus dones, que nunca existió marido y mujer de ninguna condición que tanto se amasen, por lo que de ella pueden decirse las palabras que las gentes de Cataluña y Aragón y del reino de Valencia dijeron: que la llamaban «la santa reina Doña Blanca de la santa paz», ya que paz santa y buena fortuna llegó por ella a toda la tierra. Y, como más adelante veréis, de ellos

nacieron muchos hijos e hijas, que todos fueron buenos ante Dios y ante el mundo.

Celebrado el matrimonio, la fiesta duró más de ocho días, durante los cuales permanecieron todos juntos. Después se despidieron unos de otros, y el rey Carlos, con sus hijos, volviéronse. Cuando estuvo en el collado de Panissars, el rey de Mallorca salióle al encuentro, y fuéronse al Való, y desde el Való a Perpiñán; y el señor rey de Mallorca túvolos allí más de ocho días. Y durante aquellos ocho días se trabó tanta intimidad entre monseñor Luis, hijo del rey Carlos, y el infante Don Jaime, hijo mayor del señor rey de Mallorca, que se dice que entre ellos se prometieron que lo que hiciera el uno el otro también lo haría, de modo que acordaron renunciar a los reinos que les deberían pertenecer y que entrasen en la orden de mi señor San Francisco De modo que, al poco tiempo, ingresó monseñor Luis, hijo del rey Carlos, y renunció al reino, y fue luego obispo de Tolosa, mal de su agrado, y después de muerto fue canonizado por el Papa por los muchos milagros que Dios hizo por su intermedio, en su vida y en su muerte, y hoy tiene altares en toda la cristiandad y tiene su fiesta. Del mismo modo, el infante Don Jaime, hijo del señor rey de Mallorca, que era el mayor y debía reinar, se hizo fraile menor y renunció al reino, y cuando haya pasado de esta vida a la otra, igualmente se cree que será santo en el paraíso. Que quien más hace por Dios, mayor mérito parece que deba esperar, y quien abandona un reino de este mundo por Dios, parece que el reino celestial debe tener por recompensa, de modo que siga su vida hasta el fin diciendo y haciendo bienes.

Ahora dejaré estar estos dos señores, frailes menores santos y benignos, y volveré a hablaros del rey Carlos, que se separó del rey de Mallorca y se volvió a sus tierras con sus hijos. Del mismo modo el señor rey de Aragón, con mi señora la reina, fuese a Gerona, y de Gerona a Barcelona, y luego por todos sus

reinos. Y la gloria y el gozo que había en cada lugar que visitaban no hace falta que os lo cuente, pues ya podéis pensarlo; pues quienes habían alcanzado la paz y habían recobrado los sacramentos de la santa Iglesia, así como la misa y todos los demás oficios, de los que aquellas gentes estaban muy deseosos, ¡ya podéis imaginar el gozo y la alegría que debían sentir!

183. Boda del infante Don Pedro

Mientras el rey iba solazándose con mi señora la reina por sus reinos, el señor infante Don Pedro no se separaba de mi señora la reina; de manera que mi señora la reina rogó al señor rey diciéndole que debía procurar el mayor honor para su hermano el infante Don Pedro y que, para ello, le dotase para que pudiese tener casa honrada y asimismo que le buscase esposa según le correspondía El señor rey, obediente a sus ruegos, le heredó muy dignamente y le buscó esposa, entre las honradas doncellas que no fuese hija de rey y que estuviese en España, y ésta fue mi señora Guillerma de Moncada, hija de Don Gastón de Bierne, con grandes riquezas, pues sólo en Cataluña tenía muy buenos castillos y villas y lugares y trescientos caballeros. Las bodas fueron muy buenas y honorables y estuvieron en ellas el señor rey y mi señora la reina. Y el infante Don Pedro y mi señora Doña Guillermina de Moncada fuéronse solazándose por los reinos.

184. Abandono de Sicilia

El señor rey de Aragón mandó mensajeros a Sicilia para Don Ramón Alemany, que era maestro justiciero, y a Vilara-

gut, que era maestro portuario, y luego a todos los demás, para que abandonasen castillos y villas y ciudades que estaban en Sicilia y en Calabria y por las otras partes del reino, y que se abstuviesen de entregar castillo alguno a ninguna persona, sino que, una vez desamparado el castillo, gritasen en la puerta, con las llaves en la mano:

—¿Hay algún hombre que de parte del santo padre apostólico quiera recibir este castillo de parte suya y de la santa Iglesia?

Y que esto lo gritasen por tres veces, y si dentro de aquellas tres veces no aparecía nadie que quisiera tomarlo o recibirlo, que dejase las puertas abiertas, y las llaves en los cerrojos, y se fueran.

Y así se cumplió y se hizo, sin que ningún hombre del santo padre ni de la santa romana Iglesia compareciera. Y de este modo se marchaban, y cuando se habían ido, las gentes del lugar se apoderaban, de parte del infante Don Federico, de cada castillo o lugar.

De este modo, Don Ramón Alemany y Don Berenguer Vilaragut y todos los otros que allí estaban puestos por el rey de Aragón abandonaron toda Sicilia, y embarcaron en naves y galeras y viniéronse a Cataluña, al señor rey, que les acogió muy bien, y dio a cada uno compensación por todo lo que hubiesen desamparado en Sicilia que fuese suyo[49].

De este modo el señor rey dejó cumplidas todas las convenciones de la paz, de modo que en nada incurrió en falta, de todo lo cual la santa Iglesia y el papa se dieron por pagados y satisfechos.

Y así he de dejaros de hablar del señor rey de Aragón y volveré a hablaros del señor infante don Federico, su hermano.

185. El infante Federico, rey de Sicilia

Cuando el señor infante Don Federico y el almirante, que no se separaba de él, y los otros barones y caballeros y ciudadanos y hombres de villas de Sicilia y de Calabria supieron que el señor rey de Aragón les había desamparado, dijeron al señor infante Don Federico que quisiera amparar la tierra, ya que todo el reino de Sicilia estaba vinculado a él, por el testamento del señor rey Don Pedro, su padre.

—Y si el señor rey Don Jaime lo ha desamparado, también ha desamparado el derecho que él tenía; pero el derecho que tenéis vos, señor, no es él quién, para abandonarlo, ni creemos que le duela que vos lo amparéis, pues a él le basta con cumplir lo que ha prometido para hacer las paces.

¿Qué os diré? Tal fue el unánime acuerdo, y los doctos y legistas opinaron que, en justicia, él podía amparar aquello que el señor rey su padre le había dejado por vínculo. Así se comunicó por todo Sicilia y Calabria y demás lugares de los reinos, y se apoderó de los castillos, villas y ciudades y demás lugares, y al propio tiempo señaló día a todos los caballeros y síndicos de ciudades y villas para que estuviesen en fecha fija en Palermo, donde él pensaba coronarse rey, y quería que todos como tal le jurasen.

El día que les fue indicado estuvieron todos, y allí se reunieron gran número de catalanes y aragoneses y latinos y calabreses y de los demás lugares del reino; y cuando estuvieron reunidos en palacio, o sea en la Sala Verde de la ciudad de Palermo, el almirante habló, y les dijo muy certeras palabras adecuadas a la ocasión que se les presentaba. Entre otras cosas que les dijo, demostróles que su señor era aquel tercer Federico que los profetas habían anunciado que tenía que venir y ser rey del

Imperio y de la mayor parte del mundo. Y las razones eran éstas: que era cierto que él era el tercer hijo que el señor rey Don Pedro tenía y que, por otra parte, él era el tercer Federico que había ejercido señoría sobre Sicilia; y además sería el tercer Federico que fuera emperador de Alemania.

Por lo que, de pleno derecho, podían llamarle Federico tercero, rey de Sicilia y de todo el reino.

Después de lo cual todos se levantaron, y gritaron:

—¡Dios dé vida a nuestro señor el rey Federico tercero, señor de Sicilia y de todo el reino!

Enseguida se levantaron todos los barones y le rindieron juramento y homenaje, y luego todos los caballeros y ciudadanos y hombres de las villas.

Cuando esto estuvo hecho, con gran solemnidad, tal como se acostumbra, fuéronse a la seo de la ciudad, y con gran bendición recibió la corona. Y así, con la corona en la cabeza, el pomo en la mano izquierda y el cetro en la derecha y con vestiduras reales, fuese cabalgando desde la iglesia mayor de Palermo a palacio, entre los mayores festejos y solaces que nunca se hicieran en ninguna coronación de ningún rey que en el mundo haya. Cuando estuvieron en palacio, fueron preparados los manjares, y todo el mundo comió.

¿Qué os diré? Quince días duró la fiesta, y nadie en Palermo hizo otra cosa que solazarse y bailar y cantar y hacer juegos de diferentes maneras. A toda hora estaban puestas las mesas en palacio para todo aquel que comer quisiera. Cuando todo hubo pasado y cada uno hubo regresado a sus casas, el señor rey Federico tercero fue visitando toda Sicilia y luego por Calabria y por todos los otros lugares.

Mi señora la reina fue absuelta por el papa, al igual que todos los que formaban su séquito; de modo que todos los días oían misa, pues así tuvo que hacerlo el papa por acuerdo de paz

que el señor rey de Aragón hizo con él. En forma que mi señora la reina partió de Sicilia con diez galeras y se fue en peregrinación a Roma, y se despidió del señor rey de Sicilia, al que santigüó y bendijo y le dio su bendición, en la forma que una madre puede darla a su hijo; y cuando estuvo en Roma, el papa la recibió con mucho honor y le concedió todo cuanto ella le pidió. Y estuvo allí, y todos los días iba a ganar las indulgencias, ya que aquella señora era la mejor cristiana que se conociera en el mundo en aquellos tiempos. Micer Juan de Prócida no se separaba de su lado, y estuvo tanto en Roma y ganó las indulgencias, hasta que el señor rey de Aragón vino a ver al papa para tratar de la paz entre el rey Carlos y el rey de Sicilia, su hermano, como más adelante oiréis, y ella se volvió a Cataluña.

Cuando estuvo en Cataluña, mi señora la reina fue mucho lo que hizo para bien del alma del señor rey Don Pedro y por la suya, y creó muchos monasterios y muchos otros beneficios. En Barcelona acabó sus días y dejó su cuerpo a la casa de los Frailes Menores, con su hijo el rey Don Alfonso, y murió vestida de mínima, y seguro que todo el mundo puede creer que está con Dios en su gloria.

Ahora dejaré de hablar del rey de Sicilia y de mi señora la reina y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

186. Devolución de sus reinos a Jaime II de Mallorca

Cuando el señor rey de Aragón vio que había paz en todo el mundo, pensó que sería bueno que devolviera las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza al señor rey de Mallorca, su tío.

Como ya os he dicho, el señor rey de Aragón fue a ver al papa una vez que se hicieron las paces, y el papa y los cardenales

le hicieron mucho honor y también le fue hecho mucho honor en Genova y en Pisa; y esta vez no pudo concluir nada sobre la paz entre el rey Carlos y el rey de Sicilia su hermano, y se volvió a Cataluña, como ya os he dicho antes.

Más adelante el señor rey de Aragón mandó un mensaje al almirante en Sicilia, para que viniese a Cataluña; y el almirante vino de inmediato. No pasó mucho tiempo, y el señor rey partió con una gran escuadra de Cataluña para ir a ver al papa, para tratar de conseguir de un modo u otro la paz entre el señor rey de Sicilia y el rey Carlos. Cuando estuvo a punto, embarcó en Palamós y comunicó, al señor rey de Mallorca, su tío, que estuviera en Coblliure, que allí se entrevistaría con él; y el señor rey de Mallorca vino enseguida. De modo que el señor rey de Aragón partió de Palamós con ciento cinco galeras, y en las Paradas de Coblliure se vio con el señor rey de Mallorca, su tío, y en aquella reunión mucho se festejaron el uno al otro. El señor rey de Aragón devolvióle las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza y reafirmaron sus paces y su afecto, como de padre a hijo, lo que causó gran alegría entre todos aquellos que bien les querían; y el señor rey delegó en Don Ramón Folc y Don Bernardo de Sarria para que le entregasen las islas en su nombre, y así se hizo y se cumplió. Por mucho que el señor rey instó y trabajó para lograr la paz entre el rey Carlos, su suegro, y el rey de Sicilia, su hermano, nada pudo conseguir en aquel viaje, de modo que se volvió a Cataluña, de lo que las gentes tuvieron gran placer al ver que volvía sano y salvo, y mi señora la reina igualmente.

Y así he de dejar de hablaros de los hechos de Sicilia y de volver a hablaros del rey Don Fernando de Castilla, que, mal aconsejado, desafió al rey de Aragón cuando fueron hechas las paces con el rey Carlos, no hacía mucho tiempo. Dirán algunos:

—¿Cómo Muntaner trata tan sumariamente de estos hechos?

Si a mí me lo preguntaran, les diría que hay preguntas que no merecen respuesta.

187. Guerra con Castilla

Afectaron mucho el ánimo del señor rey de Aragón los desafíos que el rey de Castilla le había mandado y se sintió avergonzado de ellos, de manera que decidió hacer que se arrepintiera, y mandó al señor infante Don Pedro que se preparase con mil caballos armados y con cincuenta mil hombres de a pie y que entrasen hasta nueve jornadas en Castilla, por Aragón; y el señor rey entraría por el reino de Murcia, igualmente con gran poder.

¿Para qué os diría más? Tal como el señor rey lo dispuso, así se cumplió: que el señor infante Don Pedro entró con mil hombres a caballo armados, entre catalanes y aragoneses, en Castilla, y con más de cincuenta mil almogávares; y entró cumplidamente nueve jornadas en Castilla y sitió la ciudad de León, donde emplazó sus trabucos.

Ahora dejaré de hablaros del señor infante, que tiene sitiada la ciudad de León, y volveré a hablaros del señor rey de Aragón, que entró por el reino de Murcia, con grandes fuerzas, por mar y por tierra.

188. Sigue la guerra con Castilla

El primer lugar del reino de Murcia que atacó el señor rey fue Alicante, y combatió la ciudad y la tomó; y luego subió al castillo, que es uno de los mejores del mundo, y pensó combatirlo tan fuertemente que subió por la montaña el señor rey en persona, acompañado de muchos caballeros de a pie, y llegó hasta la puerta del castillo. Algo alejado de la puerta había un lienzo de muro derrocado, y por aquel lugar, a fuerza de armas, invadieron el castillo. Y podéis estar seguros de que el señor rey en persona hubiese sido el primero en entrar si no fuera por un caballero de Cataluña, bueno y experto, llamado Don Berenguer de Puigmoltó, que tiró del señor rey, y gritó:

—¡Ah, señor! ¿Esto qué es? Dejadnos entrar primero.

Pero el señor rey ni le escuchó y siguió adelante; y dicho Don Berenguer de Puigmoltó saltó hacia adelante junto con otro caballero. Los de adentro se defendieron aquí, de modo que es cosa cierta que aquellos dos caballeros hubiesen muerto si no fuera por el señor rey, que con la espada en la mano y abrazado al escudo dio un salto hacia dentro, de manera que él fue el tercero en entrar.

Cuando el señor rey estuvo dentro y Don Berenguer de Puigmoltó y el otro caballero vieron al señor rey tan cerca, pensaron esforzarse, y el señor rey se puso delante el escudo, y un caballero que estaba dentro, compañero de Don Nicolás Peris (que era el alcaide del castillo), que era alto y valiente, arrojó una azcona montera que tenía en la mano al señor rey, y diole tal golpe en el cuarto superior del escudo que lo pasó más de medio palmo adentro. El señor rey, que era joven y de buen talante, saltó adelante, y de tal modo le dio en medio de la cabeza con la espada, que el capuchón de malla que llevaba no le valió de nada, pues hasta los dientes le rajó; después arrancó la espada de su cabeza e hirió a otro, cuyo brazo, con todo el hombro, rodó por tierra. ¿Qué os diré? El señor rey, por su mano, despachó a cinco en aquel lugar.

Entretanto, las gentes acudían y entraban por aquel portillo, y Don Berenguer de Puigmoltó no se separaba del señor rey, y como él, hacía armas que era una maravilla. ¿Qué os diré? Que con la mucha caballería que entró después del señor rey, éste se fue a la puerta del castillo, donde estaba Don Nicolás Peris, el alcaide, con la espada en la mano derecha y las llaves del castillo en la izquierda, y allí se defendía; pero de poco le valió su defensa, pues quedó despedazado. Y de este modo fue tomado el castillo, que es de los mejores del mundo. Cuando el castillo fue tomado, el señor rey ordenó que el alcaide no fuese enterrado en el cementerio, sino que lo consideró como un malvado y ordenó que su cuerpo fuese echado a los perros. De modo que, señores que oís este libro, guardaos en verdad cuando amparéis un castillo de un señor, pues la primera cosa que debe tener en su ánimo es que le salve el castillo a su señor, y la otra que pueda salir de él con honor para sí y su linaje. Y no se hacen a este ánimo muchos de los que ahora reciben castillos, sino que lo primero que piensan es:

—Tanto gano como guarda del castillo, y por tanto encontraré un escudero que me lo guarde, y algo me sobrará cada año.

Aquellos que así reflexionan se forman una idea de loco, puesto que son muchos los caballeros y otros buenos hombres que han muerto y desaparecido, y que además sus señores les han considerado como traidores. Pues este caballero, alcaide de Alicante, llamado Nicolás Peris, murió allí, y lo defendió mientras quedó vida a él y a los que con él estaban; pero por el hecho de que no tenía allí tanta gente como tener debía y estaba a sueldo del rey de Castilla, y no había empleado en su empeño cuanto cada año recibía del rey de Castilla, por cada una de estas cosas fue tenido como traidor. Por esto os digo que uno de los grandes peligros de este mundo es tener un castillo por cuenta de un señor, por muy grande paz que haya, ya que un

día, o una noche, ocurre aquello que uno jamás imagina que pueda ocurrir.

Cuando el señor rey hubo tomado el castillo, encomendólo a Don Berenguer de Puigmoltó, e hizo bien, pues muy bien le había servido. Luego fuese a la villa, y Don Ramón Sacoma, y Don Jaime Bernat, y Don Saverdum, que eran las personas principales de Alicante, junto con todas las demás, hicieron juramento y rindieron homenaje al señor rey, y fueron hacia él saliéndose de la villa cuando vieron que el castillo estaba perdido y comprendieron que no podían resistir dentro de la villa, que es bien seguro que, si no hubiesen tomado el castillo, jamás se hubiesen rendido al señor rey. Por lo que ni Dios, ni el rey de Castilla, ni nadie en el mundo les puede acusar; de modo que cuando el rey de Castilla lo supo, les estimó buenos y leales y tuvo por traidor a Don Nicolás Peris, tal como había hecho el señor rey de Aragón, pues comprendió que éste se había portado como buen y caballeroso señor al darlo como traidor.

Cuando el señor rey hubo ordenado Alicante, fuese a Elche y le puso sitio, trayendo sus trabucos.

Mientras el sitio se mantenía, dominó todo el valle de Elda y de Novelda, y Nampot, Aspe, Petrer y la Mola. Y conquistó Crevillente, pues el arraiz de Crevillente se le presentó y se hizo su vasallo. Y luego conquistó Favanella, Callosa y Guardamar. ¿Qué os diré? Tanto tuvo sitiada Elche que la consiguió y se le rindió. Luego conquistó Orihuela y su castillo, que se le rindió Pero Rois de Sant Cebriá, que era su alcaide, cuando vio que la villa de Orihuela se había rendido; e hizo muy bien rindiéndole el castillo sin ser ni siquiera atacado, pues es un castillo fuerte y de los mejores de España, de modo que podéis comprender que aquel caballero se portó con gran bondad y cortesía cuando de este modo rindió el castillo al señor rey. Consiguió luego el castillo de Muntagut, y la ciudad de Mur-

cia, y Cartagena, y Lorca, y Molina, y muchos otros lugares, los cuales es verdad que la mayor parte pertenecían y debían ser con justo título de dicho señor rey, según ya antes pudisteis entender, en los tiempos de la conquista del reino de Murcia.

Y cuando el señor rey hubo conseguido la ciudad de Murcia y la mayor parte del reino, estableció la tierra y dejó como procurador al noble Don Jaime Pedro, su hermano, con mucha caballería, y vínose al reino de Valencia.

189. Muerte del infante Don Pedro

De regreso a Valencia le llegó la noticia de que su hermano, el infante Don Pedro, había muerto de enfermedad en el sitio de León, como asimismo Don Guillermo de Anglesola. Dicho señor infante cumplió perfectamente, como correspondía a un buen cristiano, y tomó todos los sacramentos de la santa Iglesia con mucha devoción, como cristiano limpio y puro que era, que nunca conoció otra mujer carnalmente que mi señora Guillerma de Moncada, su esposa. Y cuando pasó a mejor vida, tuvo un buen fin, como pueda tenerlo el mejor cristiano del mundo; y rogó a todos que no se hicieran para él duelos mientras la hueste no estuviese de vuelta a Aragón con su cuerpo, y que a sus pies fuese enterrado dicho Don Guillermo de Anglesola, como correspondía a quien en muerte y en vida le había guardado tan fiel compañía. Cuando estuvieron en Aragón y el señor rey lo supo, se disgustó mucho por su muerte y mandó que se le rindiera el honor debido, como todo buen señor debe hacerlo por su bueno y amado hermano, y la verdad es que dicho señor infante fue muy llorado por todas las gentes. Que Dios, en su misericordia, haya su alma, tal como todo señor justo, recto y bueno es merecedor.

Ahora dejaré de hablar del señor rey de Aragón y volveré a hablar de los hechos de Sicilia.

190. El duque Roberto

Cuando el señor rey de Aragón fue por segunda vez a ver al papa y estuvo en Nápoles y en Sicilia, sin conseguir que se hiciera la paz entre su hermano, rey de Sicilia, y su suegro, el rey Carlos, el duque Roberto, hijo mayor del rey Carlos, permaneció en Sicilia, en la ciudad de Catania, que le habían entregado el señor Virgili y Don Napoleón, dos caballeros de Catania[50], que también le rindieron después Paternó y Ademó y otros lugares. La guerra seguía muy dura en Sicilia, ya que el duque tenía muchas fuerzas de caballería, que sumaban por lo menos tres mil caballos armados, y el rey de Sicilia no tenía más de un millar armados entre catalanes y aragoneses, y todos los días los del señor rey de Sicilia ganaban sobre aquéllos.

191. Batalla de Gagliano

Ocurrió que tres barones de Francia vinieron a Sicilia en ayuda del rey Carlos, para vengar la muerte de sus parientes, que habían muerto en la guerra de Sicilia en tiempos del señor rey Don Jaime. Estos tres barones traían consigo trescientos caballeros de Francia, todos escogidos, que eran los mejores de Francia, y que eran llamados los «caballeros de la muerte»; y vinieron a Catania con el ánimo y la voluntad que, fuese como fuese, tenían que combatir contra Don Guillermo Galcerán, conde de Catancer, y con Don Blasco de Alagó, que estaban de parte del señor rey de Sicilia. Y así lo juraron, de modo que,

cuando llegaron a Catania, todo el mundo les llamaba «los caballeros de la muerte», tal como ellos se habían puesto por nombre.

¿Qué os diré? Supieron un día que el conde Galcerán y Don Blasco estaban en un castillo de Sicilia llamado Gagliano, y los trescientos caballeros, con mucha gente arreada y otros que quisieron acompañarles, marcháronse a Gagliano. El conde Galcerán y Don Blasco, que habían venido a la llanura de Gagliano, lo supieron, y revistaron la gente que tenían, y se encontraron con que no tenían más de doscientos hombres a caballo y alrededor de unos trescientos de a pie, y acordaron, a pesar de todo, presentarles batalla. Al rayar el alba salieron de Gagliano en orden de batalla, sonando nácaras y trompas; y los caballeros de la muerte, al verlos, revisaron igualmente cuántos eran, y encontraron que en aquel momento eran más de quinientos hombres de a caballo y muchos de a pie, todo gente buena y de su propio país.

Cuando ambas hueste se vieron, los almogávares del conde Galcerán y de Don Blasco gritaron:

—¡Despierta, hierro! ¡Despierta!

Y todos a la vez golpearon las piedras con los hierros de las lanzas, hasta que cada uno lograba que saltara fuego, de modo que parecía que en todo el mundo hubiese luminarias, más aún porque era de madrugada. Los franceses que vieron esto, se maravillaron y preguntaron qué quería decir, y los caballeros que allí estaban y que ya se habían encontrado con los almogávares en Calabria en otros hechos de armas les explicaron que se trataba de una costumbre suya, que siempre que entraban en batalla despertaban los hierros de las lanzas; de manera que dijo el conde de Brenda, que era uno de los condes de Francia:

—¡Dios mío! ¿Esto qué será? Nos hemos encontrado con los demonios, que quienes despiertan al hierro parece que han de

herir en el corazón, y me parece que ya hemos topado con lo que íbamos buscando.

Y entonces persignóse y encomendóse a Dios, y en orden de batalla arremetieron unos contra otros.

El conde Galcerán y Don Blasco no quisieron disponer vanguardia ni retaguardia, sino que todos juntos, la caballería por el lado izquierdo y lo almogávares a la derecha, atacaron la avanzada de aquéllos en forma tal que parecía que se hundiera el mundo. La batalla fue muy cruel, y los almogávares arremetían con sus dardos haciendo verdaderas diabluras, tanto que, al entrar sobre ellos, más de cien hombres a caballo o perdieron el caballo o murió el caballero. Luego rompieron las lanzas y empezaron a destripar caballos, moviéndose entre ellos como si se pasearan por un hermoso jardín. El conde Galcerán y Don Blasco se las emprendieron con las banderas francesas, que las echaron todas por el suelo. Entonces; sí que vierais hechos de armas y dar y recibir golpes, que antes, con tan poca gente, jamás hubo tan grande y tan cruel batalla; y esto duró hasta el mediodía, sin que nadie pudiese decir quién llevaba la mejor parte, sino tan sólo por las banderas de los franceses, que fueron todas abatidas, excepto la del conde de Brenda, que llevaba él mismo cuando fue muerto su abanderado y la entregó a otro caballero.

Cuando los catalanes y aragoneses vieron que aquéllos se mantenían tan fuertes, corrió la consigna entre ellos y gritaron:

—¡Aragón! ¡Aragón!

Y este grito les enardeció a todos, y atacaron con tanta fuerza que aquello fue la mayor maravilla del mundo, de manera que de los caballeros franceses no quedaron más allá de ochenta. Entonces éstos se subieron a un cerro, y el conde Galcerán y Don Blasco arremetieron contra ellos. ¿Qué os diré? Bien puede decirse que se ganaron el nombre que se habían traído des-

de Francia, llamándose «los caballeros de la muerte», pues todos murieron: los trescientos completos y aun algunos que con ellos estaban, pues sólo escaparon cinco hombres de a caballo alforrados, que eran de Catania e iban con ellos como guías, y pudieron huir.

Cuando todos estuvieron muertos, las tropas del conde Galcerán y de Don Blasco levantaron el campo, y podéis decir que ganaron tanto que fueron ricos para siempre aquellos que estuvieron en la batalla. Y revisaron cuánta gente habían perdido, y encontraron que habían perdido cerca de veinticinco hombres de a caballo y treinta y cuatro hombres de a pie; así que, una vez levantado el campo, alegres y satisfechos entraron en Gagliano e hicieron curar a los heridos. La noticia llegó al señor rey de Sicilia, que estaba en Nicosia, y causó gran placer tanto a él como a los que con él estaban.

Cuatro días después de la batalla, el conde Galcerán y Don Blasco se corrieron a Paternó y Adernó e hicieron gran presa de franceses que habían venido de Catania al bosque a coger leña y hierba; y había más de doscientos caballeros que habían ido para guardar las acémilas, y todos murieron o fueron presos.

Así que, en aquella ocasión, hubo gran duelo en Catania por la muerte de los caballeros de la muerte y los otros, y asimismo sintieron gran dolor el rey Carlos y el papa, que cuando lo supo dijo:

—Pensábamos haber hecho algo y nada hemos hecho, que nos parece que Sicilia tanto la defenderá éste como lo hicieran su padre y su hermano, que por muy joven que sea demostrará a qué casa pertenece. De manera que si no lo cogemos por medios de paz, jamás sacaremos otra cosa que no sea daño.

192. Batalla de Falconara

En cuanto el rey Carlos supo todo esto, hizo preparar en Nápoles a su hijo el príncipe de Tarento, y entrególe mil doscientos caballeros entre franceses, provenzales y napolitanos, todos de gente buena; e hizo aparejar cincuenta galeras, todas abiertas por la popa, y embarcaron.

El rey Carlos mandó a su hijo el príncipe que sin excusa fuese directamente a la playa de cabo de Orlando, ya que eran suyos la Nogata y la Figuera y el cabo de Orlando, y el castillo de San Marco y Castelló y Francavila, de manera que era mejor que tomase tierra a salvo en su propia tierra que no que hiciera hueste en cualquier otro punto, pues allí contaría con mucha caballería del duque, que en seguida estaría con él, y además contaría con revituallamiento de los lugares que estaban de su parte, y que desde allí podría ir a Catania por tierras propias y que se mantenían fieles.

Seguramente el rey Carlos indicaba el mejor camino a quien quisiera obedecerle; pero la juventud a veces no está de acuerdo con la sensatez, sino que prefiere seguir su impulso. Por esto el príncipe embarcó en Nápoles con toda aquella gente, y después de despedirse de su padre, que le santiguó y bendijo y le amonestó para que obrase bien, a él y a todos los que con él estaban, y todos le besaron las manos, y embarcaron y cogieron la vía de Trápena.

Ved si recordaban bien lo que el rey les había dicho, que todos dijeron al príncipe:

—Señor, tomemos tierra lo más lejos que podamos del duque, y luego, con el estandarte en alto, nos iremos a Catania, destruyendo y quemando cuanto se nos ponga por delante, pues sería una vergüenza para vos y para nosotros que en seguida os mezclarais con el duque, y parecería que no os atrevéis a hacer nada por vos mismo.

Y así, el príncipe, creyendo este consejo y olvidando lo que el rey Carlos le había mandado, vínose a Trápani.

Cuando las velas pasaron por delante del cabo de Gall, las guardias vieron que llevaban rumbo a Trápani, y de inmediato mandaron un mensaje al rey de Sicilia, que se encontraba en Castrojoan; y allí se encontraba porque, como Castrojoan está en el centro de la isla, en seguida podría prestar socorro aquí o allá. Cuando supo que el príncipe seguía la vía de Trápani, mandó a sus barones por todo Sicilia que le esperasen a él en Calatafim, donde le encontrarían, y asimismo lo mandó a decir a Don Hugo de Ampurias, que se encontraba en Reggio, en Calabria.

Cuando cada uno hubo recibido el mensaje, pensaron en esperar al señor rey; pero el príncipe tuvo tan buen tiempo, que antes de que el señor rey tuviese reunida a toda su gente tomó tierra en las rocas de Trápani, entre Trápani y Marsara, y aquí desembarcó los caballos y a toda su gente. Y vínose a Trápani, y combatióla, y no pudo hacer nada, antes recibió mucho daño, de modo que levantó el sitio y fuéronse a Marsara. Y el señor rey salióle al frente con su gente, que eran más de setecientos caballos y cuatro mil almogávares; y estaban con el señor rey el conde Galcerán, y Don Blasco de Alagó, y Don Ramón de Moncada, y Don Berenguer de Entenza, y otros muchos y buenos caballeros.

Cuando las huestes se vieron, cada una se puso en orden de batalla; y el conde Galcerán, y Don Guillermo Ramón de Moncada, y Don Blasco de Alagó tomaron la delantera del señor rey de Sicilia, y situaron a los peones al lado derecho y la caballería a la izquierda. Y cuando los almogávares vieron que estaban a punto de atacar gritaron todos:

—¡Despierta, hierro!

Y todos dieron con los hierros de las lanzas contra las piedras, que parecía una gran luminaria, de lo que mucho se asustaron todos los de la hueste del príncipe cuando supieron la causa, como la supieron los antedichos caballeros de la muerte. Entonces, las banderas de las vanguardias de cada una de las partes se acercaron y se atacaron con tal fuerza, que aquello fue una gran maravilla.

Cuando la vanguardia del señor rey de Sicilia hubo atacado, el señor rey, que iba bien armado cabalgando un buen caballo y era casi un niño, joven, experto en armas y valeroso, no quiso esperar más, sino que se fue directamente allí donde vio la bandera del príncipe, y atacó tan vigorosamente que él en persona dio tal lanzada al abanderado del príncipe que echó por tierra a él y a la bandera.

Entonces vierais hacer armas al príncipe, que era igualmente alto y soberbio, y también casi un niño, y joven, y uno de los mejores caballeros del mundo, tanto, que era maravilloso lo que hacían el rey y él, cada uno con su propia persona.

¿Qué os diré? En la lucha que hubo cuando el príncipe quiso levantar la bandera se unieron, de una y otra parte, toda la buena caballería; y el señor rey no se apartaba de la lucha, sino que evitaba que la bandera del príncipe se alzara, y defendía la suya para que no pudiese caer. Y en esta lucha se enfrentaron el señor rey y el príncipe, y al reconocerse, cada uno se sintió satisfecho; y entonces vierais combatir a los dos cuerpo a cuerpo, pues de cada uno podría decirse que había encontrado digno compañero, que de tal modo se atacaban que cada uno destrozó sobre el otro todas las armas que llevaba. Al final el señor rey dio tal golpe con la maza sobre la cabeza del caballo del príncipe que el caballo perdió el sentido y cayó al suelo; tan pronto como el príncipe hubo caído, un caballero llamado Martín Peris de Eros descabalgó, pues conoció que era el príncipe, y quiso matarle, pero el rey dijo:

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Y el señor rey quiso descabalgar, y entonces Don Martín Peris de Eros gritó:

—¡Señor, no os apeéis, que lo guardaré que no muera, puesto que así lo queréis!

De modo que el señor rey puede decir que aquel día fue buen padrino para el príncipe, que gracias a Dios y a él quedó en salvo su vida. Dios quiera reconocer su mérito, bien que sea de justa razón que gentil sangre guarde siempre a su igual.

Cuando el príncipe reconoció que aquél era el rey, con quien tanto se había combatido, se le rindió; y el señor rey lo encomendó a dicho Martín Peris de Eros y a su hermano Pedro de Eros, y a Don García Eixemenis de Aibar. Y cuando lo hubo encomendado, siguió por el campo con la maza en la mano, acudiendo donde había mayor lucha, de modo que hizo tantas armas aquel día que todo el mundo pudo reconocer que era hijo del buen rey Don Pedro y nieto del buen rey Don Jaime.

¿Qué os diré? Así iba gozoso por el campo abatiendo caballeros y derrocando caballos, como hace el león entre las bestias.

En cuanto a los almogávares, os contaré el caso de uno de ellos que se llamaba Porcell, que después fue de mi compañía en Romanía, que con un cuchillo de corte dio tal cuchillada a un caballero francés que la canillera y la pierna cortó de golpe, y aún penetró más de medio palmo en la ijada del caballo. De los dardos no hace falta que hable, pues los hubo que atravesaban al caballero que herían por el escudo, pasando a la otra parte después de atravesar escudo y caballero.

Así fue como se ganó la batalla y cómo toda las gentes del príncipe rodaron por el suelo y fueron muertos o hechos prisioneros.

El señor rey, después de ganar la batalla, mandó a Trápani, y a Marsara, y a Calatafim, y a Calatamaure que todo el mundo trajera pan y vino, pues él quería estar todo el día en el campo y que su gente levantase el campo, y que fuese de todo el mundo todo lo que habían ganado, pues él sólo quería al príncipe y a todo señor de bandera que estuviese preso, y que los otros fuesen de quien los había ganado o preso. Así vino al campo un gran refresco, y todo el mundo bebió y comió a placer, y el mismo señor rey mandó poner sus tiendas, y allí comió, con todos los ricoshombres, y en una rica tienda también hizo descansar al príncipe, e hicieron venir a los médicos, que le curaron una gran herida de bordón que tenía en la cara y otras heridas, y preparáronle muy ricamente la comida, y mandó el señor rey que fuese bien curado.

Aquel día descansaron todos en las tiendas, en el campo, y las gentes levantaron el campo, que no hubo ninguno que no hubiese obtenido un sinfín de ganancias. Por la noche, el señor rey, con toda su hueste, alegres y satisfechos, y con el príncipe y los otros prisioneros, entraron en Trápani, y allí estuvieron cuatro días. Después el señor rey mandó que el príncipe fuese conducido al castillo de Cefalú, y que allí fuese bien guardado y bien curado; y a los otros prisioneros, ricoshombres, les hizo igualmente repartir por los castillos, y los encomendó a distintos caballeros. Tal como lo mandó así fue cumplido; que haciendo pocas jornadas el príncipe fue conducido a Cefalú, y allí quedó dispuesta una guardia como correspondía a tal señor. Y, cuando todo esto estuvo hecho, el señor rey y los caballeros, cada uno en su puesto, volviéronse a la frontera.

Y así he de dejar de hablaros de él y volveré a hablar del duque y del rey Carlos.

193. Ayuda de Francia y de la Iglesia al rey de Nápoles

Cuando el duque supo la prisión de su hermano y el desastre que había ocurrido, podéis pensar cómo quedó de disgustado; y el rey Carlos más que todos los demás. Todas las principales casas de Nápoles quedaron huérfanas de señor; y el mismo papa, cuando lo supo, quedó muy dolido, y si antes no dijo nada cuando conoció la muerte de los caballeros de la muerte, ahora habló por dos veces, pues dijo que daba por agotado el tesoro de San Pedro con este rey Federico, que no quería la paz. De manera que mandó un cardenal a Francia, con mensajeros del rey Carlos, que igualmente iban para rogar al rey de Francia para que mandase a su hermano, micer Carlos, a Sicilia en ayuda del duque; que si no lo hacía que se diese cuenta que el duque tenía que hacer de dos cosas una: o tenía que abandonar todo lo que tenía en Sicilia, o tenía que quedar prisionero o muerto; y que el papa se ofrecía a darle a micer Carlos, del tesoro de la Iglesia, aquel sueldo que a él pluguiera, y a todos los caballeros que trajera; y rogóle que, si podía, vinieran cinco mil caballeros con él, que él les abastecería de moneda.

A ese tenor fueron a Francia los mensajeros del rey Carlos y el cardenal, y expusieron los hechos ante el rey de Francia y los doce pares. Al fin acordaron que de ningún modo el rey Carlos fuese abandonado, ni sus hijos, por la casa de Francia, y que la vergüenza y el daño del rey Carlos más afectaba a la casa de Francia que a ninguna otra. Y os digo que fue bueno el consejo; porque si lo mismo hacían los otros reyes del mundo, que ayudasen a los que de sus casas habían salido, mejor les valdría y más temidos serían que no lo son cuando les desamparan. De modo que fue acordado que micer Carlos, en persona, viniese y

se proveyera de ricoshombres y de tantos caballeros como le pluguiera, que todo lo pagaría la Iglesia.

Micer Carlos emprendió gustoso el viaje, que, si quisiera, habría podido evitar, pues le bastaba con recordar que había aceptado la donación del reino de Aragón, contra el señor rey Don Pedro, su tío; de modo que emprender ahora el viaje contra el rey de Sicilia, que era su primo hermano, muy mal le debió parecer. Por tales faltas de sentido, cada uno puede ver cómo ocurren los hechos, pues desde hace cien años la casa de Francia no hace nada que redunde en su honor, antes les ha recaído un total deshonor; y así ocurre siempre con todos los que no van de acuerdo con la verdad y la justicia.

Ahora os dejaré de hablar de micer Carlos de Francia, que va buscando la gente que con él debe pasar a Sicilia, y he de volver a hablaros de un hombre valiente, de humilde condición, que, por su valentía, subió, en poco tiempo, a más que ningún otro hombre que antes hubiese nacido. Por esto quiero hablaros de él, en este caso, pues todas las hazañas que en adelante seguirán fueron muy maravillosas y de gran importancia, y todas son reputadas, y así debe ser, a la casa de Aragón. Y como, en parte, ésta es la causa por la cual me he decidido a hacer este libro, he de contaros las grandes maravillas que por él se realizaron y las grandes victorias que catalanes y aragoneses obtuvieron en Romanía, que allí fue su principio. De cuyas maravillas nadie podría contar la verdad como yo lo hago, pues estuve en Sicilia, durante su prosperidad, como procurador general suyo, e intervine en todos los más importantes asuntos que emprendió, por mar y por tierra, de modo que cada uno de vosotros debe creerme.

194. Roger de Flor

Lo cierto es que el emperador Federico tuvo un halconero que era de Alemania y se llamaba Ricardo de Flor[51] y era una excelente persona. Diole por esposa, en la ciudad de Brindisi, una doncella, hija de un hombre honrado de la ciudad, que era ricohombre; de modo que entre lo que le dio el emperador y lo que obtuvo por su esposa fue un muy ricohombre. De aquella esposa tuvo dos hijos, el mayor, que tuvo por nombre Jacóme de Flor, y el otro, el menor, que tuvo por nombre Roger de Flor. En el tiempo en que Conradino vino al reino, el mayor de éstos no tenía cuatro años, y el llamado Roger no tenía más de uno; y su padre, que era bueno en armas, quiso estar en la batalla de Conradino contra el rey Carlos, y en ella murió. Cuando el rey Carlos tuvo el reino, cogió todo lo que fuese de alguien que hubiese sido de la familia del emperador o del rey Manfredo, de manera que a estos muchachos y a su madre sólo les quedó lo que ella había aportado en dote, pues de todo lo demás fueron desheredados.

En aquellos tiempos las naves de las órdenes del Temple y del Hospital iban a parar a Brindisi, y allí venían también a invernar las de Pulla, que querían sacar del reino peregrinos o víveres, y las Ordenes tenían por todas partes grandes posesiones, tanto en Brindisi como en Pulla, como por todo el reino. De modo que las naves que invernaban en Brindisi cargaban por la primavera, para ir a Acre, llevando peregrinos, o aceite y vino y toda clase de grasas y trigo. Seguro que es el lugar mejor preparado para el pasaje a Ultramar de que pueda disponer ningún cristiano, y la tierra mejor colmada de toda suerte de dones, bastante cercana de Roma, y el mejor puerto del mundo, siendo la ciudad muy hermosa, pues sus casas bordean todo el puerto y penetran hasta el mar.

Tiempo más adelante, cuando este chico Roger tendría cerca de los veinte años, ocurrió que un prohombre del Temple, que era hermano sargento y se llamaba hermano Vassall, había na-

cido en Marsella y era comandante de una de las naves del Temple y buen marinero; y ocurrió que un invierno vino a invernar a Brindisi con la nave y la hizo lastrar para que la repararan. Y mientras hacía reparar la nave, aquel muchacho Rogeró iba por la nave y por la jarcia muy ligeramente, como si fuese un mono; y todos los días estaba con ellos, ya que el albergue de su madre estaba cerca de allí, donde la nave estaba lastrada. Aquel prohombre, el hermano Vassall, le encantaba tanto aquel muchacho Rogeró que lo quería tanto como a un hijo; y pidiólo a la madre y le dijo que, si se lo entregaba, pondría todo su esfuerzo para que fuese un buen hombre del Temple; y la madre, como le parecía un excelente sujeto, se lo entregó con agrado y él recibiólo. Y salió el más experto mozo de mar, que hacía maravillas encaramándose y en todos los ejercicios, tanto que cuando tuvo quince años era reputado como uno de los mejores marinos del mundo, tanto como persona como en cuestiones de marinería, de modo que aquel prohombre, hermano Vassall, le dejaba hacer en la nave todo cuanto quería.

El maestre del Temple, viéndole tan bueno y atrevido, diole el manto y le hizo hermano sargento del Temple; y al poco tiempo de haberle hecho hermano, el Temple compró a los genoveses la mejor nave que se hiciera en aquellos tiempos, y que tenía por nombre «El Halcón», y entrególa a ese hermano Roger de Flor. En esta nave navegó mucho tiempo, dando pruebas de su conocimiento y gran valor, tanto que cuando estaba en Acre, el Temple la apreciaba más que todas las otras naves que tenía, pues todas juntas no les servían tanto como esta sola, y había que admitir que este hermano Roger era el hombre más generoso que jamás haya nacido, que sólo podía ser comparado con un joven rey, pues todo cuanto ganaba lo daba y repartía a los honrados caballeros del Temple y a muchos amigos que se sabía ganar.

En aquel tiempo se perdió Acre, y él, que estaba en el puerto con la nave, sacó a muchas mujeres y doncellas, con gran tesoro y muy buena gente. Y luego, de allí mismo, llevó gente a Montpelegrin, de modo que en aquel viaje ganó una infinidad; y cuando desarmó, dio gran parte al maestre y a todos los que tenían poder en el Temple; y cuando hubo hecho esto, hubo envidiosos que le acusaron ante el maestre, diciendo que tenía un gran tesoro que le había quedado del negocio de Acre; de manera que el maestre se apoderó de cuanto botín encontró que fuera de él, y luego quiso apoderarse de su persona. Él lo supo, y abandonó la nave en el puerto de Marsella, y vínose a Génova, y aquí encontró a micer Tisino de Oria y otros amigos que se había sabido ganar, y les pidió tanto prestado que pudo comprarse una buena galera, que llevaba el nombre de «La Oliveta», y la armó muy bien.

Con la galera se vino a Catania para ver al duque, y ofrecérsele para la guerra, tanto con la galera como con las personas. El duque no le acogió bien, ni de hecho ni de palabra, y así pasaron tres días sin que pudiera obtener una buena contestación. Al cuarto día, compareció de nuevo ante él, y le dijo:

—Señor, veo que no os place que yo entre a vuestro servicio, de modo que quedad con Dios, que yo iré a buscar otro señor a quien le agrade.

El duque contestóle que se fuera en buena hora, y enseguida embarcó y se vino a Mesina, donde encontró al señor rey Federico, y compareció ante él y se le ofreció, como había hecho con el duque El señor rey acogióle muy amablemente, y le dio las gracias por el ofrecimiento, y enseguida lo hizo de su casa y le asignó ración buena y honrada. Él le rindió su homenaje, al igual que cuantos con él habían venido.

El hermano Roger, que vio la buena y honrada acogida que el señor rey le había hecho, se dio por muy satisfecho; y cuan-

do hubo estado ocho días con el señor rey y hubo refrescado a su gente, se despidió del señor rey y se dirigió hacia Polla; y apresó una nave cargada de víveres del rey Carlos, que iba a Catania para el duque, y metió gente de la galera en la nave y los de la nave en la galera y mandó la nave a Siracusa, pues se trataba de una nave de tres cubiertas cargada de trigo y otros víveres. Después apresó por lo menos diez taridas, igualmente cargadas de víveres que el rey Carlos remitía al duque; y con aquellas taridas él se vino a Siracusa, donde había gran necesidad de víveres; y con la misma galera llegó también al castillo de Agosta.

¿Qué os diré? Con aquella presa abasteció Siracusa y el castillo de Agosta y Lentini y todos los demás lugares que estaban del lado del señor rey, como era Vola y otros lugares. Y pensó en vender los víveres en un gran mercado de Siracusa y mandó también a Mesina; y con el dinero pagaba a los soldados que estaban en los castillos de Siracusa, y en la ciudad, y en Agosta y en Lentini y en otros lugares; de manera que a todos pagó, quien con dinero quien con víveres para seis meses; y de este modo lo abasteció todo. Cuando todo esto estuvo hecho, cobráronle todavía ganancias, pues había logrado más de ocho mil onzas; y vínose a Mesina, y mandó al señor rey mil onzas Carolinas y pagó a los soldados que estaban con el conde de Esquilaix en Reggio, y en Calana, y en la Mota, y en el castillo de Santa Ágata, y en Pie de Datil, y en la Amandolea y en Giraix, eso es, a saber, en dinero o en víveres y también para seis meses.

Luego armó cuatro galeras, además de la suya, que tomó de las atarazanas; y cuando hubo armado las galeras salió otra vez hacia Pulla y tomó en Otrento la nave de Don Berenguer Samuntada, de Barcelona, que iba cargada de trigo del rey Carlos (gran nave de tres cubiertas que el rey Carlos mandaba a Catania), y le puso tripulación y la mandó a Mesina, propor-

cionando gran abundancia a la ciudad con otras naves y leños que tomó y mandó igualmente cargadas de víveres, y que fueron más de treinta; de manera que era una infinidad lo que él ganaba, y el bien que hacía a Mesina y a Reggio y a toda la comarca, que fue algo muy grande.

Cuando hubo hecho todo esto compró unas cincuenta caballerías buenas, y cabalgó a escuderos catalanes y aragoneses que recibió en su compañía, y puso diez caballeros catalanes y aragoneses en su casa, y con mucho dinero fue allí donde el señor rey estaba, y lo encontró en Piazza; y allí le entregó más de mil onzas en dinero, y dio a Don Blasco y a Don Guillermo Galcerán y a Don Berenguer de Entenza, más que a nadie, y se les acercó con tanto afecto que se hicieron como hermanos y decidieron que todo cuanto hubiesen fuese común entre ellos.

¿Qué os diré? No hubo ricohombre ni caballero que no apreciase sus dotes. En todos los castillos donde llegaba pagaba a los soldados de seis meses, y así robusteció al señor rey y refrescó a su gente de tal forma que lograba que cada uno valiera por dos.

El señor rey, que vio su bondad, le hizo vicealmirante de Sicilia y le hizo de su consejo, y le dio el castillo de Trip y el castillo de la Licata y las rentas de Malta.

El hermano Roger, viendo cuánto honor el rey le había dispensado, dejóle su compañía de a caballo, y dejó como principales a dos caballeros, uno de los cuales se llamaba Don Berenguer de Montroig y el otro micer Roger de la Macina, y dejóles dinero para subvenirse. Y él se despidió del señor rey y vínose a Mesina, y armó cinco galeras y un leño, y pensó batir todo el Principado, y Playa Romana, y la ribera de Pisa, y de Génova, y de Provenza, y Cataluña, y España, y Berbería. Y todo cuanto encontraba de amigos y enemigos, que fuese moneda y buen botín que pudiese meter en las galeras, lo tomaba; y a los ami-

gos les daba carta de débito y les decía que cuando hubiese paz les pagaría; y de los enemigos tomaba también todo lo bueno que encontraba, y dejábales los leños y las personas, pues a ninguna persona hacía daño, de modo que todos se iban satisfechos. Fue tal que en aquel viaje ganó un sinfín de oro y plata, y buenas ropas, tanto como las galeras pudieron llevar; y así, con aquella ganancia, volvióse a Sicilia, donde todos los soldados, tanto de a caballo como de a pie, le esperaban como los judíos esperan al Mesías.

Cuando estuvo en Trápani oyó decir que el duque había atacado Mesina y la tenía sitiada por mar; vínose a Siracusa, y aquí desarmó. Pero si grande era la confianza con que le esperaban los soldados, no fue menos grande la forma como trató de socorrerles, pues a todos cuantos encontraba, ya fuese de a caballo como de a pie, como guardias de castillos y tanto en Sicilia como en Calabria, a todos pagó por seis meses, y por esto todos los soldados sentían tanta voluntad que cada uno valía por dos. Y luego mandó que viniera su compañía, e igualmente la pagó, y mandó al señor rey gran refresco de dinero, al igual que a todos los ricoshombres.

195. Sitio de Mesina

La verdad es que el duque supo que en Mesina no había muchos víveres y pensó que podría acosarla, para lo cual él, con su hueste, se fue a la Gatuna y dejó aquí la escuadra para que ningún leño ni barca pudiese entrar con trigo a Mesina ni a Reggio, de modo que así podía mantener dos sitios a un tiempo y rodear Mesina para que por tierra no le pudiese llegar socorro, puesto que estaban en su poder Millas, y Montforte, y Castelló, y Francavilla, y Jais y Catania. De modo que ordenó

las fronteras y dejó fuerzas en Catania, Paterno, Adernó, Tseró y en otros lugares, y se vino a Mesina con toda la escuadra, formada por más de cien galeras, y tomó tierra en Rocamadore. Luego vínose a Borgo, donde se hace el mercado, y lo destruyó y quemó; y se fue después a las atarazanas, y quemó dos galeras, y dejó las demás porque se defendieron.

¿Qué os diré? Todos los días nos daba una gran batalla, y bien puedo yo decirlo, puesto que estuve dentro del sitio desde el primer día hasta el último y tenía bajo mi condestablía desde la torre de Santa Clara hasta el palacio del señor rey; y seguramente pasábamos más apuros que en ningún otro sitio de la ciudad, porque ¿qué os diré?; nos daban mucho quehacer, tanto por tierra como por mar.

El señor rey de Sicilia mandó prevenir a Don Blasco y al conde Galcerán, y con setecientos hombres de a caballo, con el escudo a cuestas y dos mil almogávares, les mandó para que socorrieran Mesina; y ellos venían con el propósito de no entrar en Mesina hasta que se hubiesen combatido con el duque; y no creáis que dejaran de hacerlo, pues con tal ánimo venían. Cuando estuvieron en Trip, nos mandaron decir que por la mañana, al despuntar el alba, estarían en frente de Mesina, y que nosotros atacáramos por un lado a la hueste del duque, que ellos lo harían por el lado contrario.

De modo que nosotros nos preparamos muy contentos a salir por la mañana y atacar. Por la noche, el duque, que lo supo, mandó que todos se retiraran a Calabria, y no quedó ni uno, aparte algunas tiendas que no pudieron llevarse porque les alcanzó el día. Con el alba, Don Blasco y el conde, con toda la compañía en orden de batalla, subieron a la montaña para atacar Matagrifó; y los de la ciudad, cuando estuvieron preparados para salir y miraron, no encontraron a nadie, pues todos habían pasado a Calabria y a la Gatuna, donde se aposentaron.

Así Don Blasco y el conde Galcerán, con aquella compañía, entraron en Mesina, y quedaron muy disgustados al no encontrar batalla; tanto que Don Eixiverre de Josa, que llevaba la bandera del conde Galcerán, les mandó a la Gatuna un juglar con unas coplas, en las que les hacía saber que estaban preparados y que, si querían volver a Mesina, les dejarían tomar tierra a salvo, y después les combatirían. Pero nada de eso quisieron hacer, pues temían a estos dos ricoshombres más que a nadie en el mundo; y hacían bien, pues eran muy buenos caballeros y de gran valor, vencedores de muchas batallas.

196. Aprovisionamiento de Roger de Flor

Duró tanto el sitio que Mesina se vio en el caso de tener que ser abandonada por hambre, y aunque el señor rey entró dos veces y en cada una se trajo más de diez mil acémilas cargadas de trigo y harina y mucho ganado, esto no era nada, pues el trigo que viene por tierra poco monta, pues la caballería y la gente que les acompaña, cuando se vuelven, ya se han comido una gran parte. De modo que la ciudad estaba muy apurada.

Cuando supo esto el hermano Roger, tenía seis galeras en Siracusa, y compró cuatro que estaban entre Palermo y Trápani, que eran de los genoveses, y así se hizo con diez galeras. Cargólas en Xaca de trigo y vínose a Siracusa, en espera de que arreciara el viento de jaloque o del sur. Cuando llegó, la tempestad arreció tan fuerte que todo el mar parecía de sangre, y nadie se atreviera a intentarlo como no fuera tan buen marinero como él era, que puso vela a Siracusa, cuando hubo dado parte de la noche al descanso, y al alba del día estaba en Boca de Far; y en Boca de Far hizo la maravilla del mundo, pues nada aguanta cuando hay tempestad de jaloque o del sur, ya que

las corrientes son tan fuertes y el mar tan embravecido que nada puede resistir.

Él, con su galera por delante, pensó entrar con los arrimones y bastardos ferrados; y cuando las galeras del duque las vieron, todos empezaron a silbar y quisieron levar anclas y no pudieron; y de este modo las diez galeras del hermano Roger entraron en Mesina a salvo y seguras, pero no había ni un hombre que tuviese seco ni un hilo de su ropa.

En cuanto estuvo en Mesina, hizo pregonar el trigo a treinta tarines la salma, cuando a él le costaba a más de cuarenta con los gastos, y pudo venderlo a diez onzas la salma si hubiese querido.

Así Mesina quedó aprovisionada y, al día siguiente, el duque levantó el sitio y volvióse a Catania.

Esto os dará a entender que los señores del mundo no deben despreciar a nadie, pues ahí veis a este gentilhombre que tan buen servicio prestó al rey de Sicilia, que, por su cortesía, le dio buena acogida, y cuánto perjuicio causó al duque por la mala acogida que le hizo.

197. Sitio de Xaca

El levantamiento del sitio de Mesina causó gran gozo y alegría a toda Sicilia y a toda Calabria, al igual que al señor rey y a todos los barones. El rey Carlos y el papa estuvieron con gran recelo y con mucho miedo de que allí se perdiera el duque y cuantos con él estaban, e inmediatamente decidieron mandar apremiantes mensajes a micer Carlos para que decidiera venir, y éste vino a Nápoles trayendo más de cuatro mil caballeros pagados por el papa.

Cuando estuvo en Nápoles, pensó en armar las galeras que el duque le había mandado junto con otras que ya estaban en Nápoles y que el rey Carlos había hecho aparejar, y con leños y taridas vino a tomar tierra en Térmens; y de Térmens, el duque, con toda su hueste, vino a Catania, y allí hicieron una gran fiesta. Como buen comienzo, produjose en Térmens una reyerta entre latinos, provenzales y franceses, en la que murieron más de tres mil personas.

Partieron de Térmens y fueron a sitiar la villa de Xaca, que está en la costa exterior y que seguramente es la villa más débil y la menos fuerte de Sicilia; y estuvieron mucho tiempo atacándola con trabucos; y puedo aseguraros que si el rey de Aragón la sitiara, mucho habría de sentir si en un mes no la lograra de grado o a la fuerza: y ellos nada pudieron hacer.

Por donde más estrecho se mantenía el sitio, una noche entró por la costa un caballero de Peralada, llamado Don Simón de Vallgornera, con más de doscientos hombres de a caballo, entre catalanes y aragoneses, y muchos de a pie; y una vez estuvieron dentro del lugar se portaron de tal manera que poco se preocupaban del sitio, sino que les causaban mucho daño.

¿Qué os diré? El sitio duró tanto que micer Carlos y el duque perdieron todos cuantos caballos tenían, por enfermedad, y gran parte de la gente, de manera que, entre todos, no pudieron reunir más de quinientos hombres de a caballo.

198. Paz de Calatabellota

El señor rey Federico estaba con todo su poder a una legua de distancia en un lugar llamado Calatabellota; y allí estaban con él el conde Galcerán con su compañía y Don Hugo de Ampurias, el conde de Esquilaix, y Don Blasco, y Don Beren-

guer de Entenza, y Don Guillermo Ramón de Moncada, y Don Sancho de Aragón, hermano del señor rey; y el hermano Roger, y micer Mateo de Térmens, y micer Conrado Lanza, y muchos otros ricoshombres y caballeros que todos los días, a voz en grito, decían al señor rey:

—Señor, vayamos a Xaca y prendamos a micer Carlos y al duque, que es cosa segura que se puede hacer sin riesgo.

Y el señor rey decía:

—Barones, ¿no sabéis acaso que el rey de Francia es primo hermano nuestro y micer Carlos lo es igualmente? Entonces, ¿cómo podéis aconsejarme que vaya a prender a micer Carlos? Estamos seguros que está en nuestra mano; pero Dios no quiera que nos hagamos tal deshonor a la casa de Francia, ni a él, que es primo hermano nuestro, que si ahora está en contra nuestra, en otra ocasión, por ventura, estará con nosotros.

De manera que de ningún modo le podían convencer.

¿Qué os diré? Micer Carlos llegó a saberlo, y cuando lo supo, pensó y dijo:

—¡Ay, Dios! ¡Cuan dulce es la sangre de esta casa de Aragón! Que bien recuerdo que el rey Felipe mi hermano y yo hubiésemos muerto en Cataluña si el rey Pedro, nuestro tío, lo hubiese querido; y hubiese sido puesto en razón que lo quisiera, por lo que nosotros le estábamos haciendo.

Y asimismo me parece que el rey Federico, su hijo, se porta conmigo, pues estoy seguro de que en sus manos está el habernos muerto o hecho prisionero, y es por cortesía y por derecho de naturaleza que su corazón no puede sufrirlo. Y por esto fue grande el error de que yo viniera contra él, pues tal es la bondad suya y tal nuestra maldad, que es conveniente que parta de Sicilia en cuanto se haya hecho la paz entre él y la santa Iglesia y el rey Carlos.

Y la verdad es que todo estaba en su mano, pues tenía poderes del papa para que mucho o poco, tanto en la guerra como en la paz, cuanto hiciera sería confirmado por la santa Iglesia; y parecidos poderes tenía del rey Carlos.

Por lo que mandó, desde luego, sus mensajeros a Calatabellota, y pidió una entrevista con el señor rey, que se celebraría entre Calatabellota y Xaca. La entrevista fue acordada, y decidido el día de su celebración, fueron cada uno de ellos, y se abrazaron y besaron. Todo aquel día estuvieron los dos solos en parlamento; y después, por la noche, volviéronse cada uno a su lugar y dejaron las tiendas paradas para el día siguiente. Al día siguiente por la mañana ya estaban aquí.

¿Qué os diré? Los dos solos trataron de la paz, y después intervinieron el duque y aquellos que les plugo; y la paz fue hecha. El rey Carlos dejaba la isla al rey Federico, y le daba por esposa a su hija mi señora Leonor, que era y es todavía de las más inteligentes criaturas que en el mundo haya, aparte tan sólo mi señora Blanca, su hermana, reina de Aragón; y el señor rey le cedía cuanto tenía en Calabria y en todo el reino. Esto fue firmado por cada una de las partes, levantándose por tanto el entredicho de Sicilia, de lo que por todo el reino se tuvo el mayor gozo.

Enseguida se levantó el sitio de Xaca, y micer Carlos y sus gentes se fueron por tierra a Mesina, y en cada lugar fueron bien acogidos. El duque desamparó Catania y todos los demás lugares que tenía en Sicilia; y viniéronse todos a Mesina, y el señor rey hizo otro tanto. El señor rey hizo grandes honores a micer Carlos, e hizo venir al príncipe de Cefalú y lo devolvió a micer Carlos; y entonces se despidieron del señor rey, y fuéronse por Calabria, que el señor rey les devolvió.

Y al poco tiempo el rey Carlos mandó a mi señora la infanta, muy honorablemente, a Mesina, donde el señor rey la recibió

con gran solemnidad; y aquí, en Mesina, en la iglesia de mi señora Santa María la Nueva, el señor rey la tomó por esposa. Y aquel día se levantó el entredicho por toda la tierra, por un legado arzobispo que vino de parte del papa, y fueron perdonados a todo el mundo todos los pecados que en la guerra hubiesen cometido. Y aquel día le fue colocada a mi señora la reina la corona en las sienes, y se celebró en Mesina la mayor fiesta como jamás se hubiese hecho.

199. Proyectos de Roger de Flor

Mientras se celebraba aquella fiesta, en la que todo el mundo participaba, el hermano Roger estaba absorto en una profunda reflexión; tanto que parecía testarudo cuando, en realidad, era el mejor previsor del porvenir.

Y se dijo:

—Este señor se ha acabado, y lo mismo va a ocurrir con los catalanes y aragoneses que le han servido a los que él nada podrá ofrecer, cosa que le ha de causar gran embarazo. Y esta gente es igual que todo el mundo, que no pueden vivir sin comer; de modo que al no recibir nada del rey se desmandarán a la fuerza y acabarán por destruir toda la tierra e irán muriendo por partidas. De modo que es menester que, puesto que tanto has servido a este señor que tantos honores te ha otorgado, le quites esta gente de encima, para honra de aquél y provecho de todos.

Lo mismo pensó de sí mismo: que no le convenía quedarse en Sicilia, ya que, puesto que el señor rey había hecho la paz con la Iglesia, con lo mal que le querían el rey Carlos y el duque, querrían entregarlo al maestre del Temple, y el rey tendría que hacer de dos cosas una: u obedecer al papa y entregarle, o

volver a estar en guerra con la Iglesia, y él no quería que, por su culpa, tuviese el rey que sufrir tan gran afrenta.

Cuando hubo reflexionado sobre estas cosas ciertas, fuese a encontrar al rey y le hizo entrar en una cámara y le expuso todo cuanto había pensado. Y cuando se lo hubo dicho, añadió:

—He pensado, señor, que si vos me ayudáis, puedo dar solución a este asunto, que os convenga a vos y a cuantos os han servido, y a mí mismo.

Dijo el señor rey que mucho le complacía y que le agradecía mucho cuanto había pensado, y que le rogaba que lo intentara en forma tal que él no sufriera desdoro y que redundase en provecho de aquellos que le habían servido, y que él estaba dispuesto y preparado para prestarle toda la ayuda que pudiese.

—Entonces, señor —dijo el hermano Roger—, con vuestra licencia mandaré dos caballeros con una galera armada al emperador de Constantinopla, haciéndole saber que estoy dispuesto a ir, con todas mis fuerzas de a caballo y de a pie, cuando él quiera, todos catalanes y aragoneses, y que nos dé acogida a sueldo. Yo sé que tiene gran necesidad de este socorro, pues los turcos le han quitado más de treinta jornadas de sus tierras; y él en nadie confiaría tanto como en los catalanes y aragoneses, mayormente en éstos, que han llevado a cabo esta guerra contra el rey Carlos.

Y el señor rey respondióle:

—Hermano Roger, vos sabéis de estas cosas mucho más que nos; pero nos parece que vuestra idea es acertada. De manera que disponed lo que os plazca, que de todo cuanto ordenéis nos daremos por satisfechos.

Después de esto, el hermano Roger besó la mano al señor rey, y, despidiéndose de él, fuese a su posada y pasó todo aquel día arreglando sus asuntos. Y el señor rey y todos los demás seguían solazándose y divirtiéndose en la fiesta.

Al día siguiente, el hermano Roger mandó preparar una galera y eligió dos caballeros en los que confiaba y les expuso todo cuanto había pensado. Les dijo, además, que en todas las formas tratasen que él recibiera por esposa a la sobrina del emperador, hija del emperador de Lantzara; y además que fuese nombrado megaduque del imperio, y que el emperador diese paga de cuatro meses a todos cuantos él llevaría, a razón de cuatro onzas al mes de sueldo por cada caballero armado y una onza por cada hombre de a pie, y que con aquellos sueldos los mantuviera todo el tiempo que quisieran estar; y que la paga debían encontrarla en Malvasía.

Sobre todas estas cosas les dio capítulos, tanto sobre estos extremos como sobre cuanto debían hacer; y todo esto lo sé yo porque fui yo mismo quien fue a ordenar y dictar los referidos capítulos.

Dioles poder con procuración bastante para que sobre todas estas cosas pudiesen firmar por él, tanto respecto al matrimonio como sobre los demás extremos. Indudablemente, los caballeros eran buenos y sabios, y una vez entendida la forma, pocos capítulos fueron bastantes, y todo quedó puesto en orden. De modo que, en cuanto fueron despachados, se despidieron del hermano Roger y fuéronse a ver al emperador.

Cuando hubieron salido de Mesina, el hermano Roger, que daba la cosa por hecha (por el hecho de que él tenía gran renombre en la casa del emperador desde aquellos tiempos en que mandaba la nave del Temple que llevaba el nombre de «El Halcón», que había dado mucha satisfacción a las naves del emperador que encontraba por Ultramar, y sabía hablar griego muy correctamente, y tenía también la mejor fama en Romanía y en todo el mundo por la ayuda que tan lealmente había prestado al señor rey de Sicilia), preocupóse de su compañía, de manera que, finalmente, Don Berenguer de Entenza, que era con él hermano jurado, le prometió que le seguiría, al igual

que Don Fernando Eixemenis de Arenós, y Don Fernando de Aunés, y Don Corberán de Alet, y Don Martín de Logran, y Don Pedro de Eros, y Don Bernardo de Rocafort, y además muchos otros caballeros catalanes y aragoneses, y de entre los almogávares, más de cuatro mil, todos buenos, que desde el tiempo del señor rey Don Pedro hasta ahora habían hecho la guerra de Sicilia. De modo que estuvo muy alegre, y entretanto no cesaba de darles prisa.

Tan rápida fue la galera que en poco tiempo estuvo en Constantinopla, donde encontró al emperador, xor[52] Andrónico, y a su hijo mayor, xor Miqueli. Cuando el emperador hubo oído el mensaje, estuvo muy alegre y satisfecho, y acogió bien a los mensajeros, y finalmente los asuntos se resolvieron tal como el hermano Roger había dictado: que el emperador accedió a que el hermano Roger tuviese por esposa a su sobrina, la hija del emperador de Lantzara, y de inmediato lo firmó, por el hermano Roger, uno de los caballeros, y también accedió a que toda la compañía que trajera el hermano Roger estuviese a sueldo del emperador, a cuatro onzas al mes por caballo armado y dos onzas por caballo alforrado, y una onza por hombre de a pie, y cuatro onzas al cómitre, y una onza el piloto, y veinte tarines el ballestero, y veinticinco tarines el proel, y que fuesen pagados de cuatro en cuatro meses; y que en todo momento, si hubiese alguno que quisiera volverse a poniente, que pudiera hacerlo y fuese pagado, y luego se pudiese volver, y tuviera la paga de dos meses como despido; y que el hermano Roger fuese el megaduque de todo el imperio, cuyo oficio vale tanto como decir gran príncipe, señor de todos los soldados del reino, con autoridad sobre el almirante, y que todas las islas de Romania le están sometidas, al igual que los puestos de las costas.

De este título de megaduque mandó privilegio con bula de oro firmado por él y por sus hijos y por el hermano Roger. Y

le mandó la vara del megaducado, y la bandera y el capelo, pues todos los oficios de Romania tienen su capelo propio, y nadie se atreve a llevar ningún capelo a ellos parecido.

Asimismo otorgó que en Malvasía encontrarían repuesto de paga y todo cuanto hubiesen menester cuando vendrían.

200. Regreso de los mensajeros

Con todas las garantías de cumplimiento volvieron a Sicilia los mensajeros contentos y satisfechos, y encontraron al hermano Roger en la Licata, y le contaron cuanto habían hecho, entregándole los privilegios de todo, y la vara del megaducado y la bandera, el capelo y el sello. El hermano Roger acogió a los mensajeros con gran alegría y satisfacción, y recibió el megaducato, y de ahora en adelante será llamado «megaduque».

Cuando el megaduque hubo recibido todas estas cosas, se fue a encontrar al señor rey, que se encontraba en Palermo con mi señora la reina, y le contó lo hecho El señor rey se puso muy alegre, y de inmediato mandó entregar al megaduque diez galeras de las atarazanas y dos leños, y se las hizo reparar y aparejar. El megaduque tenía ya sus ocho, y de este modo tuvo dieciocho galeras y dos leños, y además fletó tres naves grandes y muchas taridas y otros leños. Y mandó pregonar por todas partes que quien con él quisiera ir viniese a Mesina, y el señor rey socorrió a todos de cuanto le fue posible en dinero, y dio a cada persona, tanto hombre, como mujer, como niño, que con el megaduque se fuera, tanto si era aragonés como catalán, un quintal de bizcocho y diez piezas de queso, y entre cuatro, un cerdo de carne salada, y ajos y cebollas.

201. Despedida del megaduque

De ese modo, cada uno embarcó con sus esposas e hijos, muy alegres y satisfechos del señor rey, que jamás hubo señor que más se preocupara por la gente que le había servido de como él lo hizo en la mejor forma que pudo; e incluso hizo más de lo que podía, pues todo el mundo sabía que el señor rey no tenía tesoro, pues salía de guerras tales que nada le podía alcanzar. Igualmente embarcaron los ricoshombres y los caballeros, y tenían los caballeros y los hombres de a caballo doble ración de todas las cosas.

Don Berenguer de Entenza, en aquella ocasión, no pudo estar preparado, como tampoco Don Bernardo de Rocafort, pues Bernardo de Rocafort tenía dos castillos en Calabria que no había querido entregar cuando las paces, mientras no fuera pagado de lo que se le debía de su sueldo, a él y a su compañía, de modo que por esto no pudo embarcar. Pero embarcaron Don Fernando Eixemenis de Arenós, y Don Fernando de Aunes, y Don Corberán de Alet, y Don Pedro de Eros, y Don Martín de Logran, y otros muchos caballeros y adalides y almogatenes.

Cuando estuvieron embarcados, sumaban, entre galeras y naves, y leños, y taridas, treinta y seis velas, y hubo mil quinientos hombres de a caballo, según constaba por escrito, arreados de todas las cosas, y aparte de los caballos; y eran más de cuatro mil almogávares, y más de mil hombres de mar a sueldo, sin contar los galeotes y los marinos que pertenecían al barco. Y todos eran catalanes y aragoneses, y la mayor parte se llevaban a sus mujeres o a sus amigas[53] y a sus niños.

Y así se despidieron del señor rey, y partieron en buena hora de Mesina con gran alegría y satisfacción.

202. Llegada a Constantinopla y desastre de los genoveses

Dioles Dios tan buen tiempo que pronto tomaron tierra en Malvasía; y aquí les fue hecho mucho honor y se les dio refresco de todas las cosas. Encontraron allí mandato del emperador de que se fueran directamente a Constantinopla, y así lo cumplieron, partiendo de Malvasía y yendo a Constantinopla.

Cuando estuvieron en Constantinopla, el emperador, el padre y el hijo, les recibieron con gran gozo y gran placer, al igual que toda la gente del imperio. Pero si ellos estaban alegres, los genoveses estaban dolidos, pues veían que si esta gente se quedaba, ellos perderían el honor y la señoría que ejercían en todo el imperio, tanto, que el emperador no se atrevía a hacer otra cosa que lo que ellos querían, y de ahora en adelante en nada les apreciaría.

¿Qué os diré? Se dispusieron las bodas y el megaduque tomó por esposa la sobrina del emperador, que era una de las más hermosas y más inteligentes doncellas del mundo, y contaba cerca de los dieciséis años Las bodas se celebraron con gran alegría y satisfacción, y todo el mundo recibió su paga de cuatro meses.

Mientras se celebraba tan gran fiesta, los genoveses, con su soberbia, promovieron una riña con los catalanes, que llegó a ser muy grande debido a que un hombre malvado llamado Rosso de Finar trajo la bandera de los genoveses que vinieron de Pera hasta delante del palacio de Blanquerna[54].

Nuestros almogávares y hombres de mar salieron contra ellos, que ni el megaduque ni los ricoshombres ni los caballeros pudieron contenerles; y salieron con un pendón real, y con ellos iban solamente unos treinta escuderos con los caballos alforrados; y cuando estuvieron cerca los unos de los otros, los treinta escuderos arremetieron de tal modo donde estaba la bandera de los genoveses que abatieron en el suelo a aquel Rosso de Finar, y los almogávares se echaron encima de ellos.

¿Qué os diré? Que aquí murió aquel Rosso de Finar y más de tres mil genoveses. Y todo esto lo veía el emperador desde su palacio, y le causaba mucha satisfacción y alegría, tanto, que dijo delante de todos:

—Ahora han encontrado los genoveses quien abatiera su orgullo. Y bien está; que es por culpa de los genoveses que se movieron los catalanes.

Cuando la bandera de los genoveses estuvo por el suelo y Rosso muerto, junto con otros honrados hombres, los almogávares, matando a sus enemigos, querían ir a saquear Pera, que es una villa escogida por los genoveses, donde ellos tenían todo su tesoro y sus mercancías. Al ver el emperador que marchaban contra Pera para saquearla, llamó al megaduque y le dijo:

—Hijo, id al encuentro de esta gente y hacedles volver; que si saquean Pera, el imperio está agotado, pues los genoveses tienen gran parte de nuestro tesoro, y los de los barones y de muchas otras gentes de nuestro imperio.

En seguida el megaduque cabalgó en un caballo con la maza en la mano, junto con todos los ricoshombres y caballeros que con él habían ido, que le siguieron; y fuéronse hacia la almogavería, que ya querían devastar la villa de Pera, y les hizo volver. De lo que el emperador quedó muy satisfecho y alegre.

Al día siguiente mandó que les diesen otra paga y que todos se preparasen para pasar a Boca de Aver y caer sobre los turcos,

que en aquel lugar habían quitado al emperador más de treinta jornadas de tierra con buenas ciudades y villas y castillos, que habían sojuzgado y eran tributarias suyas, siendo además lo más doloroso que si un turco quería por esposa la hija del mejor hombre de aquellas ciudades, villas o castillos que a ellos estaban sujetos, el padre, la madre o los parientes se la tenían que dar por esposa. Y si nacía hijo, los hacían turcos y les hacían cortar del miembro, de modo que eran sarracenos; y si era hembra, podía tener la ley que quisiera. ¡Ved en qué dolor y en qué sujeción estaban, y qué gran deshonor para toda la cristiandad! Por lo que podéis comprender cuán necesario era que esta compañía pasara allí, mayormente si se piensa que era tanto lo que los turcos habían conquistado que, formados en hueste, venían hasta delante de Constantinopla (que no había más que un brazo de mar en medio que no tenía más anchura que unas dos millas) y sacaban las espadas y amenazaban al emperador; y el emperador podía verlo todo. Por lo que supondréis en qué dolor tenía que vivir, que si tuvieran con qué cruzar aquel brazo de mar se hubiesen apoderado de Constantinopla.

203. Luchas del megaduque en Anatolia

Ved qué clase de gente son los griegos y por qué Dios les tenía aborrecidos, que xor Miqueli, hijo mayor del emperador, pasó el Atarquí con más de doce mil hombres a caballo y con cien mil hombres de a pie, y no se atrevió a combatir con los turcos y hubo de volverse muy avergonzado. A aquel lugar del Atarquí donde él había estado y se tuvo que volver, allí mandó el emperador al megaduque con su compañía, que no iba más

allá de mil quinientos hombres de a caballo y cuatro mil hombres de a pie[55].

Antes de que partiesen de Constantinopla, el megaduque dispuso que el emperador diese por esposa a una parienta suya a Don Fernando de Aunés, y le hizo almirante del imperio. Todo esto lo ordenó el megaduque para que sus galeras se mantuviesen con los hombres de mar que él había traído y para que ni los genoveses ni otras gentes se atrevieran a moverse contra los catalanes en todo el imperio; y dispuso igualmente que cuando él entrase con toda su hueste por el interior del territorio, las galeras fuesen a un lugar convenido, con víveres y toda clase de revituallamiento.

Todo el asunto quedó tan bien ordenado que no existe hombre que pudiera mejorarlo, y al propio tiempo de las islas, las tierras y la costa, obtenía cuanto era necesario para él y para su gente.

Cuando todo esto quedó dispuesto, se despidieron del emperador y embarcaron, y fuéronse al cabo del Atarquí, ya que los turcos de todos modos querían disponer de aquel cabo, que es lugar muy propicio y está resguardado por un muro que desde el cabo Atarquí sigue tierra firme, cuya longitud de frente no mide más de media milla de un mar al otro, y después de aquel estrecho el cabo se hace muy grande y tiene más de veinte millas llenas de alquerías, masías y caseríos. Los turcos habían venido muchas veces para invadir aquel muro, pues si lo pudiesen destruir podrían saquear todo el cabo.

De este modo, el megaduque con toda su gente tomó tierra aquí, sin que los turcos se enteraran; y cuando hubieron desembarcado supieron que aquel mismo día los turcos habían estado combatiéndolo, de modo que el megaduque preguntó si estaban muy lejos de allí, y le dijeron que estaban a dos o tres millas, y se encontraban entre dos ríos. De inmediato el mega-

duque hizo pregonar que todo el mundo, al día siguiente por la mañana, estuviese preparado para seguir la bandera.

La verdad es que él, con la caballería, llevaba su bandera y la del emperador, y los almogávares llevaban un pendón con el emblema del señor rey de Aragón al frente de la vanguardia, y en la retaguardia, el pendón con la insignia del rey Federico, rey de Sicilia, que así lo habían acordado entre ellos cuando rindieron homenaje al megaduque.

Al día siguiente, con gran voluntad y alegría, se levantaron muy de mañana, y al rayar el alba llegaron junto al río donde los turcos estaban atendados con sus mujeres e hijos. Y decidieron atacarles de tal forma que los turcos se maravillaron de aquellas gentes que, con los dardos, daban tan fuertes golpes que nada podía resistirles.

¿Qué os diré? La batalla fue muy fuerte cuando los turcos pudieron tomar las armas. Mas ¿de qué les valió? El megaduque, con su compañía de a caballo y de a pie, arremetía en tal forma sobre ellos que los turcos no pudieron resistir. Al mismo tiempo, no querían huir, por las mujeres y los niños que había, que se les partía el corazón, y mejor preferían morir, de modo que no hubo jamás hombres vencidos que tan caros se vendiesen; pero al final todos perecieron, y sus mujeres y sus hijos fueron hechos cautivos. De los turcos, aquel día murieron más de tres mil hombres de a caballo y más de diez mil hombres de a pie.

Entonces, el megaduque y sus gentes levantaron el campo, y no dejaron con vida ningún varón que contase más de diez años. Y volviéronse al Atarquí con gran gozo y gran alegría, y enseguida metieron los esclavos y las esclavas en las galeras, y muy hermosas joyas, mandando el megaduque la mayor parte al emperador, y de las esclavas a la emperatriz y al hijo del emperador. Y a mi señora la esposa del megaduque mandó el me-

gaduque esclavas y muchas joyas, y a mi señora la suegra del megaduque otro tanto. Y esto ocurrió al octavo día que habían dejado al emperador, de modo que el gozo y la alegría fue tal por todo el imperio, y mayormente para el emperador y mi señora su hermana, suegra del megaduque, y mi señora su hija, que estuvieron tan satisfechos que todo el mundo se hubo de alegrar.

Pero si para todo el mundo hubo gozo, para los genoveses hubo gran dolor; y también estuvo descontento xor Miqueli, el hijo mayor del emperador, a quien dio mucha envidia, y desde aquel día en adelante miró con ira al megaduque y a su compañía, que más quisiera perder el imperio que tenerlo gracias a esta victoria que habían alcanzado, puesto que antes él había estado con tanta gente y por dos veces había sido desbaratado, a pesar de que él en persona era de los buenos caballeros del mundo. Pero sobre los griegos ha mandado Dios tal peste que cualquiera podría confundirles; y esto ocurre por dos pecados señalados que reinan entre ellos, eso es: el uno, que son la gente más orgullosa del mundo, que no hay gente en el mundo a quien ellos aprecien en nada, sino a sí mismo, y no valen nada; por otro lado, que no hay nadie en el mundo que sienta menos caridad hacia su prójimo, que cuando nosotros estábamos en Constantinopla, la gente que huía de Anatolia perseguidos por los turcos gritaban «¡Hambre!», y pedían pan por el amor de Dios, y se acostaban en los estercoleros, y no había ningún griego que quisiera darles nada, y en cambio, había gran mercado de toda clase de víveres; y los almogávares, movidos por la compasión, se partían con ellos la comida, y por esta caridad que hacía nuestra gente, allí donde iban de campaña, más de dos mil pobres griegos que los turcos habían arruinado les iban detrás, y todos vivían con nosotros. Con esto podréis comprender por qué Dios ha descargado su ira contra los griegos, pues, como dice el ejemplo del sabio, «cuando Dios quiere

mal a un hombre, la primera cosa con que le castiga es quitándole el conocimiento». Y así tienen tanto la ira de Dios encima, que ellos, que nada valen, se figuran que valen más que toda la gente del mundo, y asimismo, como no tienen caridad para con el prójimo, parece que Dios les ha quitado a todos el entendimiento.

Cuando todo esto hubo pasado, el megaduque, con toda su compañía, se preparó para atacar a los turcos por Anatolia y sacar del cautiverio las ciudades y castillos y las villas que los turcos habían subyugado. Y cuando el megaduque y sus gentes estuvieron preparados para partir del Atarquí era el día primero de noviembre y empezó a hacer el más crudo invierno del mundo, con lluvia y nieves y frío y mal tiempo, de modo que los ríos venían tan caudalosos que ningún hombre los podía cruzar.

De modo que decidió invernar en aquel lugar del Atarquí, que es lugar agraciado en todos conceptos. Por aquellas tierras hace el mayor frío del mundo y cae más nieve que en ningún otro sitio, de manera que empieza a nevar y hasta por abril no para.

Cuando hubo decidido invernar en aquel lugar de Atarquí se le ocurrió la mejor idea que hombre alguno pudiese tener y ordenó que se eligieran seis hombres buenos de aquel lugar, y dos caballeros catalanes, dos adalides y dos almogávares, y que estos doce dispusieran para cada ricohombre su posada, y lo mismo para los caballeros, caudillos y almogávares. Y ordenáronlo así: que el huésped de cada uno debía darle pan, vino y avena, y carne salada, y queso, y hortalizas, y cama, y todo cuanto hubiese menester; aparte la carne fresca y los condimentos, de todo debía abastecerle. A cada cosa le pusieron el precio conveniente estos doce, y ordenaron que el huésped echara las cuentas con aquel que viviría en su albergue respecto a todas las cosas, y que esto entrara en vigor el primero de no-

viembre y durase hasta final de marzo; y cuando vencería, entonces contarían cada cual con su huésped delante de aquellos doce o de uno de ellos, y tanto como hubiesen tomado se descontaría de su sueldo, y al buen hombre o señor de la casa se lo tendría que pagar la corte. Con ello quedaron muy satisfechos los de la hueste, y los griegos igualmente, y de este modo quedó resuelto que allí invernasen.

El megaduque mandó a buscar a Constantinopla la megaduquesa, y allí invernaron con gran satisfacción y alegría. Y el megaduque ordenó que el almirante con todas las galeras y con todos los hombres de mar fuesen a invernar a la isla de Xiu, que es isla muy graciosa, donde se produce la almáciga, que no se da en ningún otro lugar del mundo, y la idea de hacerles ir allí fue porque los turcos recorren todas aquellas islas, y de ese modo ellos guardaban toda aquel paraje e iban visitando todas las islas. Pasaron, pues, todo el invierno dándose buena vida unos y otros, con solaz y diversión para todos.

Cuando hubo pasado febrero, el megaduque mandó pregonar por todo el Atarquí que por todo el mes de marzo todo el mundo hubiese echado sus cuentas con su huésped y estuviese preparado para seguir la bandera el primer día del mes de abril.

204. Liquidación de las deudas

De modo que todos se dispusieron a pasar cuentas con su huésped; y los hubo tales que tan locamente llevaron su tren de vida, que habían tomado de su patrono por más de un año de paga, y los que habían sido sensatos, habían vivido ordenadamente, pero no había ninguno que no hubiese tomado por mucho más de lo que correspondía por el tiempo que había estado.

Mientras se establecían las cuentas durante el mes de marzo, el megaduque con cuatro galeras, con la megaduquesa y su suegra, hermana del emperador, que había invernado con ellos, y dos hermanas de su esposa, fuéronse a Constantinopla para dejar allí a la megaduquesa y para despedirse de la persona del emperador. Y cuando estuvo en Constantinopla, se le hizo gran fiesta y gran honor, y recogió del emperador la paga de cuatro meses, que llevó a la compañía, cosa que nadie se esperaba por los grandes gastos que habían hecho durante el invierno, y cada uno tenía que devolver mucho a la corte. De modo que dejó a la megaduquesa en Constantinopla y se despidió de ella, y de su suegra, y de sus cuñados, y de sus amigos; y luego se despidió del emperador y embarcó con las cuatro galeras, y se volvió con la compañía a Atarquí al quinceno día del mes de marzo, y todos tuvieron gran satisfacción al verle.

El megaduque preguntó si todo el mundo había pasado cuentas con su huésped, y le dijeron que sí. Respecto a esto, hizo llamar a todo el mundo para que al día siguiente estuviesen en una plaza que había delante de donde el megaduque posaba, y que cada uno trajese el albalá de lo que debía, y que las cuentas estuviesen hechas y ordenadas por los doce hombres, y que se hicieran dos albalaes partidos por a.b.c.[21], y que tuviese uno el huésped y otro el soldado, y aquellos albalaes estaban sellados con el sello del magaduque.

Cuado llegó el día siguiente, todo el mundo vino con su albalá, y encontró que todos habían recibido mucho más de lo correspondiente al tiempo que habían invernado. Y cuando hubo recibido todos los albalaes y los hubieron dejado sobre un tapiz que pusieron ante él, el megaduque se levantó y dijo:

—Prohombres: mucho os he de agradecer, puesto que vosotros quisisteis que yo fuera cabeza y señor vuestro, y me quisisteis seguir donde yo os quise conducir Encuentro ahora que todos habéis tomado el doble de lo que correspondía al tiempo

de invernar, y algunos habéis tomado tres veces, y los hay que hasta cuatro veces, de modo que entiendo que si la corte quisiera descontároslo, para vosotros sería un gran desastre. De manera que, a honor de Dios y a honor del imperio, y por el amor que os tengo, yo, como gracia especial, os doy todo cuanto habéis gastado este invierno, de modo que nada os sea retenido de vuestras pagas.

Y en seguida hizo traer fuego y quemó delante de todos los albalaes, y todo el mundo se levantó y fue a besarle la mano y diéronle las gracias; y debían hacerlo, pues fue el mayor galardón que un señor diese a sus vasallos desde hace más de mil años, porque, unos con otros, seguro que vino a darles la paga de ocho meses, pues sólo lo de los hombres a caballo subió cincuenta mil onzas de oro, y de los hombres de a pie, cuarenta mil, lo que junto con lo que habían tomado los ricoshombres, que subía a seis mil onzas de oro, hacía dos cuentos de moneda de barcelonés o de reales de Valencia.

Y cuando esto estuvo hecho, todavía les quiso alegrar más, y mandó que al día siguiente todo el mundo fuese a dicha plaza para recibir en buena moneda de oro paga de cuatro meses. Y así podéis comprender cuál sería el gozo de la hueste y con qué ánimo le sirvieron de ahora en adelante. Y, en efecto, al día siguiente les mandó dar la paga de los cuatro meses. ¡Y todo el mundo se preparó para mejor guerrear!

205. Las tribus de Sesa y de Tin

El día primero de abril, con la gracia de Dios, salió la bandera, y todo el mundo pensó en seguirla en buena hora, penetrando por el reino de Anatolia. Los turcos habíanse reunido para combatir con ellos, eso es, a saber: las tribus de Sesa y de

Tin, que eran parientes de aquellos que la compañía había matado en Atarquí; de modo que cuando la compañía estuvo cerca de una ciudad llamada Filadelfia, que es noble ciudad y de las más grandes del mundo, cuyo cerco debe alcanzar las dieciocho millas (tanto como Roma o Constantinopla), a una jornada de dicha ciudad, dichas dos tribus de turcos, que eran más de ocho mil hombres de a caballo y más de doce mil hombres de a pie, iban preparándose para plantar batalla al megaduque y a su compañía. La compañía se mostró muy satisfecha, tanto, que antes de aguantar las flechas de los turcos, arremetieron contra ellos: los de a caballo a los de a caballo y los almogávares a los de a pie.

¿Qué os diré? Que la batalla fue muy dura y duró desde que salió el sol hasta la hora nona; de modo que los turcos fueron todos muertos o presos, que no escaparon ni mil de los de a caballo, ni quinientos de los de a pie. Y el megaduque y los de su compañía levantaron alegremente el campo, pues no habían perdido más que unos ochenta hombres a caballo y cerca de cien de a pie, y tuvieron una ganancia sin fin.

Cuando hubieron levantado el campo, que estuvieron por lo menos ocho días atendados en aquel lugar, que era muy agradable y bueno, se fueron a la ciudad de Filadelfia, donde fueron recibidos con gran alegría. Y corrió la voz por todo el reino de Anatolia de que las tribus de Sesa y de Tin habían sido desbaratadas por los francos; y no es extraño que se alegraran, pues si no hubiese sido por los francos, todos hubiesen sido hechos cautivos. Así, el megaduque y toda la compañía estuvieron en la ciudad de Filadelfia quince días, y luego partieron y fueron a la ciudad de Nifs, y pasaron luego a Magnesia, y de allí emprendieron el camino de la ciudad de Tira.

206. Muerte de Don Corberán de Alet, llegada de Don Bernardo de Rocafort y milagros de San Juan Evangelista

Los turcos que escaparon de la batalla, con otros que se les fueron juntando, que pertenecían a la tribu de Mendeixia, corriéronse hacia la Tira, hasta la iglesia donde reposa el cuerpo de mi señor San Jorge, que es una de las iglesias más bonitas que yo he visto, y está situada a unas dos millas de la Tira. De madrugada corrieron hacia allí, sin saber que allí estaban los francos. Cuando ellos empezaron a correr, el grito de «Via fora!» comenzó a sonar por aquella región, y el megaduque, al ver a los turcos, esperó, y todos pudieron verles, pues los turcos corrían por el llano y la ciudad de Tira se encuentra en un alto. Ordenó a Don Corberán de Alet, que era senescal de la hueste, que quisiera seguirles, y la compañía se apresuró a tomar las armas. Don Corberán de Alet atacó con doscientos hombres de a caballo y mil de a pie; arremetió contra ellos y en seguida les venció. Mató más de setecientos hombres de a caballo y muchos de a pie; y hubiérales matado a todos, pero la montaña estaba cerca y decidieron dejar los caballos y a pie pudieron huir por la montaña. Don Corberán de Alet era muy buen caballero, y en un exceso de valor pensó también en apearse del caballo y subir a pie por la montaña; los turcos que vieron que les seguían detrás, empezaron a disparar su saetas y, por desgracia, una de ellas hirió a Don Corberán, que por el calor y el polvo se había descubierto la cabeza. Y aquí murió, cosa que fue una gran desgracia, con lo que los cristianos se detuvieron y los turcos se fueron.

Cuando el megaduque lo supo, quedó muy disgustado porque le quería mucho y le había hecho senescal y le había dado

por esposa una hija que tenía de una señora de Chipre y que se había quedado con mi señora la megaduquesa en Constantinopla, y debían celebrarse las bodas cuando regresasen a Constantinopla. De manera que, en la iglesia de San Jorge, con gran honor, enterraron a dicho Don Corberán, junto con otros diez cristianos que habían muerto con él. Y se les mandaron hacer hermosas tumbas, para lo que el megaduque y la hueste se detuvieron allí durante ocho días, a los efectos de que la tumba de Don Corberán se hiciera muy rica y bella.

Desde la Tira el megaduque mandó un mensaje a Esmirna, y de Esmirna a Xiu, al almirante Don Fernando de Aunés, para que viniese a la ciudad de Ania con todas las galeras y los hombres de mar con él; y así lo hizo el almirante. Cuando el almirante estuvo dispuesto para partir del Xiu, Don Bernardo de Rocafort llegó a Constantinopla trayendo doscientos hombres de a caballo, con todos sus arreos, excepto los caballos, y un millar de almogávares. Viose con el emperador, y éste ordenóle que fuese donde estaba el megaduque; y así se vino a la isla del Xiu y, con el almirante, se fueron a la ciudad de Ania. Cuando llegaron allí, al cabo de los ocho días, tuvieron noticia de que el megaduque venía, lo que les causó gran satisfacción, y le mandaron dos mensajeros, que encontraron al megaduque en la ciudad de Tira. El megaduque, cuando tuvo esta noticia, quedó muy satisfecho y quiso que yo fuese a Ania y quiso que trajese a Don Bernardo de Rocafort a la ciudad de Altaloc, a la que la Escritura llama Efeso.

En dicha ciudad de Efeso está el monumento en el que se puso monseñor san Juan Evangelista cuando se hubo despedido del pueblo, y luego vieron una nube que parecía de fuego, y es tradición de que, en ella, se subió al cielo en cuerpo y alma. Y bien parece que ocurrió el tal milagro, pues cada año se demuestra en el monumento, pues el día de san Esteban, a la hora de vísperas, empieza a salir del monumento (que tiene cua-

tro caras y está al pie del altar, con una hermosa piedra de mármol encima que mide más de doce palmos de largo por cinco de ancha, y en medio de la piedra tiene nueve agujeros muy pequeños), y de estos nueve agujeros, cuando empiezan a decir vísperas el día de san Esteban y de san Juan, sale maná como de fina arena, por cada uno, y sube más de un palmo por encima de la piedra, tal como si fuera un manantial de agua. Y aquel maná empieza a salir, tal como os he dicho, en cuanto empiezan las vísperas de san Juan, es decir, el día de san Esteban, y dura toda la noche y luego todo el día de san Juan, hasta que el sol se pone, y es tal la cantidad de maná cuando cesa de salir a la puesta del sol que bien se medirían tres cuarteras de Barcelona[56].

Aquel maná es maravillosamente bueno para muchas cosas, como, por ejemplo: quien lo bebe cuando se siente venir la fiebre, ésta desaparece y jamás le vuelve; y si la mujer va de parto y no puede tener la criatura, que lo beba con vino y enseguida será parida; y todavía si se está en una gran tempestad en el mar, si se echa al agua por tres veces en nombre de la santa Trinidad y de mi señora santa María y del bienaventurado san Juan Evangelista, enseguida cesa la tempestad; y todavía, quien sufre mal de vejiga y lo bebe, en nombre del antedicho santo, se cura enseguida.

207. Nuevas victorias y llegada de los catalanes a Armenia

Enseguida cogí yo la compañía, y llevé veinte caballos a Rocafort, y con grandes peligros que pasé de asaltos de los turcos, llegué a la ciudad de Ania; y le dije a Rocafort que quisiera cabalgar y venir conmigo a la ciudad de Efeso, llamada también

Teóloco en griego, y que nosotros, los francos, llamamos Altaloc; y Rocafort, en cuanto entregó dichos veinte caballos a su compañía, decidió cabalgar y venir conmigo a dicha ciudad de Altaloc; y vinieron con él quinientos almogávares; los otros quedaron en la ciudad de Ania con el almirante Don Fernando de Aunés, a causa de que los turcos corrían por allí todos los días.

Cuando llegó a la ciudad de Altaloc, el megaduque, con toda la compañía, llegó a los cuatro días, y recibió muy bien a dicho Bernardo de Rocafort, de manera que le nombró senescal de la hueste, como lo era Don Corberán de Alet, y prometióle a su hija por esposa, la misma que a dicho Don Corberán había prometido. Enseguida entró él en posesión del cargo y el megaduque diole cien caballos y enseguida le hizo entregar la paga de cuatro meses a él y a todos aquellos que con él habían venido.

Estuvo el megaduque en dicha ciudad ocho días y luego fuese con toda la hueste a la ciudad de Ania, y dejó a Don Pedro de Eros por capitán en la ciudad de Tira; y dicho Don Pedro de Eros quedó en dicha ciudad de Tira con treinta hombres de a caballo y cien de a pie.

Cuando el megaduque entró en Ania, el almirante y todos los hombres que habían venido con Rocafort le salieron al encuentro para recibirle con sus armas, de lo que el megaduque se sintió muy satisfecho por cuanto le refrescaron la hueste, y mientras el megaduque estaba en Ania restauró de paga a toda la compañía.

Un día cundió la alarma porque los turcos que pertenecían a la tribu de Tira corrieron la huerta de Ania, y la hueste salió de tal forma que alcanzaron a los turcos y les atacaron, y aquel día mataron más de mil hombres de a caballo de los turcos y más de dos mil hombres de a pie. Los otros escaparon porque les

ocultó la noche, que, de lo contrario, todos hubiesen sido muertos o hechos prisioneros. Así que volvióse la compañía a la ciudad de Ania con gran gozo y alegría por las grandes ganancias que habían obtenido.

Estuvo el megaduque en la ciudad de Ania más de quince días, y luego después mandó sacar la bandera y quiso acabar de visitar todo el reino de Anatolia, de modo que la hueste penetró por la Puerta de Hierro, que es una montaña que tiene un paso que se llama la Puerta de Hierro, que está en el límite del reino de Anatolia con el reino de Armenia. Cuando estuvo cerca de la Puerta de Hierro, los turcos de la tribu de Ania que habían sido derrotados en la huerta de Ania, y todos los demás turcos que habían mandado las otras tribus, se agruparon en una montaña y alcanzaron enseguida el número de diez mil hombres de a caballo y más de veinte mil de a pie. Dispuesta la batalla, al nacer el alba del día de mi señora santa María de Agosto, se lanzaron contra el megaduque. Enseguida los francos se prepararon con gran satisfacción y alegría, que parecía que Dios les protegiera en aquella ocasión. Y los almogávares gritaron:

—¡Despierta, hierro! ¡Despierta!

En el acto el megaduque, con la caballería, atacó a los hombres de a caballo, y Rocafort, con la almogavería, a los hombres de a pie, y allí vieseis hechos de armas como nunca fueran vistos por hombre alguno.

¿Qué os diré? La batalla fue muy dura y cruel, pero al fin todos los francos lanzaron un grito y clamaron:

—¡Aragón! ¡Aragón!

Y tuvieron tan gran victoria que los turcos se dieron por vencidos, y así, matando y persiguiendo, duró la persecución hasta la noche, y la noche les salvó de la persecución. Pero al final, quedaron de los turcos a caballo, muertos más de seis mil

y de a pie más de doce mil. De modo que aquella noche la compañía tuvo una buena noche, y al día siguiente levantaron el campo en forma que estuvieron ocho días para levantarlo y fue sin fin la ganancia que obtuvieron.

208. Guerra en el imperio de Lantzara

Después de esto, el megaduque mandó llamar a todo el mundo, ordenando que siguiesen su bandera, y fuese a la Puerta de Hierro, y allí estuvo tres días. Luego decidió volverse a la ciudad de Ania.

Mientras volvía a Ania llegáronle mensajeros del emperador, por los que le hacía saber que lo abandonase todo y volviese a Constantinopla, puesto que el emperador de Lantzara, que era el padre de la megaduquesa, había muerto y había dejado el imperio a sus hijos, que eran dos jóvenes hermanos de la megaduquesa y sobrinos del emperador, y el hermano de su padre se había apoderado del imperio. Por esto el emperador de Constantinopla, puesto que el imperio de Lantzara pertenecía a sus sobrinos, había mandado un mensaje al tío de sus sobrinos, que se había erigido como emperador, para que entregara el imperio a aquellos infantes que eran sus sobrinos y a los que pertenecía. La contestación fue una vileza, por lo que empezó una gran guerra entre el emperador de Constantinopla y aquel que se había hecho emperador de Lantzara, en forma que el emperador de Constantinopla perdía todos los días en la guerra, y por esto mandó el mensaje al megaduque para que viniese a socorrerle.

209. Roger de Flor convoca su consejo

El megaduque se sintió muy descontento de tener, en aquella ocasión, que desamparar el reino de Anatolia, al que había conquistado totalmente y librado de los sufrimientos que representaba el dominio turco.

Para decidir lo que procedía hacer, ante el mensaje y los apremiantes ruegos del emperador, mandó reunir el consejo. Finalmente, el consejo acordó que, de todos modos, fuese a socorrer al emperador, puesto que el invierno se les venía encima y que durante el invierno harían lo que al emperador conviniera y que luego, a la primavera, volverían a Anatolia. Y el megaduque tuvo éste por buen consejo, y enseguida prepararon las galeras y metieron en ellas todo cuanto tenían en la hueste; y la hueste siguió por la costa, de modo que las galeras constantemente se encontraban cerca de la hueste. El megaduque dejó cada puesto con suficientes medios de defensa, aun cuando con poco era bastante, pues había barrido de tal modo a los turcos de aquel territorio que ni uno se atrevía a aparecer por aquel reino, hasta tal punto había sido restablecido.

Cuando tuvo toda la tierra ordenada, jornada tras jornada se vino a Boca de Aver. Cuando estuvo en la Passáquia, mandó un leño armado al emperador preguntándole qué quería que hicieran Cuando el emperador supo que las fuerzas de los francos estaban en la Passáquia, estuvo muy alegre y satisfecho y mandó que se hiciera una gran fiesta en Constantinopla; y mandó decir al megaduque que pasara a Gallípoli y que en el cabo de Gallípoli diese posada a su gente. Aquel cabo tiene unas quince leguas de largo y en ningún lugar es más ancho de una legua, pues por ambos lados lo circunda el mar; y es el más fértil de

todos los cabos del mundo, generoso en buen pan y buenos vinos y de toda clase de frutos en abundancia.

A la entrada del cabo, en tierra firme, hay un buen castillo, llamado Hexamilia, que quiere decir lo mismo que seis millas; y por esto se llama así, puesto que en aquel lugar no tiene más de seis millas de anchura, y en medio está este castillo para guardar todo el cabo. De un lado del cabo está el mar de Boca de Aver, y del otro el golfo de Margarix; y dentro del cabo están la ciudad de Gallípoli, y el Pótemo, y el Sisto y el Medito, y cada uno de estos lugares son buenos, y además de estos lugares hay muchos caseríos buenos e importantes. De modo que el megaduque repartió sus fuerzas por estos caseríos, que están bien provistos de todas las cosas, y ordenó que cada labrador diese a su huésped lo que hubiese menester y que cada uno lo anotara y llevasen sus cuentas.

210. Cómo se inició cierto odio entre Andrónico y el megaduque

Cuando tuvo a toda la hueste instalada, el megaduque fuese, con cien hombres de a caballo, a Constantinopla, para ver al emperador y a mi señora su suegra y a su esposa; y cuando entró en Constantinopla se le hizo gran honor. Mientras él estuvo en Constantinopla, el hermano del emperador de Lantzara, que guerreaba con el emperador, como antes habéis oído, que supo que el megaduque había venido con toda su hueste, dio su caso por perdido e inmediatamente mandó a sus mensajeros al emperador e hizo todo cuanto el emperador quiso. De modo que gracias a los francos el emperador vio logrado su propósito en esta guerra.

Cuando estuvo firmada esta paz, el megaduque dijo al emperador que pagase a la compañía y el emperador dijo que lo haría, y mandó batir moneda en forma de ducado veneciano, que vale ocho dineros barceloneses; y él los hizo y les llamó «basilios»[*] y no valían ni tres dineros, y quiso que circulasen al precio de los que valían ocho dineros; y mandaba que quien tomase de los griegos caballo, o mulo o mula o víveres u otras cosas, que los pagase con aquella moneda. Y esto lo hacía él para mal, y para que entrase odio y mala voluntad entre el pueblo y la hueste, pues en cuanto él hubo logrado lo que se proponía en todas sus guerras, quisiera que los francos estuvieran todos muertos o fuera del imperio.

211. Llegada de Berenguer de Enteriza y su nombramiento de megaduque

El megaduque se opuso a aceptar aquella moneda, y mientras estaban con esta discusión llegó a Romanía Don Berenguer de Entenza, trayéndose más de trescientos hombres de a caballo y más de mil almogávares. Cuando llegó a Gallípoli se encontró con que el megaduque estaba en Constantinopla, y mandóle dos caballeros preguntándole qué quería que hiciera. El megaduque mandóle decir que viniera a Constantinopla con toda su compañía, y así lo hizo. Cuando estuvo en Constantinopla, el emperador lo recibió muy bien y más aún el megaduque. Al día siguiente de su llegada, el megaduque fue al emperador y le dijo:

—Señor, este ricohombre es uno de los más nobles hombres de España, como no sea el hijo de un rey, y es uno de los mejores caballeros del mundo y es para mí como un hermano. Ha venido a serviros por, vuestro honor y por afecto hacia mí, por

lo que es necesario que yo le dé una satisfacción extremada; de modo que, con vuestra licencia, yo le daré la vara y el capelo del megaducado.

El emperador dijo que le complacía, y cuando vio la sinceridad del megaduque, que se quería despojar del megaducado, se dijo a sí mismo que era necesario que su sinceridad le valiera por algo.

Al día siguiente, ante el emperador y la corte en pleno, el megaduque se quitó de la cabeza el capelo del megaducado y lo puso en la cabeza de Don Berenguer de Entenza; y después le dio la vara y el sello y la bandera del megaducado, de lo cual todo el mundo se maravilló.

212. Roger de Flor es nombrado césar del imperio

En cuanto se hubo hecho esto, el emperador, delante de todos, hizo que se sentara cerca de él al hermano Roger, y le dio la vara, y el capelo, y la bandera y el sello del imperio, y lo vistió con las ropas que correspondían al oficio y le hizo césar del imperio.

César es un cargo tal que se sienta en una silla que está junto a la del emperador y sólo es medio palmo más baja. Y puede hacer en el imperio lo mismo que el emperador; puede conceder bienes a perpetuidad y puede meter mano en el tesoro, y puede ordenar recaudaciones, y colgar y hacer arrastrar, y, en fin, todo cuanto puede hacer el emperador puede hacerlo él. Y además, firma: «César de nuestro imperio», y el emperador le escribe llamándole «César de tu imperio». ¿Qué os diré? Que de emperador a césar no hay más diferencia sino que la silla es medio palmo más baja que la del emperador, y el emperador

lleva el capelo encarnado y todas sus ropas encarnadas, y el césar lleva el capelo azul y todas sus ropas son azules con un friso estrecho de oro.

De este modo el hermano Roger fue nombrado césar y ocurrió que hacía más de cuatrocientos años que no había habido césar en el imperio de Constantinopla, por lo que el honor fue más grande.

Con todo esto se celebró una gran solemnidad y una gran fiesta, y desde entonces Don Berenguer de Entenza fue llamado «megaduque», y el hermano Roger, «césar».

Con gran satisfacción volviéronse a Gallípoli, reuniéndose con la compañía. Y el césar se trajo a mi señora su suegra y a mi señora su esposa y a dos hermanos de su esposa, de los que el mayor era emperador de Lantzara; y como ya había pasado «Omnia Sanctorum» pensaron en invernar. Y con gran alegría, invernaron el césar con mi señora su esposa y con su suegra y sus cuñados, y el megaduque hizo lo mismo.

Cuando hubieron pasado la fiesta de Navidad, el césar fue a Constantinopla para decidir con el emperador lo que se había de hacer, puesto que la primavera se acercaba; y el megaduque se quedó con la compañía en Gallípoli. Y, cuando el césar estuvo en Constantinopla, acordaron que el césar y el megaduque pasasen, por la primavera, al reino de Anatolia; y convínose entre el césar y el emperador que éste le cedía el reino de Anatolia y todas las islas de la Romanía; y que pasaran a Anatolia y el césar repartiese entre sus vasallos ciudades, villas y castillos, con la obligación de que cada uno tenía que prestarle determinado número de caballos armados sin que él tuviese que darles sueldo alguno; de modo que allí debían irse y que desde aquel momento en adelante el emperador no estaba obligado a dar sueldo a ninguno de los francos, sino que era el césar quien debía proveerles; pero, sin embargo, antes el emperador debía

darles, por vía de presente, la paga de seis meses, como estaba establecido en el convenio.

De este modo el césar se despidió del emperador, quien le entregó moneda de aquella mala para hacer la paga, y el césar tomóla pensando que, puesto que pasaba a Anatolia, poco le importaba el desagrado de la gente que quedaba en Romanía, de modo que, con aquella moneda, se vino a Gallípoli, y empezó a dar la paga con aquella moneda, y cada uno, con la misma moneda, pagó a su huésped.

213. El césar decide despedirse de xor Miqueli

Mientras se efectuaba la paga, el césar dijo a mi señora su suegra y a mi señora su esposa que quería ir a desperdirse de xor Miqueli, hijo mayor del emperador. Y la suegra y la esposa le dijeron que no hiciera nada de esto, que ellas sabían que era un hombre inicuo y que le tenía tanta envidia que era seguro que si le encontrara en un lugar donde él tuviera mayor poder que el césar le destruiría, al igual que a todos que con él estuviesen. Finalmente, el césar dijo que por nada dejaría de hacerlo, puesto que para él sería una vergüenza partir de la Romanía y entrar en el reino de Anatolia, para habitar para siempre allí contra los turcos, sin que fuera a despedirse, cosa que sería muy notada.

¿Qué os diré? Que su suegra, y su esposa, y sus cuñados se sintieron tan dolidos que reunieron todo el consejo de la hueste y le hicieron decir que de ningún modo hiciera tal viaje; y fue inútil que se lo dijeran, pues por nada del mundo dejaría de ir. Cuando su suegra y su esposa y sus cuñados vieron que por nada dejaría de ir, dijéronle que les entregara cuatro galeras,

que se querían ir a Constantinopla; y el césar llamó al almirante Don Fernando de Aunes y le dijo que llevase a Constantinopla a su suegra, a su esposa y a sus cuñados. Y es que la esposa del cesar no podía pasar con él a Anatolia porque estaba embarazada de siete meses y su madre quería que diese a luz en Constantinopla. Se despidieron, pues, del cesar y embarcaron en las galeras y fuéronse a Constantinopla. Y quedó dispuesto que, cuando la esposa hubiese parido, con diez galeras fuese a donde el césar se encontrara; de manera que la esposa estuvo en Constantinopla, y a su tiempo tuvo un hermoso hijo, que todavía vivía cuando yo empecé este libro.

Y ahora dejaré de hablaros de la esposa y de su hijo y volveré a hablaros del césar y de la hueste.

214. Digresión mitológica

Lo cierto es que, como os he dicho, la hueste estaba en Gallípoli, y quiero que sepáis que Gallípoli es la cabeza del reino de Macedonia, donde nació Alejandro y fue su señor; de modo que, en la marina, Gallípoli es la cabeza del reino de Macedonia, del mismo modo que Barcelona es cabeza de Cataluña en la marina, y Lérida en tierra firme. También hay en Macedonia otra buena ciudad, que tiene por nombre Andrinópolis, y de Gallípoli a Andrinópolis hay cinco jornadas. En Andrinópolis estaba xor Miqueli, hijo mayor del emperador. Y todavía quiero que sepáis que el cabo de Gallípoli está al lado de poniente de la Boca de Aver, y al otro lado de levante está el puesto de Atarquí, donde el megaduque (como entonces se llamaba) invernó el otro año con su hueste. Y aquel lugar de Atarquí era una puerta de la ciudad de Troya, y la otra puerta era un puerto que está en medio de Boca de Aver, en el que hay un castillo

muy hermoso, que lleva por nombre Paris, el cual lo mandó hacer Paris, el hijo del rey Príamo, cuando hubo tomado por la fuerza de las armas a Helena, esposa del duque de Atenas, en la isla del Tenedo, que está cerca de la Boca de Aver, a cinco millas.

En aquellos tiempos, en la isla del Tenedo había un ídolo y, cierto mes del año, venían allí todos los hombres y las mujeres honorables de Romanía, en romería; y por esto ocurrió, en aquel tiempo, que Helena, esposa del duque de Atenas, estuvo allí en romería acompañada de cien caballeros. Y Paris, hijo del rey Príamo de Troya, estaba allí, que había venido también en romería y llevaba consigo cerca de cincuenta caballeros; y vio a la señora Helena, y se enamoró tanto de ella que dijo a sus hombres que era menester que fuera suya y que se la llevase. Y tal como se le metió en el corazón, así se hizo, que se armó con toda la compañía, y apresó la mujer y quería llevársela; y aquellos cien caballeros que estaban con ella quisieron defenderla y, finalmente, murieron los cien, y Paris se la llevó; y por esto se armó una guerra tan grande que, al final, la ciudad de Troya, que tenía un contorno de trescientas millas, fue sitiada durante trece años, y luego fue escarnecida, tomada y destruida.

Al extremo de Boca de Aver, a la parte de afuera, hay un cabo, que se llama el cabo Endremite, que era otra puerta de la ciudad de Troya, de modo que ya veis que Boca de Aver estaba llena de ricos y bellos lugares por todas partes, y siempre se encontraban muy buenas villas o muy buenos caseríos en el tiempo en que nosotros fuimos, y todo fue destruido y despoblado por nosotros, como más adelante oiréis, con gran daño del emperador y gran provecho nuestro.

215. Asesinato de Roger de Flor

Ahora volveré a hablar del césar, que se dispuso, con trescientos hombres de a caballo y con mil hombres de a pie, a ir a Andrinópolis para ver a xor Miqueli, hijo mayor del emperador, contra la voluntad de todos sus amigos y de sus vasallos. Y esto lo hacía por la gran lealtad que había en su corazón y por el fino amor que con recta razón sentía por el emperador y su hijo, y figurábase que, tal como él estaba lleno de lealtad, tales debían ser el emperador y sus hijos; y era todo lo contrario, como se fue demostrando.

Cuando el cesar partió de Gallípoli, dejó como jefe y mayor de la hueste al megaduque Don Berenguer de Entenza, y a Don Bernardo de Rocafort como senescal de la hueste; y fuese; y jornada tras jornada, llegó a la ciudad de Andrinópolis. El hijo del emperador, xor Miqueli, salió a su paso, y recibióle con mucho honor; y esto lo hizo el muy malvado para ver con qué compañía venía.

Cuando hubo entrado en Andrinópolis, el hijo del emperador estuvo con él, con gran gozo y gran alegría que le hizo el césar a él, y xor Miqueli hacía otro tanto.

Cuando hubo estado junto con él durante seis días, al séptimo día, xor Miqueli hizo venir a Andrinópolis a Girgon, jefe de los alanos, y Melic, jefe de los turcoples[57], de modo que, entre todos, fueron más de ocho mil hombres de a caballo. Aquel día convidó al cesar, y cuando hubieron comido, aquel Girgon, jefe de los alanos, entró en el palacio donde estaba xor Miqueli con su esposa y el césar, y sacaron las espadas y despedazaron al césar y a los que estaban con él; y luego por la ciudad, mataron a cuantos con el césar habían venido, que sólo tres escaparon porque se subieron a un campanario. Y de aquellos tres, uno era Don Ramón Alquer, hijo de Gisberto de Alquer, caballero de Castelló de Ampurias; el otro, hijo de caballero de Cataluña, llamado Ramón de Tous, y el otro, Bernardo de Roudor, del Llobregat. Y éstos fueron combatidos en el

campanario, pero defendiéronse tanto que el hijo del emperador dijo que sería pecado que muriesen, y dioles su amparo. Sólo estos tres escaparon.

Fue todavía mayor la maldad de dicho xor Miqueli, pues había ordenado que los turcoples y una partida de alanos fuesen mandados a Gallípoli y ordenó que el día en que el césar muriese saqueasen la ciudad y todos los caseríos. Nosotros habíamos sacado los caballos a forrajear y la gente estaba por los caseríos. ¿Qué os diré? Que en cuanto nos vieron descuidados nos quitaron todos los caballos que teníamos por los caseríos y nos mataron más de mil personas; de modo que sólo nos quedaron doscientos seis caballos y tres mil trescientos siete hombres de armas, entre de a caballo y de a pie, y de mar y de tierra. Y enseguida nos pusieron sitio en frente, y vino tanta gente sobre nosotros que fueron más de diez mil hombres de a caballo, entre turcoples, y alanos, y griegos, y más de treinta mil hombres de a pie. Y el megaduque, es decir, Don Berenguer de Entenza, mandó que abriésemos un foso, incluyendo en él todo el arrabal de Gallípoli; y así lo hicimos. ¿Qué os diré? Más de quince días estuvimos así, que teníamos con ellos torneos dos veces al día; pero cada día era para nosotros un desastre, pues éramos nosotros los que perdíamos.

Estando así sitiados, Don Berenguer de Entenza mandó preparar cinco galeras y dos leños y, contra la voluntad de todos los que allí estábamos, dijo que quería intentar un ataque para poder dar ayuda a la compañía de víveres y de dinero. Todos le dijeron que no había nada que hacer y que era mejor que combatiesen todos juntos, puesto que les tenían sitiados. Y él, como caballero bueno y entendido que era, aun cuando comprendía el peligro de la batalla, no quería acomodarse a lo que le decían, y decidió intentar un ataque hacia Constantinopla, y una vez hecho el ataque volvería inmediatamente a Gallípoli; de modo que, al final, hubo que hacer lo que él quería. Con él

embarcó tanta gente que en Gallípoli sólo quedamos Don Bernardo de Rocafort, que era senescal de la hueste, y yo, Ramón Muntaner, que era capitán de Gallípoli; y no quedaron con nosotros más que seis caballeros, a saber: uno, Don Guillermo de Siscar, caballero de Cataluña; Don Fernando Gorín, un caballero de Aragón; y Don Juan Peris, portugués; y Don Guillermo Peris de Caldes, de Cataluña; y Don Eiximen de Alberó. Hicimos un reconocimiento para ver cuántos éramos después de la partida de Gallípoli de Don Berenguer de Entenza, y vimos que no éramos, entre de a caballo y de a pie, más que mil cuatrocientos sesenta y dos hombres de armas, de los cuales había, de a caballo, doscientos seis (que ya no teníamos caballo) y mil doscientos cincuenta y seis hombres de a pie. Y así quedamos con nuestra pena, y todos los días, desde la mañana hasta la noche, teníamos que mantener el torneo con los de afuera.

Ahora dejaré de hablaros de nosotros, de Gallípoli, que bien sabré volver a ello, y os hablaré de Don Berenguer de Entenza.

Don Berenguer de Entenza cogió las cinco galeras y tomó la ciudad de Heraclea, que está a veinticinco millas de distancia de la ciudad de Constantinopla. Y aquella ciudad es aquella donde estaba Herodes cuando mandó matar a los Inocentes, por lo que quiero contaros un milagros que es evidente. En aquel lugar de Heraclea hay un golfo que va a la isla de Mármara y hasta el Atarquí; y es un bello golfo, que tiene de largo unas veinte millas y otro tanto de ancho, pues llega desde el cabo de la ciudad de Heraclea hasta el cabo de Gano y hasta el Mármara, que es una isla de donde se talla todo el mármol de Romanía. Y dentro de este golfo hay dos buenas ciudades, la una tiene por nombre el Panido y la otra el Redristó. Y en esta ciudad de Redristó se nos hizo la mayor maldad que nunca jamás se hubiese hecho a nadie; y para que sepáis cuál fue aquella maldad, voy a contárosla.

216. Desafío al emperador

La verdad es que después de la muerte del césar, cuando ya nos habían atacado y nos tenían sitiados, tomamos el acuerdo de que antes de luchar contra el emperador debíamos desafiarle y retarle por lo que había hecho; y que este desafío y luego el reto se hiciera en Constantinopla, en presencia del baile del común de Venecia, y del común de Pisa, y del capitán del común de Génova, y todo con cartas públicas. Y ordenamos al caballero Siscar y al adalid Pero Lopis, y a dos almogávares y dos cómitres, que, en una barca de veinte remos, fuesen allí de parte de Don Berenguer de Entenza y de toda la compañía.

Así se hizo y fueron a Constantinopla, y en presencia del baile del común, y de los dichos comunes, desafiaron al emperador y después le retaron y declararon que, diez por diez, o cien por cien, estaban preparados para probar que en forma malvada y falsa había hecho matar al césar y a otras gentes que con él estaban, y que habían atacado a la compañía sin desafiarla, en menoscabo de su fe, y que de ahora en adelante se desentendían de él. De todo esto llevaron escrituras públicas partidas por a.b.c, una para entregársela y otras como testimonio para las comunes. El emperador excusóse diciendo que él no lo había mandado hacer; y ya veis cómo podía excusarse cuando aquel mismo día hizo matar a todos cuantos catalanes y aragoneses había en Constantinopla, con Don Fernando de Aunés, el almirante.

217. Asesinato de los embajadores

Cuando esto estuvo hecho, dejaron al emperador y pidiéronle que les diese un portero que les acompañara hasta que estuviesen en Gallípoli, y él les entregó el portero y, cuando estuvieron en la ciudad de Redristó, el portero les mandó detener y, veintisiete personas que eran, entre catalanes y aragoneses, a todos les descuartizó y a cuartos les colgaron en la carnicería. Podéis comprender la crueldad que mandó cometer el emperador con aquellos mensajeros. Pero guardad en vuestro corazón que con la ayuda de Dios, como veréis más adelante, la compañía tomó tan gran venganza, como jamás se hubiese hecho.

Y en este golfo se produce el milagro de que siempre hallaréis unas extensiones de sangre que son tan grandes como un cobertor, y las hay mayores y otras menores; y aquel golfo está siempre lleno de tales manchas de sangre viva, y en cuanto se sale de aquel golfo dejan de encontrarse. Y esto ocurre por la sangre de los Inocentes que en aquel lugar fue derramada; y así ocurre desde aquellos tiempos y ocurrirá siempre. Y esto es la pura verdad, pues yo la he cogido con mi propia mano.

218. Apresamiento de Don Berenguer de Entenza

Cuando Don Berenguer de Entenza hubo saqueado la ciudad de Heraclea, que fue uno de los grandes hechos del mundo, se volvía hacia la compañía con grandes ganacias. Pero cuando se volvía hacia Gallípoli, dieciocho galeras genovesas venían de Constantinopla y debían entrar en el Mar Mayor y se encontraron con él en una playa que hay entre Panido y el cabo del Gano. Don Berenguer de Entenza hizo armar a su gente y, dando con la proa en tierra, estuvo con la popa fuera de las cinco galeras. Los genoveses le saludaron y luego, en una bar-

ca, fueron a donde estaba él para darle seguridades; y el capitán de las dieciocho galeras le invitó a comer en su galera, y Don Berenguer de Entenza, por desgracia, fióse y fue a la galera del capitán. Y mientras comían, la gente de Don Berenguer de Entenza fue desarmada y siguiéronles detrás y apresaron cuatro galeras y mataron más de doscientas personas. En una de las galeras, en la que estaba Don Berenguer de Entenza, estaba Don Berenguer de Vilamarí y otros caballeros y se negaron a desarmar; y sobre esta galera fue tan grande la batalla que en ella murieron cuatrocientos genoveses, y los de la galera fueron muertos todos, que ni uno pudo escapar.

Y a veis qué convite supieron hacer los genoveses a Don Berenguer de Entenza, al que llevaron preso a Constantinopla con todos los suyos que quedaron con vida, y se apoderaron de todo cuanto Don Berenguer de Entenza había ganado en la ciudad de Heraclea. Y es que está loco todo señor que se fía de ningún hombre del común; pues hombre que no sabe lo que es la fe no la puede guardar. De modo que se llevaron a Don Berenguer de Entenza preso, con todos los suyos, y los tuvieron con gran desdoro en Pera (que es villa de genoveses, delante de Constantinopla) más de un mes, hasta que las galeras hubieron entrado y salido del Mar Mayor. Luego lleváronse a Don Berenguer de Entenza para Génova y pasaron por Gallípoli; y yo entré a verle y quise dar diez mil perpras[58] de oro por él (que cada perpra vale diez sueldos barceloneses), y que lo dejasen, y no quisieron hacerlo. Cuando vi que no lo querían hacer, le di a él, para que las gastara, mil perpras de oro. Y se lo llevaron a Génova.

Y he de dejar de hablaros de Don Berenguer de Entenza, que bien sabré volver a hacerlo cuando haya tiempo y lugar, y volveré a hablaros de nosotros, que habíamos quedado en Gallípoli.

219. Consejo de la compañía

La verdad es que cuando supimos que Don Berenguer de Entenza estaba preso y que todos los que con él estaban habían muerto o eran prisioneros, quedamos muy desconsolados. Igualmente, cuando supimos la muerte de Siscar y de los otros mensajeros que habíamos mandado al emperador, un día reunimos el consejo para decidir qué haríamos. Como ya os he dicho, encontramos que no éramos más que doscientos seis hombres de acaballo y mil doscientos cincuenta y seis hombres de a pie. El acuerdo de lo que haríamos se decidió en dos partes: unos decían que nos fuéramos con todo lo nuestro a la isla del Meteli, que es una isla buena y provechosa, pues todavía teníamos cuatro galeras y más de doce leños armados, y muchas barcas, y una nave con dos cubiertas, de modo que podíamos embarcarnos y ponernos a salvo, y luego, cuando estuviésemos en aquella isla, haríamos la guerra al emperador. La otra opinión era ésta: que sería una gran vergüenza para nosotros que habiendo perdido a dos señores y a tanta gente buena como nos habían matado con tan grande traición, que no los vengásemos y muriésemos con ellos; que no habría gente en el mundo que no nos apedrease, mayormente siendo gente de tanta fama como éramos y estando el derecho de nuestra parte; de manera que más nos valía morir con honor que vivir con deshonor.

¿Qué os diré? Al final el consejo decidió que combatiéramos todos contra ellos y que apresuráramos la guerra, y que muriesen todos los que dijeran lo contrario; y para mayor seguridad se acordó que enseguida se quitasen de las galeras, y de los leños, y de las barcas, y de la nave, dos tablas del fondo de cada barco para que nadie pudiese pensar que por mar podría esca-

par, de modo que cada cual pensara en comportarse como bueno. Y éste fue el final del consejo.

Yo y todos los demás fuimos a hundir todos los barcos[59], y yo mandé hacer una gran bandera de San Pedro de Roma para que estuviese en la torre maestra, y mandé hacer una bandera real del señor rey de Aragón, y otra del señor rey de Sicilia, y otra de San Jorge, y estas tres las llevaríamos a la batalla, y la de San Pedro que estuviese en la torre maestra. Y así, entre aquel día y el siguiente, quedaron hechas.

220. Victorias catalanas

Llegado el viernes, a la hora de vísperas, veintitrés días antes de la fiesta de san Pedro de junio, nos reunimos todos con nuestras armas ante la puerta de hierro del castillo; y mandé subir a la torre maestra diez hombres, y un marinero llamado Bernardo de Ventaiola, que era del Llobregat, entonó el laus del bienaventurado san Pedro de Roma, y todos le respondieron con lágrimas en los ojos. Y cuando hubo dicho el laus, en cuanto se levantó la bandera, comenzaron todos a cantar «Salve Regina». Hacía un tiempo hermoso y claro y no había en el cielo una sola nube; y en cuanto la bandera se alzó, una nube se puso sobre nosotros y nos cubrió a todos de agua mientras estábamos de rodillas, y duró tanto como duró el canto de la «Salve Regina». Cuando esto quedó hecho, el cielo aclaró como antes estaba, y a todos nos dio gran alegría.

Ordenamos que aquella noche todo el mundo confesara y que por la mañana, de madrugada, comulgara, y que al salir el sol, cuando los enemigos vendrían para forzar al torneo, todos estuviesen preparados para el ataque. Así lo hicimos. Y encomendamos la bandera del señor rey de Aragón a Don Guiller-

mo Peris de Caldes, caballero antiguo que era de Cataluña, y la bandera del señor rey de Sicilia a Don Fernando Gorin, caballero, y la bandera de San Jorge la encomendamos a Don Eiximen de Alberó, y Don Bernardo de Rocafort encomendó su bandera a un hijo de caballero llamado Guillermo de Tous.

Entonces ordenamos nuestra batalla de la siguiente manera: no hicimos ni vanguardia, ni centro, ni retaguardia; únicamente que los hombres de a caballo nos pusimos todos al lado izquierdo, y pusimos los peones a mano derecha. Y en cuanto lo hubimos ordenado esto, ya lo supieron nuestros enemigos, pues la verdad es que la hueste de los enemigos estaba atendada cerca de nosotros, en una montaña de tierra labrada que distaba unas dos millas.

Cuando llegó la mañana de aquel sábado, veintidós días antes de la fiesta de san Pedro de junio del año mil trescientos seis, ellos vinieron contra nosotros, veinte mil hombres de a caballo dispuestos para la batalla, y dejaron dos mil con los hombres de a pie en las tiendas, pues daban la victoria como cosa hecha.

A la salida del sol, nosotros estábamos ya fuera de los fosos, preparados para combatir y ordenados como antes os he dicho. Y ordenamos que ningún hombre se moviese hasta que fuese dicha la buena palabra, que rezó dicho Ventaiola, y que cuando la hubiese dicho, tocarían las nácaras y atacáramos todos a la vez. Y así se hizo; y los enemigos estaban con las lanzas apoyadas en el muslo, dispuestos a herir.

Cuando se hubieron dado las señales que estaban ordenadas, pensamos en atacar todos a la vez de una embestida, y dimos de tal modo en el centro de ellos que pareció que todo el castillo se cayera al suelo; y ellos también atacaron muy vigorosamente.

¿Qué os diré? Por sus pecados y por el buen derecho que estaba con nosotros, fueron vencidos, pues una vez vencida la vanguardia todos se volvieron de golpe. Y nosotros pensábamos en atacar, que no había nadie que levantase la mano que no hiriese en carne; y así llegamos hasta la montaña donde estaba su hueste. El buen talante con que salieron, tanto los de a caballo como los de a pie para ayudar a los suyos no se ha visto jamás, de manera que, de momento, creímos que tendríamos mucho quehacer, pero al llegar al pie de la colina surgió de entre nosotros una voz y todos gritamos:

—¡Afuera! ¡Afuera! ¡San Jorge! ¡San Jorge! Y así cobramos coraje y fuimos arremetiendo fuertemente contra ellos, y de este modo les vencimos y no hubo necesidad de atacar más.

¿Qué os diré? Durante todo el día siguió y siguió la persecución, que bien duró hasta veinticuatro millas, que ya era de noche oscura cuando les dejamos, y por la noche tuvimos que volver, que ya era media noche cuando volvimos a Gallípoli.

Al día siguiente reconocimos nuestra compañía y encontramos que sólo habíamos perdido un hombre de a caballo y dos de a pie; y fuimos a levantar el campo y nos encontramos con que habíamos matado a más de seis mil hombres de a caballo y más de veinte mil de a pie. Y esto fue por la ira de Dios, que cayó sobre ellos, que nosotros de ningún modo podíamos suponer que hubiese tanta gente muerta, de manera que pensamos que el uno había ahogado al otro. Igualmente murió mucha gente en las barcas que habían sacado a tierra por la costa, que estaban todas estropeadas, y al vararlas metían tanta gente dentro, que cuando estaban en el mar zozobraban y se ahogaban, y de este modo murió mucha gente.

¿Qué os diré? La ganancia que alcanzamos en aquella batalla fue tan grande que no hay manera de fijar su número; ocho días tardamos en levantar el campo, que no había manera de

recoger tanto oro y plata, ya que los cinturones de todos los hombres de a caballo, y las espuelas, y las sillas, y los frenos, y todas sus armaduras estaban adornadas con oro, y cada uno llevaba moneda, y lo mismo ocurría con los hombres de a pie. Igualmente cogimos más de tres mil caballos vivos; los demás los encontramos muertos; los otros iban por el campo arrastrando las tripas; de manera que tuvimos tantos caballos que había tres para cada uno.

Cuando se hubo levantado el campo, tomé por mi cuenta a cuatro griegos que encontré en una casa y eran hombres pobres que habían estado en Gallípoli, y les dije que les haría mucho bien si querían ser espías, y ellos estuvieron de acuerdo. Vestíles muy bien a la griega, y les di a cada uno un rocín de los que ya teníamos en nuestro poder, y me juraron que me servirían bien y lealmente.

Enseguida mandé dos de ellos a Andrinópolis, para que viesen qué hacía el hijo del emperador, y los otros dos los mandé a Constantinopla. Y a los pocos días volvieron aquellos que habían ido a ver al hijo del emperador, y dijeron que el hijo del emperador venía contra nosotros con diecisiete mil hombres de a caballo y más de cien mil hombres de a pie, y que ya habían salido de Andrinópolis.

221. Victoria sobre xor Miqueli

Sobre esto, nos reunimos en consejo para ver lo que haríamos. Finalmente el consejo decidió lo siguiente: que Dios y el bienaventurado mi señor san Pedro, y san Pablo, y san Jorge, que nos habían procurado aquella victoria, nos harían triunfar de aquel malvado que tan gran traición nos había hecho; y que de ningún modo nos detuviésemos en Gallípoli, pues Gallípoli, era un lugar fuerte, y como nosotros habíamos ganado tanto, podría hacernos flaquear nuestro ánimo, de modo que por nada permitiéramos que nos sitiasen; y además, que el hijo del emperador que venía, no podía ser que viniera con toda la hueste a la vez, sino que tendría que disponer una vanguardia, y que nosotros nos encontraríamos con ella, y pensáramos en atacarla, que si vencíamos a esta delantera, todo el resto quedaría desbaratado. De manera que nosotros al cielo no podíamos subir, ni podíamos meternos en un abismo, ni podíamos irnos por mar, por lo que era evidente que teníamos que pasar por sus manos. De manera que era necesario que no flaqueara nuestro ánimo por nada de lo que habíamos ganado ni por mucha fuerza que nos viéramos delante, de modo que debíamos decidirnos a ir contra ellos. Y éste fue el acuerdo que tomamos.

Dejamos cien hombres en el castillo con las mujeres y decidimos atacar. Cuando hubimos caminado tres jornadas, quiso Dios que nos durmiéramos al pie de una montaña, y al otro lado dormían ellos; y los unos no supimos de los otros hasta que fue media noche y vimos el resplandor de los fuegos que ellos hacían. Mandamos espías, que nos trajeron noticias (dos griegos que habíamos hecho prisioneros), y supimos que en aquel lugar estaba el hijo del emperador con seis mil hombres de a

caballo, y que de madrugada se pondrían en camino para venir hacia Gallípoli, y que el resto de la hueste estaba a más de una legua de distancia de él, y que el hijo del emperador descansaba en una castillo que había en aquella llanura, que lleva el nombre de Apro, que era un castillo bueno y fuerte con una gran villa. Y nosotros estuvimos muy contentos cuando supimos que había un castillo y una villa, pues pensamos que la vileza de aquella gente era tanta que primero mirarían cómo podrían retener el castillo y la villa de Apro.

Al alba del día, todos nosotros confesamos y comulgamos y ceñimos todas nuestras armas, y en batalla desplegada nos dispusimos a escalar la montaña, que era toda de labrantío. Cuando estuvimos arriba, se hizo de día y los de la hueste viéronnos, y esperaron a que fuéramos a ponernos a su merced. Pero el hijo del emperador no se lo tomó como un juego, sino que se armó muy bien, pues era muy buen caballero, pues nada le faltaba, aparte de que no era leal. Y de ese modo, muy bien arreglado, personalmente, con toda aquella gente, se vino contra nosotros y nosotros contra él.

Cuando llegamos al trance de acometer, gran parte de nuestros almogávares bajaron del caballo, pues se atrevían más a pie que a caballo; y todos pensamos en atacar muy vigorosamente, y ellos igualmente a nosotros.

¿Qué os diré? Quiso Dios que la delantera cediera, como ocurrió en la otra batalla, aparte del hijo del emperador, que con cien caballeros se contorneaba entre nosotros; de modo que fue a atacar, en una entrada que hizo, contra un marinero que se llama Bernardo Ferrer, que montaba un buen caballo que había ganado en la primera batalla, y llevaba igualmente unas buenas corazas muy hermosas, que igualmente había ganado, y no llevaba escudo, pues no sabía apañarse muy bien sobre el caballo. El hijo del emperador se figuró que se trataba de hombre de gran condición, y diole con la espada en el brazo iz-

quierdo, lastimándole la mano, y aquél, al verse lastimado, como era un mozo bien templado, fue a abrazarle, y con una broncha que llevaba diole más de trece cuchilladas, hiriéndole con una de ellas en la cara, que se la dejó desfigurada. Entonces perdió el escudo y cayó del caballo, y los otros se lo llevaron de la refriega, que era muy grande, y sin que nosotros supiéramos de quién se trataba lo metieron en el castillo de Apro.

Después, la batalla siguió, muy áspera y dura, hasta la noche; y Dios, que todo lo hace bien, nos iluminó de tal modo que por los alrededores del castillo de Apro andaban todos desbaratados, y todos huían por donde mejor les parecía. Pero no huyeron muchos, pues aquel día no dejaron de morir, de ellos, diez mil hombres de a caballo y un sinnúmero de hombres de a pie, y de los nuestros sólo murieron once hombres de a caballo y veintisiete hombres de a pie.

Toda la noche permanecimos armados en el campo, y al día siguiente temíamos que nos plantasen batalla, pero no encontramos en el campo ningún hombre vivo de los suyos; y fuimos al castillo y lo combatimos, permaneciendo en él unos ocho días.

Levantamos el campo y nos llevamos sus buenos diez mil carros[60] (cada carro arrastrado por cuatro búfalos), y tanto ganado que cubría toda la tierra. Y ganamos una infinidad, mucho más que en la primera batalla. Y de aquella hora en adelante toda la Romanía quedó vencida, y les teníamos metido de tal modo el miedo en el cuerpo que no podíamos gritar «¡Francos! ¡Francos!», sin que enseguida pensasen en huir.

Así que con gran alegría volvimos a Gallípoli, y luego todos los días hacíamos cabalgadas, corriendo hasta las mismas puertas de Constantinopla; como que un día ocurrió que un almogáver de a caballo, llamado Perico de Doña Clara, habiendo

perdido en el juego, con dos hijos que tenía, cogió las armas y, sin más compañía, se fue a Constantinopla andando, y en un jardín del emperador encontró a dos mercaderes genoveses que estaban cazando codornices, y apresólos y se los llevó a Gallípoli, y obtuvo por rescate tres mil perpras de oro (y vale la perpra diez sueldos barceloneses). Y cabalgadas parecidas se hacían todos los días.

222. Redristó y Panido, en poder de la compañía

Pasado esto y en tanto que iban corriendo toda la tierra cada día, se metió en la cabeza de la compañía ir a saquear la ciudad de Redristó, donde nuestros mensajeros habían muerto despedazados y puestos en cuartos en la carnicería; de modo que tal como se les metió en la cabeza así se hizo. Y fueron allí, y de madrugada tomaron la ciudad, y todas cuantas personas encontraron, hombres, mujeres y niños, les hicieron lo que ellos habían hecho a los mensajeros, que por nadie del mundo quisieron dejar de hacerlo. Y es cierto que fue una gran crueldad, pero esta venganza tomaron. Y cuando hubieron hecho esto, fueron a tomar otra ciudad que está a media legua de aquélla y tiene por nombre Panido. Y cuando tuvieron estas dos ciudades, se les ocurrió instalarse allí con sus mujeres y sus amigas, excepto yo, que me quedé en Gallípoli con los hombres de mar y cien almogávares y cincuenta hombres de a caballo. Y así lo hicieron: se alojaron entre el Redristó y el Panido porque estaban cerca de Constantinopla, a unas sesenta millas.

Cuando la compañía estuvo así asentada, Don Fernando Eixemenis de Árenos, que se había separado del megaduque en el Atarquí por ciertas disputas que tuvo con él, yéndose con el

duque de Atenas, que le recibió con mucho honor, y supo que nosotros éramos victoriosos de nuestros enemigos, como bueno y experto caballero que era, pensando que nosotros podíamos necesitar de su compañía, vínose a nosotros desde la Morea en una galera, y se trajo ochenta hombres entre catalanes y aragoneses.

Todos sentimos gran satisfacción de ello, y celebramos aquel refresco que nos venía; y tanto les dimos, que tanto él como su compañía tuvieron muy buenas cabalgaduras, y les arreamos de todo lo necesario, como lo hubiésemos hecho con mil, si hubiesen venido.

223.Gesta de Don Fernando Eixemenis

Cuando sintió que ya estaba en orden, un día cogió hasta ciento cincuenta hombres de a caballo y unos trescientos de a pie y fue a recorrer el campo hasta cerca de la ciudad de Constantinopla. A la vuelta, que hacía con prisas por la gente y el ganado que se traía, el emperador le mandó, a un paso por el que tenía que cruzar, unos ochocientos hombres de a caballo y más de dos mil de a pie. Don Fernando Eixemenis que les vio, arengó a su gente y les amonestó a que obraran bien, y todos a la vez atacaron. ¿Qué os diré? Entre muertos y prisioneros acabaron con más de seiscientos hombres de a caballo y de a pie, más de mil quinientos; siendo éste un hecho de los más honorables. De este modo ganó tanto, él y su compañía, con aquella cabalgada, que le dio ánimos para ir a sitiar el castillo que se encuentra a la entrada de la Boca de Aver y que se llama de Mádito. Sabed además que él, en el sitio, no contaba más que con ochenta hombres de a caballo y doscientos de a pie, y que dentro había más de setecientos hombres de armas, griegos. En

verdad que el ricohombre estaba, en realidad, más sitiado que los de adentro, pues todo el pan que comían se lo mandaba yo desde Gallípoli, en barcas, y hay más de veinticuatro millas desde Gallípoli; de modo que todo lo que afecta al revituallamiento tenía yo que llevárselo. Y de este modo mantuvo el sitio más de ocho meses, y disparaba de día y de noche un trabuco, y yo le había mandado diez escalas de cuerda con rampagones[61], y muchas veces, de noche, intentaban el asalto, pero no lo podían lograr.

Y voy a contaros la más bonita aventura que le ocurrió y que nunca haya ocurrido. Un día de julio que hacía mucho calor, a la hora de siesta, todos los del castillo estaban, unos, a la sombra, otros, charlando o durmiendo. Y cuando era la hora de la siesta, que todo el mundo hervía de calor, Don Fernando Eixemenis, si los otros dormían, él velaba, como le ocurre a quien tiene grandes cargos sobre las espaldas, y miró hacia el muro y no vio que hubiese nadie charlando ni nadie que apareciera, fuese acercando al muro e hizo el gesto de acercar las escalas, y nadie apareció.

Entonces se volvió a las tiendas e hizo que todos, de mano en mano, se armasen sin meter ningún ruido; y escogió cien hombres jóvenes y valerosos, y con las escalas se acercó al muro. Levantaron las escalas y adosaron cuatro de ellas, con los rampagones, en el muro; y luego, en cada escala subieron cinco hombres, uno detrás del otro, y suavemente subiéronse al muro sin ser oídos en absoluto. Luego subieron otros veinte, y ya fueron cuarenta, que se apoderaron de dos torres. Don Fernando Eixemenis vínose a la puerta con hachas para romper las puertas; de este modo, mientras aquéllos matarían a los que estaban en el muro y la alarma ya estaría dentro y todos correrían contra aquéllos, éstos podrían romper las puertas. Y así ocurrió, que cuando aquellos cuarenta estuvieron arriba pensaron

en echarse encima de los del muro que dormían, y toda la gente corrió hacia ellos.

Y Don Fernando Eixemenis decidió romper el portal, y no encontró quien se le opusiera; y cuando las puertas estuvieron rotas, pudieron entrar y empezaron a matar y destruir todo lo que se les puso por delante. De modo que tomaron el castillo y a toda la gente, y se ganó tanta moneda que, de aquella hora en adelante, a Don Fernando Eixemenis y toda su compañía no les hizo falta nada y todos fueron ricos. Y así habéis podido oír la más bella aventura que nunca oyerais contar: que en pleno día fue tomado un castillo que hacía ocho meses que estaba sitiado.

Cuando todo esto hubo pasado, la compañía se dividió en tres partes, estando todos a disposición de los otros, eso es: Don Fernando Eixemenis, en el Mádito; yo, Ramón Muntaner, en Gallípoli, con todos los hombres de mar y otros de tierra (ya que Gallípoli era la cabeza de todo, y aquí venían todos cuantos tenían algo que menester de vestido, de armamento o de cualquier otra cosa, pues Gallípoli era la ciudad donde encontraban todo lo que necesitaban, y aquí iban y venían los mercaderes de cualquier condición que fuesen); y en el Redristó y el Panido estaba Don Bernardo de Rocafort con toda la otra compañía. Y todos estaban ricos y sobrados de todo, de manera que ni sembraban ni araban la tierra, ni cavaban la viña ni la podaban; y no obstante, cogían cada año tanto vino como querían, y tanto trigo y avena, de modo que durante cinco años vivimos del que de por sí daba la tierra. Y las cabalgadas que se hacían eran las más maravillosas que jamás hombre alguno pudiera imaginar, de modo que si todas os las contara no habría quien bastara para escribirlas. Pero sí que he de deciros una hermosa aventura que nos ocurrió a nos, que estábamos en Gallípoli.

224. Una aventura de Ramón Muntaner

El caso es que hubo un barón que era del reino de Salónica y que se llamaba Cristóbal Jorge, que venía del reino de Salónica a Constantinopla para ver al emperador. Cuando estuvieron en la región de Gallípolí él dijo a su compañía (que eran más de ochenta hombres de a caballo, bien aparejados y bien armados) que, puesto que se encontraban cerca de Gallípoli, quería hacer una correría, y que como sabía que no había hombres de a caballo y pocos de a pie, podrían apoderarse de las acémilas y los carros que mandábamos al campo a por leña. A todos les pareció bien, y a la hora de tercia llegaron cerca de Gallípoli.

Yo todos los días mandaba dos carros y dos acémilas al campo a por leña; e iba con ellos un escudero que estaba conmigo que era ballestero de a caballo y se llamaba Marc. Cuando estuvieron donde debían hacer la leña, éstos cargaron y aquéllos arremetieron contra ellos. El escudero que les vio, mandó a cuatro hombres de a pie que se subiesen a una torre que había casi sin puertas y que se defendiesen con piedras, en tanto él correría a Gallípoli y pronto traería socorro; y así lo hicieron.

Los griegos cogieron enseguida los carros y las acémilas y el escudero corrió a Gallípoli y dio la alarma, y nosotros pensamos en salir, pero en realidad sólo salimos seis caballos armados y ocho alforrados, pues la demás compañía de a caballo la habíamos mandado en cabalgada con Don Bernardo de Rocafort. Y aquéllos vinieron hasta nuestras barreras, y nosotros todos, los de a pie y los de a caballo, nos reunimos e hicimos lo mismo. Tal como habíamos hecho en las otras batallas, decidimos atacar todos a la vez, los de a pie y los de a caballo, y plugo a nuestro señor Dios que les venciéramos. Y hubimos treinta y siete hombres de a caballo, ya muertos, ya prisioneros, y a los

demás les perseguimos hasta la torre, donde estaban mis cuatro hombres que estaban con los carros y las acémilas; y las recobramos, y luego les dejamos partir a la mala ventura y nos volvimos a Gallípoli.

Al día siguiente hicimos almoneda de los caballos y de los presos y de cuanto habíamos ganado.

Y repartimos como ganancias dieciocho perpras de oro por caballo armado y catorce por caballo alforrado, y siete para cada peón; y en esta forma cada cual tuvo su parte. Y por esto os he contado esta tan hermosa aventura, para que todos comprendáis que no hay nada comparable al poder de Dios; y esto no se logró por nuestro valer, sino por virtud y por gracia de Dios.

225. Funciones de Muntaner en Gallípoli

Mientras ocurría eso, Rocafort había ido a hacer una correría una jornada adentro en un lugar que se encuentra a la entrada del Mar Mayor, y que se llama el Estenyaire, donde se hacen todas las naves, leños y taridas y galeras que se construyen en Romanía. Había en el varadero más de ciento cincuenta leños entre unos y otros, y los quemaron todos y, además, apresaron a todos los maestros de ribera y saquearon todo el pueblo y los caseríos de alrededor. Volviéronse con mucha prisa, y ganaron tanto que no se puede contar.

Pasados unos días, se nos metió en la cabeza, a Rocafort, a Don Fernando Eixemenis y a mí, que todo cuanto habíamos hecho de nada valía si no arremetíamos contra los alanos, que eran los que habían matado a nuestro césar. Finalmente, se tomó este acuerdo y, de inmediato, empezamos a llevarlo a la práctica; y así se ordenó: que la compañía, con sus mujeres y sus niños, que estaban en el Panido y el Redristó, volviesen to-

dos a Gallípoli, con sus mujeres y amigas, y con sus niños y con todo lo que fuese suyo, y que dejasen aquí a sus mujeres, amigas y niños y toda su familia y lo que les pertenecía y que quitasen de allí las banderas. Y así se hizo.

Y es que Gallípoli era la cabeza de la hueste, y en Gallípoli estaba yo con mi casa y con todos los escribanos de la hueste. Yo era capitán de Gallípoli y, cuando estaba la hueste allí, por derecho todos dependían de mi poder, desde el mayor al menor. Era canciller y maestro racional de la hueste y los escribanos trabajaban siempre junto a mí, de modo que nadie sabía, en números, cuántos éramos, fuera de mí, y yo llevaba, por escrito, cuánto se llevaba cada uno por caballo armado o alforrado, y lo mismo pasaba con los hombres de a pie. De modo que, de conformidad con mi libro, debía hacerse el reparto de las cabalgadas y a mí me correspondía el quinto de aquéllas, tanto por mar como por tierra. Además, era yo quien disponía del sello de la compañía, pues cuando murió el césar y Don Berenguer de Entenza fue hecho prisionero, la compañía mandó hacer un gran sello, en el que figuraba mi señor san Jorge, y la leyenda decía: «Sello de la hueste de los francos que rigen el reino de Macedonia». De modo que siempre fue Gallípoli cabeza de la compañía, eso es, durante los siete años que lo tuvimos después de la muerte del cesar. Y durante cinco años vivimos del renadío, que nada sembrábamos, ni plantábamos ni cultivábamos.

Cuando toda la compañía estuvo en Gallípoli, sobre mí recayó la suerte de que me quedara a la guarda de Gallípoli, con las mujeres y los niños y todo lo de la compañía, y me dejaron doscientos hombres de a pie y veinte hombres de a caballo de mi compañía. Y quedó ordenado que me diesen el tercio de la quinta de cuanto ganaran y otro tercio se repartiera entre aquellos que quedaban conmigo, y el otro tercio quedaba para Rocafort.

226. Victoria sobre los alanos

Así, pues, con la gracia de Dios, la hueste decidió salir de Gallípoli, y tenéis que saber que entre Gallípoli y el lugar donde estaban los alanos había doce jornadas, de manera que estaban fuera de las tierras del emperador y estaban en tierras del emperador de Lantzara, y si alguien me pregunta cómo podía ser que así se repartiera la quinta, en forma que los doscientos hombres que se quedaban conmigo en Gallípoli percibieran un tercio, os diré que todo se hacía porque no se encontraba a nadie que quisiera quedarse, y aún con eso, tampoco podíamos encontrar ninguno. ¿Qué queréis? Al llegar la noche se iban los que debían quedarse, de modo que no quedaron conmigo más que ciento treinta y cuatro hombres de a pie, entre hombres de mar y almogávares, y siete caballos armados, que pertenecían a mi casa; a los otros, a la fuerza tuve que darles licencia para que se fuesen, y prometieron partirse, mitad por mitad, toda la ganancia que Dios les diera, con estos siete caballos armados. Y así quedé, mal acompañado de hombres y bien acompañado de mujeres, que siempre quedarían más de dos mil.

De modo que la hueste se fue en buena hora, y tanto anduvieron en sus jornadas que entraron en el imperio de Lantzara por una hermosa planicie. Girgon, jefe de los alanos, que había matado con sus manos al cesar en Andrinópolis, estaba allí, y tenía a sus órdenes unos tres mil hombres de a caballo y cerca de seis mil hombres de a pie, y estaban todos con sus mujeres y sus chiquillos, pues los alanos hacen lo mismo que los tártaros, que andan siempre con todo lo suyo y jamás paran en ninguna ciudad ni villa ni población.

Cuando los nuestros les anduvieron cerca, detuviéronse un día sin acercárseles para reherrar y disponerlo todo para la batalla, ya que los alanos son tenidos por la mejor caballería que exista en Levante. Cuando hubieron descansado un día, al siguiente fueron a situarse cerca de ellos, a la distancia de una legua, y levantáronse muy de mañana y, al alba, fueron hacia ellos y les atacaron en las tiendas. Los alanos habían recibido noticias, pero no se figuraban tenerlos tan cerca, a pesar de lo cual un millar de caballos estaban ya preparados.

¿Qué os diré? La batalla fue dura y duró todo el día, y al mediodía ya había muerto su jefe Girgon, que perdió la cabeza y sus estandartes fueron abatidos, de modo que todos se desbarataron.

¿Qué os diré? Que de todos los alanos no escaparon, entre de a pie y de a caballo, ni trescientos hombres, ya que todos murieron porque les dolía separarse de sus mujeres y de sus hijos.

He de contaros lo que le ocurrió a un caballero alano, que se llevaba a su mujer, él montado en un buen caballo y su mujer en otro. Y tres de nuestros hombres de a caballo les siguieron detrás. ¿Qué os diré? El caballo de la mujer flaqueaba y él le daba con la espada de plano; pero al fin nuestros hombres de a caballo le alcanzaron. El caballero, que vio que le atrapaban y que la mujer tenía que perderse, marchó un poco hacia delante y la mujer le lanzó un gran grito. El volvióse hacia ella para abrazarla y besarla, y cuando lo hubo hecho, diole tal tajo a la cabeza con la espada que se la quitó de un golpe. Después de hacer eso, volvióse hacia nuestros tres hombres de a caballo, que ya estaban cogiendo el de la mujer, y con la espada dio tal golpe a uno de ellos, que se llamaba Guillermo de Bellver, que le cortó el brazo izquierdo y cayó muerto en tierra Los otros dos, que vieron esto, se lanzaron contra él y él contra ellos; uno de ellos se llamaba Arnaldo Miró, y era adalid y buen hombre

de armas, y el otro era Don Bernardo de Ventaiola. ¿Qué os diré? Os hago saber que no se separó del lado de su mujer hasta que lo hubieron hecho pedazos, y él vendió tan cara su vida que mató a Guillermo de Bellver y dejó malheridos a los otros dos. Y así podéis ver que murió como buen caballero, y que, con dolor, hacía lo que hacía.

Así murieron, y por esta razón de dolor, la mayor parte de los alanos, pues, como antes os he dicho, no escaparon más de trescientos hombres, y todos los demás murieron.

Reconocida cuánta gente habíamos perdido nosotros, encontramos que habíamos perdido, entre de a caballo y de a pie, más de cuarenta hombres y muchos heridos. Y, con grandes ganancias, decidieron volverse, con gran alegría por la venganza que habían tomado de la muerte del cesar. Y pusiéronse en camino y, con gran descanso, volvieron a Gallípoli.

227. Defensa de Gallípoli

Ahora dejaré de hablaros de ellos, que están volviendo y que ya han pasado bastante afán y trabajo, y os hablaré de nosotros, que quedamos en Gallípoli y que no pasamos menores afanes que ellos.

Mientras la compañía estaba fuera de Gallípoli para atacar a los alanos, el emperador lo supo. Y quiso la suerte que en aquella ocasión llegaran dieciocho galeras de los genoveses, de las que era capitán micer Antonio Spíndola, que había venido de Génova a Constantinopla para llevarse a Lombardía al hijo menor del emperador para ser marqués de Monferrato. De modo que dicho micer Antonio Spíndola dijo al emperador que, si quería, su hijo el marqués podía tomar por esposa a la

hija de micer Opisín Spíndola, y que él le echaría a los francos fuera de Romanía. Y el emperador dijo que le placía.

Con esto, dicho micer Antonio vino con dos galeras a Gallípoli y nos desafió en nombre de la ciudad de Génova. Y el desafío que nos hacía de parte de la ciudad de Génova era que nosotros saliéramos de su jardín, o sea del imperio de Constantinopla, que era el jardín de la ciudad de Génova; y que, de otro modo, si no nos íbamos, él nos desafiaba en nombre de la ciudad de Génova y de todos los genoveses del mundo. Respondíle yo que no aceptábamos el desafío, pues sabíamos que el común había sido y era todavía amigo de la casa de Aragón y de Sicilia y de Mallorca, de modo que no había motivo para que tal desafío él nos hiciera ni nosotros recibiéramos. Él mandó hacer una carta pública de lo que nos había dicho y yo mandé hacer otra de lo que yo le había contestado en nombre de toda la compañía. Otra vez volvió a lo mismo y yo lo mismo le respondí, y fueron hechas otras cartas. Por tercera vez él contestó y yo le dije que mal obraba quien en tales desafíos se apoyaba, y que le requería en nombre de Dios y de la santa fe católica (para cuya exaltación habíamos venido a Romanía) y que cesara en tales desafíos, y que, además, le requería de parte del padre santo apostólico «de quien nos tenemos la bandera» (la cual él podía ver), contra el emperador y sus gentes, que eran cismáticos y que a gran traición habían matado a nuestros jefes y a nuestros hermanos, siendo así que nosotros habíamos venido a servirles contra los infieles. De modo que le requería de parte del padre santo, y del señor rey de Aragón, y del señor rey de Sicilia, y del señor rey de Mallorca, para que nos ayudasen a realizar aquella venganza, y que sí no nos querían ayudar, que no se nos mostraran hostiles. En otra forma, que si no quería revocar los desafíos, protestaba de parte de Dios y de la santa fe católica, que sobre él que tales desafíos traía, y sobre todos aquellos que con él habían estado y estaban, cayera la

sangre que se derramaría entre nosotros y ellos a causa de tales desafíos, y que nosotros quedásemos libres de pecado y culpa; pues Dios y el mundo podían ver que nos debíamos recibirlos como forzados y teníamos que defendernos. Y todo esto yo lo mandé poner en escritura pública.

Él insistió en su desafío, y lo hacía porque había dado a entender al emperador que en cuanto nos desafiara en nombre del común no nos atreveríamos a permanecer en Romania. Y no conocía nuestra intención, pues a pecho habíamos tomado que jamás nos marcharíamos hasta que hubiésemos tomado cumplida venganza.

De ese modo volvióse a Constantinopla y dijo al emperador todo lo que había hecho, y además le dijo que ahora le conquistaría el castillo de Gallípoli y se lo entregaría conmigo y con cuantos conmigo estaban. Y de inmediato mandó embarcar sus dieciocho galeras, más siete del emperador, de las que era almirante Don Andriol Morisc, genovés, y se llevaron al hijo del emperador para conducirlo al marquesado. Y vinieron un sábado por la noche frente a Gallípoli las veinticinco galeras y pasaron todo aquel día y la noche arreglando escalas y otros pertrechos para combatir Gallípoli, sabiendo que la compañía estaba lejos y que pocos hombres de armas habíamos quedado.

Y así, mientras ellos preparaban sus batallas para atacarnos mañana, yo ordené mi defensa toda la noche. Y la defensa quedó así ordenada: hice armar a cuantas mujeres había (pues armamento teníamos de sobra) y las mandé a las murallas; y en cada parte del muro mandé un mercader, de entre los mercaderes catalanes que allí estaban, para que fuesen quienes les mandasen a ellas; y dispuse por todas las calles medias cubas de vino bien templado con colodras y pan para que comiese y bebiese quien quisiera, pues bien sabía que las fuerzas de fuera serían tan numerosas que no nos darían tiempo para ir a comer a casa ordené luego que todo el mundo fuese bien revestido de

corazas, pues sabía que los genoveses andaban sobrados de pasadores y gastarían muchos, pues ellos tienen un sistema que no hacen más que tirar a boleo y gastan más cuadrillos en una batalla que en diez los catalanes. Y mandé mantener abiertos todos los postigos de las barbacanas (pues todas las barbacanas estaban guarnecidas con estacadas) a fin de que pudiésemos acudir en auxilio allí donde fuese necesario. Por otra parte, ordené a todos los médicos que teníamos que estuviesen dispuestos para remediar a los que cayeran heridos, de manera que cuanto antes pudiesen volver a la batalla. Cuando hube hecho esto y ordenado a cada uno dónde debía estar y lo que debía hacer, yo, con veinte hombres, iba y corría de acá para allá, viendo dónde hacía más falta.

Cuando se hizo de día, las galeras vinieron a tomar tierra. Y yo, con un buen caballo que tenía y mi tercio de caballos armados con lorigas y perpuntes, impedí a los encargados de amarrar que desembarcasen hasta después de la hora de tercia, y, al final, diez galeras lograron tomar tierra más lejos, y ocurrió que con el forcejeo del tomar tierra se cayó mi caballo, y, al final, un escudero mío descabalgó y me dio el suyo, y por mucho que me apresuré, entre el caballo que estaba en tierra y yo, me levanté con trece heridas. Pero en cuanto hube montado sobre otro caballo, monté a aquel escudero a la grupa, y me fui al castillo con cinco heridas que tenía, de las que poco me sentí, aparte una de espada que tenía a lo largo del pie. Esta y las otras me hice curar enseguida, de modo que no hubo más pérdida que la del caballo.

Cuando los de las galeras vieron que yo había caído, gritaron:

—¡Ha muerto el capitán! ¡A ellos! ¡A ellos! Entonces tomaron tierra todos a la vez y supieron ordenar muy inteligentemente sus batallas, de modo que, de cada galera, salía una bandera con la mitad de la chusma. Y así fue ordenado: que si al-

guno de los que estaban en la batalla tenía hambre o sed, o era herido, volviese a la galera y, si era ballestero, que saliese otro ballestero; y si era lancero, otro tal; de manera que aquellos que daban la batalla por nada tenían que disminuir, ni para ir a comer ni por otra razón, sino que siempre daban la batalla de pleno.

Ordenados, pues, en esta forma, salieron todos dispuestos a dar la batalla en el lugar que tenían asignado en su chusma y estaban decididos a combatir valerosamente y nosotros a defendernos.

Echaban ellos tantos cuadradillos con sus ballestas que casi nos privaban de ver el cielo; y este disparar duró hasta la hora nona casi, de modo que todo el castillo estaba lleno de ellos, y no sabría deciros por qué los que andábamos por fuera no estábamos todos heridos, pues a un cocinero mío que estaba en la cocina hirviendo gallinas para los heridos, entrando un pasador por la chimenea se le clavó en el hombro más de dos dedos. ¿Qué os diré? La batalla fue muy fuerte, y nuestras mujeres, con cantos y piedras (que yo había mandado poner en abundancia en el muro de la barbacana), la defendían con tal coraje que era una maravilla verlo En verdad que hubo mujer que teniendo cinco heridas en la cara todavía se defendía como si no tuviese ningún mal. Y así duró esta batalla hasta la hora de despertarse.

Cuando llegó la hora de despertar, el capitán que se llamaba Don Antonio Spíndola, como antes os he dicho, que es el que había hecho los desafíos, exclamó:

—¡Oh, gente vil! ¿Cómo es posible que basten tres tiñosos que hay dentro para defender aquella casa? ¡Muy viles sois!

Entonces él se armó bien y con trescientos hombres de las mejores casas de Génova, empuñando cinco banderas, se dispuso a salir de las galeras. En cuanto me lo dijeron, subí a la mu-

ralla y les vi venir, y en el acto mandé armar mi caballo y los otros seis caballos que había, y cuando estuvieron bien arreados y guarnecidos, que nada nos faltaba, hice venir cien hombres escogidos entre los mejores y les hice quitarse las armaduras, pues hacía mucho calor y estábamos a mediados de julio.

Y vi que los pasadores se les habían terminado, pues no disparaban ni uno, ya que todos los habían gastado; y en camisa y bragas, cada uno con una daga y una lanza en la mano, y las espadas ceñidas y el puñal, les hice armar. Y cuando el capitán, eso es a saber, Don Antonio Spíndola, con todos aquellos hombres de pro, con las cinco banderas, hubieron llegado hasta la puerta de hierro del castillo y estuvieron combatiendo con gran empeño largo rato, que ya iban todos con la lengua fuera por el calor y la sed que sufrían, me encomendé a Dios y a mi señora santa María y mandé abrir la puerta. Y con los seis caballos armados y los hombres de a pie que salieron en forma tan ligera, fuimos a atacar a las banderas, de modo que, del primer golpe, abatimos tres. Y ellos, cuando vieron que nosotros atacábamos tan vigorosamente a caballo y a pie, se sintieron vencidos y pronto les vimos las espaldas. ¿Qué os diré? Baste con decir que Antonio Spíndola perdió la cabeza en el mismo lugar donde nos había desafiado, y junto con él todos los gentiles hombres que con él habían salido; de modo que, en un momento, murieron más de seiscientas personas de los genoveses. Y os digo que, por las escaleras de las galeras, se subieron los nuestros mezclados con ellos, de manera que en realidad, con tal de que hubiésemos dispuesto de un centenar de hombres frescos, hubiésemos retenido más de cuatro galeras. Pero nosotros estábamos todos heridos y cansados, de modo que les dejamos que se fueran con mala fortuna.

Cuando ya todos estaban embarcados, o ahogados, que hubo muchos que al embarcar se caían al mar armados, me llegó el mensaje de que en un campo habían quedado cerca de unos

cuarenta, y corrimos allí. Era jefe suyo el hombre más fuerte de Genova: Antonio Bocanegra se llamaba. ¿Qué os diré? Todos sus compañeros murieron, y él, con una espada bordonesa en la mano, lanzaba tales estocadas que ningún hombre se atrevía a acercársele, de modo que nos mató a dos hombres. Yo, que le vi hacer tan gran cosa, mandé que nadie le hiriese y le dije que se rindiera y se lo rogué muchas veces, y por nada lo quiso hacer. Yo entonces mandé a un escudero mío, que estaba armado a caballo, que se lanzara contra él; y aquél lo hizo muy a gusto y diole tal golpe en el pecho con el caballo que lo echó por el suelo, y entonces le deshicieron en cien pedazos.

Así desbaratadas las galeras de los genoveses y muertos y destruidos, fuéronse con el marqués a Génova, y las del emperador se volvieron a Constantinopla, y cada cual se fue con su mala suerte y nosotros nos quedamos, alegres y satisfechos.

Al día siguiente, cuando los de la compañía supieron que yo había sido sitiado, los que estaban bien cabalgados procuraron precipitarse y en una noche y un día hicieron más de tres jornadas, de modo que al día siguiente por la noche ya habían llegado más de ochenta hombres de a caballo. Y luego, al cabo de dos días, toda la hueste vino y nos encontraron con las caras vendadas y heridos y se disgustaron mucho de no haber estado con nosotros. Pero nos alegramos mucho, los unos y los otros, e hicimos grandes procesiones para dar gracias a Dios por las victorias que nos había concedido. Y ellos nos dieron a todos una buena parte de lo que habían ganado, de modo que todos, por la gracia de Dios, fuimos sobradamente ricos.

228. Turcos y turcoples se unen a la compañía

Cuando todo esto estuvo hecho, los turcos, a quienes nosotros habíamos echado de Anatolia, supieron la muerte del césar y la prisión de Don Berenguer de Entenza, y tuvieron noticia de las victorias que Dios nos había dado y que éramos tan poca gente, volvieron por Anatolia y sometieron todas las ciudades y villas y castillos de los griegos, más estrechamente de lo que antes, cuando nosotros fuimos, lo estaban. Y este fue el daño que les cayó encima por las malas acciones del emperador y por la traición que nos habían hecho; que todo el reino de Anatolia se perdió, ocupándolo los turcos, después de haberse restablecido, y toda la Romanía fue devastada por nosotros, pues dejando Constantinopla, y Andrinópolis, y Cristófol y Salónica, no hubo villa ni ciudad que no fuese saqueada y quemada por nosotros ni lugar ninguno, como no fuesen castillos de montaña.

Con esto vinieron los turcos frente a Gallípoli, y un jefe, cuyo nombre era Xemelic, vino y pidió parlamento, y dijo que, si nos placía, él quería pasar a Gallípoli para hablar con nos. Yo le mandé un leño armado, y él vino con diez caballeros, que todos eran parientes suyos. Y aquí él expuso delante de Rocafort y Don Fernando Eixemenis y de mí, que estaba dispuesto, junto con su compañía, con sus mujeres y niños, a pasarse a nosotros y que nos prestaría juramento y homenaje de que serían para con nosotros como hermanos él y toda su compañía y que nos defenderían contra toda la gente del mundo y que pondrían en nuestro poder a sus mujeres y a sus hijos y que querían estar en todo y por todo bajo nuestro mandato como el más humilde de la compañía y que nos darían la quinta parte de todo lo que ganarían.

Sobre esto celebramos nuestro consejo con toda la compañía, y a todos les pareció bien que los recibiéramos. De manera que recibimos a este Xemelic, que nos pasó hasta ochocientos hombres de a caballo; y luego vino su hermano con cuatro-

cientos hombre a caballo y con doscientos de a pie, e igualmente lo recibimos. Y si jamás hubo gente que fuese obediente a su señor así lo fueron ellos con nosotros, y si antes hubo hombres leales y verdaderos, así lo fueron ellos en toda ocasión. Y fueron muy buenos hombres de armas y en todos sus hechos; y de este modo estuvieron con nosotros como hermanos y en todos los momentos estaban, con su hueste preparada por ellos mismos, junto a nosotros.

Y así, cuando estos hombres hubieron venido a nosotros, al emperador le quedaban alrededor de mil hombres de a caballo, que eran turcoples que estaban con él a sueldo, que bien solían ser cuatro mil hombres de a caballo, pero a la primera batalla nosotros le matamos más de tres mil; de modo que le quedaron aquellos mil, que del mismo modo se pusieron bajo nuestro poder, con sus mujeres y sus niños, como lo habían hecho los turcos, y del mismo modo nos fueron siempre buenos y leales e igualmente obedientes. Así que nos vimos aumentados de dos mil doscientos hombres de a caballo y logramos quitarle al emperador, matándoselos o quitándoselos, todos los hombres a sueldo que tenía.

De este modo señoreábamos y cabalgábamos por el imperio a nuestro antojo, ya que con los turcos y los turcoples íbamos en las cabalgadas, e iban de los nuestros todos los que querían ir, y les hacían mucho honor, y se portaban de tal manera que siempre volvían con jamás se dio el caso de que, entre ellos y nosotros, se produjera ninguna discusión.

229. Regreso de Don Berenguer de Entenza

Ahora dejaré de hablar de nosotros y volveré a hablar de Don Berenguer de Entenza, que los genoveses se llevaron a Genova y que, por fin, el señor rey de Aragón sacó de la prisión.

Cuando estuvo fuera de la prisión, el ricohombre se fue a ver al papa y al rey de Francia para lograr que la compañía recibiera sus socorros; pero por mucho que trabajó no pudo lograr que ni el papa ni la casa de Francia le dieran socorro alguno, antes le dijeron que no a todo. Y puesto que al señor rey Don Pedro ya le dijo que no el papa cuando estaba en Alcoll, ya podéis juzgar si quería que la casa de Aragón siguiera muy adelante con su auxilio; de modo que el ricohombre, sin socorro, que no pudo obtener ni del papa ni de la casa de Francia, volvióse a Cataluña y empeñó y vendió gran parte de sus tierras; y fletó una nave de Don Pedro Solivera, de Barcelona, y embarcó, entre hombres de pro y otros, más de quinientos hombres, y fuese a Romanía.

Cuando estuvo en Gallípoli, yo le recibí muy honorablemente, como correspondía a quien debíamos tener por jefe y por mayor; pero Rocafort no quiso recibirle por jefe y por mayor, sino que estimó que él debía ser el jefe; de manera que la disputa fue grande entre los dos. Yo y los doce consejeros de la hueste lo arreglamos, procurando que los dos fuesen como hermanos, de modo que si Don Berenguer quería hacer cabalgadas de por sí, que le acompañase quien quisiera, y otro tanto en cuanto a Rocafort, y lo mismo respecto a Don Fernando Eixemenis. Pero Rocafort, como era muy discreto, supo atraerse a la almogavería, de manera que todos tenían los ojos fijos en él, y al igual los turcos y los turcoples, que habían llegado en un tiempo en el que Rocafort era el superior y más importante de la hueste, de modo que, desde aquel momento, no reconocían a ningún otro señor que se le opusiera.

Para decidir esta paz y concordia, tuve yo que sufrir muchos afanes y trabajos y muchos peligros, puesto que me convenía ir de unos a otros y tenía que pasar junto a los castillos de los enemigos que estaban junto a nuestras fronteras.

¿Qué os diré? Que Don Bernardo de Rocafort, con los turcos y gran parte de la almogavería, fue a sitiar la ciudad de Nova, que estaba sesenta millas lejos de Gallípoli. Y Don Berenguer de Entenza fue a establecer el sitio de un castillo que tiene por nombre el Megareix, que estaba en la mitad del camino entre Gallípoli y el sitio que mantenía Rocafort. Y siempre Don Fernando Eixemenis estaba del lado de Don Berenguer de Entenza, con todos los aragoneses que había en la hueste y una parte de los catalanes de mar. De modo que cada uno mantenía su sitio y cada uno disponía de trabucos, con los que disparaban los lugares que tenían sitiados.

230. Llegada del infante Don Fernando y dificultades en su mandato

Estando así las cosas llegó a Romanía el infante Don Fernando, con cuatro galeras, de parte del señor rey Federico, rey de Sicilia, que lo mandaba de acuerdo con el siguiente convenio que existía entre ellos: el señor rey disponía que el señor infante no pudiese tomar la señoría de la compañía ni tampoco de las ciudades, ni de las villas, ni de los castillos ni de los otros lugares, sino por cuenta del señor rey de Sicilia, y, además que no podía tomar esposa en Romanía, sin que lo supiera y con el consentimiento de dicho señor rey de Sicilia. De este convenio recibió cartas del rey de Sicilia Don Bernardo de Rocafort, y yo otras tales; y en toda la hueste no había ningún otro hombre que lo supiera.

Al llegar el señor infante a Gallípoli trajo cartas para Don Berenguer de Entenza, y para Don Fernando Eixemenis, y para Don Bernardo de Rocafort, y para mí, de parte de dicho señor rey, para que recibiéramos a dicho señor infante como señor, al igual que si se tratara de su propia persona, y carta semejante trajo para toda la comunidad de la compañía. De modo que yo recibí, y mandé recibir a todos los que estaban en Gallípoli, por jefe y por mayor y por señor a dicho señor infante, de parte de dicho señor rey de Sicilia, y le entregué toda mi casa y enseguida le compré cincuenta caballos y tantas acémilas como hubo menester, y mulos y muías para cabalgar a su placer. Y todo cuanto hubo menester yo se lo di, como tiendas y armas y todas las cosas que fuesen necesarias para ponerse en marcha.

Enseguida mandé dos hombres de a caballo a Don Berenguer de Entenza, que tenía sitiado el Megareix, que estaba a treinta millas de distancia de Gallípoli, y otros dos a Rocafort en la ciudad de Nova, que tenía sitiada y que estaba a sesenta millas de Gallípoli; y otro tanto a Don Fernando Eixemenis, que se encontraba en su castillo de Madito, que está a veinticuatro millas cerca de Gallípoli.

Al acto vino Don Berenguer de Entenza a Gallípoli y abandonó el sitio, y en el acto recibió a dicho señor infante, él y todos los que con él estaban, como jefe y señor, de parte del señor rey de Sicilia. Asimismo vino Don Fernando Eixemenis de Árenos, con su compañía, a Gallípoli, y recibió a dicho señor infante por jefe y señor, de parte de dicho señor rey. De modo que todos nosotros fuimos obedientes al mandato de dicho señor rey de Sicilia y tuvimos a dicho señor infante por cabeza y por señor y por mayor. Y de esto tuvimos todos gran alegría y satisfacción y consideramos nuestro asunto como ganado, puesto que Dios nos había traído a dicho señor infante, que era de la casa directa de Aragón, puesto que era hijo del señor rey de Mallorca y, por otra parte, era uno de los mejores caballeros

del mundo por su persona, y de los más discretos para mantener la verdadera justicia, de modo que, por muchas razones, era el señor que nos venía como a la medida.

Después de haber jurado todos a dicho señor infante, recibimos un mensaje de Don Bernardo de Rocafort diciéndonos que no podía dejar el sitio que tenía, pero que suplicaba a dicho señor infante que fuese allí, pues toda la compañía sentía gran satisfacción por su llegada. Dicho señor infante tuvo consejo sobre esto, y todos le dimos el consejo de que fuese allí y que nosotros todos le seguiríamos, aparte de Don Berenguer de Entenza y de Don Fernando Eixemenis, que se quedarían en Gallípoli, porque cada uno de ellos estaba indispuesto con Rocafort, y que en cuanto el señor infante viniese con Rocafort, con su compañía, ellos irían a recibirle. Así, dicho señor infante conmigo y con toda la compañía que en Gallípoli estaba, salvo unos pocos que se quedaron con aquellos dos ricoshombres, fuimos allí donde Rocafort mantenía el sitio, eso es, a saber, a la ciudad de Nova. Cuando ellos supieron que el señor infante venía hacia ellos, con gran honor le recibieron, con gran gozo y alegría que todos tuvieron.

Cuando el señor infante hubo pasado dos días con ellos, con aquella gran fiesta, entregó sus cartas a su compañía. Y Don Bernardo de Rocafort, que sabía sólo el convenio que existía entre el señor rey de Sicilia y el señor infante, pensó que el señor infante procedía de tan alto linaje, y que era tan honrado y leal, que por nada faltaría al mencionado convenio. Y pensó en su ventaja y no tuvo en cuenta el provecho común, y se dijo: «Si este señor se queda aquí, como jefe y señor, estás perdido; que aquí están Don Berenguer de Entenza y Don Fernando Eixemenis, que le han recibido primero que tú, y cada uno de ellos es noble, y siempre el infante les honrará, tanto en los consejos como en los hechos, que valen más que tú; y como ellos te odian a muerte procurarán hacerte todo el daño que

puedan y te indispondrán con él. Tú eres hoy mayor y señor de esta hueste y dispones de la mayor parte de los francos, a caballo y a pie, que hay en Romanía; por otra parte, cuentas con los turcos y los turcoples, que no reconocen a otro señor. Y siendo tú señor, ¿cómo puedes conformarte con no ser nada? Menester es que te des prisa para que este señor no se quede aquí; pero esto tendrás que hacerlo con gran maestría, puesto que toda la gente ha recibido con gran gozo a este señor y todos lo quieren por jefe y superior. ¿Qué harás entonces? No tienes más que un camino: que aparentando que te parece bien, obres en forma que no se quede». Y ya veréis la resolución que tomó, que no creo que haya existido jamás hombre alguno que tan secretamente la tomara.

El señor infante, como a quien tiene toda la confianza, le explicó todo el asunto y le dijo que mandase reunir consejo general, pues él quería dar sus cartas a la compañía, que procedían del señor rey, pues las que traía para Rocafort ya se las había entregado. Rocafort dijo que al día siguiente mandaría reunir el consejo general, y entre tanto Rocafort reunió por su cuenta a todos los jefes de compañía, tanto de a caballo como de a pie, y les dijo:

—El señor infante quiere que mañana reunamos el consejo, pues quiere daros las cartas que trae del señor rey de Sicilia y os quiere decir de palabra por qué ha venido. De manera que cada uno que esté advertido, y advertid a vuestras compañías para que le escuchen bien; y cuando él haya hablado, que nadie le responda, pues seré yo quien le responda por vosotros, y le diré que vosotros habéis entendido las cartas y sus buenas palabras y que ya puede volverse a la posada, que nosotros deliberaremos en consejo sobre lo que nos ha expuesto.

Así que el señor infante fue al consejo, y a todos ellos les dio sus cartas, y dijo sus palabras buenas y discretas a toda la compañía. Y ellos le respondieron lo que Rocafort había ordenado,

eso es, a saber: que se reservaban la decisión; de modo que el señor infante volvióse a la posada y el consejo se quedó en la plaza. ¿Qué os diré? Don Bernardo de Rocafort les dijo:

—Barones, estas cuestiones no deben ser manejadas por todos. Elijamos cincuenta hombres buenos que acuerden la respuesta, y luego, cuando la hayan acordado, que pregunten a cada uno de vosotros si os parece buena y si os parece deben darla, y si es necesario mejorarla, que se haga.

A todos pareció bien lo que dijo Rocafort, de modo que antes de que se fueran quedaron elegidos los cincuenta, y cuando estuvieron elegidos juraron guardar secreto. Y cuando lo hubieron hecho, Rocafort les dijo:

—Barones, gran amor nos ha mostrado Dios al mandarnos este señor, que no hay otro en el mundo que tanto valiera, que éste procede en línea recta de la casa de Aragón y es uno de los mejores caballeros del mundo, y de aquellos que más aman la verdad y la justicia De manera que yo aconsejaría que nosotros, en todo y por todo, lo recibiéramos como señor. Y él nos ha dicho que le recibamos de parte del rey de Sicilia como señor, y esto de ningún modo lo hagamos, pues nos conviene mucho más que él sea señor nuestro que el rey de Sicilia, porque este señor no tiene nada en la tierra y, por tanto, siempre estará con nosotros y nosotros con él. Y el rey de Sicilia ya sabéis qué galardón nos ha dado por el servicio que le hemos hecho nosotros y nuestros padres, que en cuanto logró la paz nos echó de Sicilia con un quintal de pan por hombre, y esto es una cosa que todos debemos recordar. De manera que con toda claridad le debemos responder que nosotros de ningún modo le recibiremos de parte del rey de Sicilia, pero que estamos dispuestos a recibirlo por sí mismo, así como quien es nacido de nuestro señor natural, y que nos tenemos por muy honrados, y que estamos dispuestos a rendirle nuestra fe y nuestro homenaje. Y con esto nos quedará muy agradecido y habremos cumplido nuestro

deber para con él, y daremos a conocer al rey de Sicilia que recordamos lo que nos hizo cuando tuvo la paz.

Finalmente, todos dijeron que estaba bien lo dicho; pero ninguno, fuera de Rocafort, conocía los convenios que existían entre el señor rey y el señor infante. Y él sabía que estaban tan firmemente firmados entre ellos que por nada el infante de por sí podía hacer aquello, ni recibir señoría de ciudad, ni de villa, ni de castillo, ni de lugar alguno; que si la compañía lo hubiese sabido, por nada del mundo lo dejaran partir, antes lo recibirían de buena gana en nombre del rey de Sicilia. Pero Rocafort les dijo:

—Barones, si él os dice que no, que de por sí no lo tomaría, no paséis ningún cuidado, que más tarde lo tomará de por sí.

¿Qué os diré? Cuando llegaron a un acuerdo, lo sometieron a consejo de la comunidad, y les explicaron detalladamente todo lo que antes se ha dicho; pero no lo dijo Rocafort, sino que se dispuso que lo dijeran dos de aquellos cincuenta que hablaron por todos. Y toda la compañía gritó:

—¡Bien decís! ¡Bien decís!

Y así se dio la respuesta al señor infante.

Cuando el señor infante hubo oído esta respuesta, pudo creer que se la daban en gran honor suyo, cuando en realidad se trataba de una burla. ¿Qué os diré? Con tal parlamento le entretuvieron quince días; y cuando el señor infante vio que persistían en eso, respondióles que podían estar seguros que, si por el rey de Sicilia no le querían recibir, él se volvería a Sicilia. Y cuando esto hubo contestado el señor infante y quiso despedirse, Don Bernardo de Rocafort y toda la compañía le rogaron que no se separa de ellos hasta que estuvieran en el reino de Salónica, y que hasta allí le mirarían como señor, y que entre tanto podría él tomar su resolución y ellos tomarían la suya, y que si Dios quería pondría entre ellos la concordia. Contáronle

además la discordia que existía entre Don Bernardo de Rocafort y Don Berenguer de Entenza y Don Fernando de Eixemenis, y le rogaron que quisiera ponerle remedio. Y él respondió llanamente que lo intentaría.

231. Traslado a Cristófol

La verdad es que habíamos permanecido en el cabo de Gallípoli y en sus alrededores siete años desde que el césar había muerto, y habíamos vivido cinco años del renadío, y al mismo tiempo habíamos despoblado aquella región en diez jornadas a nuestro alrededor, de manera que habíamos acabado con la gente y ya nada se cosechaba, de manera que era conveniente que, a la fuerza, desalojáramos aquel país. Tal fue el acuerdo de Don Bernardo de Rocafort y de los que con él estaban, fuesen *cristianos o turcos o turcoples; y del mismo parecer eran* Don Berenguer de Entenza, Don Fernando de Eixemenis y todos los suyos, y yo mismo con los de Gallípoli; pero no nos atrevíamos a movernos, temerosos de que surgieran disputas entre nosotros, pues por lo demás nada teníamos que temer.

El señor infante habló con cada uno, y se acordó que todos a la vez abandonásemos aquella región, y que yo, con veinticuatro barcas y leños y cuatro galeras, todas armadas, con los hombres de mar y con las mujeres y los niños, que me fuera navegando por mar hasta la ciudad de Cristófol, que está a la entrada del reino de Salónica, y que allí, si ellos llegaban antes que yo, me esperarían, y si yo llegaba antes que ellos, les esperase. Y se acordó que yo quemase y destruyera el castillo de Gallípoli, y el castillo de Mádito, y todos cuantos lugares teníamos. De modo que me despedí de ellos y me vine a Gallípoli y

cumplí lo ordenado. Y con treinta y seis velas, entre galeras, leños y barcas, salí de Boca de Aver y puse rumbo a Cristófol.

232. Disputa entre las huestes y muerte de Don Berenguer

Cuando el infante y la compañía supieron que yo había quemado, devastado y destruido todos los castillos y lugares y que había salido de Boca de Aver a salvo, dispusieron su partida. Y la ordenación que hizo el señor infante fue que Rocafort, con los que con él estaban y los turcos y turcoples, se fueran un día antes, eso es, a saber: que allí donde ellos descansarían una noche, al día siguiente el señor infante con Don Berenguer de Entenza y Don Fernando de Eixemenis y todas las compañías suyas descansarían, de manera que siempre llevasen una jornada de distancia los unos de los otros. Y así lo hicieron, con mucho orden y en pocas jornadas.

Cuando estuvieron a dos jornadas de distancia de Cristófol, el diablo, que sólo hace mal, quiso que la hueste de Rocafort se levantase demasiado tarde y la hueste del señor infante se levantase demasiado de madrugada, por el gran calor que hacía. Los de Rocafort se habían levantado a pleno día, porque aquella noche habían descansado en una llanura donde todo eran huertas colmadas de fruta de todas clases, que por aquella época estaban en su punto, y había buenas aguas y mucho vino, que encontraron por las casas, y a causa de la buena posada se retrasaron en la marcha. Los otros habían tropezado con todo lo contrario, por lo que se levantaron muy de mañana, de modo que la vanguardia de la hueste del señor infante alcanzó la retaguardia de la hueste de Don Bernardo de Rocafort.

Cuando los de Rocafort les vieron, una voz del demonio empezó a correr entre ellos y se pusieron a gritar:

—¡A las armas! ¡A las armas! Ahí está la compañía de Don Berenguer de Entenza y de Don Fernando de Eixemenis que nos vienen a matar.

Y de mano en mano la voz corrió hasta la vanguardia; y Rocafort hizo armar a los caballos y se prepararon todos, y lo mismo hicieron los turcos y los turcoples. ¿Qué os diré? El rumor llegó hasta el señor infante y hasta Don Berenguer de Entenza y Don Fernando de Eximenis, y al instante Don Berenguer de Entenza montó en su caballo, vestido con una cota, sin guarnecerse, con la espada al cinto y una azcona montera en la mano, y trató de acaudillar y barrar el paso a los suyos y obligarles a retroceder.

Mientras les mandaba en la forma que podía, pues no se sabía cuál era el rumor, y mientras intentaba acaudillarles como discreto ricohombre y buen caballero que era, vino en su caballo, armado de punta en blanco, Don Humberto de Rocafort, hermano menor de Don Bernardo de Rocafort, y Don Damalcio Sent Martí, su tío, igualmente en su caballo armado, y juntos vieron venir a Don Berenguer de Entenza, que estaba acaudillando, y creyeron que estaba incitando a la compañía. Los dos juntos le vieron venir, y Don Berenguer de Entenza gritó y dijo quién era, pero los dos le esperaron más allá y lo hirieron. Viéndole desarmado, traspasáronlo con las lanzas y allí mismo le mataron, cosa que fue de gran daño y una desgracia que, obrando él bien, le mataran.

Cuando le hubieron muerto, buscaron a los otros, particularmente a Don Fernando Eixemenis; y Don Fernando Eixemenis, como buen caballero y discreto, ante al tumulto, montó su caballo sin armarse e intentó coger el mando. Y cuando vio que los de Rocafort habían matado a Don Berenguer y que

iban con ellos los turcos y los turcoples, que hacían todo lo que se les mandaba, y vio que todo el mundo moría, junto con treinta hombres de a caballo fuese a un castillo que era del emperador. Ya veis en qué peligro hubo de encontrarse que tuvo que, a la fuerza, echarse en poder de sus enemigos; y aquéllos, que veían la disputa, le acogieron gustosos.

¿Qué podría deciros? Matando e hiriendo llegaron hasta donde estaba la bandera del señor infante; y cuando estuvieron cerca del señor infante, todo el mundo guardó la bandera y la persona del señor infante y su compañía, de modo que el señor infante vino armado sobre su caballo, y con la maza en la mano iba acaudillando en la forma que podía. En cuanto Rocafort y su compañía lo vieron, pusiéronse a su alrededor para que nadie pudiese hacerle daño, ni los turcos ni los turcoples.

¿Qué os diré? Que en cuanto el señor infante estuvo con ellos cesó el ataque; pero no cesó del todo, y no se pudo evitar que aquel día matasen de los nuestros mismos, es decir, de la compañía de Don Berenguer de Entenza y de Don Fernando de Eixemenis, más de ciento cincuenta hombres de a caballo y más de seiscientos hombres de a pie. Ved si fue cosa del diablo que, si aquella tierra hubiese estado poblada de gente que saliese a batalla, seguro que hubiesen muerto a los que salieran y se hubiesen matado ellos mismos.

Cuando el señor infante vino al sitio donde yacía muerto Don Berenguer de Entenza, se apeó y empezó a expresar sobre él su sentimiento, y le besó más de diez veces, y todos cuantos había en la hueste hicieron lo mismo. El mismo Rocafort se mostró muy disgustado y le lloró; y su hermano y su tío, que le habían matado, cuando el señor infante les reprendió, se excusaron diciendo que no le habían conocido. Y fue un gran error y un gran pecado que muriera aquel ricohombre, y todos los demás.

El señor infante mandó detener a toda la hueste en aquel lugar durante tres días; y en una iglesia que había, que era ermita de San Nicolás, enterraron el cuerpo y mandaron cantar misas, y lo pusieron en un hermoso monumento que estaba cerca del altar. ¡Dios acoja su alma! Que fue realmente un martirio, pues murió para evitar que se hiciera daño.

Cuando todo esto estuvo hecho, el infante supo que Don Fernando Eixemenis estaba en aquel castillo con aquellos que con él habían ido y otros que fueron después, que serían más de setenta, de manera que en total se encontraban allí un centenar de bravos hombres de la hueste. Mandóle decir el infante que volviese, y él le mandó su contestación diciéndole que le disculpara, pues no estaba ya en su poder el hacerlo, pues, una vez que había ido al castillo, tenía que presentarse al emperador con sus acompañantes, con cuya contestación el infante le tuvo por dispensado, tanto a él como aquellos que con él habían ido.

Estando así las cosas, las cuatro galeras del señor infante, de las que era capitán Don Dalmacio Senan, caballero, y Don Jaime Desplau, de Barcelona, llegaron al lugar donde la hueste estaba, las que el señor infante me había mandado para que me acompañasen, pero ellos no quisieron aventurarse por la Boca de Aver, por miedo a las galeras de los genoveses, y me dejaron solo y se volvieron.

233. El infante Don Fernando se despide de la compañía

Cuando el señor infante vio sus galeras tuvo una gran alegría, e hizo reunir el consejo y preguntóles qué acuerdo habían tomado: que si querían recibirlo por señor de parte del señor

rey de Sicilia se quedaría con ellos, y que de lo contrario no se quedaría. Don Bernardo de Rocafort, que ya se tenía por el más alto cuando Don Berenguer de Entenza hubo muerto y Don Fernando Eixemenis no estuvo, hizo que la compañía mantuviera su acuerdo: que por nada le recibirían de parte del rey de Sicilia, pero si por sí mismo.

De modo que el señor infante se despidió de ellos y embarcó en sus galeras, y fuese a una isla que se llama Taix, que estaba a seis millas, cerca de aquel lugar. Y fue una suerte que aquel mismo día yo llegué a aquella isla con mi compañía, pues no tenía noticia alguna de la hueste. Y allí encontré al señor infante, que tuvo gran satisfacción al verme, y me contó lo ocurrido, de todo lo cual me sentí muy dolido y disgustado, al igual que cuantos conmigo se encontraban. Entonces el señor infante requirióme de parte del señor rey de Sicilia y de la suya para que no me separara de él, y yo le dije que estaba dispuesto a cumplir cuanto me mandara aquel a quien yo tenía como mi señor, pero roguéle que me esperara en la isla de Taix, y yo con toda aquella gente que mandaba iría primero a la compañía. Y díjome que le placía. En seguida, con todas las treinta y seis velas, fuime a la compañía, y la encontré a una jornada cerca de Cristófol. Cuando estuve con ellos, antes de salir a tierra hice asegurar a todos los hombres y mujeres y niños, y todo cuanto era de Don Berenguer de Entenza y de su compañía, y lo mismo hice con lo de Don Fernando Eixemenis, y luego salí a tierra.

Todos aquellos y aquellas que quisieron ir donde se encontraba Don Fernando Eixemenis fueron, y les hice acompañar con cien hombres de a caballo turcos y otros tantos de turcoples y cincuenta hombres de a caballo cristianos, y mandé que les prestasen carros que llevasen la ropa. Aquellos que quisieron quedarse con la hueste se quedaron, y aquellos que no quisieron les di barcas que los llevaron a Negrepont y les pusieron a salvo.

Cuando hube dejado listo todo lo referido, para lo cual hice que la hueste se detuviera dos días, hice que se reuniera el consejo general, y les reprendí por todo lo que había sucedido, y les hice recordar de cuánto eran deudores de aquel ricohombre que habían matado, e igualmente de Don Fernando Eixemenis, que por su honor había dejado al duque de Atenas, haciéndoles mucho honor.

Y en presencia de todos les devolví el sello de la comunidad, que yo tenía, y todos los libros, y les dejé los escribanos, y me despedí de todos. Todos me rogaron que no me separara de ellos, y sobre todo los turcos y turcoples, que vinieron a mí llorando, suplicándome que no les desamparara, pues ellos me consideraban a mí como si fuese su padre. En verdad que ellos me llamaban sólo su «cata», que en turco quiere decir «padre»; y en verdad también que a nadie eché tanto de menos como a ellos, que habían entrado en mi poder y siempre habían tenido más confianza en mí que en ningún otro hombre de la hueste de los cristianos. Yo les dije que de ningún modo podía quedarme, pues no podía faltar a la palabra dada al infante, que era mi señor; de manera que, por fin, me despedí de todos y, en un leño armado que era mío, de setenta y dos remos, y dos barcas armadas, me separé de ellos y me fui a Taix, donde encontré al señor infante, que me esperaba.

Cuando me hube separado de la compañía, ésta pasó, con grandes dificultades, el paso de Cristófol y, jornada tras jornada, fuese a un cabo cuyo nombre es Caserandria, que es un cabo marítimo situado a cerca de veinte millas de la ciudad de Salónica. A la entrada de aquel cabo se atendaron, y de allí corrieron la ciudad de Salónica y por todo el país, donde encontraron tierra nueva. Y pensaron en devastar aquella región como lo habían hecho con las de Gallípoli, de Constantinopla y de Andripólis.

Y aquí he de dejar de hablar de la compañía, y voy a hablaros de una bella aventura que me ocurrió en Gallípoli, y que no quiero dejar de contaros.

234. El castillo de Fulla y las reliquias de San Juan

Ocurrió que, antes de que viniese a Gallípoli el señor infante, había venido un prohombre genovés llamado micer Tesí Jaquería, que era sobrino de micer Boneto Jaquería, y vino con un leño de ochenta remos armado sobre cubierta. Cuando estuvo en Gallípoli pidió salvoconducto y dijo que quería hablar conmigo. Yo le aseguré y él me dijo:

—Capitán: la verdad es que yo he tenido el castillo de Fulla durante cinco años por cuenta de mi tío micer Boneto Jaquería. Ahora micer Boneto ha muerto, y su hermano, para quien queda el lugar y que es igualmente tío mío, vino este año con cuatro galeras para pedirme cuentas, y yo se las rendí; pero la verdad es que nos pusimos muy bien de acuerdo. Ahora he sabido que vuelve con otras cuatro galeras con intención de prenderme, y quiere poner otro capitán en Fulla; y he recibido una carta de su hijo en la que me dice que de ningún modo le espere, que si puede detenerme me llevará a Génova. Por esto he venido a vos, y estoy dispuesto, al igual que todos aquellos que conmigo han venido, a rendiros fe y homenaje y a ser uno más en vuestra compañía.

Yo, que sabía que era hombre honrado, y que le vi muy inteligente y bueno, le recibí y le di albergue bueno y honrado, y le inscribí con diez caballos en el libro de la compañía, pues yo tenía poderes para hacerlo, y nadie más fuera de mí los tenía.

Cuando él hubo ingresado en nuestra compañía me dijo que armase una galera que tenía en el puerto y dos leños y que le diese compañía, que él encontraría la manera de apoderarse del castillo de Fulla, y que con ello ganaríamos todo el tesoro del mundo. Yo enseguida armé la galera y su leño y otros dos leños armados y una barca armada, de manera que en total fueron cinco leños. Subió en ellos toda su compañía, que eran unas cincuenta personas, todos hombres buenos y diestros, y les di por capitán un primo hermano mío que se llama Don Juan Muntaner, al que di poderes para que pudiese hacer todo cuanto mi propia persona puede hacer, y que todo cuanto hiciera lo hiciese con el consejo de dicho micer Tesí Jaquería y de otros cuatro catalanes que le asigné como consejeros.

De esta manera partieron de Gallípoli al día siguiente del domingo de Ramos. ¿Qué os diré? Que dicho micer Tesí maniobró en forma que llegaron al castillo de Fulla por la noche de la fiesta de Pascua, y a la hora de maitines levantaron sus escalas sobre el muro, que él las traía ya dispuestas, como quien sabía lo que tenían de alto poco más o menos. ¿Qué os diré? Antes de que fuesen oídos hizo subir a aquel lugar nuestros hombres junto con los suyos, hasta que tuvo treinta sobre el muro, bien armados y dispuestos. Cuando éstos ya estaban arriba se hizo de día, y él, con hachas, junto con el resto de la compañía, empezó a darle a las puertas. Cuando los que estaban dentro les oyeron, corrieron a las armas; y éstos rompieron las puertas, y aquellos de los nuestros que estaban en el muro empezaron a matar cuantos encontraban en la muralla y en las torres. ¿Qué os diré? Que en poco rato mataron más de ciento cincuenta personas, y los otros se figuraron que por lo menos había dentro quinientos hombres combatientes. Cuando hubieron tomado el castillo, salieron fuera, por la villa que tenían los griegos que allí habitaban, que eran más de tres mil personas, todos labradores del alumbre que allí se cría. Y saquearon

toda la villa, y cogieron y dejaron cuanto les plugo. ¿Qué os diré? Que fue una infinidad lo que llegó a ganarse.

En aquel lugar se ganaron las tres reliquias que el bienaventurado San Juan Evangelista dejó en el altar de Efeso cuando se puso en el monumento; y cuando los turcos tomaron aquel lugar, sacaron aquellas tres reliquias y las dejaron en prenda en Fulla para obtener trigo.

Y las reliquias eran éstas: la primera, un trozo de la Vera Cruz que mi señor San Juan Evangelista sacó con su propia mano de la Vera Cruz, de aquel lugar donde Jesucristo había tenido la cabeza, y aquel trozo estaba muy bien engastado ricamente en oro, con piedras preciosas que valían una infinidad (que mucho os costaría creerlo si os contara lo que a su alrededor llevaba engarzado), con una cadenita de oro que había y que mi señor San Juan llevaba siempre en el cuello. Otra reliquia era una camisa muy preciosa, sin costura alguna, que mi señora Santa María hizo con sus benditas manos y se la dio, y con la cual decía siempre la misa el bien aventurado San Juan. La tercera reliquia era un libro que se llama *El Apocalipsis*, que estaba escrito en letras de oro por la propia mano del bienaventurado San Juan, y en cuyas cubiertas había también una gran riqueza de piedras preciosas.

Así, entre otras cosas, ganaron estas tres reliquias, que si se pudieron ganar fue porque micer Tesí Jaquería ya sabía dónde estaban. Con gran ganancia, pues, se volvieron a Gallípoli, y aquí se repartieron todas sus ganancias, y echamos a suertes el reparto de las reliquias. A mí me correspondió, por fortuna, la Vera Cruz, y a él la camisa y el libro que se llama *Apocalipsis*; y lo demás se repartió como repartirse debía.

Y así veis lo que salimos ganando con la compañía de micer Tesí Jaquería. Después, micer Tesí, con lo que había ganado, armó su leño con su gente y la nuestra y se vino a la isla de

Taix, donde había un hermoso castillo despoblado, y tomó aquel castillo y lo reparó y arregló.

Y a aquel castillo fui yo, y allí encontré al señor infante con las cuatro galeras, y aquí me esperó él cuando yo fui a la compañía a despedirme, y aquí volví con el señor infante. Si alguna vez se ha visto a alguien acoger bien a su amigo, así micer Tesí hizo conmigo, que incontinenti me entregó el castillo y todo cuanto en él había, y cuidó del señor infante y de nosotros todos durante tres días que nos obligó a quedarnos. Después se me ofreció en persona, y con el castillo, y con todo cuanto tenía, y yo le di muchos arneses que yo tenía en mi casa, y muchas armas de distintas clases, y le di una barca armada de veinticuatro remos, y le dejé más de cuarenta hombres que quisieron quedarse a sueldo con él, de modo que lo dejé bien provisto y arreado. De manera que es veraz el proverbio catalán que dice: «Haz bien y no mires a quién», pues en aquel lugar donde jamás pensaba estar recibí tan gran satisfacción, y el señor infante por mí, y toda nuestra compañía. Y si nos fuese necesario, en aquel castillo nos podríamos salvar todos, y en él podríamos haber estado más tiempo, y podríamos volver si nos conviniera.

235. Prisioneros de los venecianos

De manera que nos despedimos de micer Tesí Jaquería y nos marchamos de la isla del Taix con el señor infante, quien me hizo entregar la mejor galera que había, aparte de la suya, que se llamaba «Española», y con las cuatro galeras suyas y mi leño armado y una barca armada mía nos fuimos al puerto de Almiro, que está en el ducado de Atenas, donde el señor infante había dejado tres hombres para hacer bizcocho cuando entró en

Romanía. Allí no encontramos ni a los hombres ni al bizcocho, pues todo lo habían saqueado la gente de la tierra. Pero si ellos lo saquearon, bien nos vengamos, pues todo cuanto había lo pasamos a sangre y fuego.

Luego partimos de Almiro y nos fuimos a la isla de Escrófol, y allí combatimos el castillo y saqueamos toda la isla. Después nos fuimos al cabo de la isla de Negroponto, y el señor infante dijo que quería pasar por la ciudad de Negroponto, y todos le aconsejamos que no lo hiciera. La verdad es que, al entrar en Romania, había pasado por allí y le recibieron con buen solaz y compañía, y pensó que lo mismo harían esta vez; y a pesar de todos, se empeñó en que fuéramos. En mala hora seguimos aquel camino y nos pusimos la cuerda al cuello a ojos vista, porque, como se ve, es un gran peligro viajar con un joven hijo de rey, pues son tan altos en ánimo y estirpe que no se imaginan que nada pueda alcanzarles en su daño. Y así debería ser si el mundo tuviera buen sentido, pero el mundo es tan desconsiderado que en pocas ocasiones se preocupa de cumplir con lo que es debido. Son, además, señores a los que nadie se atreve a contradecir en nada de lo que quieren realizar, y así fue como nosotros tuvimos que asentir a nuestra propia destrucción.

Fuímonos, pues, a la ciudad de Negroponto, y allí nos encontramos con que habían llegado diez galeras de los venecianos y un leño armado, de los que eran capitanes Don Juan Corin y Don Marco Minyot, quienes iban a las órdenes de micer Carlos de Francia (a quien pertenece el imperio de Constantinopla), al encuentro de la compañía; y allí estaba en nombre de micer Carlos un ricohombre francés llamado Tibaud de Cipoys. El señor infante pidió pasaporte para él y toda la compañía, y los señores de Negrepont nos aseguraron, e igualmente a los capitanes de las galeras, e invitaron al señor infante. Cuando estuvimos en tierra, las galeras de los venecianos corrieron so-

bre las nuestras, y especialmente sobre la mía, pues corría la voz de que yo traía de Romanía todos los tesoros del mundo. Cuando subieron, matáronme más de cuarenta hombres; e igualmente me hubiesen matado a mí si hubiese estado, pero yo no me separaba un paso del señor infante. De este modo saquearon mi galera de cuanto había, que era una gran cosa; y luego detuvieron al señor infante y diez de los mejores que con él estaban. Cuando hubieron perpetrado esta traición, micer Tibaud de Cipoys entregó el señor infante a micer Juan de Messi, señor de la tercera parte de Negroponto, para que lo llevara al duque de Atenas para que lo guardase para micer Carlos de Francia e hiciera con él lo que él le mandaría. Y se lo llevaron con ocho caballeros y cuatro escuderos a la ciudad de Estives, y el duque de Atenas lo mandó guardar en el castillo de Sant Omer.

Los hombres de Negroponto convencieron a Don Tibaud de Cipoys y a los capitanes de las galeras que si querían conseguir algo de la compañía que me devolvieran a mí, pues yo me llevaba mucho de lo que correspondía a la compañía, y de este modo lograría dos cosas buenas: que haría un gran favor a la compañía y, por otra parte, que ellos sabían que me matarían en el acto, y así no habría quien reclamara nada de lo que me habían quitado. Y que devolviera también a Don García Gomis Palasin, a quien Rocafort odiaba más que a nadie en el mundo, con lo que le darían gran satisfacción y nada podían hacer que tanto le gustara.

Tal como se lo aconsejaban, así lo hicieron y nos devolvieron a Don García Gomis y a mí a la compañía. Cuando estuvimos con la compañía presentaron a Don García Gomis a Rocafort, y Rocafort estuvo muy satisfecho y vino enseguida a la popa de las galeras, y en cuanto estuvo en tierra, sin otra sentencia, le hizo cortar la cabeza en presencia de todos; cosa que fue una

lástima y una gran desgracia, pues en realidad era uno de los mejores caballeros del mundo, en todos los aspectos.

236. Cambios en el mando de la compañía

Cuando esto estuvo hecho, me llevaron a mí a tierra y, cuando los de la compañía me vieron, Rocafort y todos los demás me besaron y abrazaron y empezaron a llorar por cuanto había perdido.

Los turcos y turcoples bajaron todos y querían besarme la mano y empezaron a llorar de alegría, pensando que yo iba a quedarme. En seguida, con Rocafort y todos juntos, con los que me acompañaban, me llevaron al mejor aposentamiento que había y en seguida me pusieron en libertad.

En cuanto estuve en mi albergue, los turcos me mandaron veinte caballos y mil perpras de oro, y los turcoples otro tanto; Rocafort me mandó un hermoso caballo y una mula, y cien cahízes de avena y cien quintales de harina y carne salada y ganado de una y otra clase. Al igual, no hubo adalid ni almogaten ni nadie que valiera algo en la hueste que no me mandase su obsequio, tanto, que se puede calcular que lo que me mandaron valía cuatro mil perpras de oro. De modo que Don Tibaud de Cipoys y los venecianos quedaron muy desilusionados con haberme devuelto.

Después que se hizo todo esto, Don Tibaud de Cipoys y los venecianos y los capitanes de las galeras empezaron a hablar de sus asuntos con la compañía. Lo primero causado; y esto tuvieron que jurarlo, pues en la compañía que me reintegrarían de todo el daño que me habían causado; y esto tuvieron que jurarlo pues, en la compañía les dijeron que yo había sido su padre y su gobernador desde que habían salido de Sicilia y que

ningún mal se pudo meter entre ellos mientras yo estuve presente y, además, que si yo hubiese estado con ellos, aquella desgracia que ocurrió con Don Berenguer de Entenza y los demás no hubiese ocurrido. Este fue el primer capítulo que tuvieron que prometer y jurar; pero lo cumplieron mal y feamente, porque Dios puso el mal en cuanto hicieron, como veréis más adelante.

¿Qué os diré? Rocafort, pensando que había perdido la casa de Sicilia y de Aragón y de Mallorca y además de toda Cataluña, pensó en acercarse a micer Carlos y por esto juró e hizo jurar a toda la compañía la señoría de micer Carlos de Francia, a despecho de una parte y de otra. Y cuando hubieron rendido juramento y homenaje a Don Tibaud de Cipoys por micer Carlos y hubieron jurado a dicho micer Tibaud por capitán, dicho micer Tibaud rigió su capitanía con mucho tiento porque veía que otra cosa no podía hacer.

¿Qué os diré? Cuando hubieron jurado, micer Tibaud se cuidó de que nadie se atreviera a mandar más que él, y a Rocafort para nada le consultaba, pues le hacía menos caso que a un perro, y mandó hacer un sello con un caballero con corona de oro, pues pensaba coronarse rey de Salónica. ¿Qué os diré? Cuando hubo hecho esto, Don Tibaud fué capitán del viento, tal como su señor, micer Carlos, fue rey del capelo y del viento cuando hubo aceptado la donación del reino de Aragón, así fue él capitán del capelo y del viento.

Cuando los capitanes de las galeras vieron esto, pensaron que ellos habían terminado de realizar aquello para lo cual habían venido, puesto que ya habían puesto a Don Tibaud como capitán de la compañía, y se despidieron y quisieron marcharse. La compañía y los turcos y turcoples, e incluso Tibaud, me rogaron que me quedara; pero yo dije que no me quedaría de ningún modo y, cuando vieron que otra cosa no podrían sacar de mí, llamaron a los capitanes de las galeras y les rogaron en-

carecidamente que cuidasen de mí; y me dieron una galera en la que viajara toda mi compañía. El capitán mayor, micer Juan Corin, quiso que yo viajara en su galera; y micer Tibaud me hizo cartas para Negrepont, para que, so pena de daño corporal y de sus bienes, todo el mundo me devolviera lo que era mío. Y yo di todos los caballos y carros y acémilas a aquellos que habían estado en mi compañía, y me despedí de todos y embarqué en la galera de micer Juan Corin. Y si alguien fue honrado por un gentilhombre, así lo fui yo por él, pues quiso siempre que durmiese con él en una misma cama y comíamos los dos solos, en una misma mesa.

237. Muntaner visita al infante Don Fernando, prisionero

Así que nos fuimos a la ciudad de Negroponto, y cuando estuvimos en la ciudad, los capitanes dijeron al baile de Venecia que mandase hacer un pregón para que cualquiera que hubiese habido algo de lo mío me lo devolviera bajo pena de daño personal y material, y lo mismo hicieron micer Juan de Messi y micer Bonifacio de Verona, cuando hubieron visto la carta de micer Tibaud de Cipoys. ¿Qué os diré? Tuvieron mucho empeño en que yo quedase satisfecho de sus palabras; pero de lo que me habían quitado nada pude recobrar.

Rogué a micer Juan Corin que me permitiera ir a la ciudad de Estives para visitar al señor infante; y él me dijo que en consideración a mí me aguardaría cuatro días, cosa que mucho le agradecí.

Inmediatamente conseguí cinco caballerías y me fui a la ciudad de Estives, que está a unas veinticuatro millas de distancia, y allí encontré al duque de Atenas enfermo, a pesar de lo cual

me recibió bien y me dijo que lamentaba mucho del daño que había sufrido y que él se me ofrecía para que viera en qué podía ayudarme, y que así lo haría. Yo le di muchas gracias y le dije que la mayor satisfacción que podía darme era que hiciera los mayores honores al señor infante; y él respondió que a esto se sentía muy obligado y que lo que lamentaba era tener que servirlo en el estado en que se encontraba. Le rogué entonces que me concediera permiso para poder verle, y él dijo que sí, que podía verle y estar con él y que, en obsequio mío, mientras yo estuviera, todo el mundo podría entrar y comer con él, e incluso que si quería cabalgar podría hacerlo.

En seguida mando abrir las puertas del castillo de Sant Omer, donde estaba, y yo fui a ver al señor infante. Y si me dolió verle en poder de otro, no me lo preguntéis, que creí que el corazón me estallaba; pero él, con su bondad, me consoló. ¿Qué os diré? Dos días estuve con él y le rogué que, si le agradaba que yo estuviese con él, yo rogaría al duque de Atenas que permitiera que con él estuviese. Él dijo que no era necesario que yo me quedase, sino que era mejor que procurara irme a Sicilia y que él me daría una carta credencial para el señor rey de Sicilia, que a nadie más quería escribir. Enseguida me hizo la carta y me dijo todo el mensaje que debía trasladarle y todo cuanto debía hacer; que él bien sabía que no había nadie en el mundo que conociera mejor que yo todo lo que le había ocurrido en Romanía, y seguramente así era de verdad.

238. Muntaner en Sicilia y libertad del infante

Después de estar dos días con él, me despedí con mucha pena, que poco faltó para que el corazón no me estallara. Dejéle

parte del poco dinero que llevaba y me despojé de unas vestiduras que llevaba y se las di al cocinero que el duque le había puesto. Y hablé aparte con él para que procurara que no sufriese y que no le hiciera ningún daño nada que le pudiesen dar de comida; que si nada malo hacía, de mí y de otros recibiría mucho bien. Él puso sus manos en los Evangelios y juró ante mí que antes dejaría que le cortasen la cabeza que permitir que ningún mal pudiese hacérsele con ninguna comida que él preparase. Y así me separé de él y, habiéndome despedido del señor infante y de su compañía, fui a despedirme del duque, y su merced me regaló joyas muy valiosas y ricas, y yo me marché muy satisfecho de él.

Volví a Negroponto y encontré las galeras, que sólo me esperaban a mí, y embarqué de inmediato.

Partimos de Negroponto y fuimos a tomar refresco en la isla de Setepose y luego a la Sidra y después a Malvasía y a Malea y a Sant Ángel y al puerto de las Guatlles y después a Coron. Y de Coron fuimos a la isla de Sapiencia y aquella noche dormimos en dicha isla.

Al llegar la mañana, en cuanto salió el sol, miramos y vimos llegar cuatro galeras y un leño por allí de donde nosotros habíamos venido. Enseguida nos pusimos en movimiento y seguimos su camino, y ellos, que nos vieron, empezaron a armarse. Miré y vi relucir los capacetes de hierro y las azconas monteras; pronto pensamos que se trataba de las galeras de Don Riambaud des Far, de quien ya había tenido noticia, y enseguida se lo dije a nuestro capitán, de modo que los venecianos también decidieron armarse. Al cabo de un rato el leño armado de Don Riambaud des Far vino con Don Pedro de Ribalta, que iba en la popa, y enseguida le conocí; me acerqué para que me viera y tuvo gran alegría, de modo que subió a mi galera y me dijo que se trataba de las galeras de Don Riambaud des Far. Los capitanes de los venecianos me llamaron aparte y me dije-

ron que yo les informara sobre este caballero, si era malvado y si había hecho daño a los venecianos. Yo les dije, como cosa cierta, que se trataba de un hombre de pro, que por nada haría daño a alguien que fuese amigo del rey de Aragón, de modo que les rogaba que le respetaran y honrasen mientras estaríamos juntos. Por esto, ellos mandaron desarmar a la gente y me encargaron que les asegurase de su parte que eran bien venidos. Entonces subí al leño con Don Pedro de Ribalta y fui a ver a Don Riambaud e hice desarmar a todo el mundo; y entonces, todos juntos, vinimos a las galeras. Y aquí nos saludamos unos a otros y todos juntos fuimos a la isla de Sapiencia y allí pusimos las escalas en tierra.

Nuestros capitanes invitaron a Don Riambaud des Far y a todos los jefes y aquel día estuvimos allí hasta la madrugada.

De madrugada nos levantamos todos a la vez y fuimos a Metó, donde refrescamos todas las galeras y proveímos de agua. Al día siguiente nos acercamos a la playa de Matagrifó y también nos abastecimos de agua, y luego nos fuimos a Clarenza. En Clarenza las galeras de los venecianos tenían que detenerse para ordenar cuatro galeras que tenían que dejar de guardia; de modo que yo me trasladé a las de Don Riambaud des Far, quien me hizo entregar una galera para mi compañía.

Micer Juan Corin, el capitán de los venecianos, me dio dos cubas de vino y mucho bizcocho y carne salada y de todo lo que tenía en su compañía. Y mandé comprar en Clarenza todo lo que había menester.

Me despedí de ellos y con Don Riambaud des Far nos dirigimos a Corfú y, cruzado Corfú, tomamos tierra en el golfo de Tarento, eso es, a la salida del cabo de las Leuques; y luego costeamos la Calabria y nos vinimos a Mesina. En Mesina Don Riambaud des Far desarmó, y él y yo fuimos a encontrar el rey, que se hallaba en Castronou. Aquí, el señor rey acogió bien a

Don Riambaud y le regaló unas joyas; después se marchó Don Riambaud y yo quedé con el rey y dile la carta del señor infante y le di cuenta de todo mi mensaje.

El señor rey se disgustó mucho por la prisión del señor infante, y en seguida mandó un mensaje al señor rey de Mallorca y al señor rey de Aragón. Entretanto llegó un mensaje de micer Carlos al duque de Atenas para que entregara al señor infante al rey Roberto; y enseguida lo mandó a Brindisi, y de Brindisi fuese por tierra a Nápoles. En Nápoles el señor infante estuvo en prisión cortesana, pues estaba vigilado y cabalgaba con el rey Roberto, y comía con él y con mi señora la reina, esposa del rey Roberto, que era hemana suya.

¿Qué os diré? Más de un año estuvo el señor infante en prisión y luego el señor rey su padre reclamó del rey de Francia que se lo entregase. De modo que el rey de Francia y micer Carlos mandaron mensajeros al rey Carlos, que vivía todavía, y al duque Roberto, para que lo mandasen al rey su padre. En dos galeras mandáronlo inmediatamente al rey su padre, y tomaron tierra en Coblliure, y celebró gran fiesta el rey su padre, y mi señora la reina su madre, y todos cuantos estaban en las tierras del señor rey de Mallorca, ya que todos le querían más que a ningún otro hijo que el rey tuviera.

Así he de dejaros de hablar del señor infante, que está con el señor rey su padre, sano y alegre, y he de volver a hablaros de la compañía hasta que os la haya conducido al ducado de Atenas, donde hoy se encuentra. Después de esto no volveré a ocuparme de ellos, que si algo decía podría errar, como quien de sus hechos posteriores nada sabe con seguridad.

239. Muerte de Don Bernardo de Rocafort

Cuando Don Bernardo de Rocafort tuvo hecho el sello que representaba un caballero con corona de oro, se hizo el amo de la hueste, pues a Don Tibaud de Cipoys le conocían menos que a un sargento, de lo que éste se sintió muy dolido y le parecía como un escarnio. Rocafort abusó tanto que, en cuanto moría alguien de la hueste, enseguida se apoderaba de todo lo suyo y, por otro lado, si alguno tenía una hija hermosa o una bella amiga, era forzado que fuese suya; de modo que ya no sabían que hacerse con él. Al final todos los jefes de las compañías fueron a ver en secreto a Don Tibaud de Cipoys y preguntáronle qué remedio pensaba poner, pues a Rocafort ya no podían aguantarle. Contestóles él que ningún consejo podía darles, pero que si querían llegar a buen fin, que ellos lo pensaran por su lado, que él lo pensaría por el suyo. Todo esto lo decía Don Tibaud porque se figuraba que querían traicionarle o engañarle, y por esto fue a ver a Rocafort y, privadamente, le reprendió; pero él no le hizo el menor caso.

Entretanto, Tibaud había enviado a su hijo a Venecia para que le armasen seis galeras, y las estaba esperando. Al poco tiempo llegaron con su hijo, que venía de capitán, y cuando las galeras estuvieron aquí, él se sintió seguro. Secretamente preguntó a los jefes de las compañías qué habían decidido y qué pensaban hacer respecto al asunto de Rocafort. Ellos contestaron que les parecía acertado que micer Tibaud convocara consejo general y que cuando estuvieran en consejo ellos denunciarían todo lo que él estaba haciendo, y se apoderarían de su persona y se lo entregarían. Y así se hizo. Para su desgracia, al día siguiente, cuando estuvieron en consejo, le provocaron a discusión y, en la disputa, le apresaron y lo entregaron a micer Tibaud, con lo que cometieron el mayor error que jamás nadie cometiera al entregarlo a alguien, pues mejor era que ellos por sí mismos tomasen venganza, si tal era su deseo.

¿Qué os diré? Que en cuanto micer Tibaud tuvo a Don Bernardo de Rocafort y a Don Humberto, su hermano (pues su tío Don Dalmacio de Sant Martí hacía poco que había muerto de enfermedad), los jefes de las compañías corrieron a su albergue y en las cajas de Rocafort encontraron tanta perpras de oro que tocaron a trece perpras por cada hombre, y le saquearon todo cuanto tenía.

Cuando micer Tibaud tuvo a Rocafort y a su hermano, una noche embarcó secretamente en las galeras con su compañía y puso dentro a Rocafort y a su hermano; y en cuanto abatieron los remos, dejóles sin despedirse de nadie. Y cuando llegó la mañana y los de la compañía, al no encontrar a micer Tibaud, se dieron cuenta de que se había ido llevándose a Rocafort y a su hermano, les dolió mucho y se arrepintieron de lo que habían hecho; y se promovió un gran escándalo entre ellos, y tomaron las armas y lancearon a catorce jefes de compañía que habían dado su acuerdo en aquel asunto. Luego eligieron a dos de a caballo, un adalid y un mogaten, para que les rigieran mientras no tenían jefe. Y de esta manera estuvieron, rigiendo los cuatro la hueste, junto con los doce del consejo.

Tibaud de Cipoys fue hasta Nápoles, y allí entregó al rey Roberto a Rocafort y su hermano, que eran los hombres a quienes menos quería de este mundo, por los castillos de Calabria que no le habían querido rendir, como los demás hicieron.

Cuando el rey Roberto tuvo en su poder a los dos hermanos, mandólos al castillo de Avers, y una vez allí metidos les dejó morir de hambre, que, en cuanto hubieron entrado, nadie les dio nada, ni de comida ni de bebida. Y así veréis que quien hace el mal no lo aleja de sí; y que cuanto más importante es el puesto que un hombre ocupa más mesurado y más justiciero debe ser.

Ahora dejaré de hablaros de Rocafort, que ya se acabó su época, y volveré a hablaros de la compañía.

240. La batalla de Cefis

Ocurrió por aquel tiempo que el duque de Atenas murió de enfermedad, y como no tenía hijo ni hija, dejó el ducado al conde de Brenda, que era su primo hermano.

Este conde de Brenda se había criado en Sicilia y permaneció largo tiempo, cuando era mozo, en el castillo de Agosta, donde su padre le había dejado en rehenes, pues allí estaba preso y salió con rescate, dejando a su hijo en su lugar, y por esto aparentaba querer a los catalanes y hablaba catalán.

Cuando fue al ducado, el déspota del Arta le desafió, y el Ángel, señor de Blaquia, hizo lo mismo, y otro tanto el emperador; de modo que, por todos lados, le daban mucho quehacer. Mandó sus mensajeros a la compañía y prometió pagarles el sueldo de seis meses si acudían a ayudarle y mantenerles aquel sueldo, eso es, a saber: cuatro onzas al mes por caballo armado, dos por caballo alforrado, y una onza por hombre de a pie. Y de esto hicieron juramento con las convenientes escrituras por cada una de las partes.

Con esto partió la compañía de Caserandria y se fue a la Morea, no sin pasar muchos apuros al cruzar la Blaquia, que es la tierra más fragosa del mundo. Cuando estuvieron en el ducado de Atenas, el conde de Brenda acogióles muy bien y les dio en el acto el sueldo de dos meses y empezaron a luchar contra los enemigos del conde en forma tal que, en poco tiempo, tuvieron desbaratada toda la frontera de los enemigos del conde. ¿Qué os diré? Que todos se dieron por satisfechos cuando pudieron hacer las paces con el conde, pues éste recobró más de

treinta castillos que le habían quitado, y con gran honor pudo afrontar al imperio, y al Ángel y al déspota. Y todo esto se consiguió en seis meses, sin que hubiese pagado más de dos.

Cuando vio que estaba en paz con todos sus vecinos, ocurriósele cometer una gran maldad, como fue la de querer destruir la compañía. Escogió hasta doscientos hombres de a caballo entre lo mejor que había, y otros trescientos de a pie, y a éstos les hizo de su casa y les pagó y les dio tierras y posesiones; y cuando los tuvo bien seguros, mandó a los demás que saliesen de sus tierras y de todo su ducado. Dijeron aquéllos que les pagase por el tiempo que le habían servido y él contestó que iba a pagarles con la horca.

Entretanto había mandado venir de las tierras del rey Roberto, unos; del principado de Morea, otros, y de otras tierras, hasta setecientos caballeros franceses, y cuando los tuvo reunidos, reunió también unos treinta mil hombres de a pie, griegos, y, formada así su hueste, se dispuso a atacar a la compañía. En cuanto los de la compañía lo supieron, con sus mujeres y sus hijos, salieron a una hermosa llanura próxima a Estives, donde había un pantano, cuyo pantano convirtieron en su escudo.

Cuando los doscientos hombres de a caballo y los trescientos de a pie de los catalanes vieron que los propósitos del conde eran firmes, se fueron a él y le dijeron:

—Señor, nuestros hermanos están ahí, junto a nosotros, y vemos que os proponéis destruirlos, cosa que constituye un gran entuerto y un grave pecado; nosotros os decimos que queremos ir a morir con ellos; de modo que os retamos y nos despedimos de vos.

El conde les dijo que se fuesen en mala hora y que bien estaba que muriesen junto con los otros.

De modo que, todos juntos, fueron a mezclarse con los de la compañía, y trataron de presentar batalla.

Los turcos y los turcoples se reunieron todos en un lugar, sin querer mezclarse con los de la compañía, temerosos de que unos y otros no se pusieran de acuerdo para destruirles a ellos, de manera que prefirieron mantenerse a la expectativa.

¿Qué os diré? El conde planteó la batalla con los setecientos caballeros franceses, todos de espuela dorada, y otros muchos del país, y con los hombres de a pie arremetió contra la compañía.

Púsose él en la vanguardia con su bandera, y decidió atacar a la compañía y los de la compañía decidieron atacarle a él.

¿Qué os diré? Que los caballos del conde, con el ruido que armaron los almogávares, diéronse la vuelta hacia el pantano, y entonces cayó el conde y su bandera y todos los que iban en la vanguardia. Los turcos y los turcoples, cuando vieron que la cosa iba de veras, decidieron atacarles a ellos, y la batalla fue muy fuerte; pero Dios, que siempre ayuda a la rectitud, ayudó a la compañía de tal manera que de los setecientos caballeros sólo escaparon dos, que todos murieron junto con el conde y todos los barones del principado de Morea. De aquellos dos que escaparon uno fue micer Bonifacio de Verona, señor de la tercera parte de Negroponto, que era gran personaje y muy bueno, y siempre había apreciado la compañía, y por esto, en cuanto le conocieron lo salvaron. Y micer Roger del Laur, un caballero del Rosellón, fue el otro, que muchas veces había ido con mensajes a la compañía. También murieron todos cuantos caballeros había del país. De modo que la compañía levantó el campo y había ganado la batalla y todo el ducado de Atenas.

En cuanto levantaron el campo rogaron a micer Bonifacio que fuese su capitán, y él por nada quiso aceptarlo; de modo que hicieron capitán a micer Roger del Laur, y le dieron por

esposa a la mujer que fue del señor de la Sola, con el castillo de la Sola. Y así repartiéronse la ciudad de Estives y todas las villas y los castillos del ducado; y dieron las mujeres como esposas a los de la compañía, y a cada uno según lo que valía, y hombre hubo a quien le dieron mujer tan distinguida que no le doliera servirle el agua a manos. Se afianzaron, pues, de tal manera y en tal forma ordenaron sus vidas que, si discretamente saben mantenerlo, ellos y sus descendientes muy honradamente han de vivir.

241. Separación de los turcos y turcoples y traición de los genoveses

Los turcos y turcoples, que comprendieron que de ahora en adelante la compañía no pensaría en marcharse del ducado de Atenas y que habían ganado a todo el mundo, decidieron marcharse. Los catalanes les dijeron que les darían tres o cuatro lugares, o más, del ducado, donde ellos quisieran y que les rogaban que se quedasen; pero ellos dijeron que por nada se quedarían y que puesto que Dios les había favorecido y todos eran ricos, querían volver al reino de Anatolia, con sus amigos. De manera que se fueron con gran honor y concordia los uno con los otros y se ofrecieron mutua ayuda si el caso se presentaba.

Dirigiéronse, con toda seguridad hasta Gallípoli, devastando y quemando todo lo que se les ponía por delante, sin temor a que nadie se les opusiera; en tal forma habían dejado el imperio los catalanes. En cuanto estuvieron en Boca de Aver vinieron contra ellos diez galeras genovesas contratadas por el emperador y les ofrecieron pasarles el brazo de Boca de Aver, que en aquel lugar no tiene mayor anchura que de unas cuatro millas; a esto se avinieron ellos después que les juraron sobre los Evangelios que seguros y a salvo les pasarían. En tal forma hicieron un viaje con la gente de menor categoría y, cuando los más honorables vieron que habían pasado a aquella gente, metiéronse en las galeras y, al entrar, quitábanse todas las armas (pues estaba convenido que los turcos se quitarían todas las armas y las entregarían a los genoveses), y los genoveses metiéronlas todas en una misma galera. Después, cuando los turcos estuvieron embarcados en las galeras, sin armas, los marineros

se lanzaron sobre los turcos y mataron a más de la mitad y a los demás metiéronlos en los fondos. De este modo apresaron a más de la mitad de los mejores y los llevaron a Genova, y fueron vendiéndolos en Pulla y en Calabria y en Nápoles y en otros lugares. De los que quedaron en Gallípoli no quedó ni uno, pues el emperador hizo venir mucha gente de Constantinopla para que los mataran.

Y a veis cómo los turcos fueron destruidos, con mucha falsía y deslealtad por parte de los genoveses, que sólo escaparon aquellos que pasaron la primera vez, de lo cual fueron muy disgustados los de la compañía cuando se enteraron. Y ya veis qué final tuvieron los turcos.

242. Don Bernardo Estanyol, capitán de la compañía

Cuando los catalanes se vieron bien asentados en el ducado de Atenas y señores del país, mandaron sus mensajeros a Sicilia, diciendo al señor rey que si quería mandase a uno de sus hijos, que ellos lo jurarían como su señor y le entregarían todas las fuerzas que tenían, pues comprendían que no estaban bien sin señor después de que Dios les había hecho tanto bien. El señor rey de Sicilia reunió su consejo y les dio por señor al segundo de los hijos que tenía, o sea al infante Manfredo, y ellos se dieron por satisfechos; pero les dijo que era tan pequeño que no era todavía momento para que se lo mandara, de modo que juraran como señor al infante Manfredo y luego iría un caballero que sería su capitán en su lugar. Esto otorgaron los mensajeros y, en nombre de toda la compañía, juraron al infante Manfredo por señor. Y el señor rey nombró un caballero, llamado Don Bernardo Estanyol, que era del Ampurdán, para

que se fuera con ellos y fuese capitán de la hueste y que tomase juramento y homenaje a todos; y el señor rey se lo mandó, con cinco galeras.

Cuando estuvieron con la compañía, éstos estuvieron muy satisfechos de lo que los mensajeros habían hecho y de Don Bernardo Estanyol, que como capitán venía; y recibiéronle por capitán y mayor, en nombre del infante Manfredo.

Durante largo tiempo rigió muy bien a la compañía y muy discretamente, pues se trataba de muy experto caballero, que hizo muy relevantes hechos de armas.

La compañía quedó ordenada del siguiente modo, teniendo por vecinos a cuatro grandes poderes, eso es, a saber: limitaban con los castillos y lugares del emperador, e igualmente limitaban con el Ángel, señor de la Blaquia, y por el otro lado limitaban con el déspota del Arca y por otra parte con el príncipe de la Morea. Y Don Bernardo Estanyol ordenóles de manera que, cuando estaban en guerra con uno de ellos, hacían treguas con los otros, y una vez habían devastado su país con la guerra, hacían treguas con él y empezaban la guerra con uno de los otros. Y esta es la vida que siguen llevando, pues ellos, sin guerra, no podrían vivir.

243. El infante Alfonso Federico, capitán de la compañía

Más adelante, Don Bernardo Estanyol murió de enfermedad, y ellos pidieron al señor rey de Sicilia que les mandase un nuevo gobernador. El señor rey mandó venir de Cataluña a su hijo Don Alfonso Federico, que estaba educándose con el señor rey de Aragón, y de Cataluña se trajo buen cortejo de caballeros e hijos de caballeros y otras gentes, y embarcó en Barcelona y se

vino a Sicilia, dando gran satisfacción al rey su padre cuando le vio tan crecido y de tan lindo talle. Le proveyó muy bien, y, dándole diez galeras, lo mandó a la compañía como jefe y mayor, de parte del infante Manfredo, y cuando estuvo allí los de la compañía se sintieron muy satisfechos y le recibieron muy bien; y él les rigió y fue su señor, y sigue siéndolo todavía, en forma muy inteligente y certera.

No tardó mucho tiempo que el infante Manfredo murió, y entonces el señor rey mandó decir que, puesto que el infante Manfredo había muerto, de ahora en adelante tuviesen al señor infante Don Alfonso Federico por jefe y por señor; y la compañía quedó muy complacida. Enseguida buscáronle esposa, y diéronle como tal a la hija de micer Bonifacio de Verona, a quien pertenecía todo lo que micer Bonifacio tenía, a saber, la tercera parte de Negroponto y más de trece castillos en tierra firme, en el ducado de Atenas. De modo que hubo esta doncella por esposa, que era hija de aquel noble señor que fue el hombre más sabio y más gentil que jamás haya nacido y por cuya bondad he de contaros cuánto honor le hizo el duque de Atenas.

De modo que Don Alfonso Federico tuvo por esposa a esta gentil señora, que, por parte de padre, procede de los hombres de sangre más noble que pueda haber en Lombardía, y la madre, que fue esposa de micer Bonifacio, era hija de la más noble familia de la Morea, y por su esposa tuvo micer Bonifacio la tercera parte de Negroponto.

De esta señora tuvo Don Alfonso Federico muchos hijos y resultó ser la mejor señora y la más inteligente que hubiera en aquel país, y, sin duda, es una de las más perfectas cristianas de este mundo. Yo la vi en casa de su padre, de niña, que tendría alrededor de los ocho años, cuando estuvimos presos con el señor infante, y en casa de micer Bonifacio estuvimos con el señor infante de Mallorca cuando estuvimos prisioneros.

Ahora, de aquí en adelante, dejaré de hablaros de Don Alfonso Federico y de la compañía, pues no me arriesgaría a hacerlo, ya que, desde que he venido a Calabria y a Cataluña, ellos están tan lejos que tendría que hablar a ciegas de sus acciones, y yo no quiero que haya en este libro nada que no sea la pura verdad. Dios permita que hablen y obren bien, que en sus acciones no me he de entremeter de ahora en adelante. Pero lo que sí quiero es contaros el honor que el duque de Atenas, que dejó sus tierras al conde de Brenda, le hizo un día; y eso quiero contarlo para que reyes y ricoshombres lo tomen como ejemplo.

244. La fortuna de Bonifacio de Verona

La verdad es que el duque de Atenas es uno de los más nobles príncipes que pueda haber en el imperio de Romanía, no siendo rey, y de los más ricos.

Antiguamente hubo dos hermanos, hijos del duque de Braiman, que por la santa Iglesia de Roma pasaron a Ultramar con gran caballería y mucha gente y naves, que habían embarcado en Brindisi y en Venecia, y el invierno alcanzóles en el puerto de Clarenza. En aquel momento las gentes de aquel país eran rebeldes a la Iglesia, y estos dos señores mandaron mensajeros al papa diciéndole que si les concedía el principado de la Morea y el ducado de Atenas ellos aquel invierno los conquistarían, ya que, con el invierno, tampoco podían seguir más adelante. El papa, con gran agrado, otorgóselo, de modo que aquellos dos conquistaron todo el principado de Morea y el ducado de Atenas. El mayor fue príncipe de Morea y el otro duque de Atenas, y cada uno tuvo su tierra franca y libre y dieron a sus caballeros, a unos, castillos, y a otros, caseríos y lugares, de modo

que muy pronto se vio poblada de caballeros franceses, que hicieron venir a sus esposas y a sus hijos, ya que ellos mismos cuidaron de que vinieran de Francia. Luego, siempre los que han estado con ellos, toman por esposas a las hijas de los más altos barones de Francia, de modo que en línea recta son hombres nobles y de preclara sangre.

Ocurrió que el buen duque de Atenas, que, como ya os he dicho, dejó la tierra al conde de Brenda, quiso recibir la orden de caballería, e hizo convocar cortes por toda su tierra y mandó que el día de san Juan de junio todos cuantos hombres honrados había en su ducado estuviesen en la ciudad de Estives, donde él tomaría la caballería; y lo mismo mandó a los prelados y demás gente notable; y luego hizo pregonar por todo el imperio, los dominios del déspota y por la Blaquia, que quien quisiera ir a verlo recibiría gracias y dones de su parte. Y así fue mandado por las cortes, seis meses antes de que se celebraran.

Es el caso que el señor de Verona, que es una buena ciudad de Lombardía, tuvo tres hijos, y a uno de ellos, o sea al mayor, le heredó de todo cuanto tenía; a aquel que venía después le preparó con treinta caballeros y con treinta hijos de caballeros, y los mandó a Morea, al duque de Atenas; y el que entonces era duque de Atenas, padre del de que ahora os hablo, recibióle con gran benevolencia y diole mucho de lo suyo, y le hizo gran ricohombre, y le dio esposa con grandes riquezas; y fue muy sabio caballero y tuvo dos hijos y dos hijas de su esposa. Cuando los hermanos supieron lo bien que le iban las cosas, micer Bonifacio, que era el menor, dijo a su hermano mayor que él quería ir a Morea con su hermano; y a su hermano le plugo y le ayudó lo mejor que pudo. Micer Bonifacio tenía nada más que un castillo, que su padre le había dejado, y lo vendió para poderse equipar mejor, y equipóse con diez caballeros y con diez hijos de caballero y fue armado caballero por su hermano mayor, pues más le valía ir como caballero que como escudero,

pues en aquella parte el hijo de un ricohombre no merece ninguna consideración mientras no es armado caballero, y por esto él se hizo caballero por mano de su hermano.

Partió de tal modo de Lombardía y vínose a Venecia, y aquí embarcó y se dirigió al ducado de Atenas. Cuando estuvo en el ducado compareció delante del duque, que le recibió muy bien, y se encontró con que su hermano había muerto hacía un mes y que habían quedado dos hijos y dos hijas. El ricohombre viose perdido, pues sus sobrinos de poco le servían, pues los que eran sus tutores no le podían dar nada de lo que era de sus pupilos, de manera que ya podéis suponer cómo se sintió de desamparado. El buen duque de Atenas, que le vio tan desconsolado, consolóle y dijóle que no desmayara, que él le recibiría en su casa y en su consejo, junto con todos aquellos que con él habían venido. De este modo el ricohombre se sintió totalmente restablecido, y el duque de Atenas mandó que se le inscribiera en su ración, buena y bastante, para él y toda su compañía.

¿Qué os diré? Con esta vida siguió más de siete años, sin que hubiera en la corte del duque quien más apuestamente vistiera ni quien mejor se presentara que él y toda su compañía, de manera que daba mayor realce a toda aquella corte. El duque de Atenas tenía muy en cuenta su buen juicio y correcto comportamiento, y aun cuando no lo aparentaba, estimaba como muy bueno y sabio su consejo.

En aquella ocasión, cuando se acercaba la reunión de corte que el duque había convocado, cada uno se esforzaba en hacerse trajes para sí y para su compañía, para hacer honor a la corte, y se hacía acompañar de juglares. ¿Qué os diré? El día en que se reunió la corte no hubo nadie mejor vestido ni más honrosamente de como lo estuvo micer Bonifacio y su compañía, con más de cien antorchas que le acompañaban, y todo esto lo hizo empeñando la ración que más adelante tenía que recibir.

¿Qué os diré? La fiesta empezó muy grande, y cuando estuvieron en la iglesia mayor, donde el duque debía tomar la orden de caballería, y el arzobispo de Estives decía la misa, y sobre el altar estaban las armas del duque, todo el mundo estaba esperando que el duque tomara caballería de por sí, y maravilláronse, pues el rey de Francia y el emperador a gran honor tuvieran que de ellos quisiera recibir la caballería.

Pero, mientras todos estaban esperando, él mandó llamar a micer Bonifacio de Verona, que compareció enseguida, y el duque le dijo:

—Micer Bonifacio, sentaos aquí, junto al arzobispo, que yo quiero que seáis vos quien me haga caballero.

Y micer Bonifacio dijo:

—¡Ah, señor! ¿Qué es lo que estáis diciendo? ¿Hacéis escarnio de mí?

—Seguro que no —dijo el duque—, pero quiero que así sea.

Y micer Bonifacio, que vio que lo decía con ánimo de cumplirlo, acercóse al altar y al arzobispo, y allí él hizo caballero al duque.

Cuando le hubo hecho caballero, el duque dijo delante de todos:

—Micer Bonifacio: Es costumbre de todos los tiempos que aquellos que hacen caballeros obsequien a los caballeros nuevos que hacen. Pero yo quiero hacer todo lo contrario: vos me habéis hecho caballero y yo os doy en este momento cincuenta mil sueldos de renta en tornasas, para siempre, a vos y a los vuestros, desde este día en adelante, todos en buenos castillos y lugares, que serán vuestros y de los vuestros en franco alodio y de los que podréis usar según sea vuestra voluntad. Y aún más, os doy por esposa la hija de cierto barón, que ha seguido en mi

poder, y que es dueña de la tercera parte de la isla de Negroponto.

De este modo, como veis, le heredó en un día y en una hora, con lo que fue el más honrado en un día, pues desde hacía mucho tiempo ningún príncipe había hecho cosa semejante, de modo que fue algo nuevo y extraordinario.

Después de esto micer Bonifacio vivió rico y opulento, y cuando murió el señor duque, le encomendó su alma y le hizo procurador del ducado hasta que llegó el conde de Brenda. Y ya podéis haber comprendido de quién era hija la esposa de Don Alfonso Federico.

Ahora dejaré de hablaros de todos los hechos de Romanía y volveré a hablaros del señor rey de Aragón y del señor rey de Mallorca y del señor rey de Sicilia.

245. Paz entre Aragón y Castilla

Cuando el señor rey de Aragón hubo quitado el reino de Murcia al rey Don Fernando de Castilla, que era hijo del que fue rey Don Sancho, y hubo devastado gran parte de toda Castilla, el señor infante Don Pedro y otros vieron que la guerra con Aragón no les resultaba provechosa, especialmente Don Enrique, que era muy experimentado y conocedor, y trataron la paz con el señor rey de Aragón. Resultó que la paz se estipuló de la siguiente forma: el hijo mayor del señor rey de Aragón, llamado el infante Don Jaime, debía tomar por esposa a la hija del rey Don Fernando, en cuanto estuviera en edad para ello, y de inmediato fue entregada al señor rey de Aragón, que la hizo educar en su reino, y el señor rey de Aragón devolvió el reino de Murcia al rey Don Fernando, salvo aquella parte que pertenecía a su conquista, que el rey Don Jaime, su abuelo, había

entregado en dote, junto con una de sus hijas, a Don Manuel, hermano del rey Don Alfonso de Castilla. Luego aquella señora murió sin hijos y las tierras debían volver al rey de Aragón, y por la gran amistad que el rey Don Jaime tenía con el rey Don Alfonso, su yerno, y con el infante Don Manuel, que igualmente había sido yerno suyo, permitió que siguiera disfrutándolas Don Manuel. Y ahora el señor rey de Aragón quería recobrarlas: eso es, Alicante, Elche, Aspe, Petrer, el valle de Elda y de Novelda, y la Mola Crevillente, Favanella, Callosa, Orihuela y Guardamar.

246. Sitio de Almería

Cuando el señor rey Don Jaime tuvo hecha y firmada la paz, pensó que, puesto que estaba en paz con todos, podía atacar a los sarracenos, eso es, al rey de Granada, que había roto la tregua cuando el rey de Castilla se separó de él. De lo cual se quiso vengar y convino con el rey de Castilla que fuesen ambos contra el rey de Granada, de la siguiente forma: que el rey de Castilla fuese con todo su poder a sitiar Altzehira de Alhadre; y el señor Don Jaime, rey de Aragón, fuese a sitiar la ciudad de Almería. Y así fue ordenado y jurado por cada uno de los reyes que esto se cumpliría en día fijo y que ninguno debía abandonar la guerra ni su sitio sin acuerdo del otro. Todo ello fue acertadamente acordado a fin de que el rey de Granada tuviese que dividir en dos partes a su gente.

Así se cumplió, de manera que el rey de Castilla fue a sitiar Altzehira de Alhadre, y el señor rey de Aragón la ciudad de Almería, que es ciudad muy importante; y el sitio, que duró más de nueve meses, lo mantuvo el señor rey de Aragón con trabucos y manganos y con todos los artefactos adecuados para

mantener un sitio, pues el señor rey de Aragón fue allí muy bien pertrechado, con muchos ricoshombres y barones de Cataluña y Aragón. Entre otros, vino con él el infante Don Fernando de Mallorca, muy ricamente pertrechado, con cien caballos armados y muchos hombres de a pie y con galeras y leños que traían los caballos y víveres y compañías y trabucos, pues el rey de Mallorca quiso que viniera en ayuda del señor rey de Aragón bien equipado de todo, como pertenecía a quien era: uno de los mejores caballeros del mundo; y así demostrólo en todos los lances en que tuvo que intervenir durante el sitio, pues entre otros hechos tuvo por tres veces que enfrentarse con los moros y de todo el mundo tuvo que ser loada la caballería del infante Don Fernando.

247. Tregua con Granada

Ocurrió un día, la víspera de san Bartolomé, que cuantos moros había en el reino de Granada se juntaron para ir contra el señor rey de Aragón por culpa del rey de Castilla, que levantó el sitio que tenía puesto, sin dar noticia al señor rey de Aragón. Y fue una gran falta del rey de Castilla el no hacerlo saber al señor rey de Aragón, a causa de lo cual se produjo una gran aventura, pues el señor rey de Aragón se vio sorprendido al ver que tanta gente se le venía encima, cosa que él no podía sospechar. De modo que todo el poder de Granada cayó, la víspera de san Bartolomé, sobre la hueste del señor rey de Aragón[62], y el señor rey vio que era un poder tan grande que mucho le sorprendió, pero, lejos de desmayar, ordenó al señor infante Don Fernando que estuviera con su compañía cerca de la ciudad de Almería, para que nadie saliera de la ciudad, y que si alguien

salía, atacase el sitio mientras ellos combatirían a los sarracenos y el señor infante mantendría la defensa.

Y quiero que sepáis que aquel punto era el más peligroso, por cuyo motivo el señor infante se avino a mantenerlo, pues, de no ser así, no lo hubiese aceptado.

¿Qué os diré? Cuando el señor rey estuvo dispuesto con toda su hueste para atacar la hueste de los sarracenos, de dentro de Almería salió por el espolón que daba al mar, entre los despeñaderos, el hijo del rey de Godix, con más de cuatrocientos hombres de a caballo y mucha gente de a pie.

Cundió la alarma por las tiendas, y el señor infante, muy bien arreado con su compañía completa y sus caballeros, salió ordenadamente. Cuando los moros hubieron cruzado el espolón, el hijo del rey de Godix, que era muy buen caballero y era uno de los mejores del mundo y hombre fuerte, salió el primero, gritando con la azagaya en la mano:

—*¡Ani ben e soltan!*

Y otra cosa no le salía de la boca. El infante Don Fernando preguntó:

—¿Qué dice?

Y los truchimanes que estaban cerca le dijeron:

—Señor: dice que es hijo de rey.

Y dijo el señor infante:

—¡Y yo hijo de rey!

Y arremetió contra él, y antes de que pudiera acercarse, había matado a más de seis caballeros con la lanza y la había roto. Echó mano a la espada, y con ella en la mano se hizo abrir paso hasta que llegó junto aquel que gritaba que era hijo de rey, y aquél, que le vio llegar y supo que era el infante, vino con él y, con la espada, le dio golpe tal que el primer cuarto del escudo le echó por el suelo, pues fue un golpe sorprendente. Y gritó:

—*¡Ani ben e soltan!*

Y el señor infante diole tal golpe en la cabeza con la espada que se la partió hasta los dientes, y cayó muerto en tierra. Al acto los sarracenos se dieron por vencidos, y aquel que pudo irse por el espolón salvó la vida, y los demás murieron todos. De este modo el señor infante pudo llevar a cabo lo que se había propuesto con respecto a los de la ciudad.

En tanto se producía este tumulto en el espolón, los moros de la hueste se prepararon para atacar, y el señor rey quiso también embestir; pero Don Guillermo de Anglesola y Don Alberto de Mediona se apearon del caballo y, cogiendo por el freno el caballo del señor rey, le dijeron:

—Señor, ¿qué vais a hacer? No hagáis nada, que en la delantera ya habrá quien cumplidamente lo haga.

Y es que el rey tenía tantas ganas de atacar que poco le faltó para que su corazón no estallara, pero él mismo había elegido estos dos hombres y otros para acaudillar, y por esto tuvo que someterse; que de no ser así, no lo soportara.

La delantera del rey atacó a los moros y los pusieron en derrota. Seguro que aquel día hubiesen entrado en Granada, y matado toda la caballería, pero por la duda del sitio y de que no viniesen de otro sitio, hubo que detener la persecución, no sin que aquel día no muriesen un sinfín de moros a caballo y de a pie, que esta fue la mayor hazaña que nunca se hiciera y la mejor de las victorias.

A partir de aquel día los moros temieron tanto a los cristianos que no se atrevían ni a mirarlos.

¿Qué voy a deciros? El señor rey se volvió con toda su gente, con gran satisfacción y alegría, a las tiendas, donde encontró al señor infante Don Fernando, que había hecho armas como el mismísimo Roldán no pudiera hacerlas si allí se encontrara. Y

al día siguiente celebraron cumplidamente la fiesta de san Bartolomé, apóstol.

Cuando el rey de Granada vio la maravilla que el rey de Aragón y los suyos habían logrado, diose por perdido, pues nadie podía imaginar que ellos tuvieran tan grande fuerza y tan excelente calidad. Mandó sus mensajeros al rey de Aragón mandándole decir que le rogaba levantase el sitio; que se diese cuenta que el invierno se le venía encima y que bien veía que se estaba esforzando por gente en quien no encontraría ninguna buena disposición, ya que los castellanos habían levantado el sitio sólo para que él y sus gentes se perdieran. Por lo cual le rogaba que aceptara que él firmara treguas y que le prometía que, en todo tiempo y lugar, él sería su aliado contra todos los hombres del mundo y, además, que en su honor libertaría a todos los cautivos cristianos que tenía, que eran en gran número.

Cuando el señor rey hubo escuchado a los mensajeros, llamó a sus consejeros y les expuso lo que el rey de Granada le había mandado decir; y finalmente le dieron el consejo de que se volviese a su tierra, por tres razones: la primera, porque el invierno se le venía encima; la segunda, por la gran deslealtad que los castellanos habían tenido con él; la tercera, por los cautivos cristianos que el rey de Granada retenía, que eran cosa mucho más importante que si hubiese tomado dos ciudades de Almería. Así fue acordado, y la tregua se firmó, y el señor rey mandó embarcar a toda su gente con todo lo que les pertenecía, y volviéronse, unos por mar y otros por tierra, al reino de Valencia.

Con esto podéis comprender el gran interés que sentía el señor rey en acrecentar y multiplicar la santa fe católica, puesto que en aquella conquista, que no le pertenecía, fue a mantener un sitio, y podéis estar seguros que si el reino de Granada perteneciera a su conquista, hace mucho tiempo que sería de los cristianos.

Cuando esto estuvo hecho, el señor rey se fue al reino de Valencia, y el señor infante Don Fernando, con sus gentes y sus galeras, volvióse al Rosellón con el señor rey su padre, que tuvo gran satisfacción al verle, y especialmente cuando comprobó que tan perfectamente había cumplido su trabajo.

Ahora dejaré de hablaros del señor rey de Aragón y volveré a hablaros del señor rey de Castilla.

248. Gerba, bajo la señoría de Lauria

La verdad es que, en los tiempos en que el señor rey de Aragón fue a Almería, el señor rey de Sicilia, su hermano, no estaba en paz, antes al contrario, le ocurría aquello que se dice en Cataluña, que «a veces no sabe uno de dónde le vienen los males y los apuros». Y así le ocurrió al señor rey de Sicilia, que estando en buena paz le ocurrieron muchos afanes; pero todo cuanto le sucedió lo aguantó en honra de Dios y de la santa fe católica. Ahora os contaré lo ocurrido.

Como antes os conté, el almirante Don Roger de Lauria tenía la isla de Gerba, y cuando el almirante murió, Don Rogeró, su hijo, conservó la isla, y por culpa de los oficiales la isla se rebeló contra Don Rogeró; éste, con la ayuda del señor rey, que le había prometido una de sus hijas por esposa, que tuvo de mi señora Sibilia de Solmella antes de que tuviera esposa, se fue a Gerba con seis galeras y con muchos leños armados. El castillo de Gerba estaba sitiado, pues el rey de Túnez había mandado con tal fin a Leianí, un gran moabita de Túnez, con una hueste de cristianos y sarracenos que lo asediaban disparando con cuatro trabucos, y hacía más de ocho meses que lo tenía sitiado. Cuando Don Rogeró llegó a Gerba con las galeras, Leianí tuvo miedo de que se metiera en el paso de la isla que está entre és-

ta y la tierra firme, y veía que, de hacerlo, le privaba de aquel paso y estaban todos perdidos. De manera que levantó el sitio y volvióse a Túnez. Don Rogeró, cuando vio que se había ido, mandó a por los viejos de la isla, les reconcilió, y castigó aquellos que eran culpables.

Es de saber, ahora, que Gerba es una isla poblada de buena gente de armas, pero dividida en dos facciones: una tiene por nombre Moabia y la otra Mistoua; y estas dos facciones son como los güelfos y gibelinos que hay en la Toscana y en Lombardía. Se han extendido tanto la Moabia y la Mistoua que dominan por toda Frequia en tierra firme, y están en ellas tanto alárabes, como moabitas, como bereberes, y en cada una de las facciones se cuentan más de cien mil personas. El jefe de cada una de estas banderías está siempre en Gerba, pues allí empezaron y se mantienen todavía, y dan favor y ayuda a todos los que pertenecen a su bando, y esto ocurre igual por las dos partes. Y la casa de Ben Simomem es cabeza, en Gerba, de la Moabia, y son gente muy leal y buena respecto a los cristianos.

Cuando Don Rogeró hubo reconciliado la isla, se volvió a Sicilia, donde debía celebrar su matrimonio. Y el rey Roberto citóle para que fuese a verle a Nápoles, puesto que en Calabria tenía más de veinticuatro castillos. Y él se fue a Nápoles, y allí cogió una enfermedad y murió, cosa que fue una gran desgracia, pues de haber vivido hubiese sido parecido a su padre el almirante. Y todos sus bienes pasaron a su hermano Don Carlet, que era un joven de doce o catorce años, muy bueno y discreto por los años que tenía.

249. Nuevas rebeliones de Gerba

Cuando los sarracenos de Gerba supieron la muerte de Don Rogeró, los malvados de Mistoua, con parte de algunos malvados de Moabia, y junto con la gavilla de los Doaques, se rebelaron contra los cristianos y contra la casa de Ben Simomem, de manera que metieron a la caballería de Túnez en la isla y sitiaron otra vez el castillo.

Don Carlet, con la ayuda del señor rey de Sicilia y del rey Roberto, con cinco galeras y leños, fue a Gerba; y ocurrió lo mismo, que en cuanto estuvo en la isla la caballería de Túnez huyó.

Igualmente, también reconcilió las gentes de Mistoua con el consejo de la casa de Ben Simomem, y les perdonó, y ordenó la isla, y se volvió a Calabria, donde había dejado a mi señora Saurina de Entenza, su madre. Y cuando estuvo con su madre, no transcurrió mucho tiempo que también murió, y quedó la tierra en manos de un hijo que había tenido, que en aquella época no tenía más allá de cinco años, y se llamaba Rogeró de Loria, como su hermano mayor; es, a saber, que se llamaba Francisco, pero cuando el hermano murió, al confirmarle, le cambiaron el nombre, y se llamó Rogeró de Loria.

Cuando los malvados de Mistoua supieron esto, rebeláronse contra los cristianos y contra los de Moabia, y la guerra empezó de nuevo entre ellos, sin que hubiera caballería extranjera ni de una parte ni de otra, excepto de Don Simón de Montolíu, que era capitán de la isla por Don Rogeró, con los del castillo, que ayudaban a los de Moabia en razón de la casa de Ben Simomem.

Estando así la guerra, micer Conrado Lanza de Castellmenart, que era tutor de Don Rogeró en aquellas tierras, rogó al señor rey de Sicilia que permitiera que Don Jaime Castellar, hombre de mar bueno y experto, que tenía armadas cuatro galeras para entrar en Romanía en corso, fuera a Gerba para visi-

tar el castillo y diese toda la ayuda posible a la casa de Ben Simomem. El señor rey, por afecto a micer Conrado y para que el castillo se mantuviera más fuerte, se lo otorgó; e hizo venir a Don Jaime Castellar, y le mandó que pasara por Gerba y visitara y confortara y ayudara a los del castillo, y luego fuese a su ganancia, ya que las galeras habían sido armadas con dinero del señor rey.

Don Jaime Castellar se despidió del señor rey y fuese a Gerba. Cuando estuvo en Gerba, le hicieron cambiar de parecer, y con toda la gente de las galeras, con el estandarte alzado, fue, junto con los del castillo y una partida de cristianos y los de Moabia, contra los de Mistoua; pero los de Moabia fueron vencidos y Don Jaime Castellar murió allí, junto con más de quinientos cristianos, cosa que fue una gran desgracia y de mucho daño.

Cuando los malvados de Mistoua hubieron alcanzado esta victoria, todavía fueron más endiablados y más soberbios, sobre todo un cabeza loca que era un traidor de Mistoua, y era su capitán, que tenía Alef por nombre; de manera que, después de haberles causado esta derrota, no dejaban de pensar en dar la gran batalla y asaltar el castillo a los Moabia; de modo que, de una forma u otra, aquel traidor quería apoderarse de toda la isla.

250. Nuevos intentos de liberación

Cuando el señor rey de Sicilia tuvo noticia de la muerte de Don Jaime Castellar quedó muy disgustado, pero conformóse pensando que ellos habían hecho más de lo que se les había pedido, puesto que el rey no les había mandado que abandonasen las galeras y se metiesen tierra adentro a pelear con ellos.

A los pocos días, Don Simón de Montolíu, que vio que el asunto de la isla andaba mal, y sobre todo el del castillo, ya que los hombres le pedían paga y él no podía dársela, puesto que nada cosechaba de la isla, dejó en su lugar a Don Borde de Montolíu, primo hermano suyo, y vínose a Calabria y a mi señora Saurina, y díjole el estado de la isla y el castillo, y ella requirió a micer Conrado Lanza, que era tutor de Don Rogeró, para que le ayudasen con dinero y con hombres. Mi señora Saurina, en aquellos momentos, se encontraba con grandes dificultades, pues tenía muchas deudas a causa de la flota que armó su hijo Carlet cuando fue a Gerba, y nada recaudaba de sus rentas de Calabria, pues todas las rentas de los castillos estaban destinadas a pagar los tuertos y deudas del almirante y de Don Rogeró. De modo que pidió al papa que le ayudara, y le dijo que no, e igualmente el rey Roberto le dijo que no; y a defecto de todos vino a Sicilia y acudió al señor rey y pidióle socorro. Finalmente, el señor rey, para mayor honra de Dios y para restablecer a la gente del castillo, que todos eran catalanes, se amparó de la isla de Gerba con las siguientes condiciones: que mi señora Saurina y micer Conrado Lanza y Don Amigucio de Loria, que eran tutores de Don Rogeró, actuarían así con el señor rey de Sicilia: que le entregarían el castillo y toda la isla, y que todo lo que anticipase sería hipotecado sobre la isla de Gerba y la de los Querquens, y que las tuviese y poseyese como cosa propia hasta que fuese pagado de todo cuanto anticiparía, y que de todo fuese señor y dueño. De todo esto se hicieron buenas escrituras, y se mandó a Don Simón de Montolíu, que estaba presente, que entregase el castillo de Gerba y la torre de los Querquens, y dicho Simón hizo de todo ello juramento y homenaje al señor rey, asegurando que se los entregaría en cuanto lo mandase, eso es: el castillo de Gerba y la torre de los Querquens.

Cuando todo esto estuvo listo, el señor rey mandó armar dieciocho galeras y embarcó cien hombres de a caballo, caballeros y gentes de condición, y más de mil quinientos hombres de a pie de la gente nuestra. Y puso como capitán de aquella gente a micer Pelegrín de Pati, caballero de Mesina, y le hizo entregar moneda bastante para que fuesen pagados los hombres del castillo de Gerba y de la torre de los Querquens de cuanto se les adeudaba. Así se despidieron del señor rey, y tomaron tierra en la isla de Gerba, en un lugar llamado la isla del Almirante, que está a unas cinco millas del castillo. Lo que debieron hacer, nada más a su llegada, era irse al castillo para refrescar a la gente y los caballos durante dos o tres días, pero en lugar de esto fueron penetrando por la isla sin orden alguno, figurándose que ni toda Berbería se atrevería a ponérseles por delante. Seguro que de haber ido bien acaudillados, ni aun cuando en la isla hubiese cinco veces más gente de la que había, tenían nada que temer, pero por el mal orden que entre ellos reinaba, iban sin ningún caudillaje.

Los sarracenos de la isla, tanto Mistoua como Moabia, se aunaron, con excepción de los viejos de la casa de Ben Simomem, que se habían metido en el castillo. Y en cuanto los sarracenos vieron venir contra ellos a los cristianos sin ningún orden, fueron los primeros en atacar. ¿Qué os diré? Que muy pronto les desconcertaron, y estaban todavía a quince millas del castillo. ¿Qué os diré? Micer Pelegrín fue preso, y de todos los hombres de a caballo no escaparon más que veintiocho, y los otros murieron todos; y de los hombres de a pie, entre latinos y catalanes, murieron más de dos mil quinientos, y de este modo quedaron todos muertos y derrotados. Entonces los malvados de Mistoua se apoderaron de la isla, y aquel llamado Alef se hizo señor de todo, y se dirigió al rey de Túnez para que le mandase trescientos hombres de a caballo que fuesen sarracenos, y de este modo sitiaron el castillo, de donde no podía salir

ni un gato que no fuese hecho prisionero. Micer Pelegrín pudo ser rescatado con el dinero que había traído para pagar a los hombres del castillo.

Desbaratadas volvieron las galeras a Sicilia, donde hubo gran duelo y dolor cuando lo supieron, y el señor rey muy principalmente. Micer Pelegrín y los otros veintiocho de a caballo que habían escapado de la batalla se quedaron en el castillo, y si sabéis de gente que se avenga mal con los demás, así hicieron con la gente del castillo, que todos los días estaban a punto de destrozarse irnos a otros, y esto ocurría por culpa de las esposas y las amigas que tenían los del castillo.

251. Ramón Muntaner, capitán de Gerba

Don Simón de Montolíu volvió a Sicilia para solicitar del señor rey que adjudicara el castillo y la torre de los Querquens a quien le pluguiera, y que le pagase y le remitiera dinero para las pagas de los demás. El señor rey, en realidad, no encontraba quien quisiera ir, y ni siquiera encontraba quien quisiera, en leño o galera, acercarse a Gerba. De manera que el señor rey se encontraba en un mal trance.

Ocurrió que, en aquella ocasión, yo, Ramón Muntaner, llegué a Sicilia procedente de Romanía, y pedí permiso al señor rey para que pudiera ir a Cataluña para casarme, pues estaba prometido con una jovencita de la ciudad de Valencia desde hacía diez años. El señor rey me dijo que le placía, e hice armar una galera de cien remos que era de mi propiedad. El señor rey, cuando ya la tuve armada, me ordenó que fuese con él a Montalbá, un lugar de montaña a trece leguas de Mesina, donde él pasaba el verano (y entonces estábamos en julio), ya que quería mandar unas joyas a mi señora la reina de Aragón y a

los infantes, y quería que yo las llevase. Yo dije que estaba dispuesto a hacer lo que él mandase, y en aquella ocasión el señor rey de Aragón y su esposa se encontraban sobre Almería.

De modo que hice armar mi leño para ir a Cataluña, y compré todo lo necesario para celebrar la boda; y cuando tuve todas las cosas preparadas en Mesina, las embarqué en mi galera armada, y me fui a Montalbá para despedirme del señor rey. Cuando estuve en Montalbá, el señor rey mandó venir a Don Simón de Montolíu, y al día siguiente de haber llegado, el señor rey me mandó llamar a palacio. Allí estaban el conde Manfredo de Claramunt, micer Damián de Palisi y micer Orrigo Rosso, y muchos otros ricoshombres de la isla, y muchos caballeros catalanes y aragoneses, y muchos otros hombres de pro, de manera que siempre había en el palacio un centenar de hombres de gran prosapia y mucha otra gente. Cuando estuve delante del señor rey, el señor rey me dijo delante de todos:

—Muntaner: vos conocéis el gran daño y la gran ofensa y deshonra que hemos sufrido en la isla de Gerba, y tenemos el mayor empeño en poder tomar venganza. Por ello hemos pensado en nuestro ánimo que no tenemos a nadie en nuestro reino que, con la ayuda de Dios, nos pueda dar mejor consejo que vos por muchas razones, y en particular porque vos habéis visto y oído de muchas guerras que ha habido en nuestra tierra; por otra parte, vos habéis mandado por largo tiempo gente de guerra y sabéis cómo hay que tratarles; por otra parte, conocéis a los sarracenos y sabéis hablar sarraceno, de manera que podéis despachar los asuntos sin necesidad de truchimanes, tanto en lo que se refiere a espías como en otras cosas, en la isla de Gerba; y por otros muchos motivos que en vos concurren. Por lo que nos queremos y os rogamos encarecidamente que vayáis como capitán en la isla de Gerba y en la de los Querquens, y aceptad este hecho con buen ánimo y buena voluntad.

Os prometemos que, si Dios os saca con honor de esta guerra, nos os haremos ir con mayor honra a Cataluña para que realicéis vuestro matrimonio de como ahora lo haríais. Y por esto os rogamos que de ningún modo os neguéis a ello.

Yo, cuando oí que el señor rey tenía tan gran confianza en mí en estos asuntos, me santigüé y fui a arrodillarme delante de él, y le di muchas gracias por lo bien que había hablado de mí, y además por la confianza que tenía en que yo habría dar cuenta de tan grandes asuntos. Y otorguéle hacer cuanto él mandase en esta cuestión y en todas las demás. Y fui a besarle la mano, y se la besaron en mi nombre muchos ricoshombres y caballeros.

Cuando se lo hube otorgado mandó llamar a Don Simón de Montolíu y mandóle delante de todos que entregara el castillo de Gerba y la torre de Querquens, y que me los traspasara a mí, y que de inmediato me otorgara juramento y homenaje de que por mí los tenía, y que junto conmigo fuese a Gerba y a los Querquens para realizar tal entrega. Esto lo juró y lo prometió y me rindió homenaje.

En seguida el señor rey mandó hacer las cartas, y me dio tanto poder como él tenía, sin reservarse apelación ninguna. Y diome poder para que yo pudiese hacer donaciones a perpetuidad, y tomar a sueldo toda la gente que quisiera, y poner o quitar de sueldo a quien quisiera, y hacer remisiones y conceder perdones a quien me pluguiera, y hacer guerras y paces con todos aquellos que a mí me pluguiera. ¿Qué os diré? Que me mandó con todo poder, y yo le dije:

—Señor, todavía deberéis hacer más, y es que, por carta, mandéis a vuestro tesorero, y al maestro portuario, y a todos vuestros oficiales de la costa exterior, que todo cuanto yo pida por carta me sea concedido, tanto en dinero como en víveres como en otras cosas que me hagan falta. Y ya, desde ahora,

mandad que se cargue una nave con trigo y harina, que me mandaréis, y otra nave con avena y legumbres y queso, y otra nave con vino, y que vayan a partir de ahora mismo.

El señor rey mandó que todo se hiciera, y yo le dije:

—Señor, tengo entendido que en la isla de Gerba hay mucha hambre y escasez de víveres, y en toda la región de tierra firme ocurre lo mismo, por lo que, con los víveres, espero remediar todas las cosas, y con los víveres lograré que combatan los unos contra los otros.

El señor rey comprendió que mis palabras eran acertadas, y me abasteció mejor que jamás señor abasteciera a su vasallo, pues nada quiso ahorrar.

De este modo me despedí de él y fuime a Mesina, y cuando estuve en Mesina me preparé para partir. Todos los latinos que debían seguirme decidieron devolverme el dinero que habían tomado diciendo que no querían ir a morir a Gerba, y sus madres y esposas se me acercaban llorando pidiéndome por el amor de Dios que recobrase sus dineros, pues cada una se lamentaba de haber perdido ya a su padre, hermano o marido. De modo que tuve que aceptar el dinero de todos y empezar de nuevo a armar con catalanes.

252. Pacificación de Gerba

Cuando hube armado partí de Mesina, y Don Simón de Montolíu, en otro leño armado de su propiedad, vino conmigo, y al cabo de poco tiempo estuvimos en Gerba.

Cuando fuimos al castillo encontramos que en aquel momento se habían presentado más de cuatrocientos hombres de a caballo, moros del rey de Túnez y todos los moros de la isla. Y encontramos que las puertas del castillo estaban cerradas; pe-

ro cuando tomamos tierra, fuimos al castillo y entramos. Y puedo juraros que dentro encontré tanta guerra como afuera entre los caballeros y los escuderos que habían escapado de la derrota y los hombres del castillo. Antes de ocuparme de nada recibí el castillo y el homenaje de cuantos en él estaban, y luego entregué una carta del señor rey a micer Pelegrín de Pati y a los caballeros y escuderos, en la que el señor rey les mandaba que inmediatamente me rindiesen homenaje de manos y de boca[24], y que guardasen mi persona como harían con la suya. Y todos cumplieron de inmediato las órdenes del rey.

Después de hacer esto, puse la paz entre ellos, de grado o a la fuerza, y procuré que en adelante uno no pudiese molestar al otro ni en cuanto a las mujeres ni en otras cosas. Esto cumplido, le di a cada cual su paga y socorro.

Entre tanto, el señor rey me había mandado las tres naves cargadas de acuerdo con lo ordenado. En cuanto estuvieron en mi poder mandé mi leño armado a Capis, donde estaban todos los viejos de la casa de Ben Simomem, en un castillo de un alárabe amigo suyo que es un gran señor de aquel país, llamado Jacob Ben Acia; y en cuanto hubieron recibido las cartas que el señor rey les mandaba junto con la mía, subieron al leño y vinieron a reunirse conmigo.

Mientras el leño iba a por ellos, yo mandé poner estacas delante del castillo, a un tiro de ballesta separadas del castillo, y ordené que más allá de aquellas estacas, bajo pena de traición, no pasara ningún hombre por ningún motivo, a menos que fuese con mi consentimiento Ordené también que todos los de adentro formaran por parejas: un ballestero y un hombre con escudo, saliendo así a torneo, de modo que todos salieran dos veces al día.

Había en el castillo más de treinta caballos armados y unos quince alforrados, de modo que empezamos a defendernos bien

y ordenadamente, de manera que en todo momento nos encontrábamos fuera. Entre tanto cité a los viejos de la isla de parte de nuestro señor rey para que viniesen a verme, y les entregué las cartas que el señor rey les remitía para que me obedecieran como si fuera su propia persona, y todos los viejos de Moabia se me acercaron, tanto los que estaban en la isla como los que se encontraban fuera. A cada uno le perdoné, y a sus cábilas, por lo que habían hecho. Mandé hacer un foso, con su muro de piedra y tierra, más allá del castillo, y dentro de este foso y este muro hice levantar muchas casas con tejas y esteras y ramajes, y todos los de Moabia, por la noche, con sus mujeres y sus niños, se me acercaban, y yo les daba ración de harina y de legumbres, y de trigo, y de queso, y una ración muy grande, con la que vivían sobradamente.

Al propio tiempo mandé decir al traidor Alef, que era el jefe de Mistoua, que viniese, y se negó a ello; pero vinieron a verme dos viejos de Mistoua, pero sus gentes no quisieron separarse de los otros; y esos dos fueron: el uno, Amer Ben Busait, y el otro, Barquet. ¿Qué os diré? No hacía un mes que me encontraba en Gerba y ya tenía en mi poder tres mil hombres de Moabia, con sus mujeres y sus niños. Cuando todo esto estuvo hecho, cité tres veces al dicho Alef y a los de Mistoua antes de hacerles ningún daño, y no quisieron ponerse bajo mi amparo, por lo que les desafié, y puse en la isla doscientos hombres de a caballo alárabes, todos esforzados caballeros que eran amigos de la casa de Ben Simomem y eran partidarios de Moabia, y a cada uno de daba de sueldo un besante al día, que vale tres sueldos y cuatro dineros, y avena y ración de legumbres y de queso.

Cuando todo esto estuvo hecho y tuve dentro de la isla a los doscientos caballeros junto con los de Moabia, decidí hacer cabalgadas sobre ellos, de manera que cada noche les asaltábamos en distinto lugar. ¿Qué os diré? Catorce meses duró esta guerra, en la que había lances todos los días, y por la gracia de

Dios, durante estos catorce meses ellos tuvieron, entre muertos o prisioneros, más de setecientas personas de armas, y les derrotamos dos o tres veces, a pesar de que ellos contaban con más de cuatrocientos hombres de a caballo y unos ocho mil de a pie. ¿Qué os diré? Que les arrinconamos a un extremo de la isla, y llegaron a pasar tanta hambre que del serrín de las palmeras hacían pan.

253. Ataque de Alef y sumisión de los alárabes

Un día, dicho Alef dio a entender a las gentes de Mistoua que él iría a por socorros, y salió de la isla, y fuese a ver a Selim Ben Margan y a Jacobo Ben Acia y a otros alárabes, y les convenció de que si venían a la isla de Gerba nos podrían coger a todos, de modo que fueron cerca de ocho mil hombres de a caballo los que se dispusieron a venir. Pero yo tenía en el paso dos leños armados y cuatro barcas, de los que eran jefes Don Ramón Godá y Don Berenguer Despuig, cómitres a los cuales había encargado la guarda del paso. Cuando los alárabes estuvieron en el paso dijeron:

—Alef, ¿cómo podremos entrar en la isla?

Y él les contestó que pronto iba a desbaratar a los del canal y que entonces podrían entrar. ¿Qué os diré? Se hizo con catorce barcas, y aquella noche atacó a los cristianos a la hora del alba; y los cristianos quedaron tan sorprendidos que decidieron huir y dejaron libre el paso. Entonces dijo a Selim Ben Margan y a los otros que pensaran en entrar en la isla, y ellos dijeron que antes verían lo que haría yo cuando supiera esto, pues si yo les privaba el paso estaban perdidos, por los pocos víveres de que

disponían, de manera que aquel día no quisieron entrar en la isla.

Pronto vinieron al castillo los nuestros completamente desbaratados, y yo al verles me puse tan furioso que a punto estuve de mandar que ahorcaran a aquellos cómitres. En seguida encargué el castillo a micer Simón de Vallgornera y le dejé en mi lugar, y subí a uno de los leños, que eran de ochenta remos, y me llevé a los otros junto conmigo, y dos barcas armadas; y aquel día estuve yo en el paso. Al día siguiente, Selim Ben Margan y los otros dijeron a Alef:

—¿Qué hubiese sido de nosotros si hubiésemos entrado en la isla? Tú nos habrías convertido en cautivos.

Y dijo Alef:

—Si yo os quito de nuevo a esta gente del paso ¿entraréis?

Y ellos respondieron que sí, por seguro. De modo que armó veintiuna barcas y vino contra nosotros. Yo dispuse que todos los leños estuvieran detrás del mío; y de este modo, cuando vinieron y estuvieron cerca de mí, yo ataqué en su centro de tal manera que mandé a pique a siete de las barcas, y me lancé sobre ellas y decidí atacarlas aquí y allá con los otros leños y barcas, que en seguida atacaron. ¿Qué os diré? Que de veintiuna barcas que había sólo escaparon cuatro, en las que huyó dicho Alef, a la isla donde estaban los de su compañía mirándonos, y en tierra firme los alárabes. De modo que no se atrevió a huir con los alárabes porque le hubiesen despedazado. Y aquel día matamos más de doscientos moros y nos apoderamos de diecisiete barcas.

Desde aquel momento la guerra estuvo ganada por nosotros, pues todos se dieron por muertos; y teníamos ganado el paso de manera que, en adelante, nadie podía entrar ni salir, si no era con mi voluntad. Y Selim Ben Margan y Jacobo Ben Acia levantaron las manos al cielo dando gracias a Dios por no ha-

ber entrado en la isla; y mandáronme un hombre a nado, diciéndome que, si gustaba, fuese a hablar con ellos en su tierra con toda confianza, pues ellos subirían al leño conmigo. Yo fui a verles, y tomé tierra, y me hicieron mucho honor, y me dieron sus joyas, y luego me rogaron que dejara salir cien hombres de a caballo que tenía Alef en la isla, que eran parientes y vasallos de Selim Ben Margan, y otros tantos de Jacob Ben Acia; y yo me hice mucho de rogar, aun cuando en realidad hubiese dado con gusto cinco mil onzas de parte del señor rey para que ya estuviesen fuera.

Por fin se lo otorgué, aparentando que me dolía mucho, y me hice pagar como si se tratara de un gran favor, de modo que les dije que con mis propias barcas los sacaría, y que quería hacerlo personalmente, y que me entregase dos caballeros, y Jacobo Ben Acia otros dos que les conocieran, y que no se atrevieran a sacar otros, sino únicamente los suyos. Me dieron por ello muchas gracias; y después que esto fue otorgado vinieron otros jefes que había, y uno me pedía veinte, y otros diez, y yo no quería concederles nada, y todos caían a mis pies y se apresuraban a besarme la mano, como si fuera un rey que entrase nuevamente en tierra. Igualmente, al final, se lo otorgué a todos.

¿Qué os diré? Todos los jefes tuvieron que jurarme que jamás ni por ningún motivo vendrían contra mí, ni ellos ni sus gentes. Así lo prometieron e hicieron cartas; y me prometieron y juraron entonces ayudarme con todo su poder contra toda la gente del mundo. Y de esto me hizo Selim Ben Margan y Jacobo Ben Acia, Abdallá Ben Debel y Ben Barquet, y otros jefes, juramento y homenaje. ¿Qué os diré? Que cuando esto quedó hecho y firmado todos los cuatrocientos hombres de a caballo que estaban de la parte de Mistoua con Alef salieron de la isla delante de mí.

254. Llegada de Conrado Lanza y derrota de Mistoua

Cuando todo esto fue ultimado, yo me separé de ellos con mucha paz y armonía, y dejé el paso bien guardado; volvíme al castillo y di el asunto por ganado, como así fue.

Cuando ya estaba en el castillo recibí un mensaje de los de Mistoua y de Alef rindiéndose, y yo, sin conocimiento del señor rey, no les quise perdonar, y mandé una barca armada al señor rey preguntándole qué quería que hiciera, y diciéndole que, si él quería, todos estaban muertos y perdidos, y que era el momento de la venganza, si quería tomársela.

¿Qué os diré? El señor rey tuvo su consejo y me ordenó que de ningún modo les concediera gracia, pues sería para él gran deshonor que no tomara venganza de todo el daño que le habían causado... De modo que armó veinte galeras y mandó a micer Conrado Lanza de Castellmenart con doscientos caballos armados de gente de pro a Gerba y más de dos mil hombres de a pie, además de la chusma de las galeras; y mandóme decir, por la barca que yo le había mandado, que de ningún modo les tomase a merced, pero que, si se morían de hambre, aparentando no saberlo les mandara auxilio de víveres por medio de los sarracenos que conmigo estaban. Y esto lo ordenó para que, impulsados por el hambre, no se escapasen algunos nadando. Y así se cumplió como el señor rey lo mandó.

Nosotros, los del castillo, al saber que el señor rey nos mandaba a micer Conrado con aquella gente, mandamos decir al señor rey, por medio de una barca armada, en la que le suplicábamos que nosotros pudiéramos formar en la vanguardia de la batalla, puesto que habíamos sufrido el afán de darla durante año y medio y conocíamos a los moros que estaban. Y así nos

lo otorgó graciosamente el señor rey. Y cuando supe que micer Conrado estaba dispuesto, con toda aquella gente, para venir a Gerba, pagué a los doscientos hombres de a caballo alárabes que conmigo habían estado en la guerra (y muy lealmente y bien me habían servido, como nunca hubo caballero que más lealmente sirviera a su señor), todo cuanto les debía; y a cada uno di víveres que se llevaron para quince días, y avena para sus caballos; y a cada uno le di una aljuba de lana y otra de lino, y a todos y cada uno de los jefes, una aljuba, como regalo, colorada y otra de chalón[63] y mandé luego que fuesen transportados a tierra firme. De esta manera se marcharon todos muy satisfechos de mí y me prometieron ayuda contra todos los hombres del mundo. El motivo por el cual yo saqué de allí a los alárabes fue para que los hombres de Mistoua se sintieran más seguros, ya que yo había ordenado que nadie les causara el menor daño.

A los pocos días, micer Conrado, con aquella magnífica compañía, llegó a Gerba y tomó tierra y vino al castillo y aquí desembarcaron a los caballos y a toda la gente. Y los caballos tenían tanto miedo a los camellos que cuando les veían perdían el juicio; de modo que resolvimos meter un camello entre dos caballos para que comieran juntos, y esta fue la tarea más complicada, pero al fin se acostumbraron a ellos y estaban juntos y tranquilos.

¿Qué os diré? Durante trece días hicimos descansar así a los caballos y a la gente. Y dentro de aquellos trece días el traidor Alef vino a entregarse en poder de micer Conrado, que le prometió que no le mataría y le daría prisión honrada. Dicho Alef era falso y listo y vio que su asunto estaba perdido, por lo que prefirió someterse a la prisión del señor rey, pues si hubiese caído en manos de nosotros, que estábamos en el castillo, sabía que no se hubiese podido librar.

255. Ultima batalla y boda de Muntaner en Valencia

La víspera de la Ascensión salimos del castillo y fuimos a atendamos a media legua de ellos y por la mañana nos fuimos frente a ellos y les encontramos dispuestos en orden de batalla. Había unos diez mil hombres de armas de a pie y bien aguerridos, y no más de veintidós hombres de a caballo. Habían metido a los viejos, las mujeres y los niños en un viejo caserío que había por aquellos lugares. Los hombres de armas se fueron a la izquierda, todos afirmados con la rodilla en tierra y cubiertos con las adargas. Nosotros no quisimos que de nuestra parte hubiese ningún moro y fuimos los de a caballo hasta ciento veinte caballos armados y treinta alforrados, y hasta mil hombres de a pie, todos catalanes, pues la demás gente estaba en las galeras vigilando el paso.

Habíamos dispuesto que, cuando estaríamos enfrente de ellos, cuando la primera trompeta tocaría, cada uno cogería las armas, y que a la segunda trompeta todo el mundo estuviese preparado para atacar y que cuando las trompas y nácaras sonarían, arremetiéramos todos, los de a caballo y los de a pie. Y pusimos a nuestros peones al lado derecho y a la izquierda estábamos todos los de a caballo.

¿Qué os diré? Cuando las dos señales fueron dadas, los moros comprendieron que a la tercera íbamos a atacar; de manera que apresuráronse y se levantaron a la vez y acometieron a nuestra infantería en tal forma que les hicieron retroceder. Nosotros, que estábamos a la avanzada, atacamos de manera que nos encontramos en medio de ellos; después, micer Conrado y todos los demás atacaron, de manera que ya no pudimos dar la tercera señal. Y así nos encontramos todos mezclados, que ja-

más se vio gente más mortífera. ¿Qué podría deciros? De verdad no se hubiese encontrado entre ellos a ninguno que no quisiera morir, de tal modo se lanzaban contra nosotros como hace un jabalí, cuando se ve muerto, contra aquellos que quieren matarlo. ¿Qué os diré? Que la batalla duró desde media tercia hasta la hora nona, y al fin murieron todos, que ni uno escapó de los que estaban en el campo, pues todos murieron. A nosotros nos mataron cuarenta caballos y nos hirieron a más de sesenta; por otra parte hubo más de trescientos hombres heridos entre los cristianos y, gracias a Dios, no murieron más de dieciséis.

Cuando todos los moros estuvieron muertos, nos fuimos al caserío y lo combatimos y, al final, lo tomamos; y murió todo el mundo que tuviera más de doce años e hicimos cautivos, entre mujeres y niños, más de doce mil personas. Entonces levantamos el campo y todo el mundo ganó y obtuvo lo bastante; y nos volvimos al castillo con gran satisfacción y alegría. Micer Conrado y toda la gente que con él había venido y, además, todos los caballeros e hijos de caballero que estaban en Gerba, que habían escapado de la batalla de Micer Pelegrín, volviéronse a Sicilia, sanos y alegres; y se llevaron a todos los cautivos.

Yo me quedé como capitán de la isla, tal como estaba antes, con sólo aquellos que habían defendido el castillo. Y decidí poblar la isla con los de la Moabia, en tal forma que dentro de aquel mismo año quedó tan bien poblada como antes lo fuera y vivieron todos en buena paz; de manera que el señor rey obtuvo y obtiene una buena renta todos los años, como nunca antes la hubiera. Así veis el honor que Dios hizo al señor rey que llevó a cabo la venganza de lo que le habían hecho, de manera que los cristianos son más temidos y queridos en aquellos lugares. Que esto es lo que yo logré en Gerba, y así sigue todavía; que un simple cristiano se llevaría al castillo treinta o cuarenta hombres atados con una cuerda, y no encontrara quien le dije-

ra «haces mal». Por todo lo cual, el señor rey, en su merced, cuando supo esto y hubo oído por micer Conrado y por los demás lo que yo había hecho en Gerba, como gracia especial me dio la isla de Gerba y de los Querquens, por tres años, con todos los derechos y rentas y que de ellos pudiese disponer, durante aquellos tres años, como de cosa propia; con la condición, pero, de que yo guardase, por mi cuenta, los castillos y la isla, y que fuese a unirme con mi esposa, que, como buen señor, bien recordó la promesa que me había hecho. Con esto, dejé en Gerba a mi primo hermano Don Juan Muntaner y a otro primo hermano que se llama Don Guillermo des Fábregues y víneme a Sicilia y armé una galera; y en Sicilia, con la gracia de Dios y del señor rey, provisto del privilegio que me hizo de dicha gracia, me fui al reino de Valencia. Tomé tierra en la ciudad de Mallorca, donde encontré al señor rey Don Jaime de Mallorca y al señor infante Don Fernando; y si jamás algún hombre recibió honores de su señor, yo fui uno de ellos; y me dieron de lo suyo y su merced. Sobre todo me hizo grandes agasajos el señor infante Don Fernando, que no sabía qué hacer conmigo, tanta era la alegría que tenía cuando me veía que el señor su padre dijo muchas veces que yo era la persona a quien él más debía querer, después de él, en este mundo; y también el señor rey, su padre, me concedió muchas mercedes y grandes satisfacciones.

Marché, pues, a Valencia y me uní a mi esposa, y estuve solo veintitrés días; y la embarqué en la galera y nos fuimos a Mallorca y me encontré con que el señor rey de Mallorca había muerto, que al día siguiente de mi partida había cogido una enfermedad de la que murió; que Dios por su gracia tenga su alma, como a bueno y recto señor que era.

Cuando volví a Mallorca encontré también al señor rey Don Sancho, a quien había dejado el reino su padre, vinculado al señor Don Fernando, si dicho señor Don Sancho moría sin hi-

jos. Y también encontré al infante Don Fernando, que si antes me hizo mucho honor por el rey su padre, mayor me lo hizo entonces a mí y a mi esposa. Y el señor rey de Mallorca me mandó a la galera cuarenta quintales de pan y mucho vino, y quesos, y tres bueyes, y veinte carneros y muchas gallinas, de modo que jamás ningún hombre sencillo como yo, pudo presumir de sus señores como yo pude hacerlo de ellos. Asimismo el señor infante Don Fernando mandóme a la galera todo el arnés de armas que utilizaba para sí, y muchas otras cosas.

Con su beneplácito me despedí de ellos, y el señor infante Don Fernando me entregó dos halcones montanos grulleros que habían sido del señor rey su padre para que yo los diera al señor rey de Sicilia. Me marché a Menorca, y en cuanto llegué a Mahón, ya habían llegado mensajes del señor rey de Mallorca para que, de su parte, me fuese procurado gran refresco; que si bien él lo mandó, bien lo cumplieron sus oficiales.

Partiendo de Mahón, me fui a Sicilia, y desembarqué en Trápani, y en Trápani dejé a mi esposa, y con la galera me fui a Mesina. Me encontré con que el señor rey estaba en Montalbá, lugar donde gustaba ir de veraneo (y esto ocurría en julio); y allí entregué al señor rey los dos halcones que el señor Don Fernando le mandaba, y le conté cuantas noticias tenía de los señores del lado de poniente. Y luego me despedí de él, y su merced me regaló de lo suyo y me hizo mucho honor; y con su gracia volvíme con la galera a Trápani, y con dos barcas armadas que había comprado y armado en Mesina.

Recogí a mi esposa y fuime a Gerba, donde se hizo gran fiesta para mí y para mi esposa. Por de pronto, los de la isla me regalaron mil besantes en joyas y otro tanto para mi esposa; y los de Querquens igualmente, de acuerdo con su poder, me mandaron sus regalos. Y así con la gracia de Dios, estuvimos en buena paz y armonía, alegres y satisfechos, en el castillo de Gerba, los tres años que el señor rey me había otorgado Pero

más tarde he de volver a hablaros del nuevo afán y angustia en que cayó la isla de Sicilia y todos aquellos que al señor rey pertenecían.

Ahora dejaré de hablaros de la isla de Gerba y volveré a hablar de los asuntos que se presentaron al señor rey de Sicilia; que no quiero hablaros de los que a mí me acontecieron en Berbería, pues nadie debe hablar de sí mismo cuando no son sucesos que afecten a sus señores.

256. Empieza una nueva guerra

Cuando todo esto hubo pasado, no transcurrió largo tiempo que las paces y treguas que existían entre el rey Federico de Sicilia y el rey Roberto se rompieron por culpa grande del rey Roberto.

Sucedió, pues, que el rey Roberto se preparó para pasar a Sicilia, y el señor rey de Sicilia que lo supo y veía que las galeras del rey Roberto le habían roto las almadrabas y le habían apresado leños en Sicilia, pasó a Calabria y tomó a la fuerza la ciudad de Reggio, y el castillo de Santa Ágata, y el castillo de Calana, y la Mota, y Silo, y la Bonaíre y otros lugares; de modo que el rey Roberto decidió prepararse para pasar a Sicilia.

257. El infante Don Fernando de Mallorca, nuevamente en Sicilia

Cuando el señor infante Don Fernando, hijo del señor rey de Mallorca, tuvo noticia de que su cuñado, el rey Roberto, había hecho sus preparativos para pasar a Sicilia, se previno y

con su séquito se fue a Sicilia, por lo cual el señor rey Don Federico tuvo gran satisfacción al verle, pues no le había visto desde que en su nombre había ido a Romanía. Por esto le dispensó una gran acogida, como pueda hacerla un padre a su hijo; y le dio la ciudad de Catania y dos mil onzas de renta, contra sus fondos, todos los años. De este modo vivieron juntos con gran satisfacción y alegría, hasta que el rey Roberto pasó a Sicilia con gran poder, pues llegó con más de cuatro mil hombres de a caballo de alta condición, y con un sinnúmero de hombres de a pie, con ciento veinte galeras y una infinidad de naves y leños.

Es el caso que en aquella sazón había pasado de Cataluña a Sicilia el noble Don Bernardo de Sarria, con trescientos hombres de a caballo y más de mil hombres de a pie, todos catalanes; y el noble Don Dalmacio de Castellnou, con cien hombres de a caballo y doscientos de a pie, y otros caballeros. Y bien pudo decir el señor rey de Sicilia que nunca hombre alguno hizo tanto para un señor como dicho Don Bernardo de Sarria, puesto que, para pasar a Sicilia, abandonó el almirantazgo del señor rey de Aragón, y empeñó todas sus tierras. Cuando estuvieron en Sicilia estos dos ricoshombres, el señor rey ordenó que Don Bernardo de Sarria fuese, con su compañía, a Palermo, y que Don Dalmacio de Castellnou fuese capitán de Calabria. Y fuese a Reggio, y decidió guerrear en Calabria, como correspondía a uno de los buenos caballeros del mundo, que tal era.

258. Invasión del rey Roberto

Cuando el rey Roberto llegó a Sicilia, desembarcó en Palermo e intentó conquistarlo; pero Don Bernardo de Sarria estaba

dentro con su compañía y defendía la ciudad de tal manera que pronto comprendió que nada podría hacer. Partió de Palermo y, por mar y por tierra, fuese a un castillo que se encuentra en la costa, entre Palermo y Trápani, y que tiene por nombre Castellmar, donde no había más que veinte hombres, que se rindieron. Cuando logró este castillo quiso conquistar toda Sicilia y, para ello, lo fortificó bien; luego, por mar y por tierra, fue a sitiar Trápani. Pero dentro de Trápani estaba Don Simón de Vallgornera, un caballero de Peralada muy experto y bueno en armas, gran trabajador y buen conocedor de la guerra. También estaba el noble Don Berenguer de Vilaragut y más de mil caballeros aguerridos, de a pie y de a caballo, que defendieron la ciudad muy valientemente.

El rey Roberto le puso sitio; pero el señor rey de Sicilia mandó al Monte San Julián, que está cerca del sitio una milla o menos, al señor infante Don Fernando, con mucha caballería y almogavería, y además mandó también a Don Bernardo de Sarria con toda su compañía. Desde aquel puesto daban mucho quehacer a la hueste, pues todos los días les atacaban diez o doce veces, y les quitaban las acémilas y las gentes que iban a forrajear. Esta era la mala vida que les hacían pasar, y los de adentro de la ciudad les daban también muy malos días y malas noches, disparándose unos a otros con trabucos.

259. Gerba, amenazada. Muntaner prepara la defensa

Mientras seguía el sitio, el rey Roberto ordenó al noble Don Berenguer Carrós que, con cuarenta galeras y cuatrocientos hombres de a caballo, viniera contra mí al castillo de Gerba, trayéndose cuatro trabucos. El señor rey, que lo supo, mandó-

me una barca armada con la cual me hacía saber que limpiara el castillo de Gerba de mujeres y niños, y me preparase para una buena defensa, puesto que el rey Roberto se lanzaba contra mí con aquellas fuerzas.

Cuando lo supe, fleté una nave de Don Lamberto de Valencia, que había sido mía, que se encontraba en la ciudad de Capis en el varadero y era llamada *Ventura buena* y le pagué trescientas doblas de oro. Metí en ella a mi esposa y a dos hijitos que me había dado, uno de dos años y otro de ocho meses, y ella estaba embarazada de cinco, y la mandé bien acompañada con gran número de mujeres del castillo, y cuando la nave estuvo bien armada la mandé a Valencia, costeando la Berbería, que treinta y tres días estuvieron en el mar, de Gerba a Valencia. Y a Valencia llegaron a salvo y seguras por la gracia de Dios.

Cuando hube mandado a mi esposa y limpiado el castillo de gente menuda, pensé en preparar mis trabucos y mis manganos y mandé llenar las cisternas y muchas tinajas de agua y me pertreché de cuanto había menester. Por otra parte, celebré entrevistas con Selim Ben Margan, y con Jacobo Ben Acia, y con Abdallá Ben Debel, y con otros jefes alárabes que tenían pactos conmigo; y les dije que había llegado la ocasión en que podrían ser todos ricos, y que podían ganar nombre y fama para siempre, y que debían ayudarme; y expliquéÍes las fuerzas que se me venían encima. Y si alguna vez se ha visto gente buena atendiendo a mis ruegos, así hicieron ellos, con gran gozo y alegría. De inmediato me juraron todos y me besaron en la boca, diciéndome que, dentro de ocho días, estarían en el estrecho con cinco mil hombres de a caballo y que en cuanto supiera que aquellas gentes iban a venir por estos mares, que se lo dijera enseguida, que todos pasarían a la isla en tal forma que, cuando aquéllos tomasen tierra, todos caerían encima de ellos y que, si uno solo escapaba, no volviera a fiarme nunca jamás de

ellos; me prometieron, además, que galeras y todo cuanto cogerían sería mío, pues ellos no querían contar más que con el honor y el agrado del rey de Sicilia y mío.

Así quedó con ellos cerrado el trato.

¿Qué os diré? Que el día que me habían prometido estuvieron en el paso con más de cinco mil personas de a caballo bien arreados; y no me preguntéis si venían con buen ánimo, al igual que los moros de la isla. Coloqué cuatro barcas armadas en escala, desde el Beit hasta Gerba, para que cada una viniese hacia a mí en cuanto avistaran la armada. Y de este modo estuve prevenido.

El rey Roberto aparejó dichas galeras, como antes os he dicho, y Don Berenguer Carrós y los demás que con él venían se despidieron del rey Roberto y de la reina, que también estaba, y dejando el sitio se fueron a la isla de la Pantelenea; y el capitán de esta isla me mandó una barca para hacerme saber que allí se encontraban. Por ello sentí la mayor satisfacción y lo mandé decir a todos los moros de la isla, que lo celebraron con una gran fiesta; e igualmente lo hice saber a los alárabes, para que estuviesen preparados para pasar en cuanto recibieran un nuevo mensaje mío. Y a todos un día se les hacía largo como un año.

Cuando Don Berenguer Carrós hubo salido de la Pantelenea, llegáronle con mensajeros dos leños armados ordenándole de parte del rey Roberto que volviese a Trápani con todas las galeras, pues el rey de Sicilia había armado sesenta galeras para atacar su escuadra. Don Berenguer Carrós, inmediatamente, volvióse a Trápani.

Ved, con esto, lo que me hubiese ocurrido si hubiesen pasado a Gerba, de modo que jamás pudo venir mejor caso semejante a hombre alguno ni a sus planes como a mí me hubiera venido. No teniendo ninguna noticia de lo que ocurría, me

maravillaba que tardasen tanto y mandé una barca armada a la Pantelenea, y el capitán me hizo saber lo que había ocurrido y cómo se habían vuelto, por lo que mandé un gran refresco a los alárabes y con tal cantidad de víveres y aljubas, que todos se volvieron a sus lugares respectivos, satisfechos de mí y dispuestos a volver con su poder en mi ayuda siempre que lo hubiese menester.

260. Treguas entre Sicilia y Nápoles

Lo que ocurrió de verdad es que el señor rey de Sicilia se enteró de que en la hueste del rey Roberto habían muerto la mayor parte de los hombres de pro de a caballo y de a pie y que su escuadra había quedado casi desarmada ya por el número de muertos o de enfermos, y entonces hizo armar sesenta galeras entre Mesina y Palerno y Siracusa y en otros sitios de Sicilia.

Cuando hubieron llegado a Palermo, el noble Don Bernardo de Sarria, y Don Dalmacio de Castellnou y Don Ponce des Castellar y otros ricoshombres y caballeros, y el señor rey Don Federico hubo llegado con todo su poder al Monte San Julián; y quedó ordenado que las galeras atacasen toda su armada, y que el señor rey y el señor infante Don Fernando, con todo su poder atacasen al sitio; de manera que todos, en un día, los del rey Roberto iban a morir o caer prisioneros; esto pareció tan fácil de hacer como lo es para un león devorar tres o cuatro carneros que andan perdidos.

Cuando mi señora la reina madre del rey Roberto y suegra del señor rey de Sicilia y del señor rey de Aragón, que estaba en el sitio con el rey Roberto su hijo y el príncipe, y también estaba la reina esposa del rey Roberto, hermana del infante Don Fernando y prima hermana del señor rey de Aragón y del

señor rey de Sicilia; cuando supieron, digo, todo esto que había sido ordenado, mandaron sus mensajes al señor rey Federico y al señor infante Don Fernando, que no estaban más de dos millas lejos, y les rogaron que de ningún modo aquel daño se cometiera, y que por amor de Dios y amor a ellas consintieran que entre ellos hubiese treguas y que no cometieran tan gran daño; y que ellas harían lo mismo con el rey Roberto, para que hubiera treguas por un año entre ellos y que dentro de aquel año cada uno se obligara a aceptar lo que el señor rey Don Jaime de Aragón dijese para ordenar la paz que entre ellos debía existir; y que esto lo harían firmar al rey Roberto y al príncipe en tal forma que ninguno pudiese volverse atrás.

Cuando el señor rey Federico y el señor infante Don Fernando hubieron oído el mensaje, el señor rey tuvo su consejo con el señor infante y con todos los ricoshombres que allí estaban y mandaron mensaje a Don Bernardo de Sarria y a Don Dalmacio de Castellnou que estaban con sus galeras al pie del Monte, para que viniesen de inmediato. Así lo hicieron y todos juntos celebraron consejo y el señor rey les dijo el mensaje que había recibido de las dos reinas. Cuando le hubieron oído todos mantuvieron que de ningún modo aceptara treguas, sino que atacasen, pues el asunto estaba resuelto para siempre y que con esto acabaría la guerra, pues en sus manos les tenían a todos y que en aquella ocasión obtendrían todo el Principado y la Calabria y el reino todo, pues ya que Dios les había llevado a esta situación ahora era el momento de salir de apuros. De manera que todo el consejo fue de esta misma opinión.

Cuando el señor rey Federico hubo oído su voluntad, cogió por la mano al señor infante Don Fernando y metiéndole en una cámara, le dijo:

—Infante, este hecho nos afecta a vos y a mí más que a todos los hombres del mundo, por lo que yo digo que debemos querer que esta tregua se lleve a cabo. La primera razón es és-

ta: que debemos procurar, en honra de Dios, que tantas gracias nos ha concedido y nos concede (y que debemos agradecerle), que su pueblo cristiano no muera por nosotros. La segunda razón es que aquí están dos reinas a quienes vos y yo estamos muy obligados, eso es: mi señora la reina, mi suegra, madre del rey Roberto y suegra de nuestro hermano el rey de Aragón, a la cual debo honrar como a una madre; y asimismo la reina, esposa del rey Roberto, hermana vuestra, que nosotros debemos amar como una hermana, y honrar; por lo que es necesario que por amor a ellas y por honor, hagamos esto. Y la tercera razón es que, aun cuando el rey Roberto y el príncipe no se porten con nosotros como deberían, debemos pensar que son tíos de los hijos del rey de Aragón, hermano y mayor nuestro, los cuales son nuestros sobrinos, que amamos tan encarecidamente como a nuestros hijos, y hermanos de la reina nuestra esposa; y además que el rey Roberto por tres lados es cuñado nuestro, y su hijo es nuestro sobrino y a vos os es cuñado; por lo que me parece que nosotros no debemos querer que él muera o que caiga aquí prisionero ni que sufra tanto deshonor; que su deshonor redundaría al final en deshonra de los nuestros, que tan obligados están con ellos. La cuarta razón es que, si ellos son como deben ser, habrán de procurar no causarnos ni enojo ni daño.

De modo que, por estas razones, que son cuatro, me parece bien, si vos lo aconsejáis, que aceptemos la tregua.

Y el señor infante Don Fernando estuvo de acuerdo con aquello que al rey Federico le parecía conveniente.

Enseguida el señor rey Federico mandó sus mensajeros a las reinas y otorgóles la tregua de la siguiente manera: que ellos no se desligaban de nada de lo que tuviesen en Calabria, sino en aquello que el señor rey de Aragón le pareciera bien. Y así fue otorgado.

¿Qué os diré? La tregua se firmó por mano de las reinas, como se había propuesto, de lo que quedaron muy disgustados todos aquellos del lado del rey de Sicilia y los de la parte del rey Roberto muy alegres, como corresponde a quienes se veían ya en un caso en el que sólo podían acabar muertos o siendo prisioneros. De modo que el rey Roberto y las reinas embarcaron y fuéronse a Nápoles, y los hubo que, por tierra, fueron hasta Mesina y luego pasaron a Calabria. Y el señor rey Federico mandó al noble Don Bernardo de Sarria a Castellamar, que el rey Roberto había establecido, y recobró el castillo.

De modo que el rey Roberto había trabajado y gastado inútilmente, como ocurrirá siempre mientras Dios dé vida al señor rey de Sicilia y a sus hijos. Pues los sicilianos están tan incorporados al amor de la casa de Aragón y del señor rey de Sicilia y de sus hijos que todos se dejarían despedazar antes que cambiar de señoría. Y en ninguna época se puede encontrar que exista ningún rey que quite el reino a otro si sus mismas gentes no lo quitan. Por lo que inútilmente trabajó el rey Roberto y así ocurrirá siempre; más le valdría y sería más sensato que procurase que se acrecentara el cariño entre su hijo y sus tíos y primos hermanos y evitara la discordia entre ellos; pues quién sabe si del lado de Alemania vendrá un emperador que querrá desheredarle, y si le encontraba en buena armonía con la casa de Aragón y de Sicilia, no se atrevería a hacerlo.

Ahora dejaré de hablaros de esta guerra, que está en treguas, y volveré a hablaros de lo que le ocurrió al infante Don Fernando de Mallorca.

261. Breve dominio francés en Morea y Atenas

El caso es que, hace doscientos años, los barones de Francia fueron para ganar las indulgencias a Ultramar y que eran jefes y señores de ellos el duque de Berguña y su hermano el conde de la Marxa, que eran nietos del rey de Francia y el duque era mayor de unos días Fueron primero más de mil caballeros de Francia y muchos hombres de a pie, y se dirigieron a Brindisi, donde embarcaron; pero tanto se entretuvieron antes de estar dispuestos que les atrapó el invierno, de manera que se les aconsejó que esperasen a la primavera. Ellos no quisieron admitir el consejo de nadie y salieron de Brindisi con muchas naves y leños y fuéronse; pero les cogió una tempestad y tuvieron que volverse a Clarenza, en la Morea.

Es a saber que, en aquella época, el príncipe griego de la Morea y duque de Atenas y señor de la Sola y barón de Matagrifó y señor de la baronía de la Bandíssa, y de Negroponto, era un hijo bastardo del emperador de Constantinopla, que se había levantado con todo el país contra su padre el emperador y contra el padre santo apostólico; y era hombre de muy mala vida.

Cuando aquellos barones de Francia se vieron en medio de tan crudo invierno y con tanto peligro, mandaron un mensaje al papa ofreciéndole que, si era de su gusto, ellos quitarían la tierra de manos de aquel bastardo, hijo del emperador de Constantinopla, con tal de que alcanzaran ellos las mismas indulgencias que yendo a Ultramar y que darían parte de las tierras a los prelados y arzobispos y obispos que pertenecieran a la

santa fe católica. ¿Qué os diré? Que el papa les otorgó todo cuanto pedían.

En tanto ellos habían mandado sus mensajeros al papa, encontrábase el emperador en el reino de Salónica dirigiéndose a atacar a su hijo, sin poder cruzar la Blaquia, pues el déspota del Arta ayudaba a su hijo, y no sabía qué resolución tomar. Entonces oyó decir que estos dos ricoshombres, nietos del rey de Francia, se encontraban en el país con un gran ejército, y mandóles mensajeros diciéndoles que, si querían destruir al traidor de su hijo, les daría todos los territorios que aquél tenía, franca y libremente. De esto sintieron los antedichos ricoshombres gran satisfacción y contento y designaron a dos caballeros para que fuesen a ver al emperador para decirle que estableciera el privilegio de lo que les prometía. Los mensajeros fueron al emperador y, con bula de oro, trajeron tales privilegios sellados de dicha donación, y además, el citado emperador les mandaba auxilios en moneda.

¿Qué os diré? Estos dos ricoshombres edificaron una ciudad, que se llama Patrás, y desafiaron al hijo del emperador, que se llamaba Andrónico. Al fin éste se preparó con todo su poder y con parte de las fuerzas del déspota de Arta, se les echó encima, pero aquéllos salieron al campo, y Dios quiso que ese Andrónico fuese vencido y muriese en la lucha con toda su compañía y todos cuantos caballeros había en su tierra y mucha gente de a pie que con él estaba.

De este modo estos señores obtuvieron todo el país que él dominaba, pues la gente del pueblo le quería mal, de modo que se rindieron todos, ciudades, villas y castillos, a estos dos señores, con gran placer, cuando supieron que Andrónico había muerto. Los dos señores se repartieron el país, de modo que el duque fue príncipe de la Morea y el conde fue duque de Atenas, y cada uno tuvo su tierra, franca y libre; luego repartieron las baronías, castillos y lugares entre sus caballeros, de modo

que los afincaron todos en la Morea, y además a muchos otros caballeros que vinieron de Francia.

De modo que de estos dos señores descienden los príncipes de la Morea y los duques de Atenas, que se han ido casando con damas de las mejores casas de Francia; e igualmente los otros ricoshombres y demás caballeros, no tomaban esposa si no descendían de los caballeros de Francia, por lo que se decía que la mejor caballería del mundo estaba en la Morea, y hablaban un francés tan perfecto como los de Acre. Y esta gentil caballería duró hasta que un día vinieron los de la compañía de los catalanes y los mataron a todos, cuando los del conde de Brenda les cayeron encima, como antes os he contado. Y podéis creer que todos murieron, pues ni uno escapó.

262. Vicisitudes del principado de Morea

El hecho fue que, de aquel señor duque de Berguña, que, como he dicho antes, era nieto del rey de Francia, descendieron los príncipes de la Morea que después ha habido, esto es, a saber: hasta el príncipe Luis, que fue el quinto príncipe que descendía de aquel señor duque de Berguña, nieto del rey de Francia. Y este príncipe Luis murió sin dejar ningún hijo varón; pero quedaron dos hijas: una de ellas tenía catorce años cuando él murió, y la otra doce. El príncipe dejó el principado a la mayor, y a la menor la baronía de Matagrifó; y dejó vinculado el principado en forma que si la mayor moría sin hijos varones de legítimo matrimonio pasase a la menor, y del mismo modo dejó vinculado, a la mayor la baronía de Matagrifó.

Cuando los barones del principado perdieron al príncipe Luis, que había sido muy buen señor, pensaron a quién podrían dar la hija, que fuese señor poderoso y pudiera defender-

les del déspota del Arta y del emperador y del señor de la Blaquia, ya que con los tres limita el principado. Es a saber que el ducado de Atenas está comprendido en el principado; pero, como la petición fue hecha por los dos hermanos que lo conquistaron, lo obtuvo en franquía el conde de la Marxa.

¿Qué os diré? En aquellos tiempos el rey Carlos había conquistado el reino de Sicilia, como ya habéis oído, y fue el más poderoso y el señor más principal que entonces hubiere en Levante. Este señor rey Carlos tenía un hijo que se llamaba Felipe y seguía después del mayor; y los barones de la Morea pensaron que a nadie podían dar mejor a la niña, la princesa, como a mi señor Don Felipe, hijo del rey Carlos, que era muy inteligente, joven y bueno. De manera que eligieron un arzobispo y un obispo y dos ricoshombres y dos caballeros y dos ciudadanos, y los mandaron al rey Carlos a Nápoles, donde lo encontraron. Estos mensajeros hablaron del matrimonio, que mucho complació al rey Carlos cuando supo del linaje de que procedía y, por otra parte, considerando que el príncipe de Mores, es uno de los más importantes del mundo, aparte de ser rey. Por ello otorgó el matrimonio de mi señora la princesa con monseñor Don Felipe; y antes de seguir adelante mandó comparecer a su hijo y le dijo que había concertado aquel matrimonio, si él lo aceptaba. Monseñor Don Felipe contestó que mucho le complacía, con una condición: que quisiera concederle un don. El rey Carlos le dijo que pidiera lo que quería que se le otorgase, después de lo cual monseñor le besó la mano, y le dijo:

—Señor, el don que os pido es éste: vos sabéis que, en mi infancia, me entregasteis como compañero al hijo del conde de Aria, que es de mi edad, y si alguien se puede sentir satisfecho de servidor y compañero yo me siento satisfecho de él. Por lo que os pido, padre y señor, que os plazca que tenga por esposa la hermana de la princesa, con la baronía de Matagrifó, y que

las dos hermanas sean novias en la misma misa y en el mismo día.

El rey Carlos se lo concedió muy satisfecho, y mandó venir a los mensajeros de la Morea y concertó igualmente este matrimonio. Enseguida mandó que fuesen armadas en Brindisi diez galeras que trajeran a las dos doncellas a dicho lugar de Brindisi, donde las esperarían el rey Carlos y sus hijos, y allí se celebrarían las bodas. De Brindisi al principado no hay más de doscientas millas, de manera que puede considerarse como lugar vecino.

¿Qué os diré? Que vinieron las dos doncellas a Brindisi, y allí el rey Carlos hizo caballero a su hijo y después a su compañero; y aquel día monseñor Don Felipe instituyó a cien caballeros y su compañero a veinte. Las dos hermanas fueron novias al mismo tiempo, y fueron grandes las fiestas que se celebraron aquel día y durante toda la octava en aquel lugar.

Después, con las diez galeras, pasaron al principado y monseñor Don Felipe fue príncipe de la Morea y su compañero señor de la baronía de Matagrifó ¿Qué os diré? Monseñor Don Felipe no vivió mucho tiempo con la princesa, sino que murió sin tener hijo alguno; y luego la princesa tuvo por marido un gran barón de Francia del linaje del conde de Nivers, y de éste tuvo una hija. Luego murió aquel príncipe, y la princesa, cuando su hija tuvo la edad de doce años, diola por esposa al buen duque de Atenas, aquel a quien dejó el ducado el conde de Brenda, que era su primo hermano, que no tuvo ningún hijo de la hija de la princesa.

Cuando la princesa hubo casado a su hija, fuese a Francia, y tomó por marido a monseñor Don Felipe de Saboya, hermano del conde de Saboya, y los dos juntos vinieron al principado. Al poco tiempo la princesa murió de enfermedad, sin que hubiese tenido hijo alguno de su marido, y dispuso que su marido

fuese príncipe durante su vida, y que después de su muerte, dejaba el principado a su hija, cosa que no podía hacer, pues debía volver a su hermana, que seguía con vida, puesto que su padre así lo había vinculado.

Al morir la princesa, el príncipe estaba en Francia, y en aquella ocasión el príncipe de Tarento, hermano del rey Roberto, había pasado a Morea para luchar contra su cuñado, el déspota del Arta, y viendo que el principado estaba sin señor ni señora, apoderóse de él sin encontrar quien se lo impidiera. Cuando monseñor Don Felipe de Saboya, príncipe de la Morea, lo supo, se enojó mucho, y como al cabo de poco tiempo el príncipe de Tarento volvió a Francia, el príncipe de la Morea se quejó al rey de Francia de que el príncipe de Tarento le hubiese quitado el principado, pues lo había hecho sin desafiarle. Al final fue dada la sentencia, mandando que el principado fuese desamparado, y así se hizo, mandando el príncipe de Morea sus procuradores, para que recibieran el principado.

Por este tiempo murió el duque de Atenas, sin hijos, y dejó el ducado al conde de Brenda, primo hermano suyo, como antes os he dicho, dejando viuda a la duquesa, hija de la princesa.

Ahora dejaré de hablaros de la princesa y volveré a hablaros de la hermana.

263. Boda del infante Don Fernando de Mallorca con Isabel, hija del conde de Aria

Cuando el hijo del conde de Aria hubo celebrado sus bodas, entró en posesión de la baronía de Matagrifó, y si jamás hubo señor que diera buena prueba, así fue él, que resultó muy inteligente y bueno en sus acciones, y tuvo de su esposa una hija, que tuvo por nombre mi señora Isabel. Cuando la hija hubo

nacido, al poco tiempo él murió, cosa que mucho sintieron todos sus vasallos y cuantos estaban en la Morea. Este conde de Aria pertenece al linaje de los Baus, que es la más antigua y honrada casa de Provenza y son parientes del rey de Aragón. Cuando la esposa perdió a su marido, quedó muy disgustada y no quiso tomar otro marido. Cuando la princesa, su hermana, hubo muerto, ella pidió el principado, y los que lo detentaban por el príncipe le contestaron malamente. De modo que, cuando tuvo conocimiento de que el infante Don Fernando, hijo del señor rey de Mallorca, se encontraba en Sicilia y que no tenía esposa en ningún lugar del mundo, pensó que no había en el mundo hombre mejor con quien su hija estuviera tan bien situada, pues aquél, de grado o a la fuerza, haría respetar sus derechos al principado. De manera que mandó sus mensajeros a Sicilia, y hablaron de ello con el señor rey de Sicilia y con el señor infante, en forma que, al final, se acordó que la señora con su hija vinieran a Mesina, y entonces, si la doncella era tal como ellas decían, el matrimonio les complacería. Así que la señora con su hija, acompañadas de diez damas y otras tantas doncellas, y con veinte caballeros y veinte hijos de caballero, con el resto del séquito, vinieron a Mesina, donde les fue hecho mucho honor.

Cuando estuvieron en Mesina, el señor rey y el señor infante fueron a verla; y cuando el señor infante hubo visto a la doncella, aun cuando le dieran todo el mundo con otra, no la cambiara por ésta, pues tanto le agradó que los días le parecían años hasta que los tratos se cerraran; de modo que dijo al señor rey que quería por esposa a esta doncella y ninguna otra que en el mundo hubiera.

Y no es una maravilla que se enamorara, pues era hermosa, la más bella criatura de catorce años que se pueda imaginar, y la más blanca y la más rubia y de más lindo color; y era tam-

bién la más discreta que pueda haber en el mundo, por la edad que tenía.

¿Qué os diré? Que la señora de Matagrifó heredó a su hija entre vivos para después de su muerte, de toda la baronía de Matagrifó y de todos los derechos que tenía sobre el principado, pudiendo disponer de ellos a su entera voluntad sin ningún vínculo que la atara.

Cuando esto estuvo hecho y firmadas las cartas de donaciones del esponsalicio, con la gracia de Nuestro Señor, con gran solemnidad y en una fiesta que fue decretada por el señor rey y por mi señora la reina, y por todos los barones de Sicilia y por los caballeros catalanes y aragoneses y latinos y todos cuantos estaban en Mesina, el señor infante tomó por esposa a mi señora Isabel. Y dijo la misa el arzobispo de Mesina y las fiestas duraron más de quince días, de manera que todo el mundo se maravilló y quedó satisfecho.

Pasada la fiesta, el señor infante la condujo a Catania ron su madre y con toda la gente que con ella había venido, y le dispuso damas catalanas y doncellas, todas esposas e hijas de caballeros.

Cuando estuvieron en Catania, el señor infante hizo grandes regalos a todos los que con ella habían venido, y estuvieron en Catania más de cuatro meses. Luego la señora suegra del señor infante volvióse con su séquito a la Morea, alegre y satisfecha; y el señor infante, alegre y satisfecho, quedó con mi señora la infanta y permitió Dios que quedase embarazada, de lo que todo el mundo sintió gran satisfacción cuando lo supieron. Y cuando la esposa fue engordando, el señor infante se preparó para pasar a Morea, con más de quinientos hombres de a caballo y muchos de a pie.

264. Muntaner, a las órdenes del infante Don Fernando. Muerte de Isabel de Sabran

En Gerba me enteré de que el infante se preparaba, y no podía haber nada, por importante que fuera, que impidiera que yo me fuera con él, de manera que mandé un mensaje al señor rey rogándole que me permitiera ir a Sicilia; y al señor rey le plugo, y en una galera y un leño, con los viejos de Gerba que vinieron conmigo, me fui a Sicilia, dejando el castillo de Gerba y la isla a buen recaudo.

El primer sitio donde tomé tierra fue Catania, y allí encontré al señor infante, sano y alegre, y a mi señora la infanta, embarazada, que no tardó ocho días en dar a luz. Diéronme una gran fiesta, y yo hice desembarcar de la galera dos grandes fardos, que contenían tapices de Trípoli y velos, y almaxías muy ricas y aquinales y mactans y jucies y otras joyas[64]; y mandé desplegar todas estas cosas ante mí señora la infanta y el señor infante, y se lo regalé todo, cosa de lo que el señor infante se mostró muy satisfecho. Les dejé luego y me fui a Mesina, donde me dijo el señor infante que estaría antes de los quince días, y donde quería hablar extensamente conmigo.

No hacía ni seis horas que estaba en Mesina cuando recibí un mensaje comunicándome que mi señora la infanta había tenido un hermoso niño, que nació el primer sábado de abril del año mil trescientos quince. Dios conceda a cada uno tanta satisfacción como yo sentí, y como tuvo el señor infante —que no hace falta preguntarlo—, y como tuvieron todos los de Catania, donde ocho días duró la fiesta que se celebrada. El señor infante mandó que fuese bautizado en la iglesia mayor de mi señora la bienaventurada santa Ágata, y mandó ponerle el

nombre de Jaime, y puede decirse que si alguna vez nació un niño gracioso, así fue este infante Don Jaime.

¿Qué os diré? Que cuando el niño estuvo bautizado y la esposa fuera de peligro, el señor infante vino a Mesina, y en Mesina yo le ofrecí mi persona y mi haber, para seguirle a donde él dispusiera; pero él me lo agradeció mucho, y me dijo:

—Lo que debéis hacer es ir a encontrar al señor rey, que lo encontraréis en Piazza, y entregarle el castillo de Gerba y la torre de los Querquens y las islas; luego volvéis, y entonces hablaremos de todo cuanto debemos hacer.

Entonces me despedí de él, y mientras estaba despidiéndome llegaron mensajes diciéndole que, a toda prisa, volviera a Catania, pues mi señora la infanta estaba muy enferma, pues había cogido fiebre y sufría de disentería. Cabalgó toda la noche y se fue a Catania, y cuando la infanta le vio, se sintió muy mejorada. Pero ella había hecho testamento antes del alumbramiento, y entonces lo confirmó y dejó la baronía de Matagrifó y todos los derechos que tenía sobre el principado a su hijo el infante Don Jaime, y si el infante Don Jaime, su hijo, moría, dejábalo al infante Don Fernando. Es el caso que hacía más de dos meses que su madre había muerto de enfermedad en Matagrifó, pero ella no sabía nada ni el señor infante quería que se le dijera nada mientras estaba embarazada e igualmente cuando hubo parido, mientras no hubiese salido a misa. Por esto el señor infante, a pesar de que tenía tanta prisa en partir, no quería hacerlo antes de que su esposa hubiese parido y hubiese salido a misa, pues enseguida pensaba embarcar, ya que todas las cosas estaban ya dispuestas.

266. Muntaner entrega las islas al señor rey y vuelve con Don Fernando

¿Qué os diré? La infanta, como Dios dispuso, pasó a mejor vida a los treinta y dos días después que el niño hubo nacido. Si jamás se vio duelo, éste fue el que hizo el señor infante y toda la ciudad; y con gran solemnidad, como correspondía a quien era limpia y pura y había bien confesado y comulgado y había recibido en debida forma la extremaunción, fue puesta en una hermosa tumba cerca del cuerpo de la bienaventurada mi señora Santa Ágata, en su bendita iglesia de la ciudad de Catania[65].

Después de ocurrir este desastre, el señor infante vino a Mesina para embarcar y salir para Morea. Y yo estuve con el señor rey, que encontré en Piazza, y de Piazza me fui a Palermo, y delante del noble Don Bernardo de Sarria y muchos otros ricos-hombres de Sicilia, y caballeros y ciudadanos, le entregué los castillos y las islas de Gerba y de Querquens. Y quiera Dios que todos cuantos nos quieren bien puedan rendir tan buenas cuentas de lo que les está encomendado, como yo lo hice de las dos islas al señor rey, que siete años las tuve encomendadas, eso es, a saber: primero, dos años durante la guerra; luego, tres, que me las dio por merced, y finalmente, dos años más a causa de la guerra con el rey Roberto.

En cuanto hube entregado las islas, rendí cuentas y obtuve la carta de finiquito, después de lo cual me despedí del señor rey y volví cerca del señor infante, en Mesina, donde se disponía a embarcar. Díjele que había venido para seguirle a él y subir en las galeras, prestándole, además, cuanto poseía; y el día en que le dije esto me contestó que al día siguiente me respondería. Al día siguiente, después de oír misa, él mandó venir gran número de caballeros y de gente notable, y delante de todos me dijo:

—Don Ramón Muntaner; la verdad es que sois vos el hombre de este mundo con quien nos sentimos más obligados que con ningún otro.

Y prosiguió con muy buenas razones, recordando que, a su servicio, yo había perdido todo cuanto tenía en Romanía; y además que había estado en prisión con él y cómo, por su causa, el rey Roberto me había causado mucho daño. Contó cómo yo le había prestado de lo mío en Romanía y había abandonado cuanto tenía; y muchos otros servicios que yo ni recordaba y que él entendía que yo le había prestado y que era por amor suyo que yo había dejado la capitanía de Gerba y de los Querquens, que había tenido durante siete años.

—Y todavía, en este momento, me ha prestado cuanto dinero tenía en doblas. De modo que tanto son los servicios que me habéis hecho, que con nada os lo podría galardonear. Ahora ha llegado la ocasión en que se superará cuantos servicios me habéis prestado, realizando el que vamos a pediros. De manera que os rogamos ante estos caballeros que nos otorguéis el que vamos a pediros.

Yo levantéme y fuile a besar la mano, y le di muchas gracias por cuanto bueno había dicho de mí y de cuanto decía haberse servido de mí. Y le dije:

—Señor, decidios a mandar cuanto queráis que yo haga, pues mientras haya vida en mi cuerpo no he de fallar en nada de lo que vos me mandéis.

—¿Sabéis, acaso, lo que queremos que hagáis por nos? Nos os lo diremos. Es verdad que fuera muy conveniente que vos vinierais con nos en este viaje, que mucha falta nos vais a hacer y entendemos que de gran utilidad nos seríais; pero nos es tan querido el servicio que queremos que nos prestéis, que queremos prescindir de las demás cosas.

266. El señor infante encomienda su hijo a Ramón Muntaner

—Es cierto —añadió el señor infante— que Dios nos ha dado este hijo Don Jaime de la dama que nuestra esposa era; por lo que os rogamos que lo recibáis y lo llevéis a la reina nuestra madre, y que lo entreguéis en sus manos. Pensad en fletar una nave, o en armar galeras, o aquello que comprendáis que os ha de llevar con mayor seguridad, y nos redactaremos una carta al honorable Don Berenguer Despuig, caballero, procurador nuestro, para que os dé todo cuanto vos nos habéis adelantado, y que os atienda en todo cuanto le diréis de nuestra parte; y en iguales términos escribiremos a mi señora la reina madre nuestra, y al señor rey de Mallorca nuestro hermano. Y hemos de daros una carta de procuración general para todas las cuatro partes del mundo, eso es, a saber: de levante hasta poniente y de mediodía a tramontana, en la que conste que todo cuanto vos hagáis o prometáis en nuestro nombre, a caballeros u hombres de a pie, y a todas las demás personas, que nos lo estimamos como bueno y firme y por nada faltaríamos a ello y que a ellos nos obligamos con todas las tierras, castillos y lugares que tenemos y que, con la ayuda de Dios, esperamos tener; y de este modo iréis con todo nuestro poder. Y cuando hayáis entregado nuestro hijo a mi señora la reina nuestra madre, iréis a vuestra casa y revisaréis y ordenaréis todos vuestros asuntos, y después, cuando todos vuestros asuntos estén arreglados, vendréis a nos con toda aquella gente armada que podáis conseguir de a caballo y de a pie. Y el señor rey de Mallorca, nuestro hermano, ha de daros cuanta moneda le pidáis para pagar las compañías que nos traeréis. Y esto es lo que queremos que hagáis por nos.

Cuando oí estas cosas quedé pasmado del gran cargo que caía sobre mis espaldas con respecto a lo de su hijo, por lo que reclamé, por favor, que me diese un compañero, y él dijo que no me daría tal compañero, sino que yo lo cuidara y guardara como un hombre debe guardar a su señor e hijo.

En el acto me levanté y fui a besarle la mano, y él me hizo la señal de la cruz y recibí aquel bienaventurado encargo.

Inmediatamente ordenó a Don Not de Noveles, que tenía guardado a su hijo en el castillo de Catania, que me lo entregase, y que desde aquel instante lo tuviera para mí y no para otra persona, y que en todo momento en que yo lo quisiera me lo entregara, y que de esto me hiciera juramento y homenaje. Y así lo hizo, con lo que, desde aquel día en adelante, el infante Don Jaime, hijo del infante Don Fernando, estuvo en mi poder. Y aquel día hacía cuarenta y dos días que había nacido nada más. Y allí mismo mandó que se me hiciera la carta de procuración, tal como antes se ha dicho, con sello colgante, y todas las demás cosas.

267. El infante Don Fernando, príncipe de la Morea

Cuando esto estuvo hecho, él embarcó en Mesina en buena hora, y se fue a Clarenza, tomando tierra a unas dos millas cerca de la ciudad. La hueste salió de Clarenza y más de doscientos hombres de a caballo quisieron impedir que tomase tierra. ¿Qué os diré? Que los almogávares que con él estaban salieron a tierra junto con los ballesteros y atacaron a aquella gente, obligándoles a alejarse y abrir plaza, y entre tanto desembarcaron los caballos. Cuando hubo en tierra unos cincuenta hombres de a caballo, el señor infante, armado y aparejado, montó en su caballo; entonces hizo desplegar su bandera, y sin querer esperar más caballería suya, emprendió una cabalgada con aquellos cincuenta hombres de a caballo y con los almogávares; y atacó a sus enemigos y los desbarató de tal forma que huyeron hacia la ciudad, y el señor infante y su compañía siguieron

adelante pegando golpes. ¿Qué os diré? Que juntamente con ellos entraron en la ciudad y mataron a cuantos les plugo; y les hubieran matado a todos, pero en cuanto estuvieron en la ciudad toda la gente gritó:

—¡Señor, merced! ¡Señor, merced!

Y con esto él acaudilló a los suyos y gritó que desde ahora en adelante no se matara a ninguno.

De este modo las galeras y toda su armada llegó a la ciudad y todo el mundo entró dentro. Las gentes de la ciudad se reunieron todas en un lugar y juraron por señor al señor infante y le prestaron todos homenaje, pues bien sabían que a él le pertenecía el principado por mi señora la infanta, su esposa.

En cuanto los de la ciudad de Clarenza le hubieron jurado, se dirigió a sitiar el castillo de Bellver, que es uno de los mejores castillos del mundo y está cerca de Clarenza. Combatiólo fuertemente y emplazó trabucos, y en pocos días acosóles de tal forma que se le rindieron. Luego cabalgó por la tierra, y en todos los lugares se le rendían voluntariamente, porque, cuando hubo hecho leer en público el testamento del príncipe Luis, que vinculaba el principado a la suegra del señor infante, de modo que a ella le pertenecía por el vínculo, porque sobrevivió mucho tiempo a su hermana la princesa, todos sabían que era a ella que debía volver el principado. Mostró después la donación que había hecho entre vivos a la infanta su madre, y cómo después también hizo testamento y dejó heredera a mi señora la infanta, su hija. Demostró luego que mi señora la infanta, en su testamento, lo había dejado al infante Don Jaime, y además que lo vinculó al señor infante Don Fernando si su hijo moría. Cuando todo esto estuvo demostrado, el señor infante, en público y en la ciudad de Clarenza, mandó cartas a todas partes, y de este modo todos se tuvieron por comunicado que, en derecho, el principado debía ser de su hijo, del infante Don Fer-

nando, y que si su hijo faltaba debía ser suyo. De manera que todos le obedecieron como señor natural suyo y legítimo, y el señor infante los conservó con toda verdad y justicia.

Y ahora dejaré de hablaros del señor infante y volveré a hablaros de su hijo, el infante Don Jaime.

268. Muntaner lleva al infante Don Jaime a Perpiñán

Lo cierto es que, cuando el señor infante hubo partido de Mesina, fleté una nave de Barcelona que se encontraba varada en el puerto de Palermo, que pertenecía a Don Pedro Desmont, para que viniese a Mesina y de Mesina fuese a Catania. Igualmente mandé a una dama de alcurnia, muy buena señora, que era del Ampurdán y que se llamaba mi señora Inés de Adri, y era viuda y compañera de mi señora Isabel de Cabrera, esposa del noble Don Bernardo de Sarria, pues con ella había venido, y había tenido veintidós hijos y era muy devota y buena.

Concerté con dicha noble mi señora Isabel y con dicho noble que me la dejaran y yo le encargaría el señor infante Don Jaime, hijo del señor infante Don Fernando. Por cortesía suya me la cedieron, y yo le encomendé dicho señor infante, ya que me parecía que ella debía saber mucho de niños, puesto que tantos había tenido, y por su bondad, y porque era de bueno y honrado linaje. Por otra parte, era una buena mujer que había pertenecido a la casa del señor infante Don Fernando, que mi señora la reina de Mallorca se la había mandado en cuanto supo que se había casado. Reuní además otras mujeres. El infante tenía una buena ama, de excelente complexión, que era de Catania, que le criaba maravillosamente; y además de su ama elegí

otras dos, que, con sus niños, embarqué en la nave, a fin de que, si una fallaba, las otras estuvieran dispuestas, y por esto las embarqué con sus hijos, para que si hacían falta las tuviéramos.

De este modo ordené mi pasaje, y armé muy bien la nave, y embarqué ciento veinte hombres de armas, y de paraje y otros; y embarqué todo cuanto pudiéramos necesitar, tanto en víveres como para la defensa.

Cuando tuve preparada la nave en Mesina llegó una barca armada de Clarenza, que el señor infante mandaba al señor rey Federico, haciéndole saber la gracia que Dios le había concedido, y al mismo tiempo me lo mandaba decir a mí muy extensamente, para que yo lo pudiese contar al señor rey de Mallorca y a mi señora la reina y a todos su amigos; y mandábame cartas para que las llevase a mi señora la reina su madre, y al señor rey de Mallorca; y me hacía saber que me rogaba que pronto saliese de Sicilia. No cabe duda de que yo ya me hubiese marchado, pero lo hice con mayor alegría al conocer aquellas noticias. De modo que me fui por tierra a Catania, y mandé que la nave tomara vela en Mesina y viniera a Catania; y cuando yo llegué a Catania, a los pocos días llegó la nave, y ordené que embarcara todo el mundo.

Cuando quise embarcar al señor infante, Don Not de Novelles hizo reunir a cuantos caballeros catalanes aragoneses y latinos había en Catania, y todos los ciudadanos honrados, y delante de todos dijo:

—Señores, ¿vosotros reconocéis que éste es el infante Don Jaime, hijo del infante Don Fernando e hijo de mi señora Isabel, su esposa?

Todos dijeron que sí, que ellos habían estado en el bautizo y después le habían visto y reconocido siempre.

—Y estamos seguros que éste es él.

Después de esto, dicho Don Not mandó levantar escritura pública; y después repitió nuevamente las mismas palabras, e igualmente le respondieron, e hizo levantar nueva escritura. Luego púsolo en mis manos y en mis brazos, y quiso que yo le hiciera otra escritura, por la cual yo le daba por cumplido del juramento y homenaje que me había hecho, y en la que le otorgaba haber recibido el niño.

Hecho esto, lo llevé por la ciudad en mis brazos con más de dos mil personas que seguían, y lo puse en la nave. Y todos le santiguaron y bendijeron. Y aquel día vino un portador del señor rey a Catania, que traía de parte del señor rey dos pares de vestiduras de tejido de oro con plumas de diferentes colores, que el señor rey regalaba al señor infante. De modo que nos hicimos a la vela en Catania el primer día de agosto del año mil trescientos quince.

Cuando llegué a Trápani recibí cartas que me advertían que debía guardarme de cuatro galeras que el rey Roberto había armado contra mí para apoderarse de este infante, pues echaban cuentas que, si lo tenían, recobrarían la ciudad de Clarenza. Cuando lo supe, fortalecí más la nave, acrecentándola mucho en armamento, en gentes y en otras cosas.

Partimos de Trápani, y tuvimos un tiempo tal que hasta el día de Todos los Santos no tomamos tierra en Cataluña. Y os prometo que fueron noventa y un días, durante los cuales ni el infante, ni yo, ni mujer alguna de las que estaban salimos a tierra. Y si estuvimos veintidós días en la isla de San Pedro fue porque nos reunimos veinticuatro naves, entre catalanes y genoveses, resolvimos salir todos juntos de la isla de San Pedro, puesto que todos íbamos hacia poniente.

Sufrimos una tempestad tan grande que siete naves se perdieron, y nosotros y las demás estuvimos en gran peligro. Pero quiso Dios que el día de Todos los Santos nosotros tomásemos

tierra en el puerto de Salou, con la circunstancia de que el mar ni por un instante molestó al niño ni a mí, que no salió de mis brazos mientras duró la tempestad ni de noche ni de día, pues tenía que sostenerle cuando se amamantaba, ya que el ama no podía sentarse de tan mareada como estaba, al igual que las demás mujeres.

269. La entrega del infante

Cuando estuvimos en Salou, el arzobispo de Tarragona, que se llamaba monseñor Don Pedro de Rocaberti, nos mandó todas las caballerías que necesitábamos, y dispuso nuestro hospedaje en el albergue de En Guanesc. Después nos fuimos en pocas jornadas a Barcelona, donde encontramos al señor rey de Aragón, que acogió muy bien al señor infante, al que quiso ver, y le besó y le bendijo.

Después nos fuimos, con lluvias y tiempo malo; pero yo había mandado hacer unas andas, en las que iban cómodamente el niño y el ama; y estas andas estaban cubiertas de tela encerada, y luego, encima, de un tejido colorado; y contaba con veinte hombres que, por turno, llevaban las andas, por medio de unas bandas que les colgaban del cuello; y empleamos veintitrés días para ir de Tarragona a Perpiñán. En Básquera encontramos a fray Roberto Saguardia con diez cabalgadores que mi señora la reina de Mallorca nos había mandado para que escoltasen al señor infante, de manera que ya no se separó de nosotros, junto con cuatro porteadores que nos mandó el señor rey, hasta que estuvimos en Perpiñán.

Cuando estuvimos en Való, para cruzar las aguas del Tec, todas las gentes de la población salieron a nuestro encuentro, y tomando las andas a cuestas los más principales, pasaron el río

con el infante. Aquella noche, los cónsules y gran número de prohombres de Perpiñán, los caballeros y todos cuantos allí se encontraban vinieron junto a nosotros, y muchos más hubiesen venido, pero el señor rey de Mallorca se encontraba en Francia.

De este modo entramos en la villa de Perpiñán, donde se nos rindieron grandes honores; y nos fuimos al castillo, donde estaba mi señora la reina, madre del señor rey de Mallorca y del señor infante Don Fernando, y mi señora la reina, esposa del señor rey de Mallorca, y las dos, cuando vieron que nosotros empezábamos a subir al castillo, descendieron hasta la capilla del mismo.

Cuando estuvimos a la puerta del castillo, yo cogí en mis brazos al señor infante, y desde allí lo llevé con gran alegría hasta que estuve delante de las reinas, que estaban sentadas una junto a otra.

Y a todos nos conceda Dios tanta alegría como la que sintió mi señora la reina, su abuela, cuando lo vio tan agraciado y sano, con su cara sonriente y bella, vestido de paño de oro y con una capa a la catalana de piel, y con una hermosa capucha de la misma que le cubría la cabeza. Cuando estuve junto a las reinas, arrodilléme y les besé la mano a cada una, e hice que el señor infante besara la mano de mi señora la reina, su abuela. Cuando se la hubo besado, ella quiso tomarlo en sus manos y yo le dije:

—Mi señora, por vuestra gracia y merced no toméis a mal por lo que voy a deciros, pero mientras no me sienta descargado del cargo que sobre mí pesa no lo tendréis.

Mi señora le reina rióse y dijo que le parecía bien. Y yo dije:

—Mi señora, ¿está aquí el lugarteniente del señor rey?

—Señor —dijo ella—, sí; helo aquí.

Él se adelantó, y en aquella ocasión era lugarteniente Don Hugueto de Totzó. Luego pregunté si estaban el baile, el ve-

guer y los cónsules de la villa de Perpiñán, e igualmente acudieron, con todos los caballeros y hombres notables de Perpiñán. Cuando todos estuvieron presentes, yo mandé comparecer a las damas, las amas, los caballeros e hijos de caballeros, y el ama de mi señor Don Fernando. Y delante las damas, reinas y de todos los demás les pregunté por tres veces:

—¿Reconocéis que este infante que yo tengo en brazos es el infante Don Jaime, primogénito del señor infante Don Fernando de Mallorca e hijo de mi señora Isabel, su esposa?

Todos respondieron que sí.

Esto pregunté yo por tres veces, y las tres veces contestaron que sí, añadiendo que, indudablemente, era quien yo decía. Cuando hube dicho esto, pedí al escribano que levantara acta, después de lo cual dije a mi señora la reina, madre del infante Don Fernando:

—Mi señora, ¿creéis que éste es el infante Don Jaime, hijo del infante Don Fernando, hijo vuestro, que éste engendró en mi señora Isabel, su esposa?

Y ella respondió:

—Sí, señor.

Igualmente lo dije tres veces, y en cada una me contestó que me daba por bueno y leal y libre, y que me absolvía de todo cuanto yo estuviese obligado con él y con su hijo. Y de esto igualmente se levantó escritura.

Cuando todo esto estuvo hecho, entregué en buena hora dicho señor infante Don Jaime; y ella tomólo y lo besó más de diez veces, y luego mi señora la joven reina tomólo, e igualmente lo besó muchas veces, y después cogiólo de nuevo mi señora la reina su abuela, y lo entregó a la señora Doña Perellona, que estaba junto a ella. Y salimos del castillo y me fui a la posada donde debía aposentarme, eso es, a casa de Pedro Batlle. Todo esto ocurrió por la mañana; y después de comer volví

al castillo y entregué las cartas que traía del señor infante Don Fernando para mi señora la reina madre, y las que traía para el señor rey de Mallorca, y le dije todos los mensajes que se me habían confiado.

¿Qué os diré? Estuve quince días en Perpiñán, y todos los días iba dos veces a ver al señor infante, que tanto le eché de menos cuando me separé de él que no sabía qué hacerme. Y más tiempo hubiese estado si no fuera porque se acercaban las fiestas de Navidad, de manera que me despedí de mi señora la reina y de mi señora la reina joven, y de todos los de la corte, y pagué a todos cuantos me habían acompañado, y volví a mi señora Doña Inés de Adri, a su casa, cerca de Bañolas. Y mi señora la reina quedó muy complacida de mí y de todos los demás. Volvíme, pues, a Valencia, donde tenía mi casa, donde llegué tres días antes de Navidad, sano y alegre, con la gracia de Dios.

No pasó mucho tiempo que el señor rey de Mallorca volvió de Francia, y tuvo gran satisfacción al ver a su sobrino; y en seguida, como corresponde a buen señor, le ordenó, de acuerdo con mi señora la reina, su vida muy honorablemente, como corresponde al hijo de un rey.

270. Muerte del infante Don Fernando

No había transcurrido mucho tiempo que el señor infante Don Fernando mandó un mensaje al señor rey de Mallorca diciéndole que por mi conducto le mandase fuerzas de a caballo y de a pie.

Mi señora la reina, su madre, y el señor rey de Mallorca me mandaron decir que me preparase y que buscara buena compañía de a caballo y de a pie para llevarle, que él me haría llegar

hasta veinte mil libras en Valencia para que reclutara la gente. Enseguida me preocupé de hacerlo, y a muchos extremos acudía con mis propios fondos. Pero no hacía quince días que había recibido tal mandato cuando me llegó un correo diciéndome que no interviniera, pues Don Arnaldo de Caçá, con la nave del señor infante, había llegado de la Morea, y que él, con dicha nave, reclutaría gente en Mallorca, por donde iba a pasar. Y de esta manera, en mala hora, revocaron mi partida.

Don Arnaldo de Caçá fue de unos a otros en Mallorca; pero tardó tanto y tanto, que el señor infante Don Fernando ya había muerto cuando él llegó a Morea; y ésta fue la mayor desgracia que el linaje de Aragón sufrió, perdiéndose un hijo de rey después de tanto tiempo. Y no os diré solamente que así lo estimó dicha casa, sino que por todo el mundo fue considerado como una gran desgracia, ya que era el mejor caballero y el más valiente que en aquellos tiempos fuese hijo de rey en todo el mundo, y el más recto, y el que mejor supo ordenar todos sus actos.

Su cuerpo fue traído a Perpiñán; y fue un gran bien que mi señora la reina, su madre, antes de saberlo, ya Dios la había llamado a su lado. Y bien puede decirse de ella que es una santa del paraíso, que no hubo en el mundo mujer más devota, ni tan humilde, ni mejor cristiana; de modo que ella subió al paraíso antes de que viera el duelo por su hijo. Y el cuerpo del señor infante Don Fernando fue colocado en la iglesia de los Predicadores en Perpiñán. Dios haya su alma y la ponga entre los santos de su gloria. ¡Amén!

Cuando él estuvo muerto, no pasaron dos meses que murió el otro príncipe, y desde entonces ocupó todo el país y lo tiene hoy en día en su poder monseñor Don Juan, hermano del rey Roberto.

Dios, por su gracia, haga que llegue el tiempo en que vuelva a este señor infante Don Jaime, a quien en derecho pertenece. Y Dios permita que yo lo vea, y que pueda, a mi vejez, ayudar con el poco poder y saber que Dios me ha concedido.

Ahora dejaré de hablaros de estos señores de la casa de Mallorca y volveré a hablaros del señor rey de Aragón y de sus hijos.

271. Don Jaime de Aragón decide emprender la conquista de Cerdeña

La verdad es que, viendo el señor rey Don Jaime de Aragón a sus hijos grandes, altos y sanos, mandó celebrar cortes en la ciudad de Gerona, en las que estuvo presente el señor rey Don Sancho de Mallorca y todos los barones de Cataluña. Y en ellas se decidió que decididamente mandase a su hijo el infante Don Alfonso a conquistar el reino de Cerdeña y de Córcega, que debe ser suyo, pareciéndole a él y a sus gentes que se le podía hacer gran cargo que no lo conquistara, puesto que llevaba tanto tiempo titulándose su rey. Al fin a todos les pareció acertado, y especialmente al señor rey de Mallorca, quien le ofreció que la armaría veinte galeras a su costa y expensas, y que le mandaría doscientos hombres de a caballo y muchos de a pie.

Cuando hubo hecho este ofrecimiento, todos los ricoshombres, y las ciudades, y los arzobispos, y obispos, y abades, y priores le ofrecieron valimiento, cada uno en cosa concreta; así, pues, fue tan grande el socorro que el señor rey encontró en Cataluña que fue una gran maravilla. Luego se fue a Aragón, y también le fue ofrecida gran ayuda; y lo mismo ocurrió en el reino de Valencia. ¿Qué os diré? Que en tal forma se esforzó

todo el mundo que puede decirse que jamás mejor ayuda tuvo señor de sus vasallos como fue la que él obtuvo de los suyos.

Vínose luego en buena hora a Barcelona, y mandó maderar sesenta galeras y muchos leños armados, y fletó muchos leños y taridas, y ordenó acudieran de Aragón, del reino de Valencia, y del reino de Murcia, y de Cataluña los hombres que debían acompañar al señor infante. E igualmente el señor rey de Mallorca mandó hacer las veinte galeras nuevas, y ordenó los caballeros y las compañías de a pie que debían ir con ellos, y puso tabla de inmediato, de manera que, cuando las naves estuvieron hechas, ya estaban los hombres dispuestos. Igualmente, el señor rey Don Jaime de Aragón, y el señor infante Don Alfonso, y el señor infante Don Pedro iban de acá para allá preparando el viaje y procurando que todos se apresuraran.

Cierto es que cada uno está obligado a aconsejar a su señor todo lo bien que pueda, tanto el grande como el mediano, como el pequeño; y si por acaso hay alguno que no pueda decírselo al rey, si algo sabe o conoce debe decírselo a quien al señor rey se lo diga, o mandárselo decir por escrito, pues el señor rey es tan sabio que si comprende que se trata de algo bueno lo hará, y si no lo dejará, sin dejar de reconocer la buena intención de quien se lo haya propuesto, con lo que habrá tranquilizado su conciencia y habrá cumplido con su deber. Por este motivo, yo, cuando fue público el viaje, hice un sermón[66], que mandé por medio de Don Comí al señor rey y al señor infante, que sirviera para la ordenación del buen pasaje, que ahora oiréis. Y él se lo llevó a Barcelona, por culpa de que yo no estaba muy bien de salud.

272. Sermón de Muntaner

I

En nombre del señor Dios, autor de la creación,
al modo de Guy Nanteuil, quiero haceros un sermón
en honor y alabanza de la casa de Aragón,
y rece, para que así sea, cada uno la oración
de la Virgen, y así ella a todos nos hará el don
de entendimiento y sentido, que provechosos nos son
en este mundo y el otro, y procuran salvación;
y vengan todos a ellos, conde, vizconde y barón,
el caballero, el burgués, el marino y el peón,
y así el pasaje a Cerdeña harán con más ilusión,
como si fuera su tierra y su sola provisión,
siguiendo al infante Alfonso, nuestro altísimo patrón,
que da a la España toda más honor y exaltación.
De levante hasta poniente, mediodía y septentrión,
temblará toda la gente que ya estuvo en sujeción
de su padre; los valientes del rey Jaime de Aragón.
Y quiero que todos sepan que éste es el león
del que habla la Sibila, con su insignia de bastón,
que ha de abatir el orgullo de una muy alta mansión;
y no os diré más palabras, que bien entendibles son.

II

Quiero que ahora sepáis qué se propone mi mente,

pues todo cuanto os predico se deriva solamente,
y de verdad os lo digo, de algo que es evidente.
Lo primero, la persona que sermonea a la gente;
lo segundo es el pueblo, que le escucha y le comprende;
lo tercero es el asunto del cual el sermón entiende.
Os diré a lo primero que subí alocadamente al alto de la tribuna,
sin saber exactamente el pro y el contra que impulsa este propósito ingente,
y he de razonarlo en forma que os parezca pertinente.
De lo segundo os diré que no murmure la gente;
todos debéis escuchar sencilla y tranquilamente,
meditando en lo que os diga, y muy sosegadamente,
que de poco ha de valer de manera diferente,
que el Evangelio ya dice que se pierde la simiente
que se tira entre abrojos, y entre piedras igualmente.
De lo tercero os diré que es bueno que se presente
el propósito que os digo del todo y distintamente;
y argumentaré mi prédica sencilla y muy brevemente
para que este viaje hagáis placenteramente.

III

Así, pues, mis argumentos escuchad, señor infante,
que ya mis largos trabajos me han enseñado bastante;
que haya visto tanto mundo no hay otro de mi talante,
y por eso, en el mar, dejad que os ponga delante
a vuestro predecesor, que fue espejo de asaltante.

No pongáis en vuestra escuadra, si queréis ser triunfante
en vuestros hechos, terceros, igual que se hacía antes.
Que hagan veinte galeras ordenad al almirante,
que ligeras como viento surquen el mar adelante.
De este modo, el ballestero, más aguijoneante;
sus armas, como un badajo, le impulsarán al instante,
y será, en la ocasión, cual peso de cabrestante,
que su arma, para él, le resuena como un cante.
Vuestra gente, mi señor, sea sin mezcla, arrogante,
que son todo corazón si en ellos no hay discrepante,
que su valor, de verdad, es como cristal brillante,
y nada hay en el mundo que como el coral le encante,
del que se pesca en Cerdeña, sólo el metal le va avante,
y os podrán, a vos, señor, con un libán arrastrante;
traeros gran cantidad y ponérosla delante.

IV

Por esto he comenzado por lo que toca a la mar,
pues conviene la domine el que quiera conquistar
todo el reino de Cerdeña; y si lo hace, temblar
hará a toda la gente; y esto no puede alcanzar
si no lleva gente fresca que sepa herir y matar;
y nunca con los terceros se podrían concertar
pilotos y ballesteros, que son los que han de atacar;
ni proeles ni remeros los podrían aguantar;
que el ballestero de tabla muy a gusto debe estar,

que ni en el mar ni en la tierra se les debe contrariar,
y sobre este asunto mucho os podría contar,
con muy certeras razones que no hace falta alegar.
Por lo que, señor infante, Cristo os ha de guardar
si mantenéis muy en alto a la gente de la mar;
y así, poder y prestigio al almirante hay que dar,
y no dejéis que haya otro que les pudiera mandar,
salvo él, después de vos, y sólo así os han de honrar
y lograréis las empresas que quisiereis intentar,
que yo sé que cien galeras y más podríais armar,
y más leños y saetías que nadie pueda pensar.

V

Cincuenta naves, señor, sé que conduciréis,
leños, taridas de banda, y otras más chicas que habréis,
y en todas, si Dios lo quiere, a vuestra gente pondréis.
La tarea de embarcarla, llana y alegre la haréis,
cuando en Port Fangós llegada toda la gente tendréis.
Un día determinado, la más grande llenaréis
y, dispuestas en escala, las pequeñuelas pondréis.
De este modo, al enemigo que vigila evitaréis,
que no os puede causar daño, con tal que le vigiléis
pues con gente mala y falsa sabéis que os encontraréis
y así conviene, señor, que muy alertado estéis:
de ellos y sus palabras, conviene que no os fiéis.
Atracadas junto a tierra, vuestras galeras tendréis

y cuando estén colocadas en escala, mandaréis
aparejar, y ordenadas en guardia las dispondréis
y a cuatro leños armados vuestro estandarte daréis.
Que se haga con presteza y luego, ya no dudéis,
no os puede hacer ningún daño ningún hombre que no améis,
y mejor, si Dios os guarda, vuestra gente embarcaréis
y Él os dará honra y gloria y todo lo que querréis.

VI

A su majestad, además he suplicado
que en una y otra galera quedara bien ordenado
que un proel y dos pilotos se atengan al cuidado
de un caballo sin que nada, para él, quede olvidado
y que cuanto necesita le sea bien procurado;
que el hombre de a tierra dentro, hasta que está acostumbrado,
con cuidarse de sí mismo tiene bastante y sobrado,
y hay que tratarle bien para cumplir lo mandado,
y así, cada caballo, irá fresco y reposado.
De modo que, el caballero, cuando ya esté acostumbrado,
allí donde está el caballo, debe ir él embarcado
con toda su compañía para estar bien preparado
y para que, su caballo, vaya muy bien equipado.
Si otra cosa hiciera, fuera muy equivocado
que el pasaje, como es corto, es alegre y regalado,
si siempre va el caballero del caballo acompañado,

que si lo tuviera lejos, iría mal arreglado,
y le habría de doler y habría de ser juzgado
como un loco si dejara su caballo abandonado,
y a cualquier lugar que fuera, fuera menospreciado.

VII

Y para la gloria vuestra, podréis ordenar, señor,
todos los almugatenes y otro capitán mayor
de la almogavería, que son del mundo la flor,
que vayan en las galeras —diez compañías mejor—
y los otros donde puedan, donde les dicte el humor
y ya saldrán de las naves si lo requiere el honor.
Se servirá la comida según sea su valor,
que todos tengan bastante, el menor como el mayor,
que en todo barco ha de haber quien sea el ordenador;
bien repartidas las cosas, tienen muy mejor sabor.
Que en cada nave se embarquen, para producir terror,
tres ballesteros de turno, para que llore el peor.
Y trabucos y manganos (no lo olvidéis, por favor),
azadas, palas y layas, y un buen millar, labrador.
Un centenar de albañiles embarcaréis, de rigor,
herreros y carpinteros, que no temen el calor,
y luego ya, Dios mediante, no debéis sentir temor
que ni villas ni castillos encontraréis, mi señor,
que no se rindan a vos, si no quieren, con dolor,
o morir a vuestras manos, o bien perder el honor.

VIII

Cuando de esto sepamos todos, el cómo y el cuándo
y en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo,
y en el de su Santa Madre, que debéis recordar tanto,
y con gozo y alegría, y comunión de los santos,
durante el día y la noche, iréis todos embarcando
y ellos serán vuestra guardia, y en Mahón estará esperando
el rey bueno de Mallorca, que a todos irá invitando
sin que nadie decir pueda que algo estuvo faltando.
Y después, señor, cualquiera levante la voz, gritando:
—¡A la isla de San Pedro, es hora de ir bogando!
Refrescad a los caballos que se están debilitando,
y así, la armada nuestra, seguiremos preparando
para que puedan sus naves, a Cerdeña ir acostando.
¡Ay, el que vea este día, cómo estará disfrutando!,
viendo condes y vizcondes y barones embarcando,
bien armados y aguerridos y a los demás animando
para servir al infante, que todos van aclamando,
que de cuantos tiene el mundo ninguno vale tanto
y nadie le vio jamás males humores mostrando,
y ni existe en todo el mundo nadie mejor batallando.

IX

Todos cuantos caballeros que van con vos, presurosos,

son vasallos naturales, honrados y valerosos,
cada cual de buen paraje y ninguno es engañoso
y, que cuente dos millares, no existe rey poderoso
que se pueda envanecer; ni que le sigan gozosos
más de diez mil almogávares que van con vos sin reposo
y, otros muchos sirvientes que, al pedir, son orgullosos
pues nada quieren: les basta su corazón generoso
y no esperan de lo vuestro, pues sólo encuentran honroso
saber que os son naturales, y así lo muestran gozosos
si alguien llega a atreverse contra su rey poderoso.
De modo, señor, que, cuando en Cerdeña hallen reposo,
os seguirán en el nombre del Trino Dios glorioso
y podréis ir por las tierras del Cáller victorioso,
combatiendo los castillos si se muestran revoltosos;
y atacarán las costas vuestros barcos presurosos
y en la misma empalizada que se alce, y en los fosos,
apoyarán sus escalas, como os conté, valerosos
y veréis los ballesteros disparar, tan animosos,
que en el aire han de abatir los pajarillos airosos.

X

¿Y quién será aquel que en Cáller se encuentre en aquel instante
que no sienta enardecerse su alma, y siga adelante
tras el valiente Carrós, de nuestra nave almirante?
¡No hay catalán de mar que se le ponga delante!

No existe en el mundo nadie a quien la empresa no espante
ni nadie que se atreviera a realizarla boyante
sólo con la gente suya, sin una ayuda importante
de extranjeros que la harían: más fácil, menos brillante.
¿Y cuánto ha habido en la tierra una nación tan pujante
que intente tal aventura sin sentirse vacilante?
¡Ay! cuando verán en Cáller cómo se alza arrogante,
en la cresta de los montes, su bandera llameante,
y verán toda la hueste, aguerrida y triunfante
de muy altos caballeros, con sus banderas delante!
Y después, en Estampaix, se atenderán; y arrogante,
ha de aparecer feliz, y muy alegre el infante
y de grado, o a la fuerza, con esfuerzo penetrante
entrará dentro de Cáller y ya, desde aquel instante,
no harán falta mis consejos, pues todos tendrán bastante
con su propio parecer, y con el de Dios delante.

XI

Sólo una cosa, señor, me permito recordaros,
detalle del que, señor, no deberéis olvidaros:
ningún hombre del común, es bueno para guardaros
castillo, villa ni burgo; y esto no debo callaros
pues no saben qué han de hacer sus corazones avaros.
De lo que yo mismo vi, mucho podría contaros,
pues son muchas sus maldades que podría confirmaros,
y al igual que al rey Federico, lograrían apuraros,

pues es raza de ladrones que sólo piensa en robaros
y nunca os han de servir los que intentan engañaros
y al igual que a vuestros padres, querrían traicionaros.
Tantas faltas y delitos, Dios les hace pagar caros,
por lo que, de todos ellos, nunca debéis asustaros;
pero, de su parloteo, sí que debéis apartaros,
porque es falso, y en su engaño bien quisieran atraparos.
Al igual que de nosotros, de sardos podéis fiaros
que, si les sabéis guiar, ellos sabrán conservaros.
Poned hombres del Moncayo, que son sinceros y claros,
en Córcega, y os prometo, que bien han de resultaros.

XII

Quiero ahora terminar cuanto llevo razonado.
Porque es luz y claridad, al santo Dios he rogado,
manténgaos, señor infante, muy en alto y bien guardado,
y de condes y vizcondes, de barones y prelados,
y de los padres bernardos, iréis bien acompañado;
y que podáis mandar pronto, con gozo muy extremado,
buenas noticias al rey, vuestro padre, que apenado
ha de estar si no recibe vuestro mensaje esperado.
Y, damas y caballeros, que tanto habéis escuchado
este discurso, rogad que pronto nos sea dado
recibir buenas noticias, de amigos y de privados
y a cada cual de su casa, Dios le tenga consolado.
Por lo que, puestos en pie, a todos os he rogado

que recéis tres padrenuestros, con gesto muy humillado,
a la santa Trinidad —su nombre sea alabado—
y a la santísima Virgen, la que vivió sin pecado,
para que ruegue a su Hijo, y así nos sea otorgado
que el buen nombre de Aragón siempre se vea exaltado
y de písanos y otros no pueda ser engañado
y siempre victorioso, y con san Jorge a su lado,
el alto señor infante, vaya siempre acompañado.

Y es cierto que este sermón mandé yo al señor rey y al señor infante Don Alfonso, para que se acordasen de lo que era menester que hicieran. Y, aun cuando mi consejo no fuera bastante, por lo menos era buena hacerles recordar las cosas, pues un consejo atrae otro mejor, cuando cada uno habla en pro y en contra del mismo. Por la gracia de Dios, todo cuanto dije en este sermón se cumplió a excepción de dos cosas por lo que quedé muy disgustado y lo estoy todavía y lo estaré por mucho tiempo. La primera fue que las veinte galeras ligeras no se hicieron, por lo que el almirante y la hueste hubieron de sufrir gran escarnio y enojo por las galeras de los písanos y los genoveses, que no hubieran tenido que aguantar si contasen con veinte galeras ligeras. La segunda fue que el señor infante, con toda su caballería e infantería cuando hubo tomado tierra, no se dirigió directamente a Cáller, él por tierra y la armada por mar, como hizo la escuadra; que si todos a un tiempo, por mar y por tierra, hubiéranse apoderado al momento de Cáller, antes que de Viladesgleies, y todas las gentes hubiesen estado sanas y frescas, y hubieron contado con sus ropas, y sus tiendas, y sus víveres y vino y brebajes y conservas que cada uno traía en las galeras; y yendo a Viladesgleies no pudieron servirse de nada de ello, cosa que les causó grandes incomodidades. De manera que fueron solamente estas dos cosas, cosa que lamenté muchí-

simo; pero, de todos modos, por la gracia de Dios, todo acabó bien, aunque hubiese podido ir mejor.

273. Partida de la expedición

Ocurrió que cuando el señor rey y el señor infante hubieron recogido de sus reinos, condados y tierras cuanto les era necesario para el viaje, el señor rey, junto con los señores infantes, ordenaron que a un día fijo, todo el mundo, por mar y por tierra, fuera a Port Fangós. El día que estaba mandado, estuvo todo el mundo, e incluso antes, que era tanto el deseo que las gentes tenían de ir, que no hacía falta ir buscándolos por el país, sino que espontáneamente vinieron todos cuantos el señor rey y el señor infante habían ordenado que vinieran. Y no sólo vinieron estos, sino tres veces más, como pudo comprobarse al momento de embarcar que más de veinte mil hombres armados tuvieron que quedar en tierra, pues ni las naves, ni los leños, ni las taridas pudieron llevárselos.

De modo que, con la gracia de Dios, embarcaron todos; y el señor rey y mi señora la reina y todos los infantes estuvieron aquí, en Port Fangós; y el señor infante Don Alfonso se despidió del señor rey, su padre, y de mi señora la infanta, su esposa, y de mi señora la reina y los señores infantes. De este modo, en buena hora, el señor infante y mi señora la infanta, su esposa, embarcaron y todos los demás volvieron a sus asuntos.

Aquel día, tuvieron buen tiempo e izaron velas. Las veinte galeras de Mallorca y los leños, naves y taridas, que ya habían llegado a Port Fangós, izaron velas al mismo tiempo que dicho señor infante. Y el señor rey y mi señora la reina y todos se pasaron el día mirándoles surcar el mar, hasta que les perdieron

de vista y luego se fueron a la ciudad de Tortosa y, la demás gente, cada cual a su lugar.

El señor infante Don Alfonso tuvo buen tiempo y se acercó a la isla de San Pedro con toda la armada. Cuando estuvieron todos reunidos, fuéronse a Palma de Sols y allí salió a tierra toda la caballería y la almogavería. Compareció en seguida el juez de Arborea con todas sus fuerzas, que le recibió como señor, al igual que gran parte de los sardos de la isla y, además los de la ciudad de Sásser, que se le rindieron. Esto se hizo de acuerdo con el consejo del juez por acuerdo del cual se decidió que el señor infante fuese a sitiar la ciudad de Viladesgleies, y esto lo hizo el juez porque desde la ciudad de Viladesgleies hacían a sus tierras mucho más daño que desde Cáller ni de ningún otro lugar.

De modo que el señor infante puso sitio a Viladesgleies y mandó al almirante, con toda la armada, a sitiar el castillo de Cáller, con el vizconde de Rocaberti, que ya lo tenía sitiado, al que, con doscientos caballos armados y dos mil hombres de a pie, había mandado el señor infante desde Barcelona anteriormente con sus naves. De este modo se situaron delante de Cáller y de este modo les tenían ocupados, pues todos los días se apoderaban de hombres y de grandes partidas de terreno que era de regadío. Cuando llegó el almirante, podéis creer que, entre el vizconde y él, les procuraron la peor suerte, a pesar de que dentro había más de trescientos hombres de a caballo y más de diez mil de a pie. Ahora dejaré de hablaros del vizconde y del almirante, que se entendían muy bien en todo, como correspondía a quienes eran primos hermanos, y volveré a hablaros del señor infante.

274. Toma de Viladesgleies y creación del castillo de Bonaire

Cuando el señor infante tuvo sitiada Viladesgleies, les obligaba a combatir todos los días y les disparaba con trabucos. Les acosó de tal modo que les causaba grandes daños y tales desastres que no sabían qué hacerse. Pero, al mismo tiempo el señor infante y toda su hueste sufrieron tantas enfermedades que la mayor parte de su gente murió de enfermedad, y él mismo estuvo muy enfermo y seguramente llegara al extremo de morir si no fuera por los grandes cuidados que le prestó mi señora la infanta, pues a ella y a Dios debemos agradecer que conservara la vida. Y por más que el señor infante estuviera enfermo, jamás quiso apartarse del sitio, sino que, con la fiebre encima, se armaba y salía a combatir. De modo que gracias a su gran esfuerzo y buena caballería que realizó en la villa, la obligó a que se le rindiera, de manera que el señor infante y mi señora la infanta y toda la hueste entraron dentro de la ciudad de Viladesgleies y establecieron muy bien, allí, a nuestra gente y quedaron allí aquellos que el señor infante juzgó conveniente que se quedaran. De modo que dejó un capitán allí, y otro en la ciudad de Sásser.

Vínose luego a Cáller, y edificó delante del castillo de Cáller un castillo y una villa, y dio al castillo el nombre de Bonaire. Y tuvo tan fuertemente sitiado Cáller, que ni un hombre pudo salir, con lo que pudo comprobarse que si primero hubiese venido lo hubiese conquistado antes que no lo hizo con Viladesgleies.

¿Qué os diré? Que los de Cáller aguantaron esperando el socorro que tenía que llegarles de Pisa; y el socorro llegó a los pocos días de haber llegado el infante a Cáller.

275. Gran desastre que sufrieron los písanos

El socorro fue así: el conde Ner[67] vino como jefe y se trajo más de mil doscientos hombres de a caballo, entre los cuales había ochocientos tudescos, que son tenidos por los mejores caballeros del mundo, y el resto eran pisanos; se trajo también más de seis mil hombres de a pie, a los cuales se habían mezclado los malvados sardos, que eran de la región de Caboterra, y sirvientes toscanos y marquesanos con lanzas largas, que cada uno vale por un caballero; y treinta y seis galeras, entre de písanos y de genoveses, y muchas tandas y leños que traían caballeros y caballos. Viniéronse a Caboterra, y allí desembarcaron la caballería, y todos los peones y cuatrocientos ballesteros que había. Cuando los hubieron desembarcado, todas las naves se fueron a la isla de Rossa, donde hay un buen puerto. Las taridas eran todas encastilladas y se pusieron al lado izquierdo dispuestas para la defensa.

Cuando esto estuvo hecho, las galeras vinieron hacia el castillo de Cáller, y el señor infante hizo armar treinta galeras solamente; y él en persona montó en las galeras y salió fuera para combatir con los pisanos y genoveses. Y aquéllos fueron tan corteses que ni siquiera quisieron esperarles, sino que se fueron como lo hiciera un caballero delante de un peón; de modo que todo el día estuvieron haciendo esto: que en cuanto el señor infante hacía bogar, ellos huían y luego volvían cuando les parecía. Hasta que el señor infante comprendió que no podía hacerles nada, y salió de las galeras y ordenó que se guardaran bien cada uno de los sitios, pues dentro del castillo había más de quinientos hombres de a caballo y más de doscientos que habían entrado de los que habían salido de Viladesgleies, según

el pacto que se había hecho, permitiéndoles salir si le rendían Viladesgleies. De modo que la fuerza de adentro era importante, por lo que el señor infante pensó que de ningún modo podía permitir que los recién llegados se juntaran con los de adentro, y por esto estableció el sitio de manera que si los de adentro intentaban salir para ayudar a los de afuera, los del sitio les pudiesen combatir.

Mientras el señor infante ordenaba todo esto, las galeras de los genoveses y de los pisanos venían hacia las galeras del señor infante. El almirante desarmó todas sus galeras, excepto veinte, en las que subió, suponiendo que le esperaban para dar la batalla. Pero aquéllos no lo quisieron hacer, de modo que el almirante les mandó un mensaje diciéndoles que si querían combatir con él saldría a su encuentro con quince galeras; pero tampoco quisieron hacerlo. Entonces el señor infante y el almirante comprendieron que les hacían falta las veinte galeras que yo, en mi sermón, había dicho que tuvieran, y por cierto que, si las hubiesen tenido, no se hubiesen atrevido a haber venido las cuarenta galeras de pisanos y genoveses, pues mientras aquellas veinte se lo impedirían, las otras les atacarían por la espalda con lo que podéis comprender la falta que les hacían.

Ahora dejaré de hablar de las galeras y volveré a hablaros del señor infante y de sus enemigos.

Cuando el señor infante hubo ordenado, con el almirante, los asuntos de la mar y de todo el sitio, y hubo ordenado que el almirante fuese el capitán de todo dispuso quiénes eran los que tenían que ir con él; y no quiso llevar consigo más de cuatrocientos caballos armados y cincuenta caballos alforrados, y hasta dos mil hombres de a pie entre almogávares y sirvientes de mesnada. Cuando llegó la mañana y salió el sol, pensó en salir con la caballería y los hombres de a pie al encuentro del conde Ner, de modo que se situó entre él y el castillo, allí donde el conde Ner tenía que venir, dispuesto para la batalla. Estando

así, vieron venir al conde Ner dispuesto en escuadra y ordenadas sus batallas y toda la gente, que era tanta como nunca tanta viniera en orden de batalla. El señor infante, que les vio, ordenó igualmente su batalla; dio la vanguardia a un hombre noble de Cataluña llamado Don Guillermo de Anglesola, y a él con su bandera, con toda la caballería muy compacta y la infantería del lado que vio que los enemigos tenían la suya.

¿Qué os diré? Las huestes se aproximaron, y el conde Ner, por consejo de un valiente caballero que se llamaba Orrigo y era tudesco y había escapado del sitio de Viladesgleies, y al que conocía el señor infante, ordenó que doce caballeros fuesen en compañía de dicho Orrigo tudesco, que no se preocuparan de otra cosa que de la persona del señor infante. Del mismo modo fue ordenado por el señor infante, que diez hombres de a pie no se apartaran de su estribo y que caballeros expertos guardasen su persona y su bandera, pues el señor infante no se separaba de su bandera.

¿Qué os diré? Cuando las dos huestes se hubieron acercado una de otra, cada uno embistió con mucha fuerza, de modo que jamás habéis visto batalla tan cruel ni en la que cada uno atacara con tanto vigor al otro como ocurrió en ésta. Tan fuertemente se embistieron los tudescos y nuestra caballería, que los doce caballeros que iban con Orrigo el tudesco llegaron hasta donde se encontraba el infante. El señor infante, que vio que aquéllos venían expresamente contra él, atacó el primero con la lanza, dándole tal golpe que lo traspasó hasta el otro lado y lo dejó muerto en tierra, luego echó mano a la maza y se corrió contra otro y diole de tal modo sobre el yelmo que llevaba que le hizo volar los sesos. ¿Qué os diré? Que, con la maza, dejó a cuatro muertos en tierra, y cuando la maza se rompió y echó mano a la espada, con la espada en la mano se abrió tal plaza que nada se le podía poner por delante. Cuando los siete caballeros, de los doce, vieron que cinco habían muerto en ma-

nos del señor infante y vieron las maravillas que estaba haciendo, acordaron herir todos al caballo del señor infante y así echarle por el suelo. Así lo hicieron, pues los siete atacaron a la vez y le mataron el caballo, y el señor infante, con el caballo, rodó por el suelo, y en aquel mismo momento mataron el caballo a su abanderado y la bandera cavó en tierra. Cuando el señor infante cayó al suelo, la espada le voló de la mano al caer, de cuya espada tenía sólo la mitad, pues la otra mitad ya había volado hecha pedazos. Dándose cuenta de la situación en que se encontraba, se deshizo de la silla y del caballo, que le había caído encima, del que pudo librarse por lo muy fuerte que era, y con el mejor ánimo que pueda tener en un hecho de armas caballero alguno que en el mundo haya, sacó el bordón que llevaba en el cinto, y viendo la bandera en el suelo, con el bordón en la mano levantó su bandera y la alzó, teniéndola abrazada. Con esto un caballero suyo llamado Don Berenguer de Boixadors se apeó de su caballo y cogió la bandera, entregando el caballo al señor infante, que montó rápido, mandando que cogiera la bandera un caballero. Cuando hubo alzado la bandera, se encontró con siete caballeros delante, y reconoció a Orrigo el tudesco, y con el pomo del bordón en el pecho, arremetió contra él, y diole tal golpe entre los pechos, que se lo pasó al otro lado, y cayó muerto en tierra, de manera que ya no le hizo falta volver a Alemania para contar las noticias de esta batalla.

¿Qué os diré? Que cuando sus compañeros vieron muerto a dicho Orrigo, quisieron huir; mas entre el señor infante y aquellos que con él estaban hicieron de manera que los doce quedasen en el campo, de cuyos doce, ocho murieron de mano del señor infante. Cuando éstos estuvieron muerto, el señor infante, con su bandera, cabalgó al frente; y entonces vierais hechos de armas que nunca como en esta jornada se pudieron ver, a pesar de ser tan poca gente. En esta embestida el señor infante se encontró con el conde Ner y le hirió con una lanza

que había cogido a uno de sus sirvientes, de manera que, por el primer cuarto del escudo, lo echó en el suelo. Aquí hubo un gran hecho de armas porque, a la fuerza, los tudescos y los písanos montaron a caballo al conde Ner, que iba con diez heridas; y cuando se vio a caballo, mientras el revuelo era mayor, él se salió de la batalla, y junto con diez hombres de a caballo huyó hacia el castillo de Cáller; y encontró a la caballería del castillo de Cáller, que eran más de quinientos, que estaban fuera esperando ver qué ocurría, pues no se atrevían a ir a la batalla, pues, si lo hacían, el almirante podría atacarles por la espalda. Y es que el almirante no se separaba del sitio, de modo que cada cual atendía en su puesto. Cuando los de Cáller vieron llegar al conde Ner, dieron por perdida la batalla ¿Qué os diré? La lucha fue tan fuerte que, de una vez, los tudescos y los písanos que habían quedado lograron apoderarse de un cerro, y el señor infante, con los suyos, hizo lo mismo, de manera que parecía que se tratara de un torneo de solaz, en los que los unos aguardasen a los otros.

Ahora os hablaré de los hombres de a pie.

Cuando los almogávares y sirvientes de mesnada vieron comenzar la batalla a los caballeros, unos doscientos rompieron las lanzas por la mitad y metiéronse entre los caballos para destriparlos; los otros atacaron a su infantería, con tal dureza que, con los dardos, cada cual echó a uno por tierra y luego lanzáronse sobre ellos en tal forma que en pocas horas todos estaban derrotados o muertos; solamente en el estanque se ahogaron por encima de dos mil, y los otros murieron todos, pues los que huían o se escondían entre los matorrales para introducirse en la isla, si los sardos los encontraban, no dejaban uno con vida; de modo que todos murieron.

Cuando el señor infante y los suyos se sintieron un poco más tranquilos, lanzáronse todos, en pelotón, contra los enemigos. Aquéllos hicieron lo mismo, aparte de unos ochenta

hombres de a caballo del conde Ner, que, cuando no le encontraron en tanto que la batalla era muy fuerte y dura, se volvieron a Cáller. Los demás siguieron combatiéndose, de modo que si la batalla fue dura en el primer asalto, más fuerte fue ahora entre tan poca gente. El señor infante resultó herido con un bordón en la cara; y cuando vio que le corría la sangre por el rostro y el pecho, se enardeció con el peor genio, y no hace falta que os diga que se lanzó como un león contra quienes le habían hecho daño, como él se lo hacía a ellos. ¿Qué os diré? Que con el bordón soltaba tales estocadas que ay de aquel que alcanzaba, pues con un golpe tenía bastante. ¿Qué os diré? Iba de acá para allá por el campo y nada resistía ante él; y tanto hizo, junto con los suyos, en poco rato, pues todos batallaban muy bien, ricoshombres, caballeros y ciudadanos, que aquéllos fueron todos vencidos y muertos, pues sólo escaparon los que se metieron en Cáller y otros que huyeron hacia su armada, más de doscientos; y ni aquellos mismos hubiesen escapado si no fuera por la preocupación que sentía el infante por lo que respeta al sitio.

Entonces, el señor infante y los suyos levantaron el campo y con gran alegría y ganancia se juntaron con la hueste. La escuadra de los písanos volvióse con gran pena y decidieron huir, y se fueron a Pisa con sus malas noticias. El señor infante mandó a Cataluña al señor rey, su padre, un leño armado y le hizo saber cómo se habían desarrollado los hechos; y requirióle para que le mandase veinte galeras ligeras para evitar el gran escarnio que recibía de los písanos y genoveses.

Cuando el señor infante estuvo de vuelta al sitio, no hace falta que os diga cómo apretó Cáller, pues todos los sardos que había en la isla y que no se habían rendido se entregaron a él; y el juez de Arborea compareció con todo su poder al segundo día que duraba la batalla y tuvo gran placer y gozo al ver la victoria que Dios había concedido al señor infante; pero le dis-

gustó mucho que él y los suyos no hubiesen estado. Seguro que no fue por su culpa, pues cuando el señor infante entró en Viladesgleies, él había estado siempre en el sitio con todas sus fuerzas; y cuando el señor infante hubo tomado Viladesgleies, él se fue con su licencia y se volvió a su tierra para visitar los lugares; y en cuanto lo hubo hecho, reunió sus gentes y se vino a Cáller con todo su poder, así que, como veis, sólo se equivocó de dos días para poder tomar parte en la batalla.

Pero en cuanto estuvo con la hueste con todo su poder, entre el señor infante y él y el almirante y los otros prohombres, estrecharon tan fuertemente Cáller que metieron la muerte dentro de ella.

Ocurrió un día que, los de adentro, tuvieron que enterrar al conde Ner, que murió de las heridas recibidas, como gran parte de los que huyendo de la batalla habían entrado dentro. Pocos había que no trajeran señales reales en sus espaldas y hay que pensar que las señales reales consistían en buenas lanzadas y buenas estocadas que los del señor infante les habían hecho, pues con tales señales reales huyeron el conde Ner y los demás que de la batalla escaparon.

276. Intentos de los písanos y proposición de paz

Cuando los de Cáller vieron la muerte del conde Ner y vieron el desastre en que se encontraban, un día, al mediodía, cuando hacía más calor y los de la hueste del castillo de Bonaire dormían y comían y lo mismo el señor infante y los demás, armaron sus caballos y preparáronse los de a caballo o de a pie, y salieron sin que los del sitio se diesen cuenta de nada. Los

primeros que les vieron fueron unos pescadores catalanes que, al verles descender del castillo de Cáller, empezaron a gritar:

—¡Vía fuera! ¡A las armas! ¡A las armas! De modo que el señor infante, que lo oyó y que dormía con los espaldares puestos[68] se abrochó el yelmo de hierro y se puso el escudo al cuello y, como mandaba siempre que le tuvieran ensillados dos caballos, montó en uno de ellos y el primero que llegó a la puerta del asedio fue él, y enseguida con él acudieron más de dos mil sirvientes, ya almogávares, ya sirvientes de mesnada, ya hombres de mar; y asimismo acudieron caballeros, unos armados y otros sin armar. Hay que tener en cuenta que los catalanes y aragoneses tienen esta ventaja sobre los demás hombres, y es que los hombres de a caballo, siempre que están hostigando, van con los espaldares vestidos y con la capucha debajo del casco y tienen los caballos ensillados; y en cuanto oyen ruido no se ocupan de otra cosa, sino que cogen el escudo y el yelmo de hierro y montan en su caballo y se consideran tan bien armados como puedan estarlo otros caballeros con lóriga y coraza. Los hombres de a pie tienen cada uno su dardo y su lanza a la puerta de su albergue o de su tienda, y en cuanto tienen su dardo y su lanza ya se consideran armados con todas sus armas.

De modo que, en cuanto oyeron el ruido, enseguida se lanzaron contra sus enemigos, de modo que, dicho y hecho, fue una misma cosa. Los de Cáller se figuraban que tardarían en armarse tanto como ellos, por lo que se encontraron engañados cuando el señor infante y su caballería les salieron al encuentro tan rápidamente, de manera que antes de que llegaran ya estaban saliendo por las puertas del castillo de Bonaire, donde ellos pensaban entrar. De modo que el señor infante cayó sobre ellos tan esforzadamente que los de Cáller tuvieron que darse la vuelta. ¿Para qué daros mayores detalles? El señor infante, con el almirante, que es uno de los mejores caballeros del mundo, junto con los demás, se pusieron a descabalgar caballeros y a

heridos con las lanzas, y cuando hubieron roto las lanzas, con las mazas en la mano vierais asestar los golpes más desesperados del mundo. De los peones no hace falta hablar, pues no hacían otra cosa que alancear a los hombres de a caballo y de a pie. Tanto hicieron que más de setecientos hombres de a caballo que habían salido no escaparon, y más de tres mil de a pie y más de doscientos de los otros, todos fueron muertos; y de los de a caballo y de a pie del señor infante no murieron más de veinte. De modo que si hubiesen tenido mayor campo (que no estuviera tan próximo el castillo de Cáller), no hubiera escapado ni uno de ellos. De manera que esta jornada fue tan buena como la de la batalla, para la destrucción de los del castillo de Cáller; y para que comprendáis cuán gustosamente se lanzaban los del señor infante, baste deciros que Don Gilaberto de Centelles y otros entraron mezclados con los enemigos en Cáller, hiriendo y acuchillando sin preocuparse de otra cosa que seguir arremetiendo contra ellos. Y por esto los pisanos hicieron con ellos una gran maldad, pues después que les hubieron aprisionado dentro, los mataron. Tales maldades tienen por costumbre hacerlas como todos los hombres del común, cosa que desagrada a Dios y siente lástima por ellos.

Cuando el señor infante hubo metido a los que escaparon dentro del castillo de Cáller, se volvió alegre y satisfecho al sitio. Los de adentro quedaron con gran dolor, y enseguida mandaron un mensaje a Pisa haciéndoles saber lo que había ocurrido y pidiendo que les socorrieran, pues, de ahora en adelante, no veían manera de poder defenderse de las tropas del señor infante. Cuando los de Pisa tuvieron noticia de estas novedades, se vieron tan apurados que consideraron que estaban perdidos si, de un modo o de otro, no hacían las paces con el señor rey de Aragón y con el señor infante. Y tuvieron un consejo, en el que todos se pusieron de acuerdo y escogieron men-

sajeros, a los que otorgaron todo el poder necesario para tratar de esta paz.

Ahora dejaré de hablaros de ellos y volveré a hablar del señor rey de Aragón.

277. Se manda construir las veinte galeras ligeras

En cuanto el señor rey de Aragón recibió las noticias que el señor infante le remitió sobre la batalla que había ganado, mandó buscar entre Barcelona y Valencia veinte galeras ligeras.

Buscadas dichas veinte galeras, mandó repararlas en el acto y mandó abrir tabla en Barcelona para ocho galeras, en Tarragona para dos, en Tortosa para otras dos y en Valencia para otras ocho.

En cuanto a las ocho de Valencia, recibimos el encargo de armarlas el honorable Don Jaime Escrivá y yo; y así se cumplió, pues dentro de pocos días dichas ocho galeras de Valencia estuvieron armadas y fueron a Barcelona. Cuando estuvieron en Barcelona, todas las demás se prepararon, y ordenó el señor rey que fuese capitán de ellas el honorable Don Pedro de Bellloc, caballero bueno y experto que habitaba en el Valles. Dichas veinte galeras salieron de Barcelona, y a los pocos días estuvieron en Cáller; y cuando el señor infante las vio, tuvo una gran alegría, y los de dentro de Cáller se tuvieron por perdidos, pues bien comprendieron que, de ahora en adelante, no les quedaba esperanza de ayuda por parte de las galeras de Pisa ni de Génova, pues aquéllas las arrojarían de todo el mundo.

Sobre esto, llegó el mensajero de Pisa, que trató con micer Barnabó Doria, para hacer las paces entre la ciudad de Pisa y el señor infante Don Alfonso.

278. Paz con Pisa y dominio catalán en Cerdeña

¿Qué os diré? Muchas formas de paz se trataron, pero el señor infante jamás quiso consentir que se hiciera la paz entre ellos si no se le rendía el castillo de Cáller. Por fin la paz se hizo de este modo: que la ciudad de Pisa tuviese el castillo de Cáller por el señor rey de Aragón, siendo la ciudad de Pisa su vasallo, debiendo restituir, de grado o a la fuerza, la plena potestad en cualquier momento que así lo demandara el señor rey de Aragón y el señor infante o cualquiera de sus procuradores e igualmente todos aquellos que les sucedieran; además, que la ciudad de Pisa renunciaba a todos los derechos que pudiese tener sobre la isla de Cerdeña o en cualquier lugar de la isla; por otra parte, que al castillo de Cáller no le quedase adscrito término alguno, sino únicamente la huerta que tenía a sus pies partida, o sea que la otra mitad pertenecía al castillo de Bonaire; además, que los písanos debían defender al rey de Aragón y los suyos contra los hombres que vinieran a causarles daño en la isla de Cerdeña; y el señor infante prometióles que, al igual que los demás mercaderes, pudiesen comerciar en toda la isla de Cerdeña y por todas las otras tierras del señor rey de Aragón, igual que lo hicieran otras personas extranjeras y que pagasen los mismos derechos que los mercaderes catalanes pagan en Pisa.

Cuando todo esto estuvo firmado y jurado por cada una de las partes, la bandera del señor rey de Aragón, con cien caballeros del señor infante, entró en el castillo de Cáller y fue colocada en la más alta torre del castillo de Cáller. Y de este modo la paz fue publicada y firmada, y las puertas de Cáller quedaron abiertas y todo el mundo pudo entrar; y los písanos y los pulie-

ses[69] hicieron lo mismo en la hueste y en el castillo de Bonaire; y cuando todo esto estuvo hecho, el señor infante mandó a Don Berenguer Boixadors a Pisa con los mensajeros de Pisa para que la ciudad aprobase y otorgase cuanto se había hecho, y así, en efecto, lo aprobó y otorgó la ciudad.

Cuando los de Córcega supieron esto, los de Bonifacio y otros lugares de Córcega vinieron ante el señor infante y le rindieron homenaje, y de este modo el señor infante fue señor de toda Cerdeña y de toda Córcega; que si bien lo consideráis, mayor honor tuvo él con que fuese su terrateniente el común de Pisa y que los písanos fuesen sus vasallos, que si hubiese tenido el castillo de Cáller. Por otra parte, el castillo de Bonaire se pobló de tal manera que antes de que hubiesen pasado cinco meses estaba amurallado y lleno de casas, en las que vivían, nada más que de catalanes, más de mil hombres de armas, de manera que de ahora en adelante el castillo de Bonaire estaría siempre por encima del castillo de Cáller en el caso de que los písanos pretendieran insubordinarse.

279. Regreso del infante Don Alfonso

Cuando todo esto quedó hecho, el señor infante, por consejo del juez de Arborea, dejó establecidos los lugares y las villas y dejó como procurador general al noble Don Felipe de Saluça, para que, con el consejo del juez, despachara los asuntos. Dejó de capitán del castillo de Bonaire y de toda aquella región al noble Don Berenguer Carrós, hijo del almirante; y capitán de Sásser a Sentmenat, y después hizo lo mismo con los demás puestos. Dejó como tesoreros de la isla al honorable Don Pedro de Libiá, caballero, y a Don Arnaldo de Caçá, ciudadano de Mallorca. Y cuando hubo ordenado todas las tierras y luga-

res, tanto de la isla de Cerdeña como de la de Córcega, dejó al noble Don Felipe de Saluça hasta trescientos hombres de a caballo de gente nuestra, con paga, y más de mil de a pie, quedando todos a sueldo del señor rey.

Hecho esto, se despidió del juez y del noble Don Felipe de Saluça y del noble Don Berenguer Carrós y de todos los demás y embarcó con mi señora la infanta y con toda la hueste, y toda la armada volvióse a Cataluña, sano y alegre y con gran honor.

Tomó tierra en Barcelona, donde encontró al señor rey y a mi señora la reina, y al señor infante Don Juan, arzobispo de Toledo, su hermano, y al señor infante Don Pedro, y al señor infante Don Ramón Berenguer, y al señor infante Don Felipe, hijo del señor rey de Mallorca, y a todos los caudillos de Cataluña, que se habían reunido para ordenar los socorros que transmitían al señor infante en Cerdeña. Y cuando el señor infante y mi señora la infanta hubieron tomado tierra en la costa, fueron el señor rey, y todos los infantes y mi señora la reina, y les recibieron con gran honor.

¿Qué os diré? La fiesta fue muy grande en Barcelona y por toda Cataluña y Aragón y en los reinos de Valencia, de Murcia y de Mallorca, y en el Rosellón, y todas las gentes lo celebraron en gran manera. En esta ocasión el señor rey y el señor infante concedieron grandes dones y gracias a todos los que habían venido con el señor infante, y cada uno de ellos, alegre y satisfecho, se volvió con sus amigos.

280. Muerte del rey Sancho. Jaime III, rey de Mallorca

No transcurrió mucho tiempo y el señor rey de Mallorca enfermó, y a causa del calor se había establecido en un lugar que

mucho le placía y que tiene por nombre Formigueras, y allí fue a morir.

Fue una gran desgracia, pues jamás nació señor con mayor sinceridad y rectitud que la que él tenía; y bien puede decirse de él lo que sería difícil decir de ningún otro: que nunca jamás estuvo en pecado mortal; y ésta es la pura verdad.

Hizo su testamento y dejó el reino y toda su tierra y todo su tesoro a su sobrino el señor infante Don Jaime, hijo que fue del señor infante Don Fernando; y si dicho infante moría sin hijo varón de legítimo matrimonio, que volviera al otro hijo que el señor infante Don Fernando tuvo con la otra esposa que tomó una vez que hubo conquistado Clarenza; pues se hizo traer a la sobrina del rey de Chipre y la tomó por esposa, la cual era, y es todavía, una de las más buenas y hermosas mujeres del mundo y de las más inteligentes, y la desposó, al igual que a la primera, cuando era niña y doncella, que no debía tener más de quince años. La verdad es que no vivió él con ella más allá de un año, pero dentro de este año nació este hijo, que su señora madre guarda en Chipre, pues cuando el señor infante Don Fernando dejó esta vida, ella se volvió a Chipre con dos galeras armadas. De este modo el señor rey de Mallorca vinculó el reino a aquel infante, si este señor infante Don Jaime moría, cosa que no quiera Dios, antes le dé vida y honor en el que pueda seguir viviendo, como corresponde a quien es la más sabia de las criaturas, dentro de su edad, que haya nacido desde hace más de quinientos años. Vinculó, además, dicho señor rey Don Sancho, por si los dos morían sin dejar hijo varón fruto de matrimonio legítimo, toda la tierra y todo su reino, para que volviera en este caso, al señor rey de Aragón.

Cuando hubo muerto, de Formigueras lo trajeron a Perpiñán, a la iglesia mayor, llamada de San Juan; y aquí le fue hecho muy honrosa sepultura, como correspondía a un señor tal, como era.

Tan luego como se realizó el entierro, pusieron a dicho señor infante en el solio real, y a partir de aquel día tomó su título, que era el de rey de Mallorca, y conde de Rosellón y de Confleent y de Cerdeña y señor de Montpellier, por lo que, de ahora en adelante, cuando hablemos de él, le nombraremos como el señor rey Don Jaime de Mallorca, a quien dé Dios vida y salud para su servicio y para que lo preste a sus pueblos, amén.

Ahora dejaré de hablaros de él y volveré a hablaros del señor rey de Sicilia.

281. La situación entre Sicilia y Nápoles

Es el caso que el señor rey de Sicilia tenía en Calabria la ciudad de Reggio y el castillo de Santa Ágata, y el castillo de Calana y el castillo de la Mota, y la Gatuna y otros lugares.

En las paces que el señor rey de Aragón trató e hizo entre el señor rey de Sicilia y el rey Roberto, fue ordenado que respecto a aquella ciudad y demás lugares se cumpliera lo que el rey de Aragón dispusiera, de modo que dichos castillos y la ciudad de Reggio quedaron en manos del señor rey de Aragón, quien mandó caballeros suyos, que los rigieron en su nombre. Al cabo de poco tiempo dictó sentencia y dispuso que la ciudad de Reggio y los castillos y lugares que el señor rey de Sicilia tenía en Calabria fuesen entregados al santo padre, quien los tendría en secuestro en forma tal que si alguna vez el rey Roberto se alzaba contra el rey de Sicilia él estuviese obligado a devolver aquellos castillos y ciudades al señor rey de Sicilia, para que pudiera apoyarse en ellos. Y se hicieron, además, otros convenios, que a mí no me hace falta relatar.

En cuanto esto estuvo hecho, no pasó mucho tiempo desde que el padre santo tenía los castillos, que, de buena fe y como buen señor, el padre santo pensó sin creer que esto pudiera causar daño a ninguna de las partes, mandó entregar la ciudad de Reggio y los demás lugares al rey Roberto.

Cuando el rey Roberto logró dichos lugares, se sintió muy satisfecho, y el señor rey de Sicilia, cuando lo supo, quedó muy disgustado, pero tuvo que sufrirlo mayormente porque estaban en paz entre ellos.

282. Nueva guerra de Sicilia

En esta paz se mantuvieron, desde que el rey Roberto tuvo en su poder los lugares indicados, durante más de diez años, pero como el diablo sólo piensa en hacer mal, surgió la guerra entre estos dos señores.

¿De quién fue la culpa? No me corresponde culpar a ninguno, pues de tales señores sólo se debe hablar diciendo de ellos todo el bien que uno sepa, de modo que yo no quiero decir, ni digo, cuál de los dos obró mal. Lo cierto es que volvió la guerra, y que las galeras del rey Roberto rompieron las almadrabas de Sicilia y apresaron barcas y leños con mercancías que pertenecían a Sicilia; y luego los de Sicilia hicieron lo mismo con los del rey Roberto. El señor rey de Sicilia mandó a Calabria a Don Blasco de Alagó y a Don Bernardo Senesterra y otros ricoshombres y caballeros, que corrieron mucho por Calabria, tomaron a la fuerza Terranova y la saquearon, y otros lugares, y después se volvieron a Sicilia alegres y satisfechos y con grandes ganancias.

Cuando esto estuvo hecho, el rey Roberto hizo grandes preparativos para pasar a Sicilia; y el rey de Sicilia, cuando lo supo, preparóse para defenderse y fortificó bien las ciudades de Mesina, Palermo y Trápani, y todos los demás lugares de la costa. Igualmente ordenó que todos cuantos vivían en los caseríos tierra adentro se refugiaran en las ciudades y en los castillos, que eran fuertes y estaban bien guardados, de modo que dejó toda la isla bien preparada para defenderse.

Ordenó el señor rey que toda la caballería, compuesta de catalanes, aragoneses y sicilianos, no se separase de los ricoshombres y caballeros expertos, e igualmente ordenó a otros que no se separasen del señor infante Don Pedro, su hijo, y que cada

uno de ellos estuviese dispuesto para acudir y ayudar donde fuese necesario. También ordenó a Don Simón de Vallgornera, caballero de Peralada que le ha servido durante largo tiempo, que con cien hombres a de caballo, catalanes y aragoneses, y doscientos almogávares fuese recorriendo toda la isla, y que acudiese a cualquier lugar donde aparecieran las fuerzas del rey Roberto.

Cuando todo esto estuvo ordenado, al cabo de poco tiempo el rey Roberto mandó a su hijo el duque, con su poder, como jefe y mayor de Sicilia, y tomaron tierra delante de la ciudad de Palermo, en el Puente del Almirante, y vinieron con ciento veinticinco galeras armadas y seis grandes naves, y muchas taridas, y muchos leños y barcas. En poco tiempo hubo allí tres mil caballeros armados y un sinfín de gente de a pie.

A los cuatro días de estar allí destruyéndolo todo se acercaron a la ciudad; y esto ocurrió en el mes de junio del año mil trescientos veinticinco. Dentro estaban el conde de Claramunt y Don Blasco de Alagó y otros ricoshombres y caballeros, y Don Simón de Vallgornera, que en cuanto vio que la flota tomaba tierra en Palermo se guarneció dentro con los cien hombres de a caballo y los doscientos almogávares que iban con él. Y si alguna vez habéis visto una ciudad bien ordenada para defenderse, así fue Palermo, pues los del interior ordenaron que no apareciera hombre alguno en las murallas cuando aquéllos levantarían las escalas y grúas y demás artefactos que habían preparado para combatir, sino que cuando las escalas estarían izadas y los demás artefactos y los hombres encima, a la vez tocasen las trompetas y nácaras por los muros y todo el mundo, con cantos y ballestas de torno y de palanca, y con pez y alquitrán derretido, de tal forma que al cuarto día de haber tomado tierra y con fuego, arremetieran contra ellos. Así se cumplió; se acercaron a la muralla y levantaron sus escalas y artefactos, y cuando los hombres estuvieron en lo alto, tal como antes ha-

béis oído que se había ordenado, los de la ciudad se echaron a correr sobre ellos de tal manera que aquel día murió el almirante de veinticinco galeras armadas que había de la ciudad de Génova, y murieron con él más de mil genoveses, e igualmente de otras gentes murieron más de dos mil personas, que fue tal la lección que recibieron que se han de acordar para siempre.

Tras esta mala jornada, estuvieron tres días sin acercarse a la ciudad, y al cuarto día vinieron, preparados para dar la batalla; pero si el primer día tuvieron una mala jornada, peor fue ésta, en la que igualmente perdieron mucha gente.

Cuando el duque vio que no podía hacer nada en Palermo, partióse disgustado y fuese por mar y por tierra a Marsara. Pero antes de que él llegase, micer Simón de Vallgornera ya había entrado con su compañía, e inmediatamente salió a torneo. ¿Qué os diré? Que igualmente intentaron combatir Marsara, e igualmente recibieron mucho daño. Quitáronse de allí y se fueron a Matzara; pero igualmente, antes de su llegada, ya estaba allí micer Simón de Vallgornera, y recibieron igualmente mucho daño. Después, partiendo de Matzara, fueron a Xaca, y del mismo modo micer Simón y su compañía ya habían entrado antes de que llegaran, y del mismo modo recibieron gran daño. ¿Qué os diré? Partiendo de Xaca, se fueron a Calatabellota y a la Crestina, y luego a Gergent, y luego a la Licata, y a Naro, y a Terranova, y al Carsellat, y a Xicle, y a Módica, y a Siracusa, y a Not, y a Barsi, y a la Feria, y a Palasol, y a la Baixona y a Avola, y a Agosta, a Lenti, a Catania[*]. Y en cada uno de estos lugares llegó antes micer Simón de Vallgornera con su compañía, que causaba grandes pérdidas a la hueste ayudando a la defensa de los lugares, pues andaba tan cerca de las tropas que ningún hombres podía separarse de ellas para ir por hierba o por otras cosas sin que fuera muerto o hecho prisionero. De manera que tuvo que abandonar Catania e irse a embarcar en su flota en tierras de Máscara; y partiendo de allí, tomó tierra en Cobo-

grós, que está cerca de Mesina, a unas quince millas; y de allí fuese a un monasterio que se llama Rocamodore, a una legua de Mesina. Aquí estuvo algunos días antes de acercarse a la ciudad de Mesina, y reconoció la compañía, y encontró que en hechos de armas o a causa de enfermedades había perdido la mitad de su gente. Supo igualmente que el señor rey de Sicilia, su tío, estaba en la llanura de Millás preparándose para venir a combatirle, y pensó que el señor rey vendría con gente fresca y sana para echársele encima, y que todos eran de un mismo ánimo y de una sola voluntad, y él en cambio contaba sólo con gente muy cansada que había sufrido muchos tropiezos y que pertenecían a distintas naciones y países, y por tanto, de diferentes voluntades, por lo que la batalla no le resultaba conveniente. De manera que decidió embarcar y pasar a Calabria y a la ciudad de Reggio, donde llegó muy disgustado. Y tenía razón de estarlo, pues en toda Sicilia no había podido tomar ni un castillo, ni un caserío, ni una villa, y pensó en el gran daño que había recibido.

Con esto, señores que este libro escucháis, pensad en el gran tesoro y las gentes que en este pasaje se consumió, y qué fruto proporcionó a los cristianos. Por lo que, si a Dios pluguiera, mejor habría sido que se gastara por sus regidores en honor de la santa fe católica contra Granada, que no allí donde se ha gastado y consumido. Y podéis creer que el mismo fin tendrán los que de ahora en adelante vayan con el ánimo de quitarle la isla al señor rey de Sicilia y a los suyos, que reconocen a la santa romana Iglesia lo que le debe ser reconocido.

Ahora dejaré de hablar de estos asuntos de Sicilia y volveré a hablar del gran engaño y la gran maldad con que se portan las ciudades. Ya antes os conté parte de ello; pero si poner quisiera por escrito sus maldades, no le alcanzaría para escribirlas todo cuanto papel se hace en la villa de Játiva. Pero aun cuando las maldades de las comunas son manifiestas en todo el mundo, sí

que quiero contaros ahora lo que los genoveses han hecho al rey de Sicilia, e igualmente la maldad que han hecho al rey de Aragón, y lo mismo digo de la maldad de la ciudad de Pisa. Por esto ha de ser de gran sabiduría para todos los reyes del mundo guardarse y no fiar en nada de cuanto digan los hombres de las comunas, pues si lo hacen, siempre resultarán engañados.

283. Actitud de los genoveses en las guerras de Sicilia y Cerdeña

La verdad es que el señor rey de Sicilia, como corresponde a quien pertenece totalmente a la parte gibelina, ha ayudado a la casa Doria y de Spíndola, y a las otras grandes casas que salieron de Genova y se fueron a Savona, y esto en moneda y en caballería, y en galeras, y en víveres. De modo que Dios y él les han sostenido en la ciudad de Savona contra la parte güelfa que había quedado en la ciudad de Genova; de modo que es cosa cierta que Dios y la ayuda del señor rey de Sicilia les han mantenido.

Cuando el duque, hijo del rey Roberto, pasó a Sicilia, los antedichos de Savona prometieron ayuda de galeras a dicho señor rey de Sicilia, y dicho señor rey contaba mucho con ello; pero si recordara bien cuántas veces le habían faltado al señor rey Don Jaime, su hermano, mientras fue rey de Sicilia, y cuántas le han hecho a él, no tendría ninguna esperanza en ellos. Pero con los señores ocurre esto: que cuando Dios les concede la gracia de vivir largo tiempo, cambian a menudo sus consejeros, o por muerte o por otras causas, y los consejeros jóvenes representan un gran peligro para todo señor, pues aunque sean más sabios que los que ya pasaron eran, no pueden

conocer los asuntos tan bien como los que son viejos, que han visto y oído los hechos, los cuales, con la mitad de ciencia, pueden dar mejor consejo siendo viejos que no puedan darlo los jóvenes en los casos de guerra, porque muchos más hechos han visto y oído los viejos que los jóvenes, y por ello, por las cosas ya pasadas, se puede proveer las cosas presentes y las que todavía han de ocurrir. Por ello os juro que si el buen conde Don Guillermo Galcerán viviera, y Don Blasco de Alagón, y Don Hugo de Ampurias, conde de Esquilatx, y otros catalanes y aragoneses que ya pasaron, y aun si micer Mateo de Térmens, y micer Veixiguerre de Apolois y otros estuviesen vivos, el señor rey de Sicilia no hubiese perdido tanto socorriendo a los genoveses como ha perdido, pues le hubiesen recordado los tiempos pasados. Y tal como ahora se ha visto engañado, lo será muchas veces y siempre él, y todos los reyes que fiaran en las comunas. Y por esto será bueno que os recuerde ahora lo que hicieron los genoveses en ocasión del pasaje del duque a Sicilia a dicho señor rey de Sicilia.

La verdad es que el señor rey de Sicilia mandó a Savona pidiendo socorro de galeras, y mandó dinero; y ellos prometiéronle que le ayudarían con veinticinco galeras, y él estuvo en la confianza de que así sería. Pero dichos genoveses se portaron en tal forma que pasó todo el verano, y el duque ya estaba fuera de Sicilia y había pasado de Mesina a Calabria, como antes habéis oído; y cuando supieron que el duque ya estaba fuera de Sicilia y había pasado a Calabria, entonces ellos salieron de Savona y vinieron a Trápani, que está lejos de doscientas millas de allí donde el duque se encontraba. Y ya podéis comprender en qué forma querían ellos combatirle y encontrarle, y cuál fue la ayuda que el señor rey de Sicilia obtuvo de los genoveses, y cómo le sirvieron bien con el dinero que les había mandado para armar.

No bastó con este escarnio y esta falta, pues todavía pensaron en la forma como podrían prestar un mal servicio al señor rey de Sicilia con las mismas veinticinco galeras que debían ser para servirle. Se concertaron con la ciudad de Pisa que, con veintidós galeras que habían sacado de Savona, pudiesen venir contra el señor rey de Aragón. Y el común de Pisa les daba mil florines de oro al mes para que junto con la armada de Pisa vinieran a traer víveres y socorros al castillo de Cáller; y todavía ordenaron en sus convenios que Don Gaspar Doria fuese almirante de Pisa, puesto que era almirante de aquellas galeras de Savona; y además, que cuatrocientos hombres de las casas genovesas viniesen con las veintidós galeras y fuesen todos establecidos en Cerdeña. Y en estos términos se establecieron los convenios entre ellos y la ciudad de Pisa. Ved qué servicio prestaron al señor rey de Sicilia, cuando contra el señor rey de Aragón, que es su hermano mayor, hicieron pactos con los písanos.

Tales hechos, tan descomunales ante Dios y el mundo, no parece que puedan dar buenos frutos; antes nuestro señor verdadero Dios, que es la verdad y la justicia, juzga a cada uno según la intención que lleva. Y la casa de Aragón y sus descendientes siempre han ido, van e irán con la pura verdad y buena fe, y por esto Dios les ensalza y les engrandece y les hace victoriosos en todas las empresas, y a aquellos que van con falsedades y malas artes les confunde y abate.

Ahora quiero contaros el final de esta desleal compañía que se hizo entre el común de Pisa y los genoveses que están en Savona, y en qué vino parar, y la justicia con que nuestro señor verdadero Dios obró sobre ellos, como lo hará siempre contra todos aquellos que proceden con maldad y falsía.

284. Acción de dos galeras pisanas

La verdad es que el convenio que se estableció entre ellos se realizó a la manera del que establecieron el ratón y la rana, que sólo buscaban la manera de engañar el uno al otro, como podréis ver en la fábula de Esopo, y por esto como los dos iban con mala intención, llegó el milano, los cogió y se los comió, como ocurrió con los que hicieron este convenio, cada uno de ellos con engaño y falsedad y con la intención de engañar al otro; y el poder de la casa de Aragón, que es el águila, se los puso al través y les ha devorado y destruido, como ocurrirá siempre, si Dios quiere.

Debéis saber que cuando la armada estuvo dispuesta en Pisa para ir en socorro del castillo de Cáller, se juntaron veintitrés galeras con genoveses y cinco con pisanos, seis bajeles, seis saetías y una nave y muchas barcas con písanos, de manera que cuando salieron de Pisa debían ser unas sesenta velas.

Cuando el noble Don Francisco Carrós, almirante del señor rey de Aragón, supo que esta escuadra se le venía encima para socorrer el castillo de Cáller, que dicho almirante tenía sitiado, pensó que de ningún modo podía permitir que entraran aquellos auxilios de víveres y de gentes, y ordenó el asunto como correspondía a quien era uno de los mejores caballeros y de los más expertos de este mundo, y por las cosas pasadas se guió, previendo las del porvenir, como vais a ver.

Es cierto que cuando ocurrió esto no habían pasado dos meses que dos galeras ligeras de Pisa vinieron de noche a la palizada de Cáller y, sin que el almirante Carrós se diera cuenta, entraron dentro de la palizada, y se trataba de galeras ligeras a remos, y traían víveres, que metieron en dicho castillo de Cáller. Cuando dicho almirante vio por la mañana dichas galeras den-

tro de la palizada fue muy disgustado; pero con la ayuda de Dios y a su gran juicio, todo tornó para bien, con gran provecho y alegría. En seguida asedió dichas dos galeras dentro de la palizada para que no pudiesen salir sin pasar por sus manos; y las tuvo de tal modo sitiadas hasta que las chusmas de las dos galeras se hubieron comido todos cuantos víveres llevaban. Y cuando vio que estaban en esta situación, una noche, por mar y por tierra, les atacó por la espalda, y sorprendióles de tal manera que las dichas dos galeras, con la chusma y todo cuanto llevaban, fueron de este modo servidas a los catalanes, que los despedazaron a todos, y sólo quedaron con vida treinta que se habían escondido, y cuando se hizo de día y les hallaron vivos no les mataron, pues no es digno de hombres bien nacidos que se les mate cuando ya son prisioneros; pero en seguida les mandaron hacer sus grilletes de hierro y les pusieron a trabajar en la obra del muro y el vallado que el almirante hacía levantar en el puesto llamado Bonaire, que pronto se convirtió en uno de los más hermosos lugares que jamás se construyeron con diez veces más de tiempo. Quiero que sepáis que en aquellos tiempos ocurría que había más de seis mil hombres de armas útiles, todos catalanes, con sus esposas, y no hacía más de dos años que lo había empezado a edificar, cuando estaba sitiando el castillo de Cáller y el señor infante Don Alfonso tenía sitiado Viladesgleies, por lo que ya pueden comprender los písanos que con sólo el castillo de Bonaire siempre tendrán sitiado el castillo de Cáller. Y para que comprendáis hasta qué punto el puesto de Bonaire es importante para el comercio, quiero que sepáis que cuando el almirante supo que la armada había salido de Pisa y que había más de sesenta velas, como ya habéis oído, reconoció las fuerzas que tenía en el puesto de Bonaire, y comprobó que contaba con catorce naves grandes, de las cuales doce estaban armadas con catalanes, y una pertenecía al rey de Francia, que había venido de Chipre, y otra de genoveses y

güelfos de la ciudad de Genova que el almirante había apresado. Por otra parte contaba con treinta y seis leños de una cubierta, de mercaderes catalanes; y además el almirante tenía veintidós galeras, entre galeras y bajeles, y ocho entre leños y cópanos que había mandado construir para ir por el estanque. El almirante hizo disponer en línea todas las naves delante de la palizada de Cáller, recordando lo que habían hecho aquellas dos galeras, y de este modo evitó que alguien pudiese penetrar en la palizada.

Ahora dejaré de hablaros del puesto de Bonaire y del almirante y volveré a hablar de los genoveses y los písanos.

285. Derrota de písanos y genoveses

Cuando la armada hubo salido de Pisa, en las bocas de Busnaire[70] perdieron una galera, que fue a dar en la costa, de cuya galera escaparon vivos unos ochenta hombres; y cuando el juez de Arborea lo supo, mandó la compañía allí donde la galera se había roto e hicieron prisioneros a los ochenta hombres, que con una cuerda al cuello mandó a Bonaire al almirante, que enseguida les puso buenos grilletas y les puso a trabajar en el muro y el vallado de Bonaire. Igualmente, entonces, otra galera genovesa de Savona que venía de la parte de Flandres con temporal, fue arrastrada a la isla de San Pedro, y rompió, se, y escaparon ciento cincuenta personas; y el almirante que lo supo en Bonaire, mandó a por ellos y los apresó todos, e hizo con estos ciento cincuenta hombres los mismo que había hecho con los anteriores.

¿Qué os diré? Que el día de Navidad del año mil trescientos veinticinco, las veintidós galeras de los genoveses y las cinco de písanos, y seis entre leños y saetías, vinieron ante Cáller, aparte

de la otra nave que habían dejado en Bonifacio, intentando desesperadamente entrar en la palizada de Cáller para poder pasar los víveres que traían; pero el almirante había ordenado en tal forma la entrada que ninguno podía pasar sin que estuviera a su alcance. Aquel día de Navidad estuvieron ante la escalada de las naves y de los otros leños y bajeles de los catalanes disparando sin cesar, y el día de San Esteban intentaron combatir por uno de los extremos, cobrando gran daño y sin poder lograr nada. Al día siguiente, que era el día de San Juan, lo intentaron por el otro extremo, sin poder conseguir nada tampoco y recibiendo igualmente mucho daño; y el día de los Inocentes se fueron a Caboterra y se abastecieron de agua, y volvieron para combatir por uno de los extremos de las naves. Todos estos intentos los hacían ellos con diez galeras ligeras, pensando que el almirante saldría de la fila con sus galeras, pensando que cuando estaría fuera caería sobre aquellas diez galeras (que le temían poco porque creían que siempre podrían huir a remo), y que entre tanto las otras galeras, batiendo remos, entrarían con los víveres en la palizada, procurando llevar los víveres a Cáller Pero el almirante conocía todo lo que ellos intentaban hacer y por esto no quería abandonar el acecho. De manera que el día de Navidad, que fue miércoles, y el jueves, y el viernes, y el sábado estuvieron con estas maniobras, y el domingo el almirante mandó que la gente comiera por la mañana, y ordenó que cuantos estaban en las galeras se armasen, con excepción de los dieciocho bajeles, e hizo pregonar que, si se combatía, la batalla fuese real, y que todo cuanto se ganara fuese de aquel que lo hubiese ganado, a excepción de los presos y las galeras, que serían para el señor rey, pues de todas, si él veía que el lance se presentaba bien, les llevaría a la batalla. De manera que así se preparó el combate.

Cuando esto estuvo hecho y ordenado y los genoveses les vieron ponerse en orden de batalla, colocaron primero siete ga-

leras, cinco de genoveses y dos de písanos, amarradas entre sí las siete unidades, con Don Gaspar Doria, que era su almirante, al frente de ellas; y todas las demás les seguían por la popa. Las siete galeras se acercaron tanto a las galeras del almirante Carrós con las proas por delante que se pusieron a tiro de dardo. Cuando el almirante vio que dichas siete galeras estaban tan cerca, pasando la orden de mano en mano, mandó a sus galeras que, sin hacer ruido y a escondidas, soltase cada cual la gúmena en el mar, pues si levaban anclas aquéllos pronto se irían, y con mayor rapidez podrían hacerlo ellos con veinte remos que no las del almirante con ciento cincuenta. De este modo, secretamente, soltaron la gúmena al mar, con tal sigilo que ni los genoveses ni los písanos se dieron cuenta; y en seguida bogaron, y antes de que se pudiesen dar la vuelta aquellas siete galeras, el almirante estuvo tras ellas, y obró en forma que mataron a más de mil cien personas, pues todos cuantos estaban sobre cubierta murieron, y se escondieron en los fondos más de cuatrocientos genoveses y más de doscientos písanos, de manera que, en un momento, el almirante se apoderó de dichas siete galeras, con toda la gente muerta o prisionera.

Las otras galeras de los genoveses y de los písanos diéronles la vuelta a las proas, que tenían junto a las siete galeras, y pensaron escapar. Don Gaspar Doria, que se portó como valiente que era en la batalla, pensó zafarse en una barquichuela que llevaba en popa, y subió a una galera que estaba a su popa y que pertenecía a uno de sus hermanos. Cuando dichas siete galeras fueron apresadas, el almirante fue tras las otras, pero fue como si nada, pues nunca las pudo alcanzar; de modo que volvióse alegre y satisfecho con los suyos. Y todos ganaron tanto que se hicieron ricos, y a ningún hombre quitó nada de lo que habían ganado.

Los genoveses, cuando estuvieron lejos, mandaron una galera con un mensaje para el almirante, y le rogaron que sus mensajeros pudiesen ver a los prisioneros para saber cuáles eran los que habían muerto y cuáles los que habían escapado. El almirante lo permitió, y vieron que habían escapado con vida cuatrocientos trece genoveses y doscientos písanos que se metieron en los fondos, como antes os he dicho. Cuando hubieron establecido las listas, quisieron dar como rescate al almirante por los genoveses prisioneros todos cuantos víveres y armas y otras cosas llevaban en las galeras que habían huido, y el almirante les dijo que no les daría ni el más insignificante de todos, sino que los conservaba para hacer el vallado y la muralla de Bonaire, y tuvieron que marcharse con mucha pena.

Y a veis qué fruto sacaron por las maldades que cometieron, del armamento que habían hecho y de la falsa unión que habían concertado con los písanos, pues mientras los unos procuraban engañar a los otros, se puso de por medio el almirante del señor rey de Aragón y los desunió y devoró a todos.

286. Nuevos intentos

Cuatro días después de esto, cuando las galeras de los genoveses y de los písanos se volvían con gran pesadumbre, encontraron una nave de catalanes, que era del noble Don Ramón de Peralta, con sesenta caballeros que el señor rey de Aragón mandaba a Cerdeña, y a otra nave, que era también del mismo Don Ramón de Peralta, con cuarenta y ocho caballeros, que estaba por delante a unas diez millas. Fue por casualidad que vieron aquella nave en la que estaba el noble Don Ramón de Peralta, y le dieron dieciséis asaltos, sin que le pudieran hacer nada, sino que, por el contrario, perdieron más de trescientos

genoveses que les mataron y muchos heridos. De este modo se separaron dolidos de la nave, de la que si oyen hablar todavía se sienten disgustados.

Todos podéis considerar cómo todo esto fue obra de Dios, pues el almirante Carrós en todas estas luchas no perdió más de tres hombres, y Don Ramón de Peralta no perdió en su nave más que un caballero extranjero. Por lo que cada uno debe esforzarse en proceder con lealtad, pues quien obra con lealtad tiene a Dios de su lado, y quien con deslealtad procede Dios le confunde y le lleva a su propia destrucción. Y todos los días se puede ver, pues bien visible es el milagro de todos los días de que Dios toma venganza, como podéis verlo ahora claramente en el hecho de los písanos. Pues el señor infante Don Alfonso hizo la paz con ellos en la forma que habéis visto antes, y en ninguna forma el señor infante Don Alfonso ni los suyos les faltaron en nada de lo que les habían prometido; y con tal ánimo hizo la paz con ellos y se fue de Cerdeña y se volvió a Cataluña, pensando que desde entonces estaría en paz con los písanos y no tendría necesidad de permanecer allí. Y los písanos malvados toda la paz que hicieron fue con gran malicia, para que el señor infante se volviera a Cataluña, y después, cuando estuviera fuera, podrían en poco tiempo acabar con los catalanes que habían quedado.

Que esto es verdad, pronto empezaron a demostrarlo, pues enseguida metieron muchos víveres en el castillo de Cáller e hicieron grandes obras, fortaleciendo los muros y otras defensas, e hicieron venir muchos hombres a sueldo de a acaballo y de a pie, estableciendo muy bien el castillo de Cáller; y cuando esto estuvo hecho pensaron en romper todos los convenios que habían hecho con el señor infante, y todas las paces. ¿Qué podría contaros? Que no podían encontrar a un catalán aislado que no lo degollasen, de modo que en poco tiempo, antes de que los catalanes se organizasen, habían muerto o echado en

un pozo más de setenta, que fueron encontrados cuando los catalanes se dieron cuenta. Asimismo pensaron en armar barcas, y con ellas, si una barca salía del castillo de Bonaire, iban tras ellas y las tomaban y las echaban a pique. De modo que ya podéis ver si hay que confiar en ellos, que ninguna fe ni verdad se encuentra jamás en ellos, por lo que nuestro señor y verdadero Dios los va destruyendo, por culpa de sus malas acciones. De manera que ellos mismos han cortado las varas con que han de ser apaleados y han puesto la guerra en su contra, pues ya veis cómo les ha ido hasta ahora, y ya veréis cómo les seguirá yendo.

Después de combatir a aquel ricohombre Don Ramón de Peralta, fuéronse dolidos y dicho ricohombre, alegre y satisfecho tomó tierra con sus dos naves en el castillo de Bonaire y puso la caballería en tierra y la infantería que llevaba; y fueron muy bien recibidos por el almirante y por todos los de Bonaire y les dieron una gran fiesta. A los pocos días, el almirante y dicho noble Don Ramón de Peralta se pusieron de acuerdo en que, la caballería por tierra y la infantería con la armada por mar y con los hombres de mar, fuesen a dar el asalto a Estampaix que forma parte de la villa de Cáller que, de por sí, está bien amurallada y guarnecida, pues todos los pulieses[69] están allí instalados con sus mujeres y niños pues, en el castillo de Cáller sólo quedaron los hombres a sueldo.

287. Toma y destrucción de Estampaix

Tal como lo habían ordenado, así lo hicieron pues, al alba, ya estaban todos alrededor de los muros y se atacaron a ellos sin tomar en cuenta el peligro que podían correr; de modo que los hombres de mar fueron hacia la Llápola y la batalla fue muy

dura pues los de adentro se defendieron muy vigorosamente, y estaban muy bien preparados pues nada les faltaba para la defensa. ¿Para qué entreteneros con más detalles? Por fuerza de armas los hombres de mar asaltaron el muro y decidieron entrar. Cuando los de Estampaix vieron que iban a ser asaltados por aquel lado vinieron todos a aquel lado, y los hombres de a caballo se acercaron también al muro y trataron de asaltarlo. ¿Qué os diré? Las banderas del noble Carros y del noble Don Ramón de Peralta, decidieron entrar en Estampaix y entonces la batalla se hizo más cruel y feroz. Pero los de Estampaix con gran parte de los del castillo que habían acudido, hicieron un gran esfuerzo por la pena que sentían por sus mujeres y sus hijos que veían morir y pusieron mayor esfuerzo; pero nuestro señor y verdadero Dios que les quiso castigar por sus maldades, permitió que la victoria cayese sobre ellos de modo que ni uno conservó la vida y lo mismo ocurrió con sus mujeres y sus hijos y también murieron su capitán y el castellano del castillo y gran parte de sus soldados. En aquel momento estuvieron los catalanes a punto de entrar en el castillo, pero los que estaban dentro y vieron la mortandad de los suyos y la gran destrucción, decidieron cerrar las puertas y tapiarlas a cal y canto. Cuando los catalanes hubieron matado a toda la gente pensaron en dedicarse al saqueo de cuanto había en la villa, y era infinito el número de cosas que había, de modo que ganaron tanto, que los que allí se encontraban, fueron para siempre ricos.

Después de hacer esto, al día siguiente volvieron todos y destruyeron todos los muros y las casas y lo arrasaron todo. Y dichos nobles decidieron que la piedra y la madera se la llevara cada uno a voluntad y que lo llevasen a Bonaire; y todo el mundo se dedicó a acarrear, quien con barcas quien con carros, y se lo llevaron a Bonaire y edificaron con ello buenos albergues. Ordenaron que la iglesia de los frailes menores, que era muy rica, la deshicieran y que en honor de mi señor san Fran-

cisco la trasladaran a Bonaire y que fuese el convento de los frailes; y que de ahora en adelante no hubiese más frailes que catalanes y que constituyeran una provincia por ellos mismos y que igualmente fuesen catalanes los de todas las órdenes que hubiera en Cerdeña y en Córcega.

Así, señores, los que oís este libro, elevad vuestros ánimos hacia el poder de Dios, pues ya veis claramente qué venganza ha hecho nuestro señor y verdadero Dios, en un año con estas malvadas gentes que con falsía y maldad volvieron a la guerra contra el señor rey de Aragón, que benignamente y por compasión había hecho las paces con ellos; y todavía como ha traído su venganza sobre este lugar de Estampaix que estaba poblado de la más malvada gente del mundo y de la más pecadora, pues no hay pecado que el corazón del hombre pueda imaginar que no se cometiera, hasta el punto que su hedor subió hasta el mismo Dios.

Y si me preguntáis:

—Muntaner, ¿qué pecados son estos que tanto se cometieron?, yo os podría decir que allí estaban el orgullo y la soberbia, y el pecado de la lujuria en todas formas, de tal manera, que por esto Dios quiso destruirla como hizo con Sodoma y Gomorra que con fuego quiso destruir y abrasar. Por otra parte, la mesa de la usura todo el mundo la tenía dispuesta, y el pecado de la gula más que en ningún otro lugar del mundo. Además, desde aquel lugar se abastecía a toda la Berbería de hierro y acero, de toda clase de maderos y de víveres, con lo que redundaba gran daño para toda la cristiandad. Por otra parte todo corsario o ladrón era bienvenido, hubiese hecho daño a quien quiera que fuese. De toda tablajería de juego era centro aquel lugar, y tanta maldad se cometía que nadie podría dar abasto a escribirla. Por lo que ya veis nuestro señor verdadero Dios (que ¡bendito sea!) qué venganza tomó en pocas horas. Por lo que ya veis que está loco el que no tiene miedo ni

temor de Dios; que nuestro señor y verdadero Dios tiene mucha paciencia; pero que también es necesario que la justicia divina obre sobre los malvados porque de lo contrario los buenos no podrían subsistir en este mundo.

De aquí en adelante dejaré de hablaros del castillo de Cáller que está sitiado, y de aquellos que hay dentro, que están emparedados; y he de dejar de hablaros de Estampaix que está todo quemado y devastado por los suelos; y volveré a hablaros del señor rey de Aragón y del señor infante Don Alfonso y del señor rey de Mallorca.

288. Regencia del infante Don Felipe y desposorios del señor rey Don Jaime III de Mallorca

Como antes os he dicho, la verdad es, que cuando el señor rey Don Sancho de Mallorca pasó a mejor vida, el señor infante Don Jaime, hijo del señor infante Don Fernando, sobrino suyo, fue puesto en el solio real y, desde aquel momento en adelante, fue llamado, es y será, rey de Mallorca.

Con tal motivo, dispusieron los ricoshombres, caballeros, prelados y hombres de las ciudades y villas, que a dicho señor rey Don Jaime de Mallorca, le fuese dado como tutor, el muy santo y devoto Don Felipe de Mallorca, tío suyo; y así se cumplió.

En cuanto monseñor Don Felipe fue tutor, trató y llevó a buen término, que dicho rey de Mallorca, su sobrino, tuviese por esposa la hija del señor infante Don Alfonso, hijo mayor del muy alto señor de Aragón, consiguiendo que dicho matrimonio se hiciera con dispensa del santo padre apostólico. Este matrimonio se llevó a cabo con la mayor concordia y gran con-

firmación de amor y parentesco entre las casas de Aragón y de Mallorca, de lo cual, todos sus súbditos, tuvieron y tienen y tendrán siempre, gran gozo y satisfacción y el mayor provecho. Que Dios, en su gracia, les conceda vida y salud (pues cuando el señor rey de Mallorca confirmó este matrimonio no tenía más de once años y la señora infanta, que tiene por nombre el de Constanza, no tenía más de cinco, poco más o menos) de manera que el matrimonio pueda cumplirse y tengan hijos e hijos que sean agradables a Dios y aumenten su honra y sean en provecho de sus pueblos. Este matrimonio fue firmado por cada una de las partes en el año de la encarnación de nuestro señor Dios Jesucristo, mil trescientos veinticinco.

Ahora os dejaré de hablar del señor rey de Mallorca y de monseñor Don Felipe, que rige la tierra por dicho señor rey su sobrino y volveré a hablar del señor rey de Aragón y del señor infante Don Alfonso.

289. Nueva paz con los písanos

La verdad es que cuando el señor rey de Aragón y dicho señor infante Don Alfonso vieron que los pisanos, malvada e inicuamente, buscaban por todas partes socorros para poder levantar el sitio del castillo de Cáller trataron de hacer construir galeras y taridas y ordenaron que todos los días se mandasen caballeros y peones a Cerdeña. Además, el señor rey de Mallorca, en cuanto fue firmado el antedicho matrimonio, hizo armar seis galeras en Mallorca y dos naves que, con mucho socorro y muchas gentes, mandó al citado castillo de Bonaire en ayuda de dicho señor rey de Aragón.

También fueron muchas naves y leños de Cataluña y todos iban llenos de buena gente de armas; de modo que en pocos

días dicho señor rey y dicho señor infante habían mandado tanta caballería y tanta gente y tantas galeras, que los de dentro del castillo de Cáller se tuvieron por muertos, y mandaron decir al común de Pisa que les socorrieran, pues, si no lo hacían, no podían seguir aguantando.

Los písanos, conociendo el gran poder que el señor rey de Aragón había mandado, dieron su asunto por perdido, y decidieron que dicho castillo de Cáller de ahora en adelante no podían socorrerlo, antes preferían que el señor rey de Aragón les dejase vivir en paz en su ciudad de Pisa.

Y así, con plenos poderes, mandaron mensajeros al señor rey de Aragón, que vinieron a Barcelona donde encontraron a dicho señor rey y muy humildemente suplicaron al señor rey y a dicho señor infante que les plugiera perdonar lo que habían hecho contra ellos y que le rendirían el castillo de Cáller y todo cuanto tenían en la isla de Cerdeña.

Dicho señor rey y dicho señor infante, movidos a compasión, ya que siempre ellos y sus sucesores han estado y están llenos de caridad y misericordia, perdonáronlos y firmaron las paces con ellas, en forma tal que de inmediato les rindiesen separadamente el castillo de Cáller y todo cuanto tenían en Cerdeña. Y el señor rey les concedió la gracia de que pudiesen comerciar por toda la Cerdeña y por todas sus tierras libremente y seguros, pagando para ello los peajes y las lezdas y los derechos que por el señor rey están ordenados y se ordenaran. Y además, que pudieran nombrar cónsules y establecer lonjas en las ciudades del señor rey, así como los catalanes los tienen y tendrán en la ciudad de Pisa.

Así firmada dicha paz, los písanos, con gran alegría, al haber encontrado gracia con el señor rey y el señor infante, fuéronse para rendir el castillo de Cáller al señor rey, y en su nombre a

los caballeros que el señor rey designó; y además, para rendir todos los demás lugares que tuviesen en Cerdeña.

290. Cáller en poder de los catalanes

Por todo lo dicho podéis comprender en qué forma los písanos se vieron destruidos, pues si no hubiesen roto la primera paz que firmaron con el señor rey, todavía podrían tener el castillo de Cáller y los demás lugares. Pero ellos, como antes os he dicho, cortaron por sí mismos las varas con que tenían que ser apaleados. Y podéis estar convencidos que, quien rompe la paz, rompe con los mandamientos de nuestro señor Dios Jesucristo, que nos dejó la paz y la paz quería. Cuide, pues, cada uno que prometa firmeza de paz, mantener lo que ha prometido y jurado pues nada debe tocar en contra y, si lo hace, tendrá a Dios en contra en todo cuanto emprenda.

¿Qué os diré? Que los mensajeros de Pisa y el noble Don Berenguer Carrós, hijo del almirante, y otros caballeros que el señor rey había designado, fueron al castillo de Cáller y mandaron mensaje al juez de Arborea que era procurador general de Cerdeña por el señor rey de Aragón. Y en cuanto él vino al castillo de Bonaire, llegó también Don Felipe de Boil, que era capitán de la guerra por dicho señor rey, y micer Boixadors que hacía las veces de almirante. Los mensajeros de Pisa hablaron con los del castillo de Cáller y el lunes a los nueve días de junio de mil trescientos veintiséis, ellos rindieron el citado castillo de Cáller a dicho señor rey de Aragón, y por él a dicho juez de Arborea y a dicho noble Don Berenguer Carrós, y a los otros que en dicho castillo de Cáller entraron con más de cuatrocientos caballos armados y más de doce mil sirvientes, todos catalanes.

Y entraron por la puerta de San Pancracio, y los písanos salieron por la puerta del Mar y embarcaron en cuatro taridas y una nave que dichos oficiales les habían aparejado y que les llevó a Pisa.

Cuando los citados oficiales y dicho noble Don Berenguer Carrós y la compañía de dicho señor rey entraron en Cáller, levantaron en la torre de San Pancracio un gran estandarte real y después en cada una de las torres otro estandarte y muchos pendones reales más pequeños. Y, por la gracia de Dios, cuando dichas banderas y pendones se alzaron en dichas torres, no hacía nada de viento, y en cuanto fueron izados, se levantó un viento de garbino, el más bonito del mundo, que desplegó todas las banderas y los pendones, y fue la vista más hermosa que pueda ofrecerse a los que quieren bien a la casa de Aragón; y para los demás, motivo de rabia y dolor. Y se entonó el laus, y había tanta gente catalana dentro y fuera, y mucha gente sarda y los de Bonaire que respondían al laus conjuntamente, que parecía que el cielo se hundiera en la tierra. De ese modo, dichos oficiales del dicho señor rey y dicho noble Don Berenguer Carrós, establecieron debidamente dicho castillo con muy buena gente de palabra, es decir, de paraje y de a pie, en forma que, de ahora en adelante, será Dios bien servido y todo el mundo encontrará allí la verdad y la justicia en forma que la casa de Aragón y toda Cataluña recibirá de ello honor y gloria.

De aquí en adelante, con la ayuda de Dios los catalanes pueden considerar que son los dueños del mar, con una sola condición no obstante: que reconozcan, tanto el señor rey como los señores infantes sus hijos, y todos sus subditos, que esto lo tienen por la gracia de Dios; y que no se enorgullezcan ni se figuren que les ha recaído este honor y muchos otros que Dios les ha hecho y les hará, por su valentía ni por su poder, sino tan solamente por el poder y la gracia de Dios, que es quien lo ha hecho. Y si así lo sienten en su corazón, dichos señores y

sus sometidos, estad seguros que de bien a mejor marcharán todos sus negocios, pues no hay nada en el mundo como el poder de Dios. ¡Que él sea bendito y su bendita madre, mi señora santa María, que esta gracia les han otorgado!

Y mientras se hacía esta gran fiesta en Cáller y en Bonaire por los catalanes, los písanos, dolidos y entristecidos, embarcáronse y fuéronse a Pisa en cuanto hubieron rendido dicho castillo de Cáller y los demás lugares que tenían en Cerdeña. Y que Dios nos dé mayor gozo que el que tuvieron en Pisa cuando vieron entrar a su gente; pero confortáronse porque habían encontrado la paz con el señor rey de Aragón, pues todos se daban por muertos si no la hubiesen conseguido de dicho señor rey de Aragón. Y de ahora en adelante es de esperar que serán prudentes ellos, y otras personas y comunas, y con dicho señor rey de Aragón no querrán estar en guerra. Con tal motivo recobró Pisa todos los prisioneros que estaban presos en Bonaire, y los genoveses de Savona igualmente.

Y ya podéis ver aquellos convenios que los písanos y los de Savona habían hecho, en qué vinieron a parar, por sus pecados y por su comportamiento. Y el mismo trato pueden esperar de Dios aquellos que no vayan con la verdad y la justicia; que así como Dios les ha confundido y abatido por sus malos pactos, así nuestro señor y verdadero Dios, por la lealtad y justicia que ha encontrado en la casa de Aragón, le ha hecho, le hace y le hará todas las gracias que le está otorgando.

Y entre otras gracias que Dios ha hecho a dicho señor rey Don Jaime de Aragón, le hizo la gracia de que tuvo de mi señora la reina Blanca, hija que fue del rey Carlos, tal como antes os he dicho, que fue muy buena y santa señora, cinco hijos y cinco hijas, los cuales todos y todas vio acomodados y establecidos en su vida. Y he de deciros de qué manera.

El primer hijo, que llevó el nombre de Jaime, fue procurador general de todos los reinos por el señor rey su padre; y en tanto administró esta procuración mantuvo firmemente la justicia tanto para el grande como para el pequeño. Y a poco de mantener esta señoría, renunció a ella y a todos los reinos y a todo el mundo, y para honra de nuestro señor verdadero Dios tomó el hábito de la orden de caballería de Montesa, y vive y vivirá, si Dios quiere, mientras tenga vida, al servicio de Dios en la dicha orden. Por lo que de aquí en adelante no hará falta hablar más de él, puesto que él abandonó la señoría que podía poseer en este mundo para poseer el reino de Dios, y que Dios, por su merced, le conceda esta gracia.

Después, el otro hijo tiene por nombre el de señor infante Don Alfonso, el cual es aquel del que antes os he hablado y que, después que dicho señor infante Don Jaime hubo renunciado a la herencia de su padre, tuvo el título de primogénito, y fue jurado después del señor rey su padre, por señor y rey de todos los reinos de dicho señor rey su padre. Y tuvo y poseyó pronto la señoría por dicho señor rey Don Jaime, su padre, de toda la tierra; e hizo la conquista de Cerdeña, como antes habéis oído, y ha mantenido, mantiene y mantendrá en todos los tiempos el camino de la verdad y la justicia, así como corresponde a quien es el más gracioso y el mejor señor y el mejor caballero en su persona que nunca hubiera en el reino de Aragón, a pesar de que muy buenos los ha habido, pero así es esta bendita casa: que por la gracia de Dios siempre se va de lo bueno a lo mejor, y así será de ahora en adelante, si Dios quiere.

291. Más sobre los hijos de Jaime II

Este señor infante Don Alfonso tuvo por esposa una de las más gentiles mujeres de España que no fuera hija de rey, y la más rica, eso es, a saber: la hija del muy noble Don Gaubaldo de Entenza; y con ella tuvo el condado de Urgel y toda la baronía de Antilló y toda la baronía de su padre, y cada una de estas baronías era algo importante. Y así fue bien casado con mujer muy noble y muy rica, y fue de las mujeres más inteligentes del mundo, pues de su saber se podría escribir un gran libro; y fue muy buena cristiana, que hizo mucho bien en su vida, en honor a Dios. Y de ella tuvo dicho señor infante, que sobrevivió a ella, dos hijos muy graciosos, los cuales se llaman, el uno, infante Don Pedro, el mayor, y el menor, infante Don Jaime. Y tuvo una hija, que es reina de Mallorca, que cuando tenía la edad de seis años la dieron por esposa al señor rey de Mallorca Don Jaime, hijo del que fue el infante Don Fernando de Mallorca. Todo esto vio cumplido este señor durante su vida, pero después plugo a Dios que dicha señora infanta, esposa de dicho señor infante Don Alfonso, pasase a mejor vida en la ciudad de Zaragoza, el último martes de octubre del año mil trescientos veintisiete, y fue enterrada al día siguiente de la fiesta de los bienaventurados apóstoles san Simón y san Judas, en la iglesia de los frailes menores de Zaragoza. Dios en su gracia acoja su alma, como es de esperar de mujer tan santa y graciosa, pues fue viaticada y recibió la extremaunción, y muchas veces confesada, como correspondía a quien era tan buena católica y grata a Dios y al mundo. Por esto la quiso Dios niña y joven en su reino y en dicha ciudad de Zaragoza hubo por su muerte gran llanto y duelo. Y así terminó sus días al servicio de Dios, como a él le plugo ordenar.

Otro hijo de dicho señor rey Don Jaime de Aragón tuvo por nombre el infante Don Juan, arzobispo de Toledo, el cual es uno de los mejores cristianos del mundo, hasta el punto que, en vida, obra Dios en él maravillas; y se comprende que las ha-

ga, pues es uno de los más gratos prelados del mundo, tanto en el predicar como en otras ciencias y en todas las demás buenas gracias que todo señor bueno y honesto debe tener y que Dios, por su bondad, se las mantenga.

El cuarto hijo tiene de nombre infante Don Pedro, el cual es muy agraciado y sabio señor, y el más sutil señor que en el mundo haya, aun siendo tan joven, y lleno de toda bondad y sabiduría. El señor rey su padre le ha heredado y le ha hecho tanto, que lo ha nombrado conde de Ribagorza, y conde de Ampurias, que cada uno de estos condados son muy nobles y buenos, y aún tiene que heredar en el reino de Valencia un muy noble castillo y lugar; de modo que puede decirse que está bien heredado como tal hijo de rey, aunque rey no sea.

El quinto hijo de dicho señor rey Don Jaime tiene por nombre Don Ramón Berenguer, el cual, al igual que sus hermanos, es muy sabio y gracioso que no encontraríamos en el mundo hombre de su edad más cumplido de todas las bondades. Y el señor rey su padre le ha heredado y le ha hecho conde de Prades y señor de la baronía del noble Don Guillermo de Entenza y cuenta todavía con un buen lugar en el reino de Murcia, y asimismo puede decirse que ha sido heredado muy honrada y noblemente y que puede llevar aquel género de vida que corresponde a un hijo de rey.

De este modo dicho señor rey vio en vida, heredados a sus hijos. Y a sus hijas las heredó así: a la mayor la dio al señor infante Don Pedro, que fue hijo del rey Don Sancho de Castilla; la otra hija siguiente la dio al noble Don Juan, hijo del infante Don Manuel de Castilla; la otra hija diola al duque de Ostelric, que es uno de los mayores barones de Alemania; la cuarta entró en la orden de la Sixena, que es la más honorable de damas que hay en España y de dicha orden la infanta es priora como le corresponde por ser señora muy santa y devota; la quinta la ha dado por esposa al hijo del príncipe de Tarento.

292. Muerte de Jaime II

De este modo vio el señor rey Don Jaime durante su vida a todos sus hijos buenos, hermosos y sabios delante de Dios y del mundo, y bien establecidos, gozando de la paz y el amor de todos los cristianos del mundo. Y cuando así hubo visto que Dios le había hecho esta gracia, contrajo una enfermedad que le dio gran preocupación y sufrimiento y, como era un santo señor, bueno y agraciado e impregnado por la santa fe católica, confesó y comulgó muchas veces, y recibió la extremaunción y todos los sacramentos de la santa Iglesia. Y cuando todos los hubo recibido, con sano juicio y buena memoria, cruzó sus manos, abrazó la santa cruz y puso su espíritu en manos de nuestro señor verdadero Dios, Jesucristo. En lunes, a los dos días de noviembre del año mil trescientos veintisiete, a la hora en que se encienden las luces, nuestro señor, verdadero Dios, y su bendita madre mi señora santa María, con toda la corte celestial, recibieron su alma y la colocaron entre los fieles, en la gloria. Y así, dicho señor rey Don Jaime de Aragón dejó esta vida en la ciudad de Barcelona, el día antedicho. Y dejó su cuerpo al monasterio de Santes Creus, donde yace el cuerpo del bendito señor rey Don Pedro, su padre; y su cuerpo fue llevado con gran solemnidad, y con grandes llantos y gemidos y con gran dolor de todos sus súbditos, a dicho monasterio; y allí fue enterrado, y también sus hijos y parte de sus hijas, y los prelados y los ricoshombres y gran parte de los mejores de sus reinos.

Dios, por su merced, lo tenga en sus guardia y bajo su patrocinio quedan sus hijos y todos sus pueblos, que él ya se encuentra en buen lugar, pues claro se ve que tuvo un buen principio, buen medio y mejor fin; y por su fe y recta verdad que mantuvo, he aquí la gracia que Dios le ha otorgado. Ya que to-

do el mundo debe esforzarse en obrar bien, puesto que Dios le ve.

De modo que es necesario que de ahora en adelante el señor rey Don Alfonso, rey de Aragón y de Valencia y de Cerdeña y conde de Barcelona y de Urgel hijo suyo, se esfuerce en hacer el bien, puesto que tuvo tan buen espejo con dicho señor rey, su padre; y así será, si Dios quiere; que tal como procede, haga de padre y gobernador de sus hermanos y de sus hermanas, y que recuerde que hijos de reyes y de reina no los hay en el mundo que hayan nacido de mejor padre ni de mejor madre y que todos han salido de un mismo vientre. Y asimismo que en su ánimo esté sostener al señor rey Federico, su tío, y a sus hijos, que son primos hermanos suyos por ambas partes y que su insignia real que rige en Sicilia no llegue jamás a desaparecer por ningún motivo; que mientras quiera Dios, aquella casa se mantendrá firme y segura para mayor honra de Dios y suya y de todo su linaje, y con gran provecho de todos sus súbditos.

Y puede contar con que él es rey de Aragón y de Valencia, y de Cerdeña y de Córcega, y de Mallorca y de Sicilia; pues si quiere, el reino de Mallorca estará bajo su mandato, puesto que forma parte del reino de Aragón, y lo mismo digo del reino de Sicilia. Y, mientras a él le plazca que aquellos reinos tengan como cosa propia al señor rey de Mallorca y al señor rey de Sicilia, tengan todos un mismo querer y un igual valimiento, como debe ser, y seguirán siendo soberanos de todos los reyes del mundo y de todos los príncipes, tanto cristianos como sarracenos, y de todas las comunas; y si, por el contrario, cosa que Dios no quiera, hubiese división entre ellos, estén seguros que con la ayuda de uno se destruiría el otro. Por lo que es necesario que el señor rey de Aragón Don Alfonso, esto le llegue al fondo de su corazón: que toda firmeza y unidad está en Dios y en él, que es la cabeza y el mayor de todos; y quiera que se grabe en su corazón el proverbio que en catalán reza: «No todos

los que te sonríen son amigos». Y así, las casas de Mallorca y de Sicilia, que llevan la misma insignia y que con ella han de vivir y morir, rija y mantenga contra todos los hombres del mundo. Y que no dejen entrar gente mala en su corazón; y que recuerde el ejemplo de la mata de junco que ellos harán bien en no olvidar. Dios, por su merced, le dé ánimo y firmeza, y que se los dé a todos para el cumplimiento de su gracia. Amén.

Y si alguien me pregunta:

—Muntaner: ¿Cuál es el ejemplo de la mata de junco?

Yo le contestaré que la mata de junco tiene tanta fuerza que si atáis toda la mata con una cuerda bien fuerte, y la queréis arrancar toda de una vez, os digo que diez hombres, por mucho que tiren, no la arrancarán, aunque muchos más les ayudasen; y si quitáis la cuerda, de junco en junco, la arrancará toda un zagal de ocho años y no quedará ni un junco. Y lo mismo ocurriría con estos tres reyes, que si entre ellos había alguna división o discordia, cosa que Dios no quiera, daos cuenta que tienen unos vecinos que pensarían en destruirles, el uno contra el otro. Por lo que es necesario que se guarden de este paso; que mientras los tres tengan una misma voluntad, no teman ningún otro poder de este mundo, antes al contrario, como ya os he dicho, serán siempre soberanos de sus enemigos.

293. Primeros actos del rey Don Alfonso

Ahora volveré a hablaros de dicho señor rey Don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Aragón, de Valencia, de Cerdeña y de Córcega, conde de Barcelona, que después que el rey su padre fue enterrado y le fue rendida toda la solemnidad que le correspondía, dicho señor rey Don Alfonso, con todos sus hermanos y con todos los prelados y ricoshombres, y caballeros, y

ciudadanos se fue a la villa de Montblanc, y en aquel lugar celebró consejo para decidir a qué parte iría, si a Aragón o a Valencia, o si se volvería a Barcelona, pues él quería pagar la deuda que tenía con cada una de estas provincias, tal como lo hicieran sus antecesores. Y allí fue finalmente decidido que para recibir el homenaje de los prelados, y de los ricoshombres, y de los caballeros, y de los ciudadanos y hombres de villas, y de todos los suyos que a sus órdenes estaban en Cataluña, fuese a Barcelona y que allí celebrase parlamento y acuerdos con todos los catalanes.

Así, pues, marchó el señor rey en buena hora a Barcelona con todos los prelados, y ricoshombres, y caballeros, y ciudadanos y hombres de villas; y advirtió a aquellos que no estaban, pero que le prestaban vasallaje para que estuviesen en Barcelona; y entretanto fue visitando muchos lugares, de modo que la fiesta de Navidad la pasó en Barcelona, cuya festividad se celebró con poco solaz y alegría por la reciente muerte del señor rey, su padre. Pasada la fiesta, el señor rey, cumplida y graciosamente, hizo todo cuanto debía hacer en Barcelona, y juró los usajes y libertades y franquicias ante todos los caballeros; y ellos le juraron por señor como era debido por ser heredero del muy alto señor rey su padre, a quien dé Dios su santa gloria.

294. Preparativos para la coronación

Una vez hecho esto, el señor rey pensó que, al igual que los santos apóstoles y discípulos de nuestro señor verdadero Dios Jesucristo, estaban desconsolados y tristes por la pasión de nuestro señor Dios Jesucristo, igualmente sus súbditos sentían una gran tristeza por la muerte del señor rey, su padre; y que así como Jesucristo, el día de Pascua, con su resurrección, les

alegró y consoló, así el primer día de la Pascua siguiente, que fue el domingo tres de abril, a primeros del año mil trescientos veintiocho, él alegrase y consolase a sus hermanos y a todos sus súbditos. Y ordenó que el antedicho día de Pascua los ricos-hombres, y prelados, y caballeros y los ciudadanos y hombres de villas estuviesen en la ciudad de Zaragoza, y que aquel día bendito él se haría caballero y tomaría la bendita y venturosa corona con la mayor solemnidad y fiesta como nunca lo hubiese hecho ningún rey en España en tiempo alguno ni en ninguna otra provincia de las que yo pudiese tener conocimiento. Y a tal efecto mandó hacer cartas, que mandó por todos sus reinos, para los prelados, ricoshombres y caballeros y hombres de villas.

295. Personajes que asistieron a la coronación

Hecho esto, partió de Barcelona y fuese a la ciudad de Lérida, visitando gran parte de los lugares que había por aquel lado. Y todo el mundo pensó en prepararse para ir a la bendita fiesta de su coronación. Y no diré que se preparasen tan sólo los barones de su tierra, sino que también vinieron de Cerdeña el hijo del juez de Arborea y el arzobispo de Arborea y dos sobrinos del indicado juez de Arborea; y junto con ellos vinieron, con tres galeras armadas, el honorable Boixadors, almirante de dicho señor rey y gobernador de Cerdeña, y muchos otros hombres honrados. Y, además, llegaron mensajeros con grandes regalos y joyas del rey de Tírensé, y asimismo mensajeros con grandes regalos y joyas del rey de Granada. Y vino gente muy honorable de Castilla y muchos más hubiesen venido si no fuera por la guerra que había entre el rey de Castilla y el noble

Don Juan Manuel, hijo del infante Don Manuel. Y vinieron, todavía, muy honrados hombres de Navarra, y de Gascuña, y de Provenza y de muchas otras partes; de manera que fue muy grande la congregación de gente en Zaragoza el día de dicha fiesta de Pascual, que, en total, se calculaba que había más de treinta mil jinetes.

El señor rey estuvo en Zaragoza por la semana de Ramos. Y luego vinieron el señor arzobispo de Toledo, su hermano. Después vino el señor infante Don Pedro, su hermano, conde de Ribagorza y de Ampurias, con más de ochocientos hombres de a caballo; y el señor infante Don Ramón Berenguer, igualmente hermano suyo, conde de Prades, con más de quinientos hombres de a caballo. Después vino el noble Don Jaime de Xérica, con más de quinientos hombres de a caballo, y su hermano, el noble Don Pedro de Xérica, con sus doscientos hombre de a caballo. Luego, el noble Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, igualmente con mucha caballería. Después vino el noble Don Arnaldo Roger, conde de Pallars, con gran acompañamiento de a caballo y de a pie. Y después el noble Don Lope de Luna, con gran caballería. Y después el noble Don Dalmacio, vizconde de Castellnou, igualmente con mucho acompañamiento de caballos y otra gente importante. Después, el noble Don Not de Moncada, con gran acompañamiento de buenos caballeros. Y después, el noble Don Guillermo de Anglesola, con lucido séquito. Después vinieron el noble Don Berenguer de Anglesola, y el noble Don Ramón de Cardona, y el noble Don Guillermo de Cervelló, y el noble Don Eiximen Cornell, y el noble Don Pedro Cornell, y Don Ramón Cornell, y el noble Don Pedro de Luna, y el noble Don Juan Eiximenis de Urrea, y el noble Don Felipe de Castro, y el noble Don Amorós de Ribelles, y el noble Don Guillermo de Erill, y el noble vizconde de Vilamur, y el noble Don Poncio de Caramany, y el noble Don Gelaberto de Cruïlles, y el noble Don Alfonso Fe-

rrándiz de Hijar, y el noble Don Pedro Ferrándiz de Hijar, y el noble Don Bertrán de Castellet, y el noble Don Pedro de Almenara, y el noble Don Gombaldo de Trameset, y el noble Don Artalillo de Foces, y el noble Don Eixemen Peris de Árenos, y el noble Don Sandorta de Árenos, y el noble Don Ferrer de Abella. Igualmente el noble Don Jofre, vizconde de Rocaberti, y el noble Don Bernardo de Cabrera, vizconde de Montsoriu; y vinieron muy bien ataviados con buena caballería y buena gente, pero les llegó mensaje de que la condesa de Ampurias, tía de dicho noble Don Bernardo de Cabrera, había muerto, y tuvieron que regresar, pero quedaron muchos de su séquito. Asimismo vino el noble Don Pedro de Aragall, y muchos otros nobles de Aragón, y de Cataluña, y del reino de Valencia y de Murcia y de las otras provincias, cada uno con mucha caballería, que sería largo de nombrar y escribir.

Acudieron también, con gran caballería, el maestre de la orden de Calatrava, y el maestre de la orden de Montesa, y el comendador de Montalbán, y el noble fray Sancho de Aragón, castellano de Amposta, de la orden de caballería del Hospital de San Juan. Y allí estuvo, igualmente, el antedicho arzobispo de Toledo, y el señor arzobispo de Zaragoza, y el arzobispo de Arborea, ya indicado, y el señor obispo de Valencia, y el señor obispo de Lérida, y el señor obispo de Huesca, y el señor arzobispo de Tarragona, y muchos otros obispos, y abades y priores.

Estuvimos igualmente nosotros seis, representantes de la ciudad de Valencia, que fuimos con gran acompañamiento, pues todos los días dábamos avena a cincuenta y dos caballerías nuestras propias, y éramos más de ciento quince personas. Y llevamos trompadores, y tabalero, y añafíl y dulzaina, a los cuales vestimos todos con sus insignias, con los pendones reales y todos con buenas cabalgaduras. Cada uno de nosotros seis traíamos a nuestros hijos y a nuestros sobrinos con armas de torneo. Y mantuvimos casa abierta desde el día en que salimos

de Valencia hasta que volvimos, y todo el mundo que quería comer con nosotros podía hacerlo, y regalamos vestiduras de tela de oro y otras a cada uno de los juglares. Y llevamos ciento cincuenta hachas de Valencia, cada una de doce libras; y las hicimos todas verdes, con el escudo real.

Del mismo modo hubo seis prohombres por la ciudad de Barcelona, muy bien arreados y muy bien ordenados y con muchos hachones. Y también hubo cuatro por la ciudad de Tortosa; y luego, igualmente, de las otras ciudades y villas honradas, y de todas las provincias de dicho señor rey, que cada una de ellas se esforzó para que viniesen muy honorablemente. ¿Qué os diré? Nunca en España hubo tan gran fiesta en ningún lugar, de gente tan escogida, como lo fue ésta.

296. Nobles que intervinieron y otros detalles de las fiestas

Puesto que hemos nombrado, en parte, los prelados y ricos-hombres y demás hombres de pro que se congregaron con motivo de estas fiestas, es de razón que os nombremos los nobles a los que dicho señor rey hizo caballeros nuevos en aquel bendito día, y los nobles que dicho señor infante Don Pedro hizo igualmente caballeros, y dicho señor infante Don Ramón Berenguer otro tanto, y el noble Don Ramón Folc. Cada uno de estos nobles hicieron muchos caballeros nuevos, como más adelante veréis que fue ordenado.

Primeramente, dicho señor rey hizo caballero aquel día al noble Don Jaime de Xérica, y dicho noble hizo veinte. Después dicho señor rey hizo caballero al noble hijo del juez de Arborea. Y quedó ordenado que, en su día, o sea, cuando dicho juez esté en Cerdeña, que haga veinte caballeros nuevos, diez catala-

nes y diez aragoneses, a los cuales debe heredar en Cerdeña, ya que no los puede hacer en esta corte, puesto que no hay tiempo para prepararles, pero, lo mismo tiene, pues, cuando los haya recibido en su casa, los debe hacer caballeros y heredarlos en Cerdeña.

Después, dicho señor rey, hizo caballero al noble Don Ramón Folc, vizconde de Cardona, y dicho noble hizo tres nobles caballeros, eso es, a saber: el noble Don Ramón de Cardona, su hermano, y el noble Don Amorós de Ribelles, y el noble Don Pedro de Aragall: y cada uno de estos nobles hicieron diez caballeros. Después dicho señor rey, al noble Don Lope de Luna; y dicho noble hizo, de inmediato, quince. Luego dicho señor rey hizo caballero al noble Don Arnaldo Roger, conde de Pallars; y él enseguida hizo veinte. Después dicho señor rey hizo caballero al noble Don Alfonso Ferrandiz, señor de Hijar; y dicho noble hizo enseguida quince. Y después dicho señor rey hizo caballero al noble Don Guillermo de Anglesola; y dicho noble hizo enseguida diez. Luego dicho señor rey hizo caballero al noble Don Juan Eixemenis de Urrea; y dicho noble hizo en el acto diez caballeros. Después dicho señor rey hizo caballero al noble Don Berenguer de Anglesola; y dicho noble hizo seguidamente diez caballeros. Y después dicho señor rey hizo caballero al noble Don Guillermo de Cervelló; y dicho noble hizo enseguida diez caballeros. Y después dicho señor rey hizo caballero al noble Don Otón de Montcada; y dicho noble hizo de inmediato doce caballeros.

Cuando dicho señor rey hubo hecho a estos ricoshombres caballeros, el señor infante Don Pedro hizo caballero al noble Don Dalmacio, vizconde de Castellnou, y dicho vizconde hizo diez caballeros. Después dicho señor infante Don Pedro hizo caballero al noble Don Guillermo de Erill; y dicho noble hizo enseguida diez caballeros. Después dicho señor infante Don Pedro hizo caballero al noble vizconde de Villamur; y dicho

vizconde seguidamente hizo diez caballeros. Y despues dicho señor infante Don Pedro hizo caballero al noble Don Gelaberto de Cruïlles, y dicho noble hizo en el acto seis caballeros.

Cuando dicho señor infante Don Pedro hubo hecho esto, dicho señor infante Don Ramón Berenguer hizo caballeros nuevos a tres ricoshombres; y cada uno de ellos hizo, el uno diez y el otro ocho caballeros. Y los ricoshombres a quienes dicho señor infante Don Ramón Berenguer hizo caballeros son los primeros que hizo[71].

¿Qué podría deciros? Después que estos ricoshombres hubieron hecho estos nuevos caballeros, muchos otros ricoshombres de Cataluña y de Aragón hicieron muchos caballeros, y puedo deciros que yo conté doscientos cincuenta y seis caballeros nuevos, aparte de los nobles. Y es seguro que había muchos más, pero no era posible contarlos, por la mucha prisa que llevaban.

Todos estos caballeros iban vestidos con tejidos de oro y diferentes plumas, que luego regalaron a los juglares y se vistieron otros trajes de grana, y todos llevaban mantos con diversas plumas o pieles de armiño y eran también color grana sus cotas, gonelas y gramalias. Y de los frenos y sillas no hay por qué hablar, pues nunca en corte alguna se han visto tan hermosos arneses, ni ver se pueden.

Y fueron ordenados del siguiente modo: cada caballero, al salir de la iglesia, cabalgaba con sus nuevos caballeros, y así fueron hasta la Aljafería, que es palacio del señor rey, ningún hombre cabalgaba con ellos, sólo el ricohombre que se ponía al frente de los caballeros nuevos, cada uno cabalgando en su buen caballo (que quien gustaba de ver caballos bonitos allí podía verlos), y los hijos de los caballeros iban delante, a caballo, llevándoles las espadas, cada uno la de su señor o su hermano o de su pariente que acababa de ser hecho nuevo caballe-

ro; detrás venían los otros hijos de caballeros que les llevaban sus armas a caballo. De modo que ningún otro se atrevía ir a caballo con ellos sino que iba cada uno con sus trompas y atabales y flautas y zambombas y otros muchos instrumentos, que os digo, de verdad, que había más de trescientos pares de trompas. Y, entre juglares y caballeros salvajes había más de doscientos, y armaban tal alboroto que parecía que se hundieran el cielo y la tierra.

Por este orden, y con gran alegría, fueron todos desde la iglesia de San Salvador de Zaragoza hasta la Aljafería. A todas horas había más de trescientos bornadores[72] y más de un centenar de caballeros e hijos de caballeros y de hombres de la ciudad que lanzaban a tablado; y, por otro lado, estaban más de cien hombres de a caballo del reino de Valencia y de Murcia que jugaban a la jineta.

En otro lugar había, cerca de la Aljafería, un campo tapiado, donde se podía ver matar toros, trayendo cada parroquia el suyo adornado con las divisas reales; y lo traían con trompas y gran alegría y con ellos iban sus monteros, que tenían que matarlos. Y hubierais visto por las calles danzas de mujeres y doncellas, y llenas de gente de calidad.

¿Qué os diré? La alegría era tan grande que no daba uno abasto a mirar de aquí para allá; y todo estaba bien organizado, de manera que los unos no entorpecieran a los otros, y las fiestas duraron desde la víspera de Pascua hasta el miércoles después de Pascua, haciendo el mejor tiempo del mundo, y con la mejor paz que nunca existiera entre las gentes, que no se puede decir que nadie oyera ni una mala palabra cruzada entre unos y otros ni de superiores a sus inferiores, desde el día en que llegamos a Zaragoza hasta el día en que nos fuimos; sino que estuvimos siempre con la mayor concordia y con concordia y amor nos fuimos. Y los prohombres de Zaragoza lo ordenaron todo de tal forma que todos tuvimos buenas posadas.

Todo el mundo comió con el señor rey la víspera de Pascua, y el día, y el lunes y después, y tanto como apeteciera comer, pues mientras duró la corte no se cerraron las puertas. Además, el señor infante Don Pedro y el señor infante Don Ramón Berenguer, una vez transcurridos estos tres días, hizo, cada uno, un gran convite un día; y convidó el martes dicho señor infante Don Pedro a dicho señor rey y a todos los ricoshombres y prelados, y a caballeros y a ciudadanos; y además a todos cuantos comer quisieran. Y el miércoles siguiente, el señor arzobispo de Toledo hizo otro tanto en la orden de los frailes menores, que es donde él se hospedaba. Y el jueves hizo lo mismo el señor infante Don Ramón Berenguer.

¿Qué os diré? Que en esta forma, con gran alegría, siguió la corte en todos los aspectos, hasta el jueves por la noche, siempre con tiempo bueno y claro. El viernes, por la mañana, llegó, con la gracia de Dios, una lluvia buena, que alcanzó todo Aragón y Cataluña y el reino de Valencia y el de Murcia, y duró hasta todo el día del domingo. De modo que toda la tierra, que tenía gran necesidad de ella, la recibió, por la gracia de Dios, como había recibido a su buen señor con entera paz de la que disfrutaba dicho señor rey aquel día junto con toda la gente de este mundo (cosa que no se puede decir de ningún rey que en el mundo haya), y además con la mayor alegría y paz de todas sus gentes y, además, con sus tierras bien abastecidas con el don de la lluvia. Así plazca a nuestro señor verdadero Dios, que le dé larga vida y salud, y lo conserve a sus subditos como el más generoso señor y el más sabio y el mejor caballero que en el mundo haya, y el más católico entre los mejores cristianos del mundo.

Y como veis, aquí estuvieron sus dos benditos hijos, eso es, a saber: el infante Don Pedro, que es el primogénito y que es ya jurado rey de Aragón después de él, y el menor, el infante Don Jaime, que es conde de Urgel. Y cada uno de estos dos

benditos infantes, hijos suyos, ciñeron las espadas a gran parte de los ricoshombres que se hicieron caballeros y les hicieron muchos donativos y les concedieron muchas gracias. De manera que la corte, en todos los aspectos, se vio bendecida por Dios y por mi señora santa María, y por todos sus benditos santos y santas.

297. La coronación

Ahora, puesto que os he hablado de cómo se reunió la corte con la gracia de Dios, quiero deciros en qué forma dicho señor rey tomó caballería por sí mismo y recibió la bendita corona, cómo fue a velar en la iglesia de San Salvador, de Zaragoza, y en qué forma se celebró la bendita solemnidad en la que él recibió la bendita caballería por sí mismo y la bendita corona, y en qué forma salió de la iglesia y de qué manera fue hasta su palacio de la Aljafería. Y quiero que cada uno de vosotros sepa que de la iglesia de San Salvador, que es la seo de Zaragoza, hasta la Alfajeria hay más de dos millas largas. Y os lo quiero contar para que todos los que lean este libro sepan cómo se hace el rey a sí mismo caballero, y de qué manera se coloca él mismo la corona, y con qué solemnidad de bendiciones y de misas y de otras buenas oraciones, y en qué forma fue llevado del diestro hasta que llegó a su palacio, porque estas cosas son buenas de saber para cualquier persona, sea cual sea su condición.

La verdad es que dicho señor rey mandó decir a todo el mundo el viernes por la noche que el sábado por la mañana, la víspera de Pascua, cuando hubiese recibido el aleluya, cada uno dejase el luto que todavía llevaba por la muerte del señor rey su padre, y que todo el mundo se recortase las barbas, y empezara

cada uno a hacer fiesta, e invitó a todos en general, como antes os he dicho, durante tres días.

De modo que el sábado por la mañana, cuando se hubo cantado el aleluya y tocaron las campanas, todo el mundo estuvo dispuesto tal como dicho señor rey había mandado para comenzar la bendita fiesta. Nosotros, que estábamos con los demás por la ciudad de Valencia, con nuestros bornadores delante, y con nuestras trompetas y atabales, y dulzainas, y tambor y otros instrumentos, los seis ordenados de dos en dos, muy ricamente vestidos y arreados, cabalgando en nuestros caballos, y los escuderos otro tanto, salimos de la posada, que estaba dentro de la ciudad, cerca de dicha iglesia de San Salvador, y así empezamos nuestra fiesta, y fuimos por el centro de la ciudad hasta la Alfajería.

Y cuando nosotros empezamos, todo el mundo empezó, de modo que, de pronto, hubieseis oído el mayor alboroto de trompas del mundo, y de todos los demás instrumentos. Cabalgando de este modo celebramos nuestras fiesta hasta la hora de comer, y cuando hubimos comido en la Alfajería, con la misma solemnidad volvimos a nuestras posadas; y cuando hubieron tocado a vísperas, todo el mundo ordenó que se encendieran los hachones, cada uno en su puesto, tal y como se había ordenado; y de la Alfajería hasta San Salvador no hubieseis podido adivinar dónde había más hachones. Y los hachones no se movían del lugar que las había sido designado, ya que en las paredes estaba escrito quiénes debían ocupar aquel sitio. Y de este modo, todos estábamos ordenadamente.

Cuando llegó la hora de la oración, el señor rey salió de la Alfajería para ir a San Salvador, bajo el orden que ahora oiréis. Delante de todo iban, a caballo, todos los hijos de caballeros, que llevaban las espadas de los caballeros nuevos. Después que hubieron pasado las espadas, vinieron las espadas de los nobles que debían ser hechos nuevos caballeros. Y después vino la es-

pada del señor rey, que llevaba el noble Don Ramón Cornell. Después de la espada del señor rey seguían dos carretas que llevaban dos cirios, cada uno de los cuales pesaba más de diez quintales de cera, e iban encendidos, aun cuando poco falta hacían, pues las demás luminarias eran tantas que se podía ver como si estuviésemos en pleno día. Tras los dos cirios venía dicho señor rey, cabalgando en su caballo; y la espada que llevaban delante de él, como ya os he dicho, era la más rica y mejor guarnecida que jamás llevara rey o emperador. Después de dicho señor rey venía un noble que llevaba sus armas, y dos otros nobles, cada uno de los cuales iba al lado de las armas, de modo que las armas iban con aquel que las llevaba en medio de dos nobles. Del mismo modo iba el noble Don Ramón Cornell, que llevaba la espada en medio de dos nobles.

Después de las armas del señor seguían todos los nobles a quienes el señor rey debía hacer nuevos caballeros, de dos en dos. Y después de los nobles que el señor rey debía hacer nuevos caballeros venían los nobles que el señor infante Don Pedro debía hacer nuevos caballeros; y después aquellos que el señor infante Don Ramón Berenguer debía hacer; y después aquellos que el noble Ramón Folc debía hacer. Y tras estos ricoshombres venían los otros que debían ser nuevos caballeros, todos ordenados de dos en dos. Después de ellos, cuando todos hubieron pasado, vinieron del mismo modo todas las armas, ordenadas de dos en dos; y todas las armas de los hombres nobles; y las espadas, que eran llevadas por caballeros; y las de los otros caballeros las llevaban los hijos de los caballeros. Así, todo por este orden, cabalgando en sus caballos, vestidos con ricas gualdrapas de oro y con muy hermosos arneses, como ya os he dicho antes, iban todos, de dos en dos, detrás de dicho señor rey, sin que ningún otro hombre se atreviese a cabalgar, dejando aparte al señor infante Don Pedro y al señor infante

Don Ramón Berenguer, que iban cuidando de todo para que nadie se apartase del orden establecido.

Así, por la gracia de Dios y con gran estrépito de trompas y atabales, y con dulzainas y zambombas y otros instrumentos y de caballeros salvajes[73], que gritaban todos: «¡Aragón! ¡Aragón!», y los nombres de las casas a que pertenecían, llegaron a dicha iglesia de San Salvador, y ya era más de media noche, antes el señor rey no pudo llegar con su comitiva dentro de la iglesia.

Allí velaron todos juntos, diciendo oraciones unos y otros, alegrándose y entonando himnos a nuestro señor verdadero Dios Jesucristo; y así pasaron toda aquella bendita noche, y oyeron los maitines muy devotamente, en los que estuvieron presentes todos los arzobispos, obispos, abades y priores, que con gran devoción dijeron todas las horas.

Cuando fue día claro, el señor arzobispo de Zaragoza revistióse para decir misa. Y el señor rey, con su propia mano, en buena hora, puso sobre el altar mayor la corona y la espada; y se vistió una camisa como si fuese a decir misa; y luego sobre la camisa se vistió la dalmática real más rica que jamás vistiera rey o emperador. Y a cada cosa que se vestía, dicho arzobispo le decía su oración, la que estaba en las canónicas, y que está ordenada y se debe decir; después púsose la estola por el cuello y por las espaldas, así como se hace el día en que se la ponen; y era una estola tan rica y con tantas piedras preciosas que sería cosa muy difícil decir lo que valía. Y después, el manípulo, igualmente muy rico y de gran nobleza.

Cuando todo esto estuvo hecho, el antedicho arzobispo Zaragoza dijo la misa con gran solemnidad. Y cuando la misa hubo empezado y rezada la epístola, hízose calzar la espuela derecha por su hermano, dicho señor infante Don Pedro, y la espuela izquierda por el otro hermano, Don Ramón Berenguer;

y cuando esto estuvo hecho, dicho señor rey acercóse al altar y tomó la espada, y junto con la espada se postró en oración delante del altar, y dicho señor arzobispo le rezó encima unas muy buenas oraciones. Terminadas éstas, habiendo hecho su oración el señor rey, besó el crucero de su espada y ciñósela por sí mismo, y después, cuando ya la llevaba al cinto, sacó la espada de su vaina y la blandió por tres veces. La primera vez que la blandió desafió a todos los enemigos de la santa fe católica; la segunda vez que la blandió juró mantener a los huérfanos, niños y mujeres viudas; y la tercera vez que la blandió prometió que mantendría la justicia durante toda su vida, tanto para el menor como para el mayor, e igual para los extranjeros que para sus subditos. Y cuando hubo hecho esto, volvió la espada a su vaina. Y cuando se cantó el Evangelio, él se ofreció a sí mismo y la espada a Dios, que siempre lo tendrá bajo su guardia y le dará la victoria sobre sus enemigos. Entonces dicho señor arzobispo le ungió con crisma las espaldas y el brazo derecho, y así siguió oyendo la misa. Cuando la misa estuvo dicha, dicho señor rey se desciñó por sí mismo la espada y la volvió a colocar sobre el altar, junto a la corona.

Después de esta misa que había dicho el arzobispo de Zaragoza, revistióse el señor infante Don Juan, arzobispo de Toledo, hermano de dicho señor rey. Y cuando estuvo revestido y empezado la misa, dicho señor rey, por sí mismo, cogió la corona del altar y se la puso en la cabeza; y cuando ya la tenía puesta en la cabeza, el señor arzobispo de Toledo, y el señor infante Don Pedro, y el señor infante Don Ramón Berenguer se la arreglaron.

Y cuando dicho señor rey se puso la corona en la cabeza, dichos señores arzobispos, y obispos, y abades, y priores, y dicho señor infante Don Pedro con ellos, el alta voz cantando, gritaron *Te Deum laudamus*; y mientras rezaban este cántico, dicho señor rey tomó el cetro de oro con la mano derecha y la espada

con la izquierda, y luego cogió el pomo de oro con la mano derecha, y a cada cosa que recibía, el señor arzobispo de Toledo decía una gran oración. Y cuando todo esto estuvo hecho y cantado el Evangelio, el señor rey, otra vez, con gran reverencia, se ofreció a sí mismo y a su bendita corona a Dios, y se arrodilló ante el altar muy humildemente. Y dicho señor arzobispo terminó de decir la misa.

Cuando la misa fue dicha y dicho señor rey hubo cabal cumplimiento de la gracia de Dios y de su caballería y de la santa y real señoría, y fue ungido y consagrado por rey y por señor de los reinos de Aragón, de Valencia, de Cerdeña y de Córcega, y conde de Barcelona, fue a sentarse delante del altar de San Salvador, en el solio real, y puso el cetro y el pomo en el altar de San Salvador, e hizo venir a cada uno de los nobles que ya antes os he nombrado, y les hizo a todos caballeros, así, por orden, como antes habéis visto. A medida que cada uno era hecho caballero, íbase con el ricohombre a la capilla que tenía asignada, y allí hacía sus nuevos caballeros.

Y el señor infante Don Pedro hizo otro tanto: fuese a la capilla que tenía asignada e hizo a los dichos cuatro ricos hombres nuevos caballeros; y el señor infante Don Ramón Berenguer, otro tanto; y el noble Don Ramón Folc, asimismo. Y aquellos ricoshombres a los que ellos hacían caballeros, igualmente iba cada uno a la capilla que tenía asignada y hacían los caballeros que debían hacer Y en cuanto cada ricohombre había hecho los caballeros, íbase con ellos a la Aljafería, tal como antes os he dicho.

Cuando todo hubo terminado, el señor rey tomó el pomo en la mano derecha y el cetro en la mano izquierda; y así, con la corona en la cabeza y el pomo y el cetro en las manos, salió fuera de la iglesia y montó encima de su caballo. Y delante llevábanle la espada, y detrás las armas, y así, ordenadamente, como habéis oído que lo hicieron por la noche, al ir a la iglesia.

Si queréis saber cómo era la corona, puedo deciros que la corona era de oro, llena de piedras preciosas, tales como rubíes y balajes, y zafiros, y turquesas, y perlas tan gordas como un huevo de palomo, y llevaba por delante un hermoso carbúnculo. Y la corona tenía de alto muy bien un palmo de cana de Montpellier[*], y tenía dieciséis florones; de manera que todo el mundo la estimaba, mercaderes y lapidarios, que bien valdría cincuenta mil libras de reales de Valencia. El cetro era de oro, y tenía más de tres palmos de largo, y al extremo del cetro había el rubí más bello que jamás se viera, y tan gordo como un huevo de gallina. El pomo era de oro, y tenía encima una flor de oro con piedras preciosas, y sobre la flor una cruz muy rica adornada con bellas piedras preciosas.

El caballo era el mejor arreado que jamás se viera De esta forma montó a caballo, vestido con su dalmática, con la estola y el manípulo, y con dicha corona en la cabeza, y el pomo en la mano derecha, y el cetro en la mano izquierda. En la brida del freno del caballo había dos riendas: unas riendas eran propiamente las del freno y estaban sujetas al cuello del caballo; y de la del lado derecho le llevaba del diestro el señor infante Don Pedro, y de la del lado izquierdo el señor infante Don Ramón Berenguer, y muchos nobles de Cataluña y de Aragón; el otro par de riendas era de seda blanca y tenía unos cincuenta palmos largo, y cada una de ellas era empuñada por ricoshombres y caballeros y ciudadanos de a pie.

Después de dichos señores infantes y de los nobles que le llevaban del diestro, a pie, como antes os he dicho, le llevábamos del diestro nosotros, los seis de Valencia que representábamos a la ciudad, y otros seis de la ciudad de Barcelona, y otros seis de la ciudad de Zaragoza, y cuatro había de Tortosa. De modo que todas las riendas estaban servidas por los que le llevaban del diestro a pie; y ningún otro hombre cabalgaba cerca, salvo aquel que le llevaba la espada delante de todos los que

le llevaban del diestro; y tras él, aquel que llevaba las armas; y cada uno de ellos iba acompañado de dos nobles, como ya habéis visto antes. Tras las armas de dicho señor rey venían los ricoshombres de a caballo, a quienes el señor rey había hecho nuevos caballeros, muy gentilmente ataviados.

Así, alegremente, mostrando su real majestad, ungido y consagrado y bendecido por Dios y por todos, en medio del gran gozo y alegría que cundía por todas partes, como ya habéis oído, se volvió el señor rey a la Aljafería, y seguro que ya había pasado la hora de nona cuando él llegó. Y así, con su caballo al diestro, entró en dicho palacio, y allí fue con la corona en su cabeza, y con el pomo en la mano derecha y el cetro en la mano izquierda, y de esta manera subió a su cámara.

Al cabo de un gran rato salió de la cámara, y vino con la otra corona más pequeña en la cabeza, puesto que la mayor pesaba demasiado; pero no era tan pequeña que no tuviera medio palmo de altura, y era tan hermosa y rica que todo el mundo la valoraba en más de veinticinco mil libras. Y quiero que sepáis que cuando el señor rey estuvo sobre su caballo al salir de San Salvador, se preciaba cuanto llevaba encima, y lo que el caballo llevaba, en más de ciento cincuenta mil libras reales de Valencia. Y tal como ya os he dicho, con la corona más pequeña puesta vino el señor rey, con el pomo y el cetro, y se sentó a la mesa para comer.

Al lado derecho de la mesa se le había preparado un sitial de oro, sobre el cual dejó el pomo, y al lado izquierdo otro sitial de oro, en el que dejó el cetro, de pie. Y sentóse en su mesa, que medía dieciocho palmos de larga; algo separado, al lado derecho, su hermano el señor infante Don Juan, arzobispo de Toledo; y al otro lado, algo separados de él, el arzobispo de Zaragoza y el arzobispo de Arborea. En otra mesa se sentaron los obispos, y en otra los abades y priores. Después, y por el otro lado, al lado derecho, sentábanse todos los ricoshombres que

aquel día habían hecho nuevos caballeros, y luego sentábanse todos los caballeros nuevos hechos aquel día. El señor rey estaba sentado más alto, de manera que todo el mundo le veía. A continuación fuimos colocados nosotros, los ciudadanos, que estábamos juntos y muy bien ordenados, pues a cada uno se le asignó el puesto que le correspondía. A todos les distribuyeron servidores nobles y caballeros e hijos de caballeros que atendían a cada uno de acuerdo con la solemnidad y el rango que le pertenecía, y todos fueron muy honradamente servidos y tratados, cosa que fue gran maravilla, pues había tanta gente que el escribirlo requeriría un gran esfuerzo.

Puesto que ya os he hablado, en general, de la forma en que todos fueron servidos, voy a deciros ahora, especialmente, en qué forma fue servido el señor rey. Cierto es que el señor infante Don Pedro quiso, aquel bendito día de Pascua, ser el mayordomo, y ordenó la cosa de acuerdo con lo que habéis oído. Él en persona, y el señor infante Don Ramón Berenguer, dieron aguamanos a dicho señor rey, y fue dispuesto que dicho señor infante Don Ramón Berenguer cuidase de la copa del señor rey, y había además doce nobles que, junto con él, servían la mesa de dicho señor rey. El señor infante Don Pedro, con dos nobles, cogidos de la mano, y él en medio, vino el primero, cantando una danza nueva que él había compuesto, y todos los que traían los manjares le respondían. Cuando el señor rey estuvo en la mesa, él tomó la sopa y la sirvió en la credencia, y luego la colocó delante del señor rey, y más tarde hizo lo mismo con el trinchante. Y cuando se le hubo servido la primera vianda a dicho señor rey y hubo terminado la danza, se despojó de las vestiduras que llevaba, que consistían en un manto y la cota, con franjas de armiño y tejido de oro, y muchas perlas, y las dio a un juglar, y en seguida le fueron preparadas y se puso otras vestiduras. El mismo orden siguió con todas las demás viandas que se sirvieron en la comida, pues a cada manjar que

traía recitaba una nueva danza que él había compuesto, y fue regalando los vestidos, muy ricos y honrados, a cada nuevo plato, y sirviéronse más de diez viandas. Cada vez, cuando él servía cada vianda al señor rey, después de prepararla en la credencia, los nobles y los caballeros y los demás servidores ponían los platos en las otras mesas, con tal abundancia que no había nada que enmendar.

298. Recital del infante Don Pedro

Cuando el señor rey y todos los demás hubieron comido, se montó en el palacio real un solio muy rico y honorable para el señor rey, y él y los arzobispos se sentaron en aquel solio como lo habían hecho en la mesa. Y el señor rey, con la corona en la cabeza, tal como había estado sentado en la mesa, y con el pomo en la mano derecha y el cetro en la izquierda, levantóse de la mesa y fue sentarse en dicho solio de su palacio, y a sus pies y a su alrededor se sentaron los nobles, los caballeros y nosotros los ciudadanos. Cuando estuvimos todos sentados, el juglar Remasset cantó en alta voz delante del señor rey un serventesio nuevo que dicho señor infante Don Pedro había hecho en honor de dicho señor rey.

El tema del serventesio era éste: que dicho señor infante le decía en él lo que significaba la corona, y el pomo, y el cetro, y por su significado, lo que el señor rey debía hacer. Para que lo conozcáis quiero decíroslo en resumen; pero si queréis saberlo más claro, recurrid al mismo serventesio, que allí lo encontraréis más claro.

El significado de la corona es éste: que la corona, que es completamente redonda, y como la redondez no tiene principio ni fin, representa a nuestro señor verdadero Dios, que no tiene

principio ni tendrá fin. Por esto, porque representa a Dios, se la han puesto en la cabeza, y no en el centro del cuerpo ni en los pies, sino en la cabeza, que es donde está el entendimiento; y por esto debe conservar memoria constante de Dios todopoderoso, para que guíe su corazón y pueda obtener la del reino celestial, que es eterno.

El cetro significa la justicia, que debe mantener por encima de todo, y así, tal cual el cetro es largo, debe ser larga y extensa. El cetro pega y castiga; así la justicia castiga a los malhechores que se atreven a obrar mal y mejora a los buenos en su condición.

El pomo significa que, tal como lo tiene en la mano, debe tener los reinos en su mano y poder, y puesto que Dios se los ha encomendado, que los defienda y los rija y gobierne con verdad, justicia y misericordia, y no consienta que nadie, por sí o por otro, les haga ningún daño. Bien entendió el señor rey el serventesio y la sentencia que encerraba, y si Dios quiere, él lo pondrá en obra en forma tal que Dios y el mundo han de quedar satisfechos, y que Dios le conceda esta gracia.

Después, cuando dicho Remasset hubo recitado este serventesio, Comí dijo una canción nueva que había hecho dicho señor infante Don Pedro, y que como Comí canta mejor que hombre alguno en Cataluña, a él se la dio para que la cantara.

Cuando la hubo cantado se calló, y levantóse el juglar Novellet y recitó setecientos versos rimados que dicho señor infante había hecho nuevos. Y la canción y los versos se refieren al régimen que el señor rey debe establecer, a la ordenación de la corte y de todos sus actos oficiales, y de todos sus cargos, tanto en la corte misma como en todas las demás provincias. Y todo esto lo comprendió dicho señor rey, como corresponde al señor que es más sabio que ningún otro señor que en el mundo haya. Pero esto, si Dios quiere, lo pondrá en obra.

Cuando todo esto estuvo dicho y cantado, ya era de noche, de modo que el señor rey, con la corona en la cabeza, el pomo en la mano derecha y el cetro en la mano izquierda, subió a su cámara para descansar, que bien lo necesitaba. Y todos nos fuimos a nuestras posadas, y toda la ciudad andaba en regocijos, como ya os he dicho. Y de ahora en adelante bien puede decirse que jamás hubo corte tan regia ni tan generosa, ni tan alegre ni con tan gran solemnidad celebrada. Nuestro señor verdadero Dios le permita reinar muchos años para su servicio y en provecho de su alma y beneficio y exaltación de sus reinos y de toda la cristiandad. Amén.

Ahora podéis comprender hasta qué punto dicho señor rey quiso parecerse a nuestro señor verdadero Dios, Jesucristo, que a la Virgen mi señora Santa María y a sus benditos apóstoles y evangelistas y a los demás discípulos suyos consoló en aquella bendita fiesta de Pascua por la Resurrección, que antes estábamos todos tristes y desconsolados por su Pasión. Y del mismo modo los súbditos del señor rey de Aragón estaban todos tristes por la muerte del buen rey su padre, y él, en ese bendito día de Pascua, les alegró y consoló en tal forma que, si Dios quiere, todos viviremos alegres y satisfechos mientras estemos en este mundo. Así lo permita Dios. Amén. Amén.

Finito libro. Sit laus, gloria Christo

Quien este libro ha escrito, bendito sea de Dios y de su santa madre, mi señora Santa María, y de todos sus benditos santos y santas, a cuya guardia se encomienda; y en su bendita compañía esté ahora y en todos los tiempos. Amén. Amén.

RAMON MUNTANER. (Peralada, Gerona, Cataluña, 1265 - Ibiza, Islas Baleares, 1336) fue un caballero y escritor catalán. Escribió la Crónica de Muntaner, que comprende desde la concepción de Jaime I (1207) hasta la coronación de Alfonso IV de Aragón (1328). Perteneció a una familia noble, que había hospedado a Jaime I el Conquistador y a Alfonso X el Sabio, y que luego se vio arruinada por las guerras contra Francia. En 1285, su villa natal fue incendiada por los invasores, por lo que Muntaner se fue a vivr a Valencia con su padre. Poco después de cumplir los veinte años, tomó parte en la conquista de Menorca (1286). No tenemos noticias de su vida hasta diez años más tarde, en que le encontramos en Sicilia luchando contra los franceses.

Perteneció a la Gran Compañía Catalana, ejército de infantería ligera formado por mercenarios aragoneses y catalanes, llamados almogávares, que fueron fieles hasta su fin en Grecia a la Corona de Aragón. Fue enviado a Constantinopla para ayudar a los griegos a luchar contra los turcos, bajo el liderazgo de

Roger de Flor. En 1300 participó en el asedio de Mesina, al lado de éste. Fue administrador de la Compañía de Roger de Flor. Redactó el tratado entre el emperador bizantino y los catalanes y defendió como capitán, con valor y prudencia, la ciudad de Galípoli del ataque de los genoveses. Siguió a Roger de Flor y sus almogávares en sus gestas por tierras de Anatolia y fue el personaje experto de la compañía, junto con nobles caballeros como Berenguer de Entenza y Bernat de Rocafort.

Muntaner escribió su Crónica en poco más de tres años. Está escrita en primera persona, utilizando un estilo sencillo, sin demasiada retórica. Gracias a su condición de soldado, Muntaner presenció algunos de los hechos que relata, algo inusual en otros cronistas. Cargada de datos históricos, la Crónica de Ramon Muntaner se ha convertido en un elemento imprescindible para analizar ese periodo de la historia de la Corona de Aragón.

Notas

[1] Según explica Antonio de Bofarull, «el dialecto italiano o lengua especial en que está escrito el adagio es el mismo en que se hallan escritos, hasta siglos muy modernos, todos los documentos sicilianos que no están en latín, y en los que se ve marcada influencia catalana, sobre todo en el uso de ciertas letras para expresar inflexiones que expresa el italiano con signos diferentes, como, por ejemplo la voz *layxa*».

<<

[2] La esposa de Guillermo de Montpellier, madre de Doña María, se llamaba Eudoxia, y era hija del emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, o sea del imperio romano de Oriente.

<<

[3] Pedro el Católico murió en la batalla de Muret, el 13 de septiembre de 1213, en la que los albigenses, al mando de Simón de Montfort, vencieron al rey de Aragón y al conde de Toulouse.

<<

[4] De nombre Yolanda. La madre de rey de Hungría Andrés se llamaba Yolanda de Courlenay. La boda con Jaime I se celebró en Barcelona el 8 de septiembre de 1235.

<<

[5] Esta hija de Jaime I se llamaba Isabel, y el 28 de mayo de 1262 casó en Clermont con Felipe el Atrevido, hijo de San

Luis.

<<

[6] Para conocer el carácter de estos personajes creemos del mayor interés reproducir la nota (1, de la pág. 21) que sobre ellos dio Don Antonio de Bofarull en su versión de la *Crónica catalana de Ramón Muntaner* (Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1860):

«Cuando las primeras irrupciones africanas, quedó España despoblada en varios de los territorios que la componían, y sus moradores, fugitivos, se salvaron en las fragosidades de los montes, desde donde, si estaban contiguos a una nación vecina, como en el Pirineo, hacían continuas irrupciones, y si aislados, como en el Muradal, bajaban a asaltar por necesidad a amigos y enemigos, de manera que tales puntos vinieron a transformarse en presidios de infamia, en los que se acogían lo mismo cristianos que sarracenos, quienes, organizados en tribus, y dando a sus jefes nombre árabes, hacían correrías por su cuenta, sin prestar servicio conocido a ninguna de las nacionalidades españolas. La Corona de Aragón fue la que transformó ese pueblo errante y feroz, o más bien, la que, con su ejemplo, creó una institución militar nueva de grande utilidad para sus conquistas, pues siendo soldado el almogávar, conservaba al propio tiempo el carácter originario de su raza, así que, son estos y no los primitivos los verdaderamente celebrados por sus famosas hazañas. Dividiéronse, pues, en compañías, cuyos capitanes llevaban el nombre de *al-mo-caten* o almugaden, y teniendo otros jefes llamados *dalil* o *adalid*, los cuales eran guías o conocedores de caminos, con facultad de juzgar sobre lo que acontecía en las correrías o cabalgadas, de distribuir la presa, etc. El soldado, según Desclot, vestía solo una *gonella* o sayo, unas bragas de piel, y abarcas por calzado, salvando las piernas con antiparas, que también eran de piel, como el morral o zurrón que les

cubría la espalda, para llevar la comida diaria, y la redecilla (acaso el *rociolo* de los godos) con que sujetaban su cabello, aun cuando diga Moncada que ésta era de hierro. Traían al cinto una correa, de la que colgaba una bolsa o esquero para proporcionarse lumbre, y pegada a la misma un cuchillo o daga. Su cabello flotaba libre como el de los antiguos bárbaros, pues no se lo cortaban nunca, como ni tampoco se afeitaban, y sus armas consistían en una azcona o lanza corta y arrojadiza, y en tres o cuatro dardos, que, como munición de repuesto, llevaban a la espalda. Su modo de iniciarse en las sorpresas, o más bien, su grito de guerra era el ¡despierta hierro! *(desperta ferres!)* y sacudiendo al mismo tiempo con su azcona o hierro contra las piedras, producían en todas direcciones innumerables chispas, cuya luz era de un efecto aterrador y formidable en los ánimos de los enemigos, sobre los cuales se arrojaban desde luego en torrente y con general gritería. *Mghabbar*, precedido del artículo *al*, significa en árabe polvoroso, y *Muhavir* es igual a *Muhavar*, que, en hebreo, equivale a socio, compañero o adjunto. Martínez Marina, en su *Catálogo de voces arábigas*, escribe almogavar y no almogávar, y en Cataluña, donde el nombre de Almogaver ha quedado como apellido en algunas familias, se pronuncia igualmente largo».

<<

[7] Seguramente Muntaner se refiere a la *Crónica* de Bernat Desclot, que puede que sea anterior a la suya.

<<

[8] Según la *Historia de Languedoc* (que cita Antonio de Bofarull), Jaime II de Mallorca, por medio de acto público celebrado el 18 de agosto de 1283, reconoció que la villa de Montpelier, el castillo de Lates y los demás castillos y lugares de su alrededor pertenecían al reino de Francia.

<<

[9] Es éste uno de los párrafos de más compleja traducción por nombrarse en él diversos juegos de caballería completamente desaparecidos. Bofarull elude algunas dificultades y se extiende en consideraciones arqueológicas, que no tienen lugar en una traducción vulgar como la que intentamos. Por ejemplo, basándose en Ducange, entiende que los *«cavallers salvatges»* eran una especie de *condottieri* o matones (hoy diríamos «guardaespaldas»), cuyas luchas a cuchilladas se toleraban en ciertos festejos; y basándose en la traducción al francés de Buchon, que recoge sólo las cuatro primeras letras *(toro)* de la palabra *toronjas* (naranjas), alude incluso a las corridas de todos. Todo ello excede a nuestro objetivo.

<<

[10] En las primeras ediciones impresas se aclara que se trata de los sarracenos del reino de Granada, que son los que con él estaban en guerra, y no los que quedaban en Valencia.

<<

[11] Sin poner en tela de juicio la realidad histórica de esta poética «última salida» del rey Don Jaime, cabe tomar en consideración que hacía aproximadamente doscientos años de la muerte de Don Rodrigo Díaz de Vivar cuando Muntaner escribía su *Crónica* y que su leyenda debía estar en plena vigencia.

<<

[12] No nos resistimos a señalar una peculiaridad de la lengua catalana, que, sin duda, refleja un permanente estado espiritual de los que la hablan. Pese a que siempre se hable del *«seny»* como expresión máxima de la característica catalana, ocurre que así como en castellano se centra en la mente toda decisión o fuerza de voluntad, en catalán, por lo menos lingüísticamente, radica en el corazón. Algunas veces hemos conservado en forma literal la frase de Muntaner; en otras nos ha parecido más

correcto adoptar la forma corriente castellana: *«se metre en cor»* es en castellano «meterse en la cabeza»; *«haver en cor»* equivale a «tener en la mente», etc. Bofarull, que ya observó esta particularidad, la explica por la influencia aristotélica difundida por Abelardo en el siglo x desde París, en cuanto se refiere a la residencia del alma; lo que, por la proximidad de Francia y por la similitud con la lengua provenza), daría lugar a frases hechas del catalán, como: *«saber de cor», «donar de cor»*, etc. No pretendemos sacar ninguna conclusión filosófica de lo dicho, sino que únicamente intentamos justificar determinadas expresiones que, tal vez por demasiado literales, pueden parecer inadecuadas.

<<

[13] Bofarull cita los textos de B. de Neoscastro y N. Specialis, que pueden ser considerados, más o menos, como cronistas oficiales:

«… Manu intrepitus pectus infra vestes et ubera tanget illi-cite, simulans quod eam preponderet ipsa pariere».

«… quídam plus aliis furore vitiosae excaecatus in unam ex mulleribus Mis temerarias manus injecit atque asserens eam pugionem viri sui sub vestibus abscondisse, temerarias manus Mam in útero titillavit».

Ante estos textos latinos (que nos abstenemos de traducir) no puede negarse que, pese la animosidad de Muntaner por el rey Carlos y sus gentes, su versión catalana fue más discreta.

<<

[14] Muntaner usa esta forma dialectal, cuya traducción es innecesaria.

<<

[15] ARTOS o ARTURO, rey legendario del País de Gales del siglo VI (aproximadamente), cuyas aventuras dieron naci-

miento a las novelas de caballería del *Ciclo de Arturo*, llamadas también *Ciclo bretón* o *Ciclo de la Tabla redonda*.

<<

[16] La versión de la *Crónica* publicada por la *Editorial Barcino* con texto de E. B., revisada por el docto Miquel Coll i Alentorn, define el *pitxol* como «moneda divisionaria y de escaso valor». Bofarull sugiere su posible relación con el *«picciolo»*, moneda que se usaba en Florencia, según el diccionario de Antonini.

<<

[17] Desde la boda de Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra, con Elionor de Aquitania (1154-1189) la corona inglesa ejercía su poder sobre gran parte de los dominios del rey de Francia. Desde entonces, y hasta mucho después de la fecha (1282) en que ocurrió este desafío, la costumbre y las leyes de caballería habían instituido al rey de Inglaterra como supremo juez de estas lides. Más ampliamente, y en posteriores fechas, puede seguirse este trámite en el libro de Martorell y Galba *Tirant lo Blanc* (V. Alianza Editorial El Libro de Bolsillo núms. 173-174. Traducción al castellano de J. F. Vidal Jové), así como en la propia vida del principal autor de la novela. En el momento del presente desafío era rey de Inglaterra Eduardo I, llamado el Justiniano británico.

<<

[18] El texto original dice *estrático*. La palabra siciliana es *straticoto*. Bofarull traduce *estratego*. En los documentos oficiales, después de los *justiciariis*, se nombra a los *stratigoto*, que eran los jefes militares.

<<

[19] Se trata del papa Martín IV (de 1281 a 1285), de nacionalidad francesa, elegido en Viterbo.

<<

[20] El legado del papa era el cardenal Jean Cholet, hijo del señor de Nointel en Beauvaisis. La «perdonanza» predicada fue tan eficaz que el pueblo fanático, para ganarla, entendía que, a falta de armas, bastaba con pronunciar las siguientes palabras:

«Je jette cette pierre contra Fierre d'Aragón, pour gagner l'indulgence».

Es interesante analizar todas las expresiones de Muntaner relativas a la posición moral creada entre su devoción a la casa de Aragón y su fidelidad a la Santa Madre Iglesia Católica y Apostólica. Sería peregrino querer encontrar en sus palabras algo más que una posible inquietud moral, precisamente por la puntualización que hace de los hechos. No obstante, si no en las palabras, sí en la acción, tuvo que elegir, y eligió Muntaner, la posición de los excomulgados.

<<

[21] Para mayor garantía de autenticidad, las escrituras se partían por la mitad, quedando divididas en dos partes las letras A.B.C. que se habían escrito en el centro. En las cartas de batalla a ultranza, era habitual servirse de este sistema de comprobación, que siguió usándose en épocas posteriores a la de la *Crónica* de Muntaner. Se encuentra en la carta de batalla que Kirieleisón de Muntalbá mandó a Tirante (capítulo 77, *ob cit.*) y en las propias cartas de desafío de Joanot Martorell a Joan de Montpalau, Jaume de Ripoll y Goncalbo d'Ixer.

<<

[22] Hay aquí una serie de términos marinos que merecen una aclaración. Las galeras de los provenzales están todas con *«palomeres largues»* y, en el momento de atacar el almirante Cornut, *«lleva volta a les palomeres»*. La palabra ha desaparecido del vocabulario actual, pero puede suponerse derivada de *«palma»*

(hilos de la hoja de la palma) o de *«palomar»* (hilo bramante más delgado que el corriente). Por otra parte, en el vocabulario marítimo actual, *enjuncar* significa «atar con juncos una vela», y en los *Rudimentos de cultura marítima*, de Arnáu Artigas, encontramos la siguiente explicación: «Antes, y aún hoy, en algunas pequeñas embarcaciones costeras, se ataban con juncos las velas, para que, al tirar, en el momento conveniente de dar la vela, rompiéndose las ligadas, se desplieguen al viento».

<<

[23] Hemos traducido aquí la palabra catalana *«mena»* simplemente por *clase*. La definición del Diccionario de la Lengua Catalana lo avala sin ninguna duda al definir esta palabra como: *«Classe a que pertany una persona o cosa per la seva manera d'ésser en comparado amb les de naturalesa análoga»*. Hacemos esta observación, que entendemos necesaria, únicamente porque un exagerado prurito de erudición de Don Antonio de Bofarull le hizo traducir *«mena»* por «Mena» con mayúscula, como si se tratase de alguna ciudad o región, explicándolo con la nota que copiamos: «Ignoro qué puede ser vino de Mena, si no es equivocación esta palabra, pues no la he visto nombrada en ningún documento antiguo que hable de vinos, al paso que se encuentran mencionados muy comúnmente el *vermell*, tinto, y el *grec* o griego. Sin asegurarlo, me inclinaría a creer que con tal palabra se hubiese querido significar Mendris, pequeño país de Italia, sujeto a los cantones suizos, muy fértil en vinos».

<<

[24] Según la condición del vasallo, el homenaje se prestaba «demanos», juntando éstas, que el señor tomaba entre las suyas en señal de pertenencia, y «de boca», cuando se trataba de caballeros, que consistía en un ósculo que el vasallo daba a su señor.

<<

[25] De este palacio real sabemos que fue seguramente una reedificación que hiciera en 1044 Ramón Berenguer I *el Vell* sobre los restos del de los antiguos reyes godos. Jaime I lo amplió, ocupando todo el espacio de la actual Plaza del Rey. Más tarde, los reyes católicos lo cedieron a la Inquisición, motivo por el cual, con la animosidad del pueblo, se precipitó su destrucción. Quedan, de la época de Jaime I, la capilla real de Santa Águeda, la iglesia de Santa Clara y el *Tinell*, salón en el cual se celebraron las cortes de que nos habla Muntañer. (Datos recopilados por Antonio de Bofarull).

<<

[26] La palabra catalana que traducimos es *bussons*, que en la versión ya citada de la Ed. Barcino se da siempre como equivalente a *ariet*. Bofarull entiende que *bussols* puede proceder de *bóssola*, que en italiano antiguo equivale a caja.

Parece también confirmar esta versión el hecho de que en catalán moderno *brújula* se traduce por *brúixola*. No obstante, hemos preferido acep tar la autorizada opinión del ordenador de la edición de Ed. Barcino, revisada por el docto Miquel Coll i Alentorn, apoyándose en el argumento que nos ofrece el propio Bofarull al afirmar que la *brújula* (traducción que él da de *bussons)* no fue descubierta hasta el año 1302 por Flavio Giola de Amaífi.

<<

[27] La palabra del texto catalán es *xapeu*, del francés *chapeau*, que se ha convertido en el actual *capell*. Siguiendo a nuestro antecesor, hemos adoptado la palabra italiana *capelo* por creer que Don Felipe al burlarse de su hermano quiso comparar la coronación hecha por el Papa a la imposición de un capelo cardenalicio. La palabra *sombrero* sería completamente ajena al humorismo de monseñor Don Felipe.

<<

[28] Esta expresión, *llaus* o *laus*, aparece con cierta frecuencia, siempre que es oportuna una acción de gracias o la petición del auxilio divino. No parece que se trate de una simple invocación, como *Laus Deo*, por ejemplo, puesto que a veces se establece una especie de diálogo entre la marinería que entona el *laus* y el público que lo escucha, lo que sugiere mejor la idea de alguna forma de letanía. El Oficio divino, con su himnario, era muy popular y constituía lo que se llamaba el *laus perennis*, que, en las iglesias, las comunidades y aun en las casas particulares, se elevaban al Señor.

El himnario romano es obra de la Edad Media, y era de tónica popular, tanto en los textos como en su métrica rítmica, que los escritores renancentistas pretendieron olvidar, mereciendo la repulsa de los creyentes sencillos. El antiguo himnario, que publicó el P. Blume, S. J., comprendía treinta y cinco himnos, procedentes de cinco manuscritos de los siglos VIII y IX, que se conservan en la Biblioteca Vaticana. Con posterioridad al siglo XI, se popularizó en Europa el llamado *Himnario irlandés*, que el papa San Gregorio mandó a San Colomban. En la época de la *Crónica* era muy conocido el himno *Gloria laus*, original de Theodulfo, que, posiblemente, es el que Muntaner nos recuerda. Para mayores detalles sobre estos temas, véase la obra de Abbé R. Aigrain, *Liturgia. Enciclopedie populaire des connaissances liturgiques*. París, Bloud et Gay, 1930 (págs. 4, 422, 592, etc.).

Vemos que, otras veces, los marinos entonan la *Salve Regina*. Sobre ella podemos decir que parece ser que su inventor fue el obispo de Puy (1079-1098). En 1221, el B. Jourdain de Saxe, segundo maestro general de los Padres Predicadores, la popularizó. El papa Gregorio IX (1227-1241), por consejo de Raimundo de Peñafort, la hizo obligatoria en todas las iglesias de Roma a partir de 1239.

<<

[29] Los manuscritos y las primeras impresiones ponen a veces simplemente *obertes* y otras *obertes per popa*. Bofarull, estimando que no existen actualmente esta clase de embarcaciones, no tradujo esta expresión, sino que la sustituyó por la explicación de su cometido: *galeras de gran transporte*. Desde la fecha de la traducción de Bofarull a nuestros días se ha hecho corriente la utilización, en la guerra, de grandes embarcaciones de desembarque en las que se abren grandes compuertas por la popa para descargar en las playas tanques, carros de asalto, etc.

<<

[30] Esta expresión equivalía en Aragón a la de *¡Sometent!*, acostumbrada en Cataluña como llamada a las armas.

<<

[31] Ya alguna otra vez hemos tropezado con la palabra *terçol*, que, en este caso, traducimos por *sobresaliente* (como hace Bofarull). Véase, por ejemplo, en el capítulo 83. El *terçol* era el remero de tercera fila que, en ocasiones, se utilizaba como ballestero. No era muy buena la opinión que de estos elementos tenía Muntaner, como veremos mucho más adelante en su famoso *Sermó*, que constituye el capítulo 272, en cuya ocasión lo hemos traducido como *tercero*.

Bofarull, admitiendo que estos marinos ocupaban el *tercer* puesto (después de los proeles y alieres), nos dice que en las Partidas se les llama *sobresalientes*. Deducimos de todo ello que su principal misión era la de defender con ballestas a los remeros de las galeras.

<<

[32] *Alforrar* es verbo que no aparece en el actual Diccionario de la Real Academia, pero que usa Bofarull para traducir la expresión del texto catalán *«alforrats a la genetia»*. En catalán, al-

forrar equivale a *ahorrar, economizar*, y esta idea se compagina con la explicación que da Bofarull de la expresión al decir que se trataba de caballería ligera.

<<

[33] El académico francés Francois Raynouard (1761-1836) publicó un poema provenzal de *Jaufre y Brunisenda*, dedicado a Pedro II de Aragón. Sin duda, es a este personaje al que se refiere Muntaner.

<<

[34] Charles Du Cange (1610-1688), en su *Glossaire de la moyenne et de la basse latinité*, explica en qué consistía el estandarte particular de la abadía de Saint Denis, llamado el Oriflama: *Estandard d'un cendal fort espais, fendu par le milieu en forme d'un gonfanon, fort caduque, enveloppé autour d'un bastón couvert d'un cuivre doré, et un fer longuet, aigu au bout*.

<<

[35] Copiamos literalmente las palabras que en *su* francés escribió Muntaner, sin duda para dar al diálogo mayores visos de autenticidad.

<<

[36] Moneda particular de la ciudad de Tours.

<<

[37] Sobre el acuerdo del rey de Mallorca en ceder su reino a su hermano para evitar el peligro de sus hijos, en poder del rey de Francia, la exposición que hace Muntaner no parece muy convincente. El rey Alfonso, dos meses después de la rendición de la ciudad, hubo de permanecer en Mallorca para lograr la sumisión de varias villas y castillos que se mantenían fieles a Jaime II de Mallorca. Para mayores detalles sobre este particular, véase el documentado libro de Ferrán Soldevila *Vida de Pe-*

re el Gran i D'Alfons el Liberal, Editorial Aedos. Barcelona, 1963; págs. 317 y ss.

<<

[38] Existía un codicilo por el cual el rey Pedro se comprometía a restituir a la Iglesia el reino de Sicilia. Parece ser que ésta fue condición expresa para poder ser absuelto a la hora de su muerte, a la que cedió por la debilidad propia de un enfermo. Sus hijos y todos los consejeros, impulsados sobre todo por el rey Don Alfonso, decidieron mantener secreto este codicilo. Véase a este propósito el libro antes citado de Ferrán Soldevila, páginas 260 y 319.

<<

[39] La salida para Barcelona no fue tan rápida como deja entender la forma de redactar la noticia de Ramón Muntaner. Se ve claro que el cronista pretende ignorar la resistencia —poco eficaz, es cierto— que opusiera Jaime II de Mallorca a los propósitos de su hermano Pedro el Grande. (V. nuestra nota anterior 37).

<<

[40] Los hijos de Pedro el Grande, Alfonso y Jaime, mandaron construir el monumento funerario que se conserva en la iglesia del monasterio de Santes Creus al escultor Bartomeu, de la catedral de Tarragona, que fue el autor del proyecto, realizado por Guillermo de Orenga, escultor de Vilafranca, y por Andrés de Torra, pintor leridano. Cuando la revolución de 1835, pese al esfuerzo de los revoltosos sacrilegos, la urna que contenía, y contiene, el cuerpo del rey Pedro no pudo ser violada.

<<

[41] Ha de entenderse aquí por España únicamente los territorios que seguían ocupados por los moros. Cada uno de los reinos originados por la reconquista tomaban su nombre pecu-

liar: León, Navarra, Castilla, etc., y España —como hemos señalado en nuestra nota de introducción— era un puro concepto geográfico, bajo cuya denominación se agrupaban los territorios ocupados por los árabes, y que fueron, sucesivamente, disminuyendo: Murcia, Almería, Granada, etc.

<<

[42] Tal vez, en un exceso de fidelidad por la casa de Aragón, o porque así fuese en realidad, Ramón Muntaner parece ignorar el ofrecimiento, por parte del rey Don Sancho de Castilla, al rey Don Alfonso de Aragón del reino de Murcia y de la mano de su hija Isabel. Al no ser aceptada por Don Alfonso esta proposición, Don Sancho se volvió hacia su aliado el rey de Francia y logró que el rey de Mallorca invadiera el Ampurdán.

<<

[43] Como veremos más adelante, la boda del rey de Aragón con la infanta Doña Leonor de Inglaterra no llegó a celebrarse por el fallecimiento de Don Alfonso. Es posible también que se re trasara debido a la corta edad de la desposada.

<<

[44] El manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid pone *Sent Maxemí* en lugar de *senct Martí*, como escribe el original adoptado por Bofarull. Hemos preferido esta última designación por avenirse más con las tradiciones provenzales.

<<

[45] El mar de la Tana es el mar de Azof, y Tana o la Tana es una ciudad comercial que está en sus orillas.

<<

[46] La realidad histórica está en contradicción con estas palabras de Muntaner, siempre obsesionado en ponderar la perfección de los miembros de la casa de Aragón, por la sentía verda-

dera idolatría. En un codicilo otorgado en 15 de las calendas de julio de 1291, ruega a su sucesor que proteja a la hija del ciudadano Bernardo de Caldés, llamada Dolça, y que haga educar honorablemente al hijo que nazca; *«quod pregnatum ejusdem Dulcie quem de nobis suscepit facial nutriri honorifice et quod faciat bonum eidem prignatui»*.

<<

[47] Es curioso que Muntaner ignore aquí una de las bazas más importantes de este juego político: el matrimonio de Jaime II con la princesa Isabel, hija de Sancho IV y su esposa María de Molina. El matrimonio tuvo sólo carácter civil, pues el rey de Aragón no estaba en condiciones para obtener del papa la correspondiente dispensa. Además, la unión de Sancho IV y María de Molina tampoco contaba con la autorización papal. En Soria, la «esposa» (Isabel contaba sólo ocho años) fue entregada a Jaime II contra la garantía de diez castillos valencianos, que fueron puestos en manos de Sancho IV, y las fiestas de Calatayud han sido calificadas por los historiadores modernos como fruto de la «euforia nupcial» de Jaime II. El rey llama «reina» a la niña cuando habla de ella, que debía ser educada en la corte catalanoaragonesa, pero a la que sus padres dotaron de una servidumbre castellana (que dio lugar a numerosos roces y dificultades), presidida por Doña María Fernández, gran amiga de María de Molina, que le haría de madre hasta que se consumara el matrimonio.

<<

[48] Decidida ya la boda de Jaime II con Doña Blanca, hija del rey Carlos, parte integrante de la paz firmada, el rey de Aragón comunicó a Doña María de Molina la firme oposición del papa Bonifacio VIII a la boda del rey con su hija Doña Isabel, anulándose, por tanto, el matrimonio civil de Soria. El rey Jaime reclamaba los castillos dejados en garantía, todo lo

cual ofendió a la corte de Castilla. La infanta Isabel permaneció en Aragón hasta el mes de febrero del año siguiente.

<<

[49] Estos hechos son demasiado trascendentales para que pudiesen ocurrir con la simplicidad ingenua como los expone Muntaner. A cambio de este abandono, Jaime II recibía Córcega y Cerdeña y Bonifacio VIII le había entregado ya 12.000 libras tornesas. La boda con Doña Blanca, que aportaba una dote de 100.000 marcos, estaba también condicionada a aquel abandono, y, especialmente, representaba la absolución, el levantamiento de la excomunión, que, sin duda, obsesionaba al rey y a su pueblo como habían obsesionado los últimos días y la trágica muerte de su padre Pedro el Grande.

<<

[50] Existen diferentes interpretaciones de este párrafo. Bofarull interpreta: «Con esto, quedó en Sicilia el duque Roberto, hijo mayor del rey Carlos, en la ciudad de Catania, que ser Virgili de Nápoles y dos caballeros de aquella ciudad, le habían entregado...». Los textos de los manuscritos y de las primeras impresiones son igualmente contradictorios.

<<

[51] El verdadero nombre era Blum, palabra que en alemán significa «flor».

<<

[52] Término griego equivalente al título de Don, o señor.

<<

[53] A este propósito, Don Antonio de Bofarull señala en una nota un documento del Archivo de la Corona de Aragón (Reg. 1895, fol. 29), por el cual un siglo más tarde Juan I concede a Gilaberto Rovira, oriundo de Tortosa, facultad para hacer un

armamento de cincuenta hombres, con diez mujeres públicas, para su servicio.

<<

[54] El año 1954 tuve la suerte de poder visitar Istanbul. Un servicio público de pequeños barquitos que parten casi junto al *Kopru Ataturk* (Puente de Galata), cruzando dos veces el Cuerno de Oro del lado de Istanbul al lado de Pera y viceversa, haciendo paradas en Cibali (del lado de Istanbul), Ksimpaca (del lado de Pera), Haskey y Sutluca (igualmente en Pera), me llevaron hasta Eyub, extremo oriental de Istanbul, y, retrocediendo, me desembarcaron en Ayvansaray, término de mi viaje y lugar donde termina la fortificación de la ciudad. En el plano de la ciudad había leído el nombre de *Blancherna* en aquel extremo que sigue conservando el nombre de Constantinopla y con la indicación de que se trataba de un «Historical Monuments». Se trata de las ruinas de un edificio de cinco plantas. Lienzos de piedra, alternando con rojizos ladrillos, adornado de filigranas de corativas. A la derecha, cuatro grandes torres cilindricas; a la izquierda —seis tal vez—, torres cuadradas. La mejor conservada de las paredes tiene en lo alto siete ventanas; debajo, seis; más abajo, cuatro. Frente a ella, el gran cuadriláterо que fuera en un tiempo patio de armas. Me acompañó en mi excursión el maestro del pueblo: Fethi Artuk, quien me cuenta (y me regala fotografías, en las que aparecen sus alumnos vestidos con trajes turcos de época y clavando en lo alto de una de las torres de Las Blanquernas la bandera turca) que el año anterior (1953) se celebró el quinto centenario de la conquista del palacio imperial griego en 1453 por Fatih, el gran sultán.

<<

[55] Para conocer las incidencias diplomáticas y la historia política en general de estos acontecimientos, que en la *Crónica* de

Muntaner aparecen sólo aludidos y, a veces, con una total ingenuidad, es indispensable la lectura de la obra de L. Nicolau d'Olwer *L'expansió de Catalunya en la Mediterrania Oriental*, Editorial Barcino. Barcelona, 1926.

<<

[56] Cuartera es palabra que no aparece en muchos diccionarios pero es de uso corriente en Castilla como medida de cereales. Equivale a la cuarta parte de una fanega.

<<

[57] Turcople: dícese de la persona nacida de padre turco y madre griega *(Diccionario de la Real Academia)*.

<<

[58] *Perpra*: moneda bizantina, llamada también perperas o hyperperas. Eran de oro muy brillante y, según Ducange, citado por Bofarull, equivalía a la cuarta parte de un marco.

<<

[59] Esta proeza heroica tiene su antecedente histórico en lo que hiciera en el siglo IV (a. J.) Agatocles, rey de Siracusa, en su lucha contra los cartagineses. La historia se repite dos siglos más tarde con Hernán Cortés en Veracruz.

<<

[60] Nuestro texto dice claramente: *«portam-nos-en ben deu milia carros»*; el texto que traduce Bofarull dice: *«e amenam-nos en be x carros»*. De todos modos no nos hemos permitido enmendar el texto, pues, en materia de números, el optimismo de Muntaner supera todas las fantasías (que siguen en el *Tirant lo Blanch*, por ejemplo), pues ya hemos visto que en la batalla ante rior murieron de los enemigos veintiséis mil hombres contra tres de los «nuestros»; y en ésta, contra diez mil hombres de a caballo y un *«sens fi»* de a pie, mueren treinta y ocho de los

vengadores del cesar. Es lógico y razonable que Muntaner justifique esta desproporción por la intervención, casi directa, de san Pedro, san Pablo y san Jorge y del mismísimo *«senyor Deus»*, todo lo cual no nos permite poner en duda sus estadísticas.

<<

[61] El traductor anónimo del *Tirant* en 1511, traduce la palabra catalana *rampagolis* por *rampagones*. (V. la nota 1 al capítulo 164, *op. cit*.)

<<

[62] Según lo pactado, por haber levantado el sitio en esta forma el rey de Castilla debía dar al de Aragón las fortalezas de Cuadros, Chanquin, Quesada y Balmar, y además cinco mil doblas de oro.

<<

[63] Una nota de la versión de la Colecció Popular Barcino explica la palabra *xaló* como una cierta clase de tela de Chalons. A mayor abundamiento, copiamos la nota de Bofarull a este respecto:

«No sé el equivalente moderno de la palabra *xaló*, y en falta de otro más propio he adoptado *chalon*, que el Diccionario de la Academia (ed. Madrid 1803) define *Texido de lana, llamado así por haber venido de la ciudad de Chalon, en Francia*, definición que considero más bien como una conjetura etimológica sin fundamen to al ver que los mismos franceses no admiten este origen, y que Ducange define la palabra de esta manera: "Chaluns: *Panni catalaunenses, Statuta Ordinis S. Gilberti de Sempringham: Aut pan nos pictos, qui vocantur Chaluns*". De lo que deduzco, en resumen, que era ropa catalana, y que, por ser pintada, más que verdadero paño sería un tejido de bayeta».

Como pura curiosidad diremos que el actual Diccionario de la Academia (ed. Madrid 1956) no da la definición apuntada por Bofarull.

<<

[64] La explicación de estas palabras que dan la traducción de Bofarull y la versión de la edición Barcino son bastante contradictorías. Para el primero, las *almaxías* son unas cubiertas de cuero para el pie, sobre las cuales se mete el zapato.

Para la segunda son unas túnicas con mangas que los moros llevaban sobre la demás ropa. *Aquilanes* son una especie de chinelas que cubren el almaxin, o una toca para la cabeza que usan las mujeres sarracenas. Un *mactan*, para uno y otra, es un pedazo de tela (un «corte») suficiente para confeccionar un traje. *Sudes* (o *jucies*) son igualmente para ambos una suerte de almilla con mangas.

<<

[65] Este párrafo (y el último del capítulo anterior) aluden a la misa de purificación (llamada también de presentación), a que debían asistir las recién paridas para quedar purificadas. La ceremonia consistía en la presentación al oficiante del recién nacido, al que cubría el sacerdote con su manípulo, en tanto que la madre, de rodillas ante el altar, mantenía una vela encedida, que aparentaba llevar el propio niño. Este rito corresponde al de la purificación de la Virgen en el templo, que se celebra con la fiesta de la Candelaria. Ignoro si en la actualidad sigue vigente este rito, aunque lo he presenciado muchas veces en Cataluña. Por cierto que era característico que se celebrara a las once de la mañana, y se prendía en el pecho del infante un trocito de papel plegado que contenía las primeras palabras del Evangelio de San Juan, atado con una cintita roja. A este papelito se le llamaba un «breve» (un «breve»), que adquiría el valor de un extracto del Evangelio, y constituía una especie de con-

firmación, sin que tuviera la condición de sacramento. Era tan corriente la celebración de esta misa en estado todavía de convalencia de la recién parida, que dio lugar a la expresión *tos de missa d'onze* (tos de misa de once), que se reprochaba a los niños cuando se suponían que fingían un resfriado para quedarse en cama para no ir a la escuela.

<<

[66] Milá y Fontanals *(Obras completas*, vol. III, págs. 243 y siguientes. Barcelona, Librería de Alvaro Verdaguer, 1890) nos dice que se trata de una «composición en verso alejandrino monorrítmico, en lengua no catalana, sino provenzal más o menos alterada, y con título, y en cierta manera en forma de *sermón*, que el cronista remitió al infante Alfonso, hijo del rey Don Jaime de Aragón, que había de pasar a la conquista de Cerdeña». Hemos creído demasiado fácil limitarnos, en este caso, a la copia del original provenzal o de la traducción en prosa castellana de Don Antonio de Bofarull, y aun a riesgo cierto de excedernos de nuestras posibilidades, aprovechando en primer lugar las aclaraciones de Milá y Fontanals y el antedicho texto castellano, y sirviéndonos de las transcripciones al catalán de muchas palabras provenzales que se encuentran en la edición revisada por Miquel Coll i Alentorn, hemos intentado una traducción directa en dobles octasílabos, también monorrítmicos, que esperamos conserven la ingenuidad espontánea del viejo poeta Muntaner.

<<

[67] Explica Bofarull que este conde Ner es llamado por algunos hijo del conde Neri, que era el señor principal del común de Pisa y capitán general de sus mesnadas. Otros le llaman Manfredo, hijo de Guido. Uno y otro pertenecían a la familia de los condes de Donorático, cuyo nombre le dan a conocer otros escritores.

<<

[68] *Espaldar* es la parte de la coraza que protege y cubre las espaldas. Generalmente eran almohadillas, para mayor comodidad.

<<

[69] En nuestro manuscrito y en su transcripción (tantas veces detallada) esta palabra es *pollins*, y se define como el nombre dado a los descendientes de los matrimonios entre sardos y písanos. El texto de Bofarull dice *pullís*, y lo traduce por *pulieses*, palabra que hemos adoptado a falta de otra de mayor autoridad. Señalamos, no obstante, que su significado es muy distinto para este autor; pulieses eran los habitantes del barrio llamado La Pola, o los naturales de la Pulla, que habitaban en la ciudad, pudiendo ser que el nombre del barrio procediera del origen de sus habitantes.

<<

[70] En todos los textos aparece muy clara la palabra *Busnaire*, que ha sido interpretada como equivalente a Bonifacio o Asinara, y así parece confirmarlo el texto que sigue a continuación. No obstante, Bofarull, por entender que Bonifacio no estaba en la ruta de Pisa a Cáller, cree que se trata de un error, y supone que *Busnaire* debe leerse *Bonaire*.

<<

[71] Nuestro texto termina esta frase diciendo: *son aquests*, en cuyo caso faltarían los nombres, que se le habría olvidado poner a Don Ramón Muntaner. El texto utilizado por Bofarull termina el párrafo diciendo: *son aquests los primers que hanc feu*. Hemos adoptado esta versión, que traducimos en la misma forma.

<<

[72] La palabra *borne*, según la Real Academia Española, significa el extremo de la lanza de justar. De ahí que justar se llamara también bornar o bornear. En Cataluña existe en muchas ciudades (Barcelona y Manresa, por ejemplo) la calle del *Born*, que corresponde al lugar donde, antiguamente, se borneaba. Josep M. Espinas, en su libro *Carrers de Barcelona* (Barcelona, 1961), da interesantes detalles sobre la plaza del *Born* de Barcelona.

<<

[73] Se llamaban *caballeros salvajes* aquellos que se dedicaban a hacer exhibiciones de fuerza y agilidad por puro pasatiempo y diversión de los asistentes a las fiestas (véase la nota número 9).

<<

[*] *Romanía*: El Imperio bizantino (también llamado Imperio romano de Oriente o, sencillamente, Bizancio) fue el Estado heredero del Imperio romano que pervivió durante toda la Edad Media y el comienzo del Renacimiento y se ubicaba en el Mediterráneo oriental. Su capital se encontraba en Constantinopla (actual Estambul), cuyo nombre más antiguo era Bizancio. (N del E. D.) <<

[*] Basileos, basileo o basileus, significa «rey». Era el título de los emperadores bizantinos, y los emperadores romanos para los griegos. El término ya era utilizado en la Grecia antigua. La moneda era el basilikon. (N del E. D.)

<<

[*] Es muy posible que varios de los nombres que aquí se citan, y que no se encuentran en los mapas, lo sean de castillos desaparecidos. (Nota de Antonio de Bofarull, *Crónica catalana de Ramón Muntaner*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1860)

<<

[*] Medida de longitud común a todo el mundo medieval. Que se especifique que se trataba de la cana de Montpellier se debe a que existían varios tipos de canas: la de Mallorca (que equivalía a 1,562 metros y se componía de 2 varas); la de Valencia (1,812 m) y la de Montpellier (Entre 1,982 m y 1,988 m según los casos. Para las construcciones de las catedrales de Girona, Mallorca o Castelló d'Empúries equvalía a 2,10 m = 8 palmos). También se conocen las canas de Túnez, Génova o Chipre.

Según un antiguo refrán mallorquín: «El asno llamó al cerdo "orejudo", y él tenía 7 canas».

Véase Miguel Gual Camarena, *El primer manual hispánico de mercadería (siglo XIV)*. Editorial CSIC - CSIC Press, 1 de enero de 1981. Pág. 268. (N del E. D.)

<<

[24] Según la condición del vasallo, el homenaje se prestaba «demanos», juntando éstas, que el señor tomaba entre las suyas en señal de pertenencia, y «de boca», cuando se trataba de caballeros, que consistía en un ósculo que el vasallo daba a su señor.

<<

[28] Esta expresión, *llaus* o *laus*, aparece con cierta frecuencia, siempre que es oportuna una acción de gracias o la petición del auxilio divino. No parece que se trate de una simple invocación, como *Laus Deo*, por ejemplo, puesto que a veces se establece una especie de diálogo entre la marinería que entona el *laus* y el público que lo escucha, lo que sugiere mejor la idea de alguna forma de letanía. El Oficio divino, con su himnario, era muy popular y constituía lo que se llamaba el *laus perennis*, que, en las iglesias, las comunidades y aun en las casas particulares, se elevaban al Señor.

<<

[29] Los manuscritos y las primeras impresiones ponen a veces simplemente *obertes* y otras *obertes per popa*. Bofarull, estimando que no existen actualmente esta clase de embarcaciones, no tradujo esta expresión, sino que la sustituyó por la explicación de su cometido: *galeras de gran transporte*. Desde la fecha de la traducción de Bofarull a nuestros días se ha hecho corriente la utilización, en la guerra, de grandes embarcaciones de desembarque en las que se abren grandes compuertas por la popa para descargar en las playas tanques, carros de asalto, etc.

<<

[30] Esta expresión equivalía en Aragón a la de *¡Sometent!*, acostumbrada en Cataluña como llamada a las armas.

<<

[22] Hay aquí una serie de términos marinos que merecen una aclaración. Las galeras de los provenzales están todas con *«palomeres largues»* y, en el momento de atacar el almirante Cornut, *«lleva volta a les palomeres»*. La palabra ha desaparecido del vocabulario actual, pero puede suponerse derivada de *«palma»* (hilos de la hoja de la palma) o de *«palomar»* (hilo bramante más delgado que el corriente). Por otra parte, en el vocabulario marítimo actual, *enjuncar* significa «atar con juncos una vela», y en los *Rudimentos de cultura marítima*, de Arnáu Artigas, encontramos la siguiente explicación: «Antes, y aún hoy, en algunas pequeñas embarcaciones costeras, se ataban con juncos las velas, para que, al tirar, en el momento conveniente de dar la vela, rompiéndose las ligadas, se desplieguen al viento».

<<

[31] Ya alguna otra vez hemos tropezado con la palabra *terçol*, que, en este caso, traducimos por *sobresaliente* (como hace Bofarull). Véase, por ejemplo, en el capítulo 83. El *terçol* era el

remero de tercera fila que, en ocasiones, se utilizaba como ballestero. No era muy buena la opinión que de estos elementos tenía Muntaner, como veremos mucho más adelante en su famoso *Sermó*, que constituye el capítulo 272, en cuya ocasión lo hemos traducido como *tercero*.

Bofarull, admitiendo que estos marinos ocupaban el *tercer* puesto (después de los proeles y alieres), nos dice que en las Partidas se les llama *sobresalientes*. Deducimos de todo ello que su principal misión era la de defender con ballestas a los remeros de las galeras.

<<

[21] Para mayor garantía de autenticidad, las escrituras se partían por la mitad, quedando divididas en dos partes las letras A.B.C. que se habían escrito en el centro. En las cartas de batalla a ultranza, era habitual servirse de este sistema de comprobación, que siguió usándose en épocas posteriores a la de la *Crónica* de Muntaner. Se encuentra en la carta de batalla que Kirieleisón de Muntalbá mandó a Tirante (capítulo 77, *ob cit.*) y en las propias cartas de desafío de Joanot Martorell a Joan de Montpalau, Jaume de Ripoll y Goncalbo d'Ixer.

<<

[24] Según la condición del vasallo, el homenaje se prestaba «demanos», juntando éstas, que el señor tomaba entre las suyas en señal de pertenencia, y «de boca», cuando se trataba de caballeros, que consistía en un ósculo que el vasallo daba a su señor.

<<

[69] En nuestro manuscrito y en su transcripción (tantas veces detallada) esta palabra es *pollins*, y se define como el nombre dado a los descendientes de los matrimonios entre sardos y pisanos. El texto de Bofarull dice *pullís*, y lo traduce por *pulie-*

ses, palabra que hemos adoptado a falta de otra de mayor autoridad. Señalamos, no obstante, que su significado es muy distinto para este autor; pulieses eran los habitantes del barrio llamado La Pola, o los naturales de la Pulla, que habitaban en la ciudad, pudiendo ser que el nombre del barrio procediera del origen de sus habitantes.

<<

ÍNDICE

Crónica 2

Introducción 5

Advertencia del traductor 9

Prólogo 11

Motivos por los que Muntaner escribe este libro 11

1 a 20 13

1. El Sueño de Muntaner 13

2. De los reyes y príncipes de que se habla en el presente libro 15

3. Nacimiento de Jaime I 17

4. La contestación del caballero y los preparativos que se dispusieron 19

5. Ejecución del plan 21

6. Nacimiento y reinado de Jaime I 23

7. Conquista de Mallorca 25

8. Sumisión de Menorca e Ibiza 27

9. Conquista de Valencia 28

10. Alzamiento de los sarracenos 31

11. Destinos familiares 33

12. Relaciones con Alfonso X de Castilla 36

13. Se inicia la conquista de Murcia 38

14. Consejo del rey Don Jaime con su hijo el infante Don Pedro y Cortes en Valencia 40

15. El rey Don Jaime en Montpellier y las caballerías del infante Don Pedro 42

16. Sitio y conquista de Murcia 44
17. Donaciones de Jaime I a sus yernos y reparto de la procuraduría de sus reinos 46
18. Roger de Lauria y Conrado Lanza 48
19. Acciones de Don Conrado Lanza 50
20. Elogio de los reyes de Aragón 54
21 a 40 57
21. El Concilio de Lyon y mensaje del rey de Castilla 57
22. Sobre el viaje de Alfonso X de Castilla 58
23. Fiestas para el rey de Castilla 59
24. Jaime I y Alfonso X en el concilio 63
25. Las Cortes juran como sucesores de Jaime I a los infantes sus hijos 65
26. Enfermedad de Jaime I y sublevación en Valencia 66
27. Victoria del infante Don Pedro 67
28. Muerte, entierro y funerales del rey Don Jaime I 69
29. Reinado de Pedro III y coronación de Jaime II 71
30. Túnez 74
31. Don Conrado Lanza en Túnez 76
32. La Iglesia y el Imperio 79
33. Carlos, rey de Sicilia 83
34. Batalla de Benavento 85
35. Batalla de Tagliacozzo 86
36. La marina de Aragón 86
37. El rey Don Pedro decide la venganza y visita al rey de Francia 89
38. La entrevista de Tolosa 91
39. Engaño del rey de Francia 94

40. Convenio con Castilla 95
41 a 60 99
41. Convenio con el rey de Granada 99
42. Poder del rey Carlos 99
43. Las Vísperas Sicilianas 101
44. Los asuntos de Túnez 103
45. Ofrecimientos de los reyes de Mallorca y Castilla 105
46. Preparativos del rey Pedro 107
47. Mensajes al papa y a los reyes de Francia e Inglaterra. Temor de los sarracenos 108
48. Los últimos preparativos 109
49. Despedida del rey 111
50. La escuadra en Menorca 114
51. La armada en Alcoll 115
52. Mensaje de Pedro III al papa 118
53. Hechos de armas en Alcoll 121
54. Mensaje de Sicilia 122
55. Derrota de los sarracenos 124
56. Don Guillermo de Castellnou en Roma 127
57. Nuevo mensaje de Sicilia 128
58. Partida de Alcoll 129
59. Los sarracenos celebran la marcha de los cristianos 130
60. El rey Pedro en Sicilia 131
61 a 80 133
61. Mensaje al rey Carlos 133
62. Preparativos para la lucha 134
63. Coronación del rey Pedro en Palermo 135
64. Entrada de los almogávares en Mesina 135

65. Carlos de Anjou pasa a Calabria 136
66. Retirada del rey Carlos 137
67. Batalla de Nicótera 139
68. Regreso victorioso 143
69. Burla y llanto del rey Carlos 146
70. Los almogávares en la Gatuna y muerte del conde de Alençon 147
71. Carlos de Anjou desafía al rey Pedro 151
72. Desafío del rey Carlos 153
73. Cómo se decidió la batalla y de la tregua que pidió el rey Carlos 158
74. Liberación de los prisioneros italianos 160
75. Conquistas en Calabria 162
76. Roger de Lauria, almirante 164
77. El rey Carlos pide ayuda al papa 169
78. Contestación del papa 171
79. Actitud del rey de Francia 172
80. Contestación del rey de Francia 174
81 a 100 178
81. Preparativos de la batalla de Malta 178
82. Acoso de Roger de Lauria 179
83. Roger de Lauria en el puerto de Malta 183
84. Conquista de Malta y Goi 187
85. Vuelve a Alcoll el rey Don Pedro 188
86. Preparativos para el desafío[23] de Burdeos 193
87. Asechanza contra el rey Don Pedro 194
88. Actividades del rey Carlos y cómo fue a Burdeos el día pactado 197

89. Estratagema y arrojo del rey Pedro 198
90. El rey de Aragón en el campo de Burdeos 205
91. Miedo y recelo del rey de Francia y del rey Carlos 211
92. Regreso del rey Pedro a Aragón 213
93. Sitio del castillo de Malta y toma de Lípari 214
94. El rey Pedro en Zaragoza y Barcelona 215
95. La reina y los infantes embarcan para Sicilia 219
96. El buen viaje que hizo la reina 223
97. Fiestas en Palermo 225
98. Noticias para el rey Don Pedro 226
99. Cortes en Palermo y Mesina 227
100. Viaje a Mesina y toma del castillo de Malta. 231
101 a 120 233
101. El rey Pedro en Barcelona 233
102. Entrevista del rey Pedro con el rey de Castilla 233
103. El papa nombra nuevo rey de Aragón 235
104. Los mensajeros del rey Pedro al papa 237
105. La llamada «batalla de los condes» 240
106. Expedición de micer Arnaldo d'Avella 247
107. Prisión y derrota de micer Arnaldo d'Avella 249
108. Ordenación de los castillos de Agosta, Sofera y Cefalú 252
109. Victorias de Don Berenguer de Vilaragut 253
110. Aragón contra Francia 255
111. Incursión de los franceses por el norte de Aragón 257
112. Promesa de ayuda de los catalanes 259
113. Batallas y triunfos de Don Roger de Lauria 263
114. Pena de muerte para el príncipe y liberalidad del infante 272

115. El príncipe es mandado a Cataluña 275
116. Conquista de Calabria 275
117. Expedición a Berbería y a las islas griegas 278
118. Muerte del rey Carlos de Sicilia 280
119. Expedición francesa contra Cataluña 282
120. El rey Pedro, solo en la lucha 284
121 a 140 287
121. Los franceses en el puerto de Panissars 287
122. Paso del puerto de la Massana 289
123. Sitio de Peralada 293
124. La gesta de la Mercadera 296
125. Incendio y saqueo de Peralada 298
126. Rendición de Castelló de Ampurias 301
127. Sitio de Gerona 305
128. Defensas que dispuso el rey Pedro 306
129. Planes de guerra naval 308
130. Victoria junto a Rosas 311
131. Fracasa el auxilio de las otras cincuenta galeras 318
132. Disgusto del rey de Francia y disputa con el cardenal 320
133. Llegada a Barcelona 321
134. Combate de la Virgen de Agosto 323
135. Victoria de Don Roger de Lauria 329
136. Toma de Rosas 331
137. Retorno a Rosas 333
138. Muerte del rey de Francia 334
139. Desastre de los franceses en Panissars 337
140. Disposiciones reales 342
141 a 160 344

141. El rey Pedro se propone apoderarse de Mallorca 344
142. Carta al rey de Mallorca y propósito de venganza contra el rey Sancho de Castilla 347
143. Enfermedad del rey Don Pedro 348
144. La expedición a Mallorca 349
145. Las disposiciones testamentarias 350
146. Muerte del rey 353
147. El infante Don Alfonso, rey de Aragón, y el infante Don Jaime, rey de Sicilia 355
148. Coronación del rey Jaime de Sicilia 355
149. Expedición al golfo de Nápoles 357
150. Conquista de Calabria 359
151. Rendición de Mallorca 360
152. Incursiones de Roger de Lauria 361
153. Funerales en Santes Creus 365
154. Coronación de Alfonso II 365
155. Sigue la coronación y ataques a Berbería 366
156. Propósito de venganza de Alfonso de Aragón contra Sancho de Castilla 367
157. La opinión del consejo 369
158. Coronación en Valencia, proyectos contra Castilla y amenaza francesa contra el Ampurdán 371
159. Incursiones del almirante en Berbería, las islas griegas y el reino de Nápoles 374
160. Nuevos intentos de ataque de los franceses 378
161 a 180 379
161. Torneos en Figueras 379
162. Gestiones de paz 379
163. La guerra en Calabria y en Nápoles 380

164. Propósitos del conde de Artes (Artois) 382
165. Ataque de los catalanes 382
166. Acuerdo de boda del rey Pedro con la hija del rey de Inglaterra 384
167. El milagro de Santa María Magdalena y libertad del rey Carlos 385
168. Cumplimiento de los pactos 386
169. El sitio de Gaeta y tregua en Sicilia y Nápoles 387
170. Expedición a Menorca 389
171. El almogávar que comió carne en día de vigilia 391
172. Conquista de Menorca 393
173. Tratado de Tarascón 397
174. Muerte de Alfonso II 401
175. Emisarios al rey de Sicilia 401
176. Coronación en Zaragoza 403
177. Paz con el rey Sancho de Castilla 405
178. Pacificación de los reinos 409
179. Roger de Lauria en Calatayud 410
180. El almirante en Sicilia 412
181 a 200 414
181. Paz con Nápoles 414
182. Bodas del rey con Doña Blanca 416
183. Boda del infante Don Pedro 420
184. Abandono de Sicilia 420
185. El infante Federico, rey de Sicilia 422
186. Devolución de sus reinos a Jaime II de Mallorca 424
187. Guerra con Castilla 426
188. Sigue la guerra con Castilla 426

189. Muerte del infante Don Pedro 430
190. El duque Roberto 431
191. Batalla de Gagliano 431
192. Batalla de Falconara 434
193. Ayuda de Francia y de la Iglesia al rey de Nápoles 440
194. Roger de Flor 441
195. Sitio de Mesina 447
196. Aprovisionamiento de Roger de Flor 449
197. Sitio de Xaca 450
198. Paz de Calatabellota 451
199. Proyectos de Roger de Flor 454
200. Regreso de los mensajeros 458
201 a 220 459
201. Despedida del megaduque 459
202. Llegada a Constantinopla y desastre de los genoveses 460
203. Luchas del megaduque en Anatolia 462
204. Liquidación de las deudas 467
205. Las tribus de Sesa y de Tin 469
206. Muerte de Don Corberán de Alet, llegada de Don Bernardo de Rocafort y milagros de San Juan Evangelista 471
207. Nuevas victorias y llegada de los catalanes a Armenia 473
208. Guerra en el imperio de Lantzara 476
209. Roger de Flor convoca su consejo 477
210. Cómo se inició cierto odio entre Andrónico y el megaduque 478
211. Llegada de Berenguer de Enteriza y su nombramiento de megaduque 479
212. Roger de Flor es nombrado césar del imperio 480

213. El césar decide despedirse de xor Miqueli 482
214. Digresión mitológica 483
215. Asesinato de Roger de Flor 484
216. Desafío al emperador 488
217. Asesinato de los embajadores 488
218. Apresamiento de Don Berenguer de Entenza 489
219. Consejo de la compañía 491
220. Victorias catalanas 492
221 a 240 496
221. Victoria sobre xor Miqueli 496
222. Redristó y Panido, en poder de la compañía 499
223.Gesta de Don Fernando Eixemenis 500
224. Una aventura de Ramón Muntaner 503
225. Funciones de Muntaner en Gallípoli 504
226. Victoria sobre los alanos 506
227. Defensa de Gallípoli 508
228. Turcos y turcoples se unen a la compañía 514
229. Regreso de Don Berenguer de Entenza 516
230. Llegada del infante Don Fernando y dificultades en su mandato 518
231. Traslado a Cristófol 524
232. Disputa entre las huestes y muerte de Don Berenguer 525
233. El infante Don Fernando se despide de la compañía 528
234. El castillo de Fulla y las reliquias de San Juan 531
235. Prisioneros de los venecianos 534
236. Cambios en el mando de la compañía 537
237. Muntaner visita al infante Don Fernando, prisionero 539
238. Muntaner en Sicilia y libertad del infante 540

239. Muerte de Don Bernardo de Rocafort 543
240. La batalla de Cefis 546
241 a 260 550
241. Separación de los turcos y turcoples y traición de los genoveses 550
242. Don Bernardo Estanyol, capitán de la compañía 551
243. El infante Alfonso Federico, capitán de la compañía 552
244. La fortuna de Bonifacio de Verona 554
245. Paz entre Aragón y Castilla 558
246. Sitio de Almería 559
247. Tregua con Granada 560
248. Gerba, bajo la señoría de Lauria 564
249. Nuevas rebeliones de Gerba 565
250. Nuevos intentos de liberación 567
251. Ramón Muntaner, capitán de Gerba 570
252. Pacificación de Gerba 573
253. Ataque de Alef y sumisión de los alárabes 576
254. Llegada de Conrado Lanza y derrota de Mistoua 579
255. Ultima batalla y boda de Muntaner en Valencia 581
256. Empieza una nueva guerra 585
257. El infante Don Fernando de Mallorca, nuevamente en Sicilia 585
258. Invasión del rey Roberto 586
259. Gerba, amenazada. Muntaner prepara la defensa 587
260. Treguas entre Sicilia y Nápoles 590
261 a 280 594
261. Breve dominio francés en Morea y Atenas 594
262. Vicisitudes del principado de Morea 596

263. Boda del infante Don Fernando de Mallorca con Isabel, hija del conde de Aria 599
264. Muntaner, a las órdenes del infante Don Fernando. Muerte de Isabel de Sabran 602
266. Muntaner entrega las islas al señor rey y vuelve con Don Fernando 603
266. El señor infante encomienda su hijo a Ramón Muntaner 605
267. El infante Don Fernando, príncipe de la Morea 607
268. Muntaner lleva al infante Don Jaime a Perpiñán 609
269. La entrega del infante 612
270. Muerte del infante Don Fernando 615
271. Don Jaime de Aragón decide emprender la conquista de Cerdeña 617
272. Sermón de Muntaner 618
I 619
II 619
III 620
IV 621
V 622
VI 623
VII 624
VIII 625
IX 625
X 626
XI 627
XII 628
273. Partida de la expedición 630
274. Toma de Viladesgleies y creación del castillo de 632

Bonaire
275. Gran desastre que sufrieron los písanos 633
276. Intentos de los písanos y proposición de paz 639
277. Se manda construir las veinte galeras ligeras 642
278. Paz con Pisa y dominio catalán en Cerdeña 643
279. Regreso del infante Don Alfonso 644
280. Muerte del rey Sancho. Jaime III, rey de Mallorca 645
281 a 298 648
281. La situación entre Sicilia y Nápoles 648
282. Nueva guerra de Sicilia 649
283. Actitud de los genoveses en las guerras de Sicilia y Cerdeña 653
284. Acción de dos galeras pisanas 656
285. Derrota de písanos y genoveses 658
286. Nuevos intentos 661
287. Toma y destrucción de Estampaix 663
288. Regencia del infante Don Felipe y desposorios del señor rey Don Jaime III de Mallorca 666
289. Nueva paz con los písanos 667
290. Cáller en poder de los catalanes 669
291. Más sobre los hijos de Jaime II 672
292. Muerte de Jaime II 675
293. Primeros actos del rey Don Alfonso 677
294. Preparativos para la coronación 678
295. Personajes que asistieron a la coronación 679
296. Nobles que intervinieron y otros detalles de las fiestas 682
297. La coronación 687
298. Recital del infante Don Pedro 696

Autor 699
Notas 701